

JENNY LEE

Anna K

EL
VERDADERO
AMOR
SIEMPRE
ES UN
RIESGO



 Planeta

JENNY LEE

Anna K

EL
VERDADERO
AMOR
SIEMPRE
ES UN
RIESGO



 Planeta

JENNY LEE

ANNA K

Índice

PRIMERA PARTE
SEGUNDA PARTE
TERCERA PARTE

Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos

Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

*Para John, mi esposo: mi amor,
mi favorito, mi cuento de hadas.
Este libro no existiría sin ti.*

¿Quién es quién en *Anna K*?

(en orden de aparición)

LOLLY S

Diecisiete años, tercer año en la Escuela Spence. Novia de Steven K, hermana mayor de Kimmie.

STEVEN K

Dieciocho años, último año en la Escuela Collegiate. Hermano mayor de Anna, novio de Lolly.

DUSTIN L

Dieciocho años, último año en la Preparatoria Stuyvesant. Tutor de tareas de Steven, hermano menor de Nicholas.

KIMMIE S

Quince años, segundo año en Spence. Hermana menor de Lolly.

ALEXIA VRONSKY (también conocido como Vronsky o el Conde Vronsky)

Dieciséis años, segundo año en Collegiate. Primo de Beatrice.

ANNA K

Diecisiete años, tercer año en la Academia Greenwich. Hermana menor de Steven, novia de Alexander.

ALEXANDER W (también conocido como el Don de Greenwich)

Diecinueve años, primer año en la Universidad de Harvard. Novio de Anna K, medio hermano mayor de Eleanor.

ELEANOR W

Quince años, segundo año en la Academia Greenwich. Media hermana menor de Alexander.

BEATRICE D (también conocida como Bea)

Diecisiete años, tercer año en la Academia Greenwich. Prima de Alexia.

NICHOLAS L

Veintiún años. Hermano mayor de Dustin, novio de Natalia.

MURF G

Dieciséis años, segundo año en la Preparatoria Greenwich. Amigo de la infancia de Vronsky, mozo en los establos Staugas.

NATALIA T

Dieciocho años, vive en Arizona. Novia de Nicholas.

primera

PARTE

Todas las chicas felices se parecen unas a otras, pero cada chica infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada.

Todo este asunto era un maldito desastre. Lolly descubrió que Steven, su novio, la estaba engañando mientras ella le compraba una nueva correa para su Apple Watch en la boutique de Hermès de Madison Avenue. Steven ni siquiera sabía que ella tenía su Apple Watch. Veinte minutos antes, él había decidido tomar una segunda clase de SoulCycle, pero Lolly le dio una excusa para no acompañarlo. (Su nueva dieta libre de gluten no le proporcionaba los carbohidratos necesarios para soportar una sesión doble de ejercicio sin desmayarse).

No era mentira y además necesitaba una oportunidad como esa y tener acceso a su Apple Watch para llevarlo a la tienda y comprarle una correa nueva, su regalo por su «cogiversario» de dieciocho meses, que era al día siguiente. (A Lolly no le gustaba celebrar su primera cita oficial con un nombre tan vulgar, pero así lo llamaba Steven. Ella le seguía la corriente porque lo amaba). Así que, mientras Steven subía una colina imaginaria en el estudio de la Calle 83 Este, pedaleando al ritmo constante de «IDGAF», de Dua Lipa, Lolly estaba quince cuadras al sur, en el mostrador de Hermès.

Trataba de decidirse entre la correa de doble vuelta fabricada con el icónico cuero naranja y una opción más masculina en negro mate. Mientras admiraba la correa naranja en su muñeca, el Apple Watch de Steven vibró y una pequeña foto de unos senos apareció en la pantalla, seguida de la burbuja gris de texto con las palabras:

BRAD

Tienes ganas de coger?

Lolly dio un golpecito en la pantalla táctil para ver de nuevo la fotografía. Tras confirmar la peor de sus sospechas, se paralizó hasta que su instinto de lucha o huida se activó. Eligió huir; al echarse a correr, se le olvidó quitarse la correa y el enorme guardia de seguridad que bloqueaba la puerta la detuvo. Ella, que nunca fue muy buena para contener las lágrimas, comenzó a sollozar de la forma más lastimosa imaginable, con la mirada fija en sus adorados tenis Gucci (los que tienen las serpientes brillantes) que Steven le había comprado la Navidad pasada. Sin saber qué hacer, el guardia rodeó a la chica llorosa con los brazos. Ella apoyó su rostro sobre la chamarra de poliéster del guardia y susurró:

—Es un error. Debe ser un error. Por favor, que sea un estúpido error.

Al final, la hermosa empleada japonesa ataviada de pies a cabeza con ropa de Hermès, que había atendido a Lolly salió de detrás del mostrador para hacerse cargo de la situación y la llevó a una pequeña habitación en la parte trasera de la tienda. La sentó en un sofá y le dio una Perrier que le provocó hipo e hizo que llorara aún más fuerte. La escena era bastante vergonzosa para todas las partes involucradas. Kimiko, quien tenía diez años trabajando en Hermès, no ignoraba las desenfundadas infidelidades de los habitantes más ricos de la ciudad, muchos de los cuales eran clientes suyos; pero, mientras presenciaba en la vida real la pérdida de la inocencia de aquella chica de diecisiete años, hubo algo que en verdad la conmovió.

Una vez que lograron quitarle el hipo, Lolly le preguntó si debía ver los demás mensajes de su novio o no.

—Es mejor que sepas qué tan grave es la situación mientras estás acompañada —dijo Kimiko con dulzura.

Pronto, ambas miraban embobadas la relación del novio de Lolly, escandalosamente gráfica, con aquel misterioso «Brad». Steven había guardado el contacto con un nombre falso, pero era imposible que ese «Brad» fuera un hombre, teniendo en cuenta la plétora de partes de la anatomía femenina que aparecían en las fotos que él había recibido en las últimas semanas. Incluso había un video borroso tomado bajo una falda que provocó que ambas hicieran muecas y gruñeran al unísono.

Para agradecerle a Kimiko por su amabilidad, Lolly compró una hebilla de cinturón de Hermès modelo Iris y un cinturón reversible, en azul zafiro y azul Brighton, y salió de la tienda quince minutos después. Tomó un Uber y fue directo al enorme *penthouse* de cuatro habitaciones de los papás de Steven (quienes estaban en Aspen esquiando), en el número 15 de Central Park West, para esperar a que él trajera a casa su infiel trasero. Con el pretexto de que tenía un regalo sorpresa para Steven, le dio cien dólares a Gustavo, el portero, a cambio de que no le dijera que ella estaba arriba; como prueba, le mostró la bolsa naranja de Hermès. El portero aceptó el dinero, pero era claro que le había advertido a Steven, porque diez minutos después su novio apareció con un ramo de rosas de la tienda en sus manos aún sudorosas.

—Lolly, nena. ¿Qué pasa? —fue lo único que logró murmurar antes de que el jarrón Tourbillons ámbar de Lalique, el favorito de su mamá, pasara zumbando junto a su cabeza y se estrellara en el piso de mármol del vestíbulo. En shock, miró fijamente a su novia, quien por lo general era tranquila, mientras ella le gritaba.

—Dime una cosa, Steven... —Ahora hablaba con ferocidad—. ¿Cuándo es tu cogiversario con Brad?

Lolly le estaba mostrando el Apple Watch como evidencia digital. Steven lo vio y en ese instante supo que era obvio que lo había descubierto. Su confusión momentánea se transformó en una tímida vergüenza y activó el modo de autodenigración al máximo. Intentó acercarse a Lolly, pero ella se alejó.

—¡No te acerques a mí! Eres... eres... ¡un cerdo asqueroso! Así es, ¡vi todas las fotos obscenas y viles que te envió la puta de Brad para mantener tu atención! —gritó.

Al oír la palabra *fotos*, la última *nude* que había visto en su teléfono después de clase cruzó la mente de Steven y por un instante una sonrisita lasciva se dibujó en su rostro. Era, a fin de

cuentas, un chico de dieciocho años.

Por desgracia, Lolly se percató de la sonrisa.

El ruido que profirió después de eso fue más animal que humano y, al pasar junto a él para salir corriendo, casi lo tiró. Al no poder ir a ningún otro lugar que no fuera el final del corredor, abrió la puerta de la recámara principal y la azotó tras ella. Puso el seguro y se dirigió al vestidor de la madre de Steven. Se dejó caer boca abajo en la *chaise longue* de terciopelo rojo que estaba en el centro y empezó a llorar más fuerte de lo que había llorado en toda su vida.

Steven intentó hablar con ella a través de la puerta, pero en respuesta solo recibía el ocasional estruendo de los objetos que ella lanzaba contra esta. Una hora después, Steven estaba en la sala, viendo SportsCenter y comiendo su tercer Hot Pockets de pepperoni cuando recibió un mensaje de su amigo Kaeden.

KAEDEN

Bro! Le compraste un abrigo de piel a tu novia???!!!

Steven apagó la televisión y descubrió enseguida que estaba bloqueado y eliminado de todas las cuentas de las redes sociales de Lolly. (¡Hasta ahí llegó su racha de cuatrocientos cincuenta y tres días en Snapchat!). Le respondió a Kaeden:

STEVEN

Screenshot?

Unos segundos después, recibió una *selfie* de Lolly, tal vez desnuda, con uno de los abrigos de piel de su mamá. Al ser bastante más pequeña que ella, se veía ridícula en ese abrigo de marta cibelina rusa a rayas, con los ojos desquiciados y rodeados de rímel. Parecía una mapache rabiosa... una que acababa de enterarse de que su novio la estaba engañando y estaba furiosa. Meneó la cabeza y entendió que resolver la situación estaba mucho más allá de sus capacidades. Le envió un montón de mensajes seguidos a su hermana Anna, que estaba en Greenwich, Connecticut, diciéndole que necesitaba su ayuda de inmediato y con urgencia, en persona. Era menor que él, pero mucho más sabia, sobre todo, cuando se trataba de relaciones y de las complejas emociones que estas traían consigo.

Diez minutos después recibió un mensaje de Anna en el que le anunciaba que llegaría a la estación Grand Central a las 8:55 p. m. Antes de que pudiera responderle que tomara un auto, llegaron dos mensajes más en los que le explicaba que la última nevada estaba entorpeciendo el tráfico y que, según Google Maps, en ese momento la mejor manera de llegar a Manhattan era por tren. En su último mensaje, Anna le decía que esperaba que fuera a la estación a recogerla para que así ella pudiera escuchar su versión de emergencia.

ANNA

Steven solo respondió:

STEVEN

Okey

No existía un solo *emoji* que pudiera expresar lo jodido que estaba.

ii

Después de jugar *Shadow of War* para aclararse la mente y de tomar unos tragos del whisky Glenmorangie Pride 1974 de su papá para calmar los nervios, Steven intentó hablar con Lolly a través de la puerta otra vez. Momentos después, por fin recibió un indicio del estado mental de su novia, pero no fue bueno. Ella deslizó por debajo de la puerta la tira de fotos que se habían tomado en la cabina que pusieron en el bat mitzvá de su hermana Kimmie un año y medio antes. Antaño (¡hacía como cuatro horas!), esa fotografía era la posesión más preciada de Lolly y siempre la llevaba consigo en su cartera Louis Vuitton.

Steven descubría a su novia con frecuencia contemplando aquellas fotografías, aunque se trataba de situaciones diferentes a la que tenía que enfrentar ahora. En cada una de las cuatro fotos, Lolly le había perforado los ojos y le había dibujado pequeños penes en la frente.

—Lolly, nena, no significó nada. Es a ti a quien amo. Te lo juro. —Cuando lo dijo en voz alta, supo que era cierto.

Cuando Steven tenía catorce años, su padre lo descubrió recibiendo sexo oral de Jenna H una noche en que los papás de la chica habían ido a cenar a su casa. Su padre sacó a la humillada chica de la habitación y sentó a Steven para decirle dos cosas. La primera: tenía que esconderse mejor si no quería que lo descubrieran. La segunda y más importante: tenía que aprender cuál era la diferencia entre amar el sexo con chicas y amar a la chica con la que se acostaba.

Como estaba confundido acerca de qué decir, pero sabía que a Lolly la adoraba, del mismo modo en que todas las chicas adoraban a su hermana menor en cuanto la conocían, Steven anunció que Anna iba de camino a la ciudad, con la esperanza de que su novia lo interpretara como una señal de que no estaba dispuesto a rendirse. Pero, una vez más, solo hubo silencio en respuesta. Sin embargo, lo que sí recibió fue un mensaje del portero en el que le avisaba que Dustin L estaba subiendo al departamento. Steven suspiró, enojado consigo mismo por no haber cancelado la sesión de tutoría escolar que tenía tres veces por semana. Se levantó del piso del corredor y se dirigió a la puerta.

Consideró contarle a Dustin el predicamento en el que se encontraba, pues él era uno de los tipos más inteligentes que conocía, pero decidió que era imposible que se pusiera de su lado. Dustin era, técnicamente, uno de los amigos más antiguos de Steven, pues sus madres habían ido a las mismas clases de música de Mamá y Yo, así que cuando eran chicos jugaban juntos todos los

martes y jueves, y fueron «mejores amigos» desde que eran bebés hasta que cumplieron cinco años. Pero los padres de Dustin se divorciaron y él fue a una escuela pública, mientras que Steven asistió a una privada, lo que significó que durante años no frecuentaron los mismos círculos sociales y solo retomaron el contacto hacía poco tiempo, cuando Dustin se convirtió en el tutor escolar de Steven.

En la actualidad, Dustin cursaba el último año y estaba a punto de graduarse con honores en Stuyvesant en junio, mientras que Steven cursaba el último año por segunda vez en Collegiate. Steven estudió la primaria en Collegiate, pero lo expulsaron en quinto grado por bajarle los pantalones a uno de sus compañeros durante la clase de Educación Física. A continuación, lo expulsaron de Xavier en primero de secundaria por llevar marihuana y de Riverdale en tercero por pelear. Después asistió a Horace Mann durante algunos semestres y ahora había vuelto a Collegiate, donde lo vigilaban de cerca.

Steven le debía a su madre la posibilidad de haber vuelto. Ella había tenido que cobrar varios favores para lograrlo y, como uno de los requisitos de su periodo de prueba académico era mantener un promedio alto, tuvo que contratar a una serie de tutores escolares costosísimos que siempre renunciaban después de una semana, aduciendo la actitud mediocre de Steven (es decir, las groserías que salían de su boca) y su aún peor ética de trabajo. Desesperada, al final a su mamá se le ocurrió la brillante idea de llamar a la mamá de Dustin para saber si su hijo, cuyos impresionantes logros académicos siempre se hacían públicos en Facebook, estaría dispuesto a trabajar con Steven como tutor escolar. Ella sabía que su hijo tenía muy poco respeto por la autoridad de los adultos, pero ansiaba la aprobación de los chicos de su edad.

Cuando su madre se lo planteó en octubre, Dustin se opuso con terquedad a ser el tutor de Steven. Argumentó que Steven y él solo eran «amigos» porque sus madres se habían conocido por casualidad y que, sin lugar a dudas, no podrían haber tenido infancias más distintas.

—¡No tenemos nada en común! —gimoteó Dustin—. ¿De qué vamos a hablar?

—De lo que te pagan para que hables: cosas de la escuela —respondió su mamá con tranquilidad.

Dustin exhaló con fuerza e hizo una mueca. Mientras que Steven era un chico guapo, rico y fiestero que pertenecía al más alto círculo social de Manhattan, Dustin no era ninguna de esas cosas. Era adoptado y no sabía nada sobre sus padres biológicos. Bueno, sabía que su madre adolescente dejó una nota en la que decía que el bebé debía quedarse con Tamar L, «la amable trabajadora social que era tan inteligente y atenta, mientras que ella misma solo era una niña que vivía en un hogar de mierda con su desastrosa mamá». Quería que su hijo tuviera una mejor vida y por eso sabía que debía entregarlo.

Y así, una noche de viernes en la que iba de camino al templo para su primer servicio de Sabbath en mucho tiempo, Tamar recibió una llamada de una trabajadora social del hospital, quien le dijo que tenía una hora para decidir si quería ser madre de un recién nacido de dos días. Al interpretarlo como una prueba para su descuidada devoción, se inclinó hacia delante en el taxi y le dio al conductor la dirección del hospital Saint Luke, en la Calle 122. Cuando le contó a su esposo de sus intenciones y le explicó la epifanía que había tenido en el taxi, el futuro padre adoptivo de Dustin no lo dudó un instante (a pesar de que ya tenían un niño de tres años) y

exclamó: «¡Cuenta conmigo!». Y Tamar tuvo la seguridad de haberse casado con el hombre correcto. Dieciocho años después, la mamá de Dustin aún contaba esta historia, aunque con la advertencia de que, mientras que tuvo razón al adoptar a su hijo, se había apresurado un poco al juzgar a su actual exmarido.

Cuando creció, Dustin se convirtió en un chico callado y serio, cuyos padres adoptivos bromeaban con sus amigos sin cesar diciendo que sus genes jamás habrían podido producir a alguien tan inteligente. Él, acostumbrado a aquella rutina, respondía que estaba seguro de que sus padres biológicos jamás podrían haber hecho de él un judío tan bueno. (Hacía poco, con el incremento de la popularidad de Drake, sus amigos empezaron a considerar que la combinación de ser un afroamericano que se crió como judío era «cool» en vez de «rara»). Lo que la gente no sabía era que Dustin tenía tendencia a sufrir ataques de pánico e iba a terapia desde los diez años para lidiar con su ansiedad; por esa razón, la idea de ser el tutor de alguien «estúpidamente millonario» como Steven hacía que sintiera un nudo en el estómago.

—De ninguna manera. No puedo, mamá —exclamó Dustin—. Steven es el epítome del uno por ciento, los más ricos de la sociedad. Que yo lo ayude sería como si me pasara al Lado Oscuro. No soy Kylo Ren.

La madre de Dustin, como la mujer pragmática que era, le explicó con calma que le estaba dando demasiada importancia al asunto.

—Eres demasiado sensible, Dusty —le dijo—. Esto no es *Star Wars*. Es la vida real y no es justo que descartes a Steven solo porque nació con muchos privilegios. Nadie está diciendo que tenga que convertirse en tu mejor amigo. Se trata de un trabajo en el que vas a proporcionarle un servicio a alguien que lo necesita y que te pagará bien por ello. Ganarás más en los siguientes ocho meses de lo que yo gano en un año.

La tarifa estándar para un tutor escolar en Manhattan alcanzaba con facilidad los doscientos dólares la hora y, por supuesto, la mamá de Steven ofrecía aún más. Esto significaba que Dustin se embolsaría más de dos mil dólares a la semana, además de un bono de diez mil si Steven terminaba el año con un promedio por encima de 8.5.

—¿No ves que es una locura? —respondió Dustin—. Tú eres una profesional autorizada que se dedica a ayudar a quienes menos tienen, a quienes de verdad necesitan ayuda. Tú eres la que siempre dice que los trabajadores sociales y los maestros de las escuelas públicas tienen las profesiones más nobles y que, sin embargo, estas son menospreciadas de forma escandalosa en el mundo actual. Sinceramente, ¿cómo puedes sugerir que haga esto?

—¡No seas tan melodramático! El año que viene te irás a la universidad y esto evitará que tengas que buscar un horrible trabajo de medio tiempo para tener dinero para vivir. Así es como yo lo veo y tú también deberías verlo de la misma manera.

A Dustin le parecía que la perspectiva de su madre era simplista y miope, pero, cuando intentó decírselo, ella se negó a seguir discutiendo con él y le sugirió que lo hablara con alguien más antes de rechazar la oportunidad.

Dustin decidió zanjar el asunto con rapidez y consultar a la autoridad más alta posible: la rabina de su templo. Para su sorpresa, la rabina Kennison estaba de acuerdo con su madre y puso como ejemplo el hecho de que ella misma trabajó en McDonald's en la preparatoria.

—Les preguntaba a todos los clientes si querían hacer su combo grande. ¿Eso me vuelve responsable del problema de obesidad que sufre Estados Unidos? —preguntó. Antes de que Dustin pudiera responder, la rabina añadió que él estaría cumpliendo un mitzvá al usar el don de la inteligencia que Dios le había concedido para ayudar a otra persona—. ¿Y si, cuando crezca, Steven llega a ser senador porque lo ayudaste con sus estudios?

Dustin se habría burlado de la idea de que, aquel niño que se comió un escarabajo a los cuatro años porque lo retaron, pudiera llegar a ser senador algún día, pero se detuvo al recordar que el presidente del país había sido estrella en un *reality* y que engañó a su esposa embarazada con una estrella porno. En vez de eso, le agradeció a la rabina por los consejos y de inmediato llamó al doctor N para solicitar una sesión de terapia de emergencia. Tras cincuenta minutos de terapia, seguía sin saber qué decisión tomar. Concluyó que todos los adolescentes, tanto los ricos como los pobres, tenían la misma capacidad para hacer el bien o el mal, y que la mejor forma de combatir el mal era la educación... sobre todo, si no había una espada láser a la mano. (Al final de la sesión, el doctor N dejó caer que, si Dustin rechazaba el trabajo, quizá podría recomendar a su sobrino, quien era un pobre estudiante de Derecho en Fordham. A Dustin esta sugerencia le resultó bastante cuestionable desde el punto de vista ético). Tras una semana de morderse las uñas, aceptó el trabajo, pero le advirtió a su madre que renunciaría en cuanto sintiera el más mínimo pinchazo de conflicto interno.

Después del primer mes, Dustin descubrió que las nueve horas semanales que pasaba dándole tutorías a Steven no eran la batalla aristotélica entre el bien y el mal que había temido (y tampoco una bíblica, shakespeariana, filosófica ni georgelucasiana), sino que era divertido. Su amigo de la infancia no era tan presuntuoso ni arrogante como él lo había supuesto. Aunque había crecido, seguía pareciéndose bastante a cuando era niño: un chico carismático con un buen sentido del humor, que disfrutaba tener juguetes caros y compartirlos con sus amigos (y que probablemente aún se comería un escarabajo si lo retaran).

Para el segundo mes, Dustin había empezado a encontrar entretenido el tiempo que pasaba con Steven, aunque nunca lo admitiría frente a su mamá. Más de una vez le pasó que, durante el fin de semana, ansiaba que llegara la sesión de estudio del lunes, cuando Steven sin duda lo agasajaría con alguna descabellada historia de su fin de semana de «cam-pe-o-na-to». Los dos chicos habían tenido experiencias diametralmente opuestas en la preparatoria: todas las de Steven tenían que ver con drogas, clubes y chicas sensuales, mientras que las de Dustin involucraban cafeterías, grupos de estudio y chicas inteligentes que siempre, siempre, lo mandaban a la *friendzone*.

Al final del semestre de otoño, Dustin había logrado poner a Steven en forma académica: lo vio hacer unos exámenes finales excelentes (sin hacer trampa) y se sentía más orgulloso del 8.6 de Steven que de su propio 9.5 (aunque, con sus cursos universitarios avanzados, su promedio era en realidad más alto). Los chicos celebraron la victoria de ambos con una abundante cena de sirloins en Peter Luger, en Brooklyn, y cuando Steven brindó porque Dustin había logrado lo imposible —su padre le había dicho por primera vez en su vida que estaba orgulloso de él—, Dustin se dio cuenta de que lo extrañaría durante el mes de vacaciones de invierno. El hecho de haber estado tan equivocado sobre su viejo amigo no le molestaba, sino que lo llenaba de alegría.

Con frecuencia, ser superior a sus compañeros lo hacía sentirse muy solo y aquella noche, ante aquel festín digno de un rey, sintió una conexión profunda con alguien de su edad, lo que le gustó mucho.

Fue entonces cuando Steven lo invitó a su fiesta anual de Fin de Año, en donde, aunque en ese momento Dustin no lo sabía, cambiaría el rumbo de su vida. No fue nunca su alma lo que estaba en juego por reunirse con Steven; se trataba de su corazón. Esto se debía a que la novia de Steven, Lolly, tenía una hermana menor, Kimmie, quien se convertiría en la más reciente obsesión de Dustin y quizás en su gran amor.

iii

A diferencia de Steven, Dustin siempre había sido un chico intenso y estudioso, lo que hacía que no tuviera muchos amigos. Sin embargo, eso nunca le molestó; de todos modos, no tenía tiempo para socializar. Dedicaba todo su tiempo y esfuerzo al trabajo escolar, al equipo de debate y a preocuparse por el cambio climático y el aumento del nivel del mar. Aun así, tenía una fuente de verdadero placer: las películas. Sentado en una sala oscura, por un momento podía dejar de preocuparse del gran número de cursos universitarios avanzados que debía completar y solo respirar. Gracias al escape de la realidad que le proporcionaban, había visto una cantidad impresionante de películas; su gusto culposo eran las comedias de preparatorianos de los ochenta y noventa. Fueron estas mismas películas las que encendieron la chispa de una supersecreta y vergonzosa fantasía que nunca le había confesado a nadie, ni siquiera a su terapeuta.

Dicha fantasía consistía en que no quería terminar su vida preparatoria yendo a su baile de graduación con un grupo de amigos, y ni siquiera con una chica inteligente que fuera a asistir a una universidad de élite y cuyo promedio él admirara, sino con una hermosísima chica que estuviera fuera de su alcance (no le importaba mucho si era inteligente o no). Y no quería a cualquier chica linda de preparatoria, sino a una de la lista secreta —aunque en realidad no era tan secreta— de las escuelas privadas de Manhattan que se publicaba todos los años durante las vacaciones de Navidad y en la que se señalaba a las diez mejores chicas de escuelas privadas de todos los cursos. (Dustin sabía, por supuesto, que la mera existencia de la lista era algo superficial, misógino y degradante para las chicas, pero él no participaba activamente en su elaboración; solo la consultaba. Y luego se odiaba a sí mismo por hacerlo).

Tenía la sensatez suficiente como para entender que su deseo estaba alimentado por las fantasiosas películas que tanto le gustaban, en las que el «chico bueno» siempre conseguía a la «chica sexy», pero a él le daba lo mismo. Quería lo que quería y, a pesar de que se sentía culpable por anhelar algo tan frívolo, sobre todo cuando el horroroso contexto político actual daba un espectáculo tan lamentable, se perdonaba mediante una justificación con enfoque científico. Lo que experimentaba era un imperativo biológico o, en términos más procaces, tenía tanta testosterona como cualquier otro adolescente en Estados Unidos.

La fantasía del baile se había convertido en una bestia muy distinta seis semanas atrás, la noche de la fiesta de Fin de Año de Steven. Esta famosa fiesta había nacido cuatro años antes, cuando Steven no tuvo más opción que asistir a Baruch, la escuela pública de la ciudad de Nueva York, en

donde cursó el primer semestre de preparatoria después de lograr que lo expulsaran de Riverdale Country School el primer día de clases. Steven, preocupado por la posibilidad de perder su posición social mientras esperaba que su madre consiguiera inscribirlo en una nueva escuela privada, le pidió a su papá que lo dejara celebrar una fiesta de Fin de Año mientras ellos pasaban la última noche del año, como siempre, en su casa en Maui.

Su padre, un coreano que siempre estaba preocupado porque su hijo mitad coreano lograra encajar en la alta sociedad neoyorquina, aceptó y le dio el sabio consejo de que, para que la fiesta fuera memorable, no solo debía ser espléndida, sino también exclusiva. Fue idea de su padre que se limitara a alumnos de tercer y cuarto año (de escuelas privadas), aunque Steven estuviera en primero. Y, para atraer a estos chicos mayores tan cool, su padre desembolsó una pequeña fortuna para que ASAP Rocky diera un concierto. De su madre fue la idea de «inundar la fiesta» con veinte jóvenes modelos de Wilhelmina, a las que pagaron para que fingieran ser invitadas, un método del que se había enterado por un amigo que hizo fortuna invirtiendo en clubes y discotecas. Aquella primera fiesta fue todo un éxito y la reputación de Steven, como el anfitrión más magnánimo (en cuanto a alcohol y modelos), era ahora legendaria.

Justo a la fiesta de hacía cinco semanas, por primera vez Dustin fue invitado, aunque hacía años que oía historias de aquella famosa reunión. Cuando aquella noche se presentó en la fiesta, se había convencido a sí mismo de que el evento, como la mayoría de las cosas en esa ciudad, era cuando menos cincuenta por ciento exageración. Pero, en cuanto puso un pie adentro, supo que se había equivocado. La fiesta no se parecía a nada que hubiera visto antes.

Era como si Santa Claus hubiera dejado la industria de los juguetes y hubiera abierto un *table dance*. Modelos sexys vestidas como elfos navideños circulaban por la fiesta, que había sido decorada por profesionales y repartían bolitas de mac'n'cheese trufado y papas *vitelotte* escalfadas con caviar; dos barras con licores *premium* eran atendidas por mixólogas con poca ropa. (En su segundo año como novia del anfitrión, Lolly se aseguró de que también hubiera barmans sexys). Había numerosos DJ profesionales a cargo de la música. Y, justo al entrar al vestíbulo, lo primero que se veía era una fuente con una escultura de hielo de Rick y Morty de dos metros y medio; en la mano de Morty, que estaba sentado sobre los hombros de Rick, caía champaña que luego atravesaba el resto de su cuerpo y salía a la temperatura perfecta por su pene, que tenía la forma de Pepinillo Rick.

La fuente fue la imagen más instagrameada de la fiesta.

La única regla nueva que los padres de Steven impusieron ese año era que no se permitía fumar en el interior después del incidente con el Matisse de quince millones de dólares, que en la tardeada del año anterior recibió una quemadura de cigarro. Fue fácil resolver el problema: bastó con abrir el acceso al techo del edificio, al que se llegaba por la escalera que estaba justo frente a la puerta principal de la casa de Steven. (Sus padres compartían el piso con una única familia, los C, quienes habían sido obsequiados con las llaves de la segunda vivienda que los K tenían en París, para que pasaran allí sus vacaciones de invierno, asegurándose así de que, cuando hubiera más de trescientos adolescentes rabiosos sobre su techo, ellos no estuvieran en casa).

Tras vagar de habitación en habitación por la fiesta principal, Dustin decidió ir a ver el techo antes de dejar su abrigo en la recámara de la hermana de Steven. Arriba encontró una

muchedumbre que fumaba porros y cigarros cerca de los calentadores, una mesa de ping-pong y otra de hockey sobre hielo en pleno funcionamiento y una tienda *pop-up* de Serendipity 3 atendida por un hombre vestido con un frac. Abrumado por lo descabellado del asunto, Dustin consiguió una taza de chocolate caliente y fue hacia el borde para admirar la vista. La belleza de Central Park, cubierto aún de blanco tras la primera nevada del invierno, era asombrosa. Mientras contemplaba el parque, no pudo evitar preguntarse si el padre de Steven había pagado para que nevara.

Al dar vuelta para examinar los rostros que estaban a su alrededor, no vio ni una sola persona conocida y se dio cuenta de que las únicas personas que le habían dirigido la palabra eran los empleados de la fiesta. Después de terminarse el chocolate caliente, tomó la decisión de irse antes de que Steven notara su ausencia. Era obvio que aquel no era su ambiente y que esa no era su gente, y admitirlo le permitió relajarse al fin. Cuando sacó su iPhone para ver la hora, vio una alerta que le recordaba que el OSIRIS-REX llegaría a la órbita del asteroide Bennu. Aunque eso iba a suceder a más de cien millones de kilómetros de distancia, alzó la mirada y encontró algo de sosiego en el cielo nocturno. Seguía mirando hacia arriba cuando oyó que una dulce voz le preguntaba qué estaba observando con tanta concentración.

Al bajar la mirada para ver quién le hablaba, lo primero que pensó fue que debía de estar pacheco por el humo de segunda mano que había aspirado al entrar por accidente a la alacena de la cocina, donde tres tipos de último año de Dalton estaban armando un hornazo, porque la chica que estaba frente a él era como un ángel rubio, etéreo y como de otro mundo. Resplandecía en un vestido plateado con una pashmina rosa pastel que le envolvía los hombros y le cubría las alas.

Al ser un hombre racional, Dustin no creía en el fenómeno conocido como «amor a primera vista», pero fue justo eso lo que le sucedió en ese instante. Le contó a la hermosa chica que tenía activadas las alertas de Astronomía y Espacio de *The New York Times* en su teléfono y que acababa de recibir una notificación; ella le explicó que nunca había entendido eso de observar las estrellas hasta que pasó un año en el oeste del país, donde no había edificios altos, y el cielo, atiborrado con chorrocientas estrellas, era más grande de lo que jamás había creído posible. Dustin se enamoró de su uso del adjetivo *atiborrado* y de la inocencia con la que admitió no haber entendido que las brillantes luces de la ciudad eran la razón por la que nunca se veían las estrellas en Manhattan.

Dustin la corrigió con toda amabilidad; le explicó que en una noche despejada era posible ver unas cuantas constelaciones si sabía dónde buscarlas. Luego le explicó por qué era importante la primera órbita de la sonda espacial OSIRIS-REX alrededor del asteroide Bennu y lo emocionante que era que sucediera algo así en el espacio mientras ellos estaban ahí parados.

—¿Te imaginas cuántos años de planeación invirtieron en este único evento? Es un logro enorme para todos los involucrados.

—Eso parece —respondió el ángel, cuyo nombre Dustin aún desconocía.

Ella tiritó un poco con el viento. Se envolvió en la pashmina y le dijo que tenía que buscar a su hermana, pero que esperaba que pudieran hablar un poco más después. Y se fue. Si no le hubiera tocado el brazo y le hubiera dicho que le agradó hablar sobre las estrellas con él, Dustin habría dudado de que el encuentro hubiera sido real.

Terminó quedándose en la fiesta hasta después de la medianoche, gracias a la buena fortuna de haberse encontrado con dos chicas que conocía de la clase de preparación para el examen de admisión de la universidad, las cuales le permitieron quedarse con ellas durante el resto de la noche. Stephanie y Tasha eran amigas de la novia de Steven del Campamento Laurel, en Maine, y ambas admitieron que también eran novatas en la fiesta de Fin de Año. A Dustin le alivió saber que a ellas les abrumaba el espectáculo tanto como a él, pero dijeron que aguantarían hasta el final, pues no estaban seguras de volver a recibir una invitación.

Por suerte, las chicas hablaban como cotorras, por lo que él pudo mantener su silencio habitual y limitarse a escucharlas mientras en secreto buscaba entre la multitud a la chica del techo. Fue hasta unos minutos después de recibir el nuevo año con gritos y cañones de confeti que volvió a verla. Dustin estaba en la biblioteca, sentado en un sofá con Tasha y Stephanie, cuando la rubia misteriosa pasó por la puerta. Él se la señaló a Stephanie, quien le informó que aquella angelical belleza era Kimmie, la hermana menor de su amiga Lolly.

—No sabía que Lolly tuviera una hermana —fue lo único que tuvo que decir para que Stephanie y Tasha le contaran su vida, obra y milagros.

Kimmie acababa de entrar a Spence para cursar el segundo año, pues había pasado el primero en Nevada, donde entrenaba con el objetivo de participar en los Juegos Olímpicos como patinadora artística. Hacía seis meses que había vuelto a casa después de una terrible caída en una competencia, cuando Gabe, su pareja en la pista y su mejor amigo gay, calculó mal un levantamiento mientras realizaba una inclinación recargándose en el borde exterior del patín, perdió el equilibrio, cayó de espaldas y tiró a Kimmie, quien se destrozó la rótula. Pasó todo el verano recuperándose de la cirugía y le dijeron que su carrera como patinadora había terminado.

—Bueno, si me dieran a escoger entre las Olimpiadas y estar en la lista secreta, escogería la lista sin pensarlo.

Con solo oír las palabras *la lista*, Dustin se ahogó con su champaña ya tibia, lo que derivó en un vergonzoso ataque de tos. Después de que ambas chicas le dieran palmadas en la espalda, él por fin logró preguntar con voz rasposa:

—¿Está en la lista? —Intentó sonar tan casual como pudo, porque, a decir verdad, ni siquiera sabía que la lista ya se había publicado.

Stephanie asintió.

—En el número tres, lo cual es bastante impresionante porque no hizo campaña.

—Y no se viste como zorra, como las demás —añadió Tasha.

—Bueno, al menos no en la escuela —dijo Stephanie—. Pero hay muchos videos en YouTube de Kimmie con sus cortísimos trajecitos de patinaje artístico.

—¿Crees que para Lolls sea horrible tener una hermana así de hermosa?

—Nah. Yo preferiría tener un novio como Steven a estar en la lista.

—Yo también.

Inundado por tanta información nueva, Dustin, sin querer darles razón alguna a las chicas para sospechar, cambió el tema con maestría y se fue de la fiesta veinte minutos después. Decidió ir a casa a pie atravesando el parque nevado para poder repasar la noche en su cabeza, maravillándose ante el hecho de que cada pequeña decisión que había tomado en su vida lo había llevado a aquel

afortunado encuentro en el techo. Por más que intentó reprimirse, hacia el final de su caminata no pudo evitar imaginarse cómo sería llegar al baile con Kimmie S, la tercera chica más sexy de todo Manhattan.

iv

Las clases tenían casi dos semanas de haber empezado y Dustin ya había visto a Steven seis veces sin tener el valor de hablar con él sobre Kimmie. Cuando intentaba determinar el porqué, lo único que se le ocurría era que no sabía si quería oír la verdad. Porque si descubría que sus posibilidades de estar con ella eran ínfimas, ¿qué sería de él? Sin embargo, mientras atravesaba el parque una tarde para la sesión de tutorías, pensó en lo que acababa de discutir en terapia. Aquel día era la sesión número siete, el de la suerte, y por fin se pondría los pantalones y le confesaría a Steven su amor por Kimmie.

Supo que algo no andaba bien en cuanto puso un pie en el departamento y Steven le dio un abrazo demasiado largo.

—Amigo, no vas a creer el día que he tenido. Pasa, pasa. Qué bueno que llegaste —le dijo cuando por fin lo soltó.

Lo primero que pensó fue que Steven estaba drogado. Mientras se servía un vaso de agua en la cocina, se fijó los ojos de su amigo. Las pupilas de Steven parecían normales para la cantidad de luz que había en la habitación. El hermano mayor de Dustin estaba en rehabilitación, así que tenía experiencia con gente drogada. Aunque sabía que Steven consumía, estaba seguro de que en ese momento no estaba *high*.

Para su sorpresa, Steven se acomodó en la mesa del comedor formal, a la que podían sentarse veinticuatro personas con comodidad. Hizo toda una faramalla de abrir su libro de Física y le dijo a Dustin que podrían empezar a trabajar en su problema después de tomar un shot. En circunstancias normales Dustin se habría negado, pero tenía que calmar sus nervios. El alcohol era inesperadamente suave y, cuando él lo mencionó, Steven exclamó:

—¡Más vale, carajo! ¡Esta mierda cuesta nueve mil quinientos dólares la botella!

Cuando Dustin lo oyó, sacudió la cabeza, tomó la botella e hizo un cálculo rápido.

—¡Acabamos de ingerir setecientos sesenta dólares de alcohol!

—¡Y lo volveremos a hacer! —dijo Steven mientras servía otros dos shots.

Incapaz de controlar su ansiedad un segundo más, Dustin escupió:

—¿Sería impensable que la hermana de Lolly aceptara salir conmigo? —A continuación se llevó el segundo trago a la boca.

Steven balanceó su silla sobre las patas traseras, silbó despacio y respondió:

—Dustin, Dustin, estás hecho todo un lobo huargo.

(Una de las pocas cosas que los chicos tenían en común era su amor por *Juego de tronos*).

Dustin ignoró el silbido y continuó.

—Desde que conocí a Kimmie en Fin de Año no he podido pensar en otra cosa. Mi papá me descubrió viendo sus videos de patinaje artístico en mi iPad y seguro se está preguntando si soy gay. Gracias a Dios, la conocí después de que me aceptaran en el MIT, porque esa mujer es una

matapromedios.

—¿Así se dice «está buenísima» en el idioma nerd? Me gusta. —Steven se rio del arrebató de su amigo, apoyó de nuevo en el piso las patas delanteras de la silla y recuperó la compostura—. Pero, hablando en serio, creo que a Kimmie le gustaría un tipo inteligente como tú. Además, a las chicas las vuelve locas el estatus que les da andar con alguien de último año. —Steven hizo una pausa y, de manera instintiva, Dustin supo que algo no andaba bien.

—¿Pero...? —lo animó a seguir Dustin.

Steven asintió y continuó.

—Pero... por el momento llamó la atención del Conde Vronsky y tal vez por ahora esté bajo su hechizo. Pero resiste, porque ninguna chica dura mucho con él. —A Steven no le agradó darle la mala noticia a su amigo; sin embargo, sentía que lo mínimo que podía hacer por él era informarle a qué se enfrentaba.

Dustin frunció el ceño y digirió la información.

—Por favor, dime que *Conde* es un apodo y no un título oficial.

Steven le dijo a su amigo que, en efecto, era un apodo, aunque se originó a partir del rumor de que era posible rastrear el linaje del padre de Vronsky hasta la realeza rusa. La segunda teoría era que le llamaban el Conde porque le tomaba cinco minutos contar a todas las mujeres que se habían quitado los calzones por él, pero Steven prefirió reservársela.

—En serio, Lolly cree que lo del Conde es cosa de un rato y que tú podrías ser la tortuga lenta y constante que gana el premio, o sea, a Kimmie.

—La carrera —lo corrigió Dustin—. La tortuga lenta pero segura gana la carrera, no un premio.

—¡Es lo mismo! —respondió Steven en un tono de voz muy serio—. Hay que suponer que si ganas una carrera te dan un premio, ¿no? Dustin, amigo mío, tengo otro dicho para ti... «¡Relájate muchísimo!». Estamos hablando de cosas de la vida real, ¡no de la clase de Literatura!

Le tocaba a Dustin reírse del comentario de Steven y de sí mismo. Era parte de su naturaleza ser exageradamente preciso en los detalles, algo que le venía muy bien en la escuela, pero le hacía parecer un estirado en sociedad.

—¿Y cómo es que Lolly sabe que yo soy la tortuga en esta carrera? —preguntó Dustin.

Steven admitió que sabía del interés de Dustin por Kimmie desde hacía tiempo. Lolly fue quien ató cabos la semana anterior, después de acompañar a los chicos en una sesión de estudio. Le contó a Steven que Dustin había logrado deslizar el nombre de Kimmie en la conversación tres veces, de las formas más extrañas posibles, mientras hacían la tarea de cálculo de Steven, lo que solo podía significar una cosa. Al oírlo, Dustin dejó caer la cabeza sobre la mesa y se golpeó la frente varias veces contra la madera. Steven le puso una mano en el hombro y le prometió a su amigo que estaba dispuesto a ayudarlo en su campaña por conquistar a Kimmie en todo lo que fuera posible. Dustin le agradeció varias veces y dijo que le devolvería el favor de una forma u otra.

Steven, envalentonado por esa sesión de acercamiento, decidió que era su turno para confesar sus propios problemas con el sexo opuesto. Dustin escuchó todo lo que le dijo sin interrumpir y solo levantó una ceja cuando Steven admitió que Lolly estaba en el mismo departamento que ellos en ese momento.

Antes de expresar su opinión sobre la tragedia de Steven, Dustin eligió sus palabras con mucha prudencia. Pero, sin importar cuánto se esforzó por encontrar una forma de ponerse del lado de su amigo, no lo logró. Se oponía con firmeza a la infidelidad de Steven. Para Dustin no tenía sentido que un hombre argumentara que serle infiel a su novia estaba bien. Desde su punto de vista, ¿para qué tomarse la molestia de establecer un compromiso con alguien si no se tenía intenciones de respetarlo? Claro, sabía que muchos chicos engañaban a sus novias con la justificación de que ellas eran un horror cósmico, pero ese no era el caso de Lolly. Steven intentó explicarle que ser fiel era más difícil de lo que parecía, pero mientras las palabras salían de su boca supo que no servirían de nada. También sabía que ser fiel no le resultaría difícil a Dustin, quien estaba hecho de un material moral más resistente que el suyo, sin duda. Y Dustin, que era bastante novato en el juego de la seducción tendría menos tentaciones en general.

—Hombre, no es que no me arrepienta, porque sí me arrepiento —admitió Steven.

—Pero ¿te arrepientes de haberlo hecho o de que te haya descubierto? —preguntó Dustin.

—Diría que mitad y mitad.

—Y yo diría que se agradece la honestidad —dijo Dustin y hablaba en serio.

Después de una hora, Steven dijo que tenía que interrumpir la sesión para recoger a su hermana en Grand Central. Anna venía a ayudarlo con el control de daños. Dustin, quien comprendía las circunstancias extenuantes que enfrentaba su amigo, se ofreció a editar y corregir su ensayo sobre las fallas en el sistema penitenciario de Estados Unidos. A decir verdad, agradecía poder ocuparse en algo; no tenía nada mejor que hacer aparte de obsesionarse con Kimmie, que era lo último que quería hacer. Pensar en volver a revisar Instagram, donde no veía más que fotos «artísticas» de la naturaleza pasadas por incontables filtros, hacía que quisiera gritar. (Hasta ahora, el rasgo más irritante de Kimmie era que, a diferencia de la mayoría de las adolescentes, casi no publicaba *selfies*).

Mientras Dustin recogía sus cosas para irse, a Steven se le ocurrió una sencilla idea con la cual su amigo podría ayudarlo y ayudarse a sí mismo al mismo tiempo.

—Deberías ir a la pista de hielo de Wollman ahora porque Kimmie está patinando ahí. Su cirujano le acaba de dar permiso para volver a patinar y Lolly dice que patinar la lleva «a su lugar feliz». Si apareces mientras ella está en su lugar feliz, tal vez algo de esa felicidad caiga sobre tu lugar feliz, ¿sabes a lo que me refiero?

Ante la sugerencia, Dustin negó enérgicamente con la cabeza, casi furioso.

—De ninguna manera. No puedo. ¿Tengo cara de ser alguien que puede fingir un encuentro casual? ¡No, no, no!

Steven esperó a que Dustin se tranquilizara para continuar.

—Anda. Me harías un favor enorme. —El motivo de su petición era que necesitaba que Kimmie justificara la ausencia de Lolly frente a su padre y su madrastra—. Lolly no estará en condiciones de ver a sus papás y Anna necesita un poco de tiempo para quitarle la locura.

Lo último que Dustin quería era meterse en la complicada vida amorosa de Steven, así que le recordó a su amigo que siempre se mata al mensajero.

—Escríbele tú.

Steven, ahora exasperado, levantó un poco la voz.

—Vamos, piénsalo: ¿qué le voy a escribir? ¿«Oye, Kimmie, la verdad es que le puse el cuerno a tu hermana, ella acabó como Sylvia Plath y ahora está encerrada en el vestidor de mi mamá»? Dustin, hazlo por mí. Yo te pago el Uber. Es más, aprovecha el momento y llévala a Serendipity 3 por un Frozen Hot Chocolate, yo invito también. Si quieres, cómprale el sundae de mil dólares con la hoja de oro. No me importa. Créeme, ¡es una técnica quitacalzones automática! —Steven tomó su teléfono—. ¿Cuál era tu Venmo? En serio, déjame *mitigar* mi cargo de conciencia ayudándote con Kimmie. ¡Mitigar! Una palabra de la lista de estudio de vocabulario. Yo gano.

Dustin rio. Cerró los ojos un momento e intentó imaginarse sentado frente a Kimmie en un acogedor gabinete de cuero, viendo cómo soplaba su chocolate caliente con su perfecta boca. Se sacó la imagen de la cabeza y puso fin a cualquier conversación sobre dinero dirigiéndose a la puerta sin aceptar ni rechazar nada. Detrás de él, Steven gritó que debía confiar en él porque el único asunto en el que era más inteligente que Dustin eran las chicas.

Dustin estuvo a punto de recordarle que su situación actual contradecía ese argumento, pero se contuvo. Tenía la certeza de que su amigo no estaba en condiciones de enfrentarse a la dura realidad.



En Grand Central, Steven miraba la pantalla de las salidas y las llegadas cuando se dio cuenta de que estaba junto a Alexia V (conocido en la ciudad por el apodo del Conde o simplemente Vronksy), quien también revisaba la pantalla.

—Ey, ¿qué te trae por aquí?

Vronsky esbozó una enorme sonrisa.

—¿Puedes creer que vine a recoger a mi madre? Se está recuperando de un tobillo fracturado y aún tiene que usar bastón. Asistió a una cena en casa de mis tíos en Greenwich, le dio la noche libre a su chofer y tomó el tren de vuelta sola. No me pidió que la recogiera, pero ¿para qué me habría enviado su itinerario, si no?

Steven le devolvió la sonrisa y, tras una minuciosa inspección, decidió que el Conde Vronsky era tan guapo como afirmaba todo el mundo. Ya que los dos eran relativamente nuevos en Collegiate y Steven estaba en último año, todo lo que sabía de Vronsky estaba basado exclusivamente en su reputación.

—Si tuviera que apostar, diría que hay otra razón. ¿Ganarse unos cuantos puntos como «buen hijo» para el futuro, tal vez? Es lo que yo hago siempre que puedo. Al haber sido bendecidos con mujeres tan formidables como nuestras madres, ¿qué otra opción tenemos?

En respuesta, Vronsky estalló en carcajadas, le dio una enorme palmada a Steven en la espalda y procedió a no confirmar ni negar las acusaciones. En cambio, respondió con otra pregunta.

—¿Y tú? ¿Qué te trae por aquí tan tarde, en medio de una nevada y sin un abrigo apropiado?

Steven bajó la mirada y se dio cuenta de que Vronsky decía la verdad. Se había distraído tanto al intentar sacar a Dustin de su casa y no llegar tarde él mismo, que salió con solo una chamarra de cachemira de Loro Piana y su gorro negro de cachemira de Burberry.

—Una hermosa chica —respondió Steven, pero de inmediato pensó que no era el momento

para comportarse con tanta despreocupación, así que añadió—: Mi hermana, Anna. También viene de Greenwich.

Vronsky frunció el ceño.

—¿Ya me habías dicho que tienes una hermana?

—Está en tercer año en la Academia Greenwich. Es la jinete de la familia y no soporta estar lejos de sus adorados caballos, así que vive casi todo el tiempo en la casa de Greenwich. Además, tiene dos perros enormes y está obsesionada con ellos. Siempre dice que su obligación como madre es darles a sus peludos bebés un buen jardín donde retozar.

—¿Cómo no amar a las chicas a las que les gusta montar? —dijo Vronsky con una sonrisa traviesa y de inmediato agregó—: A caballo.

En circunstancias normales, a Steven le habría encantado la frase de Vronsky y habría añadido sus propios chistes vulgares, pero, como estaban hablando de su hermana, se contuvo.

—Tal vez conozcas a su novio, Alexander W.

Entonces fue el turno de Vronsky de enderezarse e incluso hacer un ostentoso ademán de acomodarse una corbata imaginaria.

—¿En serio? ¿Tu hermana es novia del Don de Greenwich? Interesante.

—No tanto.

Si Steven no volvía a oír una sola palabra sobre el novio *umchina* de Anna, no le molestaría. *Umchina* era una de las pocas palabras coreanas que Steven había aprendido de su abuela. No tiene traducción, pero significa más o menos el hijo perfecto de la amiga de tu madre, ese con el que siempre te comparan. El *umchina* de Steven era el Don de Greenwich; en su presencia, su mamá no podía dejar de enumerar los múltiples logros de Alexander. Alguna vez llegó a decir incluso: «Greenwich tiene mucha suerte de que alguien como Alexander represente a la ciudad».

Hacía tres años que Alexander W era el novio de su hermana. Se había ganado el apodo del Don de Greenwich por ser el único hombre blanco privilegiado que había sido aceptado por las ocho universidades de la Ivy League en su último año de bachillerato. Venía de una familia de abolengo originaria de Connecticut, publicó su primer artículo de opinión en *The New York Times* a los dieciséis años, se graduó con honores de Brunswick y todos los veranos pasaba dos semanas enseñándoles a navegar a niños poco privilegiados (algo que a Steven le parecía una estupidez, como si los niños pobres soñaran con andar en un velero). Sin duda, sería candidato a la presidencia del Partido Demócrata en veinte años, si el presidente actual no destrozaba el sistema democrático de Estados Unidos para toda la eternidad. Alexander cursaba el primer año en Harvard, pero volvía con frecuencia a Greenwich para ser el devoto novio de Anna. Solo el formidable Don de Greenwich podía salirse con la suya y ser un universitario con una novia preparatoriana.

Anna tenía diecisiete años, dos menos que Alexander, pero siempre había tenido mucho aplomo para su edad. El encuentro perfecto de la pareja perfecta sucedió en la búsqueda de huevos de Pascua de la Casa Blanca cuando ella tenía trece años. Alexander estaba ahí porque su padre era un gran simpatizante de Obama; Anna estaba ahí porque tocaba el violín en un aclamado cuarteto de cuerdas cuyas otras tres integrantes estaban ya en bachillerato. Contaba la leyenda que, mientras Alexander observaba a Anna tocando, sintió un abrumador *déjà vu* a pesar

de que estaba seguro de que nunca la había visto. Lo que sí sabía era que ya no le importaba ayudar a los niños a buscar huevos de Pascua. Su único objetivo era conocer a la hermosa chica que tocaba el violín como si acabara de bajar del cielo para crear música.

Alexander se presentó con Anna en el bufet de postres y, al acercarse a ella, quedó tan prendado de su delicada belleza que le tiró un pedazo de tarta de cereza encima de su vestido blanco. Horrorizado por el accidente, enseguida consiguió que Sasha, la hija menor del presidente, le prestara un vestido a Anna. (Hoy en día, Anna sigue siendo amiga de Sasha). Lo que comprendieron después fue que Alexander había visto a Anna tocar el violín el verano anterior, en la segunda boda de su tía en el Club de Yates del puerto de Saugatuck, en Westport. Completamente embelesado, Alexander les rogó a su papá y a su madrastra que invitaran a Anna a volver a casa con ellos en su avión privado en vez de dejar que tomara el tren. Su madrastra nunca había visto a Alexander comportarse así y, en un esfuerzo por ganarse el favor del único hijo de su esposo, llamó a la mamá de Anna para arreglarlo todo.

Para cuando llegó a casa, Anna tenía la «promesa» de un primer novio, pues no le permitían tener un novio «oficial» hasta que cumpliera catorce años. Alexander no tuvo problema en esperar, y habían sido la pareja perfecta desde entonces. El plan a largo plazo era el matrimonio, por supuesto, pero el plan para después del bachillerato era que Anna fuera a Harvard o a Yale, y que Alexander entrara a la facultad de Derecho de la universidad a la que ella terminara por asistir.

Alguna vez, Steven le preguntó a Anna si no le daba miedo tener toda la vida planeada desde tan chica.

—Vivimos en Estados Unidos. No es que tengas que hacer eso del matrimonio a la coreana, arreglado por el bien del estatus de la familia, ¿sabes?

Anna sonrió ante el sarcasmo de su hermano.

—Alexander es una buena persona. Me necesita, y yo estoy feliz de estar con él.

Steven le recordó de inmediato que Alexander no era un perro y le preguntó por sus propias necesidades, a lo que ella simplemente respondió que su novio la adoraba y que le gustaba lo fácil que había sido su relación desde el principio. Era un alivio no tener que lidiar con el drama de las citas, para las que tenía poco tiempo y paciencia. Alexander era todo lo que una chica podía desear. Además, también ayudaba que los padres de Anna aprobaban la relación. Había muy pocos chicos a quienes su padre les habría confiado a su adorada hija; de hecho, era probable que Alexander fuera el único que cumplía con todos los requisitos. En Corea, el estatus social es fundamental, y el padre de Alexander estaba en la cima de la élite de Greenwich. Era esa importancia que sus padres le daban a la posición social lo que más molestaba a Steven.

—Andén veintisiete —dijo Vronsky, sacando a Steven de sus pensamientos.

—¿Qué dijiste? —preguntó Steven.

—El tren. Ya llega.

Él asintió y se apresuró a seguir a Vronsky, ante quien el mar de gente parecía abrirse mientras caminaba hacia las escaleras con su abrigo Brioni de color tabaco y su bufanda extralarga de Tom Ford, que él arrastraba por el piso, a su paso.

Anna K le dijo a la señora Geneviève R que volvería para despedirse como era debido, pero tenía que ver si podía encontrar a su hermano, Steven.

—Por favor, sepa que, si su hijo no está aquí, nos dará mucho gusto llevarla a su casa. Si mi hermano tampoco aparece, lo puedo hacer yo misma sin problemas.

Pocas cosas impresionaban a Geneviève, pero aquella encantadora criatura era como una luz de bengala.

—Claro que sí, querida. De verdad creo que los hombres nos necesitan a nosotras las mujeres para que les mostremos su propósito en el mundo. Por ejemplo, llegar a tiempo a recogerlos a la estación.

Mientras esperaban junto a la puerta del vagón, Anna sonrió ante las palabras de la *socialité*. Miró a su alrededor y al fin localizó a su hermano. Le gritó, pero él no la escuchó, así que avanzó por el andén y agitó los brazos para llamar su atención.

Lo primero que el Conde Vronsky notó de aquella exquisita muchacha fueron sus ojos, dos profundos estanques oscuros que centelleaban debajo de unas larguísimas pestañas. Ahí parada, parecía una muñeca de porcelana perfecta, muy erguida, con su abrigo gris claro de cachemira de Max Mara. También le gustó que, al contrario que la mayoría de las adolescentes no usaba mucho maquillaje. Mientras la observaba, Steven le dio un abrazo de oso a aquella chica. Ah, ¿así que ella era su hermana menor?

Un escandaloso golpeteo le hizo desviar la mirada y, al voltear, vio a su madre saludándolo con la mano mientras chocaba el bastón contra la ventana una vez más, por si acaso. Sin otra alternativa, Vronsky corrió al vagón.

—Madre querida —gritó, justo como Geneviève prefería que su hijo favorito se dirigiera a ella.

—Alexia, tu bufanda. La estás arrastrando como si fueras un animal.

Su madre parisina, una gran dama de la alta sociedad neoyorquina, jamás tenía un cabello fuera de su lugar, y mucho menos una bufanda rebelde. Él se apresuró a tomar el extremo indisciplinado de la bufanda y se lo puso sobre los hombros. Luego le tendió las manos a su madre para ayudarla a ponerse de pie. Ella ya no tenía que usar una bota en el pie lesionado, pero aún lo traía bien vendado por seguridad.

—Madre, no deberías usar tacones.

—Cariño, para mí unos tacones de cuatro centímetros son como usar zapatos de piso —murmuró mientras besaba a su apuesto hijo en ambas mejillas.

—Ay, qué bueno. Lo encontré.

Al oír aquella voz, a Vronsky se le erizaron todos los vellos de la nuca como si estuviera alerta. Se obligó a voltear despacio y encontrarse cara a cara con ella.

—¿Acaso mi madre dudaba de que viniera? —preguntó con un destello en los ojos.

Anna se sonrojó, no por vergüenza, sino por el sobresalto que sintió al ver lo bien parecido que era Vronsky, cuyo cabello, de color rubio rojizo, caía en mechones sobre sus facciones de estrella de cine. Pero fue por algo más que su apariencia: proyectaba una seguridad que solo podía

describirse como un magnetismo de rey de la selva. Anna estaba segura de que su rostro revelaba la sorpresa que había sentido al darse cuenta de que era sensible a ese tipo de encantos.

—Ni por un instante. Creo que yo estaba proyectando mis propias dudas acerca de que mi hermano viniera por mí.

—Anna, te presento a mi hijo Alexia, o Alex, como prefiere que lo llamen. Alexia, esta extraordinaria jovencita tuvo la amabilidad de mantener entretenida a una anciana como yo durante todo el viaje. Es muy especial —dijo la señora R.

Anna tendió la mano para estrechar la que él ya le había extendido.

—Un gusto conocerte, Alexia. Tu madre me contó tanto sobre ti que siento que ya te conozco. Vronsky gruñó.

—Cree solo las cosas malas. Mi madre suele coronarme con un halo de santo que no merezco.

Antes de que Anna pudiera responder, la madre de Vronsky intervino.

—¡Tonterías! Eres el soltero más codiciado de la ciudad. Qué pena que ya esté con el Don, o insistiría en que pidieras su mano en matrimonio de inmediato.

Anna y Alexia intercambiaron sonrisas secretas por el uso que hacía su madre del apodo; ambos estaban seguros de que ella no tenía idea de que «el Don» era una referencia a la mafia y no a su extraordinario linaje, como seguramente creía. La madre de Vronsky siguió hablando, como acostumbraba.

—Nos contamos historias de nuestros hijos: los míos, humanos, y los suyos, de cuatro patas. Anna es una jinete consumada y tiene dos perros de concurso que competirán en Westminster la próxima semana.

Avergonzada por los halagos, Anna se apuró a corregirla.

—Yo no los voy a presentar; sus adiestradoras, Lee Ann y Ali, harán los honores. Pero es cierto: soy una chica que prefiere la compañía de los animales a la de la gente.

Mientras ella hablaba, Vronsky examinó su rostro y apenas si le puso atención a sus palabras. Sin duda era la chica más despampanante que había visto en su vida, un ejemplo perfecto de belleza eurasiática: ojos de color almendra y un brillante cabello oscuro combinados con pómulos altos y una perfecta nariz respingada muy anglosajona.

La conversación se detuvo de forma abrupta cuando oyeron un escándalo afuera del tren. De repente, varias personas comenzaron a gritar y a correr junto a su ventana.

—Esperen aquí. Iré a ver qué pasa —dijo Vronsky.

Anna asintió y se acercó a su madre para ayudarla a sentarse de nuevo.

Volvió unos minutos después, seguido de Steven, y dijo que ya era seguro que salieran. Anna preguntó qué había ocurrido, pero los dos chicos intercambiaron miradas y se quedaron en silencio.

—Díganme. Quiero saber —les exigió.

Vronsky le explicó con mucha seriedad que un indigente había sido la causa del alboroto. El hombre tenía dos perros e insistía en que uno de ellos había saltado de sus brazos: cayó en las vías y el tren lo golpeó. Anna se quedó sin aliento al oír la noticia.

—¿Nuestro tren? Ay, Dios. ¿Es eso cierto?

Los ojos se le estaban llenando de lágrimas cuando Vronsky, sintiéndose obligado a ser honesto

con Anna sin importar su reacción, confirmó la horrible verdad.

—Me temo que sí.

—¡Qué horrible! —sollozó ella, sin molestarse en limpiarse las lágrimas. Sintió que el estómago se le revolvió. «Es un mal augurio», pensó. Los cuatro estaban en el andén, de camino a las escaleras eléctricas, cuando Anna se dio vuelta y vio a dos oficiales de policía en el lugar de los hechos; uno estaba esposando al indigente, quien seguía aullando—. ¿Por qué lo arrestan?

Steven le explicó que el hombre había empujado al conductor del tren durante el alboroto. Le puso una mano en el hombro a su hermana e intentó guiarla hacia la escalera, pero ella se negó a moverse.

—¿Qué hay del otro perro? ¿No dijeron que tenía dos? ¿Qué pasará con él? —Anna se separó de Steven y dio dos pasos hacia el frente, pero Vronsky le puso una mano en el brazo con suavidad y la detuvo.

—No. Me aseguraré de que el perro esté bien. ¿Tú puedes asegurarte de que mi madre llegue bien a casa?

Anna miró a Vronsky a los ojos, y una gran sensación de alivio recorrió su cuerpo.

—¿De verdad? Qué amable. Claro, llevaremos a tu mamá a casa.

Durante todo este diálogo, Geneviève guardó silencio, orgullosa de que su hijo hiciera lo correcto, pero consciente de que lo que más lo motivaba era la dama y no el perro.

En el tren, la madre de Vronsky había alardeado bastante sobre los múltiples logros de su hijo (románticos y de otras índoles), así que Anna ya estaba impresionada, pero ese último gesto fue aún más impactante. ¿Qué chico de dieciséis años tiene la heroica voluntad de la que Anna acababa de ser testigo? Fue como si su dolor hubiera sido también de Vronsky. En ese momento, sintió que sus ojos azules habían visto su yo más secreto, lo que era ridículo. ¿Cómo podía ser eso posible si acababan de conocerse?

vii

Dustin no tuvo dificultad alguna para divisar a Kimmie entre la masa de patinadores que se arremolinaban en Wollman Rink. Traía puesta una chamarra púrpura de piel falsa y orejeras del mismo color y, aunque su rodilla no estaba cien por ciento recuperada, era por mucho la mejor patinadora sobre el hielo. Se movía con gracia y agilidad. Dustin no podía quitarle los ojos de encima y se avergonzó al darse cuenta de que había contenido la respiración mientras la miraba. Se dirigió hacia el barandal sin saber cómo llamar la atención de Kimmie. Al fin decidió que la llamaría la próxima vez que pasara por ahí patinando. Sin embargo, tres veces pasó ella zumbando junto a él y tres veces fue él incapaz de hablarle al ver su hermoso rostro. Después de un tiempo, dos niños de secundaria con patines de hockey que estaban jugando las traes chocaron con unos cuantos novatos, y un niño pequeño se fue de bruces contra el hielo; chocó con tal fuerza que, tras hacer un giro completo, siguió girando en su traje de nieve de Patagonia en dirección a donde estaba patinando Kimmie.

—¡Cuidado, Kimmie! —El grito de Dustin estuvo tan lleno de urgencia que varias personas, Kimmie incluida, voltearon a verlo.

Con un pequeño salto como de liebre, ella se detuvo por completo a un par de centímetros del niño caído. Se agachó para ayudar al pequeño a levantarse y lo llevó a donde estaban sus padres. Mientras observaba aquel sencillo gesto de bondad, Dustin sintió una opresión en el pecho que le hizo preguntarse si habría registros de fallecimientos por infarto adolescente.

Kimmie patinó directo hacia él con una expresión que Dustin fue incapaz de interpretar, así que se quitó el gorro deprisa, suponiendo que no lo habría reconocido. La saludó con la mano. Ella sonrió y lo saludó en respuesta; se detuvo frente a él con un movimiento teatral, y las virutas de hielo que salieron de debajo de sus patines se estrellaron contra la parte inferior del barandal.

—Hola, Dustin. ¿Vienes a patinar? —preguntó.

—Soy pésimo para eso. Mis tobillos no sirven —respondió él—. Vine por ti. —Las palabras salían de su boca más rápido de lo que le habría gustado, así que hizo una mueca de disgusto—. No quiero sonar como un inquietante acosador ni nada parecido.

—Sí, no lo sentí así. Pareces demasiado serio como para ser acosador y demasiado amable como para resultar inquietante.

—Yo pensaría que los acosadores suelen ser bastante serios —respondió Dustin, aún incapaz de controlar sus palabras cerca de Kimmie—. Pero no soy acosador... todavía.

Kimmie rio y ladeó la cabeza, sorprendida por el tono seco con el que Dustin hizo aquel chiste.

—Bueno, ahora que tienes mi atención, ¿qué piensas hacer con ella? —preguntó la chica.

Se sonrojó, apenada porque lo que quería que fuera un chiste había sonado mucho más coqueto de lo que le habría gustado.

—Perdón, no quise parecer misterioso. Steven me mandó. Steven, el novio de...

Kimmie frunció el ceño y lo interrumpió.

—Sé de qué Steven hablas.

—Sí, es obvio que lo sabes. —Las cosas iban de mal en peor.

—¿Y qué nuevas traes de Steven, el rufián de la casa K? —preguntó ella con total seriedad.

—Eh... —Dustin vaciló.

Kimmie se rio de su confusión.

—No me digas que eres la única persona en el mundo que no ha visto *Juego de tronos*.

Dustin sonrió, aliviado.

—Ah, no. Soy el máximo fan. Leí todos los libros.

—Yo también —admitió Kimmie, aunque su madre alguna vez le dijo que a los chicos no siempre les gustan las chicas que leen—. Ya en serio, ¿qué dice ese imbécil?

Por supuesto, su hermana ya le había comunicado las noticias, lo que significaba que Steven lo había enviado a esa ridícula misión solo para que pasara un tiempo a solas con Kimmie.

—¿Ya sabes? —preguntó él, esperando verificar sus sospechas.

—Sí. Lolly me mandó un mensaje con todos los detalles sobre «Brad». Lolly está bien, ¿verdad? Le ofrecí ir a recogerla, pero dijo que no.

—Yo no la vi. Pero estoy seguro de que está bien, o tan bien como puede estar. La verdad es que no quise meterme, pero Steven me pidió de favor que viniera. —Aunque sabía que ya había hablado lo suficiente, Dustin continuó—: Soy el tutor académico de Steven. De niños, éramos amigos por nuestras mamás —añadió, ayudándola a conectar los puntos para que entendiera

cómo alguien como él podía ser amigo de Steven.

—Lo sé —respondió ella sin más, lo que hizo que Dustin se preguntara si lo sabía porque había preguntado por él en específico después de que se conocieron, o si había obtenido esa información de Lolly en una conversación cualquiera. Si Tasha y Stephanie, las dos chicas parlanchinas de la fiesta, le habían enseñado algo, era que las adolescentes podían hablar entre ellas de todo y todos. Para ellas, conversar era como respirar.

—Estás temblando —dijo Dustin.

—Porque me paré a hablar contigo. No te preocupes, estoy acostumbrada al frío. Me gusta.

—¿Puedo invitarte un chocolate caliente en Serendipity? —Dustin no tenía idea de dónde había salido ese arrojito.

Kimmie parecía confundida.

—¿Steven te mandó a que me llevaras a tomar un chocolate caliente?

—No, me mandó a que te preguntara si podías cubrir a tu hermana con tus papás. Volverá tarde a casa. —De inmediato se sintió aliviado por haber completado su misión—. Soy yo quien te está preguntando si quieres tomar un chocolate caliente conmigo. O un Frozen Hot Chocolate, ya que te gusta el frío.

Kimmie examinó el rostro de Dustin durante unos segundos y luego miró su teléfono, fingiendo ver la hora. Tras ver que no tenía mensajes nuevos, alzó la mirada y sonrió.

—Sí, ¿por qué no? Pero deberías saber que soy feminista, así que yo pagaré mi propio chocolate.

—Genial. Yo también soy feminista, así que dejaré que pagues también el mío.

Kimmie se sorprendió a sí misma cuando volvió a reír a carcajadas. Pero a nadie le sorprendían más el ingenio y el encanto de Dustin que a Dustin mismo.

viii

Después de dejar a la madre de Vronsky en el número 834 de la Quinta Avenida, Steven se sentó junto a su hermana en el asiento trasero del Uber Select. Anna había estado muy callada durante todo el viaje, y Steven sabía que seguía pensando en el pobre perro atropellado por el tren. Aunque así era, los pensamientos de Anna también incluían al apuesto chico que en ese momento estaba rescatando al otro perro indefenso. «¿Le encantan los perros tanto como a mí?».

Steven tomó la mano de su hermana y la apretó. Y, como si supiera en qué estaba pensando ella, dijo:

—Oye, gracias por venir a rescatar también a este perro.

Estaban atravesando Central Park y la nieve seguía cayendo, más densa y con más fuerza que antes.

—Tal vez mañana se cancelen las clases por la nieve —dijo Anna, fingiendo que estaba pensando en el clima.

—Carajo, daría mi brazo derecho por que así fuera —respondió él, y revisó su teléfono para ver si había noticias—. Perdón. Sé que no te gusta que diga «carajo».

Anna detectó algo en la voz de su hermano que le hizo darse cuenta de que era momento de

lidiar con su monumental metida de pata. Se sacó de la cabeza todos los pensamientos sobre perros muertos y héroes de ojos azules, y volteó a ver a su hermano en la oscuridad del asiento trasero. No era la primera vez que tenía que ir en su rescate. Llevaba cubriéndole las espaldas desde que eran pequeños.

—Okey. Estoy lista —dijo—. Cuéntame todo.

Y eso hizo Steven. Le dijo cómo conoció a «Brad», cuyo nombre real era Marcella, una chica de diecisiete años del sur del Bronx, de una escuela pública, que se le había acercado en el Starbucks de Union Square unos días antes de Navidad porque sus amigos la habían retado.

—Caminó hasta donde estaba yo, me dio un golpe en el pecho y me dijo: «Dame veinte dólares». Cuando la pregunté por qué, contestó que porque parece que soy rico y aburrido. Luego... —Se detuvo.

—Tengo que saberlo todo, Steven. Dímelo. No soy una niña.

Steven continuó.

—Me dijo que mi vibra era de *emoji* de berenjena. —Hizo una pausa y concluyó—: Ya me entiendes, *big dick energy*, estar muy bien dotado, pues.

—Sí, ya te entendí —mintió Anna, pero luego soltó una risita—. Bueno, no, no te entendía. Pero ¿de verdad se te acercó y te dijo eso sin conocerte?

Anna intentó imaginarse haciendo algo así, pero le resultó imposible.

—A Marcella le importa un carajo. Puede decirle cualquier cosa a cualquier persona.

Anna abrió mucho los ojos al oír la admiración con la que hablaba su hermano, pero se quedó callada. Steven dijo entonces que le dio a Marcella los veinte dólares para comprar café para sus amigos y, antes de que pudiera darse cuenta, la estaba invitando a cenar. Ella aceptó de inmediato, abandonó a sus amigos y ambos terminaron en Joe's Pizza, donde Steven, anonadado, la vio comerse media orden de nudos de pan de ajo, dos rebanadas de pizza, la última parte de su calzone y una limonada rosa grande.

—Ni una sola vez mencionó los carbohidratos, las calorías, los peligros de los azúcares refinados, ni se disculpó por tener tanta hambre. ¡Como jefa! —Steven explicó que quedó encantado con Marcella porque le pareció que era más libre que cualquier otra chica que hubiera conocido. No era ni muy educada ni se vestía a la perfección. Se reía de sus chistes y le decía que era gracioso para ser un estúpido millonario.

—Lolly también piensa que eres gracioso —le recordó Anna.

Steven estuvo de acuerdo, pero no pudo evitar señalar que Lolly solía contener la risa al oír sus chistes más sucios u ofensivos y le gritaba cuando decía algo de mal gusto.

—Siempre tengo que repetirle que yo puedo decir cosas obscenas porque soy mitad minoría. —Anna le dio una cachetada a su hermano, aunque ella también lo había escuchado decir cosas así en numerosas ocasiones—. ¿Ves? Tú también lo haces. No puedes evitar corregirme. Pero esa es la cosa: solo digo tonterías. No soy racista; entonces, ¿qué importa? Los comediantes lo hacen todo el tiempo. Sé que dije que Marcella me pareció muy libre, pero tal vez sea yo. Tal vez lo que me gustó de ella es que me dejó ser libre *a mí*. ¿No te gustaría ser solo tú a veces, Anna? ¿Con defectos y todo?

Aunque Anna entendía el sentir de su hermano, no quería fomentar esa forma de pensar. Sabía

que todo eso de querer ser libre era una reacción a lo estricto que era su padre con él. Su padre también la controlaba a ella bastante, pero con Anna parecía más bien un poco sobreprotector, entrañable incluso. Con Steven, las cosas eran un poco distintas. Su hermano nunca hablaba al respecto con ella, aunque a veces Anna deseaba que lo hiciera. Así que guardó silencio y le hizo un gesto para que continuara, pues era obvio que aún tenía más cosas en mente.

—Estoy cansado de tener que ser tan políticamente correcto todo el tiempo —dijo Steven—. ¿Por qué tiene que ofenderse todo el mundo por todo? Tengo dieciocho años. ¿Por qué no puedo divertirme un poco, si quiero? Yo no pedí nacer con todos estos privilegios.

Fue entonces cuando ella alzó la voz y le recordó que divertirse nunca había sido un problema para él, aunque admitía que era difícil lidiar con las expectativas de sus padres. Y, ya que Steven era el único varón, lo que en la cultura coreana significaba que la responsabilidad de estar a cargo de la familia recaería en él cuando fuera mayor, Anna sabía que él tenía por delante el camino más difícil.

—Sé que estás frustrado y sé que es horrible para ti que papá sea tan estricto... pero te estás desviando, Steven. ¿Puedes terminar de contarme sobre la chica?

Steven le contó entonces que, después de la pizza, fueron a Ace Bar en Alphabet City y jugaron en las maquinitas. La prima de Marcella era bartender ahí y les dejó beber gratis. Al final de la noche, Marcella lo arrastró al baño de mujeres, lo metió a un cubículo y...

Anna asintió.

—Creo que puedo imaginar qué pasó después. —Su hermano quedó obsesionado desde ese momento y hacía dos meses que la veía en secreto—. Pero ¿sientes cosas por Marcella? —lo presionó Anna—. No sexuales, quiero decir reales. Ya sabes, con el corazón.

—Anna, apenas la conozco. Es sexy y salta a la cama a la primera. Amo a Lolly. Pero a veces... Bueno, tú sabes lo aburrido que puede ser llevar cierto tiempo en una relación.

—En realidad, no lo sé —respondió ella, mirando por la ventana—. No esperes compasión. Llevo con Alexander más del doble de tiempo del que tú llevas con Lolly.

—¡Ese es el punto! Tienes que saber a qué me refiero, o al menos él lo sabe.

Eran tantas las cosas de las que estaba hablando su hermano que le molestaban, que Anna no sabía por dónde empezar.

—¿Estás insinuando que Alexander me engaña? —preguntó, yendo directo al grano.

—No. De hecho, estoy seguro de que no lo hace. Tu novio es demasiado buena persona, mientras que yo soy un enorme pedazo de mierda.

Anna estaba consciente de que su madre acostumbraba a torturar a su hermano comparándolo con su aparentemente perfecto novio.

—Sé que es horrible. Pero deja de evadir el tema. Si dices que amas a Lolly, ¿por qué la engañas? —preguntó, aunque sabía que su hermano no tenía una respuesta. Apostaría a que su hermano casi nunca sabía por qué hacía las cosas que hacía.

—No lo sé —respondió Steven casi en automático.

Anna supo que esa era la mejor respuesta que podía obtener, así que siguió adelante. Le preguntó si era la primera vez que engañaba a Lolly y, tras un largo silencio, él confesó que no. Anna le lanzó una mirada de desaprobación fraternal.

—¿Estás seguro de que quieres seguir con Lolly? Porque en la ciudad hay muchos hombres que son solteros y que se acuestan con alguien diferente cada fin de semana. Tal vez eso sea lo mejor para ti. De verdad, no pareces estar listo para ser el novio de nadie, ni un poquito.

—Sé que eso es lo que parece. Pero por eso sé que amo a Lolly, porque *quiero* ser su novio. Es buena, como tú. Y no hay nadie más dulce. También me mantiene bajo control, y tú sabes que lo necesito. Hace que quiera esforzarme por ser mejor. Marcella no significa nada para mí. Aunque tiene una perforación en la lengua que...

—¡Qué asco! Ya escuché suficiente sobre ella. Steven, tienes que terminar con eso.

Anna adoraba a su hermano, pero en ese momento no le agradaba mucho como persona. Sabía que los chicos eran muy distintos a las chicas, pero oír a su hermano hablar así le hizo sentir que la brecha entre los sexos era mucho más grande de lo que había imaginado.

—Lo sé. Y lo haré. Lo de la perforación en la lengua no era una referencia a algo sucio, se la vi porque se reía mucho. Ya sabes, porque ella pensaba...

—¡Steven, eres gracioso! Todo el mundo lo piensa. ¿Por qué estás tan obsesionado con eso? — exclamó Anna, exasperada.

—¡Porque eso es lo mío, Anna! No soy tan perfecto como tú, y sin duda tampoco soy mejor que tu maldito novio, ¿ya? —Steven rara vez le levantaba la voz a su hermana, así que se sintió mal de inmediato por haberlo hecho.

Pero Anna no entendía. Las expectativas que le imponía su padre eran imposiblemente altas, y eso era injusto. Steven nunca se lo había contado, pero más de una vez su padre le había ordenado que fuera a su estudio, donde le daba un sermón sobre lo mucho que había tenido que esforzarse para que su familia estuviera donde estaba. Como inmigrante, Edward decía que debía trabajar cuatro veces más que los demás para que los blancos lo consideraran su igual. Era cierto que había nacido en una familia rica, al igual que Steven, pero el padre coreano de Edward lo había enviado a Estados Unidos para que recibiera una educación. Cuando tenía solo diez años, lo enviaron a un internado en la Costa Este. Los niños pueden ser muy crueles, sin importar su raza o su educación, pero los niños blancos malcriados eran con frecuencia más crueles que los demás. Sus compañeros no lo recibieron nada bien. Tuvo que luchar por ganarse su respeto: estudió con un terapeuta del habla para perder su acento y hablar un inglés perfecto, destacó en los deportes y se aseguró de siempre estar entre los mejores estudiantes de su salón en lo académico. La única forma en que lograba atraer la atención de las chicas era mediante cuidadosos cálculos.

Casarse con la madre de Steven, Greer, no fue una simple cuestión de amor, sino también del deseo de Edward de que sus hijos tuvieran un camino más sencillo que el suyo. Él tenía el dinero y la inteligencia, pero fue el apellido Greer lo que le abrió las puertas adecuadas en la sociedad. Edward le advirtió a su hijo que, al ser mitad coreano y mitad blanco, enfrentaría un racismo más sutil que el que su padre había experimentado. Steven debía entender que ese racismo siempre estaría ahí. Insistió en que jamás encajaría del todo, ni con los coreanos ni con los blancos; sin embargo, si sabía jugar sus cartas, sus hijos lo tendrían incluso más fácil. No podía darse el lujo de meter la pata; por eso, en lo que a Edward respectaba, Steven se convirtió en una decepción desde el momento en que lo echaron de Collegiate en quinto grado.

Steven odiaba la presión; siempre se sentía dividido entre ser quien su padre esperaba que fuera y descubrir por sí mismo quién era. Deseaba poder decirle a Anna la verdad, pero nunca se atrevía a hacerlo.

—Dios. Perdón. No quería gritarte. Es solo... sé que estás intentando ayudarme. Soy un pendejo inseguro.

Anna ignoró el arrebató de su hermano.

—Con gusto te ayudo, Steven, pero no puedes volver a ver a esa tal Marcella. Y tienes que terminar con ella por teléfono o mensaje, porque eres demasiado débil como para hacerlo en persona. —Sabía que estaba siendo estricta con él, pero era momento de un poco de amor con mano firme.

—¿Crees que Lolly vuelva conmigo? —preguntó él.

—¿Estás cien por ciento seguro de que quieres estar con ella? —preguntó Anna—. En serio, piénsalo bien, Steven. No puedes volver a hacerle algo así. De verdad. Si vuelve a pasar, ni pienses en llamarme...

—¡Quiero estar con ella! Y no volveré a ser infiel. —Steven suspiró—. Pero ¿crees que quiera volver conmigo?

Anna miró por la ventana hacia la nieve nocturna.

—No lo sé. Lo más probable es que sí... ¿Sabes acaso que es demasiado buena para ti?

—Sí, lo sé —contestó Steven al percibir la decepción de su hermana.

Quería convertirse en una mejor persona no solo por Lolly y Anna, sino también por su padre. Sin embargo, no le parecía justo que ser bueno resultara tan jodidamente difícil.

ix

El auto se detuvo frente a su edificio y el portero se apresuró a abrir la puerta del lado de Anna, quien se dirigió a su hermano.

—Dame una hora con ella. Ve a comprar su postre favorito. —Lo fulminó con la mirada—. Sabes cuál es el postre favorito de tu novia, ¿verdad?

—Tarta de plátano con crema de Joe Allen. Pero, Anna, no jodas: es la hora de la salida de los teatros. Times Square será una locura... —Dejó de hablar en cuanto sintió cómo se enardecía la mirada de su hermana—. Vuelvo en una hora.

Ella le sonrió al portero, quien tenía un paraguas listo para cuando saliera del auto. Anna le tomó la mano y pisó la banqueta con decisión.

Al llegar al departamento, preparó dos tazas de Dulsão do Brasil y tomó dos aguas de coco del refrigerador antes de caminar por el corredor hasta la recámara de sus padres. Solo había vivido a tiempo completo en ese departamento cuando estudiaba la primaria, aunque aún conservaba una habitación ahí. Amaba muchas cosas de la ciudad, pero últimamente la prefería en pequeñas dosis. Se sentía mucho más segura y confiada cuando estaba acompañada por uno de sus warmblood holandeses, Marco Antonio (en honor al bulldog de caricatura, no al político romano) o Cleo (bautizada así por una gatita a la que le gustaba acurrucarse en el pelo de Marco Antonio), o cuando jugaba en el jardín con sus dos terranovas, Gemma y Jon Snow.

Tocó a la puerta y le dijo a Lolly que quería hablar con ella a solas, y añadió que podían hacerlo mientras se probaban la ropa de su mamá. No creyó ni por un segundo que Lolly pudiera rechazarla, y tenía razón. Ella abrió la puerta de inmediato. Anna entró y le pidió que eligiera entre la taza de Nespresso o el agua de coco. Lolly tomó el agua de coco, le quitó la taparrosca y se la terminó de un trago. Pasar horas llorando por un novio que no la merecía la había deshidratado bastante. Después de que se calmó, las chicas se pusieron un par de batas de seda japonesas que no habían sido usadas nunca y que encontraron excavando en las profundidades del armario de la madre de Anna. Anna le dijo a Lolly que podía quedarse con el kimono que traía puesto (rosa pastel, con un estampado de cerezos) porque estaba segura de que su mamá ni siquiera recordaba que lo tenía. Le contó que, según su madre, aunque sus abuelos no habían tenido problema con que ella andara de novia con el padre de Anna mientras estudiaban en la facultad de Derecho de Yale, se quedaron perplejos cuando les anunciaron que estaban comprometidos. Aunque los Greer eran demasiado anglosajones y educados como para decirlo en voz alta, su hija sabía que no les entusiasmaba la idea de que se casara con un hombre coreano. Por si eso fuera poco, los Greer organizaron una fastuosa fiesta de compromiso con tema asiático, como para decirle al mundo: «¡Miren todos! A nuestra hija le gusta lo asiático. ¡Hasta los hombres! No es nuestra culpa».

A la madre de Anna le horrorizó la fiesta, por supuesto, pero nunca les explicó a sus padres lo que sentía. Por su parte, el padre de Anna, quien sin duda tenía todo el derecho a sentirse ofendido por el evento, mantuvo la calma. Estaba acostumbrado al racismo en todas sus formas, pero a la mamá de Anna aún la sorprendía. Durante los primeros años de su matrimonio, recibió múltiples regalos con motivos asiáticos: platos de sushi, palillos elegantes y kimonos bastante caros. También le contó a su hija que aquello le molestó al principio, pues sentía que era una especie de insulto, pero con el tiempo lo superó y entendió que la mayoría de la gente es tonta y no tiene idea de que Asia tiene varios países, cada uno con su propia cultura e historia. Veintiún años después, mientras ella seguía casada con el padre de Anna, la mayoría de las personas de su círculo social iba por su segundo o tercer divorcio. Decía que no podía creer lo mucho que le molestaba aquello cuando era joven, con lo que se refería a que su matrimonio había soportado el escrutinio y escepticismo de los demás durante años y ahora era más fuerte por ello. Pero no por ello se ponía ahora aquellos kimonos.

—Pues a mí me encanta la bata y la voy a usar siempre, y es una locura que a tus abuelos no les agradara tu papá. O sea, gracias a él tu hermano está tan bueno. Todo el mundo sabe que siempre que le pones un ingrediente asiático a la mezcla, los niños salen hermosos. ¡Mírate! Mataría por tener tu piel. Dime la verdad: ¿cuándo fue la última vez que tuviste que depilarte? —Lolly pasó una mano por la suave y tersa pierna de Anna.

En ese momento se dio cuenta de que la novia de su hermano no había entendido la moraleja de su historia, que era que el tiempo todo lo cura. Lolly era muy linda, pero no era la vela más brillante del candelabro.

Anna se recostó y miró al techo. Encima de la cama de sus padres había un nuevo candelabro de cristal Baccarat que era asombroso cuando estaba encendido, pero que, en caso contrario, resultaba bastante tétrico. En ese momento, estaba apagado.

—Dios mío, estoy tan llena de tarta que podría estallar —gimió Anna y cerró los ojos.
La tarta de plátano y crema que Steven había dejado afuera de la puerta ya estaba a la mitad.
Lolly también se recostó boca arriba y suspiró largo y profundo.

—No sé cómo podría seguir con él, Anna. Me siento superhumillada.

No era necesario que Anna volteara a ver a la novia de su hermano para saber que estaba llorando de nuevo. Así había pasado toda la noche: en un momento dado estaban riendo y contándose historias, al otro Lolly lloraba y se lamentaba porque su vida se había arruinado. Anna no tenía problemas con las chicas que lloraban; ella misma había llorado esa tarde por un perro al que no conocía. Así que no juzgaba a Lolly por hacerlo, pero sí le sorprendía la gran cantidad de llanto que era capaz de producir. Se preguntaba cómo era posible que aún le quedara alguna lágrima. Aquello fortaleció la convicción de Anna de que aún podía hacerse algo para solucionar el terrible predicamento en el que se encontraba, aunque no sabía cuál sería la solución perfecta.

Lolly se recostó boca abajo.

—Me arruinó Hermès. O sea, para siempre. ¿Cómo voy a volver a ver la «H» sin recordar lo que me pasó ahí?

A Anna siempre le habían dicho que tenía un don para tratar a los animales, pues había calmado a bastantes caballos en los últimos años. Suponía que la clave era su naturaleza paciente, por lo que su gran plan con Lolly consistía en alargar la noche tanto como fuera necesario. En algún momento, ella se agotaría y decidiría algo, lo que fuera.

Basándose en esta suposición, Anna probó algunas técnicas que le habían funcionado con los caballos. Se preocupó por mantener la voz baja y firme mientras hablaba. Luego cepilló el largo cabello dorado de Lolly (recordando lo que uno de sus instructores de equitación le había indicado al cepillar caballos: movimientos largos para mantener la calma). Después del cepillado, las chicas intentaron hacerse peinados divertidos y, con ayuda de un video de Braid Queen en YouTube, Anna le hizo a Lolly los famosos chongos de la Princesa Leia. Mientras estuvo jugando con el cabello de Lolly, Anna le dijo todo el tiempo que, aunque era comprensible que estuviera alterada, ya había pasado lo peor y las cosas solo podían mejorar. No sabía si era cierto, pero estaba consciente de que tenía que creerlo si quería superar esa noche juntas.

Sin duda, gran parte de lo que alimentaba la miseria de Lolly era el miedo. El miedo a tener que tomar una decisión definitiva sobre su vida amorosa. El miedo a tomar la decisión equivocada. El miedo a la pérdida si terminaba con Steven. El miedo de odiarse a sí misma si no terminaba con él. El miedo a no tener novio y a estar soltera en la jungla de Manhattan. El miedo a buscar un nuevo novio y no encontrar a nadie mejor. Y el gran miedo a morir sin amor y sola.

—¿Qué hay del miedo a amar al hombre equivocado? —preguntó Anna.

—¿Insinúas que tu hermano es el hombre equivocado porque es una porquería? —preguntó Lolly con absoluta seriedad.

—No —dijo Anna—. Quiero decir, ¿qué pasaría si se te va la vida amando al hombre equivocado?

—Explícate, por favor —le pidió Lolly mientras se estiraba para tomar la caja de la tarta otra vez.

—Es decir, sé que amo a Alexander. Pero ¿y si es el hombre equivocado? ¿Y si hubiera alguien más a quien debería amar que fuera... mejor? Mejor para mí. —Se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca. Tenía que dejar de pensar en aquel momento en el tren, cuando Alexia Vronsky se había dado vuelta para verla. No podía ser tan hermoso como lo recordaba.

—¡Imposible! —aulló Lolly, haciendo eco de los pensamientos secretos de Anna—. Alexander es el mejor hombre del planeta. Ni en mil millones de años te haría lo que me hizo Steven. Ay, no. ¿Están teniendo problemas? Porque, si ese es el caso, debería darme por vencida. —Lolly suspiró con un gesto melodramático—. Digo, si la mejor pareja del mundo no lo puede lograr, ¿qué esperanza tenemos los demás?

Anna se sentó de golpe.

—No, no, Alexander y yo estamos bien. Es perfecto. Somos felices. Perdón. No quise asustarte. Ni siquiera sé por qué te lo pregunté. Supongo que estoy cansada. Y, como estábamos enumerando miedos, se me ocurrió poner ese sobre la mesa.

Anna rara vez era franca con sus amigas sobre su relación con Alexander y, cuando tocaba el tema, todo el mundo reaccionaba igual que Lolly: decían que su novio era perfecto y que tenía suerte de estar con él. Cuando las otras chicas se quejaban de sus novios, ella se daba cuenta de que no tenía esos problemas. La única queja que tenía acerca de su relación era que a veces le parecía un poco aburrida, pero suponía que se debía al tiempo que llevaban juntos.

Se puso de pie y caminó por la habitación para recuperar la concentración. Necesitaba un nuevo enfoque. No era momento de cuestionar su propio corazón.

X

Kimie la estaba pasando mucho mejor en Serendipity 3 con Dustin de lo que creyó que lo haría. Su primer encuentro en la fiesta de Fin de Año de Steven le había dejado una impresión muy distinta de él. Solo hablaron unos minutos en el techo, y Kimie apenas recordaba de qué. Por lo general tenía una memoria impecable para las conversaciones, pero su falta de recuerdos podía atribuirse a la champaña Veuve Clicquot, que la tenía más que un poco mareada.

En el elevador, de camino a la fiesta, Lolly le había dicho con toda claridad: «Asegúrate de comer algo antes de empezar a matar copas de champaña». Kimie no había experimentado con el alcohol como la mayoría de los chicos de su edad, pues siempre estaba entrenando, así que su tolerancia era casi nula. Tenía la intención de seguir el consejo de su hermana para no ser la chica que vomita y vuelve a empezar, ni la que termina inconsciente sobre un montón de abrigos, como Lolly le había advertido. Pero aquella noche dio un giro que jamás habría imaginado.

No era justo culpar a su hermana por lo ocurrido, pero sentía que al menos podría haberla acompañado a dar una vuelta por la fiesta y tal vez haberle presentado a un par de personas antes de salir disparada a buscar a Steven. Cuando llegaron la fiesta ya estaba en su apogeo, pues se retrasaron mucho más de lo que habían planeado. (Durante lo que le parecieron horas, Kimie vio cómo su hermana se tomaba *selfies* con diferentes vestidos para decidir cuál se veía mejor con diferentes iluminaciones). Kimie intentó abrirse paso hacia la sala, pero terminó arrinconada junto a una horrenda escultura de hielo, donde un chico lindo y deportivo con un *man-bun* le

ofreció una copa de champaña que ella aceptó de inmediato, ansiosa por hacer algún amigo.

¿Por qué, Dios mío, por qué tuvo que preguntarle quiénes eran esos dos de la escultura de hielo? El tipo del *man-bun* no debería haberse comportado como un imbécil y reírse en su cara. Cuando cerraba los ojos, aún podía ver su sonrisa burlona y oír su estúpida voz: «¿Quién rayos no sabe quiénes son Rick y Morty?». No podía creer que un desconocido pudiera ser tan grosero con ella. Debió haberle tirado la champaña encima; en cambio, se la terminó de golpe y escapó al techo.

Con la esperanza de que los malvaviscos de la barra de chocolate caliente contrarrestaran los efectos de la champaña, se llenó las mejillas como una ardilla al borde de la diabetes. Fue en ese momento cuando vio a Dustin mirando al cielo, solo. De inmediato le gustó su cara y el hecho de que no tuviera un *man-bun*. Se veía muy serio y fuera de lugar entre esa multitud descontrolada y dispuesta a todo, lo cual también la hizo sentir mejor; él se veía como ella se sentía: abrumado y deseando estar en otro lugar.

De repente, recordó lo que Dustin y ella habían hablado en el techo: exploración espacial y un meteorito. ¿O era un asteroide? Dustin sabía mucho de astronomía y parloteó al respecto un buen rato, pero a ella le gustó que hablara mucho por estar nervioso. Suponía que ese era el motivo por el que no paraba de hablar y que ella era la causa de los nervios, algo que también le gustó.

Ella era el polo opuesto de Dustin. Cuando se ponía nerviosa, se quedaba callada. Odiaba esa parte de sí misma, sobre todo porque, cuando no hablaba, la gente la acusaba de ser una estirada. Había oído que algunas de las patinadoras la describían así. «Kimmie es una snob. Cree que es mejor que las demás solo porque es una perra neoyorquina millonaria». Ya debería tener más resistencia ante esas cosas, pero no la tenía.

Cuando bajó a buscar a su hermana, tenía toda la intención de volver a buscar a Dustin y continuar con la conversación. Pero de camino se encontró con Steven, que iba subiendo. Él se volteó en ese instante y siguió a Kimmie hasta el corredor, que estaba repleto de personas. Había tanto ruido que, cuando él le preguntó si quería *Molly*, ella creyó oír que si quería conocer a Molly. Pensando que se refería a una persona y no a una droga, respondió: «Por supuesto, me encantaría». Steven sacó una pequeña bolsa con cristales y le pidió que abriera la boca. Kimmie nunca había probado ninguna droga, pues a los atletas de alto rendimiento siempre les hacen análisis de orina. Sin embargo, ese capítulo de su vida se había terminado y no había nada que le impidiera experimentar.

Además, no quería parecer una niña frente a Steven, sobre todo cuando su hermana le había dicho que debía agradecerle la invitación a la fiesta. Era Lolly quien no quería que fuera, pues no quería ser responsable de ella, pero Steven litigó en su favor: «Kimmie ha tenido un año de mierda. Merece divertirse un poco». Lolly aceptó; la razón era que siempre dejaba que Steven se saliera con la suya, y no que quisiera ser una hermana mayor cool. La verdad era que Kimmie estaba aterrada y no quería hacerlo, pero era demasiado gallina como para decirle a Steven que no lo había oído bien. Así que hizo lo que le había pedido: echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca.

Pasó la mayor parte del viaje sola, sentada en la gigantesca tina de la mamá de Steven. (La

recámara principal era la única habitación prohibida en la fiesta, pero ignoró el letrero y entró, asumiendo que gozaba de privilegios especiales por ser la hermana de la novia del anfitrión). Durante las siguientes dos horas, estuvo en la gloria del MDMA, jugando con las bombas de baño más exquisitas y aromáticas que había visto en su vida. La mamá de Steven las guardaba en un frasco de cristal junto a la tina. Eran tan brillantes que Kimmie estaba convencida de que la familia de Steven era tan rica que compraba productos de baño con joyas de verdad pulverizadas. El padre de Kimmie era uno de los socios principales en un importante bufete de abogados, así que ellos también eran ricos, pero Lolly le había explicado que no eran ricos de la misma manera. La familia de Steven tenía dinero para dar y regalar, dinero al nivel de Jay-Z y Beyoncé, un nivel muy distinto.

Cuando Lolly la encontró dos horas después, Kimmie estaba feliz como lombriz en la tina vacía, con el vestido pringado del brillante polvo de las bombas de baño. Miró las pupilas dilatadas de su hermana menor y de inmediato supo qué había ocurrido. Entonces, tanto Steven como Lolly, quienes también se habían puesto hasta la madre, se quedaron observándola como si fuera un pecesito en una enorme pecera. Kimmie cerró los ojos y oyó a Steven decirle a su hermana que solo le había dado una porción infantil y que tenía que relajarse muchísimo. Lolly empezó a hacer berrinche porque Steven le había dicho una vulgaridad, pero no estuvo enojada mucho tiempo, no podía. Era como si Steven la tuviera bajo alguna especie de hechizo: con solo chasquear los dedos, ella se ponía a sus órdenes.

La habitación se quedó en silencio, y Kimmie se preguntó si la habían dejado sola, pero al abrir los ojos vio a su hermana y a Steven besuqueándose contra la pared del baño. Steven pasaba las manos por todo el cuerpo de Lolly, quien comenzó a soltar unos gemidos muy desagradables. Después de un tiempo, Steven cargó a Lolly, se la echó al hombro y la sacó del baño entre risas. De salida, Steven le dijo a Kimmie que pronto se sentiría «como nueva».

Media hora después, Kimmie se sentía lo bastante bien como para recibir el Año Nuevo y volver a la fiesta. Mientras avanzaba a empujones entre la multitud, intentando llegar a la cocina por una botella de agua Fiji (tenía la boca muy seca), alguien detrás suyo le puso una copa de champaña enfrente. Durante medio segundo creyó que era Dustin y se alegró, pero cuando se dio vuelta sus ojos no se encontraron con Dustin, sino con el chico más hermoso que había visto en su vida. Los rubios de ojos azules nunca habían sido su tipo, pero este chico era demasiado bello como para que las preferencias importaran. Recordaba haber pensado que era como un hermoso pedazo de cristal marino entre un montón de conchas aburridas.

—¿Tienes a quién besar a medianoche? —El chico alzó la voz, intentando hacerse oír por encima del vibrante ritmo del remix de «Bad and Boujee», de Migos.

—¡No! —gritó Kimmie en respuesta, sorprendida por el arrojo del chico.

—¿Lo hacemos, entonces? Es de mala suerte recibir el Año Nuevo sin un beso de una hermosa mujer.

Lo siguiente que supo fue que todos a su alrededor habían comenzado la cuenta regresiva. Kimmie se unió a los gritos de los otros trescientos invitados y, al llegar al uno, cerró los ojos y alzó el rostro hacia el apuesto cristal marino sin nombre. Él la besó: fue el beso más mágico de su vida (solo había recibido otros tres, pero eso no importaba). Como en las películas, en su cabeza

estallaron fuegos artificiales, aunque luego se dio cuenta de que lo que estaba escuchando era la televisión. Era la primera vez que se sentía feliz después de su «accidente», aquel que se esforzaba tanto por enterrar y dejar atrás. Ese fue el consejo que le dio su padre después de la cirugía: «Eres joven, corazón. A veces los sueños no resultan. Busca uno nuevo y sigue adelante. Una niña bonita como tú tiene muchas opciones». Así que eso era lo que había estado intentando hacer: ser más como su hermana, Lolly, y encontrar la felicidad en sus amigos, en la ropa, en Instagram e incluso en un novio. Aunque oír a Lolly hablar con entusiasmo de Steven le daba náuseas, a veces Kimmie envidiaba la relación de su hermana. Quizás un chico le provocaría las mismas sensaciones que experimentaba al estar sobre el hielo, ese sentimiento de «este es justo el lugar donde debo estar». Y, ahora, ahí estaba ese chico, que creía que ella era hermosa y que la eligió para besarla cuando pudo haber elegido a cualquier otra en la fiesta; Kimmie decidió dejarse ir y disfrutarlo.

Después de la medianoche, el chico le agradeció el beso y le dijo que le diera su iPhone para grabarle su número. Le pidió que le escribiera para llevarla a tomar el té. Después le devolvió el teléfono, le guiñó el ojo y le deseó un feliz Año Nuevo. Se dio vuelta y desapareció entre la alcoholizada multitud bailando al ritmo de la versión de Justin Bieber de «Despacito».

Kimmie quería ver su nombre cuando estuviera sola, así que volvió a abrirse paso a empujones entre la masa de borrachos para regresar al baño secreto. Al pasar por la biblioteca, vio de reojo a Dustin sentado en un sofá entre dos chicas. No estaba segura de que él la hubiera visto y sabía que no era muy amable de su parte no desearle un feliz Año Nuevo al único amigo que había hecho en la fiesta, pero nada de eso le importaba en ese momento. Su misión era conocer el nombre del hermoso rubio que le había metido la lengua en la boca a medianoche.

«“V” de Vronsky» era lo que él le había escrito en el espacio para su nombre, y «conde» en el espacio para el cargo. Diez minutos después, Steven y Lolly encontraron a Kimmie revoloteando por el enorme baño, con los brazos extendidos y cantando: «¡“V” de Vronsky! ¡“V” de Vronsky!». Daba vueltas y vueltas, sin conciencia de que Steven y su hermana estaba en la puerta, mirándola. Lo último que recordaba de esa noche era a su hermana mayor gritándole a su novio: «¡Ay, Dios! ¡Kimmie sigue hasta la madre! ¡Kimmie! ¡Despierta!».

—¿Kimmie? —dijo Dustin, devolviéndola a la realidad de golpe.

—¿Sí? —respondió ella, sintiéndose culpable por estar pensando en otro chico cuando estaba con uno que era lindísimo.

—Voy al baño —le avisó Dustin.

Kimmie sonrió y asintió. Sin embargo, en cuanto Dustin se fue de la mesa, tomó su teléfono y revisó sus mensajes. Había uno nuevo que la llenó de esperanza, pero frunció el ceño al ver que era de su amiga Victoria. Ignoró el mensaje de su amiga y, en cambio, escribió uno ella misma, buscando a «“V” de Vronsky» entre sus favoritos. Tecléo.

KIMMIE

Te extrañé en la pista.
Espero que hayas
tenido un buen día. 🍷🧸

Dudó por un instante, debatiéndose entre si el *emoji* de patines era redundante o lindo, como le pareció en un principio. Borró el par de patines, dejó el hombre de nieve y presionó «Enviar».

Las burbujas aparecieron de inmediato; el pulso se le aceleró debido a la expectación. Pero desaparecieron enseguida, y Kimmie se enfureció y se sintió estúpida. Deseó no haber mandado ningún *emoji*. Guardó su teléfono de vuelta en su pequeña mochila de Prada y al alzar la mirada descubrió que Dustin ni siquiera había llegado al baño aún. Estaba hablando con cuatro chicos a los que no reconoció, y toda la mesa estalló en carcajadas por algo que había dicho Dustin.

«Qué raro», pensó Kimmie. «¿Quién habría imaginado que los nerds podían ser tan graciosos?».

xi

Dustin ni siquiera tenía que ir al baño, pero necesitaba un descanso de la abrumadora belleza de Kimmie. Tenía que admitir que la tarde estaba saliendo mucho mejor de lo que había creído posible y esperaba terminarla con éxito, por lo que estaba en el baño de hombres haciendo unos ejercicios de respiración que su terapeuta le recomendó que practicara cuando sintiera que la ansiedad estaba por provocarle un ataque de pánico.

La segunda razón por la que había ido al baño era para responder los mensajes de su mamá antes de que a ella también le diera un ataque de pánico, localizara su ubicación con su teléfono y enviara a su padre a buscarlo y llevarlo a casa. No era propio de él no avisarle a su mamá que no iría a casa a cenar. Sin embargo, tampoco era muy propio de él salir con rubias espectaculares en jueves; era más bien como si un alienígena mucho más cool que él se hubiera apoderado de su cuerpo. Tenía que llamar a su madre, pero primero necesitaba tranquilizarse. Cuando estaba cerca de Kimmie apenas podía respirar, mucho menos pensar bien, lo que le recordó que traía su inhalador en el bolsillo. Tenía meses sin necesitarlo, pero aún lo llevaba a todas partes para estar tranquilo. Lo sacó y ya estaba a punto de llevárselo a la boca cuando se detuvo y se miró en el espejo.

—No seas un perdedor. Tú puedes —se dijo antes de llegar a la conclusión de que los únicos personajes que se motivaban frente al espejo eran los fracasados, a excepción tal vez de John Travolta en *Pulp Fiction*, justo antes de que a Uma Thurman le diera una sobredosis de heroína y él tuviera que inyectarle adrenalina en el corazón.

Eso le hizo recordar que debía volver con Kimmie. Le escribió una rápida disculpa a su mamá y le explicó dónde y con quién estaba, tras decidir que era mejor que se preguntara quién era esa chica a que se preocupara por que se estuviera drogando.

Le sorprendió que Kimmie tuviera permiso de salir hasta tan tarde entre semana. Cuando le preguntó al respecto, ella le explicó que esa semana su hermana y ella se estaban quedando en la casa de su papá y que él trabajaba hasta tarde en un caso importante. Un segundo después comentó que, cuando su papá trabajaba hasta tarde, su «madrstra malvada» lo tomaba como pretexto para salir con sus amigas y beber demasiado. Su verdadera madre era mucho más estricta con las salidas entre semana, pero ahora estaba en Santa Lucía con su nuevo novio, un chef famoso que inauguraba un restaurante en algún hotel del lujo, lo que significaba que nadie

prestaba mucha atención al paradero de Lolly ni al suyo.

Cuando escuchó esto, Dustin le dijo que podían ir a cenar primero si quería.

—Un Frozen Hot Chocolate es una cena más que nutritiva para mí —respondió ella.

Le alegró escuchar que ella también tenía debilidad por los sabores dulces, pues a él le ocurría lo mismo.

Mientras esperaban su orden, le preguntó si tenía el corazón roto por la lesión que había acabado con su carrera, con la esperanza de que no fuera demasiado pronto para plantearle esa cuestión. Kimmie no parecía tener problema con hablar de ello y respondió casi al instante que su papá le había dicho que no tenía caso preguntarse qué habría pasado si no se hubiera destrozado la rodilla, porque de hecho se la había destrozado. Y su mamá aún se enojaba y buscaba culpables, aunque no los hubiera. Dijo que fue lindo de parte de Dustin haberle preguntado, y comentó que desde que había vuelto a casa ninguna de sus supuestas amigas le había hecho una pregunta parecida. Estaba decepcionada, pero no se atrevía a afirmar que tuviera el corazón roto.

Entonces ella invirtió los papeles y le preguntó a Dustin si alguna vez le habían roto el corazón.

—En realidad, no —contestó él.

Hasta el momento su relación más larga había durado apenas una edición de la Escuela de Verano de Harvard, el año anterior. Le contó la verdad y dijo que había vivido su propia versión de un «amor de verano» con una chica llamada Susie S, de Filadelfia, pero que no había sido nada serio.

—A los dos nos gustaban los clásicos del cine, pero digamos que se necesita más que entender *El año pasado en Marienbad* para que mi corazón palpite sin control. —Durante un rato, Kimmie no respondió y Dustin comenzó a preocuparse—. Hablar de otra chica no está bien —dijo con la esperanza de que eso la animara a decir algo—. Y sumarle una referencia a una pretenciosa película francesa seguro lo hizo insufrible. Perdón.

—No te disculpes. Lo entiendo. Además, yo te pregunté —dijo Kimmie con una voz poco entusiasta que hizo que Dustin se preguntara si estaba siendo sincera.

Lo que él no sabía era que estaba muy callada porque estaba rezando en silencio para que él no le preguntara si alguna vez alguien había hecho que su corazón palpitara sin control. Ella no era tonta. Sabía que le gustaba a Dustin, y él también le gustaba a ella. Sin embargo, no le gustaba lo suficiente, o tal vez a Kimmie solo le gustaba gustarle a Dustin. Había sentido una sola vez que su corazón palpitaba sin control, y fue la misma noche en que conoció a Dustin, pero no había sido por él: fue el Conde Vronsky quien lo provocó.

Ese incómodo intercambio hizo que Dustin se disculpara para ir al baño. En el camino, se detuvo a hablar con unos chicos a los que conocía de la escuela. Al tratarse de una mesa de cuatro chicos adolescentes, habían visto con quién estaba Dustin y le exigieron explicaciones y detalles. Los nerds como ellos no tomaban chocolate caliente con las increíbles mujeres en la lista secreta a menos que estas fueran sus parientes o les hubieran pedido la tarea. Dustin sabía que podía contarles cualquier historia que quisiera, pero él no solía hacer las cosas así. Les dijo la verdad: no tenía la más jodida idea de qué estaba pasando. Su brutal honestidad fue recibida con estruendosas risas.

Mientras Dustin caminaba de vuelta a la mesa, vio que Kimmie tenía una sonrisa en el rostro y parecía sumida en una profunda reflexión. «Dios, qué bella es», pensó. «¿Estará pensando en mí?».

—¿En qué piensas? —le preguntó tras sentarse frente a ella.

—En nada importante —mintió Kimmie, mirándose las manos—. Supongo que estaba pensando en qué estará sucediendo del otro lado del parque con Lolly y Steven.

Al oírse decirlo, se dio cuenta de que había algo de verdad en ello: Lolly era su hermana, claro que le importaba que estuviera bien.

—¿Crees que lo vayan a resolver? —preguntó Dustin.

La situación lo tenía muy preocupado. Le gustara o no, estaba involucrado en el asunto, sobre todo ahora que se estaba beneficiando de él. A pesar de que creía que Lolly debía terminar con Steven por lo que le hizo, era obvio lo mucho que lo adoraba. Y había una parte de él que deseaba que se reconciliaran; estaría mintiendo si dijera que no los había imaginado a los cuatro pasando tiempo juntos. Tal vez Anna pudiera ayudar en algo.

—No lo sé —dijo Kimmie—. Pero, si yo fuera ella, lo mandaría a volar muy lejos.

—Quiero que sepas que, aunque soy amigo de Steven, creo que está cien por ciento equivocado —dijo Dustin—. Y si puedes, por favor, dile a Lolly que siento mucho que tenga que estar lidiando con todo esto.

Kimmie examinó el rostro serio de Dustin y notó que en verdad sentía todo lo que decía. Su honestidad era evidente, y por eso ella se sentía segura y a salvo en su presencia.

Cuando llegó la cuenta, Dustin la convenció de que lo dejara pagar recordándole que uno de los pilares del feminismo es darle a la mujer la capacidad de tomar sus propias decisiones, así que, si ella decidía dejarle pagar, sus credenciales feministas se mantendrían intactas. Ella rio y aceptó su argumento; a Dustin le dio gusto, pues eso convertía aquella salida, si no en una cita, en algo parecido a una, lo que le dio la confianza de preguntarle si podía acompañarla a casa, a lo que ella accedió.

—Creo que dices lo que piensas, Dustin. Y eso me gusta —le dijo mientras caminaban por Park Avenue.

—Digo lo que pienso y hago lo que digo.

—¿De dónde es eso?

—De una de mis películas favoritas, *Heat*, con Al Pacino.

—Al Pacino no salió en *Heat*. Son Sandra Bullock y Melissa McCarthy.

—Esa es *The Heat*. Estoy hablando de una película de los noventa con Pacino y De Niro. Escrita y dirigida por Michael Mann. Le encantaba a una de las exnovias de mi papá que vivía con nosotros cuando yo era más chico y siempre me hablaba de ella. Mi papá luego me dejó verla con ella. Fue la segunda película clasificación C que vi. Es una película sobre un asalto a un banco, un juego del gato y el ratón, y tiene una de las escenas de tiroteos más famosas de la historia.

Estaban a solo una cuadra y media de la casa del padre de Kimmie, a espaldas de Madison Avenue, parados en una esquina, esperando a que el semáforo peatonal cambiara de color. Su tiempo juntos estaba por terminar.

—Qué raro que una película así le guste a una mujer —comentó Kimmie, sin darse cuenta de

que estaba siendo sexista.

—Yo también lo pensé. Pero ella era mucho más cool que mi papá. Y aunque es una película llena de acción y explosiones, también es una historia de amor. Todos los hombres en la película aman a las mujeres en sus vidas, y a ella eso le parecía romántico. —Hablando de romanticismo, estaban parados frente a su casa durante una nevada. Si Dustin hubiera tenido el poder de detener el tiempo en ese momento, habría corrido a la tienda de electrónica más cercana, comprado un dron con una cámara 4K y visión nocturna, y grabado el momento para la posteridad. Estaba seguro de que con un gran angular podría haber creado un efecto como de globo de nieve, con las piruetas de los copos en el aire nocturno y la hermosa chica con la que estaba, la prueba cinematográfica de que aquella noche en verdad había ocurrido.

—¿A ti te pareció romántica cuando la viste? —preguntó Kimmie.

—No cuando tenía doce años. Pero la volví a ver el año pasado y entendí a qué se refería. Aunque, para mí, *Heat* se trata más bien del honor: de honrar a tus amigos, de honrar tu trabajo aunque seas un criminal, de honrar tu compromiso con la justicia si eres policía y sobre todo de honrar el código que decidiste seguir, sea cual sea. Pero, a pesar de que los hombres en la película amaban a las mujeres, no pudieron hacer lo que tenían que hacer por ellas. A veces la gente no puede evitar tomar malas decisiones y hacerle daño a la gente que quiere, supongo. —De repente, Dustin se sintió tonto por haber hablado tanto de una película que ella ni siquiera había visto—. Perdón, soy un poco nerd con el cine.

Kimmie le tomó el brazo y lo miró directo a los ojos.

—Basta. No suenas como un nerd. Para nada. Suenas apasionado, y eso es maravilloso. Si acaso, me hiciste querer ver la película en este instante, aunque más por el aspecto romántico. Llámame cínica, pero con toda la mierda de Lolly y Steven no confío demasiado en el honor de los hombres...

Se detuvo. Sabía que Dustin era tal vez el primer hombre honorable que había conocido en Nueva York. El año anterior habría incluido a Gabe en la lista, pero a últimas fechas había resultado ser decepcionante y apenas si la había llamado después de empezar a ser la pareja de una patinadora sueca llamada Maja.

—No la veas. Digo, puedes hacerlo, por supuesto. No estoy diciéndote qué hacer. —Dustin se tropezaba con las palabras—. Pero tal vez podríamos verla luego... ¿juntos? Nosotros dos y más gente. —«Caray, me convierto en un idiota cuando estoy con ella».

—Puede ser. Pero hoy no. Ya es tarde y debería irme. —Kimmie sonrió y subió corriendo los escalones hasta su puerta. Cuando llegó al último, se dio vuelta—. Gracias por el Frozen Hot Chocolate y la caminata —dijo e hizo una pequeña reverencia.

Dustin respondió con otra reverencia.

—El honor, bella Kimmie, fue todo mío.

Ella entró al vestíbulo y corrió a la ventana para ver a Dustin irse en medio de aquella oscura noche de nieve. ¿Detectaba cierto entusiasmo en el andar de Dustin? Sí, sin duda alguna.

Anna y Lolly se habían cansado de hablar y se tomaron un descanso para ver videos del *Lemonade* de Beyoncé. Fue idea de Lolly: su razonamiento era que a Queen Bey también la habían engañado y ese álbum fue su forma de enfrentarse a aquella experiencia. Anna no estaba segura de que fuera una buena idea, pero estaba desesperada por llegar a algún tipo de conclusión y dispuesta a intentar lo que fuera. Vieron todos los videos del álbum en absoluto silencio; después, Anna apagó la televisión y miró a su amiga.

—Okey. Tu turno de enfrentarte a la situación. ¿Estás lista, Lolly? ¿AMAS A STEVEN?

La primera vez que Anna le hizo la misma pregunta, unas horas antes, la respuesta de Lolly fue que no lo amaba y quería que se muriera. Luego fue: «Tal vez lo amo, pero sé que no debería porque es un maldito monstruo infiel». La siguiente fue: «Okey, lo amo, pero quiero que se muera. No me molestaría vestirme de negro durante un año». Después: «Lo amo, supongo, pero es obvio que él no me ama». (Anna no dejó pasar este último comentario y le aseguró unas cien veces que sabía que Steven la adoraba y que su infidelidad no significaba que no la amara, solo que era un adolescente estúpido y patético).

Por fin habían llegado a: «Lo amo, pero ¿cómo puedo seguir con él cuando me humilló así?». A Anna le pareció un avance. Sin embargo, su respuesta fue que a ella no le importaba lo que pensara la gente, porque no era de su incumbencia. Lolly estaba de acuerdo con ella, pero sabía que Steven no. Para demostrarlo, le dio un ejemplo de ello y admitió que el cogiversario era una farsa.

—Todavía soy virgen —susurró con una voz muy bajita—. Solo dejo que Steven le diga a la gente que tenemos sexo.

Aquello despertó la curiosidad de Anna.

—¿De qué diablos hablas?

Lolly resopló y dijo que sabía que era confuso, pero que la única razón por la que había aceptado llamarle así era por el estúpido orgullo masculino de Steven. Un año antes, cuando llegó el momento de celebrar los seis meses del día en que decidieron ser novios y cambiaron el estado de su situación sentimental en todas las redes sociales, Lolly se enteró de que Steven no quería celebrarlo. Esa fue la causa de su primera gran pelea. Él decía que los aniversarios eran para la gente casada y se negaba a hacer algo «tan de niña».

Por lo general, Lolly hacía todo lo que Steven quisiera hacer, pero aquella vez se negó. Le dijo que para ella era importante y que él debería celebrar para hacerla feliz. Pero él seguía negándose; después de un tiempo de darle vueltas y vueltas y no llegar a ningún lado, ella le preguntó si le pasaba algo más. Quizás estaba molesto por un asunto totalmente distinto y estaba todo revuelto en su cabeza.

Anna, impresionada con el astuto razonamiento de Lolly, le hizo un gesto para que continuara.

—Pues resulta que tenía razón. Pasaba algo más: Steven por fin admitió que no tenía problema con esperar a tener sexo hasta que yo estuviera lista, pero le avergonzaba decirles a sus amigos que no lo habíamos hecho todavía.

—¿Por qué deberían enterarse sus amigos? —preguntó Anna.

—¡Eso fue lo que dije yo! —exclamó Lolly—. Luego me explicó que, si sus amigos se enteraban de que me compraba joyería cuando yo ni siquiera le estaba dando algo a cambio, se lo iban a

comer vivo.

—Es la estupidez más grande que he oído —murmuró Anna, y hablaba en serio.

—¡Eso fue lo que dije yo! Y entonces me dijo: «Si celebráramos nuestro cogiversario, eso sí lo aceptaría». Estaba bromeando, claro, igual que bromea con todo. Así que, sin pensarlo, le pregunté si podríamos celebrar en el caso de que yo accediera a que él les contara a sus amigos que nos acostamos la noche en que me pidió que fuera su novia. Él aceptó, y el resto es historia.

Anna estaba un poco impactada por lo ridículo que era aquel asunto.

—¿Y funcionó? Digo, ¿todo estuvo bien después de eso?

—Sí. Steven hizo que sus amigos creyeran que es un semental. Y yo pude ir a Per Sé por nuestro cogiversario de seis meses y recibí los aretes de diamante de Tiffany's que tú escogiste.

Anna sonrió al oír esto, pues había olvidado que había ido con Steven a recoger unos aretes que Lolly ya se había probado antes.

—Guau. ¿Y de verdad no te importa que la gente crea que ya no eres virgen?

—Por favor. Hoy en día se burlarían de mí por querer esperar. O sea, yo sé cuál es la verdad. ¿Para quién estoy guardando mi virginidad, si no es para mí? Considero que es uno de los momentos más maduros de mi vida. Encontré un punto medio en el que Steven y yo somos felices.

Lolly le dijo a Anna que su madre siempre decía que la principal razón por la que se divorció de su padre fue que él nunca estaba dispuesto a negociar. Así que ella tenía grabado en el cerebro que debía evitar a cualquier hombre con quien no pudiera hacerlo, pues, si ese era el caso, se esperaba que la mujer hiciera todos los sacrificios.

—Lo que me vuelve loca de haber descubierto sus estúpidas infidelidades hoy, de entre todos los días posibles, es que mi regalo, además de esa tonta correa de reloj, era que por fin me iba a acostar con él. De verdad. —Cuando se echó a llorar otra vez, Anna la entendió por completo—. Ay, Dios, Anna. Soy un desastre.

Ella meneó la cabeza y abrazó a la novia de su hermano.

—No eres un desastre. Solo te enamoraste de alguien que sí lo es.

Lolly asintió con tristeza.

—Es cierto. Lo amo. Lo amo mucho.

Anna asintió y argumentó que por eso le dolía tanto. Así que la única pregunta que quedaba por responder era si lo amaba lo suficiente como para perdonarlo. Porque, si lo amaba lo suficiente, entonces era momento de hablar con él y descubrir si podían solucionarlo.

—¿Fue mi culpa? ¿Por negarle el sexo? ¿Por eso me engañó?

—¡No! —contestó Anna con firmeza. Era la primera vez que levantaba la voz en todo el día—. No cargues con la culpa, Lolls. Lo amabas, pero quisiste esperar y esa es tu decisión. De hecho, te admiro por tomarla. A veces creo que yo debí haber esperado más. Alexander no me presionó, pero cuando supe que se iría a la universidad, sentí que tenía que hacerlo, ¿sabes?

—Te entiendo. Es probable que yo hubiera hecho lo mismo. Pero todo está bien, ¿verdad? Llevan mucho tiempo juntos y se aman. Después de un tiempo tiene sentido hacerlo, ¿no? ¿Es tan increíble como dicen? Mi amiga Miley dice que es mejor que las ofertas en los zapatos de Bergdorf.

Anna soltó una pequeña risa y comenzó a apagar todas las lámparas de la habitación. No le habría molestado compartir su experiencia con Lolly, pero, en realidad, ella nunca hablaba de su vida sexual con sus amigas. Alexander creía que el sexo era algo que debía mantenerse en privado y ella intentaba respetarlo, aunque no estuviera del todo de acuerdo.

—En este momento lo único en lo que tienes que pensar es si puedes o no perdonar a Steven. Porque, si puedes hacerlo, entonces pueden resolver las cosas. ¿Quién sabe? Tal vez esto mejore su relación. Consúltalo con la almohada. Aquí y ahora. Acabo de recibir la alerta de que no hay clases por la nieve, así que Steven y tú tienen todo el día para hablar... si decides que eso es lo que quieres. —Lolly asintió y admitió que tenía sueño; estaba exhausta por todo el drama y ya no podía pensar con claridad—. Además, Steven se merece que lo dejes colgado un poco más —añadió Anna con una sonrisa.

—Vaya que sí —murmuró Lolly mientras se acurrucaba entre las sábanas Lux de Frette, de algodón egipcio, en la cama California King de los padres de Anna.

Anna acompañó a Lolly hasta que se quedó dormida. No tuvo que esperar mucho.

xiii

Tras dejar a Lolly dormida en la habitación de sus padres, Anna caminó descalza por el oscuro corredor hasta la cocina y metió el resto de la tarta al refrigerador. Oyó voces que venían de la sala, y supuso que sería la televisión pero, después de poner un poco más de atención, se dio cuenta de que Steven estaba hablando con otro tipo. Anna hizo una mueca de hartazgo, molesta porque, mientras que ella había dedicado varias horas a arreglar el desastre de su hermano, él se la estaba pasando tan bien como de costumbre.

Su teléfono vibró y, al bajar la mirada, se encontró con otro mensaje de Alexander, quien llevaba horas intentando contactarla. «Cuando no es un hombre, es otro». Hizo una mueca. Se fue a su habitación, sabiendo que debía llamar a su novio antes de verse enredada en sus propios problemas de pareja.

Alexander respondió de inmediato, y su tono dejó en claro que estaba molesto porque a Anna le hubiera tomado tanto tiempo devolverle la llamada. Él no se había ganado el apodo del Don de Greenwich por ser la persona más paciente del mundo. Pero se relajó enseguida cuando Anna le contó los eventos de la tarde; él murmuró que era demasiado buena con su imprudente e irresponsable hermano mayor.

—No se merece una hermana como tú —afirmó, y no era la primera vez que comentaba los defectos de Steven. Alexander no era gran fan del hermano de su novia, pero sabía que no podía criticarlo de una forma demasiado evidente, pues Anna siempre estaba presta a defenderlo, sin importar sus incontables carencias.

—No estás entendiendo el punto, Alexander. No es a mí a quien mi hermano no se merece, es a Lolly. ¿Puedes creer que no se han acostado? Pensé que seguro lo habían hecho, pero ahora que sé que no, siento que las acciones de Steven no se justifican, pero tal vez sí son un poco más comprensibles, ¿no? Dios, me odio por decirlo en voz alta, pero ¿quizá sea cierto? ¿No me dijiste alguna vez que si los hombres no... ya sabes... cada cierto tiempo...?

—Sí, pero eso no le da permiso de ser infiel. Se comprometieron el uno con el otro, y parte de ese compromiso es ser exclusivos. Steven se la podía haber jalado en el baño, como todos los hombres que conozco en el mundo.

Era poco común que Alexander hablara de sexo con tanta libertad, y Anna no pudo evitar sentirse un poco intrigada.

—¿Eso es lo que haces tú? Ya sabes, cuando no estoy.

—Anna, basta. No voy a discutir esto contigo. Esa chica sería una idiota si no lo dejara. ¿Cómo puede volver a confiar en él?

—No creo que pueda... dejarlo, digo —respondió Anna—. Lolly lo ama. Y lo ama no solo de la forma normal, sino muy, muy en serio. No estaría tan molesta si no fuera así. Estaba destrozada. Estoy casi segura de que lo perdonará en la mañana.

Alexander, cansado del tema, le preguntó si sabía que las clases habían sido canceladas por la nieve. Anna lo sabía, pero, por alguna razón, fingió que no.

—¿De verdad? Qué bueno. Me preocupaba tener que tomar el tren de las 7:02 a. m. a Greenwich para llegar a mi clase de Latín a las nueve. ¿Tú tampoco tienes clases?

Alexander rio por lo bajo.

—No, cariño, la universidad no para por la nieve.

Ella se sintió una tonta por un momento, pero se le pasó. ¿Cómo iba a saber cuál era el funcionamiento de la universidad durante una tormenta de nieve? Sin detenerse a esperar una respuesta, Alexander comenzó a contar una historia muy aburrida sobre su clase de Globalización y Gobernación Privada, así que Anna dejó que su mente divagara hasta aquella tarde, cuando conoció al Conde Vronsky.

Había oído hablar de él, pero estaba segura de que no se habían visto hasta ese momento. Aunque sí sabía mucho sobre su madre, una famosa *socialité* conocida por su belleza, estilo impecable y múltiples matrimonios. Su nombre de casada era Geneviève R, pues hacía poco se había casado con su cuarto esposo, el presidente de la tercera farmacéutica más grande del mundo. Por lo general, si una mujer se casaba y se divorciaba varias veces, la sociedad la miraba por encima del hombro, pero Geneviève estaba en la poco usual posición de que aún la tuvieran en alta estima. (Esto se debía, probablemente, al hecho de que cada vez que se casaba lo hacía con un hombre más rico y poderoso que el anterior). Aparecía con frecuencia en *Vogue* o en la sección de Estilo de *The New York Times*, y Anna la reconoció de inmediato en cuanto abordó el tren.

Hasta donde sabía, la señora R tenía solo dos hijos, ambos de su primer matrimonio, con el señor Vronsky. Al igual que Anna, la señora R tenía perros de concurso, pero los suyos eran borzois. Se enamoró de la raza tras conocer al padre de Vronsky, que era ruso. Durante el viaje, Anna y Geneviève conectaron gracias a su amor por los perros de razas gigantes y con expectativas de vida trágicamente pequeñas. El primer terranova de Anna solo había vivido nueve años.

Puso a Alexander en altavoz mientras él hablaba sin parar sobre el partido de tenis que había perdido esa mañana por culpa de una lesión en el codo. Ella le dijo que debía ir al ortopedista para revisarse. Mientras tanto, le escribía a Magda, el ama de llaves de Greenwich, para avisarle

de sus planes de quedarse en la ciudad y pedirle que le enviara a sus perros en algún momento del día. Anna trataba a sus dos enormes bestias como si fueran perros falderos y rara vez iba a algún lugar sin ellos. Se podía dar ese lujo porque su familia tenía choferes y un avión privado. Y también porque su padre estaba loco por su única hija. El amor por los animales era algo que siempre habían compartido.

Fue su padre quien le regaló su primer cachorro de terranova a los cinco años. Había visto un perro de esa raza en una pintura en un museo londinense y no pudo creerlo cuando su padre le dijo que la gigantesca criatura que estaba señalando era un perro. «¡Parece el peluche más grande de la tienda!», exclamó ella con mucho entusiasmo, una frase que era un chiste privado entre su padre y ella. Él le había dicho que, siempre que entraban a una juguetería, ella elegía el animal de peluche más grande y caro de toda la tienda y decía «Quiero este». Y, como él siempre satisfacía todos sus caprichos, en su habitación en Greenwich había más de una docena de animales de peluche gigantescos que la cuidaban mientras dormía, formados en fila contra la pared.

El cachorro de terranova fue un regalo atrasado de cumpleaños muy especial que su padre le dio por haberse perdido su quinto cumpleaños, ya que se encontraba en un viaje de negocios en Asia. En el camino de regreso a casa, hizo una parada en Vermont, en un criadero de terranovas de campeonato, y escogió a un cachorro de diez semanas con pedigrí llamado Doozy. El enorme perro negro se convirtió en el compañero inseparable de Anna, e incluso iba con ella a los establos, feliz de poder dormir en el heno mientras Anna tomaba sus lecciones de equitación diarias después de la escuela.

Doozy había muerto hacía dos años, y esa fue la primera vez que Anna vivió una pérdida tan grande. A pesar de que ya tenía dos terranovas más, aún no había superado el dolor de perder a su primer perro. Y tal vez fue esa la razón por la que esa tarde reaccionó con tanta intensidad ante la muerte de aquel otro perro.

—¿Anna? ¿Anna? ¿Sigues ahí? —La impaciente voz de su novio la obligó a volver a la realidad.

—Sí, aquí estoy —respondió ella, obediente—. ¿Tomaste Adderall? Sabes que te pones de mal humor cuando tomas demasiado.

Alexander ignoró la pregunta, lo que significaba que era justo eso lo que había hecho. Pero Anna estaba demasiado cansada como para enfrascarse en una discusión sobre si él dependía más de lo necesario de aquel medicamento. Su defensa siempre era que se lo recetaban y nunca lo había comprado de forma ilegal, como hacían tantos otros estudiantes.

—Es tarde, debes de estar exhausta. Duerme. —Y luego le preguntó—: ¿Planeas quedarte en la ciudad por la nieve?

—Bueno, como no hay clases mañana, tal vez me quede en la ciudad todo este fin de semana largo —respondió Anna, lista para colgar el teléfono.

La pareja dijo sus «te amo» y «buenas noches» protocolarios y, al poco rato, Anna se quedó sola en el silencio de su recámara. La habitación era suya, pero no la sentía así, pues pasaba muy poco tiempo ahí. Sus padres se sorprendieron cuando, a los catorce años, les informó que había tomado la decisión de asistir a la preparatoria en Greenwich en vez de elegir alguna de las escuelas privadas de Manhattan. Su madre se negó, sobre todo porque sería un embrollo tremendo arreglar sus horarios y calendarios. Pero su padre la escuchó y se conmovió con el

sentimental argumento de que quería estar cerca de sus caballos y sus perros; al final dijo que encontrarían la forma de que funcionara. Cuando Anna salió de la habitación, se quedó detrás de la puerta y escuchó un rato a escondidas; las primeras palabras de su madre fueron: «Sabes que esto es tu culpa, Edward. Si no le concedieras todos sus deseos, ella por fin entendería que es la hija y nosotros los padres, quienes decidimos qué es lo mejor para ella». Pero él contestó que Anna era capaz de tomar sus propias decisiones y tenían que respetarla. No querían criar a una hija que fuera incapaz de pensar por sí misma, ¿cierto?

Anna se puso la pijama de seda de Prada, con estampado de lápices labiales, y el par de pantuflas de conejitos que Steven le había regalado por su cumpleaños el año pasado y decidió ir a ver qué clase de compañía tenía su hermano a esas horas.

Caminó por el oscuro corredor y encontró a Steven parado en el vestíbulo, dándole la espalda. De pronto, ni más ni menos que el mismísimo Vronksy salió de la cocina con una botella de Fiji. Anna retrocedió dos pasos, chocó con la pared y movió uno de los cuadros. No solo eso: dejó escapar un vergonzoso gemido que hizo que ambos chicos voltearan y la vieran... con sus pantuflas de conejitos.

—Dios mío, Anna. ¿Estás bien? —preguntó Vronsky, dando un paso hacia ella.

—¿Yo? ¡Sí! Increíble. Quiero decir, estoy bien. Hola. —Se dio vuelta de golpe e intentó enderezar la pintura.

—Steven, gracias por la hospitalidad, pero me he quedado mucho más de lo que esperaba —dijo Vronsky, sin quitarle los ojos de encima a Anna, quien se había dado vuelta de nuevo y ahora se acercaba a él. Se aclaró la garganta y continuó—: Solo pasé a agradecerles por haberse asegurado de que mi madre llegara a salvo a casa. —Tenía una voz dulcísima y maravillosa que combinaba con sus hermosos ojos, y eso era casi lo mismo que él estaba pensando sobre ella. Anna quiso responder, pero la dejó paralizada la intensidad de la mirada de Vronsky, quien siguió hablando—. También te quería decir que encontré al otro perro del hombre.

Como prueba, le mostró una mano en la que tenía un curita de Snoopy.

—Ay, no. Estás herido. ¿Te mordió? —Anna se acercó más a él.

—No, no, estoy bien. Solo es un rasguño. La paseadora de perros de mi mamá insistió en que me pusiera el curita. —Vronksy se lo arrancó, lo hizo bolita y se lo metió en un bolsillo del abrigo—. El perro está con ella. Siempre acoge perros perdidos, así que es mejor opción que un albergue.

Anna estaba abrumada por lo considerado que era Vronsky y tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no abalanzarse sobre él y abrazarlo.

—¡Ay! Eres mi héroe. Qué amable. Sé que fue bobo que me preocupara, pero...

—Para nada —la interrumpió él—. Solo es prueba de lo linda... digo, buena persona que eres.

Volvieron a mirarse fijamente y Anna se mareó un poco. Se obligó a mirar a otro lado y puso una mano sobre la pared para mantener el equilibrio.

—Lo siento, no he comido nada más que tarta en todo el día.

—Oye, ¿sobró algo? —preguntó Steven, despegando los ojos de su iPhone y sin darse cuenta de la escena que se estaba desarrollando frente a sus narices.

—Es la tarta de Lolly y ella decide si quiere darte —respondió Anna con un tono un poco más

irritado de lo debido. Toda esa situación era culpa suya, a final de cuentas.

Durante un incómodo momento, los tres se quedaron parados y en silencio. Anna necesitaba que Vronsky se fuera de inmediato, pero había una parte de ella que quería desesperadamente pedirle que se quedara a comer tarta, aunque no podía ofrecérsela después de haberle dicho a su hermano que no podía comerla. ¿Qué debía hacer?

—Gracias por venir... Alexia. ¿O te llamo Vronsky? ¿El Conde? —preguntó Anna en tono alegre.

—Puedes llamarme Alexia. Me gusta cuando lo dices —respondió él con mucha mayor seriedad de la que le hubiera gustado. Era como si no tuviera control de sus facultades cuando estaba cerca de ella. Y, a decir verdad, le gustaba escuchar su nombre cuando ella lo decía—. Ya tengo que irme...

Vronsky por fin comenzó a caminar hacia la puerta.

—Okey. ¡Nos vemos luego! ¿Tal vez en la fiesta de Jaylen el sábado? —Steven abrió la puerta, Vronsky salió caminando despacio hacia atrás y se quedó parado en mitad del pasillo despidiéndose con la mano.

No pudo dejar de mirar a Anna hasta que la puerta se cerró frente a él y ella desapareció.

xiv

Vronsky se sentía inquieto cuando salió del edificio de Steven y Anna y se adentró en la noche nevada. Rechazó la oferta del portero de conseguirle un taxi, se abotonó el abrigo, se enrolló la bufanda en el cuello unas cuantas veces y comenzó a caminar. Las calles estaban casi vacías debido a la tormenta de nieve, pero él apenas si se dio cuenta. Su mente estaba enfocada en una sola cosa y nada más.

Anna K.

Nunca en su vida Vronsky había quedado tan prendado de alguien del sexo opuesto. Y, aunque solo tenía dieciséis años, ya tenía mucha experiencia con las mujeres.

El padre de Alexia había fallecido tres años antes, pero no habían tenido una relación muy cercana mientras estaba vivo. Tras el divorcio, su madre obtuvo la custodia de él y la de su hermano mayor, Kiril. Pasó años enteros sin ver a su padre, quien se mudó a Tailandia cuando Alexia tenía apenas siete años. (Los rumores decían que no tuvo más opción que salir de Estados Unidos por cuestiones legales, pero a Alexia nunca le importó lo suficiente como para averiguar la verdad). Era Kiril quien exigía sin cesar que le dejaran ver a su padre, y su madre terminó por ceder. Aceptó que los chicos pasaran tres semanas en Tailandia durante el verano, acompañados de una niñera muy bien pagada, quien le daba informes constantes a la controladora madre de los chicos.

Vronsky tenía pocos recuerdos de esas primeras visitas. Recordaba descubrir los salones de videojuegos y desperdiciar todo su tiempo y dinero ahí. Pero poco tiempo después su hermano le mostró algo que desvió su mente de los videojuegos. La primera vez que presenció las proezas sexuales de Kiril, Vronsky se echó a correr. La segunda vez, se quedó mirando hasta que su hermano se dio cuenta y le gritó que se fuera. La tercera vez, se negó a moverse hasta que su

hermano se levantó de la cama y lo sacó por la fuerza. Y la última vez se quedó y observó un largo tiempo sin que su hermano se enterara. Alexia estaba en el clóset de Kiril, escarbando en los bolsillos de su hermano en busca de dinero para comprar un boleto para la última película de *Rápidos y furiosos*. Ya se había gastado su mesada y su padre no aparecía por ningún lugar. Encontró un gran tesoro de diez dólares estadounidenses y ya estaba a punto de irse cuando oyó los pasos de su hermano.

Preso del pánico, Alexia se agazapó en el clóset y entrecerró la puerta. Kiril entró a la habitación, seguido de cerca por una chica. Alexia vio a su hermano cargarla como si no pesara nada, dejarla sobre la cama y de inmediato comenzar a quitarle la ropa. Su hermano comenzó a desvestirse, pero la chica le puso una mano en el pecho para detenerlo. Cambió el ritmo, desabotonándole la camisa despacio, un botón a la vez.

En algún momento, la chica vio a Alexia mirándolos desde el clóset, pero, en vez de avisar a su hermano, sonrió y se llevó un dedo a los labios para hacerle saber que su secreto estaba a salvo. Alexia también se llevó un dedo a los labios para expresar que había entendido. Fue en ese momento cuando reconoció a la muchacha desnuda frente a él, que no era una de las jóvenes sirvientas de la casa, sino una de las novias de su padre. La incestuosa infidelidad le voló la cabeza al pequeño Alexia.

Por supuesto, quedó hipnotizado por todo lo que vio, y pasó la siguiente hora observando a su hermano y a una mujer mayor que él realizando todo tipo de actos sexuales. Fue esa experiencia la que le hizo perder todo el interés en los videojuegos, pues se dio cuenta de que las mujeres eran mucho más interesantes. Él también quería sentir lo que vio en el rostro de su hermano ese día: éxtasis y arrebatos absolutos.

Perdió la virginidad a los trece años, pero no en Tailandia. Estaba en Nueva York y, al llegar a casa, descubrió que su hermano había vuelto de la universidad y tenía una fiesta mientras su madre estaba en Canyon Ranch. Su madre siempre pasaba dos meses en un spa después de un divorcio. Kiril le decía que su madre era como una serpiente que necesitaba mudar su piel de casaca para mostrar las nuevas escamas que usaría para atrapar a su siguiente marido. Su hermano y su madre peleaban con frecuencia, fanfarroneaban e intentaban demostrar que eran más fuerte que el otro. Este tipo de agresividad nunca fue el estilo de Alexia, sobre todo porque su madre siempre lo protegió, y él prefería eso a que le gritara.

Su hermano no lo dejaba estar con sus amigos, así que Alexia se fue a su cuarto. Cuando llegó a su habitación, se encontró con que una pila de abrigos cubría su cama. Furioso, comenzó a tirar al piso los abrigos de los invitados de su hermano, pero descubrió que había alguien dormido debajo de la pila. Era una hermosa pelirroja con unas cuantas pecas en la nariz y las mejillas, que seguramente estaba demasiado ebria como para averiguar cuál de los abrigos de peluche era el suyo y al final se dio por vencida. Alexia tomó una sábana y una almohada y se durmió en el piso. En algún momento antes del amanecer, despertó con la chica encima suyo, besándolo y diciéndole que era la cosa más hermosa que había visto en su vida mientras se quitaba la tanga y la dejaba caer de forma juguetona sobre la alfombra.

A partir de ese momento, el destino de Alexia quedó marcado. Decidió que era un hombre que jamás sentaría cabeza. Le encantaba cómo lo hacían sentir las mujeres hermosas y también le

encantaba hacer que ellas se sintieran increíble. Le encantaban el coqueteo, los bailes, los besos, las caricias e incluso le gustaba quedarse a dormir después del sexo, algo que sabía que la mayoría de los hombres detestaban. Para él, las mujeres eran mucho mejores que los hombres. Oían mejor, se vestían mejor y eran muy suaves al tacto.

Fue por eso por lo que sintió una profunda infelicidad cuando lo enviaron a cursar el bachillerato a un internado solo para varones en Maryland (su padre y su hermano se habían graduado de la misma prestigiosa escuela). Extrañaba la compañía de las mujeres. Extrañaba a las niñas ricas, las que iban de compras y chismeaban; las que amaban las reuniones para tomar el té y las obras de Broadway; las que tenían perros miniaturas a los que adornaban con brillantes collares con cristales; las que pasaban horas y horas —y gastaban cientos de dólares— en los salones de belleza, debatiéndose entre cortes de cabello y colores de uñas.

Apenas logró llegar a las vacaciones de Navidad de su primer año en el Bachillerato Georgetown. Cuando llegó a casa para pasar las fiestas y vio a su madre, lloró en sus brazos y le rogó que no lo enviara de vuelta a ese horrible y miserable lugar. No lo hizo. En cambio, le permitió ir al extranjero y dedicarse a la vagancia y el esquí durante el resto del año. Por esa razón —y por su fecha de nacimiento—, ahora estaba repitiendo el segundo año en Collegiate. Sabía que algunas personas decían que era un niño de mamá, pero no le importaba. Haber vuelto a Manhattan y vivir con una niñera de tiempo completo valía la pena.

Por eso a Vronsky lo desconcertaba tanto Anna. Sí, era bellísima y se vestía de forma impecable, pero había cientos de chicas así en la ciudad; él tenía en rotación constante al menos a tres de ellas en todo momento. Anna tenía algo especial. ¿Por qué, si no, estaría tan prendado de ella después de haberla visto una sola vez?

Después de dejar al perro del indigente en el departamento de la paseadora, se dirigió a casa de Steven con la esperanza de ver a Anna aunque fuera solo un instante más. Fue Steven quien abrió la puerta y le dijo que su hermana no estaba disponible en ese momento, pues le estaba salvando el trasero de la ira de su novia histérica. Sin otra alternativa, Vronsky le hizo conversación a Steven y esperó. Por supuesto, Anna apareció justo cuando él estaba por irse, pero ella valía la espera. ¡Dios! Esperaría diez mil años con tal de pasar diez segundos con ella.

De repente, recordó que Beatrice, su prima favorita, era compañera de Anna en Greenwich. Se detuvo de golpe, sin importarle que el viento cobraba fuerza y la nieve dura le golpeaba la cara, y le escribió a Bea, que era bastante fiestera y solía pasar las noches en la ciudad, en el departamento de SoHo de su hermanastro mayor. Aparecieron unas burbujas en el teléfono, seguidas de un mensaje que decía que la acompañara a su lugar favorito en Greenwich Village. Estaba con dos modelos sexys que eran justo el tipo de Vronsky. Nervioso y lleno de ansia, no perdió el tiempo y detuvo a un taxi. Sin duda, su prima podría darle lo que deseaba con tanta desesperación: información sobre la preciosa criatura conocida como Anna K.

XV

Vronsky entró al Beatrice Inn y encontró a su prima sentada sobre la barra, con sus botas altas de Jimmy Choo colgando y la cabeza echada hacia atrás con desparpajo. Detrás de ella, el cantinero

más alto y más hípster del mundo le servía su tequila más caro en la boca directo de la botella. Su prima Bea siempre había sido una de las chicas más populares de Greenwich y, para finales de su primer año, había afianzado su posición como la reina del lugar, después de lo cual puso a Manhattan en su mira.

Vronsky sabía que la clave de su éxito no era que viniera de una de las familias más antiguas de Greenwich, ni su sorprendente belleza natural ni las toneladas de dinero de su familia; la mitad de las adolescentes de Greenwich respondían a esa descripción. Lo que Beatrice tenía era información. No existe un solo adolescente capaz de guardar un secreto, y a Bea le encantaba ser la persona a la que se los confesaban. Ella no juzgaba, ¿cómo podría hacerlo? Lo había visto todo, había oído más y seguro había hecho cosas mucho peores. Sin duda, su cita en el anuario escolar diría: «Si no tienes nada bueno que decir... ven y cuéntamelo en el almuerzo».

Como le había prometido, en ese momento estaba con dos modelos adolescentes, Daler y Rowney. No tenían edad para conducir, pero medían más de uno ochenta y entre las dos pesaban menos de cien kilos. Las dos desfilaban en pasarelas de todo el planeta y habían ido a Nueva York para la Semana de la Moda. Si Vronsky hubiera tenido el gusto de conocerlas dos días antes, las cosas habrían sido muy distintas. Pero, en ese momento, apenas si les dirigió una mirada.

—Bea, tengo que hablar contigo. —Vronsky se bebió de forma muy diligente el shot de whisky de centeno que el cantinero le había dado—. Afuera —murmuró—, a solas.

Beatrice miró a su primo a través de las extensiones de pestañas de visón y asintió. Aunque era evidente que estaba borracha, se despabiló como un tiburón ante la promesa de una buena historia sangrienta.

Minutos después, Bea salió, apoyó la espalda contra la pared y exhaló el humo de su cigarro entre los remolinos de nieve. Escuchó con atención la historia de Vronsky y su primer encuentro con Anna en Grand Central, la infidelidad de Steven —la razón por la que Anna había ido a la ciudad— y, por último, el estado anímico de Vronsky.

Beatrice tiró su colilla en la calle, tomó su cigarro electrónico e inhaló con fuerza. Cuando volteó a ver a su joven y apuesto primo, estiró un brazo para quitarle algo de nieve de los mechones rubios con un gesto casi maternal.

—Qué raro. No es para nada lo que me esperaba —dijo con una sonrisa malvada—. No puedo creer que no conocieras a Anna K.

—¿Eso es todo lo que me vas a decir? —dijo él, impaciente—. ¿Qué necesito saber?

—Eso depende. ¿Te la quieres coger? ¿O padeces algo más serio? —Nadie podía acusar a Beatriz de no ser directa.

En circunstancias normales se habría reído de la insolencia de su prima, pero en ese momento fue incapaz de sonreír.

—Me temo que el padecimiento puede ser serio.

Bea se levantó las solapas del abrigo y tiritó.

—Vamos a entrar, a emborracharnos y a resolver esto.

Vronsky exhaló y vio cómo su aliento se condensaba en medio de la noche nevada.

Adentro, Beatrice descartó a las modelos mascota por el resto de la noche. Fruncieron el ceño, y pusieron los brazos en jarras y boca de puchero hasta que Bea les entregó una bolsa con artículos

de fiesta. Mientras los empleados limpiaban a su alrededor, Bea y Vronsky se sentaron a hablar en un gabinete de cuero.

Bea le dijo a su primo que ella y Anna mantenían una relación cordial desde hacía años, pero que no eran muy cercanas.

—Qué desperdicio —masculló su prima—. Es tal vez la chica más hermosa de todo Greenwich, pero nunca lo ha utilizado para sacarle todo el beneficio que podría conseguir.

Hizo una pausa y miró a Vronsky.

—Sin contarte a ti, claro —añadió él, pagando la tarifa de halagos para que Bea continuara.

Ella rio con júbilo por el cumplido. Vronsky era un bocadillo de lo más delicioso y, más de una vez, durante un aturdimiento alcohólico y hormonal, Bea había considerado estirar una mano para examinar la mercancía, pero se controlaba, pues por más que le fascinara el escándalo, incluso ella sabía que ser atrapada haciendo cosas con alguien de la familia no era algo de lo que pudiera recuperarse con mucha facilidad. Sin embargo, había escuchado de varias fuentes que era bastante talentoso entre las sábanas, por lo que muy orgullosa empezó el rumor de que le apodaban el Conde por la cantidad de chicas con las que se había acostado.

—El problema es su horrendo y aburrido novio, cuya perfección roza el ridículo. —Bea le explicó que, antes de que Alexander se fuera a la universidad, se aseguró de que Anna siguiera juntándose con sus amigos, quienes estaban en un círculo muy distinto al de Bea. Hizo que Anna pareciera la adorable mascota de un grupo de estirados alumnos de último año de la Academia Greenwich—. Esos episcopalianos engréidos no son tan malvados como los psicópatas de las megaiglesias del Medio Oeste, pero son casi igual de exclusivos. La media hermana de su novio, Eleanor, se juntaba con un grupo de «niñas buenas» puritanas, con cinturones de castidad de hierro que hacían juego con sus diademas. Mi teoría es que Eleanor está enamorada en secreto del Don de Greenwich y quisiera tener las pelotas para aplicarle la Cersei Lannister.

Vronsky frunció el ceño, pero guardó silencio. Nadie entendía las complejas políticas de la sociedad adolescente de Greenwich y Manhattan mejor que su prima, pero, como todas las adolescentes, a veces tendía a exagerar. Beatrice se alimentaba del escándalo de los demás.

—¿Sabes? A Anna le gustan esas cosas de los caballos, y las chicas jinetes siempre son muy serias. Yo digo que la culpa es de esas botas... aunque lo del fute no me molesta.

Vronsky escuchó la enrevesada teoría de Beatrice sobre que las chicas necesitaban amar los tacones altos para sentirse cómodas con su lugar sexual en el mundo, y que las chicas que usaban botas de equitación a diario estaban reprimidas y tenían un despertar sexual tardío. La teoría de su prima no tenía sentido, pero después de unos cuantos tragos empezó a entender a dónde quería llegar.

Solo existían tres círculos sociales con poder en Greenwich: las chicas divertidas y fiesteras de la alta sociedad, encabezadas por Beatrice; un grupo al que ella llamaba la CIA por su obsesión con tres cosas: la caridad, la iglesia y la admisión a la universidad, que era el círculo del novio de Anna...

—Y, por último... —Bea tuvo un ataque de hipo e hizo una mueca—. No recuerdo cuál es el tercero, pero son tres.

—El tercer grupo son los niños ricos de los internados que vuelven para las fiestas y el verano

—añadió Vronsky con amabilidad.

Sabía cuáles eran los tres círculos, pues ya había oído la ponencia de Bea al respecto. La política social era su tema favorito cuando estaba drogada, y Vronsky había pasado varias noches con su fiestera prima en ese estado.

—Sí, sí, muy bien —dijo Bea, a quien la impaciencia de Vronsky le parecía cada vez más graciosa—. Anna es un caso fascinante: se mueve con libertad entre los tres grupos sin jurarle lealtad a ninguno. Siempre me ha parecido un ave extraña. Le cae bien a la gente, pero es más bien solitaria; pasa todo su tiempo con caballos y perros gigantes. En la escuela, durante el almuerzo, lee. ¡Libros! Ni siquiera en su teléfono. —Vronsky deslizó un vaso con agua en dirección a Beatrice, una indirecta bastante directa—. ¡Estúpido! —estalló Bea—. Si no te adorara, te mandarían a la mierda. De todas las chicas del mundo, ¿por qué Anna? Su novio no es un obstáculo pequeño. Aunque está lejos, aún tiene mucha influencia, y toda la ciudad cree que camina sobre el agua. Mi papá alguna vez lo llamó «el orgullo de Greenwich». Esto no se debe a que tengas un fetiche asiático, ¿o sí, primo querido? —En otras circunstancias, Vronsky habría ignorado con una sonrisa el ridículo comentario de su prima, pero no estaba con ánimo para su vulgar sentido del humor. Bea vio que Vronsky apretaba los labios antes de ponerle una mano en el brazo—. Perdón, qué poco elegante de mi parte. Solo lo dije porque sí tienes un patrón. Tu primera experiencia sexual fue ver a Kiril con esa chica tailandesa. Y has tenido más de una aventura con nenas del Lejano Oriente...

—¡Carajo, Bea! ¡No vine a discutir la psicología de mi vida sexual! Vine porque, porque... — tartamudeó, cayendo en cuenta de que no había comido mucho y ya estaba ebrio también. Se tomó un vaso de agua de un solo trago y se limpió la boca—. Vine porque creo que estoy enamorado de ella y no sé qué hacer al respecto —dijo y dejó caer la cabeza, no por vergüenza, sino por alivio.

La honestidad no era fácil, pero decir lo que tenía en la cabeza desde que abordó el taxi era estimulante. Vronsky estaba seguro de que nunca había estado enamorado hasta que vio a Anna K bajar del tren unas horas antes.

Beatrice se estiró por encima de la mesa y le tomó la mano a su primo.

—Todo estará bien, V. Cuentas conmigo. Te ayudaré, te lo prometo. —Se terminó el resto de su whisky y miró a Vronsky a los ojos—. Ahora, ¿tienes algo de polvo blanco para mí? Necesito un poco para seguir bebiendo.

xvi

A la mañana siguiente, Anna despertó sin saber dónde estaba por un momento. Se sentó en la cama, tomó su teléfono de la mesa de noche y se quedó boquiabierto al ver la hora. Al ser dueña de perros, dormir hasta después de las nueve nunca era opción para ella. No podía recordar la última vez que había dormido hasta tan tarde.

Entró a la cocina y se encontró a Marta, el ama de llaves, quien estaba horneando roles de canela. Intercambiaron cortesías y Anna se preparó una carga doble de Nespresso antes de ir a averiguar si su hermano estaba despierto. La puerta de Steven estaba cerrada, y Anna debió haber

tocado, pero no se le ocurrió. Entró a la habitación y se detuvo en cuanto vio que su hermano no estaba solo en la cama. Lolly, medio desnuda, estaba encima de Steven, con el cabello rubio cayéndole por la espalda; los dos se besuqueaban como si el mundo estuviera por terminarse.

Anna desvió la mirada, salió impactada de la recámara y cerró la puerta a toda prisa. Se quedó en el pasillo, atónita, y parpadeó hasta quitarse de la mente la imagen de Lolly montando a su hermano. No estaba segura de cómo se sentía respecto al espectáculo que acababa de presenciar, pero no tuvo tiempo para decidirlo: Marta le hacía señas desde el otro lado del corredor. El portero acababa de llamar. La hermana menor de Lolly, Kimmie, estaba subiendo. Anna corrió a la puerta, sin aliento y agradecida por la distracción.

Kimmie salió del elevador mirando su teléfono y se estrelló contra Anna, que estaba esperando en el pasillo.

—¡Ay, Dios! ¡Perdón! —exclamó, molesta por ser justo como la gente que odiaba, la que circulaba por las banquetas de la ciudad sin despegarse de su teléfono, como ¡Zombies—. ¿Me estabas esperando a mí o al elevador? —preguntó Kimmie, confundida.

Anna le dirigió una cálida sonrisa a la adorable rubia de segundo año.

—Tú debes ser Kimmie. Soy Anna, la hermana de Steven. —Le dio un pequeño abrazo y la hizo pasar al departamento.

Por supuesto, Kimmie sabía quién era Anna, aunque solo se habían cruzado brevemente una o dos veces.

—Qué gusto por fin conocerte —dijo Kimmie mientras intentaba quitarse las botas de nieve Moncler y se sentía sumamente avergonzada por los pants de SoulCycle que, perezosa, se había puesto ese día.

Deseó haber elegido mejor su atuendo, pues sabía que existía la posibilidad de que se encontrara con la hermana de Steven, ya que la noche anterior Dustin le había dicho que ella estaría en la ciudad. Sabía que era hermosa, pero al estar frente a Anna se sintió básica a más no poder.

Ambas se sentaron en el comedor: Anna tomaba su segundo Nespresso del día mientras Kimmie le quitaba pedazos a un croissant de chocolate y esperaba a que el ama de llaves le llevara un chocolate caliente. En cuanto Kimmie se sentó, Anna se inclinó hacia ella y le dijo en susurros lo que había visto unos segundos antes de que ella llegara. Ya que no sabía qué tan cercanas eran las hermanas, eligió sus palabras con cuidado.

—Estaban tan ocupados besándose que creo que no me vieron —dijo—. ¡Gracias a Dios! —añadió con una risita.

—¿Se reconciliaron, entonces? —preguntó Kimmie.

—Eso parece —respondió Anna.

—Gracias a ti. —Kimmie quería que sus palabras sonaran como un cumplido, pero, al oírlas, le preocupó que su tono pareciera más bien una acusación.

—La verdad es que no —objetó Anna—. Ella lo ama, lo ama de verdad. Me lo dijo anoche. Y yo le dije que solo ella tenía el poder de decidir el destino de Steven.

—¿Por qué? —preguntó Kimmie, sorprendida por la confianza que aquella chica mayor le estaba demostrando de una forma tan íntima—. Digo, ¿tú crees que debería quedarse con él? Sé

que es tu hermano, pero... —Se detuvo y recordó todo lo que su hermana le había escrito. Se estremeció del asco.

—Creo que el comportamiento de Steven es repulsivo y reprobable. No quiero ser tan frívola como para decir «así son los hombres», pero le dije a tu hermana que la única forma en que podían seguir juntos era si lo perdonaba de verdad. De otra forma, nunca funcionaría.

—No sé si yo podría hacerlo —dijo Kimmie—. De hecho, sé que no podría. Me parecería imposible perdonar a mi novio si me hubiera engañado así. Aunque no he tenido ninguno.

—¿Así que nunca has tenido novio? —preguntó Anna con dulzura.

—¿Acaso importa? —Kimmie subió el volumen de su voz en tono defensivo.

—No, claro que no. Solo tenía curiosidad porque yo he tenido novio tanto tiempo que me cuesta trabajo recordar qué pensaba cuando no lo tenía. Aunque estoy casi segura de que habría dicho lo mismo que tú.

—¿O sea que tener novio cambia tus opiniones? —preguntó Kimmie, intrigada.

—No exactamente. Sé que parece que estoy buscando excusas para justificar su desconsiderada estupidez, pero no. Solo digo que los hombres y las mujeres no podrían ser más diferentes en su forma de actuar y en las cosas que quieren. Si al asunto le agregas las hormonas alborotadas, mezcladas con emociones, es un milagro que no estemos todos locos.

Mientras escuchaba sus propias palabras, Anna se preguntó si estaba expresando esas ideas para explicarle a Kimmie o para explicarse a sí misma. Desde que abrió los ojos esa mañana, había estado pensando en Vronsky. Eso no le habría molestado de no ser porque también fue lo último en lo que pensó antes de quedarse dormida.

—¿La conclusión, entonces, es que los chicos son estúpidos? —preguntó Kimmie, bromeando solo a medias.

—Sí —confirmó Anna entre risas—. Con eso, ¡mi trabajo aquí ha terminado!

Kimmie alzó la mirada y vio a Marta con una bandeja de plata. Puso frente a Kimmie un plato y una taza llena de chocolate caliente junto con un pequeño tazón con malvaviscos. Frente a Anna puso media toronja y una cuchara para toronjas como la que Kimmie vio por primera vez en el hotel Mandarin Oriental cuando viajó a Londres con su madre. Recordó haber sentido tal fascinación por aquella cucharita serrada que, cuando terminaron de desayunar, la metió en su bolso.

—Si tú estuvieras en la situación de Lolly, ¿lo perdonarías? —preguntó Kimmie—. Digo, si no fuera tu hermano y demás.

—O sea, ¿si podría perdonar a mi novio si me fuera infiel? —preguntó. Ella misma se lo había preguntado mientras consolaba a Lolly.

—Perdón, ¿fue una pregunta grosera? No quise hacerte sentir incómoda.

—No, para nada —dijo Anna, pensativa—. Debo ser honesta y decir que no lo sé. Por suerte, nunca he estado en esa situación. Supongo que depende.

—¿Hay alguna situación en la que esté bien? —preguntó Kimmie.

—Lo más probable es que no. Pero disto mucho de ser experta en la materia. Solo he tenido un novio. Las relaciones son complicadas; Steven es mi hermano, y apoyo a Lolly en lo que sea que decida hacer.

—Yo también —estuvo de acuerdo Kimmie. Deseaba con desesperación caerle bien a Anna y no tenía problema en cambiar su postura—. Sé que mi hermana ama a Steven. Lo dice todo el tiempo. Tal vez... —Hizo una pausa—. Tal vez esto haga que su relación sea... ¿mejor? ¿Más fuerte?

Tanto hablar sobre amor hizo que Kimmie pensara en Dustin, pero se deshizo del pensamiento enseguida, asumiendo que había aparecido en su cabeza por culpa del chocolate caliente. Entonces empezó a pensar en Vronsky. Desde que lo conoció en Fin de Año, lo había visto al menos una vez a la semana: primero té en el Plaza, luego un paseo por el parque y dos tardes más para tomar café. Anna notó la sonrisa en el rostro de Kimmie y le preguntó en quién pensaba.

—¿Cómo supiste que pensaba en alguien y no en algo? —preguntó Kimmie, sonrojada por la vergüenza, pero feliz de tener la oportunidad de hablar de lo que realmente quería.

Suponía que Anna conocía a Vronsky y estaba ansiosa por escuchar su opinión. Sabía que Anna era la novia del Don de Greenwich, lo que la hacía casi de la realeza, como una versión estadounidense de William y Kate. «Tal vez Vronsky y yo podríamos ser Harry y Meghan».

—Una corazonada —dijo Anna, feliz de poder chismear con Kimmie.

Seguía esforzándose por sacar a Vronsky de su cabeza y eso la tenía un poco molesta. No era soltera como Kimmie, y sabía que empezar a pensar en chicos que no eran su novio era señal de problemas. Kimmie sorbió su chocolate caliente.

—Lo conocí en la fiesta de Fin de Año de tu hermano y solo lo he visto unas cuantas veces desde entonces.

—Ah, ¿es Dustin? ¿El amigo de la infancia de Steven? —preguntó Anna de forma inocente—. Tu hermana me contó algo sobre él ayer. Según tengo entendido, el MIT casi le rogó que asistiera a la universidad ahí.

Al oír el nombre de Dustin, Kimmie frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, él no. Digo, Dustin es lindo y creo que le gusto. Pero a mí me gusta alguien más, aunque no estoy segura de que yo le guste.

A Anna, la timidez de Kimmie le resultaba adorable.

—¡Claro que le gustas! Le gustarías a cualquiera. ¡Cuéntame! ¿Quién es el hombre misterioso?

—Se llama Alex, Alex Vronsky, aunque seguro has escuchado su bobo apodo del Conde.

Por un instante, Anna abrió los ojos como platos, pero recobró la compostura de inmediato.

—Qué extraño. Lo conocí apenas anoche. Vine en el tren con su madre y él fue a recogerla a Grand Central.

Kimmie se sintió aliviada. Vronsky no había ido a visitarla a la pista de hielo porque estaba con su madre, no porque hubiera perdido el interés, como temía. Estaba tan feliz de oír la noticia que no percibió el ligero cambio en el estado de ánimo de Anna.

—¿Cómo es su madre? Alex no me ha dicho mucho, pero se nota que son cercanos.

Le fascinaba tener alguien con quien hablar de Vronsky. Lolly era siempre muy crítica cuando se trataba de chicos y todo el tiempo le advertía que Vronsky era famoso por ser coqueto y mujeriego.

—Es increíble. Hermosa y elegante. Habló de sus dos hijos más que de cualquier otra cosa. Es obvio que Alexia es su favorito. —Anna esperaba que Kimmie no hubiera notado que usó el

nombre con el que Geneviève se dirigía a su hijo y continuó—: Parece muy involucrada en su vida.

A Kimmie le interesaba la madre de Vronsky, claro, pero lo que más quería escuchar era la opinión de Anna sobre Alex mismo.

—¿No te parece supersexy? Parece estrella de cine.

—Es guapo —asintió Anna, pues sabía que sería raro que negara una verdad tan evidente—. Serían una pareja muy atractiva.

Sabía que a Kimmie le gustaría oír sobre los actos heroicos de Vronsky con el perro del indigente, pero se guardó la información. El que Vronsky se hubiera echado a correr para encontrar al segundo perro lo ligaba de alguna forma a ella, aunque no había dedicado tiempo suficiente a entender por qué.

El teléfono de Kimmie timbró, y ella no pudo evitar mirarlo. Era una notificación para recordarle que debía ir a buscar un vestido nuevo que estaban arreglándole en Bergdorf.

—¿Seguirás en la ciudad mañana en la noche, Anna? Es la fiesta de dieciséis años de Jaylen S. Su papá rentó todo el club 1 OAK. ¡Deberías venir! Me encantaría que hubiera alguien más que me cae bien.

Anna frunció un poco el ceño.

—No soy fan de los clubes, pero puede ser. Steven mencionó la fiesta anoche.

—El código de vestir es color lavanda. ¿Tienes un vestido lavanda? —preguntó Kimmie.

Anna rio en respuesta.

—¿Quién no tiene uno? Pero no está aquí. Seguro que puedo encontrar algo que ponerme si decido ir.

Kimmie se puso de pie aprisa.

—Pues es obvio que Lolly ya no necesita un hombro sobre el que llorar, así que me iré. Oye, tengo que ir a recoger mi vestido a Bergdorf. Supongo que no te interesaría acompañarme.

Por lo general, Anna habría aprovechado de inmediato la oportunidad de ir a su tienda favorita, pero sabía que eso derivaría en más conversaciones sobre chicos, algo para lo que ya no estaba de humor.

—Ayyy. Me encantaría, pero no puedo.

En ese momento, Lolly entró al comedor, tarareando. Traía puesta una bata de felpa para hombre demasiado grande para ella y tenía el cabello mojado por haberse duchado.

—Kimmie, ¿qué haces aquí? —preguntó.

—Vine a ver cómo estabas, pero me enteré de que estás mejor que bien —respondió Kimmie, y agregó de inmediato—: Digo, después de hablar con Anna anoche.

—Así es —confirmó Anna en tono casual.

Lolly estaba en otro planeta, apenas si las escuchaba. Lo único que sabía era que estaba famélica y que planeaba saquear el refrigerador y tomar cosas para comer con Steven en la cama.

—¿Queda algo de tarta, Anna? —preguntó con voz distraída—. Steven quiere un poco.

Anna asintió y sonrió. Esto confirmaba sus sospechas. Lolly debía de haber decidido perdonar las faltas de su hermano y, en el proceso, también decidió darle su virginidad. Anna pensó que tal vez era algo positivo, porque ahora la fecha de su «cogiversario» era real.

—¿Estás drogada, Lolly? —le preguntó Kimmie a su hermana—. O al menos eso parece.
Lolly sonrió.
—Algo así... algo así...

xvii

Jaylen S era la hija menor de la leyenda retirada de la NBA Maceo S, quien ahora era un popular comentarista de ESPN. Según los rumores, su fiesta sería una de las más grandes del año, a pesar de que solo era febrero. Su padre había rentado todo el club 1 OAK en el Meatpacking District. Los adultos estarían en el área VIP, mientras los adolescentes de la alta sociedad bailaban toda la noche. El padrino de Jaylen S era uno de los excompañeros de su padre y dueño minoritario del Miami Heat. Al parecer llevaría a sus propios hijos y un avión privado lleno de sus amigos fiesteros desde South Beach.

La diferencia entre los nuevos ricos y los viejos ricos: los nuevos ricos eran mucho más divertidos. El dinero viejo viene con mucho bagaje: anticuadas y estiradas normas de comportamiento que no ven con buenos ojos el derroche del dinero heredado. Los nuevos ricos no tenían estas restricciones. Si acaso, de ellos se esperaba que gastaran y presumieran de su dinero tanto como fuera posible.

El tema de la fiesta de Jaylen era el hip-hop de los noventa. Y la invitación era la más cool que Kimmie había recibido... una vez que se la explicaron. Le entregaron una cajita que contenía un pequeño cubo de plástico negro con una pantallita y dos baterías AAA. Cuando le puso las baterías, la pantalla se encendió en verde, pero no mostró nada más. Pensando que estaba descompuesta, se la mostró a Devon M, la estudiante de Derecho que se quedaba con Lolly y ella cuando su madre estaba de viaje o volvía tarde.

—¿Dónde lo conseguiste? —preguntó Devon mientras le daba vueltas al objeto en sus manos.

—Se supone que es una invitación a una fiesta. Creo —contestó Kimmie—. ¿Qué es?

Devon le explicó que era un *beeper*, una forma de comunicación popular en los noventa, antes de que todo el mundo tuviera celulares.

—¿Nunca habías oído hablar de ellos?

Kimmi negó con la cabeza.

—¿Qué hacen?

—La gente los usaba para enviar números de teléfono. Y, cuando encontrabas un teléfono público, devolvías la llamada al número. Los doctores los usaban mucho, para que los pudieran localizar afuera del hospital. Los *dealers* también los usaban, pero, con el tiempo, los chicos cool se sumaron a la moda. Algunos *beepers* podían recibir mensajes de texto.

Como si hubiera recibido la orden, el *beeper* vibró y emitió una serie de agudos pitidos que las asustaron a ambas. Justo como Devon había explicado, apareció un mensaje.

JAYLEN
EL FIESTÓN DE HIP-HOP NOVENERO DE
JAYLEN! DETALLES PRONTO... MÁS O MENOS!

Devon no pudo dejar de hablar de la invitación durante los siguientes diez minutos. Incluso le tomó una fotografía para mostrársela a su novio. Calculó el costo de una invitación así de complicada y dijo que debió ser de al menos cinco mil dólares. A Kimmie le sorprendió el interés de Devon, que rara vez se abría con ella. La razón principal era que su madre le había dado la orden específica de no hacerse amiga suya. «Kimmie necesita alguien que le enseñe francés y un buen modelo a seguir para cuando yo no esté, no una mejor amiga, ¿de acuerdo?».

Kimmie no pudo evitar alardear un poco y contarle a Devon sobre el padre famoso de Jaylen y las numerosas estrellas de las que era amigo. Aunque debía confesar que no tenía idea de cómo sería una fiesta de hip-hop de los noventa. Nunca había escuchado mucho rap; los gustos musicales de Kimmie tendían más hacia Lorde, Billie Eilish y Lana del Rey. Más tarde, esa misma noche, Lolly intentó explicarle la importancia del hip-hop de los noventa, lo cual no hizo más que provocar que hiciera muecas de disgusto. Sabía que su hermana se hincaba frente al altar de Taylor Swift y que solo sabía de «rap *old school*» porque a Steven le encantaba. Alguna vez descubrió a Lolly haciendo un acordeón de «terminología de hip-hop» y le dijo que, si invirtiera la mitad de ese esfuerzo en sus estudios, sus calificaciones serían mucho mejores. Lolly respondió con inexpresividad: «Por favor, un buen novio es mucho más importante que la escuela».

Después, Lolly le dijo que muchas de las chicas planeaban ir a la fiesta vestidas como Fly Girls, otro término noventero que Kimmie necesitó que le explicaran. Lolly, por supuesto, estaba horrorizada ante la idea de que un montón de chicas fueran a una fiesta con jeans y ombligueras, y le informó a Kimmie que usaría un vestido y que ella debería hacer lo mismo.

—Asegúrate de que sea corto. Puede que sea tu última oportunidad de vestirme como zorra hasta Halloween.

Mientras se miraba en el espejo de Bergdorf, Kimmie pensó en ese momento. Se preguntó si a Vronsky le gustaría su nuevo vestido de Zimmermann. Contempló su reflejo, molesta por no haber pedido que recortaran el vestido una pulgada más cuando tuvo la oportunidad, tres días antes. La vendedora detectó la expresión de duda de Kimmie y se apresuró a sugerir que quizá lo que el vestido necesitaba eran unos sensuales tacones nuevos. El alivio recorrió todo su cuerpo: eso era justo lo que necesitaba.

En el área de zapatos del segundo piso, se probó dieciocho pares de zapatos de tacón hasta que se decidió por unas botas de cuero blanco de Azzedine Alaïa, con un tacón de ocho centímetros. Costaban más de mil doscientos dólares, pero los cargó a la tarjeta de crédito departamental de su madre, a sabiendas de que pasarían unas cuantas semanas antes de que ella las descubriera en su estado de cuenta. El razonamiento era sencillo: no tenía duda de que a su madre le fascinaría que lograra que Vronsky fuera su novio, y lo único que tendría que hacer sería explicar que los zapatos la habían ayudado a lograrlo. Se metería en problemas de todos modos, pero Lolly ya había abierto la puerta a esa clase de comportamientos, pues llevaba obsesionada con la moda desde la secundaria y hacía berrinches si no tenía siempre ropa de los últimos diseñadores en boga. A Kimmie nunca le había importado tanto la ropa del diario, pero todos sus vestidos para las competencias de patinaje eran de Vera Wang.

Desde que comenzó a estudiar en Spence, lo que llevaba puesto a la escuela comenzó a importarle cada vez más, sobre todo porque Lolly la presionaba. Al parecer, si Kimmie se vestía

mal, eso se reflejaba en Lolly. En la últimas seis semanas Kimmie había mejorado el nivel de su ropa de manera considerable. Aunque odiaba admitirlo, sabía que era por su recién descubierto interés en los chicos, o más bien porque había comenzado a atraer la atención de los chicos después de aparecer en la lista secreta. Negaba que le importara esa tonta lista, en parte porque Lolly nunca había conseguido entrar en ella —y le parecía de mal gusto restregárselo en la cara a su hermana, menos aclamada por la crítica— y en parte porque solo le importaba la atención de un chico en particular.

Kimmie quería creer que se arreglaba para la fiesta de Jaylen para sí misma, pero sabía que era mentira. Quizá, si todos los detalles eran perfectos, Vronsky quedaría tan embobado con ella que bailarían toda la noche y él le pediría que fuera su novia. Era claro que las cosas entre ellos se estaban volviendo más serias, y la otra noche, cuando ella le dijo que le gustaba, él la miró a los ojos y le respondió que a él también le gustaba ella.

Ya que su mamá la regañaría por los zapatos nuevos, supuso que podía llevar su rebeldía al máximo y decidió que necesitaba un poco de color para mostrar su lado más divertido. Salió del departamento de Chanel con un nuevo bolso de noche, una edición limitada hecha con el cuero exclusivo de la marca de color rosa neón. Si la noche siguiente iba a ser su noche, quería verse tan bien como fuera posible.

xviii

Anna pasó la tarde del día de asueto por la nieve con Steven y Lolly. Después de que Kimmie se fuera a Bergdorf, Lolly le preguntó si podía usar su baño para secarse el cabello; Anna no tuvo inconveniente. Mientras Lolly estaba ocupada, ella aprovechó el tiempo para ir a ver a su hermano. Estaba en su habitación, con un iPad en el pecho, jugando *Fortnite*. Se dejó caer junto a él en la cama, con cuidado de primero subir el edredón, y le preguntó si debía traer a sus perros o no.

—¿Te vas a quedar todo el fin de semana? —preguntó Steven sin despegar los ojos de la pantalla.

—Puede ser. Cuéntame más sobre la fiesta de mañana. ¿Crees que puedas hacer que me pongan en la lista? —preguntó en un tono un tanto irónico, pues sabía que su hermano tenía bastante poder gracias a su reputación en el circuito de fiestas.

Steven pausó su juego y volteó a ver a su hermana.

—Anna, en este momento podrías pedirme cualquier cosa y yo la haría por ti. En serio, me salvaste el trasero. No sé qué diablos le dijiste a Lolly, pero de verdad que ella le dio la vuelta a la situación. Y vueltas, y vueltas y vueltas. —No le guiñó el ojo, pero era casi como si lo hubiera hecho.

—No te regodees, Steven. Es inadecuado —respondió ella con seriedad fingida.

Estaba complacida con su buena obra, orgullosa de haber intervenido en la felicidad de su hermano. Y, ahora que Lolly y Steven ya lo habían hecho, tal vez podrían evitar que el problema se repitiera en un futuro. Todas las revistas que había leído decían que los hombres eran infieles en busca de satisfacción sexual, mientras que las mujeres lo hacían para establecer una conexión

sentimental. Se lo recordaba a sí misma a menudo respecto a su propia relación, ya que, por supuesto, eso explicaba por qué Alexander insistía en que nunca pasaran más de tres semanas sin verse.

Anna perdió su virginidad con Alexander cuando viajó a Bora Bora con su familia antes de que él se fuera a la universidad. El padre de Alexander y su madrastra les rentaron su propio bungalow de dos habitaciones (y alberca privada), que compartieron con la media hermana de Alexander, Eleanor, quien estaba en primer año en la escuela de Anna y era su amiga más por conveniencia que por cualquier otra cosa. Obviamente, Anna jamás se atrevería a ser grosera con Eleanor frente a Alexander, pero la realidad es que era una chica bastante aburrída.

En el segundo de los diez días de sus vacaciones, Anna volvió al bungalow después de un masaje y se encontró con que Alexander había decorado toda la sala con velas y flores. Había organizado una cena en la habitación preparada por un chef privado. Era un novio muy detallista, pero un gran gesto romántico como ese no era su estilo. Ella estaba un poco desconcertada.

—¿Qué hay de Eleanor? —preguntó. Tal vez no fuera la mejor respuesta, pero fue lo primero que le vino a la mente.

—No se sentía muy bien, así que decidió mudarse al bungalow de papá y Whitney. Ya sabes, para estar más cerca de su mamá —respondió él.

A la fecha, Anna no tenía idea de qué le había dicho Alexander a su media hermana para que aceptara ser parte de su plan para seducirla; cuando vio a Eleanor al día siguiente, no se veía nada enferma.

—Pero ¿y si entra a la habitación? —preguntó Anna. Eleanor ni siquiera veía películas para adultos porque aborrecía las escenas de violencia innecesaria y sexo.

—No me dicen el Don de Greenwich solo porque sí —replicó él, moviendo la cabeza y riendo—. ¿Podríamos dejar de hablar de mi hermana, por favor?

Anna sonrió. Era poco común que Alexander se burlara de sí mismo de esa forma. Ella sabía que su apodo le parecía ridículo y nunca lo había oído usarlo para referirse a sí mismo. Pero, al oírlo de sus labios, le pareció, de forma sorprendente, muy sexy.

Nunca le había preguntado a Alexander si él también era virgen, sobre todo porque no sabía si era algo que podía preguntarle, pero también porque no estaba segura de si quería oír hablar de las chicas que estuvieron con él antes que ella. Para cuando supo que muchas chicas interrogaban a sus novios sobre sus aventuras sexuales pasadas, ya era demasiado tarde como para tocar el tema. Entonces, esa noche, durante su cena a la luz de las velas en Bora Bora, él le dijo que sería también su primera vez. Anna sabía que aquello debería haberla conmovido, que debería estar feliz por que fueran a compartir aquella experiencia en pareja. Pero, en realidad, la noticia la decepcionó. Mientras disfrutaban entre los dos un suflé de chocolate en el postre, lo único en lo que podía pensar era que, si los dos eran vírgenes, ¿cómo diablos iban a saber qué hacer?

Lo descubrieron, claro está, después de varios tropezones y momentos de incomodidad. No era neurocirugía, a final de cuentas. El sexo dolió más de lo que Anna había esperado, pero al segundo día se había relajado lo suficiente como para disfrutarlo un poco. Sin embargo, siempre se preguntó si el sexo incluía algo más que ella no estaba experimentando. Incluso en la fracción de segundo en que vio a Lolly encima de su hermano, sintió más electricidad en el ambiente de la

que jamás había sentido con Alexander. Se preguntó si se debía a que Steven tenía mucha más experiencia y podía indicarle a Lolly qué hacer.

—¡Hecho! —La voz de su hermano la devolvió a la realidad.

—¿Qué está hecho? —preguntó Anna; había olvidado qué era lo último de lo que habían hablado.

—Estás en la lista de la fiesta. Qué bien que vas a venir. De verdad, va a estar increíble. La música será excelente. Oye, ¿debería contratar una limusina blanca para llegar siendo los más cool?

Por eso Anna adoraba a su hermano: sabía cómo pasarla bien y siempre lo había sabido.

—¡Simón! ¡Simón! —respondió, a lo que Steven contestó con una sonrisa burlona—. ¿Qué no es esa una expresión de rapero de los noventa? ¿La usé bien?

—Sé que no eres una niña blanca tonta, pero nunca habías sonado más como una niña blanca tonta.

—¡Oye! ¡Retráctate! No tienes permitido ser grosero. Estás en deuda conmigo, ¿recuerdas? —Anna tenía una almohada entre las manos y estaba lista para aventársela a su hermano en la cara.

Steven levantó las manos en señal de rendición.

—¡Me retracto! Tienes razón. Te juro por mi honor que te voy a tratar bien... —Hizo una pausa dramática—. Por lo menos un par de días, tal vez tres.

—Ay, por favor, como si tú tuvieras honor. —Anna abofeteó a su hermano con la almohada y se levantó de la cama entre risas—. Contrata la limusina. ¿Por qué no?

Siempre se decía a sí misma que debía intentar ser un poco más como su hermano, menos cautelosa y más dispuesta a hacer cualquier cosa. Decidió en ese instante escribirle a Magda para que no enviara a sus perros desde Greenwich. Iría a una fiesta al día siguiente y estaría afuera hasta tarde, lo que significaba que los perros se quedarían solos en el departamento.

Satisfecha por sus decisiones, centró su atención en el siguiente asunto importante. ¿Qué se iba a poner? Tenía bastantes vestidos en su clóset de la ciudad, pero sabía que quería usar algo especial, ya que ir a un club no era algo que hiciera con frecuencia.

Quizá se merecía un atuendo nuevo como premio por ser tan buena hermana, aunque no tenía toda la tarde para ir de compras. Una gran sonrisa se le dibujó en el rostro. Abrió la app de Uber, presionó el espacio de «¿A dónde vas?» y tecleó «Bergdorf Goodman».

xix

Dustin estaba pasando su día de asueto por la nevada poniéndose al corriente con su lista de películas. Dividía su tiempo entre los departamentos de sus padres: su padre era médico en el NYU Langone y vivía en el West Village con su segunda esposa, mientras que su madre vivía de forma modesta en un departamento de dos habitaciones en el Upper East Side. Su padres se divorciaron cuando él tenía cuatro años y siempre le había parecido muy molesto ir de un lado a otro. Pero, cuando entró al bachillerato, comenzó a pasar semanas enteras en cada lugar, lo que resultaba mucho más fácil.

Durante la semana nunca tenía tiempo para despatarrarse en el sillón por culpa de la tarea, y

los fines de semana su mamá siempre quería pasar «tiempo de calidad» con él. Dustin sabía que se lo pedía porque le estresaba que pronto se iría a la universidad. Por suerte, su papá era menos sentimental y le dejaba hacer lo que quisiera. Nunca se lo diría a su mamá, pero prefería el vecindario de su papá. Acababa de ver dos películas extranjeras en el Village, una doble cartelera de Jean-Luc Godard: *Pierrot le Fou* y *Alphaville*. Después fue a Corner Bistro a pie y comió una hamburguesa. Ahora intentaba decidir qué gran éxito vería a continuación. Sentía que para ser un verdadero cinéfilo había que ver tanto las grandes obras maestras del cine como las películas más comerciales.

Unos minutos después, recibió un mensaje de Steven sobre una fiesta en un club en el Meatpacking District el sábado en la noche. Dustin supuso que lo había enviado por error, ya que Steven y él no eran amigos de fines de semana. Pero después recibió otro mensaje.

STEVEN

RENTÉ LIMUSINA STOP KIMMIE

VIENE STOP

ASISTENCIA OBLIGATORIA! STOP

El mensaje le hizo sonreír; sabía que los «STOP» eran en su honor. Alguna vez, durante una sesión de estudio de Historia de Estados Unidos, le habló a Steven sobre el uso de los telegramas a inicios del siglo XX y le confesó que lamentaba haber nacido en la época de los *smartphones* y no en la de los telegramas, que le parecían mucho más efectistas. La respuesta de Steven fue: «Eres un tipo muy raro, pero me gusta. Casi logras que ser nerd sea cool. Casi». A Dustin le gustó el cumplido y lo recordaba de vez en cuando.

En su pantalla apareció una fotografía de la limusina blanca más cursi del mundo, como salida de una película de John Hughes. Los superricos eran diferentes. Podían hacer cosas como rentar limusinas antiguas de un día para otro solo porque sí. Por curiosidad, buscó la compañía de limusinas y vio que una renta por veinticuatro horas con chofer le estaba costando a Steven dos mil dólares.

Meneó la cabeza y suspiró. Había gente muriendo de hambre, guerras en todos los rincones del planeta, incontables personas que sufrían, mientras un niño de dieciocho años tiraba dos mil dólares en una estupidez como si no fuera nada. Sabía que, por principios, no debía ir, pero, al tratarse de Kimmie, las convicciones de Dustin eran como un conejo luchando contra un oso. Exhaló y respondió con una sola palabra.

DUSTIN

Sí.

STEVEN

En mi casa a las 8 para
cenar, salimos a las 9
en la limo porque hoy es

hasta morir.

Código de vestimenta: hip-hop 90.

Al leer el optimista mensaje de Steven, Dustin supo que Lolly y él habían arreglado las cosas. Suponía que la hermana de Steven había logrado salvar el día. Le daba gusto por su amigo, pero no pudo evitar pensar que Lolly debió haberlo dejado por lo que le hizo.

No sabía qué debía vestir para una fiesta así y tampoco con quién podría consultarlo. Pensó en escribirles a las chicas que había conocido en la fiesta de Fin de Año, pero le preocupaba que, si les pedía su opinión, ellas querrían saber a qué fiesta iba. ¿Y si no estaban invitadas y le preguntaban si podían ir con él? Además, ¿qué podían saber dos chicas blancas en 2019 sobre el hip-hop de los noventa? Probablemente más que él, algo de lo que no estaba orgulloso. Las manos comenzaron a sudarle. Por eso odiaba las fiestas: ¡tantas maquinaciones y preparaciones!

Le escribió a la única persona a la que sabía que podía preguntarle sin sentirse como un idiota. Su hermano mayor, Nicholas, era un gran fan del rap y la única razón por la que Dustin sabía algo del tema. También resultaba ser la persona menos confiable del planeta, lo que significaba que lo más probable era que ni siquiera le respondiera.

Se equivocó. Su hermano le escribió de inmediato preguntando por qué necesitaba saber qué ropa se usaba en la escena del hip-hop en los noventa. Dustin no sabía si contarle la verdadera razón; por un momento, contempló la posibilidad de mentirle y decir que era para un proyecto escolar o un cuento que estaba escribiendo. Tenía meses sin ver a su hermano y no se habían escrito desde que intercambiaron un par de renglones durante las fiestas. Dustin le deseó un feliz Hanukkah, y en respuesta recibió un mensaje de una línea en el que Nicholas le informaba que había renegado de todas las religiones y ya no celebraba ninguna festividad. Volvió a escribirle para desearle un feliz Año Nuevo, pero su hermano nunca le contestó.

Dustin decidió confesarle la verdad.

DUSTIN

Necesito saberlo porque voy a una fiesta de hip-hop de los 90 con una chica

NICHOLAS

Manda foto de la chica

DUSTIN

No

NICHOLAS

Dame 1 razón para ayudarte

Dustin hizo una mueca al leer el mensaje; odió a su hermano por ser tan imbécil, y se sintió culpable de inmediato. Su hermano era un adicto a la heroína en recuperación, la oveja negra de la familia, pero Dustin siempre intentaba no ser tan duro con él.

DUSTIN

Soy tu hermano

NICHOLAS

No. Inténtalo otra vez

DUSTIN

No importa. Olvídalo

NICHOLAS

Maldito sensible. Te digo a cambio de \$\$\$

DUSTIN

Cuánto?

NICHOLAS

100

Dustin sabía que era mala idea. Sus padres le habían dado órdenes estrictas de no darle dinero a Nicholas jamás. Se sentía culpable, pero también sintió que no tenía otra opción, teniendo en cuenta que Kimmie estaba de por medio.

DUSTIN

Okey

NICHOLAS

Venmo

Dustin le envió cincuenta dólares por Venmo a su hermano y esperó la respuesta que sabía que estaba por recibir.

NICHOLAS

Solo son 50

DUSTIN

El resto cuando me des la info

NICHOLAS

Cabrón! Baggy jeans de Wu
Wear,
hoodie de FUBU, Air
Jordans o unos pump

DUSTIN

Qué son pump?

NICHOLAS

Tenis shaq, búscalos en la
tienda vintage

DUSTIN

Camisa?

NICHOLAS

Una camiseta blanca
nueva, tal vez una cadena

Dustin le envió cien dólares más por Venmo.

DUSTIN

Te mandé \$50 extra.
Regálate una
buena cena en Minesota.
En Outback Steakhouse?

NICHOLAS

Vete a la mierda

DUSTIN

Gracias. Ten cuidado con
no resbalar
en el hielo

NICHOLAS

No estoy en Minesota. En
el Bronx

Para Dustin, eso era una novedad. Lo último que había sabido era que Nicholas estaba en su tercer mes de rehabilitación en Hazelden, su cuarta estadía en el mismo número de años.

NICHOLAS

Papá sí, mamá no. Estoy
limpio.
En casa de medio camino,
trabajo en
puesto de tacos

Dustin estaba impactado y no tenía idea de qué responder. Por fortuna, no tuvo que hacerlo, pues su hermano volvió a escribir.

NICHOLAS

Tengo que irme hermanito.
Hablamos

Dustin buscó tiendas de ropa *vintage* donde vendieran FUBU, encontró una que estaba cerca y salió. No podía creer que su hermano hubiera vuelto la ciudad y no le hubiera avisado. Aunque, después de pensar en ello un poco, en realidad sí le parecía totalmente creíble.

XX

Cuando llegaron a la fiesta, Kimmie sabía que se veía increíble y le alegró ver una alfombra roja en la entrada. Los fotógrafos se habían formado en una línea para esperar la llegada de los invitados. Kimmie estaba acostumbrada a que la fotografiaran en las competencias de patinaje y sabía a la perfección cómo posar: con la cabeza inclinada, el cuerpo girado, los tobillos cruzados de ser posible y la cara relajada. Mientras se movía ante el *photocall*, posando para los fotógrafos con su media sonrisa congelada, tenía una única cosa en la cabeza: cuánto tendría que esperar para verlo.

No había sabido nada de Vronsky en dos días. Hizo su mejor esfuerzo por que no le importara no tener noticias suyas en todo el día, a pesar de que le parecía que la inesperada cancelación de las clases por la nieve habría sido un momento perfecto para pasar tiempo juntos. Pero no soportó el silencio y cedió: le escribió en la mañana porque necesitaba asegurarse de que Alex iría a la fiesta. Sabía que estaba rompiendo una regla no escrita según la cual las chicas tenían que esperar a que los chicos escribieran primero, pero la espera la estaba volviendo loca. Le contó de la repentina decisión de Steven de rentar una limusina y dijo que iría con él, y también Lolly y Anna. Intentó dejar muy claro que, si quería ir con ellos, tenían espacio suficiente. Sin embargo, Vronsky no mordió el anzuelo; dijo que tenía cosas que hacer, pero que llegaría a medianoche y que Kimmie debía reservar un baile.

Fue después de esos mensajes cuando se enteró por su hermana de que Steven había invitado a Dustin a ir con ellos en la limusina, y se sintió aliviada de que Vronsky no hubiera aceptado acompañarlos. Habría sido de lo más incómodo. Sabía que algunos chicos se pondrían celosos si supieran que ella había llamado la atención de alguien de último año, pero Vronsky no era uno de esos chicos. ¿Por qué se pondría celoso cuando era un hecho que él sería el más guapo de toda la fiesta?

El paseo en limusina resultó más divertido de lo esperado. Al principio, se sintió decepcionada cuando entró al largo y cavernoso auto y vio que Anna no estaba en el grupo. Había comenzado a desarrollar una obsesión en toda regla con Anna y no sabía si le emocionaba más ver qué había decidido ponerse para la fiesta o que ella viera su atuendo. Cuando preguntó por qué no estaba en el auto, su hermano le explicó que Anna les había pedido que se fueran sin ella, pues se quedó hablando por teléfono con su novio, Alexander.

Al parecer, hubo un problema con la decisión de Anna de pasar el fin de semana en la ciudad, pues se perdería la reunión mensual para tomar el té que organizaba la media hermana de Alexander. Anna le había escrito a Eleanor para disculparse y, a pesar de que ella respondió con un «está bien», quedó claro que no estaba bien. En cuanto envió el mensaje, Eleanor llamó a Alexander a Cambridge para hacerle un escándalo sobre la cancelación de último minuto de Anna. Alexander no tuvo más opción que llamar a Anna y pedirle que lo reconsiderara. «¿Por qué no volver a Greenwich después de la fiesta en vez de quedarte en la ciudad?», le preguntó por teléfono. Anna le explicó que habría cambiado de opinión si Eleanor se lo hubiera pedido directamente, pero esas tonterías de ir a llorarle a Alexander a sus espaldas la ponían furiosa.

Cuando Steven contó la historia en la limusina, la escenificó con voces graciosas que hicieron que los cuatro se doblaran de la risa y batallaran por permanecer sentados en sus asientos. Les dolía el vientre por las carcajadas y le gritaban a Steven que se detuviera. Cuando Lolly tuvo un ataque de hipo, le advirtió a Steven que si no paraba, iba a vomitar y entonces tendría que ir a cambiarse de nuevo. Steven, que seguía en libertad condicional y sabía que ella hablaba en serio sobre el cambio de ropa, obedeció.

Cuando la limusina se detuvo frente a 1 OAK, los fotógrafos comenzaron a disparar sus cámaras de inmediato, justo como Steven había previsto. Tras una breve discusión, habían decidido que él sería el primero en salir del auto para ayudar a Lolly a bajar. Dustin saldría después, seguido de Kimmie. Era claro que ella no podía objetar, pues no tenía alternativa, pero se preguntó si daría la impresión de que Dustin y ella eran pareja, ya que solo había cuatro personas en el auto y no cinco. Decidió que, en cuanto bajara de la limusina, se aseguraría de poner distancia entre Dustin y ella para que los paparazzi no supusieran que eran pareja. Y, si les pedían una fotografía de los dos, insistiría en que su hermana y Steven posaran junto a ellos. Se sintió mal por pensar en estas cosas, pero sabía que a Dustin le gustaba y no estaba bien darle falsas esperanzas. Para empeorar las cosas, su hermana se había puesto del lado de Dustin; mientras estaban maquillándose codo a codo en el baño que compartían, no paró de decir que Dustin era un genio y que sería muy exitoso en el futuro. Esa forma de pensar no significaba nada para Kimmie. Ella estaba en segundo año y no le importaban esas cosas.

Exasperada, estalló al fin y le dijo a Lolly que no le importaba la calificación que Dustin

obtuviera en el examen de admisión a la universidad, solo lo quería como amigo y nada más. Lolly, quien sabía cuál era la verdadera razón de su falta de interés, replicó:

—Quiero que sepas que el Conde Vronsky se ha cogido a la mitad del último año de Spence.

Decidida a que su hermana no tuviera la última palabra, Kimmie respondió:

—Pues supongo que todas estarán muy celosas cuando yo sea su nueva novia, ¿no crees? —Se arrepintió de haber compartido su deseo secreto con su hermana, pero al menos Lolly volvió a arreglarse el cabello y no dijo una palabra más.

El chofer abrió la puerta trasera, y Kimmie oyó los gritos de los fotógrafos. Estaba lista para que comenzara la mejor noche de su vida.

xxi

Mientras pasaban por el control de seguridad y esperaban para registrarse, Dustin volvió a decirle a Kimmie cuán hermosa se veía. Eso la alegró, así que le devolvió el cumplido diciéndole que le encantaba su atuendo. Había buscado «estilo hip-hop 90» en Google, y Dustin estaba vestido igual a varios de los chicos en las fotografías.

—Te ves muy auténtico. Como si hubieras llegado de los noventa como en *Terminator*. — Sentía la necesidad de ser más amable de lo habitual con Dustin, pues estaba segura de que le resultaría doloroso verla bailar con Vronsky toda la noche.

—De hecho, en las películas originales, Schwarzenegger llegaba desnudo desde el futuro. —Se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca. ¿Por qué estaba hablando de Arnold Schwarzenegger desnudo? Intentó recuperar la compostura añadiendo a toda prisa—: Todo el asunto de la desnudez fue una estrategia cómica, algo que el director usó para aligerar un poco el tono tan serio de la película. —Se arrepintió entonces de sonar como un geek del cine—. Oye, ¿bailarás conmigo? Cuando entremos, si algún día logramos entrar.

—Me sorprende que te guste bailar —dijo Kimmie con cierta brusquedad—. Perdón, eso sonó raro. Supongo que, al pensar en genios, bailar no es lo que me viene a la mente.

—Pues es obvio que no soy un genio, porque de verdad quiero bailar contigo.

En ese momento Dustin comprendió por qué la cocaína era tan adictiva: le permitía decir todo lo que pensaba sin preocuparse por ello. Había sido reacio a probarla más temprano, pero Steven lo convenció de que una línea o dos era justo lo que necesitaba para relajarse un poco. Dustin se sintió muy tonto por ceder a la presión social, pero la expectativa de ver a Kimmie le había hecho pasar todo el día con una ansiedad descontrolada y, para cuando llegó a casa de Steven, estaba desesperado por sentir cualquier otra cosa. Ahora se sentía mucho más optimista con respecto a sus posibilidades con Kimmie esa noche, aunque también sospechaba que eso se debía a las drogas.

Kimmie accedió a bailar con él, y de verdad quería. Le encantaba bailar y no deseaba ser una de esas chicas que solo bailan con sus amigas en un círculo. Siempre le daban lástima. También pensó que sería bueno que Vronsky llegara y la viera divirtiéndose, y así no pensaría que había estado sentada esperándolo.

Cuando al fin entraron al club, la pista de baile estaba repleta y un remix de «Flava in ya ear»,

de Craig Mack, hacía que las bocinas retumbaran. El bar para adolescentes servía cocteles sin alcohol patrocinados por Red Bull, pero parecía que todos los chicos en el lugar tenían una anforita o un vaporizador. Las filas para el baño eran largas, lo que delataba a quienes tenían gustos un poco más intensos. Steven le preguntó a Dustin si quería acompañarlo al baño de hombres, pero él negó con un movimiento de la cabeza. Su misión de bailar con Kimmie ya estaba en acción y sentía que no necesitaba más ayuda química. Vio a Steven tomar a Lolly de la mano y llevársela; cuando se dio vuelta, se encontró con Kimmie, que traía dos *jelly shots* en las manos.

—¿Rojo o verde? —le gritó por encima de la música.

Dustin estaba a punto de responder que tomaría el que ella no quisiera, pero se recordó que a las mujeres les gustaban los hombres asertivos.

—Verde, sin duda verde. —Tomó el pequeño vaso de plástico y se lo tragó—. ¿Qué tienen?

Kimmie rio y se encogió de hombros.

—¡Ni idea! Un tipo me los ofreció —respondió y devoró el trago rojo.

Estaba un poco nerviosa y solo Dios sabía qué contenían los tragos, pero desde que había llegado a la fiesta su ansiedad había aumentado y necesitaba algo para recuperar el equilibrio. Había tanta gente ahí que se preguntaba cómo la encontraría Vronsky.

Tomó a Dustin de la mano y lo llevó a la pista. Al poco rato ya estaban en el centro de la acción, moviéndose y saltando al ritmo de «Vivrant thing», de Q-Tip. A la mitad de la canción, Dustin vio a Vronsky a unos seis metros, parado junto a la pista de baile y bebiendo de una anforita plateada. Lo reconoció gracias a la búsqueda en Google que hizo en cuanto Steven mencionó su nombre. Sabía que era atractivo, pero no estaba preparado para ver cuánto. Lo único que le hacía sentir mejor era la enorme cantidad de fotografías que había encontrado de Vronsky con diferentes chicas hermosas. Le resultaba comprensible que Kimmie le interesara, pues a Dustin le parecía mucho más hermosa que cualquiera de las chicas con las que lo había visto, pero esperaba que el Conde fuera alguien que nunca sentara cabeza con una sola mujer.

Al verlo, pensó en apartar a Kimmie de su vista, pero ya era demasiado tarde. Vronsky ya lo había visto e incluso levantó su anforita como si hiciera un brindis cuando su mirada se cruzó con la de Dustin. Él contuvo la respiración con la esperanza de que su rival no se les acercara, y se sintió aliviado al ver que no parecía tener interés en hacerlo. Estaba demasiado ocupado buscando a alguien más entre la multitud.

Tras bailar «Who you wit», de Jay-Z, y «Chief Rocka», de Lords of the Undergroud, Kimmie quiso averiguar si Anna ya había llegado y le hizo un gesto a Dustin para que la siguiera. Para asegurarse de no perderla entre el mar de gente, buscó su mano, feliz de que ella le dejara tomarla mientras zigzagueaban entre la multitud de fiesteros de camino hacia la barra principal.

—Eres muy buena bailarina, Kimmie —le murmuró, acercándose a su cabello, cuando tuvieron que detenerse ante un grupo de gente que miraba a un tipo sin camisa haciendo *pop n' lock* en la pista de baile frente a ellos. Kimmie sonrió y asintió, pero no respondió y siguió observando al chico, que ahora hacía el robot. Sin querer desperdiciar su oportunidad de estar a solas con Kimmie, Dustin continuó—: Ahora que sabes que me gusta bailar en secreto, entenderás que haya estado pensando mucho en mi baile de graduación. Faltan algunos meses, pero me

preguntaba si querías ir conmigo... como amigos o lo que sea...

A decir verdad, estaba prendado de Kimmie y no había nada que anhelara más que salir con ella de forma oficial, pero lo que en realidad quería era que fuera su pareja en el baile. Si aceptaba ir con él como amigos, estaba bien. Pasaría los siguientes meses acercándose a ella con la idea de que, para cuando llegara el baile, ella también estaría enamorada de él.

Kimmie se dio vuelta para mirarlo de frente, con las mejillas un poco rojas por el baile.

—Dustin, me caes bien, muy bien. Pero hay algo que tienes que saber: estoy... estoy enamorada de alguien más. Y te juro que iría al baile contigo, y es muy lindo de tu parte que me hayas invitado, pero no puedo. No creo que al chico que me gusta le encante que vaya al baile con alguien más, ¿sabes?

A Dustin le impresionó su honestidad, lo que hizo que, de cierta forma, la amara aún más a pesar de lo que le estaba diciendo. ¿Qué podía hacer, además de asentir y fingir indiferencia? Aunque estaba devastado, se las arregló para responder:

—Lo entiendo perfectamente. Todo bien. Pensé, ya sabes, que tenía que preguntar.

Por suerte, comenzaron a avanzar otra vez y siguieron caminando entre la multitud que gritaba y celebraba al bailarín, pero ya sin ir tomados de la mano.

Cuando Kimmie llegó a la barra y se dio vuelta, vio que Dustin ya no estaba detrás suyo. Su ausencia la entristeció por un instante, pero sabía que había hecho lo correcto al decirle sin rodeos lo que había entre Vronsky y ella. Se subió a un banco para poder ver todo el lugar desde arriba. Fue entonces cuando vio a Anna hablando con Steven y Lolly del otro lado del club. Por lo que podía ver, Anna traía puesto un corto y sexy vestido negro; se veía tan increíble que Kimmie se reprochó haber pensado que Anna debía ponerse algo color lavanda.

Llamó la atención del cantinero; necesitaba un Red Bull para ser capaz de emprender el camino de vuelta a través de la pista de baile.

xxii

Después de darle un trago a la anforita de su hermano, Anna se sintió mejor. Al tragar, el vodka le quemó la garganta, pero necesitaba superar su frustración y relajarse un poco para disfrutar la noche. Podía contar con los dedos de la mano las peleas que había tenido con Alexander en sus tres años de relación. Pero eso había sido antes de aquella noche. No había buscado discutir con él, pero la conversación entera le pareció exasperante. Cuando él le exigió que le explicara por qué estaba siendo tan egoísta, pasó de ser una conversación tranquila a una pelea.

—Odias la ciudad. ¿Por qué insistes en quedarte?

—En primer lugar, no odio la ciudad. En segundo lugar, es una estúpida reunión para tomar el té. ¿Por qué no vas tú a tomar té con Eleanor y sus irritantes y dizque piadosas amigas, a ver si a ti te gusta?

Anna estaba tan sorprendida como Alexander por su estallido y sintió la necesidad de disculparse de inmediato. Se arrepentía de haber gritado, pero no de lo que dijo. Era algo que tenía tiempo sintiendo y no había tenido las agallas para expresar. Eleanor no era mala persona, pero se transformaba en una chillona insoportable y arrogante si las cosas no se hacían tal y como

ella quería.

Alexander no gritó en respuesta; él no era así. Solo dijo que lo discutirían más tarde, cuando ella volviera a casa después de la fiesta.

—Alexander, la fiesta ni siquiera se va a poner bien hasta después de medianoche —dijo Anna tal vez un tanto imprudente—. Saldré hasta tarde, no me esperes. Te llamo en la mañana.

Él iba a responderle, pero Anna lo interrumpió diciéndole que se tenía que ir y colgó el teléfono. Toda la situación le provocó un poco de náuseas, pero también fue estimulante. Le molestaba haberse perdido el paseo en la limusina, pero descubrió que el viaje en solitario en Uber era justo lo que necesitaba: un poco de tiempo para sí misma.

Cuando llegó a la fiesta, se encontró a unas cuantas personas a las que había conocido durante las seis semanas de verano que pasó en Juilliard; una de ellas era la chelista del cuarteto de cuerdas en el que solía tocar. Anna tocaba el violín desde los cinco años y, tras diez años de lecciones y ensayos diarios, era una intérprete consumada. Había llamado la atención de muchos de sus maestros, quienes hablaban maravillas de su técnica, aunque les preocupaba la falta de emoción que mostraba en sus recitales. Esos comentarios siempre la irritaban, pues nunca tuvo muy claro a qué se referían cuando le pedían que «sintiera la música». Cuando era más chica, le gustaba tocar porque disfrutaba los halagos y porque eso hacía feliz a su padre, pero conforme fue creciendo se le hizo más difícil entender si le gustaba porque era buena para ello o porque le gustaba de verdad.

Todo terminó de golpe el verano después de su segundo año, cuando recibió una invitación para participar en una pequeña gira europea con el cuarteto. Todo el mundo suponía que estaría emocionada por ir, pero no lo estaba. De hecho, fue Alexander quien la presionó para que hablara con su padre sobre lo que sentía, y, aunque ella insistió en que los «sentimientos» no eran un tema de conversación en los hogares coreanos o de anglosajones millonarios, por fin reunió el valor para hacerlo. La respuesta de su padre fue tan pragmática como de costumbre: le dijo que lo que tenía que hacer era practicar el doble para tomar una decisión fundada. Al inicio del verano, recibió clases intensivas privadas con un maestro de fama mundial de Kiev durante seis semanas y logró tocar con mucha más emoción. Por desgracia, esa emoción se debía a la profunda empatía que sentía por todas las chicas coreanas a las que obligaban a seguir tocando el violín, mientras que a ella su padre le dio permiso para dejarlo. La versión oficial de la familia fue que Anna extrañaría demasiado a sus caballos y a sus perros durante la gira.

En la alfombra roja, la chelista le dijo que había tocado en Suecia en Navidad, y Anna se sintió aliviada cuando eso no le dio ni un ápice de envidia. Posaron ante el *photocall* en grupo, pero a Anna le dio gusto cuando los fotógrafos se dirigieron a ella y le pidieron que diera un paso al frente llamándola por su nombre. Una vez que descubrieron quién era su madre, se produjo una pequeña conmoción y, aunque Anna sabía que esa atención era una estupidez, no dejaba de parecerle emocionante.

Mientras esperaba para registrarse en la fiesta y las demás chicas estaban ocupadas tomándose *selfies*, Anna miró a su alrededor para ver si encontraba a alguien más a quien conociera. Ahí, unas diez personas por delante de ella en la fila, lo vio. Estaba con un grupo enorme de chicos y con Beatrice, la chica más popular de su escuela. Beatrice y Anna habían sido más cercanas en la

secundaria, pero cuando empezó a montar diario dejó de tener mucho tiempo para socializar, sobre todo con Beatrice, quien se dedicaba en cuerpo y alma a la fiesta. Siempre era linda y siempre se aseguraba de invitarla a todas sus fiestas, pero Anna solo había asistido a unas cuantas en los últimos años.

No pudo evitar sentir una pequeña punzada de envidia al ver que Vronksy rodeaba a Beatrice con el brazo y fingía hacerle una llave de cabeza, un gesto fraternal del que Anna había sido víctima cientos de veces con Steven. Entonces lo recordó: Beatrice tenía dos primos y era bastante cercana con uno de ellos. Ese primo era Alexia. Claro, ¡ahora todo tenía sentido! El padre de Beatrice era el hermano mayor de Geneviève R. Anna observó con un poco de anhelo cómo el grupo de Vronsky entraba al club. Parecía que ya se estaban divirtiendo una enormidad.

Anna no tardó mucho en encontrar a su hermano. Sabía cómo le gustaba divertirse, así que se instaló afuera de los baños y él salió poco después. Ella había experimentado con unas pocas drogas de vez en cuando, pero Alexander tenía una firme postura antidrogas (salvo por su querido Adderall), y a Anna le parecía demasiado problema intentar ocultarle esas cosas. Además, prefería tener la mente despejada, y la gente que tomaba hasta casi perder la consciencia le resultaba algo patética.

Después de su primer trago, decidió que quería más.

—Hermano querido —dijo Anna con el tono de papa en la boca que usaba para imitar la forma de hablar de su madre—, ¿serías tan amable de traerme un trago de verdad? ¿Algo delicioso y digno de mi apellido?

A Steven, que siempre le encantaba embriagar a alguien más, le gustó ver el lado divertido de su hermana, el cual rara vez salía a la luz. Hizo una exagerada reverencia como de mayordomo, aceptó el reto y dijo que volvería a la brevedad. Anna se quedó junto a Lolly, y juntas señalaron los atuendos que les gustaban y los que odiaban. Kimmie llegó unos minutos después —se veía increíble— y Anna la saludó con un caluroso abrazo. Las dos dieron vueltas y gritaron «¡Te ves increíble!», «¡No, tú!», «¡Tú!», durante un buen rato hasta que Steven volvió con tres vasos. Anna tomó uno y bebió la mitad de golpe.

—¡Iagh! ¿Qué es esto? —gritó con una mueca.

—¡Vodka y Red Bull sin azúcar! —gritó Steven por encima de la música.

Le dio el segundo vaso a Lolly y le cedió el suyo a Kimmie, mientras le decía que los caballeros no habían muerto. Anna se terminó el trago, a pesar de que le pareció asqueroso, y Beatrice, vestida toda en Yves Saint Laurent, apareció a su lado unos segundos después. Las chicas se abrazaron y repitieron el mismo ritual de «tú-te-ves-mejor-que-yo» que Anna había hecho con Kimmie unos minutos antes.

Cuando Beatrice la invitó a bailar con sus amigas y ella, Anna se negó.

—No soy bailarina. Prefiero quedarme por aquí. —Sin embargo, en cuanto lo dijo, vio a Vronsky caminando hacia ellos. Desesperada por no estar ahí cuando Vronsky invitara a Kimmie a bailar, tomó a Beatrice de la mano—. ¡Qué más da! Es una fiesta para bailar, ¡hagámoslo!

Se llevó a Bea justo cuando Vronsky llegó y apenas si volteó para verlo al pasar. Kimmie notó el extraño comportamiento de Anna, pero lo olvidó enseguida. Vronsky se estaba acercando para darle besos en las mejillas y susurrarle al oído lo increíble que se veía. Luego saludó a Lolly y a

Steven, quienes también decidieron que era momento de bailar. Hubo un silencio incómodo, y Kimmie contuvo la respiración, pues parecía que Vronsky no la iba a invitar a bailar. Toda la noche pasó frente a sus ojos, pero entonces él sonrió.

—Vamos. ¿Tú y yo? —dijo.

Kimmie asintió con alegría y lo tomó de la mano.

Cerca de la salida, Dustin observaba toda la escena. Cuando oyó a Kimmie expresar su amor por alguien más, diez minutos antes, se sintió mareado, se alejó de ella y se dirigió al baño, donde se mojó la cara. Intentó convencerse de que no se sentía bien a causa de las drogas, pero sabía que no era así. Cuando se miró en el espejo, se fijó en sus propios ojos. Sabía que tenía que hacerse el valiente, volver a salir y unirse a la fiesta, pero no se sentía capaz. Jamás habría ido a una fiesta así de no ser por Kimmie. Ahora que su sueño de estar con ella se había terminado, ¿qué caso tenía quedarse?

Se dirigía hacia ellos para despedirse cuando vio que Vronsky se acercaba al grupo. Como todo un masoquista, Dustin se detuvo para mirar. No era que no creyera que Kimmie fuera digna de Vronsky. Pero un tipo como el Conde seguro que llamaba la atención de todas las chicas del mundo. ¿Por qué Kimmie, entonces? Desde el lugar en el que estaba, podía ver la cara de Vronsky mientras caminaba hacia Kimmie y los demás. Reconoció la expresión en los ojos de su rival, la misma que había visto en sus propios ojos las últimas seis semanas. Vronsky era un hombre enamorado, lo que significaba que todo había terminado para Dustin. Su derrota quedó confirmada menos de un minuto después, cuando vio que Kimmie tomaba a Vronsky de la mano con el rostro iluminado por el éxtasis.

En ese momento, el corazón de Dustin se endureció y él decidió que era hora de irse.

xxiii

Kimmie saltaba con el Conde Vronsky al ritmo de «O.P.P.», de Naughty by Nature. Cuando Vronsky le explicó a qué se referían las «P» de O.P.P., Kimmie pensó que habría preferido una canción distinta, una que no fuera sobre querer las partes íntimas de otras personas. Pero le sacó todo el jugo a la situación e intentó concentrarse en lo positivo. Le gustaba que Vronsky no se hubiera disfrazado con el tema de la fiesta y trajera puestos unos pantalones negros muy ajustados, una camisa de Gucci y una chamarra que parecía bastante costosa. El único indicio del hip-hop de los noventa era una gruesa cadena de oro con un gigantesco reloj, también de oro, que le colgaba del cuello.

Era la segunda vez que bailaban juntos; la primera había sido una semana antes, cuando salieron por un postre en su tercera cita y él tuvo que pasar a Le Bain a ver a uno de sus amigos. Solo se quedaron en el club media hora, pero, al salir del área VIP tras ver al amigo de Vronsky, se detuvieron a bailar unas cuantas canciones. Kimmie sospechó que Vronsky se estaba enamorando de ella porque recorría todo su cuerpo con las manos mientras bailaban.

Estaban entre la multitud en la pista de baile, junto a Lolly y Steven, pero Kimmie comenzó a moverse despacio hacia la derecha, pues quería quedarse a solas con Vronsky. Seguía esperando que la jalara hacia él como había hecho antes, pero, por alguna razón, no lo hizo. Parecía distante,

y Kimmie no sabía qué sucedía.

—¿Estás bien? —le preguntó después de un rato. Odiaba tener que gritar por encima del escándalo.

Él meneó la cabeza y se disculpó. Le dijo que hacía dos días había salido toda la noche con su prima Bea y había repetido la hazaña la noche anterior con su hermano Kiril, quien había vuelto a casa de la universidad. Cuando despertó, hacía un par de horas, descubrió que había pasado todo el día dormido.

Kimmie forzó una sonrisa y asintió, pero no pudo evitar preguntarse qué habían estado haciendo su hermano y él toda la noche y con quién lo habían hecho. Además, no podía imaginarse pasar todo un día dormida. Cuando la canción terminó, esperó que la siguiente fuera mejor, y lo fue: Foxy Brown ft. Blackstreet, «Get Me Home».

—¡Me encanta esta canción! —mintió Kimmie, intentando parecer cool.

Vronsky asintió, la tomó de la mano y la llevó de vuelta con Lolly y Steven, quienes habían dejado de bailar y solo estaban besuqueándose.

—Gracias por el baile, Kimmie. Búscame antes de irte. —Con eso se dio vuelta y se abrió paso entre el mar de gente.

Kimmie estaba perpleja. Todo había pasado tan deprisa que no tuvo tiempo para ocultar lo que sentía. Los ojos se le llenaron de cálidas lágrimas, y ella se las secó con el dorso de la mano con gesto furioso. Miró a Lolly, quien no se percató de nada, y sintió un poco de alivio por que al menos no hubiera testigos de su humillación. ¿Un tonto baile durante el cual apenas la había mirado? ¿Para eso había estado esperando toda la semana? ¡¿QUÉ CARAJOS?!

Sabía que tenía que calmarse si no quería arruinar su maquillaje o, mejor aún, encontrar una forma de olvidar lo que había pasado. Se dirigió hacia Steven y lo jaló de la estúpida sudadera que tenía puesta.

—Quiero divertirme —dijo—. ¿Qué tienes? —Steven miró a Lolly para saber qué pensaba ella—. No la veas a ella, no es mi jefa.

Lolly se encogió de hombros; en ese momento, no quería lidiar con su hermana.

—Sí, como quieras. Pero, si se te cae al retrete, no vengas llorando para que te dé más.

Puso algo en las manos de Kimmie y señaló los baños con la cabeza. Ella asintió y comenzó a avanzar entre la multitud, pasando junto a Anna, quien seguía bailando en un círculo de chicas que incluía a la prima de Vronsky, Bea.

Mientras esperaba en la fila del baño, miró a su alrededor, buscando a Dustin. Pensó en enviarle un mensaje, pero sabía que no podía hacerlo, no después de haberlo depositado en la *friendzone* y decirle que estaba enamorada de alguien más. El que hubiera expresado lo que sentía de forma tan abierta y haber sido tan ingenua como para usar la palabra «enamorada» hizo que quisiera llorar. Pero se contuvo. Mantuvo la compostura y, paciente, esperó su turno para entrar al baño y descubrir con qué la había bendecido Steven.

Aun si le hubiera escrito a Dustin, él no habría recibido el mensaje. En ese momento estaba en un vagón del metro en dirección al Bronx para ver a su hermano. Después de salir del club y caminar sin rumbo unas cuantas cuadras, le escribió a Nicholas y le pidió su dirección. Cuando su hermano le preguntó para qué, él tan solo respondió:

Porque estoy yendo al
metro y vamos a
divertirnos juntos

Dustin solo tuvo que esperar un instante para recibir la ubicación de su hermano.

Salvo por las visitas al zoológico cuando era pequeño, Dustin nunca había ido al Bronx. No sabía en qué tipo de vecindario vivía su hermano ni si era seguro ir a esas horas de la noche.

Pensó en si debía decirle a Kimmie que se había ido, pero decidió no hacerlo. Ella era una chica inteligente que debía de saber lo que estaba haciendo, y lo que hizo fue destrozarse todas sus esperanzas. Era evidente que tenía que renunciar a su sueño, porque él también era inteligente y sabía cuándo alejarse. El único problema que tenía ahora era averiguar cómo apagar sus sentimientos como si tuviera un interruptor. Se preguntó cuánto tiempo le tomaría superar algo que en realidad no había sucedido. Esperaba que Nicholas tuviera la respuesta.

xxiv

Anna no había pasado mucho tiempo en clubes, pues no eran el ambiente de su novio. Si bien había ido a unos cuantos bar mitzvás sofisticados y fiestas de dieciséis como en la que estaba, por lo general se quedaba en el área VIP, donde se sentaba a observar lo que ocurría. Le sorprendía lo mucho que se estaba divirtiendo con Beatrice y sus amigas. Le gustaba ser parte de algo más grande que ella misma, como si las vibraciones de la música fueran el latido de un organismo más grande y ella fuera solo una de sus células. Empezaba a sudar y estaba segura de que su cabello estaba hecho un desastre, pero era genial que no le importara.

Cuando sintió que alguien se acercaba a ella por detrás y comenzaba a bailar un poco demasiado pegado a ella, lo dejó pasar unos segundos antes de darse vuelta y confirmar sus sospechas. Era Alexia. Se le escapó una sonrisa antes de poder disimularla; sin decir una palabra, Vronsky le puso una mano en la espalda y la jaló hacia él. Anna lo dejó. Olía increíble, como aquella vez que caminó por Muir Woods en un viaje a San Francisco con sus padres y afirmó que nunca había olido un aire tan limpio y puro. «¿Así se supone que huelan el aire?», preguntó entonces. Sus padres rieron en respuesta. La pregunta se repitió en su mente. «¿Así se supone que huelan los chicos?». Cerró los ojos y siguió bailando; era como si no tuviera otra opción.

Perdió la cuenta de cuántas canciones bailaron juntos, cada una comenzaba a fundirse con la siguiente. No supo cuándo se fueron Beatrice y sus amigas, solo se dio cuenta en algún momento de que estaban solos. Aún no se habían dicho una palabra, pero no había ninguna que pudiera expresar lo que estaba ocurriendo entre ellos. Los dos estaban sudando, pero no lo notaron o no les importó. A veces, las dos manos de Vronsky estaban sobre la espalda de Anna y, a veces, ella pasaba los dedos por su cabello dorado. En ocasiones, él le daba vuelta, la abrazaba por detrás y apoyaba el rostro en su nuca, envolviendo su cintura con los brazos. Se movían juntos al ritmo de la música. Solo podían aguantar así unos momentos, hasta que uno de los dos se alejaba un poco;

pero eso tampoco duraba. Cualquier distancia parecía demasiada, y enseguida estaban pegados el uno al otro y mirándose a los ojos de nuevo. Anna estaba desesperada por besarlo, por que él la besara, pero sabía que esa era la línea que no podía cruzar. Así que presionaba el rostro contra su cuello e inhalaba su aroma.

Si alguien los hubiera visto bailando juntos, habría visto solo a dos adolescentes hermosos divirtiéndose en la pista de baile. Había cientos a su alrededor, con distintos niveles de intoxicación, y a nadie le importaba. Lo que les preocupaba era pasarla bien, bailar con sus amigos y esperar la siguiente canción.

Lolly se los señaló a Steven, pero estaban muy borrachos, así que ver a Anna bailando con Vronsky no significaba nada. Si a Lolly le preguntaran al respecto al día siguiente, no podría decir con precisión qué había visto, pues, si bien parecía que estaban bailando un poco demasiado pegados durante demasiado tiempo, lo único que sintió al verlos fue felicidad. Steven también estaba encantado, pero no porque Anna estuviera bailando con Vronsky, sino porque ella se veía más feliz de lo que se había visto en mucho tiempo. Eso era lo único importante, lo único que Steven quería en una noche de fiesta: que toda la gente a la que quería disfrutara de la buena vida y mandara todo lo demás al diablo por una noche, como hacía él.

Mientras eso sucedía, Kimmie también se estaba divirtiendo: conoció a unas cuantas chicas geniales en la fila del baño y, utilizando todas las habilidades que había adquirido en sus años como patinadora competitiva, reprimió sus emociones, puso cara de póquer y decidió meterse en el personaje. Una buena interpretación depende de la dedicación, y esa noche Kimmie se dedicaría en cuerpo y alma a actuar como quien el mundo pensaba que era: el tercer lugar en la lista secreta. Y era evidente que estaba funcionando: un grupo de más chicas sexys se fijó en ella y le preguntaron si traía drogas. Kimmie asintió y estuvo feliz de compartir su tesoro. Y, así, cuatro pares de tacones de diseñador alrededor de un sucio cubículo de baño circularon un frasquito de cocaína. El trío de chicas estudiaba en Nightingale y, gracias a ellas, Kimmie se recuperó por completo del desaire de Vronsky en la pista de baile.

Cuando se enteraron de que era la hermana menor de Lolly, la misma Lolly que era novia de Steven K, quedaron megaimpressionadas. Solo una de ellas había conseguido una invitación a la fiesta de Fin de Año, y ella y Kimmie se turnaron para contarles a las otras dos sobre el evento. Cuando ya estaba muy drogada, Kimmie les contó sobre la primera vez que tomó Molly en la tina de la mamá de Steven. Todas gritaron con deleite al oír la historia. Un minuto después, las cuatro chicas estaban en la pista.

Kimmie se dio cuenta de que estaba equivocada respecto a bailar en un grupo de chicas. Era mucho más divertido que bailar con un chico: tenía la libertad para disfrutar de la música sin preocuparse por si conocía la canción o no, o si el cabello se le había manchado de lápiz labial. Enseguida establecieron una rutina en la que bailaban durante cinco canciones y luego regresaban al cubículo para discapacitados del baño de mujeres.

Cuando Kimmie miró su teléfono eran más de las tres de la mañana. No podía creerlo. Decidió que era momento de reportarse con su hermana; el frasquito de cocaína se había terminado, y sus nuevas amigas comenzaban a murmurar que era momento de irse. (La coca es mejor en grupo, pero el bajón se sufre mejor a solas). Encontró a Lolly sentada en la barra principal, publicando

fotografías de la noche en Instagram. Se abrazaron al verse y se tomaron una inusual *selfie* de hermanas entre risas, a sabiendas de que su renovado amor de hermanas no era más que el producto de las drogas.

Lolly dijo que Steven quería comer algo, así que el plan era buscar una cafetería. Kimmie dijo que no tenía hambre, pero con gusto los acompañaría. Comenzó a contarle a su hermana sobre las amigas que había hecho, y ella dijo que le daba gusto que hubiera logrado divertirse a pesar de todo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kimmie—. ¿A pesar de qué?

Distraída, Lolly entrecerró los ojos para mirar su teléfono.

—Ay, pensé que te habías ido por él.

—¿Él? ¿A quién te refieres? —preguntó Kimmie más que confundida—. Lolly, concéntrate.

Lolly apartó los ojos del teléfono un tanto irritada.

—Kimmie, si así te pones con unos llegues, no sé si me encanta.

—Perdón, es que no sé de quién estás hablando. ¿Pasó algo con Dustin?

—¿Dustin? —Ahora le tocaba a Lolly ser la que estaba confundida—. Caray, no lo hemos visto desde que llegamos. Creo que se fue hace horas. Me refería a Vronsky.

Lolly señaló la pista de baile. Kimmie se dio media vuelta y los encontró de inmediato: Anna y Vronsky bailaban juntos en el centro de la pista; no había ni un solo milímetro entre ellos. Parecía que los dos tenían los ojos cerrados.

Se mareó, pero no podía quitarles los ojos de encima. Bailaban juntos como si fueran las únicas dos personas en el club, inconscientes de todo lo que había a su alrededor. Pero había algo más: era como si hubiera una atracción magnética entre ellos, como si fuera imposible separarlos. Logró desviar la mirada solo cuando sintió el calor de las lágrimas que le caían por las mejillas. Tomó una servilleta de la barra, le dijo a Lolly que tenía que hacer pipí y se echó a correr hacia el baño. En el mismo cubículo en el que se había divertido tanto, sacó todo lo que traía adentro y lloró y lloró.

Lolly fue a buscarla después y le dijo a través de la puerta que era hora de irse. Kimmie no podía soportar ver a nadie. Encontraría cómo llegar a casa por su cuenta. Su hermana golpeó la puerta y se negó. Ya era demasiado tarde para eso. «Identifica toda tu basura, júntala y guárdala en una mochila, toda la basura en el mismo sitio», le aconsejó a Kimmie, y también le dijo que tenía que verlos en la salida en diez minutos. Mientras se alejaba, le gritó con furia que lo que acababa de decirle era una cita de *Rick y Morty*. Eso solo le echó sal a las heridas de Kimmie, quien gritó en respuesta:

—¡Te odio!

Pero sus palabras se perdieron en los sonidos de las arcadas de alguien que estaba vomitando en el cubículo contiguo.

Lolly golpeó la puerta de nuevo quince minutos después, completamente en cólera, y Kimmie vio que no estaba sola. Al mirar por debajo del cubículo, reconoció las botas de Anna. Aunque sabía que se veía fatal, abrió la puerta. Tanto Lolly como Anna quedaron impactadas por su apariencia, pero no dijeron nada cuando Kimmie las apartó del camino. Las oyó susurrando algo a sus espaldas y volteó a verlas.

—Si nos vamos a ir, ¡vámonos, carajo! —siseó, y salió del baño sin importarle lo que ellas, o cualquier otra persona, pensarán de ella.

XXV

Anna, por supuesto, supo de inmediato qué había ocurrido al ver la cara de Kimmie llena de lágrimas, y su responsabilidad en el asunto la golpeó intensa y rápidamente. Le sorprendió ver que eran casi las cuatro de la mañana, lo que significaba que llevaba varias horas bailando con Vronsky. El tiempo se le había pasado tan deprisa que, si alguien le hubiera dicho que habían sido solo diez minutos, le habría creído.

En un intento por disimular el comportamiento de su hermana, Lolly responsabilizó de la situación al hecho de que Kimmie había probado la cocaína por primera vez y seguro estaba pasando por un horrible bajón. Anna no corrigió la suposición de Lolly; en vez de eso, le dijo que había decidido no volver a casa con ellos: se quedaría con Beatrice hasta que la fiesta terminara y luego tomaría el tren de las 5:45 a. m. de regreso a Greenwich. Le pidió a Lolly que les dijera adiós a Steven y Kimmie de su parte. Lolly asintió y se fue, secretamente feliz porque Steven y ella tendrían todo el departamento para ellos solos, pues los padres de Steven pasarían todo el fin de semana en Greenwich para asistir a un evento de caridad en el *country club*. Steven le había susurrado algo sobre «bautizar» todas las habitaciones de la casa, y Lolly estaba más que dispuesta.

Anna pasó unos cuantos minutos frente al espejo. El sudor le había quitado todo el maquillaje, y su rizado noventero estaba todo alborotado; sin embargo, cuando miraba su reflejo en el espejo, la chica que le devolvía la mirada no parecía hecha un desastre. Si acaso, Anna se veía más viva y vibrante de lo que se había visto en mucho tiempo. Recordó que básicamente había pasado varias horas haciendo cardio, así que supuso que esa sería la razón. Pero, incluso mientras lo pensaba, sabía que esa no era toda la verdad. Esa mirada en sus ojos era especial, diferente.

Perdió un poco más de tiempo en el baño, esperando que los demás se fueran. Lo último que quería era tener que volver a encontrarse con Kimmie y ver el dolor y la traición en su rostro. Para cuando salió del baño, Steven, Lolly y Kimmie se habían ido, y la fiesta comenzaba a decaer. Encontró a Vronsky conversando con Jaylen, la cumpleañera, junto a su padre y sus amigos famosos. Lo observó por un momento, maravillada por lo cómodo que estaba, siendo él mismo con total confianza, sin importar con quién estuviera. Él la vio y le tendió una mano para invitarla a acercarse. Anna tomó su mano y se sentó junto a él en el sofá.

El DJ anunció que tocaría las últimas canciones de la noche. Vronsky miró a Anna; ella asintió. Nunca había cerrado un bar, mucho menos un club, así que estaba entusiasmada por hacerlo. Además, no estaba ni un poco cansada.

La pista de baile volvió a la vida conforme los trasnochados la comenzaban a llenar. Todos mostraban sus mejores movimientos para los demás, bailando en grupo. Vronsky le susurró a Anna que ver a todas esas leyendas del basquetbol bailar «Rump Shaker» era algo que recordaría por siempre. Cuando empezó a sonar la última canción, todos gritaron y levantaron las manos; era «Now that we found love», de Heavy D & The Boyz. Vronsky jaló a Anna hacia sus brazos y la

abrazó con fuerza. Se sabía toda la letra, lo que a ella la hizo reír, y cuando comenzó el coro le puso atención de verdad por primera vez: «*Now that we found love, what are we gonna do... with it?*». Es decir, «Ahora que encontramos el amor, ¿qué vamos a hacer... con él?». No había una canción más perfecta para ellos.

Cuando terminó, fueron al guardarropa tomados de la mano. Anna, quien seguía sin poder olvidar la cara de Kimmie, se tornó sombría. Vronsky le preguntó qué ocurría.

—Estoy triste porque se acabó la noche —le respondió.

Él asintió.

—No tiene por qué terminarse. Podemos ir a comer hot cakes.

Anna negó con la cabeza y bajó la voz.

—No podemos. Ni siquiera creo que deberíamos irnos juntos.

Vronsky frunció el ceño y dijo que de ninguna manera la dejaría irse sola a casa a esa hora. Fue entonces cuando ella le dijo que no iba a volver a su departamento en Nueva York, sino que regresaría a Greenwich en el primer tren del día. Vronsky parecía confundido, pero no la cuestionó. En cambio, le dijo que tenía que ir al baño y le pidió que lo esperara. Anna dijo que sí y lo vio alejarse, sabiendo que, para cuando volviera, ella ya no estaría ahí.

Una hora después, todos los rastros de la versión sexy y fiestera de Anna habían desaparecido, salvo el brillo en sus ojos. Había planeado tomar un auto de vuelta a Greenwich al salir del club, pero, en vez de eso, empezó a caminar. Su padre se habría vuelto loco si hubiera sabido que estaba caminando sola en la oscuridad, pero, a las cinco de la mañana, las calles estaban vacías. Nunca había vivido la ciudad así, y el silencio hacía que le resultara hermosa. Envuelta en un abrigo de cachemira de Loro Piana, abordó el primer tren de la mañana, que también estaba casi vacío. Eligió un asiento junto a la ventana, subió los pies al asiento de enfrente y bostezó. Cuando el tren salió del túnel hacia la luz de la mañana, ella sintió un dejo de tristeza. Tomó su teléfono, el cual había ignorado durante toda la noche, y vio que tenía varias llamadas perdidas de Alexander y dos mensajes de voz que la devolvieron de inmediato a la realidad. Escribió a su novio para decirle que estaba en el tren de vuelta a Greenwich para ver a sus perros y dormir, y que le llamaría cuando despertara. Por lo general, añadía un *emoji* de corazón a los mensajes que le enviaba; esta vez no lo hizo. Era un detalle tan pequeño que estaba segura de que él no se daría cuenta.

Cuando miró por la ventana, vio que estaba nevando otra vez. Apoyó la frente sobre el vidrio fresco y vio cómo caían los copos de nieve hasta que se quedó dormida con una sonrisa soñadora en el rostro.

Se despertó agitada cuando el tren se detuvo de golpe. Desorientada por un instante, se asomó por la ventana y vio que la nieve se había transformado en una lluvia helada. No estaban en una estación, sino parados en las vías. El vagón en el que viajaba Anna estaba vacío, salvo por una persona más que dormía y roncaba. Se puso de pie, preguntándose qué ocurría, y decidió averiguarlo. En el vagón contiguo encontró a un empleado del tren, quien le informó que la pesada nieve, al acumularse, había tirado la rama de un árbol sobre las vías, así que tendrían un pequeño retraso mientras esperaban a que alguien limpiara los restos.

Anna volvió a su asiento, aturdida, somnolienta y bostezando. De pronto, sintió muchísima

hambre y decidió ir por un chocolate caliente y una dona del carro cafetería. Justo cuando estaba por pagar, alguien puso un billete de cincuenta sobre el mostrador.

—El desayuno de la señorita va por mi cuenta.

Anna volteó y vio que Vronsky estaba parado detrás suyo. Sorprendida, abrió los ojos como platos y sintió una oleada de sentimientos contradictorios. Claro que estaba feliz de verlo, más que feliz, extasiada incluso... pero ¿qué creía que estaba haciendo? Vronsky también pidió un chocolate caliente, y muy pronto estaban sentados frente a frente en el primer vagón vacío que habían encontrado.

—¿Qué haces en el tren? —preguntó ella.

—Tengo que estar en donde estés tú, así que aquí estoy. Además, no te despediste.

Anna se sonrojó.

—No sabía qué decir.

—«Adiós» no habría estado mal —dijo él en tono ligeramente burlón.

—Alexia, esto es una locura. Tienes que regresar a la ciudad.

—No puedo —respondió él mientras meneaba la cabeza de un lado a otro—. Tengo que estar aquí contigo.

—Tengo novio. Y todos en Greenwich lo conocen.

—Y yo tengo unos tíos que siempre están felices de recibir a su sobrino favorito todo el tiempo que él quiera.

—¿Qué hay de Kimmie? —preguntó Anna, quien empezaba a entrar en pánico por todas las emociones que se arremolinaban en su cabeza—. Es muy linda. Podrías estar con ella.

—Mira quién dice locuras ahora —replicó Vronsky—. Kimmie es linda, pero no me interesa. Me interesa alguien más. —Era muy directo, y eso resultaba muy sexy.

El teléfono de Anna timbró y, dado lo temprano que era, le pareció extraño. Era un mensaje de Alexander, preguntándole por qué se había retrasado el tren. Mientras miraba las burbujas en la pantalla, Anna se preocupó por lo que le diría después. El mensaje que llegó contenía la peor noticia posible: Alexander le dijo que no había podido dormir después de su pelea y había decidido conducir hasta la ciudad para verla. Se había detenido en Greenwich para cargar gasolina y desayunar, cuando recibió el mensaje de Anna avisándole que estaba en el tren. Le dijo que estaba en la estación, esperándola.

—Ay, Dios, Alexander está en la estación. Esperándome. Fue porque tuvimos una... —Sin aliento, alzó la mirada y se encontró con los ojos de Vronsky—. Olvídalo. No importa. Lo que importa es que no puedes hacer esto. No podemos hacer esto.

Vronsky estiró las manos por encima de la mesa y tomó las de Anna.

—Anna, sabes que ya es demasiado tarde. Ya sucedió.

—¿Qué sucedió? ¿No ha sucedido nada! Bailamos juntos en un club. ¿Y qué? No hicimos nada malo. —Retiró las manos, se puso de pie a toda prisa y derramó su chocolate por accidente—. Alexia, si te importo, aunque sea un poco, te olvidarás de la noche completa. —Comenzó a alejarse, pero, antes de llegar al final del vagón, se detuvo y volteó a verlo—. Perdón por no despedirme antes. No pude hacerlo, significaba que nuestro tiempo juntos se había terminado y no estaba lista para que se acabara. —Se quedó ahí parada, mirándolo, y se obligó a continuar—.

Pero ahora sí se terminó.

Dicho esto, se dio vuelta y se dirigió al siguiente carro del tren. El Conde Vronsky se quedó muy quieto; el único sonido a su alrededor era el goteo del chocolate caliente derramado, la única evidencia de que Anna había estado ahí.

xxvi

Antes de las seis de la mañana del domingo, Dustin despertó en el Bronx, sobre un sofá de cuero sintético verde en la pequeña habitación de su hermano, Nicholas, en la Casa de Medio Camino Meyerson, que estaba en el piso de arriba de la taquería. El sofá olía a humo de cigarro mezclado con mostaza agria y el hedor colectivo de todas las personas que habían dormido ahí antes que él. Tres rayos de luz matutina se filtraron entre los pedazos rotos de la persiana de plástico, iluminando el cuarto oscuro. Dustin se sentó despacio, pues podía oír la respiración ronca de Nicholas.

La noche anterior, al llegar, Dustin encontró a su hermano trabajando solo en el pequeño puesto llamado ¡Taco, Taco!, en la vitrina de una tienda. Cuando cruzó la puerta del restaurante, si podía llamarse así a aquella lóbrega habitación, el lugar estaba vacío. El restaurante entero consistía en un mostrador naranja y tres juegos de mesas y sillas, cada uno en una etapa de deterioro distinta. Dustin volvió a mirar su teléfono, a pesar de que sabía que estaba en el lugar correcto. Terminó por sentarse, y su hermano apareció unos instantes después, apestando a cigarro.

—¡Ey! ¿Cómo estás? —dijo Nicholas como si Dustin no fuera su hermano tres años menor—. ¿Hambre? —Antes de que él pudiera decir una sola palabra, el estómago de Dustin rugió en respuesta. Asintió con energía—. Todavía comes carne, ¿verdad? No te convertiste en un hípster vegano ni una estupidez de esas, ¿o sí? —Nicholas se rio de forma un tanto macabra.

Dustin recobró la voz.

—Nunca. Siempre seré carnívoro. —Para darle dramatismo a su declaración, añadió unos cuantos bramidos de jabalí sin mucho entusiasmo, aunque perdió el ánimo a la mitad.

Con el labio torcido en una media sonrisa, Nicholas le dio la espalda a Dustin y comenzó a cocinar. Estaba haciendo una orden de tacos porque... pues eso era lo único que había en ¡Taco, Taco! El silencio se prolongó durante casi toda la comida, mientras Nicholas lo observaba devorar un plato con seis tacos casi sin detenerse para masticar. No fue sino hasta que Dustin comenzó a pasarse la comida con una Coca-Cola importada de México, que Nicholas habló.

—¡Oye! Comes como si tuvieras un hoyo en la panza. Y te lo digo yo. Aunque los tacos no son lo mío. Caray, estoy seguro de que después de trabajar aquí no volveré a comer tacos nunca.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —preguntó Dustin.

—Menos de dos semanas, pero se sienten como dos años. Trabajo el turno de la noche, de diez de la noche a cinco de la mañana. Hay vida como hasta las tres, y las últimas dos horas son una maldita tortura.

Dustin asintió, aunque le resultaba casi imposible ser empático con su hermano. El único trabajo que Dustin había tenido hasta ese momento había sido como tutor de niños ricos que

vivían en departamentos de veinte millones de dólares.

—Pensé que aún te quedaba un mes en el programa.

Nicholas le explicó que le quedaban tres semanas en el programa de tres meses, pero lo dieron de alta por buen comportamiento. Para otras personas, eso significaba que habían tenido un progreso sobresaliente durante el programa y eran recompensados con un alta anticipada, pero Nicholas nunca tenía buen comportamiento.

—Entonces, ¿te corrieron? —preguntó Dustin, con cuidado de no agregar las palabras «otra vez» al final de su pregunta por miedo a sonar muy criticón.

—Ajá. Me sacrificué por alguien más. —Dustin supo, por el tono de Nicholas, que eso era todo lo que le diría por el momento. Su hermano tomó el plato y caminó de regreso a la cocina—. ¿Más?

—No, gracias —respondió Dustin, un poco asqueado por lo educado de su respuesta. Le ardía la boca por la salsa y ansiaba algo más para llenar el vacío que sentía—. ¿Hay algo dulce allá atrás?

—Nada más dulce que yo —respondió Nicholas, riéndose de su propio sarcasmo. Dustin alzó la mirada y vio que su hermano ya venía de vuelta con un plato desechable con churros y una botella de plástico en forma de oso llena de miel. Puso el plato delante de él con un gruñido de satisfacción—. Algunas cosas nunca cambian.

Dustin tomó un chorro caliente y mordió su superficie azucarada, encantado de que su hermano hubiera recordado su gusto por lo dulce.

—¿Tú los horneaste? —preguntó con la boca llena.

—Si por hornear te refieres a sacarlos del congelador y freír a esos malditos en aceite, pues sí. Pero están frescos. Alguien llamó para hacer un pedido y nunca apareció. Malditos drogadictos. Yo más que nadie debí haberlo adivinado, ¿no crees?

Dustin exprimió la botella de miel sobre el segundo chorro y siguió comiendo hasta vaciar el plato. Terminó con los dedos pegajosos, pero reprimió las ganas de lamérselos al recordar su largo viaje en el metro.

—¿Me puedo lavar?

Su hermano apuntó detrás de la barra, y Dustin fue al pequeño baño SOLO PARA EMPLEADOS que también fungía como armario de intendencia. Evitó mirarse al espejo mientras se lavaba las manos, se secó deprisa y, al salir, vio a su hermano mirando su teléfono.

—¿Por quién te sacrificaste? —preguntó Dustin, con la esperanza de que la conversación se centrara en la vida de su hermano y no en la suya.

Nicholas era bastante parco en palabras y más bien silencioso y melancólico. Dustin lo vio tomar una bolsa llena de tabaco y forjar un cigarro sobre la mesa. Salivó un poco, aunque no fumaba con frecuencia. Recordó que las únicas ocasiones en las que había fumado habían sido con su hermano y en grupos de estudio nocturnos en los que los estudiantes estaban dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de mantenerse despiertos.

—¿Gustas? —preguntó Nicholas con dos cigarrillos forjados a la perfección en la mano.

Fumaron en la banqueta, Dustin recargado en la cortina de metal que cubría la taquería y Nicholas caminando de un lado a otro frente a él. Dustin miró hacia la calle sucia, donde la basura se mezclaba con el aguanieve que comenzaba a derretirse. Fortalecido por la nicotina,

Nicholas le contó que en rehabilitación conoció a Natalia, una adicta a las metanfetaminas de Arizona, y que fue a ella a quien atraparon con drogas. Estaban juntos cuando las encontraron, así que él asumió la culpa. Añadió que llevaba limpio dos meses y medio, y que de todas formas ya estaba listo para salir. Le informaron a su padre, quien se presentó al día siguiente, y padre e hijo volaron de regreso a Nueva York en completo silencio. Intentó explicarle a su papá que las drogas no eran suyas, pero él hizo oídos sordos a sus palabras.

—No confíes en un adicto, supongo —dijo Nicholas y dio por terminada su historia tirando su colilla en la banqueta y apagándola con el zapato.

Dustin le creyó a su hermano, a pesar de que tenía fama de torcer bastante la verdad en su beneficio. Comprendía por fin a qué extremos podía llegar un hombre por una mujer.

—¿La vas a volver a ver? —preguntó con la esperanza de que al menos ellos pudieran tener un final feliz.

—Se supone que me escribirá cuando salga. Ya veremos. Natalia no es la tipa más confiable que haya conocido —respondió Nicholas mientras entraba de nuevo al restaurante.

—No confíes en una adicta, supongo —añadió Dustin en un intento por sonar alegre.

Siguió a su hermano y bostezó, sintiendo el cansancio una vez que tuvo el estómago lleno. Nicholas sacó un llavero de sus jeans, se lo dio a Dustin y señaló hacia arriba.

—Mi cuarto está arriba. No hay mejor viaje al trabajo. El baño está en el pasillo, pero no hagas ruido dentro: el tipo que duerme junto al baño es un cabrón cuando lo despiertas. Trabaja el turno de la mañana, así que tiene que levantarse a las cuatro y media.

Dustin tomó su plato desechable y lo tiró en el bote de basura junto a la pared, intentando decidir qué hacer. Le había escrito a su papá para decirle que llegaría a casa en la mañana, así que no había nadie que lo esperara despierto. Tomó las llaves y sacó su cartera. Nicholas negó con la cabeza.

—Yo invito, hermanito. Ve a dormir un poco y me pagas el desayuno en la mañana. En algún lugar donde no sirvan tacos.

Dustin se quedó dormido un par de minutos después de acomodarse en el sofá, con el desamor como cobija. Ni siquiera recordaba haber oído a su hermano entrar unas horas después.

A la mañana siguiente, se levantó del sofá y cruzó la habitación hacia la ventana para mirar el muro manchado de hollín de la ventila que tenía enfrente. Era un nuevo día, y nadie estaba más agradecido que él por que la noche se hubiera terminado. Consideró contarle a su hermano sobre Kimmie en el desayuno. Dudaba que Nicholas se compadeciera de su pena, pero eso no le importaba. Lo que quería no era que lo reconfortaran: quería purgarse de cualquier residuo de lo que sentía por Kimmie y no volver a pensar en ella nunca más.

xxvii

Después de veinte minutos, habían retirado los escombros de las vías y las ruedas comenzaron a moverse poco a poco. Anna se sintió aliviada de retomar el camino, pero, al mismo tiempo, sentía punzadas de ansiedad, ya que no estaba segura de cómo se sentía acerca del destino al que se dirigía. Había tomado el tren a Greenwich miles de veces en su vida, pero nunca había sentido

este tipo de pavor. «Es curioso cómo una noche puede cambiarlo todo», pensó. Pero su siguiente reflexión fue distinta. «Nada es diferente. Pronto llegaré a la misma estación donde siempre me bajo del tren. Mi novio me estará esperando con un café y un croissant de chocolate, listo para disculparse por nuestra discusioncita. Me llevará a mi casa, donde mis perros me estarán esperando junto a las ventanas, manchando el vidrio con las narices húmedas. Tendré que aferrarme a la puerta para que no me tiren al piso por la emoción».

Mientras se repetía lo que iba a suceder, muy en el fondo una parte de ella se preguntaba en qué parte del tren estaría él. ¿Limpió Vronsky el chocolate derramado o se alejó? Lo limpió, Anna lo sabía. Estaba tan malcriado como los demás, acostumbrado al dinero y a los sirvientes, pero en público sus modales siempre lo obligaban a limpiar cualquier desastre. Técnicamente el desastre había sido de Anna, pero la culpa fue de Vronsky. Fue él quien dijo todas esas cosas, quien expresó sus sentimientos sin pensar en las consecuencias. Anna se recordó que ella no aceptó, no le respondió. No había hecho nada para animar a Vronsky a decir esas cosas; de hecho, intentó asegurarse de que no se las dijera yéndose de la fiesta como lo había hecho.

¿Qué habría pasado si se hubiera quedado con él en el club? ¿Habría logrado que entendiera por qué tenía que volver a Greenwich? ¿Habría entendido que necesitaba la paz de su cama después de una noche de baile con él? No recordaba la última vez que había pasado toda la noche despierta. Incluso en las pijamadas, cuando era niña, siempre era la primera en dormirse. Nunca tuvo miedo de perderse de algo ni le molestaba dejar que las demás chicas chismearan entre ellas sobre los maestros lindos, la ropa nueva y todas las fiestas a las que no tenían edad suficiente para asistir.

De hecho, ese año ni siquiera había ido a la fiesta de Fin de Año de su hermano. En vez de eso, prefirió pasarla en Maui con sus padres y Alexander. Su novio y ella recibieron el nuevo año solos, en una alberca climatizada de agua de mar en el resort de lujo cerca de la casa de playa de sus padres. Al recordarlo, se dio cuenta de que Alexander ni siquiera la besó a la medianoche. Una brisa tropical hizo que una pelota de playa cayera en la alberca un minuto antes de que se terminara el año, y Alexander fue por ella. Su novio siempre hacía lo correcto. Recogía la basura y la ponía en su lugar. Reciclaba para cuidar al planeta. Fue él quien se aseguró de que en la cafetería de su escuela hicieran composta, una de las muchas normas que estableció como presidente del consejo estudiantil. Cuando la pelota de playa cayó cerca de ellos, lo primero en lo que pensó Anna fue en el ruido que haría si ella la pinchaba.

Así que, cuando llegó el año nuevo, Anna estaba de un lado de la piscina y él del otro. Pensó en aquello de que era mala suerte no besar a alguien cuando llegaba la medianoche y se lo dijo a Alexander mientras caminaban por la oscura playa de vuelta a la casa de sus padres. Él respondió que la mala suerte no existía. Luego se dio vuelta y dijo en tono burlón:

—¿Alguien necesita un beso?

Anna recordó haber deseado que Alexander la tomara y la besara en ese momento, en vez de tener que discutirlo todo siempre.

Le sorprendía que Alexander hubiera decidido manejar desde Boston para verla. La espontaneidad no era lo suyo, acostumbraba a tener todos los minutos de sus días planeados y agendados. Ese viaje improvisado sin duda le trastornaría el fin de semana entero. Anna se

preguntó si había notado algo en su voz cuando él la llamó antes de que se fuera a la fiesta.

Cuando el tren se detuvo entre rechinidos en Greenwich, el andén estaba vacío, por lo que confiaba en que Alexander hubiera decidido esperarla en su auto. Se apresuró a bajar del tren y se puso la capucha del abrigo sobre la cabeza para no mirar de un lado a otro, como un caballo que necesita anteojeras para avanzar. Se dirigió al estacionamiento medio caminando, medio corriendo. Entonces oyó la voz de Alexander que gritaba su nombre.

—¡Anna!

Se mordió el labio y, manteniendo una expresión relajada, volteó.

Ahí estaba su novio, envuelto en una parka de Ralph Lauren sobre sus pantalones khaki recién planchados, agitando los brazos para llamar su atención. Alexander no llevaba gorro, así que tenía el cabello húmedo y aplastado por la nieve. «Esas orejas...», pensó Anna, «¿siempre han sido así de grandes?».

Alexander se acercó, la abrazó y le besó la tibia mejilla con sus labios delgados y fríos.

—Llegaste —susurró, expresando lo evidente.

Anna se esforzó por mantener la compostura. «Pórtate bien», pensó. «Esto no tiene nada que ver con él». Lo tomó del brazo e intentó hacerlo avanzar, desesperada por no permanecer ahí ni un segundo más de lo necesario.

—Te traje café y un croissant. De chocolate, por supuesto —dijo Alexander sin moverse un centímetro. «Claro que trajiste eso. ¡Nunca hay sorpresas contigo!», pensó ella—. ¿Tal vez así estés más alegre de verme? —Estaba siendo jugueteón, pero Anna no pudo evitar sentir que la estaba reprendiendo por no aparentar mayor felicidad.

Forzó una sonrisa.

—Gracias. Aunque me muero por dormir, así que te puedes tomar mi café.

—¡Qué sorpresa! —oyeron que decía la voz de Vronsky detrás de ellos.

Anna cerró los ojos, furiosa porque Vronsky se hubiera atrevido a hacer eso, pero también fascinada por poder verlo otra vez. Se dio vuelta despacio hasta quedar frente a él, cuya rebelde bufanda acariciaba el suelo de nuevo. Si extendía un brazo, podría tocarlo. Estaba tan cerca de ella y, a la vez, se extendía un inmenso abismo entre ambos.

Al ver al chico que estaba frente a ellos, Alexander pareció confundido, así que le pasó un brazo por los hombros a su novia, que dio un paso al costado y se lo quitó de encima.

—¿Estábamos en el mismo tren? —dijo Anna con dulzura, dándole a sus palabras una entonación de pregunta para beneficio de su novio—. Alexander, él es Alex Vronsky, primo de Beatrice, que vive en Nueva York. Alex, él es mi novio, Alexander. —Sus palabras salieron todas como disparadas y ella intentó no mirar a Vronsky a los ojos durante demasiado tiempo, pues sabía que no podría evitar sonreír.

—Ah, sí. Gusto en conocerte —dijo Alexander estrechándole la mano a Vronsky después de quitarse los mitones grises de las manos—. ¿Qué te trae a Greenwich tan temprano? —Su voz sonaba grave y seria, como si él fuera el gran y único supervisor de cualquiera que entrara a su ciudad.

Anna, quien no acostumbraba a ser cínica ni sarcástica, no pudo evitar hacer una mueca de hastío al ver la escena que se estaba desarrollando frente a ella. «¿Qué clase de hombre usa

mitones? Solo porque tu media hermana los tejió no significa que tengas que usarlos. ¿Por qué siempre tienes que complacer a Eleanor como si fuera una niña pequeña?».

—Me perdí la cena de cumpleaños de mi tío hace un par de días y decidí sorprenderlo — respondió Vronsky con tanta naturalidad que, por un momento, Anna dudó si acaso esa sería la verdadera razón por la que había tomado el tren—. Mi tío se despierta temprano. —Vronsky imitó un swing de golf que, si hubiera tenido un palo de verdad, le habría destrozado la cabeza a Alexander.

—Te fuiste con la madre y volviste con el hijo —comentó Alexander con una tensa sonrisa, complacido por su ingenio. Miró a Anna como un perro orgulloso tras haber dejado un palo a los pies de su dueño.

Anna asintió y le apretó el brazo a Alexander para hacerle saber que era momento de irse. Estaba desesperada por que terminara la tortura. Tenía miedo de lo que podría pasar si no se alejaba en ese momento. Se sentía tan rara, como si no fuera ella misma. «Solo estás cansada. No has dormido lo suficiente. Todo está bien. Despídete y te podrás olvidar de esta ridícula noche».

—Gusto en verte otra vez, Alex —tartamudeó—. Por favor, felicita a tu tío de mi parte.

Antes de darse vuelta, se permitió mirarlo una vez más, directo al rostro, aunque se arriesgaba a no poder resistirse aunque lo intentara. Él la miró a los ojos, y Anna quedó asombrada por el azul profundo de los ojos de Vronsky, que contrastaba con el gris del cielo. ¡Dios, lo que habría dado por sumergirse en ellos y alejarse nadando!

segunda

PARTE

San Valentín siempre está cargado de emociones para todo el mundo, pero para las adolescentes
es una puta pesadilla.

Era un día diseñado con el propósito exclusivo de poner los reflectores en el amor romántico, lo que torturaba a todas las personas solteras, pero también a quienes tenían una relación. De cierta forma, para una chica soltera era un poquitín más sencillo sobrevivir, pues podía denunciar que aquella celebración era una inmensa pérdida de tiempo y señalar que era una fiesta inventada en 1913 por Hallmark para vender más productos. Eso, por supuesto, no era del todo cierto. El Día de San Valentín tenía orígenes más oscuros, en la Roma del siglo III d. C., donde era un día para formar parejas que involucraba sacrificios animales, golpear a las mujeres, y embriagarse y festejar en las calles.

—Bueno, seguro que la parte de embriagarse la seguirán realizando Steven y tú —dijo Kimmie cuando Lolly terminó de leerles la página de Wikipedia a su madre y a ella.

—¿Andas amargada? —replicó de inmediato Lolly, a sabiendas de que no debía responder a las provocaciones de Kimmie antes de que Danielle, su madre, se acabara la primera taza de espresso de Lavazza del día.

Su madre no era una persona mañanera, y lo más probable era que no hubiera oído el malintencionado comentario de Kimmie.

Kimmie, por su parte, no contestó, sobre todo porque su hermana había dicho la verdad. Se sentía sumamente deprimida y apenas había logrado levantarse de la cama para ir a desayunar, pero no quitarse la pijama. No había ido a la escuela en los últimos tres días y esperaba poder volver a faltar.

Nunca fingía estar enferma —de hecho, siempre había sido la viva imagen de la salud—, por lo que su madre no tuvo razones para dudar de ella cuando comenzó a quejarse de dolores de cabeza y malestar general. También ayudó que su madre estaba de un maravilloso y distraído humor tras volver el domingo de sus vacaciones en Santa Lucía con su nuevo novio, David. Doce días de masajes en pareja, paseos románticos por la playa y cenas a la luz de las velas casi habían bastado para quitarle el amargo sabor de boca del divorcio... o eso pensaba ella hasta que su exesposo, Kurt, abrió la puerta la noche del domingo cuando ella fue a recoger a las chicas. El simple hecho de ver una sonrisa en la cara falsamente bronceada de su exesposo cuando vio la cara bronceada de ella en la puerta fue suficiente para hacerle rechinar los dientes. Fue entonces cuando él le informó de la afición de la menor de sus hijas, quien había pasado toda la semana quejándose de que no se sentía bien y volvió temprano de la escuela el viernes.

—¿La llevaste al doctor? —preguntó Danielle, aunque ya sabía cuál sería la respuesta.

—Nop. No tenía fiebre, así que supuse que era un virus. La dejé dormir todo el fin de semana —contestó él.

Dado que no quería arruinar su humor caribeño, ella no lo presionó más y prefirió llevarse a las chicas de regreso a su departamento en Beekman Place. Kimmie se fue directo a la cama después de que le tomaran la temperatura, pues ni siquiera se sentía en condiciones de oír una de las historias del viaje de su madre o de ver lo regalos que había traído. Lolly se quedó con su madre a hacer «uuuhs» y «aaahs» ante cada foto que le mostraba, mientras se preguntaba si quizá sería ese el año en que la invitarían a viajar con la familia de Steven a su casa en Maui para pasar la Navidad. Después de que Lolly abrió sus regalos —un bikini nuevo, un pareo nuevo y unas sandalias Havaianas con incrustaciones de cristales de Swarovski (para ponerse después de los pedicures y no tener que usar las sandalias asquerosas que regalan)—, su madre le preguntó por la fiesta de Jaylen de la semana anterior para saber si tenía alguna relación con la enfermedad de Kimmie.

Lolly no era tonta, sabía que la responsabilizaría de cualquier decisión cuestionable de su hermana, así que tomó la sabia decisión de guardarse toda la información sobre el vínculo entre los problemas amorosos y el estado de salud de Kimmie.

—Va a mejorar, pero ha sucedido en el peor momento. San Valentín es el jueves.

El jueves llegó y, ya fuera buen momento o no, Danielle sabía que no podía mantener a su hija en casa sin un justificante médico.

—Kimmie, vístete —le pidió, sin levantar la vista de su iPhone—. El consultorio del doctor Becker te abrió un espacio en la agenda y no podemos llegar tarde.

—¿Tengo que ir? —gimió Kimmie en respuesta—. ¿No puedo verlo mañana?

—No. Sabes que los viernes juego dobles y ya es demasiado tarde para encontrar a alguien que me sustituya. Apúrate. —Danielle señaló la puerta.

Después de un dramático suspiro, Kimmie se levantó y salió de la cocina arrastrando los pies.

—¿Estás segura de que quieres salir con ella hoy? —susurró Lolly—. No puedes ir a ningún lugar de la ciudad sin encontrarte a un repartidor con flores o globos.

Danielle frunció los labios, pero luego movió la cabeza.

—Todo esto no puede ser por un chico. Quiero que le hagan una prueba de enfermedad de Lyme. Nunca debí dejar que se recuperara de la cirugía de la rodilla con tu padre en la cabaña de la tetona esa en Vermont. —Para no ignorar a su otra hija, preguntó—: ¿A dónde te llevará Steven hoy?

A Lolly se le iluminó el rostro y esbozó una enorme sonrisa.

—Es sorpresa. Pero esperaba que me dejaras llegar más tarde, ¿sí, ma?

Danielle asintió, pues sabía que ella también volvería tarde de su cita de San Valentín.

—Está bien. Pero más te vale llegar antes de las doce. Devon vendrá a quedarse con Kimmie, así que si no he llegado a esa hora, llamaré... al teléfono de Devon, no al tuyo.

Lolly asintió, feliz de tener permiso hasta medianoche cuando había esperado que le dijera que hasta las once y media. Le había mentado a su madre en la cara, porque *sí* sabía a dónde iría a cenar con Steven: pidieron servicio a la habitación en el hotel St. Regis, donde Steven había reservado un cuarto para toda la noche. Su plan era escaparse de la escuela después de la cuarta

hora y encontrarse ahí a las dos de la tarde, lo que les daría diez horas para «celebrar». Como parte de su regalo para Steven, Lolly llevaba un juego de ropa interior de encaje rojo debajo de su vestido de Alice and Olivia. Le iba a hacer un complicado *striptease* al ritmo de «Love», de Kendrick Lamar, que había coreografiado con un fuste de cuero rojo de Agent Provocateur comprado por impulso mientras buscaba lencería nueva.

También le compró a Steven un nuevo Apple Watch, pues había destrozado el anterior en la base de mármol del toallero térmico del baño de sus padres. Ella también se compró uno, pero eligió dos correas de Ullu que combinaban, y no de Hermès. Seguía un tanto conflictuada por el regalo, pero se repitió a sí misma que ya había perdonado a Steven y que aquel tal vez fuera un buen recordatorio que Steven podría llevar consigo todos los días.

Le dio un gran abrazo a su mamá antes de salir a la escuela y le deseó un feliz Día de San Valentín.

—Escríbeme cuando salgan del doctor para saber qué tiene Kimmie, ¿sí? —agregó con una preocupación genuina por su hermanita, al menos por un momento.

Sospechaba que no había esperanzas de que Kimmie mejorara hasta que ese día terminara. A fin de cuentas, ¿qué chica querría recordar que no había ningún chico que pensara en ella como Lolly sabía que Steven pensaba en ella?

ii

Anna había ido a la dirección de la Academia Greenwich antes de clases porque había recibido un justificante de ausencia para asistir a la Exposición Canina de Westminster, en Manhattan. Se había perdido medio día escolar el día anterior para ver a sus perros competir en sus respectivos grupos por sexo de la raza terranova. Gemma no consiguió quedar entre los primeros lugares como mejor hembra, pero recibió el Premio al Mérito, lo cual era todo un honor, aunque eso significaba que no podría avanzar en la competencia. Su hermano, Jon Snow, o «Jon Snow de la Muralla», ganó en la categoría Mejor de la Raza. Por ello, seguiría adelante en la competencia y formaría parte del grupo de perros de trabajo que desfilaría a mediodía. Si ganaba en ese grupo, participaría en el evento principal, donde esa misma tarde competiría por ser el mejor perro del concurso, lo cual será transmitido por televisión nacional. Anna sabía que la competencia era dura, y se dijo que estaría bien aun si Jon Snow no ganaba y que debía estar agradecida por que hubiera llegado tan lejos. Planeaba quedarse y ver las celebraciones hasta que el último perro ganara y recibiera el brillante tazón de peltre que lo acreditaba como mejor perro del concurso.

Le entregó su tarea a May, la secretaria, quien estaba vestida de rojo desde los pies hasta la pañoleta de terciopelo que llevaba en la cabeza.

—No olvides ir al teatro...

En el primer año de Anna, la Academia Greenwich instauró una nueva política para el Día de San Valentín que prohibía que las chicas recibieran entregas durante las clases. Al ser una escuela llena de niñas ricas, había mucha presión para que sus novios les enviaran regalos cada vez más excesivos. Se volvió un asunto competitivo. (Durante años, los chicos de Brunswick bromearon con que el Día de San Valentín dejaba más soldados caídos que el Día D, pues algunas chicas de

la academia terminaban sus relaciones si sus queridos galanes no les regalaban algo de verdad asombroso o, en el peor de los casos, si su regalo estaba por debajo de sus expectativas).

Todo había llegado a su punto álgido tres años antes, cuando importar rosas ecuatorianas se convirtió en algo indispensable para las chicas, sin que algunos de los novios menos atentos de Brunswick se hubieran enterado. Mavis C se lo echó en cara a Bridget B: «Oye, Bridget, oí que tus rosas ni siquiera son de Ecuador». Las chicas empezaron a perseguirse por el pasillo con bastones de hockey, y la pelea terminó con un labio ensangrentado, una clavícula fracturada y quince puntadas. (Se vendieron camisetas y gorras con la leyenda OYE, BRIDGET..., y así se recaudaron más de dos mil dólares para el viaje de los estudiantes de último año). La política de la escuela para el Día de San Valentín dictaba, entonces, que las entregas podían hacerse solo a las ocho de la mañana, a mediodía y a las dos de la tarde, y debían ser enviadas al centro de artes escénicas de la escuela. Las chicas tenían permitido ver qué recibían (mas no publicar fotos de ello), pero nada podía salir del teatro hasta el fin de las clases.

Cuando Anna entró al teatro de quinientas butacas de la escuela, el aroma a rosas la abrumó. Como faltaba poco para la campana de la primera hora, ya no estaba lleno de gente. Se acercó a la entrenadora Sykes, quien cubría el turno de vigilancia de flores de la mañana y traía puesta su playera lavanda de OYE, BRIDGET. La entrenadora revisó su lista y le dijo que tenía dos entregas. Anna le explicó que tenía que salir de la escuela, por lo que se llevaría sus cosas en ese momento. Firmó la lista y la entrenadora le indicó que sus regalos estaban en la sección once, sobre el escenario.

Los últimos dos años, Alexander le había enviado a Anna una caja con dos docenas de rosas de tallo largo, pero, cuando cenaron el domingo anterior, ella le había pedido que no se molestara en hacerlo. Anna había tomado el tren a Westport para encontrarse con él en su bistró francés favorito y disfrutar una cena de San Valentín anticipada; volverían a celebrar dos semanas después, cuando lo fuera a visitar a Cambridge. Como de costumbre, eran los más jóvenes en todo el restaurante, y Alexander había hecho arreglos para que le entregaran las rosas a Anna durante el postre. Siempre era detallista, pero en cierto modo sus detalles nunca parecían muy románticos, aunque Anna no lograba entender por qué.

Ella no entendía del todo por qué se hacía tanto alboroto por San Valentín. Aunque comprendía el atractivo de las flores y los regalos, a sus diecisiete años había recibido más flores de las que la mayoría de las mujeres recibiría en su vida. Y la mecánica formalidad de la celebración a veces la hacía sentir rara y vacía por dentro. Además, dependiendo de su humor, las flores podían provocarle cierta melancolía; le parecía triste ver que algo tan bello moría solo para su deleite.

Su padre también le enviaba flores, pero esa mañana ya la estaban esperando en la cocina cuando bajó. La tarjeta decía: «Para mi hermosa hija, del único hombre que nunca te va a decepcionar. ¡Feliz Día de San Valentín, Anna! Con amor, papá». Su madre le había dado una tarjeta de regalo para que pasara un día en el spa del Four Seasons.

Subió las escaleras del escenario, que estaba cubierto por docenas y docenas de floreros con rosas, al menos cuarenta osos de peluche y más de cien cajas de chocolates. Mientras separaba los paquetes, se preguntó si Steven le habría enviado flores ese año. No era habitual que

intercambiaran regalos pero, dado que Anna lo había ayudado mucho el fin de semana anterior, no le parecía imposible. Su hermano era una persona muy generosa y gastaba dinero como loco. Anna nunca le había preguntado cuánto recibía de mesada, pero sabía que era más de lo que le daban a ella. Dicho esto, su presupuesto anual para ropa era casi el doble del de Steven, así que al final todo se balanceaba. Su hermano explicaba que su excesivo consumismo era genético; los coreanos tenían la reputación de que siempre compraban artículos de diseño y aparatos electrónicos de lujo. Anna estaba familiarizada con aquel estereotipo, pero nunca lo había usado como pretexto cuando la factura de su tarjeta de crédito era demasiado alta, algo que era poco común en ella, pero sí ocurría todos los meses con su hermano.

Su madre había sido criada en las costumbres de los viejos ricos, sin que le faltara nada, pero nunca era ostentosa; sin embargo, cuando conoció al padre de Anna en Yale, admitió que le llamó la atención que fuera diferente. Cada año llegaba a la escuela con un auto nuevo, y para su último año conducía un Lamborghini naranja, por lo que ella comenzó a pasar el tiempo entre clases frente al estacionamiento, sabiendo que él pasaría y le ofrecería llevarla. Tenía dos años resistiéndose a sus astutos encantos y rechazando aventones. No era que no le hubiera interesado hasta entonces, sino que sabía lo suficiente sobre niños ricos como para entender que aún necesitaba un par de años más de libertad en lo sentimental.

A la madre de Anna la educaron para que cuidara su nombre y reputación; de ninguna manera sería solo un nombre más en la lista de conquistas de un ricachón. Cuando aquel día de otoño de su último año en Yale él se estacionó frente a ella y le preguntó si quería ir a contemplar el cambiante follaje del otoño, lo sorprendió (y también se sorprendió a sí misma) respondiendo: «Solo si me dejas conducir». Ella fue la primera y única mujer en tomar el volante del Lamborghini, que hasta ese día era el auto favorito de su padre.

Cuando Steven cumplió diecisiete años y recibió su licencia de conducir, su padre le compró un Porsche 911S Targa. Steven lo condujo un mes, durante el cual recibió tres multas, y un día al despertar descubrió que el auto había desaparecido y había sido reemplazado con un BMW M5. Anna tenía una camioneta Mercedes de diez años de antigüedad, «heredada» de la niñera, pues insistió en que no necesitaba un auto nuevo y llamativo como regalo por sus dieciséis años. Ella sabía que no tenía caso andar en un coche mejor si iba a estar siempre lleno de pelo y baba de perro. Solo tenía permitido conducir en Connecticut; su papá era demasiado sobreprotector como para dejar que la niña de sus ojos condujera en malas condiciones climáticas o en la ciudad. «Recuerda: sigues siendo mitad coreana, así que todo el mundo supondrá que eres al menos mitad pésima conductora». Destestaba que su padre hiciera chistes sobre estereotipos raciales pero, como buena hija coreana, sabía que le era imposible contradecirlo.

Al fin, encontró una caja con forma de corazón con su nombre. Abrió la tarjeta enseguida y leyó, en la caligrafía de asesino serial de su hermano: «Feliz San Valentín, hermanita. ¡Te debo una! Besos, Steven». Le dio vuelta a la caja y vio que le había enviado una docena de ratones de chocolate de Burdick's, sus favoritos. Metió la caja a su bolso y siguió buscando. Al no ver nada más, ya estaba a punto de darse por vencida cuando encontró una caja de cartón con un nombre escrito en plumón. Solo tuvo tiempo de levantarla, pues en ese momento recibió un mensaje de Thomas, su chofer, quien estaba esperándola afuera para llevarla a Westminster.

Mientras corría por el pasillo desierto, se preguntó qué habría en la caja. Sospechaba quién era el remitente, y pensar en él hizo que el corazón le latiera con fuerza en el pecho. Casi deseó que fuera un regalo de rutina de su novio, pero en el fondo sabía que no era así. Una punzada de culpa por la emoción que le causaba la posibilidad de que el regalo no fuera de Alexander le alteró los nervios, pero solo un poco, no lo suficiente como para borrarle una gigantesca sonrisa del rostro.

iii

Kimmie estaba esperando su Uber frente al edificio del departamento de su madre, mientras Danielle corría de vuelta a la casa por su frasco casi vacío de crema para el contorno de ojos. El itinerario de su mamá consistía en una visita al médico y luego ir un rato de compras a Saks, que estaba solo a unas cuadras del consultorio del doctor Becker. El plan de Kimmie para el día era ir al doctor, negarse a ir a Saks con su mamá y volver a casa y meterse a la cama para seguir viendo *My So Called Life*, una vieja serie sobre preparatorianos que había encontrado en Netflix.

Kimmie quería ir al doctor vestida con unos pants, pero su mamá no se lo permitió. Según ella, los pants con elásticos eran el primer paso hacia una espiral de decadencia para cualquier chica adolescente. Desde que volvió a casa, había permanecido extremadamente alerta respecto a la dieta de Kimmie, y le recordaba todo el tiempo que ya no podía comer como si entrenara siete horas diarias. Sin decir una palabra, Kimmie fue a su habitación y se puso unos leggings negros y su suéter negro extragrande de Skull Cashmere que reflejaban su estado de ánimo. La respuesta de su madre al nuevo atuendo no fue agradable.

—No estás en Los Ángeles, estás en Nueva York. Aquí no consideramos que las mallas de SoulCycle sean vestimenta apropiada. Ve a cambiarte. Ponte algo menos deprimente, ¿de acuerdo?

Ella volvió a su habitación dando pisotones, destestando su vida un poco más que hacía cinco minutos. Se cambió las mallas por unos jeans negros, pero se dejó puesto el suéter adornado con una calavera.

—¿En serio? —masculló Kimmie para sí misma al ver el cuarto recordatorio de San Valentín en los dos minutos que llevaba en la calle.

Vio una camioneta de reparto de flores, un mensajero en bicicleta con una caja de rosas de tallo largo bajo el brazo, un portero que firmó de recibido por una canasta de tulipanes rosas, y el auto que recién pasó frente a ella llevaba un gigantesco oso de peluche rojo en el asiento del copiloto. Mientras miraba el estúpido peluche, Kimmie no supo si escupirle al auto o tirarse a llorar en el pavimento. Solo había llorado dos veces en todo el día, lo cual no estaba tan mal.

Dos semanas pueden marcar una gran diferencia. Por más que en ese momento Kimmie detestara la ridiculez que era el Día de San Valentín, durante la mayor parte del mes anterior había elaborado grandes fantasías sobre el Día del Amor y la Amistad. Su favorita incluía una visita de Vronsky a su escuela después de clases, lo cual, por supuesto, habría sido muy emocionante, pues sus compañeras lo habrían visto. Se imaginó una escena parecida a la última de *Se busca novio*, la película favorita de la adolescencia de su mamá. Kimmie, claro está, nunca

había oído hablar de ella, pues era del siglo pasado. (Le encantaba decir eso, algo que enloquecía a su madre). Pero había sabido de su existencia hacía unos años, cuando volvió a Nueva York después de asistir a un campamento de entrenamiento el mismo año en que su papá se casó con su actual madrastra del mal. (Después de aquella unión infernal, la mamá de Kimmie pasó unos seis meses bastante difíciles).

Al volver a casa después del gimnasio, Kimmie encontró a su mamá en la cama viendo los últimos minutos de *Se busca novio* una y otra vez. Pero no era una sesión de nostalgia cinematográfica normal; era algo más. Kimmie observó cómo su mamá veía esos últimos minutos siete veces seguidas antes de llamar a Lolly a la escuela. Su hermana no contestaba el celular, así que llamó a la dirección de la escuela y pidió que localizaran a su hermana, quien estaba ensayando una obra, y le dijeran que se trataba de una emergencia familiar.

Para cuando llegó al teléfono de la dirección, Lolly estaba llorando sin control, pues suponía que alguien había muerto. Kimmie le pidió que dejara de chillar y prestara atención. Su hermana le gritó por asustarla y luego le dio su primera lección sobre cómo reconocer el atontamiento que provocaba el Ambien. La teoría de Lolly era que, a veces, cuando su mamá no podía dormir ni aunque tomara un Ambien, tomaba otro en la mañana, pero lo olvidaba. Luego tomaba su Nespresso diario para evitar que la abstinencia de caféína le produjera una jaqueca y volvía a la cama. Esto producía un extraño estado de desconexión de la realidad en el que su madre parecía estar despierta, pero en realidad estaba dormida.

—Déjame adivinar —dijo Lolly—: está viendo la televisión.

—¡Sí! —respondió Kimmie.

—¿Qué ve?

—Una película vieja, creo que se llama *Se busca novio* —dijo Kimmie—. Pero solo ve los últimos cinco minutos. Cuando termina, levanta el brazo como la exesposa de Frankenstein y la regresa a la parte en la que la pelirroja sale de la iglesia con un vestido horrible. Ya lo hizo como siete veces y me está poniendo nerviosa.

—Ya lo viví, ya lo vi, ya lo sé. Mira, yo también me asusté la primera vez que vi a mamá así. ¡Es como *Stranger Things* mezclada con *Actividad paranormal* y vestida con una bata de cuatrocientos dólares! —susurró Lolly cuando notó que la chismosa secretaria estaba intentando escuchar—. No te preocupes, en algún momento lo dejará de hacer. Pero, una vez, hace años, me senté con ella mientras veía el montaje del cambio de look de Anne Hathaway de *El diablo viste a la moda* y terminó por dejarme comprar una minimochila azul marino de Prada. Así que también tiene sus benis.

—¿Qué son *benis*? —preguntó Kimmie. Nada la hacía sentir más tonta que no entender el lenguaje de las chicas cool como su hermana.

—Beneficios, babosa. Bueno, me tengo que ir. Y, para la próxima, sé una niña normal y mándame un mensaje en vez de hablar a la escuela y asustarme así.

Kimmie, quien comprendía la situación y sentía un poco de lástima por su mamá, se sentó y vio el final de *Se busca novio* con ella cuando menos diez veces más. Después, tomó el DVD y vio la película completa en su laptop. Gracias a ese día, los últimos cinco minutos de la película quedaron grabados en su memoria por siempre.

En la versión de Kimmie, actualizada y mejorada, ella tendría puesta ropa diferente, como era obvio: quizás un vestido rosa, lo cual sonaba muy básico, pero qué podía hacer si el color que mejor le quedaba era un cliché. Aunque la corona de flores le parecía un poco absurda, en su fantasía Kimmie tenía una como la de la pelirroja de la película, pero no de un color tan asqueroso y sobre todo sin velos de novia. Cuando la calle se despejara, ahí estaría él. El conde Vronsky sin duda era su Jake Ryan, y en vez de un Porsche rojo estaría recargado en un elegante Maserati. Pero Vronsky sí haría el mismo gesto con los brazos y la sonrisa tímida de Jake Ryan. En la versión de Kimmie, ella no haría la pantomima de «¿Quién, yo?» de la película, pues estaría segura de que la iba a buscar a ella. Y él tendría una caja en forma de corazón llena de malvaviscos, pues a final de cuentas sería San Valentín.

De verdad había creído que aquel sería su primer San Valentín enamorada y con novio. Pero eso fue antes del «sábado de muerte», como había comenzado a referirse a aquella trágica noche en el club.

—¡Vamos, Kimmie! ¡Estás en las nubes! ¡Vámonos! ¡Ya es tarde!

Su madre la empujó hacia el asiento trasero del Uber que las estaba esperando junto a la banqueta. Se sintió horrorizada al descubrir que era el mismo auto con el oso de peluche rojo en el asiento delantero que había pasado frente a ella momentos antes. Si sobrevivía a ese día estúpidamente absurdo, sería un verdadero milagro.

iv

Anna sostuvo la caja de cartón sobre su regazo unos minutos antes de abrirla. Primero, saludó e intercambió formalidades con Thomas, uno de los choferes habituales de su padre. Tenía tiempo sin verlo, así que él le mostró algunas fotografías de sus nietos gemelos que habían nacido el día de Año Nuevo en Virginia. A su vez, Anna le explicó los pormenores del concurso de Westminster, lo que le recordó que había olvidado llevar los juguetes de peluche que les había comprado a sus perros.

Lee Ann y Ali, las entrenadoras y adiestradoras de sus perros, recogieron a Gemma y a Jon Snow el domingo en la tarde, antes de que Anna fuera a cenar con Alexander. Necesitaba que se acostumbraran a estar sin ella, y los iban a bañar y cepillar el lunes por la mañana en la ciudad. Anna podría haberse llevado a Gemma de regreso a Greenwich la noche anterior, pero decidió que Jon Snow estaría más tranquilo junto a su hermana. Eso le recordó a su propio hermano, quien también se metía en menos problemas cuando ella estaba con él.

Cuando comenzó a quitarle la cinta a la caja con las uñas, notó que las manos le temblaban. Sabía que era una tontería, pero no había nada que pudiera hacer para calmar sus nervios. Nunca conseguiría trabajo en un escuadrón antibombas, sin lugar a duda.

Desde que se separaron en la estación del tren once días antes, Anna no lo había visto. Bueno, eso no era del todo cierto. Un día de la semana pasada decidió sentarse con Beatrice en el almuerzo y hablaron de lo mucho que se habían divertido en la fiesta de Jaylen. Y, como en un juego del gato y el ratón, ninguna de las dos mencionó el nombre de Vronsky. Cuando Anna le preguntó a Beatrice si se había quedado en la ciudad ese fin de semana, ella le dijo que volvió a

Greenwich el domingo para pasar tiempo con su familia. Le mostró una fotografía de la nueva Range Rover personalizada que su madre había recibido como regalo de San Valentín adelantado de parte del padre de Beatrice. Anna notó que, en la fotografía, Vronsky estaba en el asiento del conductor, pero no miraba a la cámara. Mientras la contemplaba, tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no quitarle el teléfono de las manos a Bea y agrandar la fotografía para examinar de cerca su perfil. En vez de eso, comentó cuánto le gustaban los enormes moños rojos con los que venían los autos nuevos y se preguntaba dónde los harían.

—No tengo duda de que los fabrican diminutas manos chinas —dijo Beatrice.

Anna no reaccionó, pero sí notó que Beatrice se dio cuenta de su error y no se disculpó, quizá porque pensó que Anna no se ofendería por no ser china. Era justo el tipo de comentario sarcástico que Steven haría, así que Anna estaba acostumbrada, aunque le desagradara.

—¿Está contenta con su auto nuevo? —preguntó Anna.

—Sí y no. Me jaló a un costado y me preguntó si sabía de alguna razón por la que mi papá podría sentirse tan culpable como para comprarle un auto. Le acaba de comprar uno hace menos de dos años, y apenas lo usa. —Beatrice rio pero, una vez más, Anna se quedó callada.

No podía evitar sentir que Bea la estaba poniendo a prueba, así que quiso ser muy cuidadosa con lo que revelaba.

—¿Tu papá tiene alguna razón para sentirse culpable? —Anna mordió el anzuelo.

—Depende de lo puritana que seas —respondió Bea con despreocupación—. Según yo, no. ¿Que si hay una pechugona de veintitantos a la que monta de vez en cuando? ¡No tengo ni la menor duda! Mi papá no es ningún santo.

—Conociendo a la astilla, no me sorprende el palo —soltó Anna.

—¡Ay! Siempre supe que tenías una pequeña Verónica ahí adentro —chirrió Bea. El primer instinto de Anna fue disculparse de inmediato, pero, antes de que pudiera hacerlo, ella le puso uno de sus dedos con manicure perfecto en los labios para detenerla—. Ni se te ocurra disculparte. Las Bettys son *très* aburridas, y sé que tú no.

Anna, contenta con el cumplido, pasó el resto del almuerzo con Bea y sus amigas, una pandilla de chicas populares cuyos temas de conversación saltaban de la moda a los hombres y el chisme entre ingeniosas bromas y muchas risas. Fue un divertido cambio de aires para Anna, quien después volvió a sentarse con ellas varias veces. Ese año había pasado la mayoría de sus almuerzos adelantando sus tareas, ya que Alexander estaba en la universidad y ya no comían juntos en el Wick.

En el auto, Anna destapó la caja y miró el contenido. Adentro había un sobre y dos pequeñas cajas de regalo envueltas en papel rojo y con moños blancos. Dentro de la más grande encontró dos hermosos collares para perro de cuero rojo. Cada uno tenía una placa grabada con los nombres de sus perros de un lado y su número de teléfono del otro. Había una pequeña tarjeta en el fondo de la caja que decía: «¡La mejor de las suertes en la exposición!». Anna ni siquiera se dio cuenta de que estaba sonriendo hasta que Thomas intervino desde su asiento.

—Se ve contenta. ¿Regalos de Alexander W?

Al oír el nombre de su novio, Anna sintió de inmediato una oleada de culpa.

—De mi hermano. Le hice un favor hace poco. Supongo que es su forma de darme las gracias.

Anna exhaló. «Ahí está: la primera mentira». Apartó esos pensamientos de su cabeza y abrió la segunda caja, que contenía una pequeña bolsa de terciopelo rojo. Sacó lo que parecía ser una placa de perro, pero era más pesada que las otras dos. El dije era un grueso y brillante corazón un poco más grande que una moneda de veinticinco centavos. Sabía lo suficiente de joyería como para reconocer, a juzgar por el peso, que lo más probable era que fuera de oro blanco o de platino. Lo examinó y vio que de un lado estaba grabada la palabra TÚ y del otro la palabra YO. Al leerlas se quedó sin aliento.

—¿Todo bien, señorita K? —preguntó Thomas.

Anna asintió de prisa, sin poder hablar. De pronto sintió la boca seca. Se metió el dije al bolsillo, tomó el sobre y cerró la caja, pensando que la guardaría en su maletita en la cajuela cuando llegara al Madison Square Garden. Había planeado quedarse a dormir en la ciudad. Cuando le escribió a Steven para comunicarle sus planes, él le contó sobre su San Valentín y mencionó que, como Lolly no podía quedarse a dormir en el hotel, planeaba ir a casa después de dejarla.

Aunque era probable que él no lo recordara, alguna vez —estando ebrio— le había contado a Anna sobre una reservación permanente de su papá en el St. Regis. Era una habitación que la compañía rentaba para cualquier ejecutivo de alto nivel que trabajara hasta tarde y no pudiera volver a casa (la oficina de su padre estaba a dos cuerdas del hotel); sin embargo, por lo que Anna había podido deducir, la única persona que tenía la llave era su papá. Steven debía de haber conseguido permiso de su padre para usarla en San Valentín, y ella se preguntó si su hermano le diría a Lolly que era posible que su padre llevara mujeres ahí.

Cuando se enteró de la existencia de la habitación, Anna no supo qué pensar. A sus ojos, su padre era perfecto, y no quería suponer que fuera capaz de ocultarle secretos a su madre. Le reconfortó recordar que sus padres tenían más de veinte años felizmente casados y que su madre quizá sabía de la habitación. Anna no era inocente, y había leído suficientes libros como para saber que el matrimonio era un asunto complicado y que algunas parejas tenían ciertos «acuerdos». Pero le costaba trabajo creer que su madre fuera la clase de mujer que podía hacerse de la vista gorda.

Para cuando Anna al fin reunió el valor suficiente para abrir el último sobre, ya habían llegado a Manhattan. Era más pequeño y delgado que una tarjeta de felicitación normal. En el interior, un dibujo en tinta tamaño postal mostraba a cuatro hombres con trajes y gafas oscuras posando sobre unos escalones. El dibujo estaba muy bien detallado, pero en él no había ninguna palabra y Anna no tenía idea de quiénes eran esos hombres ni qué se suponía que representaban.

A ella le gustaban los misterios, pero le irritaba aquel dibujo. El hecho de no entenderlo la hacía sentir tonta, así que puso en funcionamiento su cerebro y repasó una y otra vez todo lo que se habían dicho el uno al otro, que había sido muy poco en realidad. El mayor tiempo que habían pasado juntos había sido en la pista de baile, pero casi no hablaron durante horas; su principal medio de comunicación esa noche fue el baile.

De pronto, como un relámpago, lo comprendió. Sacó su celular y escribió las palabras «Now that we found love» antes de darle clic al botón de búsqueda. El grupo que cantaba la canción que habían bailado en el club se llamaba Heavy D & The Boyz. Anna dio clic a la pestaña de imágenes y aparecieron varias fotografías de la banda. En una de ellas estaban exactamente en la misma

pose que en el dibujo de la postal que tenía en la mano. Buscó la letra de la canción y volvió a leerla, lo cual le hizo recordar el último baile de aquella noche. «*Now that we found love, what are we gonna do... with it?*».

«Ahora que encontramos el amor, ¿qué vamos a hacer... con él?». Anna sonrió y en su mirada brilló un destello de alegría causado por el mensaje secreto. Observó con minuciosidad aquella diminuta obra de arte e imaginó a Vronsky dibujándola mientras escuchaba la canción y pensaba en ella. ¡Qué increíbles regalos de San Valentín! ¡Cada uno más sorprendente y único que el anterior! Eran *très* románticos. No se los podría haber dado a ninguna otra chica; eran para ella y solo para ella.

En ese momento, por fin admitió que ella también llevaba semana y media pensando en él. Se había preguntado si Vronsky recordaba que sus perros competirían en Westminster, pero ahora lo sabía a ciencia cierta. Le revoloteó el corazón al pensar que quizás incluso podría encontrarlo ahí. «¿Se atreverá? ¿Será así de osado?».

Anna sacó su estuche de maquillaje del bolso y decidió que era necesario un retoque. Como solía decirle su madre, una nunca sabe cuándo la invitarán a contemplar el cambiante follaje del otoño en el Lamborghini de un chico guapo.



Hacía años que Kimmie no veía al doctor Becker, su pediatra. Los atletas de alto rendimiento van con médicos del deporte, además de que el último año solo había consultado a cirujanos ortopédicos debido a la lesión en la rodilla. Sin embargo, el doctor Becker la conocía desde que era bebé. Después de pasar unos minutos poniéndose al día con su madre en la sala de examen médico, el doctor Becker le pidió a la madre de Kimmie que saliera mientras veía a su hija. Tan pronto Danielle se fue, la actitud del médico cambió. El doctor Becker era famoso entre muchos niños ricos de Manhattan, así que lo había visto y oído todo. Era muy exitoso porque sabía cómo lidiar con los padres de los niños ricos tanto como con los niños mismos.

Kimmie le contó que había empezado a sentir dolores misteriosos y un agotamiento inusual hacía una semana y media, y eso fue todo. El doctor Becker le lanzó una mirada que decía: «Déjate de teatritos y dime la verdad». Algo en su expresión le hizo darse cuenta de que eso era justo lo que debía hacer, por lo que se soltó a llorar... y a explicarle entre sollozos. Él la escuchó durante un rato y luego escribió algo en su iPad. Verlo poner por escrito su historia de desamor hizo que se sintiera incómoda, por lo que guardó silencio.

—Entonces, te empezaste a sentir mal después de aquella fiesta de cumpleaños el día 2, pero ¿en realidad te empezaste a sentir muy mal en los últimos cinco días? ¿Entendí bien? —le preguntó el doctor Becker. Kimmie asintió—. Durante esa fiesta, ¿bebiste o consumiste drogas? —continuó el doctor Becker. Kimmie, entre sollozos, negó con la cabeza. No se atrevía a reconocerlo frente al hombre que solía regalarle paletas de caramelo después de cada visita—. Mira, Kimmie, lo que hablemos en este consultorio es confidencial, así que no le diré nada a tu mamá. Solo tengo obligación de decirle algo si creo que representas un peligro para ti misma o para alguien más. Así que dime, ¿bebiste o consumiste drogas en esa fiesta?

Kimie decidió que ya no le importaba lo que pensarán de ella y empezó a soltar la sopa, pero una vez que empezó ya no pudo parar. Era agradable por fin poder confesárselo a alguien. Le dijo que había sido muy difícil volver a ser una «adolescente normal» y dejar de aspirar a participar en los Juegos Olímpicos. ¿Quién habría imaginado que ir a la escuela en Spence sería más pesado que despertar a las cuatro y media de la mañana para ir a la pista de patinaje a practicar? Jamás le había molestado la rutina matutina, sobre todo porque, cuando estaba sola en la pista, tenía mucho tiempo para reflexionar.

Confesó que, durante el primer mes de clases, había padecido insomnio porque detestaba que las otras chicas murmuraran cosas sobre ella. Y se sentía demasiado vieja para hacer nuevas amistades. Si bien lo tenía un poco más fácil que otros estudiantes nuevos porque tenía a Lolly, tampoco era un paseo por las nubes. Su hermana solía estar muy ocupada con sus amigos de clase alta. Y a Kimie ella le agradaba, pero sus primeros años de adolescencia habían sido muy distintos, pues siempre estaba viajando a competencias y casi no pasaba tiempo en casa, así que no eran tan cercanas como habrían querido. Sentía que, por desgracia, su desarrollo social era casi nulo y le estaba costando trabajo ponerse al día.

—No estoy acostumbrada a no ser buena para algo —gimoteó Kimie con amargura—. Las adolescentes son más juzgonas que los jueces deportivos.

—Tienes la boca llena de razón —contestó el doctor Becker con empatía.

Después de un rato, ella le contó que había consumido Molly en Fin de Año y que había probado la cocaína por primera vez en el club, y de paso le echó la culpa al novio de su hermana por haberle dado las drogas. Después de eso, escuchó la explicación que le dio el doctor Becker sobre cómo se siente la resaca de la coca y cómo, al consumirla, había agotado las reservas de dopamina de su cerebro. Por esa razón estaba tan agotada y necesitaba unos cuantos días para recuperarse.

—Ahora bien, si de verdad fue tu primera experiencia con la cocaína, eso no explica por qué te sigues sintiendo así de mal y estás tan llorosa once días después. Me pregunto si habrá algo más. Te prometo que no hay nada que me sorprenda. No digo que tu tristeza no sea especial, porque lo es. Me refiero a que puedes confiar en mí y contarme cualquier otra cosa que te haya ocurrido. Si tuviera que adivinar, diría que hay un chico de por medio.

Kimie asintió, taciturna, y finalmente le contó todo sobre el vergonzoso rechazo por parte de Vronsky.

—¡Pensé que le gustaba! —balbuceó con la mirada fija en el suelo—. Y... yo lo amaba. O al menos eso pensaba. Me usó y me siento como una idiota. —Cuando el doctor Becker le preguntó si había tenido relaciones sexuales con Vronsky o, en todo caso, con algún otro chico, ella se sonrojó y afirmó enérgicamente que no—. Jamás me atrevería. Solo hicimos... otras cosas.

Vio que el pediatra anotaba algo en su iPad. Horas después, en el taxi de regreso a casa, Kimie se preguntó qué habría escrito y si sería algo así como «La paciente lloriquea demasiado». Una vez que terminó el examen físico y la enfermera obtuvo cuatro tubos de sangre de una vena de su brazo para una serie de exámenes que el médico había ordenado, el doctor Becker le entregó una paleta de caramelo roja en forma de corazón que tenía la palabra AMOR impresa en letras blancas.

—Lo siento, chiquilla, pero son las únicas que tengo hoy —dijo—. Sé que te sientes fatal por ese tal Vronsky, pero estoy seguro de que no tendrás dificultad alguna para encontrar alguien que sí sea digno de tu afecto.

Mientras esperaba el elevador con su mamá, pensó en aquellas últimas palabras del médico y, aunque sabía que se las había dicho para hacerla sentir mejor, en realidad la habían hecho sentir mucho peor. Y es que no eran verdad. Aunque sentía un desprecio profundo por Vronsky en ese momento, para ser sincera no creía que nadie en la ciudad mereciera su afecto más que él. Se quedó mirando la palabra AMOR impresa en la paleta de corazón y le empezó a temblar el labio inferior. La lanzó al basurero que estaba junto al elevador, pero ya era demasiado tarde: una tormenta de lágrimas había empezado a caer.

Su madre la obligó a ir a Saks de todas formas y, mientras Kimmie iba unos pasos por detrás de Danielle en la Quinta Avenida, culpó a Lolly de la falta de interés de su madre. Su hermana era la reina de los berrinches y había lloriqueado y hecho tantos escándalos durante años que su madre se había vuelto inmune también al sufrimiento de Kimmie. Con estoicismo, se contuvo de señalar que, en los quince años que llevaba sobre la faz de la Tierra, era probable que solo hubiera llorado frente a su mamá un puñado de veces, y la mayoría había sido de coraje por haber perdido una competencia.

Lo que en realidad la enfurecía era su incapacidad para controlar el llanto. Lo había intentado hasta la extenuación por las noches, mientras estaba sola en la oscuridad de su habitación y ya no podía seguir durmiendo. Decía para sus adentros: «Deja de llorar como una perrita», pero no funcionaba. Sabía que tenía derecho de llorar todo lo que quisiera por lo que había ocurrido en la fiesta de Jaynel, pues la experiencia con Vronsky le había dejado el corazón hecho trizas. No era sencillo averiguar qué dolía más, que él no sintiera lo mismo que ella o que la hubiera botado por alguien más.

Tuvo varias horas para pensar en todo lo que había ocurrido, y lo único que la hizo sentir un poquito mejor fue cuando intentó retroceder y mirar las cosas a cierta distancia. No estaba ciega. Anna tenía cosas con las que no podía competir. Su belleza era muy particular y mucho más emocionante que la falsa cabellera rubia de Kimmie; Anna era mayor y más sofisticada que ella; y, sobre todo, no estaba disponible. Ella no devolvía las atenciones que recibía, y a los hombres les encantaba tener que perseguir a las mujeres. Además, competir con el novio de Anna, universitario y respetable, hacía que la situación fuera demasiado tentadora para Vronsky. La pobre Kimmie no tenía oportunidad alguna.

A veces deseaba que Anna sufriera el mismo destino que ella, que la descartaran tan pronto como un nuevo objeto brillante captara la atención de Vronsky. Pero otras veces deseaba que fuera Anna la chica que tuviera la capacidad de hacerlo pedazos de una vez por todas. Si alguien era capaz, sin duda debía ser la perfecta y envidiable Anna K.

Kimmie sabía que aquello era mera especulación; en realidad, solo había visto a Vronsky y a Anna bailando en el club unos instantes, y ni siquiera se estaban besando. Incluso le preguntó a su hermana si los había visto besarse en el club, y Lolly le aseguró que no había pasado nada entre ellos. Anna tenía novio y jamás haría algo tan básico como traicionar al Don de Greenwich. Aun así, eso no reavivó la esperanza de Kimmie de tener algo con Vronsky. Había visto la forma en

que él miraba a Anna mientras bailaban. Jamás la había mirado a ella de esa manera.

Kimmmie estaba en el punto en que sabía en el fondo de su corazón que lo que sentía era, sobre todo, desprecio por sí misma. ¿Cómo pudo rendirse con tanta facilidad ante los encantos de Vronsky? ¿Cómo fue capaz de creer que él la amaba como ella a él?

Después de parar en el mostrador de los cosméticos SKII, Kimmmie intentó convencer a su madre una vez más de que la dejara volver a casa para pasar el resto del día en cama. Pero ella se mantuvo firme y se negó.

—Necesitas almorzar. Tal vez tus niveles de hierro están bajos. Quiero que comas algo de carne roja. ¿Estás en tus días? ¿Qué tan intenso es tu flujo? —le preguntó su mamá con voz normal, como si le estuviera preguntando por el clima.

—¡Mamá! —A Kimmmie le temblaba el labio inferior mientras intentaba contener las lágrimas de nuevo—. ¿Por qué me avergüenzas así? ¡Mi vida ya es demasiado complicada como para que hables así de mi periodo en pleno Saks!

Mientras picoteaba la ensalada de carne que su madre había ordenado para ella, Kimmmie descubrió lo que el doctor Becker le había dicho a su madre en privado después de examinarla. Le había dado un justificante médico para que se ausentara de la escuela el resto de la semana, lo cual fue un inmenso alivio para Kimmmie. El médico creía que quizá no había terminado de procesar el duelo de la lesión que acabó con su carrera y que la depresión era su forma de lidiar con ello. Le recetó descanso y le recomendó a unas cuantas terapeutas especializadas en adolescentes.

—¿Cree que debo ir a terapia?! —preguntó Kimmmie, horrorizada y con los ojos como platos.

—No seas tan melodramática, Kimberly. La mitad de las niñas de Spence van a terapia. —En realidad, su madre se equivocaba, pues eran muchas más, pero ese no era el punto.

—Por favor, por favor, por favor. ¿Podemos no hablar de eso aquí? Esperemos a ver qué dicen los resultados de los estudios. O sea, a lo mejor tengo leucemia y me estoy muriendo. Si así fuera, ¿no te sentirías mal de haberme enviado con un loquero? Estoy enferma, mamá. ¡No me lo estoy imaginando! —Se sintió un poco avergonzada por decir esas cosas, pero daba igual. Estaba exhausta. ¿Quién habría pensado que era posible sentir tanto agotamiento a los quince años?—. ¿Me estás escuchando, mamá? —gimoteó cuando se dio cuenta de que su mamá estaba enviando mensajes de texto por debajo de la mesa.

¿Cuántas veces la había oído decirles a ella y a su hermana que ver el celular durante las comidas era una grosería? ¡Y ahora le estaba haciendo lo mismo! Sabía que su mamá estaba distraída con su propia vida amorosa, y por un momento se permitió disfrutar el deseo malsano de que siguiera siendo una triste y solitaria mujer divorciada. Tal vez así sería más compasiva frente al dolor de su hija.

En ese momento, Kimmmie sostenía un vaso de agua; de hecho, lo estaba apretando... con fuerza. Solo recordaba haber escuchado un crujido que pareció sonar a sus espaldas. Cuando se dio cuenta, tenía el regazo empapado de agua, y su madre se levantó tan rápido de la mesa que casi la volteó. Kimmmie no sentía dolor alguno, pero cuando Danielle le tomó la mano derecha y se la envolvió en una servilleta, la tela blanca se tiñó de rojo casi de inmediato. De pronto estaba rodeada por el gerente del restaurante y dos meseros; todos se veían muy asustados por la

cantidad de sangre derramada.

En cuestión de minutos, había vuelto a la sala de examinación del doctor Becker. Mientras observaba su mano envuelta en gasa, notó que se sentía un poquito mejor, aunque quizás esa no era la palabra precisa para describir cómo se sentía. De algún modo, estaba más tranquila. O no, tampoco era eso. Lo que estaba experimentando era una ausencia temporal de miseria, y esa ausencia era como la nada, algo que le resultaba grato a Kimmie.

El doctor Becker no consideró necesario ponerle puntadas. En vez de eso, usó un superpegamento quirúrgico para sellar la más profunda de las tres cortadas en la mano y le puso curitas en las demás. Luego le pidió a Danielle que esperara afuera. Quería hablar con Kimmie a solas. Por segunda vez en dos horas, el doctor Becker la miró fijamente a los ojos a través de sus elegantes lentes sin armazón.

—¿En serio fue un accidente? —preguntó con un tono suave—. Mírame a los ojos y dime la verdad.

—Fue un accidente. El vaso era de mala calidad —contestó Kimmie—. No soy la versión femenina de Hulk ni nada por el estilo. Simplemente... pasó. Lo juro. —El doctor Becker se quedó callado, por lo que Kimmie entró en pánico—. Ay, Dios, ¿cree que estoy loca? He leído que algunas personas pierden la cabeza después de probar drogas por primera vez. ¿Es eso lo que me está pasando?

—Estarás bien, Kimmie —contestó el doctor Becker con serenidad—. Eres una muchacha fuerte, y quiero que sepas que, dado lo que me contaste hace rato, lo que te está pasando es normal. En estos tiempos, las adolescentes están sometidas a muchísima presión social, y es perfectamente normal sufrir crisis nerviosas o entrar en pánico. Pero cuando hay sangre... ya no es normal. Lesionarse a uno mismo no está bien.

Kimmie le lanzó una mirada fulminante y seria.

—Fue un accidente.

—Está bien. Te creo. Estas cosas pasan. Lo sé de primera mano. En fin, ¿quieres otra paleta de corazoncito? Por lo general solo doy una, pero es San Valentín, así que... —El doctor Becker sonrió.

Esta vez, Kimmie no tiró la paleta a la basura. En vez de eso, tras entrar al elevador, le arrancó la envoltura de celofán con los dientes y la escupió en el suelo. De pronto tenía mucha hambre, un apetito voraz. Apenas había tocado el almuerzo; de hecho, no había comido gran cosa en los últimos días. Tan pronto se llevó la paleta a la boca, le dio un gran mordisco y se deleitó con el crujido del caramelo que se tronaba entre sus dientes. Estaba tan concentrada en masticar aquel dulce con sabor a cereza que ni cuenta se había dado de la presencia de dos hombres como de la edad de su papá, quienes la estaban mirando.

—¿Qué carajos me ven? —espetó—. ¿Acaso no saben que es el puto Día de San Valentín?

vi

Hacia medio año que Nicholas y su mamá no hablaban. Dustin le echaba la culpa a su hermano. Hacia seis meses, al volver del cine, su madre había encontrado a unos desconocidos en su

departamento. Supuso que eran ladrones y salió corriendo a llamar al 911 desde el celular, pero lo que no sabía era que quien lideraba el «asalto» era su hijo mayor, Nicholas, quien estaba descolgando la televisión Samsung 4K de cincuenta y cinco pulgadas del muro de la recámara de su mamá con un desarmador eléctrico. Era la misma que el propio Nicholas le había instalado dos meses antes como regalo del Día de las Madres. El regalo había conmovido tanto a su madre que rompió su propia regla y le dio un poco de dinero, el cual Nicholas usó para comprar drogas y recaer después de cuatro meses de estar limpio. Desde el punto de vista de Dustin, había sido básicamente una tragedia griega de proporciones épicas.

Él no había presenciado la escena, pues esa semana le tocaba quedarse con su papá en el centro. Pero, por lo que supo después, Nicholas y sus amigos huyeron al escuchar las sirenas y se toparon de frente a su madre, quien estaba parada en el pasillo, afuera de su departamento. Cuando vio que el ladrón era Nicholas, lo tomó del brazo, pero él se apartó de ella con brusquedad, haciendo que su madre se golpeará la cabeza contra la pared y se cayera.

Había que reconocerle a Nicholas que no dejó a su madre abandonada en el piso para huir como sus dos dizque amigos. (Los arrestaron cuando salían del edificio). Diez minutos después, cuando la policía entró al departamento, encontraron a Nicholas sentado en el sofá junto a su madre, poniéndole una bolsa de guisantes congelados en la cabeza. Él le había rogado a su madre que mintiera y les dijera a los policías que él estaba dormido en su habitación cuando dos hombres se metieron a robar al departamento, pero ella se negó.

—Me aventaría frente a un autobús por ti, pero me niego a mentir.

Dustin sabía que esas habían sido sus palabras exactas, pues tanto Nicholas como su madre las mencionaron en su declaración sobre los acontecimientos de esa noche. Para cuando Dustin y su padre llegaron, su madre se había tomado una dosis doble de Valium, el cual ya estaba empezando a surtirle efecto. Les pidió que se quedaran esa noche, y ninguno de los dos se pudo negar al ver a la aturdida y devastada mujer.

Para Dustin y su papá esa noche fue la primera oportunidad que tuvieron para conversar como adultos. Bueno, habían tenido una pseudoconversación sobre sexo cuando Dustin tenía trece años, pero esta consistió en que su papá entró a su habitación mientras él estudiaba y le dijo:

—Tu mamá me pidió que viniera a hablar de sexo contigo. ¿Crees que sea necesario?

Dustin negó con la cabeza, y el alivio de su padre fue muy notorio. Luego le informó a su hijo menor que tendría que quedarse ahí durante la siguiente media hora para poder decirle a su exesposa que había hecho la tarea que le había encomendado. Dustin y su papá vieron un capítulo de *Juego de tronos*, y ambos miraron fascinados y en silencio la escena lésbica en el burdel de Lord Petyr Baelish. Había sido uno de los momentos más incómodos de su vida.

Esta vez, hablar no era más sencillo, pero sí más necesario. Se habían sentado en lados opuestos del sofá con estampado floral de su madre; padre e hijo estaban juntos en la sala oscura, sin luz porque la lámpara se había roto durante el caos del intento de robo. Ahí hablaron de lo evidente, de lo que llevaban tres años intentando ignorar. Ambos reconocieron sentirse impotentes, pero también culpables por no haber hecho nada y dejar que la madre de Dustin cargara sola con el peso de la drogadicción de Nicholas. Los problemas habían empezado durante el agosto previo a que Dustin entrara al bachillerato, luego de que volviera a casa tras el campamento de robótica;

en ese momento se enteró de que a Nicholas le habían encontrado drogas en el campamento de verano judío donde había estado trabajando como monitor. Sus padres se sentaron con él y le comunicaron que habían metido a Nicholas a un centro de rehabilitación, aunque en ese momento ambos estaban en la fase de negación y no creían que su hijo fuera un verdadero adicto, sino que solo «necesitaba volver al buen camino».

Sin embargo, menos de un año después, las cosas habían cambiado por completo, y Dustin se dio cuenta de que estaban empeorando a una velocidad alarmante. Llevaban así casi cuatro años, sin señal de mejoría alguna, y ya lo sabía todo el mundo. A sus espaldas, la gente susurraba: «Ah, ¿ellos? Resulta que sus padres son judíos, están divorciados, y... aunque el hijo negro adoptado es un genio en la escuela, el hijo mayor, el biológico, es drogadicto».

Era evidente que el incidente de aquella noche era la señal de que Nicholas tenía que ir a rehabilitación de nuevo, por cuarta vez. Dustin le dijo a su padre que, según lo que había investigado en internet, los programas de rehabilitación de veintiocho días no eran muy efectivos a largo plazo y que, para obtener mejores resultados, era necesaria una estadía de tres meses. Su padre estaba de acuerdo, pero le explicó que las clínicas de rehabilitación eran costosísimas. Los seguros cubrían algunas, pero los mejores lugares, aquellos donde la gente con su mismo nivel de ingresos enviaba a sus hijos para que dejaran el vicio, por lo regular no aceptaban la cobertura de los seguros para estadías de más de un mes. También le explicó que tenía que tomar en cuenta a su nueva esposa, y que con gusto se gastaría sus ahorros para la jubilación si creyera por un instante que su hijo mayor iba a salir de rehabilitación sin la posibilidad de volver a recaer.

Fue la primera vez que Dustin oyó a su padre llorar. Por fortuna, no lo vio. Para él, escucharlo fue mucho menos incómodo que verlo, pero no por eso resultó menos perturbador. Se preguntó si sería la oscuridad lo que les permitía hablar con tanta franqueza y apertura. Dustin respiró profundo y dijo que quería usar los ahorros que había reservado para que fuera a la universidad en pagar la rehabilitación de Nicholas durante tres meses en una buena clínica. Ya tenía una beca parcial para asistir al MIT y podía pedir un préstamo para pagar el resto. Usar ese dinero para brindarle a su hermano la ayuda que necesitaba era una mejor inversión.

—Intentó robarse la televisión de mamá —comenzó a decir Dustin, aliviado de poder sacar por fin las emociones que inundaban su cuerpo. No tenía más opción que decir lo que le pasaba por la cabeza, o se arriesgaba a estallar—. La misma televisión que él le había regalado por el Día de las Madres y que sé que tú pagaste, papá. ¿Te das cuenta de lo mal que está eso? Mamá se quedó llorando en su habitación cuando Nicholas se fue, y por primera vez no eran lágrimas de tristeza, sino de felicidad. La hubieras visto en la cena, tan alegre y sonriente. En verdad creyó que se mantendría limpio. Lo creía en serio. No dejaba de decir: «Sabe cómo usar un taladro, ni siquiera estropeó la pintura. ¡Usó uno de esos niveles como todo un profesional!». Ella creía que Nicholas podría conseguir trabajo en Best Buy y ser uno de esos tipos que instalan televisiones en las casas de la gente. Era por eso por lo que lloraba como una mamá feliz. Piénsalo, papá: si yo llegara a casa y dijera que conseguí trabajo en Best Buy, me cortarían la cabeza con una cuchara. Parecía que estaba más orgullosa de un hipotético trabajo en Best Buy que cuando el MIT llamó y prácticamente dijo que me habían aceptado sin que siquiera hubiera hecho la solicitud. —La voz de Dustin sonaba más aguda por la angustia, pero no le importaba. De todos modos, ya no podía

detener sus palabras—. Y pensar que el idiota vino a robarse esa misma televisión... ¿Quién hace algo así? Es imposible que no supiera lo que estaba haciendo. Digo, mamá nunca sale hasta tarde, así que lo más probable es que Nicholas viniera sabiendo que lo iban a descubrir. Si esa no era su forma de pedir ayuda a gritos, no sé qué era.

Fue entonces cuando comenzó a llorar en la oscuridad, a menos de un metro de su padre. Después, fueron a buscar algo de alcohol a la cocina. Encontraron una botella de prosecco que su mamá guardaba debajo del fregadero, y padre e hijo se la terminaron, aunque ninguno de los dos solía beber. Primero tomaron el vino tibio, luego le agregaron hielo, mientras intercambiaban chistes como si fueran parte del elenco de las *Real Housewives* pasando una tarde de verano junto a la piscina. Después tiraron la botella por el ducto de basura del corredor para ocultar la evidencia.

El padre de Dustin dijo que llamaría a su contador para idear un plan para la rehabilitación de Nicholas. Dustin le hizo jurar que nunca le diría a su hermano ni a su mamá que estaban usando sus ahorros para la universidad, ya que la última vez que lo propuso, tras enterarse de que los ahorros para el propio Nicholas se habían agotado, su madre no lo dejó siquiera terminar de decir lo que pensaba y le advirtió que su dinero era suyo y solo suyo. Si no lo usaba para la universidad, podría usarlo para comprar su primera casa.

—Papá, no te sientas culpable. Los dos sabemos que es lo correcto. Por favor, déjame ayudar.

Sus palabras volvieron a llenar de lágrimas los ojos de su papá, pero ninguno de los dos dijo nada al respecto.

A la mañana siguiente, Dustin despertó en su habitación envuelto por el olor a hot cakes y café y el surreal sonido de las risas de sus padres. Su madre estaba preparando un enorme desayuno para agradecerles a su papá y a él por haber pasado la noche con ella. Los tres comieron juntos, un suceso muy inusual desde el divorcio, hacía una década, y conversaron acerca de todo, menos de la razón por la que estaban juntos. Al final del desayuno, su madre anunció que necesitaba descansar de su hijo mayor. No quería enterarse del momento en que Nicholas saliera de la cárcel. No quería saber a dónde iría después. Tenía el corazón roto y necesitaba tiempo. Dustin y su padre aceptaron asumir la responsabilidad y hacerse cargo de todo, algo que ya habían decidido hacer. Dustin deseó que pudieran haberle contado a su madre su plan en primer lugar, pues tal vez eso habría aliviado un poco la culpa que sentía por tomarse un descanso de la maternidad.

Meses después, durante otro desayuno con hot cakes en una cafetería en el Bronx, Dustin al fin se armó de valor para preguntarle a Nicholas si seguía limpio a pesar de que lo hubieran echado de rehabilitación. El alivio que sintió cuando su hermano le confirmó que seguía resistiendo fue infinito.

—Oye, ¿crees que estaría trabajando en un puesto de tacos si estuviera metiéndome algo? — fueron sus palabras exactas.

La segunda pregunta de Dustin fue si se sentía listo para ver a su mamá; Nicholas dijo que estaba dispuesto si ella lo estaba, pero necesitaba que él estuviera ahí. Dustin aceptó hablar con su mamá al respecto cuando la llevara a cenar por San Valentín, pues no quería que pasara aquel día sola y, a decir verdad, él tampoco quería hacerlo.

Dustin estaba en la fase de negación de su duelo por Kimmie. En la mañana de ese mismo San Valentín, mientras estaba en la florería recogiendo las flores para su madre, decidió que era ridículo estar tan obsesionado con una chica a la que apenas conocía. Se sintió aún más ridículo por haberse convencido a sí mismo de que estaba enamorado de ella. Se tranquilizó diciéndose que el propósito de Kimmie en su vida no había sido darle su primera experiencia del amor romántico, sino quizá distraerlo un poco de la interminable preocupación por su hermano y de haber tirado dos años de colegiatura a la basura por él.

Esas eran las mentiras que Dustin se decía mientras estaba frente a los enormes ramos de rosas rojas de la florería. Pero sabía que a veces era mejor creer en las historias que uno mismo inventaba para poder sobrevivir el día. A final de cuentas, ¿acaso no era uno de los conceptos básicos de la vida en sobriedad «vivir un día a la vez»?

vii

Lolly sabía que había gente envidiosa que se preguntaba cómo había logrado ser la novia de alguien tan sexy como Steven. No había sido suerte; ella se esforzó bastante para atrapar a uno de los chicos más codiciados de la ciudad. Sabía que no poseía una gran belleza natural, pero lo que le faltaba en dotes genéticos lo compensaba con esfuerzo. Era hermosa «por su dinero», y lo sabía. Se había puesto luces en el cabello de cuatrocientos dólares y se hacía un corte cada ocho semanas. Siempre tenía un manicure perfecto y al último grito de la moda. Se hizo una rinoplastia en la secundaria y, aunque le pidió al doctor la nariz de Reese Witherspoon y terminó con una más delgada, como de Michelle Williams, la aceptó sin problemas. Estaba a dieta desde los trece años, iba a SoulCycle tres veces por semana e incluso compró en secreto una faja para moldear la cintura que vio anunciada en Instagram y que se suponía que reforzaba los músculos de su *core* mientras dormía.

Apreciaba todos los cumplidos que recibía por su aspecto, tanto de las amigas de su madre y de su rechoncha abuela como de los repugnantes hombres que le susurraban en la calle. Absorbía cumplidos como los camellos absorben agua y la guardan para después, pues solo ella sabía cuánto se había esforzado para obtenerlos. Así que, cuando llamó la atención de Steven dos años atrás en SoulCycle —su bicicleta estaba detrás de la de ella—, se sintió más gloriosa que nunca.

—Caray, chica, te luciste en esas subidas —fueron las primeras palabras que Steven le dijo.

Bueno, no del todo: dos semanas antes le había dicho «Oye, chica con la cola de caballo, esa no es tu bicicleta». Lolly se sintió tan avergonzada que estuvo a punto de caerse mientras intentaba desabrocharse los pedales y cederle el lugar. Para ella, esas palabras en realidad no contaban, pues podría habérselas dicho a cualquiera, así que no debían ser consideradas las primeras que le dijo solo a ella.

Por supuesto, Lolly ya sabía quién era él; lo había visto hacía meses en la clase y llevaba un registro detallado de sus horarios e instructores preferidos. Ella ya se ejercitaba con suficiente motivación, pero un poco de disfrute visual no podía hacer daño, ¿cierto? Steven era uno de los chicos más atractivos de Collegiate: medía más de uno ochenta, tenía marcadísimo el abdomen por el lacrosse y el tenis, y parecía una mezcla perfecta entre John Cho y Ryan Gosling. Por si eso

fuera poco, también hacía una legendaria fiesta de Fin de Año tan popular que lo había hecho famoso en casi todas las preparatorias de Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut y partes de Pensilvania. Lolly, que no sabía de dónde había sacado el valor, respondió al cumplido invitándolo a una sesión doble de SoulCycle.

—¡Ay! ¿Puedes hacer dos clases seguidas? Hashtag perradeportiva —respondió él.

Steven tenía solo tres meses haciendo SoulCycle y no podía creer cuánto trabajo le estaba costando.

—No lo hago todo el tiempo, aunque sí a veces. Es más fácil de lo que parece. Son las endorfinas, creo. —Lolly estaba segura de que la voz le temblaba al hablar, pero, para su fortuna, el volumen de la música ocultó su nerviosismo—. ¿Quieres intentarlo? —añadió, rezando por que aquel chico tan extraordinariamente lindo que estaba frente a ella dijera que sí.

—¡Cómo no! Hagámoslo —exclamó él.

Steven se jactaba de estar siempre dispuesto a todo y aprovechaba cualquier oportunidad de hacer algo nuevo si le daba la posibilidad de alardear. Además, había pasado los cuarenta y cinco minutos de la clase anterior viéndole el trasero a Lolly, así que estaba bastante entusiasmado.

Durante su improvisada segunda sesión, Lolly no sintió dolor alguno. De hecho, es probable que fuera la clase más fácil en la que había estado, pues se sentía en las nubes por su reciente encuentro romántico.

Por azares del destino, Steven se estaba recuperando de una épica juerga de cocaína de unos días antes y había decidido bajarle al uso de drogas un tiempo y comenzar a cuidarse más. No pudo haber elegido mejor momento. A él se le daban los excesos, pero no se llevaba muy bien con el exceso de tiempo libre, por lo que le preguntó a Lolly si quería ver una película ese fin de semana. Ella sabía que esa sería su mejor oportunidad de conquistar a Steven, así que aceptó encantada. Cada una de las veces que vio a Steven durante el mes siguiente, pasó al menos hora y media arreglándose, o incluso dos horas en algunas ocasiones. Para entonces ya había leído todas las revistas de moda posibles, pero en esos días llevó su de por sí complicada rutina de belleza al siguiente nivel. Vio todos los tutoriales de *contouring* que encontró en YouTube y le daba mil vueltas a cada nuevo atuendo que iba a llevar cuando estuviera con él. Sus esfuerzos surtieron efecto en su aspecto, pues Steven, al ver su transformación, la encontraba más y más atractiva cada vez que salían, lo cual lo llevó a creer que sus sentimientos hacia ella eran cada vez más intensos.

Le contó que las mujeres coreanas en Seúl pasaban horas preparándose para ir al supermercado y que la apariencia era de gran importancia para ellas. Él se esforzaba por mantener su propio cuerpo en perfectas condiciones y vestía de forma impecable, y Lolly sentía que era justo que esperara lo mismo de su novia. Cuando Steven le dijo que podría haber pasado por coreana gracias al compromiso y la diligencia con que cuidaba su propio aspecto, fue el cumplido más grande que le había hecho jamás, y lo pensaba de verdad. Lolly adoraba la frecuencia con la que Steven le decía que era hermosa, pero se enamoró de él por la honestidad con que le decía que se había equivocado de atuendo o peinado. Sus mejores amigas, Miley y Hannah, creían que era un imbécil por hacer eso. Pero Lolly lo defendía y admitía que, cada vez que le decía algo así, tenía razón. Ella estaba orgullosa del buen ojo de Steven para la moda y su rigurosa atención a los

detalles. Incluso notaba la diferencia cuando Lolly traía extensiones de pestañas sintéticas y cuando gastaba un poco más en pestañas hechas de visón. A Lolly le tomó tres meses de esfuerzo extenuante, pero, cuando Steven K por fin le pidió que fuera su novia, fue el momento más feliz de su vida.

Cuando habló con Anna la semana anterior, no le confesó ninguna de estas trivialidades, pero eso fue solo porque la extraordinaria belleza de Anna era natural y parecía que lograba verse asombrosa sin esfuerzo alguno. Cuando Lolly se enteró de que Steven la había engañado con «Brad», lo que más la había lastimado no era que se hubiera echado al plato a otra, sino que no hubiera tenido la decencia de acostarse con alguien más linda que ella; al menos *eso* lo habría entendido. Ella tenía buena memoria visual y había visto suficientes desnudos de «Brad» en el Apple Watch de Steven como para saber que su rival no era talla cero. Pero las fotografías le dieron esperanzas, pues sabía cuánto valoraba Steven la apariencia de las mujeres. Quizá lo único que le veía a aquella zorra es que estaba dispuesta a acostarse con él, mientras que Lolly le había negado el sexo.

Por eso, la mañana posterior al «incidente de Brad», después de pasar cinco minutos mirando al que estaba a punto de convertirse en su exnovio, Lolly dio un giro de ciento ochenta grados y, en un sorprendente vuelco de los acontecimientos, decidió acostarse con él. Ella siempre había querido que su primera vez fuera con alguien a quien en verdad amara (preferiblemente, ¡con alguien que no se hubiera acostado con otra!), pero en ese momento se le ocurrió un nuevo plan: voltearía la situación con el asqueroso infiel de su novio, dándole justo lo que más deseaba solo para después arrebatárselo para siempre. «Te lo tiras y lo tiras», como solía decir Miley.

Ella había sido la estrella de todas las obras escolares de los últimos cinco años y sabía que era buena actriz. Esa mañana en la cama, hizo la actuación de su vida. Se desnudó y se metió en la cama con su bello durmiente, despertándolo con un suave beso en el cuello. Pese a que era cierto que a Lolly le gustaba hacer cosas con Steven, siempre se sentía un poco insegura por su apariencia, por lo que nunca podía relajarse del todo y disfrutar. Sin embargo, en esa ocasión Lolly cobró vida como si algo dentro de ella hubiera despertado y se divirtió por primera vez en mucho tiempo. No pensó ni un instante en cómo se veía ni en cómo Steven creía que se veía. Tampoco le importó si él lo estaba disfrutando. Tan solo se sintió libre, y al hacerlo comenzó a excitarse bastante. Después, sorprendido por el cambio que había notado en Lolly, Steven comenzó a llorar, a rogarle que lo perdonara y a prometerle que no volvería a serle infiel jamás.

Mientras miraba a su novio a los ojos, Lolly recordó el último consejo que Anna le había dado la noche anterior: la única oportunidad de que tuvieran futuro juntos implicaba que ella lo amara lo suficiente como para encontrar la forma de perdonarlo por lo que le había hecho. Confiando en la sabiduría de Anna, sintió que sí lo amaba lo suficiente y lo perdonó. Desde ese momento, habían sido más felices que nunca.

Una semana y media después de tomar la decisión de seguir con su novio, Lolly estaba almorzando con sus dos mejores amigas, quienes la molestaban con sus planes de San Valentín con Steven, cuando se le ocurrió la idea de celebrar la festividad haciendo sexo oral.

—Mi mamá estaba de supermal humor porque le programaron una endodoncia y dijo que era un mal momento por la mamada que mi padrastro espera por San Valentín —anunció Miley de

la nada. Miley era una de esas chicas que decían cualquier cosa solo para escandalizar a la gente—. Todo el mundo sabe que los novios y los esposos esperan mamadas extraespeciales en los días feriados. Su mamada de cumpleaños es tal vez el momento más importante del año, pero la de San Valentín es tal vez el segundo, pues por lo general los hombres son quienes asumen todo el esfuerzo con los regalos, y las cenas y esas cosas. Digo, lo justo es darles una recompensa por su buen comportamiento. Y, como sé que no le vas a dar tu florecita a Steven por su comportamiento con «Brad», supongo que sigues obligada a hacerle una «felación de celebración». O sea, sigues siendo su novia. Y no dudo ni tantito que Gastón Billetes te dará un regalazo.

—¡Qué asco! ¿Por qué siempre tienes que hablar de esas cosas? —le preguntó Hannah (quien aún era virgen) a Miley (cuya virginidad había hecho lo que el dodo hacía mucho)—. O sea, que Lolls y yo sigamos siendo virgitarianas no significa que seamos criaturas patéticas y reprimidas que necesitan un bombardeo constante de sexperiencia por parte de la única integrante de nuestro trío que ha sido desflorada.

Hannah le guiñó un ojo a Lolly, quien le había confesado que había perdido su virginidad con Steven el día de asueto por la nevada tras la debacle de «Brad». Sabía que aún no se lo había contado a Miley. Lolly y Miley eran amigas desde preescolar y siempre tuvieron el estricto pacto de que se contarían todo entre ellas antes de decirle a Hannah. Esa fue la primera vez que Lolly rompió el pacto, pues sabía que Hannah sería mucho más comprensiva cuando le dijera que había decidido quedarse con Steven. Hannah era una ñoña del teatro como Lolly, se sabía las letras de todos los musicales, y eso significaba que estaba más preparada para entender que el amor y las relaciones son complejas, y que los finales felices son mucho más dulces con unas cuantas baladas desesperadas de por medio.

Miley le puso los ojos en blanco a Hannah.

—Ay, lo que digas. Solo quería ayudar a mis perras, pero si no quieren mi ayuda, buena suerte, señoritas... —Se detuvo un momento, pero no pudo evitarlo y tiró a matar—. ¡Es que no sé cómo pudiste volver con él después de lo que te hizo! O sea, sé que lo amas, pero lo volverá a hacer. Mi mamá siempre dice: «El que es infiel en lo poco, es infiel en lo mucho».

Lolly mantuvo la calma, a pesar de que le había dicho a su amiga que no quería oír más quejas sobre Steven. Sin embargo, Miley estaba obsesionada con su estatus como alfa, lo que implicaba que ella siempre tenía la última palabra. De todos modos, en ese momento Lolly no estaba de humor como para discutirlo. Para ella era importante mantener al menos una parte de su vida en orden, y, ya que en ese momento su vida familiar era muy tensa, de verdad necesitaba que su vida escolar fuera tranquila.

Pero eso no significaba que fuera a compartir con Miley que había cruzado el Rubicón con Steven y que había dejado de ser virgitariana para convertirse en hombrívora. De lo que sí se aseguraría era de ser tan buena en la cama como cualquier zorra del sur del Bronx dispuesta a sextear, si no mejor. Así pues, como preparación para San Valentín, Lolly se escondió en su armario cuando se suponía que debía estar haciendo la tarea (¿no contaba esto un poco como tarea?), se puso sus nuevos audífonos dorados Beats y tecleó las palabras «mejor mamada del mundo» en la barra de búsqueda.

El papá de Steven lo llamó desde Singapur y le pidió que llevara el regalo de San Valentín de su madre al departamento. Bueno, en realidad no se lo «pidió»; él no le pedía nada a su único hijo, se lo exigía. Steven, quien no podía decirle que no, prometió hacerlo, pero sabía que la única forma en que podría lograrlo sin llegar tarde a su cita con Lolly a las dos de la tarde en el hotel St. Regis era haciendo el encargo de su papá durante el almuerzo. Solicitó entonces que un mensajero de Van Cleef & Arpels le llevara el regalo a la escuela, donde lo recogió antes de irse.

Jamás se le ocurrió que debía avisar a su mamá antes de aparecerse en la casa. ¿Por qué habría de hacerlo? Cuando entró, vio un par de tenis de Big Baller Brand edición limitada de talla trece junto a la puerta. Al recordarlo después, se preguntó por qué los zapatos no lo hicieron dudar, pero, por alguna razón, supuso que serían de alguno de los muchos trabajadores que estaban instalado los nuevos libreros de madera de cerezo en la biblioteca. Pero eso no tenía sentido: él sabía que los tenis de diseñador costaban más de seiscientos dólares en Barney's.

—¡Mamá! ¡Oye, mamá! —gritó mientras se dirigía a la cocina para ver qué encontraba para comer, pues se estaba perdiendo el día de pizza en la escuela.

Como ella no respondió, metió dos Hot Pockets en el microondas y fue a buscarla. En el corredor oyó música proveniente de la habitación de sus padres. Cuando abrió la puerta de la recámara, vio a su madre recostada en la cama mientras un tipo desnudo con un enorme tatuaje de dragón en la espalda la atendía. Lo primero que pensó Steven fue que estaba sufriendo su primera alucinación retardada de ácido, pues lo que veía no podía ser real.

Por suerte, su mamá y el tipo del tatuaje en la espalda estaban tan sumidos en las mieles de la pasión que ninguno de los dos se dio cuenta de que Steven estaba parado en la puerta con la boca abierta. Se quedó ahí, congelado, mientras «Between the sheets», de los Isley Brothers, sonaba a todo volumen a través de la puerta. Él la reconoció de inmediato como la melodía que The Notorious B.I.G. usó en «Big Poppa», una de sus canciones favoritas en el mundo, lo que hizo que la situación se volviera diez veces peor. *Pasmado* era la única palabra que podía servir para describir a Steven en ese momento. En realidad, *estupefacto* y *atónito* también habrían funcionado. Su desconcierto pronto se transformó en náuseas, y apenas si logró llegar al baño del vestíbulo antes de vomitar el batido de chocolate de Muscle Milk que había tomado minutos antes.

Tembloroso y sudoroso, empezó a caminar de un lado al otro del vestíbulo mientras intentaba decidir qué hacer. Al fin, armó un plan de acción: huiría de la escena del crimen que acababa de presenciar. Le dejó a su mamá un post-it en el salón principal junto al regalo de San Valentín de su padre y salió de ahí.

Le pidió al portero que le detuviera un taxi, pues no se sentía capaz de usar su teléfono para pedir un Uber. Pocos minutos después, iba en el asiento trasero de un taxi camino al hotel. Lo más duro para Steven era su incapacidad para procesar lo que sentía, además de la imperiosa necesidad de tomar enjuague bucal. Recordó que su padre le era infiel a su mamá con frecuencia, así que no debía sorprenderle que ella hiciera lo mismo. Pero sí le sorprendía. Le parecía

incorrecto y asqueroso, sobre todo porque era su madre. No podía pensar en ella como mujer, ni mucho menos como un ser sexual.

Su mamá era elegante y majestuosa, lo que no concordaba con lo que recién había visto. Asistió a las mejores escuelas, debutó en la alta sociedad de Greenwich y de Nueva York, y era una mujer muy poderosa en los círculos sociales más altos. ¿Qué diablos hacía con un tipo con un tatuaje tan cliché como un dragón en la espalda? Además, el tipo aquel tenía que ser joven, tendría algo más de veinte años, porque nadie de más de treinta conocía los tenis que había visto en la puerta. Eso significaba que su madre se estaba acostando con alguien no mucho mayor que él.

Su mamá recibía tarjetas de Navidad y canastas de fruta de Anna Wintour. Dejó de usar faldas por encima de las rodillas a los cuarenta años y nunca llevaba escote a menos que los diseñadores que le hacían los vestidos le dijeran que era obligatorio. Cuando le advirtió a Steven que debía usar anticonceptivos y él le confesó que Lolly lo estaba haciendo esperar, alabó a Lolly por su educación y comportamiento de dama.

Lo que Steven acababa de presenciar no era el comportamiento de una dama.

Pensó en llamar a Anna y contarle. Ella le había escrito hacía unas horas para agradecerle por los chocolates y recordarle que iba de camino a la ciudad para la exposición canina de Westminster. Steven, por supuesto, lo había olvidado por completo. Por un momento se sintió mejor al saber que su hermana ya debía estar en la ciudad y que podría contarle en persona, si acaso decidía hacerlo.

Llegó al St. Regis temprano, lo que significaba que Lolly aún no estaría ahí. Estaba desesperado por ir al bar King Cole por un trago, pero estaba seguro de que no se lo servirían. Por otro lado, aún era bastante temprano, y el cantinero tal vez no pensaría que alguien que tuviera el descaro de pedir alcohol en pleno día pudiera ser un adolescente. Deseó poder contarle a Lolly lo que acababa de ver, pero sabía que era imposible. No podía expresar lo que pensaba sobre la infidelidad de su madre tan poco tiempo después de que ella lo descubriera siéndole infiel. No había pasado una semana siquiera.

Sentado en el lobby, con la pierna rebotándole por los nervios, le escribió a Dustin:

STEVEN

Amigo, San Valentín. Hoy cancelado. Mañana?

La respuesta de Dustin llegó de inmediato:

DUSTIN

Lo supuse. Sí, mañana.

STEVEN

Hoy en la noche? Después de las 12?
Necesito ayuda.

DUSTIN

Sí, búscame más tarde.
Buen San Valentín.

STEVEN

Igual, amigo.

DUSTIN

Lo dudo. El amor apesta.

Al leer el último mensaje de Dustin, Steven hizo una mueca de dolor, pues había olvidado que su amigo tenía sus propios problemas amorosos. Cuando Dustin había ido a su casa para la sesión de tutoría el lunes después de la fiesta, Steven no sabía si querría hablar de Kimmie o no. En cuanto abrió la puerta, las primeras palabras de Dustin fueron:

—No volvamos a hablar de ella, ¿de acuerdo?

—Ni siquiera sé de quién estás hablando —respondió Steven, respetando el código de varones.

Si Dustin no quería hablar de Kimmie, ¿quién era él para contradecirlo? Steven se preguntó si a Dustin le interesaría saber que el Conde ya no era parte de la ecuación con Kimmie; sin embargo, al mismo tiempo, Lolly le había contado que Kimmie seguía atorada en esa situación, así que quizá debía dejar que las cosas se enfriaran un poco más.

A pesar de que sus padres le habían advertido que no debía hablar de los asuntos de la familia con otras personas, sabía que Dustin podría guardar el secreto de lo que él había visto. Sabía también que su amigo tenía sus propios problemas familiares. Todo el mundo sabía que el hermano mayor de Dustin, Nicholas, había estado entrando y saliendo de rehabilitación durante años y, hasta donde él sabía, estaba ahí en este momento. Nunca había probado la heroína, sobre todo porque temía que le gustara demasiado. Tampoco había probado las metanfetaminas, pero eso se debía más a su equivocada impresión de que esa era la droga de los pobres.

Consideró la posibilidad de que su padre supiera que su esposa se acostaba con otros hombres, pero desechó la idea casi de inmediato. El padre de Steven era un hombre orgulloso, como la mayoría de los coreanos. Un hombre como él perdería toda dignidad si su esposa tuviera amantes. Y no había duda de que sus padres no eran el tipo de personas que tendrían un matrimonio abierto. De ninguna manera. La privacidad, la protección de su apellido y Anna eran las tres prioridades de su padre en la vida. Y Steven sabía de primera mano cuánto se enfurecería si alguna de esas tres cosas estuviera en riesgo. Sacudió la cabeza, irritado con su madre por haberlo puesto en una posición tan terrible. Ese era justo el tipo de mierda en la que no le gustaba pensar. «Está muy por encima de mis malditas posibilidades», pensó.

Steven sabía a la perfección qué le despejaría la mente de todos sus problemas: la cocaína. Pero no tenía. Tampoco tenía marihuana. Lolly había insistido en tener un San Valentín libre de drogas, con la promesa de que había planeado cosas con las que estaría en las nubes sin necesidad de ninguna sustancia. Steven sonrió por primera vez desde el incidente. Ella lo había sorprendido al ser tan salvaje entre las sábanas desde el primer momento. Tenía altas expectativas para la

celebración, e incluso había hecho un gasto extraordinario para el regalo de su novia: un brazalete Love de oro rojo de Cartier. Su papá le había dado permiso de cargarlo a la tarjeta de crédito; primero le había dicho que no, pero Steven argumentó que había ciertos problemas en el paraíso y que de verdad tenía que compensar ciertas malas acciones que había cometido. A su padre le gustaba que se responsabilizara de sus errores, así que aceptó, aunque Steven sabía que en algún momento su padre usaría esos nueve mil dólares en su contra.

El estómago le rugió, y entonces decidió que esperaría a Lolly dentro del hotel y pediría servicio a la habitación. Necesitaba comida y pronto, y entonces recordó los dos Hot Pockets que había dejado en el microondas en casa. Se golpeó el muslo al pensar en su error. Su madre sabría que había estado en casa más tiempo de lo que la nota sugería. Por un instante consideró la posibilidad volver y deshacerse de ellos, pero le pareció demasiado arriesgado. Lo que menos deseaba era encontrarse con su madre o, peor aún, con el tipo del tatuaje de dragón.

Si su mamá mencionaba los Hot Pockets, él se haría el loco y cruzaría los dedos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

«Caray», pensó. «San Valentín sí que es un día de mierda».

ix

La Exposición de Westminster era una de las pocas competencias caninas con bancas que quedaban en el país. La idea era que los perros aguardaban a que los juzgaran en una zona de espera designada a tal efecto, así que los asistentes podían caminar por todo el recinto y verlos de cerca mientras sus dueños, adiestradores y estilistas les hacían retoques de último minuto. Anna había sido una fanática de los perros toda su vida y asistió varias veces a Westminster cuando era niña. Su parte favorita era pasear y ver a los perros antes de que llegara el momento de la presentación.

Quien la llevaba siempre era su padre. Y fue en esa misma exposición donde ella le dijo que algún día, cuando creciera, tendría un perro que ganaría un listón en Westminster. Su padre le contestó que, si se esforzaba y mantenía una actitud positiva, sin duda lo lograría. Ahora, diez años después, ella había logrado la mitad de su meta. Y, aunque no lo sabía, era la competidora más joven de la arena.

Su padre estaba en Singapur en un viaje de negocios y no había podido acompañarla, aunque se despertó a la mitad de la noche para llamarla por FaceTime y desearles la mejor de las suertes a Jon Snow de la Muralla y a su hija. Los jueces verían al grupo de perros de trabajo en una hora.

Anna adoraba a su padre y sabía lo mucho que le dolía no poder compartir ese momento con ella, pero él le aseguró que se había ganado por méritos propios su lugar entre los mil doscientos dueños que exhibían a sus canes en aquella competencia de fama mundial. Recibir esa llamada la conmovió. Su padre le había enseñado a estar siempre agradecida por los momentos más importantes de su vida, y estaba dispuesta a disfrutar ese día al máximo.

Por mucho que disfrutara la relación tan cercana que tenía con su padre, entendía que existía un costo, que era el efecto que tenía en el resto de la familia. La forma en que su padre le hablaba a Steven, con un tono tan duro y exigente, le parecía desconcertante. Era cierto que su hermano

había comenzado a meterse en problemas desde quinto grado, pero ya desde antes Anna notaba la diferencia en cómo los trataba a ambos.

Su abuela coreana también lo comentó alguna vez. Mientras almorzaban, le dijo a su nieta que tenía mucha suerte de que su padre la tratara como si fuera de oro. Le explicó, en su inglés poco fluido, que en la cultura coreana se consideraba a las hijas prescindibles y nunca se les valoraba de la misma forma que a los hijos. Eran los hijos quienes llevaban el apellido familiar, y era su responsabilidad y honor hacerse cargo de sus padres, mientras que las hijas crecían para casarse y convertirse en parte de la familia de sus esposos, lo que significaba que todos los elogios o las vergüenzas que se ganaran en la vida no se reflejaban en sus padres, sino en sus futuros maridos.

—Mi papi no piensa así. Tal vez porque es más estadounidense que coreano —respondió Anna sin tener en cuenta con quién estaba hablando.

—Tu padre es coreano primero. Y siempre lo será —afirmó su abuela con una feroz expresión en el rostro—. ¡Te vendría bien seguir su ejemplo!

Entonces, su abuela se estiró por encima de la mesa y le pellizcó el brazo con sus uñas largas y rojas. Anna, quien entonces tenía solo diez años, gritó más por la sorpresa que por el dolor. No derramó lágrimas frente a su abuela, pues no quería darle ese gusto. En vez de eso, se disculpó y se fue a llorar sola al baño de mujeres.

No tenía intención de contarle a su padre lo sucedido, pero cuando tocó a la puerta de su estudio para darle las buenas noches, como hacía a diario, él la sentó en su regazo. Le preguntó sobre la visita de su abuela, y ella, que no quería mentirle a su padre a la cara, se apretujó contra su pecho, le dijo que estuvo bien y que había disfrutado mucho sus papas a la francesa con aceite de trufa, que eran en realidad lo único que le había gustado de la visita.

Como conocía a su hija, él le pidió más detalles y, a regañadientes, Anna le contó lo que su abuela había dicho. Cada vez más envalentonada, le mostró la tenue marca rosa del pellizco en el brazo. La expresión de su padre se endureció al escuchar la historia. Le dijo, con un tono que le prometió que no tenía que ver con ella, que estaba disgustado con su propia madre; sus opiniones eran de otra época y de otro lugar. Lo que en ese momento no le explicó a Anna era que ese anticuado pensamiento era también la causa por la que su abuela tenía una terrible relación con su propia hija. Su madre y su hermana menor, Jules, tenían años sin hablarse, y él había quedado en medio de aquel alejamiento sin solución.

—Tú, mi maravillosa hija, no eres prescindible. Eres lo más preciado del mundo y nunca te voy a perder porque te vayas con otra familia. Cuando crezcas, todos tus logros los obtendrás con tu apellido y para tu apellido. —Le besó la frente y concluyó—: Pero, por ahora, ¡eres mía, toda mía!

Anna rio, feliz de oír de boca de su padre lo mismo que pensaba ella.

—¿Eso significa que no dejarás que me case? —preguntó Anna, medio en broma y medio en serio, pues había partes de esa conversación que no comprendía del todo.

Su padre rio, un sonido que Anna no escuchaba a menudo. Le respondió que no, pero que debía saber que nunca permitiría que se casara con alguien que no fuera digno de ella y que, en todos los años que había vivido en este mundo, no había encontrado a nadie que se lo pareciera.

Anna se aferró al cuello de su papá y le dijo que lo amaba más que a nadie. Nadie la hacía sentir tan segura y querida como él. Sabía que era afortunada de tener un padre como el suyo, por lo

que le dijo que siempre se aseguraría de ser una mujer de la que él estuviera orgulloso.

—Pronto te darás cuenta de que hacer lo correcto casi nunca es lo más sencillo. Pero te prometo que dormirás mejor si lo haces.

Dicho esto, besó a su hija favorita y la envió a la cama.

Durante años, Anna había pensado en esa noche con frecuencia, pues el incidente le había producido varias sensaciones contradictorias. Al día siguiente, su madre entró a su habitación y se sentó a hablar con ella. Anna esperaba que ella fuera tan comprensiva como su padre, pero no fue así.

Su madre le contó que su papá había llamado a su abuela y que, con un tono de voz que ella nunca le había oído usar, le gritó por pellizcar a Anna. Como era evidente, a su abuela no le agradó que su hijo favorito le hablara así, por lo que colgó el teléfono. La mamá de Anna siempre había tenido una relación complicada con su suegra, quien nunca logró mirarla a los ojos, pues consideraba que no era digna de su hijo. La madre de Anna le dijo que su padre era un hombre muy importante y ocupado, y que no debía molestarlo con pequeñeces así en el futuro, pues a todos les tomaría tiempo superar lo que había sucedido.

A Anna le sorprendió tanto la reprimenda de su madre que solo pudo asentir sin emitir un solo ruido. Después de que su mamá salió de su habitación, lloró y escribió en su diario que quería más a su papi que a su mami porque él era más lindo y mejor, y era obvio que él la quería más. Avergonzada de haber puesto sus sentimientos en papel y temerosa de que alguien los encontrara después, arrancó la página, la hizo trizas y tiró los pedazos por el inodoro.

No había pensado en esa segunda parte del recuerdo en mucho tiempo. Su madre y ella no eran muy cercanas, y, si tenía que buscar alguna explicación para eso, lo más seguro era que se debiera a ese mismo incidente. En ese momento fue como si su madre hubiera declarado a qué bando pertenecía y a quién le debía lealtad: no a sus hijos, sino a su esposo. A veces se preguntaba si su madre estaba celosa de cómo la consentía su padre. Su papá y ella tenían más cosas en común y eran muy parecidos en muchos aspectos. Ambos eran tranquilos y callados, aunque tenían grandes habilidades sociales; eran calculadores, pero no fríos. Y, por supuesto, compartían su pasión por los perros, la admiración por su naturaleza sencilla y su amor incondicional. Anna vio la hora y se apresuró a buscar a Lee Ann, la adiestradora, para deseárselo lo mejor en la competencia... y para darle a Jon Snow un beso de buena suerte en el hocico.

X

Mientras Anna se abría paso tras bastidores, una voz conocida la llamó.

—Niña querida, ¿eres tú?

Ella se detuvo de golpe y al voltear se encontró a Geneviève R, la madre de Vronsky, parada detrás de la banca de un majestuoso borzoi llamado Tolstói, el cual había ganado como mejor de su raza y estaba esperando a los jueces del grupo de sabuesos, mismo que sería juzgado después del grupo de perros de trabajo. Anna sonrió y saludó con calidez a la afectuosa mujer, antes de examinar su increíble traje sastre azul de Tom Ford.

—Hola, señora R. Qué maravilla verla de nuevo —saludó Anna con voz alegre.

Estaba feliz de ver a la madre de Vronsky, aunque el corazón se le aceleró por la creciente esperanza de que su hijo también estuviera ahí. Geneviève le presentó a la dueña de Tolstói y le explicó que sería el semental de la camada del año siguiente, de la cual le había prometido un cachorro. Anna felicitó a la dueña por su triunfo, y le complació saber que la mujer sabía a la perfección quién era ella y también conocía a su gigantesco perro.

—Por cierto, tengo que volver con él. Otra vez, qué bueno verla de nuevo —dijo Anna, pero no consiguió alejarse.

—¿Sabes? Justo le acabo de preguntar a Alexia por ti —dijo Geneviève como si le hubiera leído la mente. Agitó una mano y esbozó una sonrisa cómplice—. Está por aquí, en algún lugar. — Anna le pidió que le diera saludos a su hijo y comenzó a alejarse. La mujer le deseó buena suerte —. Estaré al pendiente de Jon Snow.

«Está aquí. Está aquí. Está aquí», pensó Anna y se apresuró a volver a su propia banca. Se sintió boba por la felicidad que experimentaba, pero no podía evitarlo. Había sentido su presencia, y le alegraba poder confiar en su intuición para esas cosas.

Una hora después, Jon Snow terminó en el segundo lugar de su grupo; no participaría en el evento principal, donde se elegiría al mejor perro de la competencia. Anna estaba decepcionada, claro está, pero recordó que Jon Snow solo tenía dos años y medio y era mucho más joven que la mayoría de los perros contra los que había competido. El perro que había ganado en la categoría Mejor de la Competencia el año anterior era cuatro años mayor que él, así que Jon Snow tenía tiempo de sobra para convertirse en el gran rey de Westminster. El segundo lugar le valdría un listón, lo que significaba que Anna había alcanzado su objetivo de que uno de sus perros participara en la exposición y ganara un listón.

Durante la competencia observó a la multitud con la esperanza de encontrar a Vronsky y a su madre en las gradas, pero no logró localizarlos. Sabía que Geneviève le diría a su hijo que se habían encontrado, así que se obligó a ser paciente y dejar que él la encontrara. Si ella lo buscaba, podía dar una impresión equivocada, algo que le preocupaba haber hecho ya en la fiesta de Jaylen.

Dejó su asiento en la arena principal e iba de camino al área de las bancas cuando recibió una llamada. Era Alexander. Estaba a punto de responder, pero, al ver la fotografía de su novio en la pantalla, no pudo reunir el valor de aceptar la llamada. Decidió ignorarla; en vez de contestarle, le escribiría de inmediato para contarle la noticia del segundo lugar de Jon Snow y prometerle que le llamaría luego. Alexander respondió de inmediato.

ALEXANDER



felicidades!!!!!!

Sin embargo, Anna había guardado el teléfono antes de poder ver el mensaje.

Cuando llegó a la banca de Jon Snow, ahora vacía, Alexia Vronsky estaba esperándola ahí. Estaba admirando al perro de al lado, un animoso corgi tricolor llamado Garabato. Traía puestos unos jeans con un ajuste perfecto, una playera entallada y un saco deportivo azul marino de

Thom Browne confeccionado a la medida. Su cabello rubio estaba un poco más corto que la última vez que Anna lo había visto, pero aún tenía el largo suficiente como para colgarle sobre los ojos. Lo vio quitárselo de la cara. Sus ojos azul claro eran tan de ensueño como Anna los recordaba.

Se quedó ahí parada y lo admiró a cierta distancia, sin que él notara su presencia. Justo cuando estaba por salir de entre la multitud y saludarlo, sintió que algo la tocaba por detrás. El saludo favorito de Jon Snow era hundir su enorme hocico en el trasero de perros o humanos. Recién había vuelto del círculo de ganadores y estaba entusiasmado por el alboroto. Dos hilos de baba de diez centímetros le colgaban de la boca. Anna se dio vuelta y se acuclilló; envolvió su enorme cuello peludo con los brazos y él contestó al saludo tirándola al piso. Era algo habitual en su relación perro-dueña, pues Jon Snow pesaba unos treinta kilos más que Anna. Más que acostumbrada a esas actitudes, rio e inspeccionó su ropa en busca de la inevitable mancha de saliva.

Tras desenredarse del pelaje de Jon Snow, Anna levantó la mirada y encontró a Vronsky mirándola desde arriba, sonriendo mientras le tendía una mano para ayudarla a ponerse de pie.

—¿Estas seguro de que no te importa mancharte de baba?

—Cualquier baba asociada contigo es una baba que quiero tocar —respondió Vronsky con el tono más encantador posible.

Anna se rio de la respuesta y le tomó la mano, firme y cálida. Vronsky la ayudó a levantarse y, casi de inmediato, quedaron frente a frente. Entonces realizaron torpes movimientos para darse un medio abrazo y, de alguna forma, lograron no tocarse pese al impulso y el deseo de hacer justo lo contrario.

—Conde Vronsky, le presento a Jon Snow de la Muralla, el segundo mejor en el grupo de trabajo, aunque estoy en desacuerdo —dijo Anna—. Jon Snow, te presento al Conde Vronsky, el mejor de su raza. Saluda.

El terranova hizo lo que le habían enseñado y levantó una pata, misma que Vronsky estrechó con una sonrisa. Luego, se arrodilló y saludó al gigantesco perro de la forma correcta. Anna contempló toda la escena con una enorme sonrisa hasta que recordó dónde estaba, y corrió deprisa hacia Lee Ann para felicitarla por su buen trabajo. Ella le entregó un enorme listón azul verdoso que Anna tomó con un inmenso gusto. Planeaba enmarcarlo para cuando su padre volviera de Asia.

Jon Snow estaba exhausto por el gran día, y por una buena razón. Emitió un gemido de ansiedad que probablemente significaba que quería ver a su hermana, Gemma, y acurrucarse con ella para tomar una muy merecida siesta. Después de que Vronsky tomara algunas fotos de la feliz ocasión, la asistente de Lee Ann llevó a Jon Snow a su habitación. Lee Ann se despidió y se fue corriendo a ver a los perros que serían juzgados en el siguiente grupo.

Así, Anna y Vronsky terminaron juntos y a solas. Aun entre la enorme multitud, parecía que eran las únicas personas en todo el Madison Square Garden.

—¿Puedo invitarte a un almuerzo tardío? —preguntó Vronsky, y sus palabras lograron disolver el barullo del evento.

—Sí, claro. Suena bien.

Anna sabía que debía sentirse un poco culpable, pero lo único que en verdad sentía era hambre, sed y felicidad. ¿Qué importaba? Solo era un pequeño almuerzo.

xi

Anna no había ido nunca a Keens Steakhouse, pero sabía que era el lugar al que su padre y hermano solían ir después de un partido en el Madison Square Garden, donde su papá tenía asientos junto a la cancha. En algún momento de la historia, Keens, que tenía más de ciento treinta años de existencia, tuvo una estricta política que prohibía a las mujeres comer ahí. Cuando entró al enorme espacio del bar y vio su decoración hipermasculina —todo estaba hecho de madera y cuero—, notó que el lugar seguía sin atraer mucha clientela femenina.

—¿Segura que no te molesta comer aquí? —preguntó Alexia—. Podemos ir a otro lugar.

—No, esto es genial. Este lugar siempre me ha dado mucha curiosidad —respondió Anna, nerviosa de pronto. Había esperado ir a un lugar mucho más casual, pero, cuando Vronsky sugirió ir a Keens, Anna aceptó de inmediato—. ¿Tu madre no quiso acompañarnos?

—Mi madre solo come en el desayuno y la cena. Encuentra el almuerzo «vulgar» —dijo con una sonrisa—. Dame un segundo, iré a conseguirnos una mesa.

Antes de que Anna pudiera decirle que estaba bien en el bar o que incluso lo prefería, Vronsky ya se había ido. Apareció unos momentos después, acompañado del *maitre d'hôtel*, un hombre bajito con traje café y un bigote de proporciones épicas y cómicas. Anna lo siguió animosa a través del bar y el comedor del primer piso, junto a la recepción y por una escalinata de madera. Una vez que llegaron al segundo piso, atravesaron otro comedor, más grande que el primero, y subieron unos cuantos escalones que desembocaban en un pequeño corredor cerca de los baños. El *maitre d'hotel* le señaló a Anna una puerta que llevaba a un pequeño comedor privado con solo cuatro mesas, ninguna de las cuales estaba ocupada. Confundida, miró a Vronsky, pero antes de poder preguntar qué ocurría, el *maitre*, en cuya solapa se leía REMI, habló con voz grave y profunda.

—Bienvenida al salón Lillie Langtry, nombrado en honor de la primera mujer comensal en 1905. La señorita Langtry demandó al restaurante, pues estaba harta de escuchar sobre nuestras famosas chuletas de cordero y quería probarlas.

Anna rio por la sorpresa y se sentó en la silla de la mesa para cuatro personas que Remi le ofrecía. Vronsky se sentó frente a ella mientras el hombre bigotón quitaba los otros dos servicios de la mesa. Le entregó un enorme menú a cada uno y les informó que el mesero estaría con ellos en poco tiempo. Antes de salir del salón, se detuvo y se dio vuelta como si hubiera olvidado decirles algo.

—Si yo tuviera una novia tan hermosa como usted, también querría tenerla solo para mí. Feliz Día de San Valentín —dijo y se despidió con la mano.

Anna miró boquiabierta a Vronsky, pero como respuesta él solo se encogió de hombros.

—Pagué extra por el comedor privado, no por el comentario. Eso fue iniciativa suya. Aunque es un buen punto. —Anna admiró el pintoresco salón en silencio. En verdad no sabía qué decir. Se sentía halagada por los cumplidos y el alboroto, pero un segundo después sintió la punzante

preocupación de que si debían ocultarse era porque estaban haciendo algo malo—. Estás incómoda. Lo siento. Sé que el comedor principal es muy ruidoso y quería poder conversar sin gritar. En este lugar hay muchos salones privados. En el que pensé que nos sentarían es mucho más grande, y he comido muchas veces ahí con mi hermano y sus amigos. Ni siquiera sabía que este existía —explicó mientras se ponía de pie—. Pediré que nos cambien de mesa.

—No, no. Está bien. Me gusta. Y felicidades a Lillie Langtry por luchar por lo que quería. Es solo que... —Se quedó callada.

Vronsky estiró el brazo por encima de la mesa y le tomó la mano.

—Dime qué quieres. Haré lo que sea para que estés feliz.

Al sentir su tacto, ella se sonrojó. Almorzar en un comedor privado estaba bien; tomarse de la mano, no. La retiró de la mesa.

—Estoy feliz —dijo—. Feliz porque Jon Snow ganó el segundo lugar. Es lindo tener a alguien con quien celebrarlo.

Estaba a punto de decirle a Vronsky que su padre la habría acompañado de haber podido, pero el mesero apareció en ese momento, un hombre tan espigado como el *maitre* era bajo, y tan adusto como el otro era amigable. Decidió agradecerle a Vronsky por sus regalos de San Valentín, pero, en vez de eso, terminaron hablando de todas las mascotas familiares que habían tenido el gusto de conocer. Vronsky era un narrador talentoso y hacía una imitación de su mamá que rayaba en la perfección sin caer en la falta de respeto. Su mejor historia fue sobre la vez en la que su hermano mayor, Kiril, y él tuvieron que cuidar a los perros falderos de su madre, a quienes dejaron vagar libres por un aeropuerto en Italia. Los buscaron por todas partes, desesperados por encontrar al yorkie, cosa que lograron minutos antes de abordar su avión. O eso creían. Después de despegar se dieron cuenta de que tenían al perro equivocado.

—¿Cómo se dieron cuenta? —preguntó Anna, con la cara iluminada por la risa.

—Cuando el perro levantó una pata para orinar el zapato del señor del otro lado del pasillo. Verás, el perro de mi mamá se llamaba Petunia. ¡Era hembra!

Anna le contó entonces la historia de cómo se enamoró de los terranovas, misma que complementó con la historia de cómo declaró a los seis años que uno de sus perros competiría en Westminster cuando ella creciera.

—¡Pues salud por que ya creciste! —exclamó Vronsky mientras alzaba su copa de sidra.

Chocaron copas con alegría y empezaron a hablar sobre la pasión por otro animal que tenían en común: los caballos. Vronsky había montado mucho en su infancia, e incluso era posible que sus caminos se hubieran cruzado antes en los establos Staugas, cuando eran pequeños. Pero, después de andar en motocicleta por primera vez en Italia a los once años, la velocidad de las cuatro patas dejó de impresionarlo y no había vuelto a montar a un caballo desde entonces, aunque su gusto por la adrenalina lo convertía en un gran aficionado a la Maryland Hunter Cup, una carrera de obstáculos organizada en origen por los clubes de caza de esa ciudad. Anna le contó que a ella le atraía menos el peligro de los caballos y más bien adoraba la compañía y el afecto que proporcionaban. Tenía dos, quienes debían estarse preguntando en ese momento si estaba muerta, pues no podía recordar la última vez que había pasado más de una semana sin montarlos.

—No sé dónde quedaron las últimas dos semanas —dijo con toda honestidad y añadió—: Bueno, ahora que ya pasó Westminster, supongo que puedo volver a mi aburrida vida.

—¿Aburrida? ¿Tú? ¡Lo dudo mucho!

Anna sonrió y lo miró a los ojos.

—Creo que te estás proyectando, Alexia. Por lo que he oído, de las dos personas que estamos sentadas en esta mesa, tú eres el de la vida emocionante. Estoy segura de que soy mucho menos interesante que las incontables chicas con las que sueles estar. —Alexia sonrió y se movió con incomodidad en la silla pero, antes de que pudiera responder, Anna se acercó y continuó—. ¿Te puedo preguntar algo?

—Lo que sea.

—¿Por qué te dicen el Conde?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No lo sé. ¿Quiero?

—Cuando Bea y yo éramos chicos, ella tenía una cobijita morada que yo me amarraba al cuello. Su color favorito era el amarillo y siempre usaba un vestido color pollo. Nuestros padres nos apodaron «Abelardo» y «el Conde».

—O sea... ¿como en Plaza Sésamo?

—Ríete... anda.

—Adorable. Pero ¿sabes...? —Anna se detuvo. No quería ser ella quien repitiera el rumor.

—¿Que la gente cree que es porque me he acostado con tantas chicas que no puedo llevar la cuenta? Lo sé. Y no me importa. Es mejor que la historia verdadera.

—A mí no me lo parece.

—Qué bueno, porque eres a la única persona a la que se la he contado.

Anna estaba encantada de que le hubiera compartido algo tan íntimo y vergonzoso. Pero también le parecía alarmante. Habían alcanzado un punto sin retorno, y los dos lo reconocieron de inmediato. Podían mantener la farsa de que aquello era solo un almuerzo entre amigos, lleno de anécdotas familiares y conversaciones sin importancia, o podían proceder a hablar del asunto que de verdad les importaba: la innegable química que había entre ellos. A Vronsky le habría gustado tocar el tema, pero no quería, bajo ninguna circunstancia, discutir su reputación con Anna, y no podía hablar de una cosa sin mencionar la otra.

No temía que ella descubriera la cantidad de chicas con las que había tomado una copa de vino, cenado y hecho un sesenta y nueve. Eso era de conocimiento público y estaba seguro de que ella lo sabía. No, estaba convencido de que su pasado ya no importaba. Desde el momento en que la conoció, creía que Anna era su único futuro, y no importaba nada más. Cada momento que pasaba junto a ella era como un sueño que despertaba en él una hermosa pero desconcertante necesidad de hacerse sentir poderoso ante sus ojos. Todo lo relacionado con ella le parecía fascinante: la forma en que retorció la servilleta mientras hablaba, cómo se cubría la boca con las manos cuando reía demasiado fuerte, cómo se inclinaba hacia el frente de forma casi imperceptible cuando él le contaba una historia divertida. Se sentía desarmado frente a esos detalles.

—Me preguntaba qué opinas sobre devolver el perro —murmuró en voz baja, aunque con

firmeza. Anna estaba confundida y su expresión lo demostraba. Vronsky continuó—: Me refiero al indigente. Ha colgado algunos letreros de su perro perdido. Encontré uno el otro día y pensé en llamarte.

Se llevó una mano al bolsillo interior de su saco y tomó un pedazo de papel doblado. Lo puso sobre la mesa. Anna recogió el pedazo de papel y lo desdobló. Vio un boceto dibujado a mano con carboncillo de un perro con una enorme cara cuadrada que parecía una cruz de pitbull con rottweiler y las palabras PERRO PERDIDO. El perro se llamaba Balboa. No había ningún número de teléfono, solo el nombre del dueño (Johnson) y una «dirección» (Grand Central Station).

—¿Es el perro que rescataste... el día en que nos conocimos? —preguntó Anna, entristecida al recordar al otro perro, el que murió en las vías la noche de su primer encuentro. Alzó la mirada para ver a Vronsky, quien asintió.

—Sigue con la paseadora de mi mamá —le informó—. Lo llevé al veterinario y lo revisaron. Pedí que lo escanearan para asegurarnos de que no hubiera tenido un dueño anterior a Johnson, pero Balboa no tiene chip. —Vronsky narró los hechos con un tono difícil de interpretar que se fue suavizando conforme hablaba—. Es curioso que se llame Balboa, porque yo lo llamo Rocky desde que lo encontré.

Anna asintió, su sonrisa comenzó a marchitarse y su humor era ahora tan sombrío como el de Vronsky.

—¿Me estás preguntando si deberíamos reunir al perro con su dueño indigente? —Anna hizo una pausa, pensativa—. Tendría que hablar con él, con el hombre. No puedo decidir hasta conocerlo. Veré si logro encontrarlo. —Dobló el papel que Alexia le había dado y lo metió a su bolso. A continuación, sacó su cartera.

—Epa, epa. ¿Te vas a ir en este momento? —preguntó Vronsky, sorprendidísimo por la decisión con la que Anna estaba actuando.

—Este letrero es lo más deprimente que he visto en mi vida. Debe estar volviéndose loco. Yo lo haría si uno de mis perros se perdiera más de dos minutos, y no sé cómo estaría después de dos semanas. ¿Sabes lo feliz que estará de recuperar a su perro? Y, si está en nuestras manos darle un final feliz a esta historia, ¿por qué no hacerlo en un día dedicado al amor?

A Vronsky, el apasionado ímpetu de Anna le pareció cautivador, aunque deseó que hubiera sido un poco más realista.

—Anna, todo lo que acabas de decir podría ser cierto, pero eso no cambia el hecho de que el tipo es indigente. ¿No deberíamos pensar en el bienestar del perro? —Lo dijo no para desafiar a Anna, sino para comprenderla mejor.

—Alexia, la gente no escoge ser indigente. Sé que mis perros preferirían estar conmigo en la calle que en una casa con alguien más. Pero también tengo que admitir que soy una loca de los perros, así que tal vez me estoy adelantando. Mira, sabré qué hacer cuando encuentre a Johnson.

—Está bien. Lo que no está bien es que busques a un indigente tú sola.

—Entonces creo que tenemos que pedir la cuenta. Solo tengo unas horas antes de que califiquen a los perros para decidir al ganador.

Vronsky sacudió la cabeza, maravillado. Quizá ganar ese listón y cumplir su sueño de la infancia sí la habían catapultado a la adultez. Se levantó de la mesa.

—Voy por la cuenta, pero me debes un postre.
Anna miró al hermoso joven que estaba frente a ella y asintió.

xii

Los dos chicos —uno rubio y de ojos azules, y la otra con cabello tan negro como la noche y ojos del color del carbón— formaban una pareja apantallante mientras avanzaban con pasos sincronizados hacia la estación de Grand Central. Primero buscaron en los alrededores de la estación, mostrándole el letrero a cada indigente que encontraron, como dos detectives en una serie de televisión que siguen las pistas del caso de una persona desaparecida.

—Disculpe, señor, ¿conoce a un tal Johnson? Es un hombre que perdió a su perro — preguntaba Anna.

Sus preguntas recibían casi puras miradas vacías como respuesta, pero entonces Vronsky les mostraba algo de dinero, lo que en verdad abría el diálogo. Por lo que lograron descubrir, Johnson solía estar en el vecindario y casi siempre dormía en las bancas del interior de la estación. Nadie lo había visto en el último par de días.

A pesar de su determinación, Anna terminó por desanimarse un poco con la noticia y entró a la estación con el propósito de explorar todos los andenes hasta encontrarlo. Atravesaron juntos el enorme vestíbulo. Anna había decidido comenzar en el andén donde Johnson había perdido a su otro perro. Si ella estuviera desesperada y en duelo, habría ido al mismo lugar.

—Andén veintisiete —dijo Vronsky sin importarle revelar su sentimentalismo al recordar el lugar exacto de su primer encuentro.

Antes de tomar la escalera que los llevaría al andén, Anna dio un paso a la derecha y se dio vuelta para ver a Vronsky de frente.

—Gracias por venir conmigo —dijo.

—¿Hablas en serio? No querría pasar el día con nadie más...

—Detente. No me dejaste terminar.

—Perdón. Continúa —añadió él a toda prisa, una vez más maravillado por la belleza que tenía frente a él.

—También quería agradecerte por... —hizo una pausa, buscando las palabras exactas— los atentos regalos que me enviaste. Los aprecié todos, pero no me los puedo quedar. Mi bolso está en el Madison Square Garden, así que puedo devolvértelos cuando regresemos.

Él frunció el ceño. No estaba preparado para algo así. Se concentró en mantener un tono casual y tranquilo.

—Pero no los quiero. Son para ti, Anna. Cada uno de ellos es solo para ti.

—Alexia, sé que lo sabes, pero creo que necesitamos recordárnoslo: tengo novio. No está bien que acepte regalos de alguien más. —Respondió profundo y se obligó a decirlo—: Sobre todo hoy. Lo siento.

—No, no. No te disculpes —respondió él y ya se disponía a alzar la mano para tocarle el brazo pero se detuvo—. Soy yo quien debería disculparse. No quise incomodarte. Pero tenía que hacer que supieras lo que siento. Lo único que he hecho desde que nos conocimos es pensar en ti. Te

juro que nunca he sentido...

—Alexia, basta —lo interrumpió ella—. Hablar de ello solo lo empeora. —Las cosas no marchaban como ella planeaba—. ¿No podemos ser solo amigos? ¿Amigos que buscan a indigentes juntos? —Anna intentó mantener un tono ligero y alegre.

—Sí, por supuesto —respondió Vronsky sin mirarla.

Accedió porque tenía que hacerlo, no porque estuviera de acuerdo. Alexia Vronsky no podía, no debía y no vería a Anna como su amiga y, a decir verdad, no quería que ella lo viera así a él.

Anna asintió, aliviada por haber hecho lo que sabía que era lo correcto. Dio un paso al frente y comenzó a bajar por la escalera eléctrica. No estaba segura de si él la seguiría, pero esperaba que lo hiciera.

Vronsky se subió a la escalera dos pasos detrás de ella, y así continuaron su odisea juntos. La intuición de Anna resultó ser correcta. Encontraron a Johnson recostado en una banca del otro lado del andén. Parecía tener unos cuarenta años, aunque su barba y su cabello ralo y largo, cano por completo, hacían que pareciera mucho mayor.

—¿Johnson? —preguntó Anna—. Queríamos hablar con usted sobre Balboa.

El hombre se incorporó tan rápido que Anna, desprevenida, dio un paso hacia atrás, mientras que Vronsky dio otro hacia delante y puso un brazo frente a Anna para protegerla.

—¿Dónde está? —preguntó Johnson con los ojos desorbitados—. ¿Lo encontraron? He buscado por toda la maldita ciudad... —Su dolor era evidente.

Anna, sin miedo, se sentó a su lado y lo miró a los ojos mientras le explicaba que ellos habían estado ahí la noche en que lo arrestaron. Vronsky rescató a Balboa y lo llevó a un lugar seguro. El alivio de Johnson al enterarse fue evidente; emocionado, les contó cómo había rescatado a Balboa tres años antes, cuando era solo un cachorro y estaba abandonado y ensangrentado en un basurero. Lo cuidó hasta que recuperó la salud, y él le devolvió su bondad defendiéndolo cuando un grupo de universitarios alcoholizados lo atacó. Era obvio que ese recuerdo lo enojaba, pues comenzó a agitarse mientras contaba la historia.

—Me lo van a devolver. Es mi perro. ¡Mío! Es todo lo que tengo ahora que Scottie no está.

Vronsky se alteró, pero Anna mantuvo la calma.

—Sí, lo haremos. Solo quería conocerlo primero.

—¿Está seguro de que puede hacerse cargo de él? —intervino Vronsky.

—Él come antes que yo. Lo trato bien —respondió Johnson, a la defensiva. Se ponía más ansioso con cada segundo que pasaba. No dejaba de tallarse sus sucios pantalones con las manos—. Es mío y lo necesito. ¡Y él también me necesita! —Anna, satisfecha, le dijo con absoluta amabilidad que le devolverían a Balboa—. ¡Ahora! ¡Dénmelo ya!

El hombre saltó y le tomó un brazo a Anna. Vronsky intervino de inmediato, alejando a Anna de Johnson con un rápido movimiento.

—¡Señor, tiene que calmarse ya! Si no fuera por ella, usted no volvería a ver a su perro. En lo personal, yo creo que Balboa está mejor si se queda donde está.

Johnson se disculpó de inmediato y les aseguró una y otra vez que era capaz de hacerse cargo del perro.

—Lo extraño tanto. Por favor. Es todo lo que tengo. Lo amo y él me ama. Debemos estar

juntos.

Anna le prometió a Johnson que volverían, así que ella y Vronsky se fueron juntos. Tomaron el metro hasta el departamento de la paseadora y luego compartieron un Uber de vuelta a Grand Central, con Balboa sentado entre ellos. Después presenciaron la reunión entre Johnson y su perro, y Vronsky tuvo que admitir que fue conmovedora. Después pasaron un rato hablando de temas seguros: las clases que tomaban, los amigos que tenían en común, las series de televisión que veían. Ninguno de ellos volvió a mencionar la fecha, aunque por todas partes había señales de que era San Valentín. Conforme el cielo empezó a darle la bienvenida a la noche, empezaron a ver a parejas bien vestidas que entraban a los restaurantes tomados de la mano. Había en las calles mujeres orgullosísimas que cargaban las flores que habían recibido en el trabajo. Incluso vieron a un hombre cruzar la calle frente a ellos con un montón de globos con forma de corazón que se agitaban al viento del crepúsculo.

Anna y Vronsky habían pasado la mitad del día juntos, caminando hombro con hombro, con las manos a centímetros de distancia, ansiando tocarse. En el taxi de regreso al Madison Square Garden, pasaron unos momentos en silencio, hundidos en sus pensamientos sobre el extraño y maravilloso día que habían compartido. Cuando solo estaban a unas cuadras, Anna volteó a ver a Vronsky.

—Si crees que no me di cuenta de que le diste dinero a Johnson para Balboa, estás muy equivocado.

Sin poder negarlo, Alexia miró a Anna a los ojos.

—Y si tú crees que le di el dinero solo por Balboa, la equivocada eres tú. Anna, quería que lo vieras, pero no fue una treta. No quiero jugar contigo. —Sabía que ese era el momento para besarla, pero no quiso abrumarla con su intensidad, aunque él mismo ya lo estaba—. Anna, cena conmigo hoy, ahora mismo.

Anna negó con la cabeza.

—Sabes que no puedo. —Le devolvió la mirada—. Alexia, no estoy diciendo que no porque no quiera ir; lo estoy diciendo porque no está bien.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Cuando se detuvieron frente al Madison Square Garden, Vronsky bajó del auto y le abrió la puerta a Anna, quien bajó, pero no sin antes pedirle al taxista que la esperara.

—Iré contigo —dijo Vronsky.

—No puedes. La competencia se transmite por televisión. ¿Y si nos ven juntos? —Anna no pronunció el nombre de su novio, pero era obvio que estaba refiriéndose a él.

—Tengo que ir por mi caja —le recordó—. Fuiste tú quien dijo que quería devolverme los regalos.

Anna sabía que estaba atrapada sin salida.

—Está bien. Me los quedaré. Pero deberías irte. Ahora. —No sabía si podría soportar estar con él un segundo más.

Él no insistió.

—Feliz Día de San Valentín —dijo y la abrazó antes de que ella pudiera rechazarlo.

Anna respiró su aroma celestial, a pesar de que sabía que no debía hacerlo.

—Feliz Día de San Valentín, Alexia —murmuró antes de separarse de él y correr al interior del Madison Square Garden.

Cuando Vronsky volvió a subir al taxi, el conductor lo miró por el retrovisor.

—Caray. ¿Cómo dejaste a ir a esa lindura?

—No lo he hecho —respondió Vronsky con la única certeza que tenía.

Tomó su teléfono y le escribió a su prima Beatrice para informarle su próxima movida, con la esperanza de que fuera la del jaque mate.

VRONSKY

Necesito ayuda. Fiesta YA.

¿Casa de campo?

La respuesta llegó de inmediato.

BEATRICE

Claro, mi conde.

¿Disfraces?

VRONSKY

Eres lo máximo.

BEATRICE

¿Cómo estuvo Sn Vln?

Vronsky suspiró, aunque se oyó más bien como un gruñido, y escribió a su prima una última vez.

VRONSKY

guau!

xiii

Aunque ya había pasado una semana entera en cama, Kimmie no se sentía ni un poco mejor cuando Lolly y ella llegaron a casa de su padre el domingo en la noche. Su papá vio a su pálida y delgadísima hija menor, sacó el celular y llamó a su exesposa para discutir la situación. Kimmie se sentó en los escalones, con la barbilla recargada en las manos, y oyó cómo la conversación entre sus padres comenzaba a acalorarse; su madre culpaba a su padre por no haberla llevado antes al médico. Kimmie se puso de pie y fue a su habitación, pues no le importaba que sus papás estuvieran peleando; no le importaba nada.

Una hora después, Lolly llamó a la puerta y le preguntó si podía pasar. Kimmie no respondió, así que ella entró. Al ver que su hermana estaba en la cama, se metió debajo del edredón.

—Mamá le colgó el teléfono dos veces, pero él volvió a llamarla —le informó Lolly—. Ella

contestó, y eso significa que está muy preocupada por ti. Sabes que una de las cosas favoritas de mamá es hacerle la ley del hielo a papá.

Kimmie solo asintió. Estaba demasiado cansada como para que le importaran los problemas de sus papás, aun si ella era el tema del que discutían.

También a Lolly le preocupaba su hermana menor. En un principio había creído que lo de Kimmie no era más que un drama para hacerse la víctima y llamar la atención, y decidió que estaba demasiado ocupada con su propia vida como para involucrarse. Pero Kimmie se veía muy mal y, para cuando comenzó la tercera semana con depresión, Lolly había cambiado de opinión.

—Kimmie, ¿quieres hablarlo? —le preguntó. Su hermana se dio vuelta: no quería que Lolly viera las lágrimas que habían comenzado a rodar por sus mejillas—. Por favor —rogó—. Puede que así te sientas mejor. —Más silencio—. Mira, sé que no he sido la mejor de las hermanas y lo siento. Pero me preocupas. —Estiró la mano y le acarició el cabello, el mismo cabello del que solía estar celosa porque era mucho más grueso que el suyo, pero que en ese momento parecía muerto y necesitaba una lavada profunda—. Oye, si te bañas, te lo seco con mi nueva Dyson Airwrap. Te hago *beach waves* y hacemos videos en cámara lenta para subirlos. ¿Y si te hago un manicure? Steven me compró unas estampas para uñas importadas de Corea que están increíbles y te dejo escoger primero.

—No, gracias —respondió Kimmie sollozando—. Solo quiero dormir.

Oficialmente, Lolly estaba preocupada. Se había disculpado, algo muy poco usual, e incluso le había ofrecido un manicure-pedicure a Kimmie, algo con lo que su hermana menor siempre la atosigaba.

—Lo que quieras, Kimmie, dímelo y lo haré por ti. O, mejor aún, pregúntame lo que quieras y te juro que te respondo la verdad. En serio, mientras más vergonzoso, mejor. —Lolly casi suelta lágrimas de alivio cuando su última oferta hizo que su hermana volteara de nuevo y la mirara. Le mostró a Kimmie una sonrisa de ánimo y apoyo—. Qué bueno que eso funcionó; si no, habría tenido que sacar de tu caja de manicure todo lo que tenga filo.

—¿Vronsky está con Anna ahora? —preguntó Kimmie, odiándose por querer saberlo.

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! —respondió Lolly con voz aguda. Se dio cuenta de que su tono había sido demasiado firme, así que continuó con más suavidad—. Digo, hasta donde sé no se han vuelto a ver desde aquella noche en el club. Ayer le pregunté a Steven por Anna, y me dijo que estaría en Boston este fin de semana, visitando a su novio. Va una vez al mes. —Kimmie digirió la noticia, pero no dijo nada, pues se sentía molesta por haber preguntado. No es que aún le importara lo que hiciera Vronsky. Ni siquiera había pensado tanto en él los últimos días. Le había robado unos cuantos Ambien a su mamá mientras ella estaba en sus clases de Bar Method. Solo tomaba una mitad, pero le gustaban porque la hacían dormir sin soñar—. Lamento que te haya lastimado, Kimmie, pero no vale la pena tanto dolor por ese tipo. —Le dio un pañuelo para que se limpiara la nariz—. ¿En verdad todas tus lágrimas son por él?

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Kimmie—. Solo dílo, Lolly.

Lolly inhaló profundo e intentó mantener un tono neutro y comprensivo mientras planteaba la teoría de que quizá la miseria de Kimmie tenía que ver con un chico que no era Vronsky. Steven le había dicho que Dustin planeaba invitar a Kimmie a salir en la fiesta de Jaylen, pero que su

gran objetivo era invitarla a su baile de graduación, lo cual, aunque era un cliché, a ella le parecía tierno. Dustin se fue del club tan temprano aquella noche, que Lolly y Steven supusieron que algo había ocurrido entre Kimmie y él. A Lolly se le había ocurrido solo en los últimos días que tal vez el malestar de Kimmie tenía que ver con haber rechazado a Dustin por Vronsky, y que Vronsky la hubiera rechazado a ella unos minutos después. Ese combo de golpes consecutivos en el peor momento era suficiente como para noquear a cualquiera. Era posible que Kimmie estuviera lamentándose por la oportunidad perdida con Dustin, quien no era tan delicioso como Vronsky, pero sí muy superior en un nivel intelectual y moral.

Kimmie escuchó atenta la teoría de su hermana, sorprendida de que Lolly hubiera pasado tanto tiempo reflexionando acerca de su bienestar. Su hermana acostumbraba a pasar todo su tiempo libre pensando en cómo verse mejor y en qué perfumes la harían oler mejor para su estúpido novio. Kimmie se había preguntado incluso si había alguna fragancia que impidiera que tu novio te fuera infiel.

—Oye, ¿te puedo preguntar otra cosa? —dijo Kimmie.

—Claro —respondió Lolly—. Dime.

—¿Qué pasó en San Valentín? Llegaste muy temprano a casa.

Era el turno de Lolly para ponerse en el punto de mira, y ella no estaba nada feliz al respecto. Quería decirle que no era de su incumbencia, pero sabía que no podía hacerlo. Había aceptado responder cualquier pregunta y tenía que cumplir su palabra.

—Que quede claro que cambiaste el tema porque no quieres aceptar que tengo razón con lo de Dustin. —Lolly se sentó y acomodó su almohada, ganando tiempo mientras decidía si contarle la verdad a su hermana. Ni siquiera le había contado la historia real a Miley y Hannah, pero pensó que quizá debía seguir su propio consejo y airear sus problemas—. Okey. Steven nos consiguió una habitación en el St. Regis para San Valentín, para que tuviéramos una noche superromántica. Pero, cuando llegué, él no se sentía muy bien. Estaba decepcionada, pero ¿qué podía hacer? ¿Sabes? Rentamos una película en *pay-per-view*, pedimos servicio a la habitación, y nos acurrucamos y así. —Lolly se detuvo, pues en realidad no quería contar el resto de la historia.

—¿Y luego? —preguntó Kimmie, mostrando una tenue chispa de su viejo yo.

—Y entonces empezamos a hacer cosas... y una cosa llevó a la otra y, a la mitad de su regalo especial de San Valentín, se le fue —dijo las últimas palabras a toda prisa, sonrojada.

—¿Qué se le fue? —preguntó Kimmie con absoluta inocencia.

—Piénsalo, Kimmie —la instó Lolly—. Se le fue... la... —Extendió el dedo índice y luego lo encogió poco a poco.

—Aaah —exclamó Kimmie—. Qué asco.

—No digas «qué asco». No fue su culpa. Leí en internet que, al parecer, es algo que les pasa a veces a los hombres. Seguro estaba nervioso por la presión de San Valentín.

—Pues tampoco fue tu culpa.

—¡Nunca dije que lo fuera! Obvio no fue mi culpa. ¿Por qué dices eso?

—No sé, porque tú fuiste la que... no importa. Perdón.

—¿Porque yo fui la que qué? ¿La que estaba con él en la cama? ¿Crees que es mi culpa?

—No, no, no. Solo quería asegurarme de que Steven no te hubiera culpado a ti. Si lo hizo, me

enojaría y le patearía el trasero. —Kimmie se arrepintió de mostrar su recién descubierto odio por los hombres frente a su hermana. Hacía ya varios días que alternaba una pena abyecta y una ira misándrica.

Lo que Lolly menos deseaba era provocar una pelea, así que se armó de valor y recobró la compostura.

—No, Kimmie. Steven no me echó la culpa, pero sí se puso muy raro y se encerró en el baño. Dijo que le dolía el estómago, pero creo que se estaba escondiendo.

—¿O sea que se encerró en el baño a llorar como niña chiquita? —Kimmie resopló. Era lo más parecido a alegría que había sentido desde que su vida comenzó a derrumbarse.

—¡No seas una psicópata maligna, Kimmie! No sé qué estaba haciendo ahí adentro, pero la noche entera se arruinó. Intenté hablar con él, pero no quiso. ¡Por eso volví tan temprano! Ahora, yo también estoy molesta, pero supongo que eso era lo que querías. ¿Feliz?

Lolly no quiso gritarle a Kimmie, pero el desastre de San Valentín era algo que quería olvidar desesperadamente. No dejaba de repetirse que no había sido su culpa, pero ¿cómo podía estar segura? A pesar de que intentaba no pensar en «Brad», no podía evitar preguntarse si Steven habría tenido ese problema con ella.

Vio que el labio inferior de su hermana menor comenzaba a temblar antes de que una nueva oleada de lágrimas empezara a caerle por la cara. «Dios mío», pensó Lolly, «creí que yo era la llorona de la familia».

—Perdón. Perdón —berreó Kimmie—. Te juro que no quería hacer que tú también sufieras. Perdón por ser una perra. Es que me siento tan... deshecha. —Kimmie rodó hasta quedar boca abajo y gritó sin muchos ánimos contra una almohada.

Lolly le frotó la espalda a su hermana y le dijo que todo estaría bien. Sabía que la intención de Kimmie no había sido burlarse de Steven y que era común que alguien que estaba sufriendo se desquitara con las personas más cercanas.

—Bueno, tienes suerte de que todavía no tengas que lidiar con estúpidos problemas de penes —intervino Lolly, intentando encontrar algo que alivianara el ambiente—. En serio, deberías postergar el sexo tanto como puedas. Es supercomplicado y confuso. O sea, ¿no tenemos suficiente de que preocuparnos sin tener que agregarle el sexo? —Sintió que la espalda de Kimmie se tensaba bajo sus manos. No estaba segura de cómo lo había sabido, pero lo supo. Estaba impactada y no podía ocultar su horror—. ¡Ay, Dios! ¡Kimmie, no!

Kimmie se puso boca arriba, aún con la almohada sobre el rostro, y movió la cabeza de arriba abajo. Era cierto: su hermana había adivinado su horrible y oscuro secreto, el que estaba arruinándole la vida. No era solo el arrepentimiento por haber rechazado a Dustin segundos antes de que la rechazaran a ella; era también el arrepentimiento de haber perdido su virginidad con Vronsky una semana antes de la fiesta en la que la botó por Anna K. Kimmie habría hecho cualquier cosa por volver atrás y cambiar el pasado, cualquier cosa en el mundo.

xiv

Lolly deseó no haber entrado nunca a la habitación de Kimmie. Estaba en shock por la revelación

de su hermana y no tenía idea de qué se suponía que debía hacer o decir. En momentos así era un asco ser la hermana mayor. Aunque era un par de años mayor que Kimmie, no tenía ni una pizca más de experiencia en lo que al sexo se refería. De hecho, pensándolo bien, dedujo que su hermana había perdido la virginidad antes que ella. Eso la hacía sentir mejor y peor en intervalos alternos, un subibaja emocional del que se quería bajar cuanto antes.

«¡Qué patético que tu hermana haya dejado de ser virgen antes que tú!».

«¡Qué triste que perdió la virginidad con el Conde Vronsky!». Aunque Lolly sabía que había al menos otras cuatro chicas en el mismo barco.

Mientras tanto, aún escondida debajo de su almohada y con temor de mirar a su hermana a los ojos, los pensamientos de Kimmie daban vueltas en una montaña rusa de ansiedad.

«Piensa que soy una puta».

«Seguro lo usará en mi contra para siempre. No debí contarle».

«Le va a decir a Steven. Le va a decir a Anna. Con suerte, a ella le dará tanto asco que no le volverá a dirigir la palabra a Vronsky».

«Steven le contará a Dustin para demostrarle que nunca fui digna de él. Soy una mujer caída. Una mujer caída es una puta, ¿no? ¡Ni siquiera sé qué es una mujer caída! ¡Soy una tonta!».

Lolly reunió todo su valor y rompió el silencio.

—Kimmie, tenemos que hablar de esto. —Vio que la almohada se movía de un lado a otro. Se la arrancó a su hermana de las manos con un fuerte jalón.

Kimmie estaba tan sorprendida que soltó un aullido, un ruido tan bobo que ambas hermanas se miraron y de inmediato estallaron en risas. Una vez que comenzaron a carcajearse, no pudieron detenerse y enseguida empezaron a rodar sobre la cama, riéndose tan fuerte que les dolía el vientre. A Lolly le dio hipo y comenzó a toser, y Kimmie tuvo que saltar y correr al baño para no hacerse pipí en la cama.

Cuando volvió, le traía un vaso de agua del baño a Lolly, quien no acostumbraba a tomar agua de la llave, pero le dolía la garganta por el ataque de tos. O quizá le dolía por sus actividades de la semana anterior... se lo merecía por hacerle caso a un gurú del sexo de internet que recomendaba practicar la técnica felatoria con una zanahoria. Era imperativo que lidiara con el tema que estaba sobre la mesa, algo que, gracias al ataque de risa, ahora podrían hacer con apertura y honestidad. Este era, sin duda, el momento de sus vidas en que habían estado más cerca.

—¿Le dijiste que eras virgen? —preguntó Lolly.

—No. Pensé que él me preguntaría o que lo sabría. Pero se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde y luego parecía nervioso por ello, así que mentí y le dije que lo había hecho una vez, el año pasado, en Nevada, con mi entrenador.

—¡Kimmie! ¿Dijiste eso? ¿Estás loca? ¡Mierda! ¿Es cierto? Eso fue mentira, ¿verdad? Creo que no podría soportar que me dijeras que tu entrenador abusó de ti.

—Ay, qué asco. No. Claro que no. El entrenador Paul es supergay. Mentí. No sé por qué. Se me salió.

—Bueno, gracias al cielo. Al menos, gracias por eso. Digo, no que hayas mentido. En fin, como sea. Lo hecho, hecho está. ¡Dios, Kimmie! Técnicamente, regalaste tu florecita antes que yo —dijo

Lolly mirándose las uñas. El día anterior, en el salón, había escogido el esmalte «Like a virgin» de color rosa. El nombre, «como una virgen», la hizo sonreír con cierta tristeza.

—¡Cállate! ¡No es cierto!

—¿Por qué mentiría sobre algo así?

Kimmmie estaba impactada, pues había asumido que Steven y Lolly tenían un año acostándose con frecuencia. Incapaz de detener sus malos pensamientos, se preguntó: «¿Por qué un chico como Steven, que era tan buen partido, estaría con ella si no se la estaba tirando?».

Como si le hubiera leído la mente, Lolly volvió a hablar.

—Sé que es raro, pero era más fácil que la gente creyera que lo hacíamos. Te habría dicho la verdad, pero nunca me lo preguntaste.

—¿Ya es demasiado tarde para preguntar? —preguntó Kimmmie en voz baja.

Lolly le dijo que había esperado para «realizar el acto» hasta saber que estaba emocionalmente preparada. Antes de llegar hasta el final, quería estar segura de que estaba enamorada con locura de un chico. En pocas palabras, quería que su primera vez fuera especial, pues es una de esas cosas únicas en la vida para las que no hay una segunda oportunidad. Vio la cara de Kimmmie mientras le contaba todas esas cosas y sintió una satisfacción secreta al ver que sus ojos se abrían cada vez más por la sorpresa. Sin embargo, una vez que Kimmmie superó el golpe inicial, cayó en cuenta de que su propia experiencia era completamente opuesta a la de su hermana. Si la primera vez de Lolly había sido por amor, ¿qué decía eso sobre su propia primera vez?

XV

La biblioteca de la Academia Greenwich era el último lugar donde Vronsky esperaba encontrar a su prima Beatrice un lunes después de clases, pero cuando dio vuelta en los estantes de revistas, la vio sentada en una mesa frente a la pared, tecleando en su MacBook dorada.

Al notar que ya no estaba sola, Beatrice quitó los ojos del ensayo que estaba plagiando de un artículo de teología de su medio hermano.

—De entre todas las bibliotecas de todas las ciudades en todo el mundo, tuvo que entrar a la mía —le dijo a su primo—. ¿Cómo estás, primazo? Tu casco te dejó el cabello alborotado.

Vronsky se pasó los dedos por el cabello rubio y le mostró a Bea el dedo de en medio en broma. Luego se sentó frente a ella y dejó el casco de motocicleta sobre la mesa, entre ambos.

—Muy mal que no respondas los mensajes de tu primo favorito después de publicar una *story* para tu lista de mejores amigos sobre escabullirte de casa a las dos de la mañana. Tuve que venir hasta acá para asegurarme de que no estuvieras flotando boca abajo en el jacuzzi de algún *dealer*.

—Por favor, tengo tanta resistencia que, incluso cuando todos en esta escuela acabaran inconscientes, tirados bajo una mesa con superficie de espejo, yo podría seguir inhalando coca sin problemas —bromeó Beatrice—. Y me escribiste hace apenas un par de horas. Soy una mujer ocupada, V, lo sabes.

Vronsky tomó la laptop, la giró con un movimiento fluido y miró la pantalla.

—Muy impresionante. Estaba seguro de que estarías leyendo alguna página de chismes sobre el lanzamiento del último labial de Kendall.

—Kylie es la magnate de los cosméticos, babas. ¡Kendall es la modelo! —Mientras lo decía, entendió que su primo la estaba haciendo rabiar a propósito.

—«Por tanto, mientras que Dios se distingue a sí mismo como causa distinta del efecto, la división metafísica entre Caín y Abel (antediluviana/posdiluviana) ilustra para el lector el efecto que precede a la causa...» —recitó Vronsky—. ¡Ay, ay, ay! Parece que sí hay un cerebro debajo de esas extensiones. —Vronsky cerró la laptop y la deslizó por la mesa hacia su prima. Sabía que solo podía molestar a Bea hasta cierto límite antes de que ella se le lanzara a la yugular. La necesitaba, y sabía que ella lo sabía—. ¿Cómo van los planes para la fiesta? ¿Vendrá ella? —preguntó—. Pensé que podría ser una pijamada y que podrías invitarla a quedarse a dormir.

—Sí, si tuviéramos doce años.

Beatrice le hizo una mueca sarcástica a su primo menor. Nunca había visto a Vronsky tan desesperado por una chica. En otras circunstancias, lo habría torturado sin piedad por estar tan embobado con una mujer, pero su pasión por Anna le parecía bastante dulce. Era la primera vez que lo veía preocuparse así por alguien. La gente rara vez sorprendía a Bea, por lo que se preguntó si era posible que él estuviera tan enamorado de Anna como decía estarlo. Lo había visto encaprichado con bastantes chicas, y no había un solo león en la sabana que pudiera atrapar una gacela más rápido que él, pero, en cuanto terminaba de devorarla, ya estaba en busca de su siguiente presa. Bea tenía curiosidad de saber si el destino de Anna sería el mismo.

—Lo tengo todo bajo control, V, ¿sí? —afirmó—. Oí que fue a Boston el fin de semana pasado, así que debería estar disponible el próximo sábado. Mis espías en Cambridge tienen vigilado al Don para saber si él vendrá a la ciudad antes. El cumpleaños de su media hermana es pronto, así que quién sabe cuándo celebrará su patético festejo. El año pasado llevó a un crítico de arte a darles una conferencia sobre mosaicos bizantinos a sus invitados... ¡en su fiesta de cumpleaños! ¿Qué clase de estúpida aburrida planea algo así?

Vronsky escuchó a su prima en silencio y se relajó un poco porque era evidente que tenía todo controlado. No dudaba de sus habilidades para mover los hilos como si los demás no fueran más que marionetas a sus órdenes, pero el suspenso lo estaba volviendo loco. Tenía casi dos semanas sin ver a Anna, y él ya sabía que había ido a pasar el fin de semana a Boston. Estuvo tentado a seguirla, pero decidió que volver a aparecer en un tren en el que también estaba ella lo haría parecer un acosador. Además, Boston no era una ciudad que conociera bien, y no quería lidiar con el dolor de cabeza de localizarla. Para ser franco consigo mismo, no sabía si habría podido soportar verla con su novio.

—Hermosa Bea, ¿te he dicho cuánto te venero y lo mucho que aprecio todo lo que haces por mí?

—Tengo que terminar mi ensayo, así que tienes que largarte. —Lo alejó con la mano como si fuera una mosca molesta—. Ve a la casa, si quieres. Mami invitó a veinte personas a cenar, así que debería haber suficiente comida como para que te des gusto. —Y añadió—: Aunque si estás buscando otro tipo de bocadillo... tengo entendido que puedes encontrarla en los establos Staugas cuando termine su clase de equitación, en media hora.

—¿Puedo tomar prestado uno de los caballos?

—¿Vas a montar? —preguntó Bea, burlona—. ¿Tan desesperados estamos?

Al oír ese comentario, a Vronsky se le nublaron los ojos y frunció el ceño. Su prima estaba de un humor extraño y no sabía si debía intentar ser serio o no. Había esperado oír su perspectiva honesta, pues hacía tiempo que no sentía que estuviera siendo él mismo. Todos esos sentimientos lo volvían cauteloso. Ella era la única persona en quien confiaba para hablar de lo que en verdad sentía, y aun así era renuente a abrirse por completo. Si bien Bea era una maestra de la manipulación y el ascenso social, rara vez externaba sus deseos y sueños, si es que los tenía.

La única vez que desnudó su alma frente a Vronsky había sido hacía tres años, mientras sus familias vacacionaban juntas en Bali. Probaron la ayahuasca juntos, así que era difícil saber si eso siquiera contaba. A Beatrice le pegó primero, y él le detuvo el cabello mientras vomitaba en la playa. Luego, su prima se echó a llorar y a reír al mismo tiempo; después se puso de pie y se dirigió hacia las olas dando tumbos. Vronsky, temiendo por su seguridad, y aunque también estaba muy drogado, logró jalarla antes de que ella se adentrara demasiado en el mar y el alucinógeno lo alejara por completo a él de la realidad.

Entre sus brazos, ella comenzó a llorar y confesó que no debería haber sido hija única. Su madre había tenido problemas para quedar embarazada, por lo que sus padres recurrieron a la fertilización *in vitro*. Tras varios intentos, su madre quedó embarazada de trillizos, pero la idea de tener tres bebés al mismo tiempo la rebasó. Al someterse a una complicada intervención en la que se desharían de uno de los embriones, con lo que su madre tendría gemelos, tuvo complicaciones y perdió a dos en vez de a uno. Beatrice fue la única sobreviviente.

—¡Mi mamá es una asesina egoísta! —aulló—. Es como si una parte de mí no estuviera. Debería haber tenido dos hermanas, pero no, ella no iba a arruinar su jodida figura, así que las mató en el vientre. —Volteó a ver a su primo y, con toda seriedad, gritó—: ¡Mientras yo miraba!

Vronsky no estaba seguro de si Beatrice recordaba haber hecho esa confesión, pues nunca más volvieron a tocar el tema. A decir verdad, él no la recordaba veinticuatro horas después, cuando despertó en la hamaca de un desconocido a tres kilómetros de la playa que su familia había rentado. Sin embargo, recuperó los recuerdos de aquella noche en el vuelo de vuelta a casa; fue la inconsolable tristeza de su prima la que lo golpeó como la crecida repentina de un río.

Mientras estaban recostados en la playa mirando las estrellas, Bea había llorado un largo rato. Después, anunció con arrepentimiento que ella también era una asesina, pues se había hecho dos abortos.

—Odio los condones. No soporto el olor —confesó—. Ay, Dios. ¡Esto me convierte en una tonta tan malcriada y egoísta como mi mamá! ¿Crees que sería diferente si tuviera hermanas? ¿Crees que sería... feliz?

—Perdieron la oportunidad de tenerte como hermana —le dijo él—. Yo sé que sin ti estaría perdido.

Para él, Beatrice era como una hermana.

Vronsky pensó en ese sentimiento mientras recogía su casco. Rodeó la mesa para ir a donde Beatrice estaba sentada y le dio un cálido y amoroso abrazo por detrás.

—Te adoro, Bea. Espero que lo sepas.

Ella se tensó al sentirlo, pero luego se relajó y dejó que su primo la abrazara.

—Lo mismo digo, guapo. Eres mi persona favorita en el mundo —murmuró sin despegar los

ojos de la pantalla de su computadora—. Te escribo cuando hable mañana con tu damisela. Si la ves hoy, no menciones la fiesta. ¿Está bien?

Vronsky le guiñó el ojo mientras se alejaba, pero Beatrice no lo vio. Estaba demasiado ocupada en Thesaurus.com, intentando averiguar cuál era la cantidad mínima de palabras que debía cambiar en un ensayo robado para que pareciera suyo.

xvi

De camino a los establos donde Anna tomaba sus clases de equitación, Vronsky se estaba acercando a un alto situado en un cruce de cuatro caminos. Frente a él, una camioneta Mercedes azul de 2010 se detuvo junto a la señal para cederle el paso; con un movimiento de la mano, Vronsky le indicó que siguiera adelante, aunque él tenía la preferencia. Los motociclistas solían poner nerviosos a los demás conductores, y su madre le había advertido que, al primer accidente, por ínfimo que fuera, no volvería a subirse a una motocicleta. (La mayoría de las madres tienen jurisdicción sobre sus hijos hasta los dieciocho años más o menos, pero si no están atentos, los niños ricos, cuyas familias tienen ejércitos de abogados dispuestos a modificar sus fideicomisos, pueden recibir todo tipo de cláusulas molestas que chocan con sus libertades). Por ese motivo, cuando circulaba por la ciudad, Vronsky mantenía su temeraria adicción a la adrenalina a raya.

Mientras la camioneta giraba a la derecha, él revolucionó el motor de su Ducati Monster, perdido en sus pensamientos. Era su turno para dar vuelta a la izquierda en el camino que lo llevaría a los establos Staugas, donde Anna tenía a sus caballos. No había más autos a su alrededor, así que se quedó quieto unos instantes, sin saber qué hacer.

«Quedarás como un idiota si te apareces en un club hípico con una motocicleta de diez mil dólares. Todos aquí la conocen, y no puedes llegar y esperar que nadie se dé cuenta. ¿Qué le dirás si la encuentras? ¿“Hola. Solo vine porque extrañaba verte”? No lo hagas. No seas ese tipo. Odias a ese tipo. Tú eres el tipo que se coge a la novia de ese tipo. Eres el tipo que se acuesta con la novia de ese tipo antes de acostarse con la hermana de ese tipo.

»También eres el tipo... que tiene que estar donde ella esté...».

Aceleró y dio vuelta a la izquierda. Era como si la mano del destino apretara el acelerador y lo empujara hacia aquel lugar. Dos minutos después, se detuvo frente a a los establos Staugas y se estacionó entre dos Range Rovers. Cuando se quitó el casco, se pasó las manos por el cabello unas cuantas veces, respiró profundo y se dirigió a los establos.

Habían pasado cinco años desde la última vez que montó un caballo y, al estar de vuelta ahí, se dio cuenta de que no lo extrañaba ni un poco. Había solo dos cosas que le llamaban la atención de montar a caballo: la nobleza y majestuosidad de los caballos, y la atracción que sentía por las chicas que los montaban. Todo lo demás le parecía detestable. Odiaba el olor, no le gustaba el lodo y, al parecer, tampoco le gustaba cómo lo miraba el altísimo mozo de caballeriza mientras él le preguntaba si Anna K ya había terminado su lección.

—¿Quién pregunta? —replicó el tipo en tono burlón—. No tengo permiso de darle información sobre nuestra clientela a cualquier niño bonito que pase por aquí.

Hablaba con un acento exagerado que a Vronsky le pareció falso. Al mirarlo de nuevo, se

convenció de que ese tipo no podía tener muchos más años que él, aunque le sacaba más de una cabeza y el vello facial le hacía parecer mucho mayor.

—Soy amigo suyo —respondió Vronsky. Se estaba arrepintiendo de no haber seguido de frente en el cruce de caminos cuando tuvo la oportunidad—. De la ciudad.

—Uy. ¿Debería estar impresionado por que hayas venido al campo desde la gran ciudad?

Vronsky supo entonces que el tipo se estaba burlando de él y no le pareció divertido.

—Escúchame, amigo: mi tío es Richard D, de Pearl Lane. Juega golf con el señor Staugas todas las semanas.

—¡Aaah! Pues entonces supongo que tu tío es el maricón de Pearl Lane del que tanto he oído hablar.

Vronsky reaccionó deprisa, con el puño listo para destrozar al idiota homofóbico que había tenido el descaro de manchar el buen nombre de su tío en su cara, pero el tipo esquivó el golpe con facilidad. Se dobló y soltó una estruendosa risa. Confundido por ese sonido familiar, Vronsky se dio vuelta y vio que sonreía con los brazos abiertos.

—¡Maldita sea! Te engañé, bro. Hubieras visto tu cara. Me sorprende que no te haya salido humo de la nariz como a ese dragón de caricatura que te gustaba tanto. ¿Cómo se llamaba? ¿Dientitos?

—Chimuelo —lo corrigió Vronsky. Sacudió la cabeza, asombrado. Estaba tan concentrado en su misión por encontrar a Anna que no reconoció a Murf, uno de sus compañeros de equipo de cuando jugaba en la Pequeña Liga de Greenwich—. Pero ¡qué sorpresa, Murf! La última vez que te vi eras del tamaño de Kevin Hart y ¡ahora mides lo mismo que Draymond Green!

—Sí, crecí. Pero mido un metro noventa, y el rey Green mide casi dos metros.

Los chicos se dieron un buen abrazo de amigos.

—Perdón por no reconocerte —dijo Vronsky, avergonzado por haber sacado el nombre de su tío como un auténtico imbécil—. Cuánto tiempo.

—Demasiado, chico ciudadano —respondió Murf—. Ven, nos ponemos al corriente con unas cervezas frías, ¿eh? Y antes de que digas que no puedes porque tienes que «*hashtag*: ocuparte de una chica», Anna se fue cinco minutos antes de que tus malditos ricitos de oro cruzaran la puerta de mis establos.

Diez minutos después, estaban sentados sobre unas pacas de heno tomando latas heladas de cerveza como vaqueros del salvaje oeste. Murf y los demás trabajadores de los establos Staugas tenían escondida una hielera llena de cerveza para cuando necesitaban descansar de «los estúpidos ricachones para los que trabajamos», como le explicó Murf con absoluta elocuencia. Murf miró a Vronsky y se inclinó un sombrero imaginario.

—Cuando digo «estúpidos ricachones», tienes que saber que no me refiero a tu adorada Anna. Ella no es como los demás. Es la favorita de todos. Caray, tengo familia en Búfalo, que es más frío que el culo de un pingüino en invierno, y estoy seguro de que derretiría toda la ciudad con esa sonrisa que tiene.

Vronsky alzó su lata para mostrar que estaba de acuerdo. Aunque se moría por hablar de Anna, sabía que tenía que ser cuidadoso con lo que decía sobre ella y a quién se lo decía.

—Ay, amigo. ¿Sientes algo por ella? ¿Sí sabes que está más que tomada? Suelta la sopa.

—No hay sopa —dijo Vronsky—. Solo tomé turno para formarme en la fila y poder admirarla como todos los demás. —Vronsky tomó otra cerveza para él y una más que le lanzó a su amigo, quien la atrapó con una mano. Cuando jugaban beisbol de niños, a Murf lo eligieron para el equipo de estrellas de la liga, a Vronsky no... bueno, hasta que Murf logró meterlo al equipo después de decirle al entrenador que no jugaría a menos que a su amigo también también lo admitieran. Vronsky sonrió al recordarlo—. Oye, ¿de casualidad Anna conduce una vieja camioneta Mercedes?

—Sí, ese es su auto. Todos los demás llegan a esta polvareda con sus Range Rovers nuevas, edición limitada y recién lavadas, pero ella viene en esa cosa. Por lo general trae en la parte de atrás a esos perros gigantes que parecen osos, pero no los vi hoy. ¿Por qué preguntas?

Vronsky bebió de su cerveza y movió la cabeza de un lado a otro.

—Por ninguna razón en particular.

Con que se había cruzado con ella antes de llegar. Estuvo ahí, frente a él, y ni siquiera se dio cuenta. «Me pregunto si ella supo que el de la motocicleta era yo». Esperaba que no, pues, si lo supo y no volvió, eso significaba que era un tonto por haber ido hasta allá.

—Okey. Si dices que no hay ninguna razón, pues supongo que no hay ninguna razón. Pero he de decir que es muy loco que aparezcas de la nada cuando no había visto tu horrenda cara por aquí nunca, y eso que llevo años trabajando en el establo. Ahora que lo pienso, Anna y yo empezamos a venir a los establos Staugas la misma semana. Claro, ella venía a montar purasangres de medio millón de dólares y yo a ganar el salario mínimo recogiendo la mierda de los purasangres de medio millón de dólares.

—No sabía que te gustaran los caballos —dijo Vronsky con la esperanza de poder cambiar el tema.

—No me gustaban, y siguen sin gustarme. Bueno, algunos son geniales —admitió Murf—. Conseguí el trabajo porque el juez me mandó aquí después de que me atraparon robando en una tienda. Segunda infracción. Era esto o la correccional. El juez era amigo del señor Staugas y le preguntó si tenía trabajo para un pobre chico descarriado. Dijo que sí y me enderezó. Hasta me acogió en su casa cuando mi mamá se fue a rehabilitación. Ahora me siento como en casa en este lodazalapestoso. Curioso, ¿no?

En cuanto Murf lo dijo, algo hizo clic en la cabeza de Vronsky. Era como si hubiera una rueda en su cabeza que daba vueltas y vueltas y lo estaba volviendo loco. Pero Murf llegó al fondo de lo que sentía: casa. La razón por la que tenía que estar cerca de Anna era porque ella tenía algo que lo hacía sentirse en casa.

—Me está matando, Murf. —Vronsky pronunció estas palabras con tal suavidad que ni siquiera estuvo seguro de que las hubiera dicho en voz alta—. Nunca había sentido algo así por una chica. Vine aquí en motocicleta, por Dios. A un hípico. ¿Qué me está pasando?

—Sé que soy bastante bocón, pero no soy malo para escuchar si me agarras de buenas. —Murf movió unas cuantas pacas para poder subir los pies.

Vronsky comenzó a hablar y Murf escuchó. No importaba que los chicos llevaran más de la mitad de sus vidas sin verse ni que vivieran en mundos distintos; Vronsky, en el uno por ciento más rico, y Murf en la parte pobre de Greenwich que nadie sabía que existía. Durante toda una

temporada en el equipo de los Blue Jays de Greenwich habían sido inseparables: compartían la banca, compartían una pizza de doble pepperoni después de cada juego, hacían chistes, se contaban secretos y entablaron una amistad que podía superar todas las brechas superficiales de riqueza y clase. Eso significaba algo para ambos, y por ello no era descabellado que en este momento volvieran a compartir algo así, juntos de nuevo.

xvii

Mientras Anna se estacionaba en la majestuosa bahía para vehículos frente a su casa, el estómago se le hizo un nudo al ver el Mini Cooper personalizado de Eleanor, de color azul pólvora, tapando la vista del jardín. Escarbó en su cerebro preguntándose si había olvidado que tuvieran planeado verla. Debía aceptar que llevaba varios días distraída, así que era posible que se le hubiera escapado algo. Revisó el calendario de su iPhone y sintió un enorme alivio al no encontrar nada. Desde que se perdió la reunión para tomar el té de Eleanor después de su noche en el 1 OAK, Anna no había visto mucho a la media hermana de su novio. Sabía que Eleanor le decía a la gente que ella era su mejor amiga, pero Anna jamás se refería a Eleanor en esos términos, por la sencilla razón de que no era cierto.

Lo que sí era cierto era que Anna pasaba mucho más tiempo con Eleanor del que le gustaría pero, como era la hija del segundo matrimonio del padre de Alexander, estaban siempre juntos en los eventos familiares. Cuando Alexander todavía estaba en Brunswick (una escuela que estaba conectada con la Academia Greenwich), Eleanor siempre intentaba pegarse como lapa, sin preguntar jamás si estaba siendo intrusiva. Y, ahora que Alexander volvía a casa una vez al mes para pasar el fin de semana con Anna, les costaba trabajo encontrar un poco de tiempo para estar a solas. Cuando volvía, él se quedaba en casa de su papá, y parecía que Eleanor siempre estaba ahí.

Durante esos fines de semana, si su padre estaba en la ciudad o de viaje de negocios y su madre también decidía pasar la noche en la ciudad, Anna a veces se quedaba a dormir en casa de Alexander. A su padre no le agradaba que pasara la noche en casa de su novio, y esa era una de las tantas cosas con las que era muy estricto. Su madre solía hacerse de la vista gorda, sobre todo por la alta estima en la que tenía a Alexander. Cuando lo invitaban a ir de vacaciones con ellos, debían dormir en habitaciones separadas, lo que significaba que, si Steven los acompañaba, los dos chicos tenían que dormir juntos. Por este motivo, Anna no permitía de ninguna manera que su novio durmiera en la casa de sus padres, pues temía que los descubrieran. Los fines de semana en los que ella iba a Boston, su padre esperaba que se quedara en el departamento que su compañía poseía en el Copley Plaza, pero nunca lo hacía. Por fortuna, su padre nunca preguntaba al respecto ni tampoco parecía vigilarla de la misma forma en que lo hacía con Steven.

—¡Por fin llegaste! ¡Tengo años esperándote! —gritó Eleanor en cuando Anna cruzó la puerta.

Estaba sentada en la sala de las grandes ocasiones y no se movía de ahí, pues Jon Snow y Gemma no le agradaban demasiado. Siempre que ella la visitaba, Anna tenía que prohibirles a los perros el acceso a la habitación en la que estuvieran, algo que la volvía loca, pues los pobres

animales no entendían el porqué. Eleanor afirmaba tener una leve alergia, pero no era cierto. La baba le parecía asquerosa y poco higiénica y, como tenía un TOC leve, para Anna era más sencillo mantenerla separada de los perros cuando hacía una «visita sorpre», como llamaba a sus intrusiones indeseadas. Ella detestaba sus visitas sorpre. ¿Por qué no podía anunciar sus intenciones como cualquier otra adolescente en el mundo?

—Hola, Eleanor —la saludó Anna asegurándose de que su voz no delatara lo que pensaba y sentía—. ¿A qué debemos esta visita sorpre?

—Siento que tengo años sin verte y ya estaba así como llorando y me dije: «Ellie, pon una sonrisota y mueve tu lindo tra-se-ro para ir con Anna y decirle que la extrañas». —La voz de Eleanor era dulce, como sacarina—. ¿Ya es hora de decirles adiosito a los perros? Me siento abandonada aquí sentada, solita, solita. Y la naricita ya me comienza a picar y se me tuerce como a un conejito.

Anna suspiró para sus adentros. Por lo general, los perros sabían que tenían que desaparecer en cuanto Eleanor llegaba —corrían hacia la enorme puerta para perros en el vestíbulo—, pero esta vez debieron haberse negado, pues Anna aún no estaba en casa.

—¡Gemma! ¡Jon Snow! ¡Al jardín! —les ordenó y aquellas gigantescas bolas de pelo se dirigieron a la cocina.

Anna los siguió por si Magda, la jefa del servicio, ya había comenzado a hacer la cena. Jon Snow era un famoso ladrón de comida que alguna vez devoró sin piedad un pavo navideño, cosa que Anna juraba que había aprendido viendo *Una historia de Navidad* en la televisión. Dejó salir a los perros por las puertas dobles. Los terranovas galoparon hacia el césped y voltearon con tristeza cuando Anna cerró las puertas y ellos entendieron que no saldría a jugar con ellos. «Lo siento, chicos. Es culpa de Eleanor».

Anna había planeado leer durante la cena, pero tenía la sensación de que Eleanor se autoinvitaría a cenar, así que le envió un mensaje a Magda para decirle que no hiciera bajo ninguna circunstancia una cena de más de un tiempo. Después, mientras las chicas comían una lasaña de verduras en el comedor, Eleanor al fin reveló la razón de su visita.

—Annie, ¿podemos hablar con honestidad? —preguntó con su mejor imitación de voz adulta, la cual sonaba como la de la conductora de un *talk-show* bajo los efectos del Adderall—. ¿Porfis?

Anna odiaba que Eleanor la llamara Annie y le había pedido varias veces que no lo hiciera; incluso había hecho que Alexander interviniera para detener esa costumbre, aunque no había funcionado. Por si eso fuera poco, más de la mitad del tiempo Eleanor hablaba con voz de niña chiquita, algo que para Anna sonaba como unas uñas arañando un pizarrón.

—Claro. ¿Qué pasa?

—Sigo sin saber qué quiero hacer en mi cumpleaños. O sea, además de estar con mi mejor amiga, ¡jobvi! Mami quiere organizarme una cena familiar en el club, así que tengo que encontrar una fecha que les quede a Alexander y a ti. ¿Va a venir este fin de semana?

Anna negó con la cabeza.

—Nop. Acabo de ir y tenía que escribir un ensayo.

Al enterarse de eso, el rostro de Eleanor se descompuso y terminó por adoptar su expresión de puchero más irritante.

—Pues supongo que podemos hacer mi cenita de cumple el otro fin, pero es un poco triste. Ya ves que mi cumple técnicamente está más cerca de este fin que del próximo. —La especialidad de Eleanor: berrinches pasivoagresivos hasta desgastar a las personas y conseguir su objetivo—. A lo mejor Alexander puede escribir su ensayo aquí. Creo que mi cena familiar de cumpleaños sería mejor si la hiciéramos este domingo en la noche en el club.

—Pensé que tu mamá había dicho algo sobre hacer un brunch este año.

Anna sabía que eso nunca ocurriría, pero a veces le parecía justo torturar a Eleanor como Eleanor los torturaba a Alexander y a ella. Bueno, no podía hablar por su novio, quien jamás se quejaba de Eleanor. «Es mi hermana, Anna», repetía en las pocas ocasiones en que ella no podía disimular cuánto le molestaba. «La familia es la familia».

—Pero claro que no. Los brunches de cumpleaños en domingo son como de viejito. Además, siempre hay demasiado jarabe en el brunch como para que me relaje. Sabes cuánto detesto...

—Las cosas pegajosas. Sí, lo sé. ¿Tú ya hablaste con Alexander sobre esto?

—Le dejé varios mensajes, tres hoy. Pero sigue sin llamarme. Sé que ustedes hablan diario, así que estaba como esperando-rezando que hablaras tú con él. Si tú se lo pides, dirá que sí porque te superhiperama con locura. Porfis, Annie, te lo está pidiendo tu Ellie.

Anna accedió, pero solo para evitar el dolor de cabeza que había comenzado a treparle por el cuello y le recordó que Alexander le decía que no con bastante frecuencia. Sabía que su novio se molestaría con ella por involucrarse cuando lo más probable era que él estuviera evitando las llamadas de Eleanor a propósito. Pero Anna no tenía paciencia para lidiar con los berrinches de la media hermana de su novio en ese momento. El dolor le llegaba hasta la mandíbula y se extendía a sus oídos. Estaba muy tranquila y centrada apenas dos horas antes, montando a Marco Antonio, quien tuvo un día particularmente bueno saltando en su lección de esa tarde.

Su memoria volvió al momento en que salió de los establos Staugas y se detuvo en el cruce de cuatro caminos frente a alguien que iba en una motocicleta, vestido todo de negro y con una franja roja en un casco de carreras. Ver motocicletas mientras conducía siempre la ponía nerviosa, así que puso una atención especial a la brillante motocicleta roja que tenía enfrente. Su madre las llamaba «matacicletas» y nunca permitió que Steven tuviera una, por más que él le rogó durante casi un año entero. Se rindió después de obtener su licencia de conducir, pero Anna sabía que su hermano montaba la motocicleta de su amigo Kaedon en su casa en las Catskills.

En San Valentín le sorprendió enterarse de que la madre de Vronsky le permitía manejar una sin siquiera tener licencia, misma que, aunque ya tenía dieciséis años, seguía sin molestarse en conseguir. (En Francia, cuando Geneviève era joven, todos los chicos de catorce años tenían una motoneta). «¡Ah! ¡Ahí estaba!». Desde hacía unos días, todos los pensamientos que le pasaban por la cabeza la llevaban siempre a Vronsky. La elegante motocicleta deportiva la puso nerviosa, le hizo pensar en accidentes en motocicleta, que a su vez le hicieron imaginarse lo terrible que sería que Vronsky se accidentara.

—Annie, Annie, ¿me estás escuchando? Te hice una pregunta muy importante. ¿Crees que deberíamos comer pastel de chispas en mi cena familiar o en mi cena de cumple, o sea, del día en que nació? También tienes que ir a esa, ¿eh? Traerán sándwiches de langosta de Maine, creo. Bueno, eso fue lo que le dije a papi que quería...

—Pastel de chispas el día de tu cumpleaños —dijo Anna en piloto automático—. Con helado de vainilla. —Apenas si estaba poniendo atención; fantaseaba con que el motociclista al que vio era Vronsky, que había ido desde la ciudad a verla. Dio vuelta en dirección de los establos Staugas, Anna lo vio en su retrovisor al alejarse. ¿No habría sido lindo? ¿No habría sido lindo que hubiera ido a buscarla?

—¡Annie! ¡Annie! —Eleanor chasqueó los dedos—. ¿Me estás oyendo?
«Sí, Eleanor. Por desgracia, te estoy oyendo...».

xviii

A Dustin le sorprendió que Steven le hubiera escrito para pedirle que trajera a su hermano a su sesión de tutorías. Había intentado reprogramar la sesión para el día siguiente y así poder pasar la tarde con Nicholas, pero Steven dijo que le urgía verlo cuanto antes, así que fueron los dos hermanos.

Cuando Nicholas entró al departamento de Steven, silbó al ver tanta elegancia, lo que avergonzó a Dustin a pesar de que Steven pareció no darse cuenta. Steven sugirió que Nicholas jugara con su PS4 mientras ellos hacían la tarea y le señaló un cargamento de copias de muestra de juegos nuevos que no saldrían al mercado sino hasta el año siguiente. El papá de Steven era buen amigo de una de las vacas sagradas de la división de videojuegos de Sony, por lo que unas cuantas veces al año llegaban cajas con los juegos más nuevos.

«Otra ventaja de las élites», pensó Dustin, mientras que su hermano no tuvo reparo en decirlo en voz alta.

—No es por nada, pero ustedes los del uno por ciento tienen muchas ventajas increíbles.

Steven asintió.

—Y que lo digas.

(Este tipo de comentarios deberían hacer que Steven quedara como un imbécil, pero él los hacía parecer encantadores, cosa que a Dustin le resultaba tan desconcertante como fascinante).

Una vez que Nicholas se instaló en la sala para jugar Fortnite, Steven le hizo un gesto para que lo siguiera a un lugar que no era su espacio habitual de trabajo en el comedor. Dustin caminó por el corredor detrás de su amigo, quien lo llevó hasta su habitación y, una vez que entraron, cerró la puerta. Dustin nunca había ido a la recámara de Steven, y al estar ahí comprendió por qué no había reaccionado a la falta de filtro de su hermano: Nicholas tenía razón. Todo en aquella habitación lujosa y decorada por un profesional era de la mejor calidad del mundo. Dustin se sentía como un personaje en una película de Hollywood. Steven encendió una gigantesca pantalla plana que colgaba de la pared y le ordenó a Siri que reprodujera «Lifestyles of the rich and shameless», de Lost Boyz.

—Perdón por tanto misterio, bro —dijo Steven—. Pero de verdad necesito hablar contigo y con nadie más.

—Claro —respondió Dustin, de pronto ansioso al pensar que hubiera hecho algo más.

—Quería hablar contigo el otro día, pero no pude, por Lolly. —Dos días antes, su novia había estado con ellos durante toda la sesión de tutoría. Dustin comenzó a ponerse más nervioso y

suplicó en silencio que Steven no mencionara el nombre que había estado evitando como la peste —. Quita esa cara. No se trata de Kimmie —dijo Steven. Ahí estaba: como si en el pecho de Dustin hubiera un DJ pequeñito, el disco de acetato que era su corazón empezó a girar más rápido —. Intenté olvidarme de lo que vi... Pero no puedo. Es imposible. Tengo que decírselo a alguien y tú eres el único a quien puedo confiarle este secreto...

Caminaba de un lado al otro de la habitación sobre el carísimo tapete de felpa que estaba frente a la televisión, mientras las primeras notas de «Renee» retumbaban en las bocinas *surround* edición especial de Bose.

—Steven, ya dilo. Te sentirás mejor.

—No puedes contarle a nadie. Ni pío. Cono de silencio. Lo tienes que jurar primero. Esta mierda retorcida y repugnante no puede salir de esta habitación.

—¿Estás drogado? —preguntó Dustin—. Parece que estás drogado. Y sé de lo que estoy hablando: tengo a un adicto jugando en tu sala. —Dustin no pudo evitar preguntarse si el padre de Steven había cerrado con llave los estantes de las botellas.

—No, no estoy drogado. Me di un jale, pero solo para calmarme.

Dustin consideró decirle que la cocaína era un estimulante, pero no quiso cambiar el tema ni arriesgarse a perder la confianza de su amigo.

—Steven —dijo Dustin con la mayor tranquilidad posible para inspirarle confianza a su amigo —, te juro que no le diré a nadie.

Su amigo dejó de dar vueltas y se paró frente a él, que estaba sentado junto al escritorio en una silla Herman Miller de malla plateada.

—Mi mamá... el otro día... eh... ¡carajo! No puedo. No puedo siquiera decirlo.

—¡Steven! —exclamó Dustin con brusquedad.

—En San Valentín descubrí que vino un tipo con un tatuaje de dragón en la espalda a hacerle sexo oral a mi mamá.

Dustin oyó las palabras, pero no logró registrarlas del todo.

—¿Qué? ¿Quién se vino?

—No es gracioso —dijo Steven, aunque Dustin no había tenido intención de hacer un chiste—. Era un dragón.

—¿Qué era un dragón? —preguntó Dustin.

—¡El tatuaje del chico que estaba lamiendo a mi mamá! —Steven sintió una ligera arcada—. Tenía alas. Era cool, digo, lo habría sido en otro contexto. Tenía unos ojos iridiscentes que...

—¡A nadie le importa el tatuaje! —Ahora era Dustin quien caminaba de un lado a otro—. ¿Te vieron?

—Nah. Él estaba bien metido ahí y mi mamá estaba viendo al techo. Yo había venido a dejar el regalo de San Valentín de mi papá, oí música y abrí la puerta. ¿Por qué abrí la maldita puerta? ¡Toda mi vida sería diferente si no hubiera abierto la jodida puerta de mierda! ¡Joder! ¡Arruinaron hasta mi grosería favorita! —La puerta de la habitación de Steven se abrió de golpe. Dustin y Steven miraron a Nicholas, que estaba parado en el umbral—. ¡Bro! ¿Nadie te enseñó a tocar?

Dustin notó la ironía de la pregunta, pero no dijo nada.

—¡Ey! Acabo de desbloquear la última *skin*, Entropy, ¡está increíble! —exclamó Nicholas—. Vi unos Hot Pockets en tu moderno refri, ¿puedo?

—Nicholas —dijo Dustin—, saliendo de aquí vamos a cenar con mamá.

—Todos los que quieras —intervino Steven de inmediato—. Perdón, estábamos hablando de mi ensayo de Historia.

—Ya, ya, que viva la ñoñería —dijo Nicholas sin un ápice de sensatez en la voz—. Me voy. —Cerró la puerta.

Una vez que Nicholas se alejó lo suficiente, Steven le relató a Dustin el episodio hasta el último nauseabundo detalle. Era evidente que hacía un tiempo que estaba a punto de reventar con las ansias de sacarlo todo; mientras más hablaba, más se tranquilizaba. Dustin, por su parte, se agitaba cada vez más conforme avanzaba la conversación. Sentía que Steven le había transferido la carga psicológica, como si esta fuera una memoria USB implantada en la cabeza de un inocente traseúnte en una película de espías.

—Caray, no puedo ni imaginarme... —le dijo Dustin a su amigo, a pesar de que habría intercambiado en un santiamén los problemas con su propia madre por los de Steven si eso hubiera implicado que Nicholas y su mamá arreglarían su relación. Bueno, en realidad tenía que pensarlo mejor.

—No, no puedes —concordó Steven—. Llevo días evitándola, pero empieza a sospechar que pasa algo. ¿Crees que fueron los Hot Pockets los que me jodieron? Dejé dos en el microondas en San Valentín. ¿Y si mi mamá sabe que yo sé lo del chico del tatuaje de dragón y los tenis de Big Baller Brand? —Dustin apenas si oía las palabras que salían de la boca de su amigo—. ¡Dustin! ¡Dime qué hacer!

Dustin pensó en la situación de los Hot Pockets. Su madre se habría dado cuenta, pero solo porque estaba obsesionada con mantener la cocina inmaculada y habría encontrado de inmediato los Hot Pockets abandonados. Tampoco era la clase de mamá que aceptaría una sesión de *cunnilingus* con alguien con tatuaje en la espalda. Se trataba de diferencias clave.

—No hay forma de que ella los viera. ¿No tienen una cocinera, un chef o como sea que ustedes los ricos llamen a sus empleados?

Steven miró a Dustin, maravillado.

—Brooo. ¿Por qué no se me ocurrió? Le pude haber preguntado a Marta la semana pasada y ahora no estaría volviéndome loco. Por eso soy tu amigo, genio hijo de... una señora muy agradable.

—Cuenta conmigo, amigo —dijo Dustin—. Además, incluso si tu mamá se enterara de que lo sabes, nunca lo mencionará.

La expresión de alivio en el rostro de Steven era muy evidente. Dustin se sentía complacido de haber podido ayudarlo.

—Un problema menos. Falta uno —dijo Steven—. ¿Cómo *des*-recuerdo esta mierda? Está como marcada a fuego en mi cerebro.

—*Eterno resplandor de una mente sin recuerdos* —dijo Dustin.

—¿Eterno qué de dónde?

—Es una película de Charlie Kaufman, con Jim Carrey y Kate Winslet. Hay una compañía que

puede borrar de tu cabeza los recuerdos que quieras olvidar.

—Vaya —dijo Steven—. No es un documental, ¿o sí? ¿Eso se puede hacer?

—Por favor, si se pudiera yo ya lo hubiera hecho —dijo Dustin—. Tendrás que olvidar a la antigüita: drogas y alcohol. O una tercera vuelta a *Juego de tronos*, en mi caso.

Steven rio.

—Eres un buen amigo, Dustin —dijo mientras le daba una palmada en los hombros y lo miraba a los ojos—. Gracias. Me siento mejor.

—¿Lo suficiente como para hacer la tarea? —preguntó Dustin.

—Nah, pero sí como para un torneo de FIFA entre tu hermano, tú y yo.

—Hecho —dijo Dustin.

Era obvio que su amigo no estaba en condiciones para estudiar y Dustin estaba nervioso por la reunión madre-hijo que ocurriría más tarde, por lo que aceptó con gusto la distracción. Además, sabía que Steven le pagaría la sesión de tutoría de cualquier forma.

Cuando los dos amigos salieron al corredor, el aroma a Hot Pockets salía flotando de la cocina, pero ninguno de los dos dijo nada al respecto.

xix

Todos los fines de semana, a lo largo y ancho del país, los adolescentes hacen fiestas en sus casas.

Pero lo que era típico para noventa y nueve por ciento de los adolescentes era muy diferente en una fiesta de Beatrice D, siempre comenzaban a tope y se prolongaban hasta bien entrada la madrugada. Nadie llamaba a la policía, sobre todo porque su locación favorita para una fiesta era una casa de cuatro mil quinientos metros cuadrados en un terreno de dos hectáreas y media junto a la frontera con Nueva York. Llamarla fiesta casera podía resultar engañoso, pero «fiesta en la propiedad» no sonaba igual de bien.

Por lo general, Beatrice mandaba las invitaciones en papel para cartas perfumado, pero como en esta ocasión todo había sido de último minuto, se vio obligada a enviar invitaciones electrónicas. Decidió hacerlo desde la escuela, con la esperanza de tener a la invitada de honor a la vista cuando recibiera la suya. A pesar de que la chica en cuestión no tenía idea de que ella era la única razón para organizar aquel pequeño evento de más de cien personas, eso es lo que era.

Beatrice localizó a Anna, que estaba sentada en los escalones bajo el sol de invierno, envuelta en su abrigo blanco forrado en piel de Moncler y leyendo *Relojes de hueso*; entonces presionó «Enviar». Bea también miró su teléfono y vio el correo nuevo titulado: ES MI FIESTA Y LLORARÉ BORRACHA SI QUIERO. El asunto la hizo sonreír; no era su trabajo más creativo, pero no dejaba de parecerle divertido.

Miró a Anna, quien había dejado de leer y ahora revisaba su teléfono. Tenía que actuar deprisa.

—Anna Banana, ¿contaremos con tu presencia? —preguntó Bea, acompañándola en los escalones, aunque odiaba sentarse en el suelo—. Quiero que te quedes a dormir. Digo, de forma oficial, no como las demás bestias borrachas que seguro también se van a dormir en la casa. Tenemos ocho recámaras y tú puedes escoger la tuya primero, porque tienes unos poros diminutos.

—A mis poros y a mí nos encantaría ir —dijo Anna—. Pero el cumpleaños de Eleanor es la próxima semana y agendar las cosas ya es una pesadilla. Sigo sin saber cuándo va a ser la cena familiar.

—¿Cena familiar? ¡Santo Dios! No me digas que te casaste en secreto con el Don. ¡Piensa en todos los regalos carísimos de los que te vas a perder!

Anna rio. Bea era quizá la persona más graciosa que conocía, aunque nunca lo admitiría frente a su hermano.

—¡No, claro que no! —respondió Anna, por más que sabía que Bea estaba bromeando—. ¿De verdad crees que me haría cuñada de Eleanor por voluntad propia? —Se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca. ¿Qué tenía Bea que sacaba su lado más malvado?—. Eso fue grosero. Retiro lo dicho.

—En la vida real no se puede retirar lo dicho, corazón. De todas formas, tienes garras muy chiquitas. Créeme, no fue grosero. Permíteme demostrarte qué es grosero: Eleahorror es una aburricienta odiosanturrona y sus dramas de perra faldera deben de ser la piedra más molesta en tus zapatitos de diseñador.

—¡Bea, ya! —Anna contuvo una risotada—. Es la hermanita de Alexander.

—Media hermana —la corrigió Bea—. Mira, yo soy hermanastra, que está más abajo que media hermana en la escala de parentescos, pero si la novia de mi hermanastro, Royce, no viniera a mi fiesta de cumpleaños, yo lo superaría y ya. Y eso que somos grandes amigas. Eleanor es problema de tu novio, no tuyo. Y recuerda: no hay problema que no pueda resolverse con un montón de dinero. Cómprale un RCP. —Anna la miró, confundida—. Regalo de Culpa Preventivo... mi papá es el rey de esas cosas. Me compró una alpaca porque no iba a ir a mi fiesta de diez años. Cuando iba a cumplir dieciséis deseé que tuviera que ir a Londres para que me comprara un Bentley. —El padre de Anna no solía cubrirse las espaldas así, pero sí utilizaba los RCDH, Regalos Culpígenos Después del Hecho. Cuando volvió de Singapur, le llevó un nuevo bolso Birkin de cuero de avestruz por haberse perdido la exposición de Westminster—. No aceptaré un no como respuesta. Tú también te mereces una vida. Sé que Anna K es más que la novia perfecta de Alexander W; es más, yo bailé con esa chica la otra vez. Busca en las profundidades y rescata a la fiestera que llevas dentro, porque mi fiesta va a estar de locos. Te diría qué planea ponerse Vronsky, pero me haría lo mismo que a María Antonieta enseguida. —Beatrice dejó caer una guillotina imaginaria sobre su cuello e hizo una mueca de reina decapitada.

Al oír el nombre de Vronsky, Anna confirmó sus sospechas. Cuando abrió la invitación de Bea, lo primero que pensó fue que era un momento curioso. Beatrice era famosa por sus fiestas, pero solían planearse con mucha más anticipación. «¡Alexia le pidió a su prima que hiciera una fiesta para poder verme!». No tenía forma de estar segura, pero sabía que era cierto.

—Okey, okey. Asistiré. Solo tengo que decidir cómo voy a lidiar con Eleanor —dijo Anna. Bea tenía razón: no estaba casada con Alexander. ¡Tenía diecisiete años!

—Que Dios me perdone por decir esto, pero: puedes traer a la neurótica lamebiblias si quieres.

—No será necesario —dijo Anna, alzando una mano en señal de alto—. Es la peor en las fiestas. Mi hermano dice que es una aspiradora de diversión. Por cierto...

—¿Que si invité a tu hermano? Por supuesto —ronroneó Bea, feliz de que todo estuviera saliendo como lo había planeado—. ¿Sabes? Si terminaras con mi primo, me encantaría darles la bienvenida a la familia a ti y al taco de sabrosura que tienes por hermano. —Anna palideció por la franqueza de Beatrice, pero intentó disimularlo mientras buscaba la última página que había leído en su libro—. Okey, preciosa, de vuelta a la ñoñería. Voy a comer —dijo Beatrice y se alejó, bastante complacida consigo misma, aunque aún no sabía si Anna estaba lista para dejar al hombre perfecto por el hombre perfecto.

—¡Oye! ¡Bea, espera! —gritó Anna—. ¿Me puedo unir? Muero de hambre.

«Vaya, vaya», pensó Bea mientras invitaba a Anna con una seña de la mano para que la acompañara. «Parece que Vronsky atrajo a una mosca muy bonita a su telaraña».

XX

El día de la fiesta de Bea había setenta por ciento de probabilidad de nieve. El padre de Anna insistió en que Steven y ella llevaran la camioneta Cadillac Escalade, el más seguro de sus autos (ya que Anna se negaba a conducir la Hummer). Anna, Steven y Lolly planeaban salir de Greenwich después de mediodía y llegar a la propiedad de la familia de Bea antes del anochecer. Bea daría una cena prefiesta para sus amigos VIP, ellos tres y otras doce personas a las que había invitado a pasar la noche.

—¿Kimmie no va a venir? —preguntó Anna cuando vio que Steven y Lolly llegaban de la ciudad solos—. Le dije a Bea que le enviara una invitación.

Lolly negó con la cabeza.

—Kimmie no se ha sentido muy bien estos días.

Anna frunció el ceño. Esperaba que Kimmie fuera para poder aclarar las cosas con ella. Detestaba que las mujeres dejaran que un hombre se interpusiera entre ellas. Pero, después de que Kimmie le confesara lo que sentía por Vronsky y luego la viera bailando con él, lo más probable era que pensara lo peor de Anna, quien no podía culparla.

—¿Es porque me odia?

—No seas boba. Kimmie nunca podría odiarte. Todo lo de Vronsky fue solo un tonto *crush*. Nunca quise o esperé que llegara a ser algo importante. Solo salieron un par de veces antes de la fiesta de Jaylen, así que no tenía derecho a molestarse tanto.

Anna no sabía que Kimmie y Vronsky habían pasado tiempo juntos, pero fingió que la noticia no la había alterado.

—¿Ayudaría si la llamo? Todavía tiene tiempo para llegar. No tenemos por qué ir temprano para asistir a la cena.

—Ay, no, Anna, qué linda —respondió Lolly—. De hecho, Kimmie lleva enferma varias semanas. Mi mamá la va a llevar a la Costa Oeste a ver a un especialista y pasar el fin de semana en un spa. Se van mañana temprano, así que no podría venir, aunque quisiera.

Satisfecha con la excusa, Anna dejó el tema por la paz.

Lolly, por supuesto, estaba preocupada por Kimmie, pero no tenía dudas de que estaría bien. Y estaba superemocionada por estar en la lista de amigos VIP de Beatrice, aunque sabía que era solo

gracias a Anna. Había visto fotografías de la casa de campo de Beatrice en los ejemplares de *Architectural Digest* de su mamá y la propiedad era increíble. Cada una de las ocho habitaciones estaba decorada con la temática de una década distinta: comenzaban con los alegres veinte e incluían todas las décadas divertidas —los idílicos cincuenta, los sesenta *groovy*, los setenta de la música disco y los alocados ochenta—, aunque se saltaban las deprimentes décadas de la Gran Depresión y las guerras mundiales. Cada habitación tenía una rocola con música de la década correspondiente.

Por lo general, Beatrice le asignaba un número a cada uno de sus invitados, y ese era el orden en el que escogían sus cuartos. Lolly moría por quedarse en la habitación de los sesenta, «Haz el amor, no la guerra», la cual sería el mejor complemento para su disfraz; sin embargo, no sabía qué número les tocaría. Iba disfrazada de Cher cuando era joven y encontró un traje de una pieza como de Bob Mackie con un cierre que le llegaba hasta la entrepierna. Quiso que Steven se disfrazara de Sonny, obvio, pero él decidió que se veía ridículo con ese bigote de estrella porno. Iría disfrazado como John Wick, con un traje negro entallado de Luca Mosca (el mismo modelo que Keanu usaba en la película) con todo y agujeros de balas, manchas de sangre y un cachorro de beagle de peluche.

En el auto, ella al fin reunió el valor para preguntarle a Anna qué se pondría en la fiesta. No sabía por qué se sentía rara preguntándosele, pero así era. Quizá se debía a que Anna era chic por naturaleza y no necesitaba esforzarse para verse hermosa y cool. Anna confesó que aún no lo había decidido, pero que tenía varias opciones en mente y lo decidiría cuando llegaran. Era justo esa confianza casual la que asombraba a Lolly. Esperaba que le revelara las opciones que estaba considerando, pero no lo hizo. Parecía estar más callada que de costumbre pero, dicho esto, Lolly nunca había estado con ella en un auto durante más que unas cuantas cuadras en un taxi en la ciudad; quizás así era Anna siempre.

Se concentró entonces en Steven, quien también estaba bastante callado, aunque llevaba comportándose de forma extraña desde San Valentín y Lolly ya comenzaba a acostumbrarse a ello. En un principio, lo había presionado para que hablara con ella y le dijera qué ocurría. Él insistió en que no ocurría nada, que solo estaba distraído con el trabajo de la escuela y con que su papá estaba muy estricto con sus solicitudes. (Su padre había decidido que Steven necesitaba un año más para poder elevar su promedio y entrar a una universidad de la Ivy League, sobre todo al ver las consecuencias del reciente escándalo por los sobornos para acceder a universidades de élite). Lolly no sabía si creerle o no, pero él le dijo que aumentaría sus tutorías con Dustin de tres a cinco veces por semana, lo que parecía confirmar su historia. Esa noticia la entristeció, pues esas otras dos tardes de la semana solían pasarlas en SoulCycle o viendo películas.

Le preocupaba que «Brad» pudiera haber vuelto a sus vidas, pero, cuando se lo preguntó a Steven sin rodeos, él juró de todas las formas posibles que no había vuelto a verla ni a escribirle. Incluso ofreció darle su teléfono para que ella lo viera por sí misma y a pesar de que ella sabía que debió haberle dicho que no necesitaba hacerlo pues confiaba en él, no lo hizo. Tomó el teléfono y repasó todos los mensajes y correos, pero lo único que descubrió es que los chicos mandan los mensajes más aburridos. Notó que la serie de mensajes que había intercambiado con Dustin era solo de hacía un par de días; cuando le preguntó a Steven por ello, le explicó que la había borrado

por accidente. A Lolly eso le sonó plausible; sabía que, de todos los amigos de Steven, el que menos probabilidades tenía de ser un problema era Dustin. Le alegraba que él y Steven se hubieran acercado tanto a últimas fechas. Era buena influencia para su novio y Lolly sabía que ella le caía bien a Dustin, algo que también la alegraba.

—¿Steven? —preguntó Lolly—. ¿Invitaste a Dustin?

—Sí —respondió Steven sin quitar los ojos del camino. Él conduciría a casa de Bea y Anna sería la encargada de conducir de regreso, porque en la mañana Steven tendría una resaca demasiado intensa, como siempre le ocurría después de una fiesta.

—¿Y? ¿Va a venir? —preguntó Lolly, molesta por conversar con una pared, aunque nunca se atrevería a estallar enfrente de Anna.

—Se suponía que iba a venir en la noche con su hermano, pero me escribió en la mañana para decirme que había pasado algo y no podría venir.

—Me pregunto si le ocurrió algo a Nicholas —murmuró Lolly—. Espero que no. Dustin me dijo el otro día que tiene casi tres meses limpio.

—Deberías decirle a Dustin que tome el tren. —Anna levantó la voz desde el asiento trasero—. Me cae bien, es una buena persona.

—¡Es lo mismo que siempre digo! —exclamó Lolly.

—Porque nosotras también somos buenas personas, Lolls. Una buena persona reconoce a una buena persona. —Anna se inclinó hacia delante, rodeó el asiento del copiloto con los brazos y abrazó a Lolly—. Oye, Steven me dijo que te gustaría quedarte en la habitación de los sesenta. Como Bea me dio la primera selección, me aseguraré de pedirla y luego me quedaré con el número que ustedes saquen, ¿okey?

A Lolly la abrumó tanto la bondad de Anna que los ojos se le llenaron de lágrimas. No solo eso: que Steven la hubiera escuchado y recordado que ansiaba esa habitación en particular la reconfortó. Le encantaba que estuviera haciendo un esfuerzo extra para que Lolly tuviera lo que quería. Todas sus ideas paranoicas se esfumaron y exhaló con un inmenso alivio.

«Sweet but psycho», de Ava Max, comenzó a retumbar en el radio satelital, pero antes de que Steven pudiera cambiar la estación, Lolly y Anna gritaron al unísono:

—¡Ay, no! ¡Me encanta esa canción!

Ambas rieron. Steven gritó que le debían un refresco, subió el volumen y sonrió, feliz de que su novia y su hermana se estuvieran llevando tan bien. Mientras conducía aquel coche, se alejaba de sus problemas, ansioso por asistir a una de las famosas fiestas de Bea y respetaba escrupulosamente el límite de velocidad por los cuatro gramos de cocaína que llevaba en el bolsillo del pantalón.

Esa noche era justo lo que el doctor les había recetado a los tres.

xxi

Los dieciséis adolescentes estaba sentados en una larga mesa con dos candelabros de plata de Cristofle en el centro. Beatrice ocupaba una de las cabeceras. A su derecha estaban: Anna; Vronsky; Adaka, su más leal y mejor BFF, miembro de la familia real nigeriana; Murf; Daler y

Ronwney, recién llegados de Milán; y Addison y su gemelo, Benjamin, estrellas adolescentes del programa más popular del Disney Channel desde *Hannah Montana*, quienes estaban de visita de Los Ángeles. A la izquierda de Beatrice estaban: Steven; Lolly; Rooster, el mariscal de campo estrella de Wick; Brayton, una bailarina de Estocolmo, hija de una de las mejores amigas de la mamá de Beatrice; LiviX2, un dúo de pop cuyos nombres reales eran Olivia y Livingston, primas segundas que recién habían firmado su primer contrato discográfico y tocarían en Coachella unos meses después; y, por último, pero no por ello menos importante, Dandy Zander, quien se hacía llamar DandyZ y era el mejor amigo de Beatrice, gay y adicto al CrossFit.

Una cena VIP así funcionaba solo porque nadie tenía que competir con nadie más. Cada uno de ellos se había ganado la lotería, salvo Murf, pero eso era porque a Bea le gustaba tener entre ellos al viejo compañero de beisbol de su primo. Lo tenía vigilado para asegurarse de que no estuviera incómodo, pero él parecía sentirse como en su casa entre los presentes.

Cuando Murf entró al comedor y vio que estaría sentado entre una princesa nigeriana y un par de modelos de pasarela, volteó a ver a Vronsky.

—Cuando esta noche termine, deberías matarme. Así moriré siendo feliz.

—Yo soy el que está feliz —respondió Vronsky—. Estoy muy emocionado de que nos hayamos vuelto a encontrar.

—Quisiera poder quedarme con todo el crédito, pero sospecho que la verdadera causa de tu emoción acaba de llegar. —Murf bajó la voz mientras Anna K se dirigía hacia ellos.

Anna abrió los ojos como platos al ver a Murf y corrió a abrazarlo. Vronsky no pudo evitar sentir una punzada de celos al verla en los brazos de otro hombre, aun si sabía que no era más que un saludo amistoso.

—Conoces a mi camarada Vronsky, supongo —dijo Murf tras separarse de los brazos de Anna. Ella le sonrió a su pretendiente de ojos azules.

—Tengo entendido que nos hemos cruzado una o dos veces.

—¿Qué tal? —preguntó Vronsky con una formalidad exagerada, e hizo el elegante gesto de tomarle la mano y besársela con una reverencia.

Murf rio por lo bajo.

—Si me disculpan, debo ir a discurrir con los demás comensales respecto de la panoplia de contraintuitivas ventajas del poliamor. Ajá, el señor S me regaló uno de esos calendarios con la palabra del día.

Anna y Vronsky rieron mientras Murf se alejaba.

—¿Y de dónde conoces a Murf? —preguntó ella.

—Él era el campocorto y bateador estrella de los Blue Jays de Greenwich y yo jugaba en primera base —le contó Vronsky—. Teníamos siete años. Perdimos el contacto durante mucho tiempo, pero volvimos a encontrarnos hace poco.

—¿Sabías que trabaja en los establos Staugas?

—Sí, creo que lo había oído...

Anna contuvo su emoción: ahora estaba segura de que el chico en la motocicleta era Vronsky. Antes de que ella pudiera responder, sonó una campana y Beatrice gritó:

—¡La cena está servida, mis queridos!

Anna y Vronsky se dirigieron a la mesa. A ella le complació (aunque no le sorprendió) descubrir que se sentarían juntos. Miró a su alrededor, preguntándose si alguien los estaba observando, pero a nadie parecía importarle. La única persona con la que debía ser cautelosa era Lolly, pero ella estaba ocupada adulando a LiviX2 y les decía a Olivia y a Livingston lo mucho que le había gustado su último sencillo, «You only liv twice», y que se moría por ir a Coachella y verlas en vivo, además de aprovechar, claro está, para ver a su favorita, Ariana Grande, uno de los actos principales de ese año. Ellas le ofrecieron conseguirle pases VIP de artista (que eran aún mejores que los pases VIP normales que cualquiera podía comprar), si es que estaba dispuesta a ir hasta la Costa Oeste. Cuando Lolly les preguntó si hablaban en serio, ellas respondieron:

—No es problema.

Por su parte, Steven dijo que estaba seguro de que podrían organizar algo para las vacaciones de primavera, y Lolly envolvió a su novio en un abrazo y gritó cuánto lo amaba para que el resto de los invitados la escucharan.

Anna se dijo que tenía que relajarse. «A nadie le importa tu *crush* secreto».

Una vez que todos estuvieron sentados, Beatrice le dio unos golpecitos a su copa con un tenedor.

—Antes de comer, quiero empezar por presentarlos a todos. Pero no voy a decir nombres. Su trabajo como invitados es adivinar de quién estoy hablando. —Este tipo de juegos eran los que le daban a Beatrice su reputación como la mejor anfitriona. Quienes la conocían tal vez se preocuparon por lo que diría, pero ella se estaba comportando de maravilla: sabía que la clave de una buena fiesta era tener a los invitados relajados y de buen humor—. Número uno: nos conocimos desnudos en un baño de burbujas —comenzó y esperó por la primera respuesta.

DandyZ se inclinó hacia delante en su asiento y gritó:

—¡Tu delicioso primo, el Conde Vronsky! —Hizo un gesto felino con la mano y le maulló a Vronsky.

—Correcto, cariño —dijo Bea—. No se pongan celosas, chicas, pero, cuando éramos bebés, Vronsky y yo nos bañamos juntos miles de veces. —Hizo una pequeña pausa—. Número dos: nos conocimos y nos hicimos amigas gracias a nuestro amor por *El príncipe del rap*.

Anna sabía a quién se refería, pero vio que Lolly también, así que la dejó gritar la respuesta.

—Nada más y nada menos que la princesa misma —dijo Lolly, e hizo una reverencia en dirección a Adaka, quien saludó como reina de belleza a toda la mesa.

—Muy bien, linda Lolly, muy bien —dijo Beatrice—. Ahora, número tres: nos conocimos cuando entré al vestidor de los chicos en Wick «por accidente». No me metí en problemas porque le dije que tenía las pupilas dilatadas por haber ido al oculista. —Se tapó la boca por un segundo como si estuviera contando un secreto—. ¡Era mentira! Solo quería ver con qué cargaban todos ahí... —Murf levantó la mano—. No estamos en la escuela, Murf, no necesitas alzar la mano —dijo Beatrice.

—Ay, sí. Perdón —dijo Murf—. Seguro que estás hablando de mi buen Rooster.

—¡Correcto! —exclamó Beatrice—. ¡Y vaya paquete! Arriba y abajo.

Vronsky le lanzó una mirada a Murf.

—¿Cómo supiste eso?

Murf se encogió de hombros.

—La verdad, es el único de ustedes que parece que hace deporte.

—¡Número cuatro! —Beatrice exigió que la atención volviera a centrarse en ella—. Nos conocimos en la *boutique* de Valentino en Milán, pero nos hicimos amigas después, en el baño, mientras... eh... nos empolvábamos la nariz.

Los largos y delgados brazos de modelo de Daler se alzaron y apuntaron hacia Rowney y a sí misma.

—¡Esas éramos nosotras! Pero no nos estábamos maquillando, nos estábamos dando coca...

Rowney le dio un codazo en las costillas.

—No se supone que adivines si eres tú. Y lo de «empolvarse la nariz» no era literal, estaba siendo *eufórica*.

—¡Ay, Dios! ¡Me encantan, bellas! —Beatrice les mandó un beso y continuó—. Número cinco: nos conocimos en un juego de la Pequeña Liga cuando se me acercó y dijo: «A tu primo le da pena decirte, pero tienes caca de pájaro en la cabeza».

Anna intervino.

—¡Ese tiene que ser Murf!

—¡Correcto! Son demasiado buenos para este juego. —Bea rio.

—No es justo —se quejó Murf—. ¡Esa pista estuvo demasiado fácil!

—Disculpa, Murf —dijo Beatrice—. Podré ser perfecta, pero no soy infalible... ¡Número seis! Nos conocimos durante la temporada de ofertas en Bergdorf, cuando las dos tomamos el mismo zapato, de la misma talla. Por suerte, quedaban dos pares. Si no, ambas tendríamos cicatrices.

—¡Lolly! —gritó Steven.

—¡Steven! —Lolly le dio un empujoncito a su novio—. Se supone que no...

—¿Qué? —dijo Steven—. ¡Tú no eres yo!

—Todo se vale en el amor y en los juegos de salón —bromeó Beatrice—. Número siete: nos conocimos en la mesa de «niños» en la boda de Chelsea Clinton. Después de acabarnos los nuggets de pollo, nos robamos una botella de champaña y nos emborrachamos junto a la alberca. Pista: yo no fui la que vomitó el chapoteadero.

Los gemelos, Addison y Benjamin, estallaron en risas al mismo tiempo, revelando la respuesta.

—¡Addison tenía tanta resaca al día siguiente que a mí me dolió la cabeza! —dijo Benjamin.

—Bien, ¡número ocho! —Beatrice siguió adelante con el juego—. Nos conocimos porque nuestras superficiales mamás nos llevaron a Canyon Ranch en vez de a Disney.

—¡Brayton! —dijo Adaka—. Todo el mundo sabe que sus mamás son inseparables.

—¡Número nueve! —dijo Beatrice—. Nos conocimos en el *backstage* de un concierto de Justin Bieber. Nos robamos unos bóxers de su camerino y ahora nos los enviamos por FedEx como en la película *The Sisterhood of the Traveling Underpants*.

—Por eliminación —dijo Vronsky—, deben ser Olivia y Livingston.

—Por cierto —dijo Olivia—. Estén atentos a un paquete de FedEx en los próximos días.

Livingston sonrió.

—Cada vez que los uso para dormir, tengo un sueño erótico con Bieber.

—Demasiada información, Livi —le dijo su prima.

—Ay, no seas mojigata, Olivia —respondió Livingston.

—¡Número diez! Nos conocimos cuando, borracha, le agarré el pito y él, con total amabilidad, me informó que bateábamos para el mismo lado. Luego me dijo que, si cambiaba el ángulo con el que me arreglaba las cejas, haría que mis ojos resaltaran.

DandyZ le dio un sorbo a su champaña, se puso de pie e hizo una reverencia.

—Culpable —dijo.

—¡Número once! —dijo Bea—. Nos conocimos en un arenero en los Hamptons a los cinco años. Ella tenía la cubeta; yo, la pala.

—¡Mi hermana! —dijo Steven—. Yo también estaba ahí. Destruí su castillo y salieron corriendo y llorando.

—Sí, eso hiciste. Malvado —dijo Anna en broma.

Bea hizo una mueca.

—Y ese era el número doce: Steven destruyendo nuestro castillo de arena. Pero ¿recuerdas que a él lo regañaron y a nosotras nos compraron un banana split? ¡Fin del juego!

Todos celebraron y brindaron por Beatrice, quien levantó su copa y anunció que era momento de que todos dijeran algo lindo sobre ella.

—Ay, Beatrice. ¡No nos hagas decir mentiras!

Todos estallaron en carcajadas y, después de eso, el resto de la cena se desarrolló entre bromas ligeras y amigables y el tintineo de las copas de champaña, llenas de Veuve Clicquot, que chocaban entre sí.

Todo estaba listo para una noche de ensueño.

xxii

Después de que Anna visitara la habitación de los sesenta en la que se quedarían Lolly y Steven, se dirigió hacia su propio cuarto con la maleta de Louis Vuitton rodando detrás de ella por el pasillo. Estaba sumida en sus pensamientos, intentando decidir cómo se disfrazaría. Había reducido sus opciones a tres: pantalones negros de cuero, un *bustier* de látex negro brillante, gafas oscuras y el cabello relamido como Trinity en *Matrix*; una peluca platinada, un vestido *slip* negro de seda y una minigabardina blanca con botas de tacón de aguja, para ser *Atomic Blonde*; o la señora Smith, de la película de Brad Pitt y Angelina Jolie, para lo que se pondría una camisa blanca de su papá y un par de botas Wellington rojas hasta la rodilla. Cada una de las opciones era especial y Anna tenía la intención de convertirse en toda una heroína de acción que se defendía sola y no toleraba las tonterías de nadie.

Cuando llegó a la última puerta del pasillo, se encontró con Vronsky recargado en la pared, esperándola.

—Hola, tú —dijo—. Quería asegurarme de que no te perdieras.

Anna le mostró el mapa que Beatrice le había dibujado en una servilleta.

—Tengo un mapa —dijo Anna, a la defensiva—. Aunque nunca había necesitado uno en una residencia privada. Esta casa es una locura.

—Sí —reconoció Vronsky—. Kiril, Bea y yo jugábamos a las escondidas y nunca nos podíamos

encontrar, así que no era muy divertido. ¿Te puedo mostrar tu habitación? Le dije a Bea que debería ofrecértela a ti. Es mi favorita.

Anna asintió mientras Vronsky abría la puerta y la sostenía para que pasara. Ella entró a la habitación y contemplo la decoración, exagerada pero elegante, al estilo de los ochenta. Había muchos colores neón y le encantó de inmediato. Vronsky la acompañó adentro, con cuidado de que la puerta no se cerrara por temor a enviar el mensaje equivocado.

—No creía que fueras aficionado a la música de los ochenta —dijo Anna. Comenzó a levantar su maleta para ponerla sobre la cama *king size*, que estaba cubierta con un edredón de satín de color rosa fluorescente, pero Vronsky se apresuró a ayudarla—. No pesa. Yo puedo.

Él captó la indirecta y retrocedió un par de pasos.

—Lo siento. Es solo que estoy feliz de que estés aquí.

Anna no respondió, sobre todo porque lo único que podía decir que no fuera mentira era que también ella estaba feliz de verlo. Acababa de tener una de las cenas más divertidas de su vida. Durante la comida no dejó de pensar en si los años que había pasado con Alexander habían sido un desperdicio; con él, las comidas eran muy distintas. Lo único de lo que hablaban él y sus amigos era de la escuela, política y el medio ambiente. Su novio era muy activo en causas ambientales y políticas. Pero la cena en la casa de Bea se trató de arte, de actividades creativas, moda y chismes de celebridades, algo que Anna sabía que a su novio le habría parecido banal y frívolo. «Solo tengo diecisiete años... ¿no me toca ser boba?».

—¿Anna? —la llamó Vronsky, interrumpiendo sus pensamientos—. Tierra a Anna. Responde, responde.

Anna rio, avergonzada por haberse abstraído frente a Vronsky.

—Perdón. No estoy acostumbrada a estas fiestas. Es como si estuviéramos jugando a los disfraces en un castillo. La cena fue tan, tan... —vaciló, pues no quería sonar boba e inocente frente a él—. Fue muy divertida. Beatrice es increíble.

—Lo es —respondió él. Se sentó en la cama—. Es como Las Vegas, pura diversión todo el tiempo. Pero tienes que saber cuándo dejarla; si no, terminas en rehabilitación o en un documental sobre crímenes terribles.

Lo único que Anna quería era tomar vuelo y lanzarse sobre la cama junto a él, pero sabía que no podía. Era el tipo de cosas que no podía hacer si tenía novio y Anna tenía novio. No estaba segura de qué debía hacer ahora.

—¿Quieres que me vaya? —Vronsky se puso de pie y alisó las arrugas en la cama.

—¡No! —gritó Anna—. Es que... no sé qué ponerme para la fiesta. ¿Te interesaría un desfile de modas?

Estaba cansada de preocuparse por qué era lo apropiado y qué no. No estaba haciendo nada malo, ya le había dicho que solo quería ser su amiga. Los amigos pueden ayudar a las amigas a decidirse por un disfraz para una fiesta, ¿no?

—Nada me haría más feliz —respondió Vronsky con el rostro resplandeciente. Le mostró a Anna el baño y le ordenó—: Andando. ¡Que comience el show!

—Música, por favor. Lolly me dijo que cada cuarto tiene su propia rocola.

Vronsky rodó en la cama hasta el otro lado y se puso de pie.

—Como usted ordene —dijo—. ¡Una canción de dance ochentero a la orden! —caminó hasta donde estaba lo que Anna había creído era solo una alocada escultura de un robot en una esquina de la habitación—. ¿Reconoces a este sujeto?

—No —dijo Anna—. ¿Debería saber quién es?

—Anna K, permíteme presentarte a Johnny 5, de la película *Cortocircuito*. Beatrice estaba obsesionada con la película desde los siete años y siempre dijo que quería que Johnny 5 fuera su mejor amigo. Cuando su papá se separó temporalmente de su mamá, hizo lo que todo padre rico hace...

—¡Ya sé! ¡Ya sé! —Anna levantó la mano como la alumna más entusiasta de su clase—. Le hizo RCP. —Se tapó la boca con las manos—. ¡Qué raro sonó eso! ¡Le dio un Regalo de Culpa Preventivo y le compró a Johnny 5!

—Muy bien, jovencita. Alguien ha estado estudiando su Beacabulario. Estrellita para ti. —Vronsky presionó un botón en la cabeza del robot y Johnny 5 cobró vida—. Bea estaba muy decepcionada cuando el robot llegó y vio que no se movía ni hablaba, así que su padre hizo que alguien lo convirtiera en un estéreo y le pusiera algunas luces. Johnny 5 reproduce canciones de los ochenta mediante un iPod bien escondido.

—¡Increíble! —Anna aplaudió, asombrada, mientras «Holiday», el clásico de 1983 de Madonna llenaba la habitación.

Comenzó a bailar de la nada. Vronsky apuntó hacia el baño y ella tomó su maleta y fue cambiarse.

Después de que Vronsky la hiciera mostrarle todos los disfraces dos veces, emitió su voto decisivo: Anna debería ir a la fiesta como la estrella de *Atomic Blonde*.

—Con tu cara y esa peluca, ¡podrías haber derrumbado el Muro de Berlín tú sola! —Anna estuvo de acuerdo en que la peluca hacía que pareciera más un disfraz. Se miró en el espejo de cuerpo completo y casi no reconoció a la sensual agente secreta que la miraba de vuelta—. Sé cómo podemos estar seguros —dijo Vronsky—. Tenemos que probarlo.

Se levantó de la cama de un brinco y comenzó a acercarse a Anna bailando. Pronto, ambos estaban mostrando sus mejores pasos de baile ochenteros en el centro de la habitación al ritmo de «I wanna dance with somebody», de Whitney. La siguiente canción fue la legendaria balada de Foreigner «I want to know what love is»; los adolescentes se paralizaron un momento, como un par de chicos de sexto grado en su primer baile. Vronsky se recompuso de inmediato y la jaló hacia sus brazos antes de que ella tuviera tiempo de objetar. Anna cerró los ojos y pensó en resistirse pero, en vez de eso, se acercó aún más a su pecho. Cuando él le puso una mano en la espalda baja, ella sintió una ligera descarga; tal era la electricidad que había entre ellos.

Bailaron solo diez segundos antes de que un pequeño golpe en la puerta rompiera el encanto. Anna volteó y vio a Lolly, vestida como Cher a sus veintitantos, en el umbral de la puerta, con un enorme estuche de maquillaje. Anna y Vronsky se separaron a toda prisa.

—¡Perdón! —gritó Lolly—. Vine porque me pediste que te ayudara con tu maquillaje. No quise interrumpir...

—¡No interrumpiste nada! —exclamó Anna—. Estábamos bobeando. Empezó la canción y...

—Y yo le enseñaba a Anna cómo bailé en mi primer baile, en quinto grado. Invité a bailar a la

niña más bonita de todo el grado, pero no me di cuenta de que medía una cabeza más que yo — dijo Vronsky, sacando a Anna del apuro—. Se llamaba Sally W.

Anna miró a Lolly, preguntándose si se habría creído la historia de Vronsky, pero también un poco anonadada por la facilidad con la que él inventó una mentira y una excusa.

—¡Ay! —respondió Lolly en tono compasivo—. ¡Yo también era la más alta en quinto! Claro, en ese entonces no sabía que iba a dejar de crecer al año siguiente. —Lolly entró a la habitación, sonriendo—. ¡Tu cuarto está genial, Anna! Y tú te ves increíble. Charlize estaría muy celosa si te viera. Creo que unos *smokey eyes* y un labial pálido es lo que hace falta.

Anna al fin recuperó el habla.

—No, tú te ves increíble, Lolly. Ese traje está para morirse. ¿Sabías que mi mamá tiene un Bob Mackie original enterrado en algún rincón de su armario? Tengo que enseñártelo.

—Bien, señoritas, me voy —dijo Vronsky—. Es mi turno de embellecerme. Anna, te dejo en buenas manos.

Se despidió con la mano y comenzó a alejarse justo cuando «Tainted love», de Soft Cell, comenzaba a sonar desde el robot.

«*I've got to get away from the pain you drive right into the heart of me. The love we share seems to go nowhere...*». «Tengo que alejarme del dolor que le causas a mi corazón. El amor que nos tenemos parece que no va a ninguna parte...».

xxiii

Dustin recorrió el perfil de Instagram de Lolly y miró sus publicaciones más recientes. Podría ver con sus propios ojos el desenfreno del que se perdería al no ir a la fiesta. Era posible que aún pudiera ir, si quisiera, pero eso implicaría mucha logística de transporte con la que no estaba dispuesto a lidiar. El día lo había dejado sin energía y, mientras que a algunos una fiesta podía ayudarlos a sentirse mejor, Dustin estaba seguro de que a él solo lo destrozaría. Además, estaba de malas y ese no era el mejor humor para una fiesta. Lo único que en verdad lo asombró de las fotografías de Lolly fue la motocicleta de *Easy Rider* que estaba estacionada en la esquina de su habitación, inspirada en los sesenta. Dustin vio la película por primera vez en Film Forum con Nicholas. La vio por segunda vez durante la segunda estadía de su hermano en rehabilitación.

Steven había invitado a Dustin a la fiesta dos días antes. Dustin dijo que no en cuanto oyó que era fuera de la ciudad, pero su amigo terminó por persuadirlo diciéndole que podía llevar a Nicholas y que podían llevarse su BMW, pues Lolly, Anna y él irían en uno de los autos de su papá un poco antes. Lo que terminó de convencerlo fueron tres cosas: primero, Steven le dijo que Kimmie no estaría ahí; segundo, cuando Dustin buscó la casa en Google, después de que Steven insistiera, vio que parecía un museo del cine, lleno de artefactos de películas, incluyendo a un Johnny 5 de *Cortocircuito*, una de las películas favoritas de Nicholas; por último, a Dustin le agradaba el hecho de que Steven y él se estaban haciendo amigos y no amigos de la infancia ni amigos por conveniencia, sino amigos que pasaban tiempo juntos porque les gustaba pasar tiempo juntos. Eran polos opuestos en varios sentidos, pero las perspectivas distintas que podían ofrecerse sin duda eran beneficiosas. Steven era una de las pocas personas capaces de sacar a

Dustin de su propia cabeza y lograr que dejara de obsesionarse con todo y Dustin sentía que podía ayudarlo si le enseñaba a ser más consciente de sus acciones.

La mañana de la fiesta, a Dustin lo despertó una llamada de su papá. Le pidió que se vieran para desayunar. No explicó por qué tenían que verse, pues ese fin de semana Dustin estaba con su mamá, pero su papá dijo que era importante. Tomó el metro hacia el centro y se encontró con su papá en la cafetería Silver Spoons, cerca de la avenida Houston. En cuanto se sentó en el gabinete, su papá le dijo que había recibido una llamada de la casa de medio camino en el Bronx para informarle que Nicholas no había ido a trabajar. Tener empleo de tiempo completo era uno de los requisitos para que pudiera quedarse en la casa.

—Les dije que estaba enfermo. Pero lo máximo que puede faltar son dos días.

Su papá llamó a una mesera, señaló el aparador lleno de donas y ordenó dos glaseadas con chocolate. Dustin y su padre compartían el gusto por las cosas dulces. Algunos de los recuerdos favoritos de la infancia de Dustin eran de cuando su padre los llevaba a Nicholas y a él por bagels los domingos en la mañana. Su papá siempre comparaba dos galletas Black and White para compartir entre los tres. Por infantil que sonara, Dustin siempre sintió que la icónica galleta neoyorquina representaba su vida: él era la necesaria parte de chocolate que balanceaba la vainilla. Sonrió con nostalgia al recordar su inocencia infantil.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? —preguntó su papá.

Dustin revisó su teléfono.

—Hace dos días. Fue solo un mensaje sobre por qué piensa que el rap moderno es una estupidez, porque lo único que hacen es repetir cosas y rimar palabras con la misma palabra, lo cual en realidad no es rimar. Y ni le menciones el *mumble rap*.

—¿Dijo algo sobre irse de la ciudad?

—No —respondió Dustin—. Papá, te estás adelantando a las cosas. Tal vez sí está enfermo.

—Fui allá hoy en la mañana y parece que no durmió ahí.

Antes de que Dustin pudiera responder, su papá recibió una llamada de Marcy, su esposa. Jason se disculpó y tomó la llamada afuera. Mientras Dustin esperaba, la mesera puso las dos donas frente a él. Nervioso, tomó una mordida del pan cubierto de chocolate.

Cuando su padre volvió, no se sentó, sino que puso un billete de veinte sobre la mesa.

—Era Marcy. Iba a ir a visitar a su hermana en Jersey cuando descubrió que el auto no estaba en el garaje. Vamos, hay que volver a la casa.

Mientras caminaban hacia el oeste, el papá de Dustin continuó con su historia. Marcy supuso que habían vuelto a estacionar el auto en el cajón equivocado —cosa que ya había ocurrido—, pero cuando el hombre que trabajaba ahí revisó sus registros, dijo que lo habían sacado hacía dos días.

—¿O sea que se lo robaron? —preguntó Dustin.

—No se lo robaron —continuó su papá—. La persona que se lo llevó tenía el duplicado de la llave y una autorización por escrito. Marcy y yo somos las únicas personas que pueden sacarlo sin una autorización.

Cuando Dustin volvió a la casa de su padre, las piezas comenzaron a encajar, una por una. Marcy estaba molesta, pues debía admitir que todo el asunto podía haber sido su culpa. Nicholas

había aparecido de improviso mientras su padre estaba trabajando y dijo que Dustin le había dado permiso de tomar ropa prestada. Nicholas pasó unos cuantos minutos en la habitación de Dustin pero, antes de que se fuera, Marcy le preparó sopa y un sándwich. Mientras Nicholas comía, ella recibió una llamada de su hermana y lo dejó solo en la cocina durante cinco minutos. Cuando volvió, él estaba sentado en el mismo lugar y había terminado de comer. Le agradeció y se fue. El papá de Dustin le preguntó a Marcy por qué no se lo había contado y ella respondió que quiso hacerlo, pero se quedó dormida antes de que él volviera del trabajo y cuando despertó ya se había ido. Después lo olvidó.

—Me pareció de lo más normal —agregó—. De hecho, nunca había visto a Nicholas tan bien. Estaba más parlanchín que nunca. Conmigo, por lo menos. —Al ser la nueva esposa, Marcy tenía una buena relación con Dustin, pues él vivía con ellos parte del tiempo, pero apenas conocía a Nicholas.

El duplicado de la llave del auto estaba colgado en un gancho junto a la puerta y al parecer Nicholas usó uno de los varios recetarios farmacéuticos que había en la cocina para falsificar la autorización del garaje y hacer que pareciera auténtica. Dustin fue a revisar su habitación. Era difícil saber qué faltaba, pues su ropa estaba dividida entre los departamentos de sus padres (una de las desventajas de ser hijo de padres divorciados). Las únicas cosas que Nicholas se había llevado eran la ropa que usó en la fiesta de hip-hop y quizás una mochila. Sin embargo, cuando abrió la caja de curitas que escondía en el cajón de calcetines, el corazón se le fue al piso. Tenía más de tres mil dólares en efectivo guardados ahí, pero la caja ahora estaba vacía, salvo por un pequeño pedazo de papel. La nota estaba escrita en una hoja que anunciaba un nuevo medicamento para el corazón y tenía una ilustración borrosa de un corazón en el centro. Nicholas escribió sus palabras dentro del corazón: «D., tengo que ver a una chica. N.».

Dustin sonrió, pero era una sonrisa agrisada. La nota que su hermano le había dejado era una referencia a *Mente indomable*. Fue Nicholas quien le mostró la película por primera vez, hacía tres años, durante la primera noche de Hanukkah en casa de sus abuelos, en Boston. Fue el último Hanukkah que los hermanos pasaron juntos. Y vaya que la pasaron bien. Nicholas nunca había sido muy expresivo respecto a su relación, pero aquella noche dijo que Dustin era el personaje de Matt Damon y que él era el de Ben Affleck. No profundizó en ello, pero Dustin sabía que a lo que se refería era a que admiraba a su hermano por su inteligencia y que sabía que, al salir al mundo, haría cosas increíbles. Queriéndose hacer el interesante, Dustin no dijo nada más que «sí». Pero era gracias a ese momento que Dustin adoraba la película y la había visto ya unas cincuenta veces. Siempre que pasaba toda la noche haciendo tarea, ponía la película como ruido de fondo para reconfortarse.

Miró la nota y todo comenzó a cobrar sentido. La semana anterior, durante la cena de reunión con su mamá, Nicholas recibió una llamada que dijo que debía tomar. A Dustin le molestó, sobre todo porque su madre estaba preocupada. Y, como tardó más de cinco minutos en volver, su mamá lo envió a buscarlo. Su hermano estaba afuera, fumando un cigarro y hablando por teléfono. Cuando terminó, le dijo a Dustin que era Natalia, la chica a quien había conocido en rehabilitación. Acababa de salir del centro y había recuperado su teléfono. En ese momento, Dustin se alegró por su hermano, pues podía verle en la cara lo emocionado que estaba por haber

oído de ella. «Al menos uno de nosotros todavía tiene la oportunidad de amar», pensó.

Cuando Nicholas volvió a la mesa se disculpó con su madre. Pero cuando ella le preguntó por la llamada, le mintió y dijo que era algo del trabajo. Dustin no dijo nada, por supuesto, pero asumió que su hermano no le dijo a su madre la verdad porque sabía que era muy estricta con seguir las reglas de la sobriedad, una de las cuales indicaba que no debía tener relaciones románticas durante el primer año, mucho menos con otra adicta.

La cena terminó bien, a pesar de haber sido tensa en algunos momentos, y después Dustin acompañó a Nicholas a la estación del metro. Fue ahí donde su hermano le dijo que Natalia estaba en Arizona. Iba a ir a un centro de bienestar afiliado al programa en el que habían estado. Era un programa no residencial, diseñado para ayudarla a recuperar su vida. Le había pedido a Nicholas que la visitara, pero él le dijo que no sería posible hasta que ahorrara suficiente dinero y ¡Taco, Taco! no ofrecía vacaciones pagadas. Dustin le dijo que le encantaría acompañarlo al oeste después de graduarse, en unos meses. Incluso se ofreció a pagar los boletos de avión y el hotel con el dinero que ganaba de las tutorías. Su hermano respondió que preferiría atravesar el país en auto, como hizo Matt Damon en *Mente indomable*.

A Dustin le conmovió que su hermano compartiera su adoración por la película, algo de lo que nunca habían hablado. Pero ahora se sentía menos complacido, pues era evidente que su hermano había decidido robarlo y dejarlo atrás.

xxiv

En la misma mesa de la cocina donde Nicholas había estado sentado tres días antes, Dustin les contó los detalles faltantes de la historia a Marcy y a su papá: la chica de rehabilitación, el dinero robado, las referencias a *Mente indomable*. Su padre escuchó la historia sin interrumpir, dejando hablar a su hijo hasta que terminara, algo que su madre nunca hacía. Jason se sintió aliviado al saber que tenían idea de a dónde se dirigía Nicholas; robar un auto y dinero para atravesar el país y ver a una chica era mucho mejor que robar un auto y dinero para comprar drogas. Como exenfermera de urgencias, Marcy dijo estar segura de que Nicholas no estaba drogado cuando lo vio.

Marcy se disculpó una y otra vez por haber olvidado mencionar la visita de Nicholas y el padre de Dustin la reconfortó diciéndole que no habría hecho diferencia alguna. Estaba seguro de que, cuando Nicholas salió del departamento, fue directo al garaje y se embarcó en su viaje a través del país en ese mismo instante.

La siguiente decisión que debían tomar era si le dirían a la mamá de Dustin lo que estaba ocurriendo. Dustin votó por no hacerlo y le recordó a su papá que habían acordado dar un paso al frente y hacerse cargo de Nicholas durante un tiempo. Si bien la cena de reunión entre madre e hijo había salido bien, sería terrible destruir con una noticia así lo que recién habían reconstruido.

—Lo siento, Dustin, pero no estoy de acuerdo —dijo Marcy—. Sé que tal vez no me corresponda, pero, como mujer que va a ser madre, yo querría saber.

Dustin tardó un momento en entender que Marcy estaba embarazada. No tenía idea de que su

padre planeaba tener hijos con ella, pero era lógico. Marcy tenía menos de cuarenta años; entonces, ¿por qué no querría tener una familia propia? Le ofreció sus sinceras felicitaciones, aunque la alegre noticia estuviera opacada por el más reciente desastre de Nicholas.

El padre de Dustin emitió el voto decisivo, tras afirmar que entendía los argumentos tanto de su hijo como de su nueva esposa. La madre de Dustin tenía derecho a saber, pero le parecía que lo mejor sería esperar a tener más información.

—Llámale —dijo Jason—. A ver si contesta. Si te dice la verdad, podemos partir de ahí.

Dustin habría preferido hacer la llamada solo, pero era evidente que su papá no iría a ningún lado. De cualquier modo, Nicholas no contestó, así que le dejó solo un mensaje de voz y le pidió que le devolviera la llamada. Intentó mantener un tono de voz neutral para que su hermano no pensara que estaba molesto por los tres mil dólares. En realidad, a Dustin no le importaba el dinero en absoluto, pero sí le sorprendía que su hermano se hubiera llevado el auto. Había hecho muchas cosas muy locas bajo el efecto de las drogas pero, hasta donde Dustin sabía, estaba limpio cuando hizo esto, lo que le hacía pensar que el amor en verdad era la droga más poderosa de todas.

Desde la debacle de Kimmie, Dustin se había asegurado de anular su interés por las empresas románticas. Le parecía que había demasiado drama y dolor de por medio y no estaba muy seguro de cuál era el punto. Si las cosas hubieran sido diferentes entre Kimmie y él, lo más seguro sería que estaría bailando en las calles y gritando lo contrario desde todos los techos a los que pudiera subirse.

Pensó en su hermano, conduciendo cinco mil kilómetros en un auto robado, por una adicta a las metanfetaminas llamada Natalia, y se preguntó si su travesía terminaría en desilusión y desamor, como le ocurrió a él con Kimmie. Al final, concluyó que cada hombre necesita descubrir la verdad del amor por sí solo. Él adoraba a su hermano y quería creer en la fantasía de que quizás esta chica era lo que Nicholas había estado buscando toda la vida y que tal vez ella sería capaz de llenar el hueco que siempre había intentado llenar con drogas.

Miró el celular y vio la última *selfie* que Lolly había publicado. Steven y ella se habían disfrazado de Cher y John Wick para la fiesta. Se veían muy hermosos y felices juntos, pero, sobre todo, se veían como si sus vidas fueran mejores que las del resto de la gente.

Había leído que existía una tendencia creciente de ansiedad y depresión entre los adolescentes que crecieron con *smartphones*. Todo el mundo era adicto a desparramarse sobre el flujo interminable de fotografías de gente hermosa viviendo vidas fabulosas. Parecía que la única razón para hacer cualquier cosa en esos días era publicar fotografías sobre cuánto te estabas divirtiendo, así como hacían Lolly y Steven.

Pero Dustin sabía cuál era el lado oscuro de esa fotografía. Sabía que Steven estaba en crisis por la reciente infidelidad de su madre y que era posible que también tuviera un problema con las drogas. Y, si el pasado era indicativo del presente, estaba siguiendo los pasos de su padre y traicionando a la mujer con la que tenía un compromiso. A pesar de que Lolly había borrado la fotografía en la que vestía el abrigo de piel de la mamá de Steven del día en que se enteró sobre «Brad», Dustin la había guardado. No lo hizo con ninguna intención detestable; de hecho, ni siquiera estaba seguro de por qué lo había hecho. Quizá la tenía como recordatorio de las muchas

y sorprendentes caras de la humanidad. Lolly parecía un demonio de una película de terror japonesa, con círculos negros alrededor de los ojos, el maquillaje corrido y una expresión de dolor petrificado.

Le recordaba a *El grito*, la famosa pintura de Edward Munch a la que tantas películas y libros hacían referencia. Cuando era más joven, siempre se preguntaba por qué esa pintura en particular había entrado a formar parte del imaginario popular. Ahora, tras haber presenciado el sufrimiento de su madre por su hermano, su propio sufrimiento por Kimmie, el sufrimiento de Steven por su madre y el sufrimiento de Lolly por Steven, Dustin comprendía por qué a la gente le gustaba aquel cuadro. Era reconfortante saber que otras personas sufrían como uno lo hacía.

Navegó entre sus fotografías y encontró la de Lolly. Se quedó pasmado por el duro contraste entre la Lolly que conocía, la Lolly vestida como Cher y la Lolly envuelta en pieles de la fotografía. Era casi inimaginable que fueran la misma chica.

XXV

En casa de Bea, una enorme carpa cubría el césped desde el patio trasero, hecho de piedras importadas de Escocia, hasta el jardín zen diseñado por el mejor arquitecto de jardines zen japoneses del país (curiosamente, un argentino llamado Manolo). No era una de esas carpas normales blancas que se usan para las bodas al aire libre o las reuniones de bachillerato. Bea había rentado una inmensa carpa roja y blanca de circo en la que sin problemas cabría un elefante bailando sobre sus patas traseras. Cuando Anna entró, una parte de ella esperaba encontrarse en plena función de un circo.

La carpa estaba dividida en distintas secciones. Una pista de baile de cuadros blancos y negros ocupaba la zona del centro a la derecha, con una cabina de DJ elevada en una esquina y un bar completo. Del otro lado de la carpa había otro bar y un área para sentarse con mesas altas con la parte superior roja y periqueras giratorias de cuero rojo. Varios sofás alargados formaban un cuadrado alrededor de un enorme tapete persa donde había varios *puffs* y cojines marroquíes. En una mesa baja junto a los sofás había tres gigantescas *hookas* y un tazón enorme lleno de la mejor *kush* que se conseguía en California, la cual las LiviX2 habían comprado solo para la ocasión. En otras palabras, en esta fiesta había muchas opciones para elegir.

Para medianoche, el número de asistentes había ascendido a cien. Dado el tamaño de la carpa y de la propiedad en general, no se sentía abarrotada y el ambiente se mantuvo relajado e íntimo. Por todas las áreas había varios grupos de personas con coloridos disfraces, pero el corazón de la fiesta era Beatrice, quien estaba vestida con un bikini blanco y alas rojas, un cupido en paños menores que recibía audiencias sobre una alfombra persa en el área de los sillones. Beatrice no era una anfitriona a la que le gustara circular, sobre todo porque siempre estaba descalza o en tacones de doce centímetros. Prefería por mucho sentarse y dejar que la fiesta se acercara a ella. A su lado estaban Adaka, disfrazada de Serena Williams (aunque era poco probable que la leyenda del tenis alguna vez hubiera usado una minitanga rosa fosforescente debajo de la falda); Livingston, cuyo disfraz consistía de una ecléctica mezcla de accesorios aleatorios: un sombrero de copa, un cinturón de herramientas de cuero, una camiseta de los Sex Pistols y un tutú (era su

propia versión de la Mujer Maravilla: o sea, «me maravilla lo malo que es su disfraz»); Rooster, quien, debido a una evidente falta de imaginación, tenía puesto su uniforme de fútbol americano; y una pareja disfrazada como el *emoji* de fuego y el *emoji* de mierda, para indicar que juntos eran «hot mess».

John Wick y Cher estaban en la pista de baile con otras dos docenas de invitados, presumiendo sus mejores movimientos al ritmo de «Tear in my heart», de Twenty One Pilots. Lolly, ya ebria por lo que fuera que tuviera el ponche de Beatrice, y drogada por un buen jalón a la *hookah*, fue la primera en verlo. Lo primero que pensó fue «Guau, ese tipo de allá está disfrazado de mi papá», lo que hizo que empezara a reír; la mujer con la que iba tenía puesto un vestido de lunares y mangas largas de Alessandra Rich, lo que la convertía en la única mujer en la fiesta que intentaba cubrir la mercancía en lugar de presumirla. Eso le recordó que quería escabullirse a la casa y echarles un vistazo a las otras habitaciones antes de que se llenaran de parejas borrachas besándose y tocándose.

—Oye, Steven, ¿no crees que ese tipo se parece a mi papá? —dijo Lolly, aún riéndose—. Perdón, perdón, quiero decir: John Wick, ¿no crees que ese tipo se parece a mi papá?

Le dio la vuelta a su novio para que pudiera ver al hombre al que estaba señalando de forma tan grosera.

Steven dejó de bailar y palideció.

—¡Carajo! —dijo en voz baja—. Son Alexander y Eleanor.

Lolly seguía bailando en círculos, con las manos en el aire, sin procesar lo que Steven acababa de decir. Él le puso las manos en los hombros y la acercó tanto que Lolly creyó que estaba a punto de besarla, así que cerró los ojos y levantó la barbilla para prepararse.

—Nena —le susurró—. Necesito que te concentres. Tenemos que encontrar a Anna antes que ellos. Yo iré a hablar con ellos y tú ve a buscar a Anna. ¿Puedes hacer eso por mí?

En ese instante, un remix dance de «Dreamlover», de Mariah Carey, comenzó a retumbar en las bocinas y Lolly salió brincando para unirse a un trío de gays con DandyZ en el centro, quienes gritaban entusiasmados por la selección musical.

Steven maldijo, molesto consigo mismo por estar perdiendo un tiempo tan valioso. Lolly no estaba en condiciones de cumplir con su tarea. Entonces, Steven vio a Murf, disfrazado como Kanye West, en medio de Daler y Rowney, las únicas dos chicas de la fiesta tan altas como él. (Daler y Rowney estaban vestidas de verde, parecían un par de ejotes en Versace y Dolce & Gabanna). Bailando, Steven se acercó a donde estaba Murf para tomarlo del brazo y alejarlo de las modelos bailarinas.

—Bro —dijo Steven—, necesito ayuda. —Señaló a Alexander y a Eleanor, que estaban ya junto a una de las barras.

—¡Mierda! Eso no es nada bueno —masculló Murf y sacó su teléfono—. Le voy a escribir a Vronsk, pero no sé si su *kilt* tenga bolsas.

Los chicos decidieron de inmediato que Steven distraería a los recién llegados mientras Murf buscaba a Anna y a Vronsky. Antes de que pudieran separarse, una Beatrice descalza apareció a su lado.

—Veo, veo... problemas con «P» mayúscula.

—Ya nos estamos haciendo cargo —respondió Steven.

Murf asintió y comenzó a abrirse paso por la pista de baile.

—¿Vamos, señor Wick? —preguntó Bea, poniéndole una mano en el brazo a Steven.

Dejaron la pista de baile y caminaron juntos hacia la boca del lobo, acercándose a Alexander y a Eleanor, quienes tenían vasos de agua mineral en la mano.

—¿Cómo estás? —le preguntó Steven a Alexander en tono casual—. No sabía que vendrías este fin de semana. Hola, Eleanor.

—Hola, Beatrice. —Alexander ignoró a Steven y saludó a Beatrice, que era lo que dictaba la etiqueta cuando se estaba en compañía mixta: siempre se saluda primero a la dama—. Conoces a mi hermana Eleanor, ¿cierto?

—Por supuesto —respondió Beatrice con brusquedad.

Ella detestaba que la gente dijera obviedades y las intentara hacer pasar por conversación. Se acercó para darle un besito falso a Eleanor, quien retrocedió un paso.

—Ay, perdón —dijo Eleanor, sin sonar realmente arrepentida—. No estoy cómoda si tengo que tocar la piel de la gente. ¿No tienes frío? ¿Por qué estás tan brillante? ¿Es diamantina?

—Diamantina para el cuerpo —contestó Beatrice—. La que usan las *strippers*.

—¿En dónde está Anna? —preguntó Alexander, tan incómodo con el disfraz de Beatrice como su media hermana, aunque lo disimulaba un poco mejor—. Está aquí, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Beatrice—. Seguro está bailando por ahí. Estamos en una fiesta, a final de cuentas.

No se molestó siquiera en no sonar cortante, lo que probablemente se debía a las tres gruesas líneas de cocaína que había inhalado hasta el momento. El cuarteto estaba tan ocupado en su juego de incomodarse mutuamente que no se dio cuenta de que Anna y Vronsky entraban a la carpa con Ben y Addison, cuyo acceso al departamento de vestuario de Disney les había permitido conseguir disfraces de Chip y Dale. Se dirigieron de inmediato a la pista de baile, sin notar que la mayoría de los asistentes a la fiesta ya estaban enterados de la situación que se desarrollaba a unos metros. Había mucha gente en la fiesta que no conocía a Anna, pero todos ahí sabían quién era el Don de Greenwich.

Anna y Vronsky se restregaban al ritmo de «Truth hurts», de Lizzo. Solo tenían ojos el uno para el otro, cosa que todos habían notado; sin embargo, se trataba de los amigos de Beatrice, así que no les importaba. Casi todos en ese grupo le habían sido infieles a sus novios o novias, o cuando menos lo habían considerado. Anna había perdido su pequeña gabardina en algún lugar hacía una hora y el vestido *slip* negro de seda se le pegaba al cuerpo de una forma muy sensual. Uno de los delgados tirantes resbaló por su hombro y Vronsky, embobado como estaba, no pudo contenerse. Se acercó, tomó el tirante con los dientes y lo jaló para ponérselo de nuevo en el hombro. Su aliento cálido hizo que Anna se estremeciera, a pesar de que no hacía frío dentro de la carpa.

—¡Hola, Anna! —aulló Lolly. Estaba parada junto a una bocina, pero, gracias a sus clases de actuación, sabía cómo proyectar la voz hasta el otro lado de la carpa. La mitad de la fiesta torció el cuello para voltear a ver a Anna y a Vronsky. Embelesada con su pareja de baile, Anna tardó un par de segundos más de lo debido en reaccionar al llamado. Lolly apuntó con un dedo y continuó

—: Alexander está aquí. Pensé que era mi papá. ¡Usan los mismos caquis!

Anna y Vronsky dejaron de bailar. Ella se tapó el pecho con las manos y miró al otro lado de la pista. Alexander, Eleanor, Steven y Beatrice la miraron de vuelta. Lolly vio el rostro de Steven y supo que estaba molesto con ella. «Ups», pensó mientras veía cómo Anna dejaba la pista de baile, sola. Lolly miró a su alrededor y vio que muchos de los invitados a la fiesta también estaban observándolo todo. Fue solo cuando Alexander tomó a Anna del brazo y la sacó de la carpa que Lolly tuvo un breve momento de claridad. Habría agachado la cabeza por la vergüenza si un remix de «Wrecking ball», de Miley Cyrus, no la hubiera distraído.

—¡Ayyy! —gritó, volviendo a mover los pies al ritmo de la música—. ¡Meeeeee encantaaaaa esta canción! —Echó la cabeza hacia atrás y comenzó a cantar a todo pulmón, sin darse cuenta de lo apropiada que era la letra para el drama que se desarrollaba en el momento—: «*I came in like a wrecking ball... I never meant to start a war...*». «Vine como una bola de demolición... Nunca quise iniciar una guerra...».

xxvi

Anna tenía puesta la chamarra de esquí de Burton que le había dado Alexander encima del diminuto vestido; no estaba segura de dónde había dejado su gabardina blanca. Tenía frío en las piernas, pero caminaba por el oscuro césped hacia la piscina, seguida de Alexander.

—¿A dónde vas? ¿Por qué no estamos yendo a la casa? —preguntó él, molesto.

Anna no respondió, pues no podía hacerlo sin mentir. No quería entrar a la casa con Alexander porque la casa era ahora el lugar donde se estaban desarrollando algunos de sus mejores y más recientes recuerdos. No quería arruinarlos con la fealdad de lo que seguro se avecinaba.

—Aquí hay un calentador... y privacidad. —Acelerando el paso, llegó a los arbustos que rodeaban la alberca ovalada de fondo negro—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a llevarte a casa —dijo Alexander—. Se supone que nevará esta noche.

—Vinimos en la Escalade de papi, tiene tracción en las cuatro ruedas. Pero no me refería a eso. No sabía que vendrías este fin de semana.

—La cena de Eleanor es mañana —respondió el Don—. No dejaba de llamarme y rogarme que viniera, Anna. Ya sabes cómo se pone. ¿Qué se suponía que hiciera?

—Decirle que el mundo no gira alrededor de su maldito cumpleaños. —Anna intentó mantener la calma, pero no pudo. Estaba furiosa.

—Anna.

—Nada de «Anna», Alexander. No eres mi papá. Puedo decir lo que yo quiera. Ha enviado diez mil correos sobre esa estúpida cena. Sí entiendes que yo no soy la que está emparentada con ella, ¿verdad?

—¿Bebiste?

—Sí. ¿Sabes por qué? Porque ¡estoy en una fiesta! Esto es lo que la gente hace en las fiestas: bebe y se divierte. Tal vez no lo sepas porque nunca vamos a fiestas.

—¿Por qué hablas en ese tono? No estoy seguro de entender qué es lo que está pasando. ¿Qué hice para que estés así? —Alexander comenzaba a levantar la voz.

—¿Así cómo?

—Casi no traes ropa puesta y está helando. ¿Steven te dio drogas?

Anna ignoró la pregunta y continuó.

—¿Sabías que era una fiesta de disfraces? ¿Por qué no te disfrazaste?

—No vine a la fiesta, vine por ti.

—Pero ¿por qué? Te dije que me iba a quedar a dormir y que regresaba mañana.

—A Eleanor le preocupaba que la nieve te dejara atrapada aquí y Steven no es el más responsable...

—¡No soy tu responsabilidad! ¡Soy tu novia! —gritó Anna.

—Anna. —Alexander volvió a hablar con tranquilidad—. Eres mi novia y te amo. Por eso estoy aquí.

—Excelente. Entonces, volvamos a la fiesta y vamos a divertirnos.

—Anna. —Alexander miró su Rolex de oro blanco—. No puedo. Ya es tarde y mi ensayo no se va a escribir solo.

—¡Ay, Dios mío! Si te quieres quedar, genial. Si te quieres ir a escribir el estúpido ensayo, vete y escríbelo. —Se puso de pie—. Yo voy a regresar a la fiesta.

Anna tenía que irse de ahí; si no lo hacía, no tenía idea de qué podía decir o hacer. Era como si las puertas del establo se hubieran abierto y todos los caballos estuvieran galopando libres, intentando escapar de un terrible incendio.

—El muchacho con el que estabas bailando —dijo Alexander y Anna se detuvo—, ¿es el chico al que conocí en la estación del tren?

Anna no podía darse la vuelta para mirar a su novio; prefirió, en cambio, hablarles a los arbustos que tenía enfrente.

—Vronsky. Es primo de Bea.

—Yo confío en ti —comenzó a decir Alexander—, pero no pude evitar notar que la gente parece hablar de ustedes dos de una forma que me resulta... descorazonadora.

—¿Me estás acusando de algo? —preguntó Anna mientras se daba vuelta en la oscuridad—. La gente chismea, Alexander. Son los amigos de Bea, para ellos es como un deporte. No hice nada malo. Estábamos bailando. ¿Y qué? He bailado con muchas personas hoy. —Miró a Alexander a los ojos por primera vez desde que había llegado.

—Eres hermosa —dijo Alexander con voz suave—. Tan hermosa que, siempre que entras a una habitación, todo el mundo lo nota. Es evidente que Vronsky está prendado de ti y no lo culpo. No digo que lo estés incitando a propósito; lo que digo es que, si lo hicieras, de forma intencional o no, sería inapropiado. Para él y para mí. Debes tener la cautela de no permitir que malinterprete tu apertura amistosa como algo más. No me gusta ser objeto de chismes.

Anna recorrió el espacio que los separaba y quedó a centímetros de su cara.

—Pues te hubieras puesto un disfraz —dijo—. Yo voy a volver a la carpa. O podemos desnudarnos y meternos a la alberca. Vamos, yo me desnudo primero. —Sabía que su reto recibiría silencio en respuesta y eso fue justo lo que ocurrió—. Sí, eso supuse. —Anna volvió a darse vuelta y se dirigió a la casa.

El suspiro de exasperación de Alexander formó una nube en el aire frío. La siguió. Cuando

estaban a la mitad del camino, una figura en la oscuridad se acercó a ellos.

—¿Alexander? ¿Annie? —La voz de Eleanor cortó el aire con su agudeza—. ¿En dónde estaban? ¿No tienes frío, Anna? Yo me estoy congelando. Me hubiera puesto el abrigo largo como me dijo mi mami. ¡Un loco disfrazado del Monstruo Comegalletas me tiró vino en el vestido y ahora tres de los lunares de mi vestido son rojos!

—Voy a regresar a la fiesta —afirmó Anna al pasar junto a Eleanor en la oscuridad.

—Pero... pero —chilló Eleanor y le dirigió una mirada de confusión a Alexander—. Ya casi es la una. ¿No deberíamos irnos? Ya sabes que me salen ojeras si no duermo lo suficiente.

—Anna se va a quedar —dijo Alexander, pasándole el brazo por los hombros a su hermana—. Vamos, necesito una taza de café antes de salir.

Eleanor se mantuvo firme.

—¿Cómo que se va a quedar? Vinimos hasta acá. A mí eso no me parece justo.

—Fue un error. Mi error —respondió Alexander. Esperó un momento más y también comenzó a caminar hacia la carpa.

—¡Alexander! —gritó Eleanor, dando pisotones en la hierba mojada—. ¡Espérame!

Cuando Alexander y Eleanor entraron a la carpa, Anna estaba sentada en el piso junto a Beatrice, quien estaba sobre las piernas de Rooster. Rodeándolos, como en una fogata en un campamento, estaban Olivia, Brayton la bailarina (disfrazada de Bella de *La Bella y la Bestia*) y Adaka. Alexander pasó junto a ellos de camino a la estación de café que estaba junto a los postres y se preparó un espresso doble; lo iba a necesitar para el largo viaje de regreso a Greenwich, sobre todo con los berrinches de Eleanor en el asiento contiguo. Volvió al área de los sofás y se paró detrás de Anna, quien no volteó a verlo.

—Beatrice, gracias por la hermosa fiesta, pero Eleanor y yo tenemos que irnos —dijo con voz templada. Estaba a punto de darse vuelta e irse, pues ya había cumplido con su obligación de agradecerle a la anfitriona, pero se detuvo—. Y una disculpa. No estuvo bien que viniera sin disfraz.

—No hace falta disculparse —dijo Beatrice, quien acababa de fumar de la *hookah* que contenía un híbrido de flor morada llamado Crunchberry. Exhaló una enorme columna de humo que se elevó y, por un instante, rodeó a Alexander. Ella sonrió con los ojos entrecerrados, como suele hacer la gente muy pacheca—. Si alguien te pregunta, solo diles que vienes disfrazado de pitochico.

xxvii

Vronsky y Murf estaban subidos a dos ramas distintas del roble de más de cien años que se erigía en el centro de la bahía para vehículos. No era un árbol fácil de escalar, pero lo lograron tras llevar hasta ahí una enorme urna decorativa que estaba en los escalones de entrada a la casa. La urna debía pesar al menos cien kilos, pero entre los dos lograron cargarla hasta la base del árbol.

Murf estaba forjando un porro sobre sus piernas mientras Vronsky miraba al vacío, abatido.

—¿Tu disfraz es auténtico? ¿No hay nada debajo del *kilt*? —preguntó Murf, señalando la falda escocesa de su amigo.

—Nada cuelga hoy —dijo—. Hay que mantener la elegancia. Anna está aquí. Digo, estaba...

—Qué bueno. De hecho, no hacía falta que colgara algo hoy, ya vimos demasiado en esta fiesta —dijo Murf entre risitas—. Pero no del tuyo, sino del chico de tu novia.

Encendió el porro recién forjado y se lo pasó a Vronsky, quien fumó y retuvo el humo tanto como pudo, con la esperanza de poder calmar su mente. Esa noche era su gran oportunidad con Anna y no había salido bien.

—Alexander... —masculló con desdén mientras exhalaba.

Murf tomó el porro y sacudió la cabeza.

—Ese tipo es todo lo que odio de Greenwich. No sé cómo no le pusiste las manos encima al baboso cuando entró como si fuera el dueño de Anna.

—Lo pensé —dijo Vronsky.

—Si yo fuera tú, le habría enseñado algo de modales, pero si alguien de mi color siquiera ve feo a alguien como Alexander... Mierda, hasta acá oigo las sirenas de las patrullas de solo pensarlo.

—Me estás diciendo marica, entonces.

—Sí, algo así.

Vronsky rio y meneó la cabeza.

—Tengo metida a esa mujer en la cabeza, amigo.

Murf inhaló el porro con todas sus fuerzas y soltó una inmensa cantidad de humo que comenzó a trepar entre las ramas.

—Tal vez es momento de dejar esta obsesión con Anna K. Nunca había visto tanto talento en un solo lugar como hoy y estoy seguro de que todas estas nenas estarían felices de hacer fila para ayudar a tu hermoso trasero a olvidar sus problemas. O sea, Anna es genial, pero es solo una chica.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Dime por qué no lo es.

—¿Cómo puedo explicártelo, si yo tampoco lo entiendo? Es como si, cada vez que la veo, nada más que ella importara. Quiero estar con ella todo el maldito tiempo y estoy obsesionado con todo lo que hace y todo lo que dice. Y cuando no está conmigo me siento completamente vacío, como si fuera un fantasma o algo así.

—¿Sabes cómo sueñas?

—¿Cómo?

—Como cualquier mujer que se ha enamorado de ti. —Murf rio—. ¡Broma! Pero, en serio, amigo, estás en el hoyo —continuó—. Eso significa que solo te queda una movida por hacer.

—¿Cuál?

—Lanzarte con todo lo que tienes. Déjate de cursilerías y fiestas enormes solo para estar en el mismo lugar que ella.

—Ya sé, ya sé. Quisiera que no se hubiera ido con ese idiota...

Murf detuvo a Vronsky y se llevó un dedo a los labios para que guardara silencio; apagó el porro en la corteza del árbol mientras nada menos que Alexander y Eleanor salían por las puertas de la casa y bajaban los escalones deprisa. En el árbol, Vronsky y Murf podían oírlo todo tan claro como el agua.

—¡Esto es ridículo! —La voz chillona de Eleanor cortaba el aire—. Vuelve a entrar y haz que venga con nosotros.

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Que le de un mazazo en la cabeza y me la eche al hombro como un cavernícola?

—¡Es tu novia! —aulló Eleanor—. ¡No deberías dejarla aquí con todos esos ebrios idiotas retozando como en una bacanal en la antigua Grecia!

—Sube al auto. Quiero ir a casa. —Alexander abrió la puerta del lado del copiloto de su Range Rover verde botella, pero Eleanor no subió.

—Entonces, yo iré por ella —dijo.

Su medio hermano la tomó del brazo.

—Claro que no —dijo Alexander con firmeza.

Aún entre las ramas y sin respirar, Vronsky y Murf se miraron con las cejas alzadas.

—Suéltame —le pidió Eleanor, bufando.

Alexander soltó a su hermana, quien subió al asiento delantero y después azotó la puerta. Él caminó hasta la parte trasera de la Range Rover y se tomó la cabeza con ambas manos antes de recobrar la compostura y subir al asiento del conductor.

—Caray —exhaló Murf al fin cuando la camioneta comenzó a salir de la larga calzada—. Al menos la blanquita lucha un poco, que es más de lo que puedo decir del perdedor ese. ¿Sabes qué? Yo digo que está cancelado. Anna se merece algo mejor.

Vronsky permaneció en silencio; la cabeza le daba vueltas, tanto por la nueva información como por la mota.

—Sigue aquí...

—Parece que es tu día de suerte... A lo mejor los dos tenemos suerte. Las modelos amigas de tu prima me han estado echando el ojo desde la cena. —Murf bajó del árbol de un brinco y alzó la mirada para ver a Vronsky—. ¿Quieres ir a la pista y que el buen Murf te enseñe cómo se hace?

—Tengo que encontrar a Anna —dijo Vronsky.

—Pues claro que sí —dijo Murf—. Hora de ser más padrino que el Don. —Bailoteó como un boxeador antes de la pelea.

Vronsky aterrizó en el suelo con una habilidad felina. Los primeros copos de nieve de la noche comenzaban a flotar en el aire gélido.

—Oye, Murf.

—¿Qué pasó, hermano?

—¿Y si ella no siente lo mismo por mí?

Su amigo dejó de brincar y lo pensó por un momento. Se acercó a Vronsky, le puso una mano en el hombro y lo miró a los ojos.

—Entonces, al menos lo sabrás.

Vronsky exhaló; el efecto de la marihuana lo envolvía, protegiéndolo de la idea de que sus sentimientos por Anna pudieran no ser recíprocos. En su cabeza eso era imposible.

—Sí —dijo—. Supongo.

—Vamos, Romeo. El último en llegar a la carpa es un pitochico —dijo Murf y se echó a correr.

Vronsky se echó a correr detrás de su amigo.

Después de acostar a Lolly, Steven encontró a su hermana en la cocina profesional de la casa, sentada en el suelo de la despensa, excavando en una tina de veinte litros de helado de fresa con una cuchara de sopa. No le tomó mucho tiempo encontrarla en aquella enorme casa, porque sabía perfecto dónde buscarla. Steven había encontrado a su hermana muchas veces sentada en el piso de la despensa de su propia casa, comiendo algo. Lo hacía por necesidad, pues no podía disfrutar de la comida con dos bestias babeantes cerca de ella todo el tiempo. Buscaba algún lugar pequeño con una puerta donde pudiera esconderse y comer sin distracciones. La puerta de la despensa en la casa de Greenwich había sido pintada dos veces para tapar los rasguños.

Anna, ya sin la peluca platinada, miró a Steven con ilusión, como si llevara esperándolo todo ese tiempo. La despensa era más grande que casi cualquier departamento de una habitación en Manhattan y en ella habría cabido un juego de dormitorio entero sin problemas. Steven entró, cerró la puerta detrás de él y acompañó a su hermana en el piso. Ella le dio una cuchara, lo que confirmaba que lo había estado esperando.

Steven, electrizado por la cocaína, tomó la cuchara y puso manos a la obra.

—Lolly se quedó dormida. Se va a querer morir cuando sepa qué hizo. Por accidente, claro.

—No le digas nada —le pidió Anna—. No fue su culpa. Esto fue solo culpa mía... bueno y de Eleanor.

Steven estuvo de acuerdo. Por mucho que no fuera fan del novio de Anna, despreciaba mucho más lo malcriada que era Eleanor y su detestable y falsa superioridad moral. Eran niñas berrinchudas y escandalosas como ella las que les daban mala fama a los chicos ricos. Una vez la vio hacer un escándalo en el *country club* un domingo porque el nuevo repostero le puso pasas al pastel de zanahoria.

—¿Quién diablos se aparece así? Cuando alguien se cuele a una fiesta lo hace para divertirse; pero ellos no lo hicieron por eso, lo hicieron para arruinarla.

—Le preocupaba que la nieve nos dejara atrapados aquí y me perdiera su tonta cena de cumpleaños. —Anna no creyó pertinente decirle a su hermano que su novio también temía que Steven pudiera afectar su puntualidad, teniendo en cuenta que él llegaba tarde a todas partes.

—Está nevando —reportó Steven—. Pero se supone que solo caerán unos centímetros. —Anna asintió sin prestar demasiada atención—. Oí que Bea dijo que Alexander se fue después de que hablaron —añadió, intentando obtener más información, pero sin querer presionarla.

—Después de que peleamos, querrás decir —lo corrigió Anna—. ¿Cómo se atreve a venir así por mí? Como si fuera una niña. En su defensa, estoy segura de que no habría venido si Eleanor no hubiera insistido.

—Tal vez lo hizo para que se callara. Yo iría de rodillas a Brasil si eso hiciera que Eleanor cerrara el pico —dijo Steven. Estaba seguro de que Alexander lo culpaba en parte, como si no pudiera confiar en que llevaría a su hermana a casa con unos cuantos centímetros de nieve. Sabía que Anna nunca confirmaría sus sospechas—. ¿Cómo dejaron las cosas?

Anna se encogió de hombros.

—No lo sé. Entró y se despidió de Bea, pero yo me negué a voltear a verlo. No me despedí de ninguno de los dos. —Alejó el helado, pues de pronto se sintió empalagada—. Tuvo el descaro de advertirme que no le diera esperanzas a Vronsky. Dijo que no le gustaba ser objeto de chismes y que era obvio que la gente estaba hablando de nosotros. —Miró a su hermano mientras lo decía, para examinar su reacción.

Steven se quitó el cabello de los ojos y sacudió la cabeza.

—Ese tipo —dijo—. Ese tipo es un idiota, el rey de todos los idiotas.

Anna no pudo evitar reírse. Sabía que a su hermano no le caía bien su novio, pero nunca había hablado mal de él frente a ella.

—No sé si sea el rey de todos los idiotas, pero sí puede ser muy difícil —admitió Anna—. ¿Estaban hablando de nosotros, Steven? Digo, antes de que Alexander llegara e hiciera que todos hablaran de nosotros. —Vio que su hermano asentía.

—La gente dice estupideces de todo el mundo, Anna —dijo—. Lo que Vronsky y tú hagan no es asunto de nadie más que de ustedes.

—Qué lindo. —Anna movió la cabeza con tristeza—. Pero los dos sabemos que eso no es cierto. Sí, mi vida es mía, pero también soy la novia de Alexander. Sí le incumbe un poco con quién me junto. Así como Lolly tenía derecho a estar molesta por lo de Marcella.

—Eso es diferente —dijo Steven, prefiriendo defender el honor de su hermana que el suyo—. Yo sí fui una porquería de persona; Vronsky y tú estaban bailando.

Anna le tomó la mano.

—Te adoro por defenderme, pero fue algo más que solo bailar. O sea, no algo más-más, sino más... ya sabes.

Steven volteó hacia otro lado porque no quería que Anna viera su expresión. Por supuesto que notó como se miraban Vronsky y Anna durante la cena, como si no hubiera nadie más en la mesa. Lolly le había contado cómo se encontró a Vronsky en la habitación de Anna. Subrayó que la puerta estaba bien abierta, así que no parecía que se estuvieran ocultando. Sus palabras exactas fueron: «Sentí como si hubiera entrado a una escena de una comedia romántica. ¡Él está tan enamorado!». A Lolly la escena completa le pareció inocente, que era una de las cosas que Steven amaba de ella. Ciertamente, Vronsky era imposiblemente bello, pero Anna tenía novio y no corría más peligro de hacer algo indebido que la misma Lolly.

—Anna, sabes que solo tienes diecisiete años, ¿cierto? —dijo Steven, tras decidirse por fin a darle a su hermana un poco de la honestidad brutal que ella siempre le ofrecía—. Si te gusta Vronsky y es obvio que sí, que están hechos unos idiotas el uno por el otro, pues adelante. Deja al Don y sé una adolescente normal: sal con chicos, ve a fiestas, relájate. Tenemos toda una vida para casarnos y ser parejas perfectas de la alta sociedad. ¿Para qué apresurarse? Por Dios, conociste a Alexander cuando tenías catorce años, que, en lo personal, me parece más que un poco sospechoso de su parte. ¿Qué hombre de dieciséis se obsesiona con una niña de catorce?

—Dos de las chicas de mi cuarteto tenían su edad, así que supuso que yo...

—Sí, eso dice él. En fin. Él me importa un culo —replicó Steven—. Lo que estoy diciendo es: ¿por qué no te comportas como alguien de tu edad y ves si te gusta? Mira, no sé qué pensar de ese tal Vronsky, sé que es un perro, pero sé también que te puedes defender sola de los chicos malos.

Crecer conmigo debió servir de algo. Veo cómo te mira Vronsky y no tiene ojos de acostón pasajero. Yo sé de estas cosas.

—¡Steven! —gritó Anna—. Basta, por favor.

—Sabes a qué me refiero —dijo Steven.

Anna asintió, pues sabía a la perfección a lo que se refería su hermano. Ella pensaba lo mismo. En un principio creyó que Vronsky solo estaba interesado en ella porque quería llevársela a la cama. Pero ya que habían pasado más tiempo juntos, Anna creía que los sentimientos de Vronsky eran mucho más profundos que una obsesión temporal basada en el deseo.

—El helado se está derritiendo —le avisó Steven y se puso de pie.

Anna le tomó la mano y se levantó. Salieron juntos de la despensa y volvieron a la oscura cocina.

—¿La fiesta sigue? —preguntó. Miró al reloj de la pared y vio que eran más de las dos de la mañana.

—Sí —dijo él—. Debo admitir que esta chica, Bea, pone en riesgo mi reputación como mejor anfitrión. Tendré que subir el nivel el próximo Fin de Año. Voy a regresar a la carpa. ¿Gustas?

—Sí. —Anna no tenía sueño. ¿Por qué dejaría que Alexander le arruinara la fiesta?—. Gracias, Steven. Eres un maravilloso hermano. —Dio un paso al frente y lo abrazó—. ¡No te voy a soltar hasta que tú me abras! —le advirtió con una sonrisa.

Steven envolvió a su hermana en un abrazo y le besó la cabeza, un gesto que había visto a su padre hacer millones de veces. Si era honesto, siempre le había provocado un poco de celos ver cuánto adoraba su padre a Anna, pero había aprendido a no pensar en ello y a lograr que no le molestara tanto. Anna se esforzaba por ser la mejor persona posible. Si alguien era lo mejor de Greenwich, era su hermana y no el insufrible de su novio.

Cuando una oleada de amor fraternal lo ahogó, los ojos se le llenaron de lágrimas. Sabía que era afortunado por tener una hermana como Anna y lo único que quería era que ella fuera feliz. Durante la cena, ella había brillado con una alegría que Steven nunca había visto. Si Vronsky era la razón de esa felicidad, que así fuera. Además, estaba seguro de que podía darle una golpiza si se atrevía a lastimar a su hermanita.

xxix

Cuando Vronsky y Murf volvieron a la fiesta después de ver a Alexander y Eleanor salir, Anna no estaba en ninguna parte. Vronsky volvió a la casa principal a buscarla e incluso llamó a la puerta de su habitación, pero cuando abrió, el cuarto estaba vacío. Por fortuna, la Tahoe Alien Índica que había fumado con Murf lo ayudó a mantenerse tranquilo respecto a la *ilocalizabilidad* de Anna, una palabra que había decidido que existía, aunque, evidentemente, no era así. Qué pacheco estaba. Lo que tenía que hacer era apoderarse de un sofá en la carpa, descansar los ojos y esperarla. Desde que conoció a Anna, siempre que cerraba los ojos veía su rostro. Ella lo había hechizado, pero Murf tenía razón: era momento de jugarse el todo por el todo; su mente no lo iba a dejar en paz hasta que estuvieran juntos. Cuando oyó que la voz de Anna lo llamaba, flotando por encima suyo, supuso que estaba soñando. Sonrió mientras escuchaba aquel sonido celestial,

hipnotizado por oír su nombre en la boca de su amada.

—No está dormido. Está sonriendo como un baboso —oyó que decía la voz de Beatrice—, un baboso guapo y rubio. ¡Despierta, V!

Abrió los ojos y vio a Anna sobre él, mirándolo. En verdad era la chica más hermosa que había visto en su vida.

—Alexia, tenemos que terminar nuestro baile —susurró—. Nos interrumpieron la última vez.

Se sentó de inmediato y se talló los ojos para asegurarse de que no estaba soñando. Anna le tendió una mano que Alexia tomó de inmediato. Caminaron tomados de la mano hacia la pista de baile, sin prestarle atención a nadie que pudiera estar observándolos. Cuando comenzaron a bailar, solo había unas cuantas personas en la pista. Reuniéndose alrededor de Anna y Vronsky como muestra de solidaridad, todos los asistentes que aún podían mantenerse en pie los acompañaron.

Como un volcán dormido que entra en erupción de pronto, la fiesta volvió a la vida en cuestión de un instante. Estuvieran listos para él o no, un fuerte segundo aire sopló por toda la carpa. La fiesta de baile se prolongó durante varias canciones, pero a las tres de la madrugada el DJ guardó sus cosas y se fue, feliz con sus cinco mil dólares y los tres gramos de coca que Beatrice le puso en el bolsillo como propina. Pronto, solo quedó una pareja en la pista de baile, bailando muy cerca el uno del otro.

En los brazos de Vronsky, Anna sentía que podría seguir despierta por siempre. Estaba tan enfocada en él —en su aliento, en sus manos, en su aroma—, que cuando por fin se tomó un segundo para mirar a su alrededor se sorprendió al ver que estaban solos, bailando una *playlist* que él había seleccionado en su honor. Ella ni siquiera recordaba que el DJ se hubiera ido, ni que Vronsky hubiera puesto su iPhone en un vaso para improvisar una bocina y así poder seguir bailando.

Fue solo cuando una ráfaga de viento golpeó la carpa a las cuatro de la mañana que Anna tiritó un poco y Vronsky dejó de bailar, aunque lo que hacían era más bien aferrarse entre sí con desesperación mientras se mecían de un lado a otro.

Al abrir la cortina de la carpa, vieron que el suelo estaba cubierto con cuatro centímetros de nieve. Anna se había quitado los tacones horas antes y estaba descalza, así que Vronsky la cargó y la llevó al otro lado del jardín: un solo par de pisadas en la nieve eran el símbolo de su recién formada unión.

La llevó por toda la casa a oscuras sin encontrarse con una sola persona, a pesar de que el lugar estaba repleto de gente con los ojos bien abiertos tras puertas cerradas. Lolly había despertado, vomitado, se había lavado los dientes y, cuando abrió la puerta para buscar a Steven, lo vio con una botella de champaña Cristal que se había robado de la cava. Estaban teniendo la noche romántica que Lolly había esperado en San Valentín.

Beatrice se había hartado de las tonterías de atleta descerebrado de Rooster y tenía en su cama a una de las cantineras, Dahlia, graduada de la École Philippe Gaulier, una escuela francesa de payasos. Mientras tanto, el DJ, quien todos suponían que se había ido, estaba en realidad inhalando líneas de coca con Adaka sobre un espejo antiguo que costaba más que un auto. Una de las Livis estaba pintándole las uñas de los pies a Rooster de color «Russian Navy», el esmalte

que ella siempre usaba, mientras componía una nueva canción en su cabeza. Murf había tenido éxito y estaba compartiendo una cama *king size* con Daler y Rowney. Clement y DandyZ estaban dando una pequeña fiesta de baile en su habitación disco. Compartieron sus reservas de éxtasis con Ben, Addison y la otra Livi y los cinco bailaban al ritmo de «You sexy thing», de Hot Chocolate, como hicieron sus padres alguna vez en la discoteca Limelight. Brayton había encontrado el gran salón de fiestas, encendió los candelabros y estaba ofreciendo un recital de ballet privado para unos cuantos fiesteros que no podían irse a casa, pues aún no habían vuelto de su viaje a Hongolandia.

Por un glorioso momento, todos los adolescentes en esa casa estaban felices, creando recuerdos que no olvidarían jamás, pero nadie lo estaba más que Vronsky. Cuando abrió la puerta de la habitación de Anna se detuvo un momento en el umbral, dándole la oportunidad de pedirle que se fuera. En cambio, ella hundió su rostro en su cuello y Vronsky entró a la habitación y cerró la puerta con el pie.

No quería soltarla, pero la dejó sobre la cama con suavidad.

Ahora era Anna quien sentía que despertaba de un sueño maravilloso. Su rostro se llenó de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—No quiero que la noche termine. No quiero que te vayas. No quiero dormirme porque no quiero despertar mañana. —Si Anna había tenido alguna vez el control de sus palabras en presencia de Vronsky, lo perdió por completo. Se sentía impulsada a decirle todo: cómo se sentía, lo mucho que la ilusionaba y la asustaba al mismo tiempo.

—Anna —susurró Alexia, tomándole la cara con las manos—, Anna mía, la noche no ha terminado y yo no me voy a ningún lado.

Ella lo miró, en sus ojos oscuros brillaba la esperanza, como si él fuera la única persona que podía alimentarla tras casi haber muerto de hambre. Vronsky no podía contenerse, no podía ser paciente ni un segundo más. Era él quien estaba muriendo de hambre y era ella quien podía salvarlo.

Vronsky le besó los labios, primero con suavidad y despacio. Pero ella respondió de inmediato. Pocos segundos después, estaban besándose con fiereza y la verdad al fin se hizo evidente: eso, ahí, en ese momento, era lo único que importaba, lo único que había importado jamás.

Anna se separó de él; el corazón le golpeaba el pecho con fuerza, los ojos se le salían de las órbitas por el deseo. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaban en la cama, con los cuerpos entrelazados.

—Tenemos que parar —dijo jadeando mientras se sentaba—. No puede pasar así. No está bien. Te deseo, pero no eres mío.

—Eso no es cierto —replicó Vronsky, quien también se sentó y volvió a besarla—. Soy todo tuyo.

—No —dijo Anna y volvió a alejarse, se puso de pie y se alisó el vestido—. No puedo pensar bien. Quise decir que yo no soy tuya. No podemos hacerlo ahora. No es justo para él. Me sentiré muy mal mañana. —Miró por la ventana. El sol saldría pronto y ese mañana brillaría sobre ellos.

—No hagas que me vaya —le pidió Vronsky con voz grave—. No puedo. No me iré. Puedo

dormir en el piso.

Anna sabía que le sería imposible verlo salir de la habitación sin echarse a correr detrás de él.

—Sé que todo está en mis manos ahora —dijo—. Tengo que hacer lo correcto. Dame tiempo para hacerme cargo de las cosas, ¿sí?

Cuando Vronsky no respondió, Anna se acercó a él y lo besó. Quería demostrarle que estaba diciendo la verdad y recordarse a sí misma por qué lo deseaba tanto. Vronsky asintió, resignado a obedecer a cada palabra que ella dijera. Ahora, mientras ella lo arropaba con la colcha rosa y lo ayudaba a acomodarse en el sofá que estaba debajo de la ventana, él tenía esperanza, la esperanza de que pronto estarían juntos. Anna no estaba segura de poder dormirse con Alexia a tres metros de ella, pero logró hacerlo.

Se despertó de golpe, desorientada, con el sonido de alguien golpeando la puerta. Esta se abrió y Beatrice entró a la habitación envuelta en una sábana, también bastante adormilada. La anfitriona estudió la situación de inmediato: Anna, aún con el vestido puesto, y Vronsky, enfundado en el *kilt* y pasándose los dedos por el cabello.

—Perdón por despertarlos así —dijo. Su rostro se había convertido en una máscara sombría—. Tu mamá llamó a la casa porque no contestabas el celular. Es Alexander. Tuvo un accidente.

tercera

PARTE

**La vida no es una perra, en realidad es una imbécil.
Tienes que salir a patearle las pelotas.**

Eso era lo primero que pensaba Kimmie cuando despertaba en las mañanas. Era una adaptación de una cita más larga de Maya Angelou: «Me encanta ver a una chica joven salir y tomar el mundo por las solapas. La vida es una perra, tienes que salir y patearle el trasero», que estaba impresa y enmarcada sobre su cama en su habitación privada en el centro de bienestar Desert Vista. Cuando la escribió en un post-it rosa que pegó en el espejo de su baño, Kimmie la resumió y le agregó la palabra malsonante. Todas las mañanas, mientras se lavaba los dientes, miraba el post-it con atención. Se suponía que debía inspirarla y lo hacía: la inspiraba a mantener encendida la llama del odio por los hombres en su corazón.

Cuando llegó al centro de bienestar Desert Vista en Arizona con su mamá, tres semanas atrás, pensaba que aquel lugar era un spa en donde recibirían tratamientos de belleza y se tirarían bajo el sol junto a una piscina. De lo que se enteró muy pronto fue que, si bien el centro de bienestar sí tenía una alberca, no había tratamientos de belleza disponibles. El spa era más para la mente que para el cuerpo.

Al darse cuenta de que su madre la había llevado ahí con engaños, Kimmie no objetó ni lloró; por el contrario, le pareció que eso la validaba. Algo tenía que estar mal para que su mamá hiciera algo tan drástico. Lo que no sabía —y su mamá no le dijo— era que, después de la fiesta, las semanas en las que Kimmie se negó a ir a la escuela porque estaba deprimida habían hecho que en Spence las alarmas se encendieran. La única forma de recuperar la colegiatura del semestre consistía en que Kimmie tomara un receso médico y se inscribiera a un programa de recuperación. A Danielle le preocupaba que en la escuela pensarán que su hija tenía problemas de drogas o de alcohol, pero el doctor Becker y la nueva terapeuta, a quien Kimmie visitó por recomendación del médico, le notificaron a la escuela que sus problemas eran emocionales y no conductuales. Kimmie presentaba todas las señales clásicas de la depresión clínica: lloraba, perdió el apetito y dormía todo el día. Se habló de que empezara a tomar medicación enseguida; sin embargo, su padre se rehusó y exigió otras opciones.

El programa del centro de bienestar no era tan intenso como una rehabilitación de adicciones. No la encerraban en un pabellón en las noches, pues su internamiento era voluntario. No obstante, era parte del programa residencial, y eso conllevaba una factura bastante más elevada que la de los adolescentes que solo asistían un par de veces por semana para participar en el programa local para pacientes externos que el centro también ofrecía. Los días de Kimmie estaban repletos de terapias individuales, terapias grupales, terapia de arte y ejercicio. Al

principio estaba como adormecida y se limitaba a cumplir con la rutina de actividad diaria, impresa en un pedazo de papel que le pasaban por debajo de la puerta todas las mañanas. Pero había algo en el anonimato que el lugar le ofrecía que le parecía agradable. Ahí nadie la conocía y ella no conocía a nadie. Además, estaba feliz de encontrarse a más de cinco mil kilómetros de Nueva York.

Le quitaron el teléfono, cosa que no le molestó; no quería saber lo que estuvieran haciendo las chicas de la escuela, ni siquiera su hermana. Lo último que había visto eran las fotografías del Instagram de Lolly, en el aeropuerto, la mañana antes de viajar con su madre. Había recibido la invitación a la fiesta de disfraces de Beatrice por medio de Anna, pero de ninguna manera iba a ir; estaba segura de que Vronsky también asistiría. Lolly tuvo la prudencia de no publicar ninguna fotografía en la que apareciera él, pero había suficientes de Lolly, Steven y Anna disfrazados y, al parecer, pasándola increíble con montones de adolescentes hermosos, algunos de los cuales Kimmie reconoció por la televisión y las revistas.

En el aeropuerto repasó las fotos una y otra vez, pero comenzaron a estresarla, así que apagó el teléfono y lo guardó en su bolso. Decidió en ese mismo momento que borraría todos sus perfiles de las redes sociales. Nunca había sido muy activa, sobre todo porque cuando entrenaba casi no tenía tiempo. Cuando volvió a casa después de su lesión, no quiso publicar fotos de su encierro y su aburrida terapia física. Pero, una vez que entró a la escuela, se obsesionó como todos los demás y pronto comenzó a seguir a cientos de personas: chicas de la escuela, celebridades e incluso algunos de sus viejos amigos del mundo del patinaje. Sin embargo, después de un tiempo, mirar las publicaciones de los demás la hacía sentir un poco extraña. No dejaba de preguntarse si todos se divertían tanto como parecía. #YOLO #FOMO #JOMO #NOMEIMPORTA

Tener que dejar su teléfono en la recepción del centro de bienestar fue la primera pista de que su madre la había engañado. La segunda fue cuando llegaron a la habitación y encontraron solo una cama individual. Entonces la mamá de Kimmie confesó todo, tras haber sido demasiado cobarde para hacerlo en el avión, como había planeado. Se sintió más que aliviada cuando Kimmie se acercó al pequeño marco con la cita sobre la cama, la leyó y dijo:

—Está bien, mamá. Me gusta el cuarto.

Su madre comenzó a llorar y la abrazó mientras le decía que todo estaría mejor muy pronto. Le explicó que se quedaría en un hotel cerca de ahí e iría a todos los días de visita, incluso estaría presente en las primeras sesiones de terapia para asegurarse de que a Kimmie le agradaban sus nuevos terapeutas antes de ir a Canyon Ranch a encontrarse con algunas amigas.

—Tienes que saber que no eres una prisionera aquí, Kimmie —le explicó—. Si quieres ir al cine o a un restaurante, puedes tomar un Uber e ir. Solo tienes que firmar en el registro de salidas y llegar antes de tu hora. —Tomó el panfleto sobre el centro de bienestar Desert Vista y lo puso sobre el regazo de Kimmie para que lo pudiera leer a detalle—. El doctor Becker dijo que es un programa maravilloso y que los pacientes que ha enviado aquí siempre vuelven descansados y listos para enfrentarse a la vida otra vez.

Kimmie asintió y le aseguró a su madre que lo único que quería era sentirse mejor y que estaba lista para trabajar para lograrlo. La última semana en casa se había sentido tan mal que incluso buscó «cortarse» en Google. Los videos que encontró eran muy perturbadores y lo que más la

alteró fue leer los blogs de las chicas que se cortaban, donde decían hacerlo para detener el dolor, no para provocárselo. Cuando ella reflexionaba sobre cómo se sentía, no pensaba en dolor, sino en un entumecimiento sordo, como si estuviera bajo el agua o atrapada en una caja de cristal.

—¿Lolly sabe que estaré aquí un mes? —preguntó Kimmie.

Su madre le dijo que aún no le había contado nada a su hermana, pero le explicaría todo cuando volviera a casa. La única petición de Kimmie fue que Lolly no la pusiera al corriente con ningún chisme de lo que sucedía en casa. Su madre estuvo de acuerdo en que necesitaba un descanso total.

Durante su primera semana en terapia aprendió que lo más probable era que padeciera una depresión leve desde el momento en que volvió a casa después de la lesión que puso fin a su carrera y que, desde entonces, la primera vez que sintió un poco de alegría había sido cuando Vronsky la besó en la fiesta de Steven. Kimmie se aferró a ese momento como un náufrago a una balsa. Desesperada porque las buenas sensaciones no se acabaran, se convenció de que él era su única fuente de felicidad. Si eso era cierto, lo que pensó que había sido amor no lo era; su cerebro solo estaba buscando una forma de hacerla sentir mejor.

Esa revelación fue un enorme alivio para Kimmie. Quizá su decisión de apresurarse a tener sexo con Vronsky no fue su culpa. Si acaso, había sido él quien se aprovechó de su frágil estado mental. Ella era la víctima en la historia, como lo eran todas las chicas a las que sedujo antes que a ella; ellas, Caperucitas y él, el Lobo Feroz. En su segunda semana de terapia aprovechó la oportunidad de cambiar la narrativa. Si no quería ser la víctima, entonces estaba en sus manos hacer algo al respecto. La vida la había maltratado, pero eso se iba a acabar. Era momento de hacer algo y patearle las pelotas.

ii

Kimmie asistía a terapia de grupo una vez al día, pero a veces también iba a una segunda sesión en las tardes. Al escuchar sobre las complicadas vidas de otros adolescentes, había algo que le hacía dejar de analizar sus propios problemas. No había hecho más que diseccionar su propia psique durante semanas y, a decir verdad, estaba harta de sí misma. Además, había una chica en el grupo de las tardes que le agradaba un poco. Cuando se fijó en Natalia la semana anterior, Kimmie sintió una intensa admiración por ella, una sensación similar a la que tuvo cuando conoció a Anna. Lo que sentía no era una atracción romántica, sino algo muy distinto. No la *quería* a ella, quería ser ella.

Natalia tenía quizá la misma edad que Lolly, pero podría haber pasado sin problemas por alguien bastante mayor. Kimmie sabía que no podía tener más de dieciocho años; de lo contrario, tendría que estar en otro grupo. A pesar de que era alta, delgada, no tenía caderas y sus senos no eran más grandes que la inflamación que podía causar la picadura de una abeja, exudaba una sensualidad salvaje que estallaba en su cuerpo como una bengala. Kimmie odiaba cómo se les veía el cabello corto a las chicas; sin embargo, el de Natalia parecía descuidado, pero de un modo favorecedor y era de un brillante color verde y azul que resaltaba a la perfección sus enormes ojos color esmeralda. Sentada en su silla metálica, parecía como un gato alienígena enviado a la Tierra

para enseñarles a los humanos la verdadera realidad de las cosas.

En las cinco veces que habló en la sesión de grupo, Kimmie logró elucidar los siguientes datos: Natalia creció en Las Vegas con una madre soltera que trabajaba como mesera en un casino de poca monta e incursionaba en la prostitución cuando el dinero escaseaba; Natalia tenía doce años la primera vez que probó las metanfetaminas (que le proporcionó el novio intermitente de su madre, quien era traficante); lo único que sabía de su padre era que era un apostador degenerado sin interés en su hija, salvo para mandar algo de dinero cuando ganaba grandes sumas (que no era muy seguido). Natalia dijo que había probado muchas otras drogas, pero lo que le gustaba de las metanfetaminas era que la hacían sentir invencible. Una vez corrió el maratón de Las Vegas en menos de cuatro horas, llena de metanfetaminas, con unos Converse altos y un bikini.

Recién había salido de un elegante centro de rehabilitación (uno de los clientes habituales de su mamá le consiguió un lugar como acto de caridad, la habían escogido para ser parte de un estudio de investigación sobre adictos a las metanfetaminas y fue así como llegó a Desert Vista); llevaba dos meses limpia, un récord para ella desde que empezó a consumir. A Kimmie lo que más le agradaba de Natalia era que no parecía importarle qué pensaba la gente de ella y siempre decía lo que tenía en la cabeza en el momento en que era su turno para hablar. La sobriedad le parecía de lo más aburrida y la única razón por la que no consumía otra vez era su nuevo novio, a quien había conocido en rehabilitación. «Despierto y pienso en drogas, pero voy a trabajar en vez de drogarme. Después de trabajar pienso en drogas, pero vengo aquí en vez de drogarme. Después de la terapia pienso en drogas, pero mi novio me recoge y vamos a cenar. Después de cenar pienso en drogas, pero en vez de drogarnos, vamos a casa y cogemos hasta que nos quedamos dormidos. Ah, y si las ansias son muy intensas, me hago una perforación u otro tatuaje».

Kimmie prefería sentarse frente a Natalia en el semicírculo para poder mirarla todo el tiempo, pero esta vez, cuando llegó a la sesión de grupo, el único asiento que quedaba disponible era el que estaba junto a ella.

—Hola —le susurró Natalia—. El tipo de las axilas apestosas quiso sentarse aquí, pero le dije que te estaba guardando el lugar. ¡Qué bueno que apareciste!

Antes de que el doctor Rodríguez comenzara con la sesión, Kimmie se sonrojó por la emoción. Apenas pudo concentrarse mientras Dougie Dos Dosis se quejaba de su tortuosa experiencia en la preparatoria: estaba demasiado emocionada porque Natalia la hubiera considerado su aliada. La madre de Kimmie le había aconsejado recordar que estaba ahí para trabajar en sí misma, no para hacer amigos. «La miseria ama la compañía y no quiero que te involucres en los problemas de alguien más, ¿eh?». En ese momento, lo que le dijo su mamá tuvo sentido, pero ahora que Kimmie había aprendido más sobre psicología, pensaba que su madre estaba equivocada. Si acaso, conocer las perspectivas de otras personas la ayudaba a conocerse mejor.

Cuando patinaba, Kimmie no tenía tiempo para analizarse; en cambio, debía concentrarse en sus pies y en la próxima competencia. Pero cuando eso terminó, ella se quedó con un enorme vacío de energía y tiempo sin usar. Su terapeuta individual, la doctora Park, le dijo que tenía que explorar sus intereses.

—¿Cómo voy a saber cuáles son? —preguntó Kimmie—. ¿Y si no me interesa nada?

La doctora Park le aseguró que ese era el gran obstáculo de la adolescencia: descubrir esas cosas por una misma y no solo seguir a la manada.

—Créeme, vas a saber qué es lo que te gusta en cuanto lo veas —le aseguró la doctora Park—. Y está bien que pruebes cosas y experimentes, así que, si intentas algo y después decides que no te gusta, también está bien. Tú decides quién quieres ser, Kimmie.

Esas eran las palabras en las que Kimmie estaba pensando cuando se acercó a Natalia después de la sesión de grupo.

—Oye, ¿puedo ir a cenar contigo y con tu novio? Yo pago. Podemos ir a un lugar supercaro. Tengo la tarjeta platino de mi mamá.

—Claro que sí —respondió Natalia—. Nos podemos disfrazar de las zorras más grandes del mundo y asustar a todos en el restaurante francés para estirados donde mi novio trabaja como lavaplatos.

Natalia le escribió a su novio para decirle que saldría pronto y acompañó a Kimmie a su habitación para que tomara su bolso. Kimmie no había llevado ropa elegante, pero Natalia le dijo que tenía un par de cosas que podía prestarle.

—¿Has pensado en pintarte el cabello?

Kimmie no había ido al salón en un mes y sus raíces oscuras se asomaban por todas partes, pero mientras que en Manhattan la habrían rechazado por ello, ahí parecía no importarle a nadie.

—Ya sé, mis raíces son un desastre, ¿verdad? —comenzó a decir Kimmie, pero Natalia la interrumpió.

—No, no, perdón. No estoy burlándome de tus raíces. Quería decir que si alguna vez habías pensado en pintártelo de otro color. Ya estás guapísima, pero un poco de color hará que tu atractivo sea sobrenatural.

Ella jamás había considerado teñirse el cabello de un color que no fuera su habitual rubiomiel. Pero esa era la antigua Kimmie, una persona a la que estaba desesperada por enterrar.

—Me encantaría, si sabes de alguien que pueda hacerlo.

—La estás viendo —alardeó Natalia—. Me cambio el color de cabello cada dos meses desde hace dos años, así que soy toda una profesional. Si quieres. Te juro que te va a encantar.

Kimmie asintió llena de alegría.

—Sí, pero quiero algo extremo. Maya me tiene con ánimos de patear pelotas.

No le importaba que Natalia nunca hubiera oído hablar de Maya Angelou; de hecho, le parecía refrescante. Estaba harta de las chicas pretenciosas que fingían leer *The New Yorker* por los artículos y no por las historietas. Lo que más le gustaba de Natalia era lo real que era todo el tiempo.

El novio de Natalia estaba recargado en una camioneta Volvo roja, fumando un cigarro, cuando las chicas salieron. Había algo en la *hoodie* negra que tenía puesta que a Kimmie le resultó familiar, pero supuso que solo sería de una marca popular.

Natalia saludó a su novio con un profundo beso con lengua y Kimmie vio que él le respondía agarrándole el trasero.

—Soy Kimmie —dijo cuando los tórtolos se tomaron una pausa para respirar.

—Genial —dijo él con una sonrisa—. Llámame Nick.

—Hola, Nick —dijo Kimmie, devolviéndole la sonrisa—. Tienes el mismo gusto en autos que mi papá.

Nick y Natalia estallaron en risas con ese comentario y cuando Kimmie preguntó qué había sido tan gracioso, Natalia le explicó que ella también se burlaba todo el tiempo del «papimóvil» de Nick.

Natalia sacó una cajetilla de cigarros de su chamarra de mezclilla y le ofreció uno a Kimmie, quien, sin vacilar, tomó uno, consciente de que estaba a punto de hacer el ridículo. Decidida a afrontar la verdad como hacían sus nuevos amigos en el grupo, anunció:

—Nunca he fumado...

—No te preocupes. Yo te ayudo. —Natalia entrelazó su brazo con el de Kimmie, algo que Lolly hacía con frecuencia cuando eran pequeñas—. Permíteme enseñarte a fumar como una cabrona.

Kimmie no recordaba haber deseado tanto algo alguna vez.

iii

Después de la escuela, cuando Anna llegó a la casa de los padres de Alexander, el ama de llaves le informó que la enfermera privada había llegado tarde, por lo que Alexander no estaría «disponible» durante media hora más. Ella no pudo evitar sentirse irritada porque no le hubiera escrito, ya que Alexander sabía que ella tenía una lección de equitación esa tarde. Sintió vergüenza por su molestia y se recordó que tenía suerte de poder disfrutar aún esas cosas, mientras que su novio estaba postrado en cama recuperándose de una fractura de pelvis y de la pierna izquierda.

Le pidió al ama de llaves que le informara a Alexander que volvería después de la cena. Al cruzar la puerta principal, suspiró. Las visitas después de la cena no tenían un final determinado, lo que significaba que tendría que quedarse más tiempo. Había estado visitándolo después de la escuela durante una semana, sabiendo que, con sus lecciones de equitación o sus planes para cenar, tenía la excusa perfecta para irse en cualquier momento.

—¡Annie! —gritó Eleanor desde la puerta—. ¿A dónde crees que vas?

Anna tenía la mano en la manija de la puerta del auto, la quitó y volteó.

—Hola, Eleanor —saludó, pero no hizo ningún movimiento para volver a la casa—. Regreso después de la cena.

—Que Alexander esté ocupado no significa que tengas que irte —respondió Eleanor—. ¿Sabes? Es posible que yo también necesite ánimos.

Eleanor salió del accidente con un esguince en la muñeca y unas cuantas laceraciones faciales, una de las cuales seguía vendada por órdenes de su cirujano plástico. Sin embargo, como seguía siendo Eleanor, no dejaba de exigir compasión tras aquel traumático evento. Cuando estaban a solo siete kilómetros de casa, un venado se atravesó en su camino; Alexander pisó el freno a fondo. El pavimento estaba resbaloso por la nevada, por lo que el auto derrapó, dio un vuelco y se estrelló contra un árbol. Eleanor estaba dormida y no se enteró de lo sucedido; quizás esa era la razón por la que sus lesiones fueron menores, pues no se tensó antes del impacto.

—Tengo que ir a mi clase de equitación. Es demasiado tarde para cancelar —dijo Anna a toda

prisa—. Antes de venir en la noche puedo comprarte yogurt helado, ¿eh?

—Qué linda —dijo Eleanor, llena de sarcasmo—. Tú sigues con tu vida mientras mi hermano está en la cama, sufriendo.

Anna ya había tenido suficiente de los comentarios pasivoagresivos de Eleanor.

—Eleanor, si tienes algo que decirme, me encantaría oírlo.

Sin ni siquiera parpadear, miró a Anna directo a los ojos.

—No habríamos estado en esa carretera de no ser por ti. Si hubieras venido con nosotros desde el principio, habríamos evitado la nieve.

—¿Ah, sí? —dijo Anna con frialdad—. Corrígeme si me equivoco, pero Alexander me dijo que la idea de «pasar» a la fiesta de Beatrice a recogerme porque estabas preocupada por *tu* cumpleaños fue TUYA. —La frontalidad de Anna dejó sin aliento a Eleanor, quien abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla, pues no encontró qué decir—. Dile a Alexander que vuelvo después —dijo Anna—. O no.

Subió a su auto y se alejó mientras Eleanor seguía parada en el jardín, mirándola.

La emoción de Anna por su victoria no duro mucho; para cuando llegó a los establos Staugas, ya se había arrepentido. Sabía que Eleanor se quejaría con Alexander y lo que menos necesitaba durante su recuperación, que ya le iba a costar seis semanas de escuela, era mediar en un problema entre su hermana y su novia. En verdad se sentía mal por él y sin duda quería ayudarlo a superar su recuperación de cualquier forma que pudiera, como habría hecho con cualquiera de sus amigos. Pero Alexander no era su amigo, era su novio. Y ella era su novia.

«Novia», pensó Anna. «Sigo siendo su novia, aunque no parezca que lo soy».

La mañana en que Beatrice la despertó con la noticia del accidente de Alexander seguía borrosa en su cabeza. Vronsky quiso acompañarla al hospital, pero Anna se negó. Fue, en cambio, con Steven. Lolly, quien tenía demasiada resaca como para ir a ningún lugar, se quedó en la casa de Beatrice para volver a la ciudad con Vronsky. Anna y Steven condujeron de vuelta a Greenwich en absoluto silencio, pero cuando Steven vio los restos del accidente —un árbol caído, las marcas de las llantas en el lodo—, dijo lo que ambos estaban pensando:

—Así es como ocurren los accidentes... cuando la gente va a donde no debería ir.

Anna no respondió en el momento, pero pensaba exactamente lo mismo que su hermano. Se miró las manos, las mismas que habían recorrido los mechones dorados del cabello de Vronsky unas horas antes. Pensó en decirle a su hermano que había decidido tomar su consejo y terminar con Alexander, pero no le vio el caso. Su madre le había asegurado que Alexander y Eleanor estarían bien, pero que Alexander iba a entrar al quirófano en cuanto el mejor cirujano de Yale llegara para hacerse cargo del paciente VIP. Anna sabía que sus planes de terminar con él tendrían que quedar en pausa de forma indefinida. Hasta que tuviera más información, no había otra alternativa.

Se sentía rara por su papel en el accidente, porque él y Eleanor no habrían estado en el auto de no ser por ella. Pero le reconfortaba que hubiera sido Eleanor quien insistió en que Alexander fuera a buscar a su novia en medio de una tormenta de nieve. Aunque se absolvía de esa culpa en particular, no podía perdonarse con tanta facilidad lo que ocurrió entre Vronsky y ella. Llamarlo un beso inocente sería como decir que lo del Titanic fue un accidente marítimo.

Vronsky, con el *kilt* aún puesto, llevó el bolso de Anna hasta la Escalade. Steven le preguntó qué hacía despierto tan temprano. Tan solo subió a la camioneta e introdujo al GPS la dirección del hospital Greenwich.

—Escríbeme después, por favor —rogó Vronsky.

Anna no pudo hacer más que asentir por miedo a echarse a llorar. Y no quería llorar porque no habría sabido por qué lloraba. ¿Serían sus lágrimas por Alexander, por sí misma o porque todo se había vuelto mucho más complicado? Pero sí abrazó a Vronsky al despedirse, e incluso le dio un besito furtivo en el cuello antes de alejarse. No quería hacerle a él lo que le había hecho a Alexander la noche anterior: dejarlo ir (aunque era ella quien se iba) sin que él supiera cómo estaban las cosas entre ellos. Tal vez no había dicho esas palabras en voz alta, pero estaba enamorada de Vronsky y no había vuelta atrás.

Para cuando llegaron al hospital, Alexander ya estaba en el quirófano, así que Anna, Steven y su madre y el papá de Alexander se sentaron juntos en la sala de espera. Eleanor ya había sido dada de alta de la sala de emergencias y estaba con su mamá en el hospital Lenox Hill en la ciudad, donde el cirujano que se había hecho cargo del implante de barbilla de su madre trabajaba para asegurarse de que las cinco heridas en el rostro de Eleanor tuvieran suturas que minimizaran las cicatrices. Después de que Steven y Anna dieran su versión de los hechos, todos se sentaron a mirar sus teléfonos.

En ese momento, Anna recibió una notificación de que un nuevo jugador, SuperV, la había invitado a una nueva partida de *Palabras con amigos*. Estuvo a punto de rechazar la invitación, pero el momento en que llegó la invitación la hizo dudar, así que aceptó. Cuando abrió la app, sonrió por primera vez desde que había salido de casa de Beatrice. Miró la palabra que él había jugado, NOSOTROS, y vio que también había un mensaje.

SUPERV

tú + yo = nosotros

Anna respondió el mensaje.

Anna

YO – TÚ = 😞

Ahora, semanas después de ese momento en el hospital, Anna se detuvo frente a los establos mientras apartaba de sus pensamientos la confrontación con Eleanor. Abrió la app y eligió la única partida que tenía activa. Sin siquiera mirar el tablero (que se había convertido en una colección de palabras de bajo puntaje: TÚ, YO, SEXY, AMOR...), fue directo a los mensajes. Sin embargo, antes de que hubiera terminado de teclear un par de palabras, oyó un golpe en su ventana. Sobresaltada, alzó la mirada y se encontró a Vronsky sonriéndole del otro lado del cristal.

Mientras Anna montaba a Marco Antonio, Vronsky y Murf pasaban el rato en los establos, pero él no dejaba de revisar su teléfono cada cierto tiempo para ver la hora.

—Tal vez deberías practicar un poco —dijo Murf—. ¿O eres tan arrogante como para creer que montar a caballo es como andar en bicicleta? Las bicicletas no perciben los nervios y, en serio, todos los caballos aquí están inquietos de verte caminar de un lado a otro.

—Okey, okey —respondió Vronsky, intentando sonar casual y fracasando en ello—. Beatrice me prometió que Saltitos era el más tranquilo de los caballos de su mamá, así que voy a estar bien.

—Más te vale. Lo último que esa pobre chica necesita es estar cuidándote a ti también.

Murf salió del establo hacia el sol de la tarde y esperó a que su amigo lo siguiera. Mientras se dirigían al siguiente establo, donde la mamá de Beatrice tenía a sus caballos, Murf silbaba una tonada que Vronsky no lograba reconocer.

—¿Qué canción es esa? —preguntó—. Parece demasiado alegre para ti.

Murf sacudió la cabeza, avergonzado, y admitió que era el nuevo sencillo de LiviX2. Daler y Rowney se la habían regalado en iTunes y estaba sorprendido por lo mucho que le había gustado.

—Cuando le pregunté al señor Staugas si podía tomarme unos días para ir a Coachella, fingió un infarto y luego se dobló de risa cuando yo ya estaba a punto de marcar a emergencias. Nunca había pedido días libres en todos los años que llevo trabajando aquí.

—¿Dijo que sí? —preguntó Vronsky, feliz de oír de la menos complicada vida amorosa de alguien más.

—No solo dijo que sí, dijo que quería pagarme el boleto de avión. No es fácil ver a un hombre negro sonrojarse, pero me sonrojé cuando le dije que no sería necesario porque iba a volar en un avión privado. Vendrás, ¿cierto?

—Aún no lo sé —respondió Vronsky. Quería unirse al plan, pero no había forma de que lo hiciera a menos de que, por algún milagro, Anna también pudiera ir.

—Mira, sé que no está bien hacer leña del árbol con la pelvis fracturada —dijo Murf—, pero esto de esperar a que esté mejor es una estupidez. Pase lo que pase, no va a estar contento. Si lo manda al demonio ahora, él al menos tendrá el Percocet para aliviar su dolor.

Vronsky no respondió; no quería hablar mal de Anna, pero estaba más que de acuerdo con la postura de Murf. Cada vez que intentaba hablar de Alexander con Anna, ella se erizaba y se negaba a discutir el asunto. Apenas encontraba tiempo para verla, aunque se escribían todo el día, todos los días, así que no iba a desperdiciar los pocos y valiosos minutos que tenía con ella hablando de su maltrecho novio. El que estuviera a punto de subirse a un caballo para poder pasar tiempo con ella mostraba hasta qué extremo estaba dispuesto a llegar.

Montar un caballo era mucho más aterrador que andar en bicicleta, pues la altura era mucho mayor. Saltitos era una yegua de seis años, pero tenía edad suficiente como para reconocer a un jinete inexperto. Vronsky no pudo hacer que avanzara a más velocidad que un casual trote, así que para cuando llegó al manzano donde habían decidido encontrarse, Anna ya le había dado dos manzanas a Marco Antonio y también ella se había comido una. En cuanto llegó, Vronsky desmontó con un brinco antes incluso de que Saltitos se hubiera detenido por completo, tomó la cara de Anna entre sus manos y le plantó un beso.

—Sabes a manzana —murmuró.

Anna rio y lo alejó con un pequeño empujón. Le regaló una manzana que Vronsky aceptó con gratitud y le dio una enorme y crujiente mordida.

—No es para ti —dijo Anna, señalando a la yegua—. Es para ella.

Le quitó la manzana de las manos y se la dio a Saltitos, que la masticó feliz y luego puso su enorme hocico en el cuello de Anna.

Anna y Vronsky tenían exactamente veintitrés minutos para tumbarse debajo del manzano y para cuando se incorporaron tras el minuto veintidós, estaban los dos sin aliento y más calientes que un sauna en el desierto. Nunca nadie había besado a Anna como Vronsky y ella nunca había deseado tanto besar a alguien como a él. Sabía que tenía que visitar a Alexander más tarde, pero cuando se puso de pie y trató de quitarse la tierra de la espalda, ya había cambiado de opinión. Quizás era momento de dejar de anteponer las necesidades de los demás a las suyas.

—Quiero verte esta noche, pero tú y esa motocicleta no pueden pasar por mi vecindario rugiendo. ¿Puede llevarte Murf a algún lugar? —preguntó—. ¿Te puede prestar su camioneta?

—¿Qué tienes pensado? —preguntó Vronsky, sin atreverse a hacerse ilusiones antes de tiempo.

—Mi mamá volvió a la ciudad y esta noche tengo la casa para mí sola. Tal vez puedas venir cuando oscurezca.

Vronsky aceptó de inmediato y prometió ser discreto. Dejó que Anna se fuera a su establo antes que él y no le quitó los ojos de encima hasta que Marco Antonio y ella no eran más que un pequeño punto que galopaba a la distancia.



La combinación del Percocet con el relajante muscular Soma se conoce en las calles como un coctel Las Vegas. Alexander lo sabía porque no le gustaba tomar las medicinas que le recetaban (salvo el Adderall, claro está) y quiso investigar sobre las varias píldoras que le habían mandado para después de la cirugía. Descubrió que el coctel farmacéutico que su doctor le había recetado era bastante popular. No quería admitirlo, pero le gustaba. Tal vez le gustaba demasiado. Le hacía olvidar que se estaba atrasando en la escuela, que tenía una pierna rota y era probable que cojera un poco durante el resto de su vida, que su novia tenía un tiempo siendo voluble y distante, y, lo más importante de todo, le daba la paciencia para mantener la compostura durante su décimo séptimo juego de Scrabble con Eleanor.

—A-Q-U-E-S-T-A, puntos triples en la «Q»... o sea que son... —Eleanor hizo una pausa mientras contaba con los dedos.

—Esa palabra no existe, Eleanor.

—Claro que sí. «Porque toda ley en aquesta sola palabra se cumple: amarás a tu prójimo como a ti mismo», Gálatas 5.14. ¡Veintiún puntos para Ellie! ¡Uuuh! ¡Estoy ganando!

Si Alexander no estuviera flotando en un plácido lago de opiáceos, sin duda le habría planteado sus objeciones, pero no hizo más que asentir.

—Si tú lo dices.

Reacomodó sus letras y las estudió. Vio que podía formar el nombre de Anna si quería, aunque,

por supuesto, los sustantivos propios estaban prohibidos. Pero si Eleanor estaba haciendo trampa, él también podía, ¿no? Alexander conectó las dos «N» y la «A» a la última palabra que había formado, FARSÁ.

—Ay. No es gracioso. —Eleanor comenzó a recoger las fichas de inmediato.

—¡Alto! Si tú puedes romper las reglas, yo también —le advirtió Alexander con un tono berrinchudo que le resultó extraño oír en su propia voz.

—No sé qué te ocurre, pero no me gusta —dijo Eleanor con una pronunciación idéntica a la de su madre. Sin embargo, devolvió las fichas al tablero.

—¿Va a volver? —preguntó Alexander.

—¿Quién?

—Anna.

Eleanor exhaló.

—¿No te parece que ha estado muy extraña? Es como si fuera otra persona.

—No otra vez, por favor.

—Lo único que digo es que, si yo fuera tu novia, nunca, nunca me alejaría de ti si estuvieras así de indefenso —murmuró Eleanor.

—No diría que estoy indefenso.

—¿Sabes a lo que me refiero! ¡Esto es su culpa! Ella lo hizo. Tu pobre piernita, ¡mi carita!

—El doctor dijo que nadie va a poder ver las cicatrices.

—Pero yo las veo. Siempre sé encontrarlas. Pudo habernos matado a los dos.

—Estás exagerando. Además, Anna no conducía. Golpeamos un venado en una tormenta de nieve. Fue un accidente.

—¿Lo fue? ¿Por qué no se fue con nosotros? El rubio con el que estaba bailando... no finjas que no los viste. Supuse que era gay por lo bonito que era, pero una de mis amigas me dijo que no es nada gay y que, de hecho, es uno de los cogelones más grandes de la ciudad.

—¡Eleanor!

Alexander no estaba seguro de si alguna vez había oído a Eleanor hablar así y había algo cómico en escucharla decir la palabra *cogelón*, por lo que se echó a reír. Era absurdo. Todo era absurdo. La ira de Eleanor. El que hubiera estado a punto de perder el bazo. Que cuando cerraba los ojos aún podía ver la espectral imagen del venado saliendo a la carretera desde el bosque de un salto. Sus pupilas brillaron cuando las iluminaron los faros del auto y aquella pobre criatura abrió tanto los ojos por el miedo que Alexander sintió que eran un portal a otra dimensión, como un túnel al que podría haber entrado conduciendo. Aún recordaba el crujido, aunque el doctor dijo que posiblemente había sido el sonido de sus huesos al fracturarse y no el de la muerte de un animal inocente.

Anna solía recordarle a un ciervo inocente, con sus enormes ojos y su rostro dulce. Pero había dejado de hacerlo. Lo que Eleanor decía no era del todo falso, a pesar de que él se negaba a aceptarlo. Anna había estado distante y apartada, sus visitas eran mecánicas y formales y prefería leerle en vez de hablar con él. Aunque, en su defensa, Alexander tampoco podía llevar el ritmo de una conversación bajo los efectos de sus medicamentos. La parte más emocionante de su día era cuando Jimela le llevaba su gelatina de limón del día.

—Tengo que dormir, Eleanor. ¿Me despiertas cuando llegue? Jimela dijo que Anna vendría más tarde.

—Te lo dije yo —respondió Eleanor—, porque eso fue lo que Anna me dijo. También dijo que me iba a traer un yogurt helado. ¿Crees que se acuerde?

—Sí —contestó Alexander con suavidad—. Tienes que dejar de estar enojada con ella, Eleanor. Piensa en todas las cosas increíbles que ha hecho por ti. ¿No dices siempre que tus diademas favoritas te las regaló ella?

—Nadie duda de su sentido de la moda. Mira, lo entiendo. Es hermosa y es perfecta y bla, bla, bla, pero tiene que cumplir contigo. Tiene que entender la suerte que tiene de ser tu novia, eso es todo. Por favor, odio que estés enojado conmigo. Te prometo que cuando venga la perdonaré y todos lo podremos superar, ¿sí?

—Qué noble de tu parte —dijo Alexander, medio en broma, pero sabía que Eleanor interpretaría que estaba hablando en serio, pues el sarcasmo resultaba incomprendible para ella.

—Creo que se terminó la crema batida que me gusta. ¿Le escribo a Anna para que traiga? ¿O Jimela puede ir por ella?

—Creo que Jimela ha estado trabajando más de la cuenta. ¿Por qué no vas tú por la crema batida?

—¿Ves? —chilló Eleanor—. A eso es a lo que me refiero. Eres muy bueno, Alexander. Claro que debería ir yo.

Se acercó a él, le acomodó la cobija de cachemira con la que se cubría y le dio un beso en la mejilla. Él odiaba que hiciera eso. También lo hacía en público, pequeños besos para saludar y despedirse. Y también lo hacía enfrente de sus amigos, que se burlaban y lo llamaban Jamie Lannister. Mientras Eleanor se alejaba, el aroma de su perfume de vainilla le dio náuseas a Alexander, ¿o acaso habría sido el coctel Las Vegas lo que le hizo sentir un nudo en el estómago?

vi

Vronsky estacionó la camioneta de Murf con el logo de Staugas a un costado de la casa, en vez de en la entrada para vehículos circular. Seguía estando a la vista, aunque parecía un auto de servicio; si algún vecino la veía, no le parecería extraño que estuviera ahí. Y tampoco era como si los vecinos pudieran ver el final de la larga calzada que comenzaba en las puertas principales de reja y llegaba hasta la casa. Vronsky no salió de la camioneta de inmediato, sino que decidió darse un momento. A Murf no le había encantado la idea de prestarle su vieja, pero recién comprada camioneta, a alguien sin licencia. Sin embargo, él no dejó de escupir cifras de cuánto le pagaría hasta que al final Murf se rindió, no sin antes llamarlo niño blanco privilegiado y superalejado de la realidad y accedió a rentársela.

Vronsky pensó en el porro de emergencia que Murf había escondido en la caja del CD de Dr. Dre, *The Chronic*, y se preguntó si debía fumar un poco para tranquilizarse. Había estado esperando un mensaje de Anna diciéndole que había cambiado de opinión y no podía ir, pero el mensaje nunca llegó. Abrió la app de *Palabras con amigos* y miró sus letras. Podía formar HÉROE, cuya «H» le daría puntos dobles.

«Vaya héroe», pensó. «Tan heroico que no me atrevo a bajar de la camioneta».

En ningún momento de su historial sexual, que era larga e impresionante para alguien de su edad, se había sentido tan nervioso. Sí, había estado muy emocionado, pero un chico en la pubertad podía estar muy emocionado por cualquier cosa.

Anna y él nunca habían discutido sus pasados sexuales, aunque ella lo había molestado con sus conquistas anteriores más de una vez. Lo hacía por inseguridad, tal vez porque ella solo había estado con una persona. Pero en todas sus aventuras sexuales él jamás estuvo enamorado y ahora que sabía lo que era el amor, todas sus relaciones anteriores palidecían en comparación.

Anna vio que la camioneta se acercaba, pero Vronsky no había entrado aún a la casa. Había dejado el vestíbulo abierto, como prometió. Estaba sola, lo que era poco común, pues Magda y su esposo vivían en una casita dentro de la propiedad y, cuando su marido estaba fuera de la ciudad, Magda dormía en una habitación junto a la cocina. Decía que lo hacía por Anna, pero ella sabía que era Magda quien se asustaba en las noches. Anna nunca temía, gracias a Gemma y Jon Snow. No había forma de que un desconocido pudiera sortear ciento cincuenta kilos de terranovas atacándolo por los dos lados.

Anna desechó la idea de que Vronsky estuviera nervioso y, sentado en la camioneta de Murf, tuviera miedo de entrar. Si alguien debía estar nerviosa, era ella. «¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué lo invité?».

Se hacía esas preguntas para salvar su honor, pues en el fondo sabía por qué lo había invitado. La casa estaba vacía y Anna nunca había deseado a nadie como deseaba a Vronsky. Ya llevaba varias semanas sintiéndose irritada, incómoda en su propio cuerpo. Estaba hipersensible a cualquier roce y había notado que cada textura con la que estaba en contacto la hacía vivir nuevas sensaciones que nunca había experimentado: la forma en que la ropa le colgaba sobre el cuerpo, o cómo sus sábanas de algodón egipcio se sentían más tersas y frescas sobre su piel. Tomaba largas duchas con la esperanza de que el agua caliente le quitara la sensibilidad. Pero nada funcionaba. Lo único que veía al cerrar los ojos era su rostro y podía recrear su aroma sin siquiera concentrarse. Cuando Vronsky la besaba, lo único que quería hacer era acostarse en el suelo con él. Más temprano ese día, mientras se besuqueaban en el campo, la blusa se le desfajó; él metió la mano por debajo y ella sintió las manos de Vronsky sobre su piel desnuda. Tuvo que morderse los labios para no gemir.

Fue entonces cuando decidió que tenía que verlo. Se volvería loca si no pasaba más tiempo con él. No podía concentrarse en la escuela. Estaba distraída en la casa. Esa mañana, sirvió jugo de toronja en su tazón de cereal.

Sabía que lo que hacía estaba mal. Alexander seguía siendo su novio, pero, por alguna razón, ya no le importaba. Si no hubiera sido por el accidente, ya habría terminado con él, lo que significaba que habría tenido la libertad de amar a Vronsky y dejarse amar por él.

Los perros ladraban, aullando de emoción y corriendo con desenfreno por el mármol del vestíbulo. Se preguntó si debía ir a rescatarlo de sus besos llenos de baba. No, sería un buen entrenamiento. Lo de los perros sería cosa de niños comparado con lo que ella tenía planeado. Quería comérselo como si fuera un tazón de helado. Quería ponerle los dedos en la boca y que le lamiera las yemas. Quería llevarlo a su cama de la infancia y asustar a todos los monstruos que

alguna vez vivieron debajo. Un terremoto, pensarían. El fin del mundo, pensarían. Eso era lo que más deseaba: hacer ruido, desatarse. No había nadie en la casa. Y ella estaba cansada de ser tan educada y recatada.

No lo oyó subir las escaleras, pero sabía que se acercaba; los perros subían las escaleras con grandes y estruendosos saltos. Alzó la mirada y él estaba junto la puerta. ¿Lo notaba un poco nervioso? Si lo estaba, los nervios se fueron en un instante. Cruzó la habitación y subió a la cama. Sus besos eran como respirar para ella, como si contuviera el aliento siempre que no estaban juntos y, ahora que lo estaban, tuviera que absorber tanto de él como pudiera.

Su bata cayó al piso en cuestión de segundos; el sostén, desaparecido; los calzones, aún sobre ella como mera formalidad. Anna rio mientras intentaba desabrochar los diminutos botones de su camisa, besándolo rabiosa a la vez. Olía tan bien: una mezcla de lirios salvajes y leña recién cortada. Anna sabía que estaba duro, lo podía sentir cuando se presionaba contra él. Quería verlo entero, quería saborear cada centímetro de él.

Temeroso de estallar antes de tiempo al tener el cuerpo desnudo de ella restregándose contra el suyo, supo que tenía que bajar el ritmo.

—Anna... Anna... —ronroneó mientras ella le quitaba el cinturón.

Le tomó las manos para detenerla y ella lo miró con ojos desquiciados, una expresión animal. Entonces Vronsky lo entendió: él era la presa. Era el pez que había visto un objeto brillante en el agua; ella le había atravesado el corazón con su anzuelo, con tal precisión que, cuando salió a la superficie, él sintió que eran las manos mismas de Dios las que lo sacaban del agua... «¡Mírenme! ¡Estoy volando!».

Ella lo tenía en la boca y él se aferraba al edredón como si ese pedazo de tela pudiera salvarlo. Era demasiado tarde, se había caído del precipicio como un gato de caricatura, y con sus últimas fuerzas se aferraba a una margarita, arrancando los pétalos uno por uno. «Me quiere, no me quiere, me quiere, la amo, la amaré por siempre...».

Ahora Anna estaba encima de él, con su rostro sobre el de Vronsky. Cuando, despacio, se dejó caer sobre él, lo miró a los ojos, y Vronsky vio que ella también estaba perdida en el éxtasis. Ahora que estaba por completo dentro de ella, Anna se detuvo un instante, aquella hermosa y misteriosa criatura que lo había atrapado, y él supo que, en el momento en que comenzara a moverse de nuevo, estallaría.

Con un rápido movimiento, la giró para ponerla boca arriba y él empujó su propia cadera hacia el frente mientras ella gemía su nombre.

—¡Alexia!

Eso fue lo que terminó de destruirlo: oír su nombre en boca de ella. Empujó una vez más y otra, y ella gritó con fuerza mientras él los llevaba a ambos al clímax y jadeaba diciendo su nombre.

—¡Anna!

Si se suponía que él era la presa, con gusto moriría entre sus garras una y otra vez. Se alejó de Anna y miró al cielo. En sus ojos resplandecían unos pequeños puntos brillantes, como si acabara de mirar al sol.

—Alexia... —susurró ella, colocándose de costado para poder observarlo, con sus dedos rozando el vello rubio que subía por su vientre.

Él también se puso de costado y, así, quedaron frente a frente. Las palabras ya no importaban; nada importaba ya, excepto ellos, ahí mismo, disfrutando el placer de su primera vez. Él le tocó la cara y la besó, pues ahora ese era el único instinto que poseía.

Anna adoraba la forma en que él la besaba, con un hambre infinita y ella sentía la misma avidez cuando lo besaba de vuelta, como si no tuviera idea de quién devoraba a quién, tan idénticas eran las pasiones que sentían el uno por el otro. Ella ya había tenido sexo antes, pero nunca así. Ni siquiera sabía de dónde había salido su arrojito cuando se montó sobre él; el anhelo de su propio y palpitante deseo era enorme. Era la lujuria más pura que había sentido nunca y la oleada que siguió cuando él la puso boca arriba y empujó para adentrarse en ella, liberando todo lo que ella había reprimido hasta entonces, fue como una enorme marea que la inundó y partió su vida en dos, a. V. (antes de Vronsky) y d. V. (después de Vronsky).

Y, entonces, él la tomó de nuevo.

vii

Dustin quiso ir a Arizona con su padre y ayudarlo a traer a Nicholas de vuelta, pero su padre no lo permitió. Dustin no podía faltar a la escuela bajo ningún concepto sin que su madre se enterara de la desaparición de Nicholas, que hasta ahora habían logrado mantener en secreto.

—Pero si nos turnamos, podemos conducir durante toda la noche y volver en dos días —dijo Dustin—. Es mi último año. Me puedo poner al corriente sin problemas.

—No voy a conducir de vuelta. Lo traeré en avión —dijo Jason, a pesar de que no tenía idea de si podría convencer a su hijo mayor de que volviera—. Puedo mandar a traer el auto después.

Dustin no siguió discutiendo, pues era evidente que su padre había tomado una decisión. Ya había escrito y llamado a Nicholas varias veces, pero nunca obtuvo respuesta. El silencio de su hermano le preocupaba, pero esperaba que se debiera a que había encontrado a Natalia y no al otro amor de su vida, la heroína.

Dustin también estaba aliviado de no tener que dejar colgado a Steven con su trabajo escolar. Estaban teniendo sesiones de tutorías diarias porque los exámenes trimestrales se acercaban. Lolly solía acompañarlos, pero nunca mencionaba el nombre de Kimmie, seguramente porque Steven le había advertido que no lo hiciera. Seguía pensando en ella, aunque no quería hacerlo. Con el paso del tiempo, el dolor de su rechazo dolía cada vez menos, pero cuando ella aparecía en su cabeza, él volvía a sentir un hueco adentro, como si todas las liebres de su enamoramiento hubieran escarbado dentro de él, dejando una madriguera vacía donde alguna vez estuvo su corazón, que latía por ella. (Intentó escribir un diario y algo de poesía para sacarla de su cabeza, pero hasta el momento no había funcionado).

Dejó escapar un gran suspiro, audible pese al sonido de los lápices escribiendo y las hojas dando vuelta, pero ni Steven ni Lolly parecieron notarlo. Dustin estaba haciendo su tarea y acababa de leer el mismo párrafo de *Cumbres borrascosas* tres veces. ¿Por qué Kimmie siempre aparecía en sus pensamientos cuando se preocupaba por su hermano?

—¿Puedo preguntarte algo, Lolly? —Su propia voz le sonó extraña en el gigantesco comedor del departamento de Steven—. Nada, olvídalo.

Lolly dejó el lápiz y se quitó la liga del cabello para volver a hacerse la cola de caballo. Había llegado de una clase de SoulCycle veinte minutos antes y sus mejillas apenas comenzaban a perder el rubor.

—Pregúntame lo que quieras, Dustin.

Él negó con la cabeza, arrepintiéndose de haber abierto la caja de Pandora que había querido mantener cerrada.

—¿En qué anda tu hermana? —preguntó, incapaz de decir su nombre—. Lo último que supe fue que estaba en enferma. ¿Está mejor?

—Tengo hambre... ¿Alguien quiere algo? —dijo Steven, que se puso de pie de pronto.

Vio que Dustin y Lolly alzaban las manos sin voltearlo a ver, pues estaban concentrados el uno en el otro. Steven sabía que a Dustin no le gustaría lo que estaba a punto de escuchar y no quería estar ahí cuando Lolly soltara la sopa. Él al fin había encontrado un poco de paz después del drama de San Valentín y todo el escándalo por el accidente del novio de Anna, así que se fue en busca de un poco de comida reconfortante.

—Kimmie ha estado lejos, Dustin —reportó Lolly—. Mi mamá la llevó a un centro de bienestar en Arizona. Pensé que era un viaje a un spa, porque había estado tan... abatida. Pero mi mamá volvió sola y me dijo que Kimmie estaba en un programa para recibir ayuda.

Dustin asintió, aunque en realidad no entendía de qué hablaba Lolly. Estaba confundido, preocupado y se reprochaba haberse dejado vencer por su curiosidad.

—¿Qué tipo de programa? —preguntó—. Digo, es obvio que no es asunto mío. Si no quieres decirme, no hay problema.

—Mi mamá dice que Kimmie está deprimida. Mi papá no quería medicarla, así que el programa es bastante intensivo, creo. La verdad es que no lo sé. Mi mamá dijo que Kimmie no quiere enterarse de nada, así que cuando hablo con ella solo discutimos cómo se siente. Hablé con ella ayer; la noté mejor, más fuerte.

Lolly estaba diciendo la verdad: su hermana parecía más segura de sí misma en el teléfono, pero aun así le pareció extraño. Kimmie le contó que se había teñido el cabello de morado, pero no podía enviarle una fotografía porque no tenía permitido tener teléfono. A Lolly le impactó oírlo, pero su madre le había dicho que debía mantenerse positiva cuando hablara con su hermana, así que respondió: «Suena increíble, Kimmie. Estoy segura de que te ves genial».

Kimmie le dijo que había hecho una nueva amiga en terapia de grupo y que se habían vuelto muy cercanas. También le pidió que no se lo contara a su mamá, porque Danielle no tomaría muy bien la noticia de que su hija menor se juntaba con una exadicta a las metanfetaminas. La otra cosa que Lolly notó en Kimmie fue la dureza de su voz, que sus oraciones estaban espolvoreadas de lenguaje terapéutico: empoderamiento, victimización, carreteras emocionales. La verdad es que a Lolly le sonaban a tonterías, pero mantuvo un flujo constante de adjetivos positivos mientras esperaba con paciencia el momento en que pudiera dejar el teléfono. Lo más preocupante era que Kimmie le dijo que pensaba confrontar a Vronsky por lo que le había hecho. «Necesita asumir la responsabilidad de sus actos y yo no me puedo librar de mi dolor hasta que me pida la disculpa que merezco».

Lo que Kimmie decía no tenía sentido. Sí, Vronsky era culpable de haberla encamado y dejado,

pero no la había obligado a tener sexo con él. Fue ella quien le mintió al decirle que no era virgen, ¿cómo podía acusarlo de ser tan insensible si ella era tan insegura? Todo el asunto la incomodaba mucho, pero no podía hacer nada al respecto, nada más que decir lo que pensaba. Tal vez esa ira era parte del proceso terapéutico de Kimmie, una de las etapas por las que debía pasar. La chica en el teléfono no sonaba como su hermana y a Lolly eso la entristecía.

—Me preocupa, Dustin —admitió Lolly con voz temblorosa—. Espero que esos doctores sepan lo que hacen.

—Lo siento mucho, Lolly —dijo Dustin, cuya voz era poco más que un susurro—. No tenía idea de que estabas viviendo todo esto. Y lamento que Kimmie la esté pasando mal.

—¿Quieres que le diga lo que dijiste? —preguntó Lolly—. O sea, cuando hable con ella. Puedo decirle que preguntaste por ella.

Dustin se odió por su frialdad, pero en lo referente a Kimmie, tenía que mantenerse en modo de supervivencia. Lo que sabía de ella ya era más de lo que podía saber sin sentirse incómodo. Negó con la cabeza.

—No, por favor, no. Estoy intentando dejar todo eso atrás. Ya lo superé.

Lolly sabía que Dustin se estaba engañando y, sin poder contenerse, decidió que era momento de que enfrentara la verdad.

—Sé que pasó algo entre ustedes en la fiesta de Jaylen, pero Kimmie nunca me dijo qué fue.

—No fue nada. La invité a salir y me dijo que no —explicó Dustin con un tono más severo del que le habría gustado—. Prefirió a Vronsky. Fin de la historia.

—Vamos, Dustin. No seas así. Es cierto, en aquel entonces solo tenía ojos para Vronsky, pero él no estaba interesado en ella. Nada pasó entre ellos esa noche.

Técnicamente, no era una mentira: la noche de la fiesta no pasó nada entre Vronsky y Kimmie. Su desafortunado encuentro ocurrió una semana antes y no era de la incumbencia de Dustin.

—Me dijo que estaba enamorada de él —insistió Dustin—. Me parece que eso es algo. Por favor, Lolly, no quiero hablar de esto. No puedo volver ahí.

—Solo voy a decir una cosa más y te prometo que la conversación se termina. ¿Sí? ¿Porfa? —Dustin suspiró y asintió, sabiendo que se merecía lo que viniera a continuación porque él había planteado el tema—. Kimmie es muy joven y por su carrera de patinadora era mucho más inocente que muchas chicas de su edad. No sabía de qué estaba hablando cuando dijo que lo amaba. Le gustaba. El amor no es un interruptor que se prende y se apaga. No es justo que le recrimines su falta de experiencia. Eres demasiado inteligente para eso, Dustin. Anda. Sé que ella tiene muy buena opinión de ti y si la volvieras a ver...

Dustin se levantó de forma tan abrupta que su silla salió volando hacia atrás y golpeó el piso con estruendo, lo que hizo que Steven regresara corriendo. Dustin la levantó entre tropezones y de inmediato comenzó a meter los libros a su mochila. Tenía que irse. Sentía como si no hubiera oxígeno suficiente en la habitación. Necesitaba aire.

—Perdón, chicos —masculló—. Steven, me voy. Escíbeme si necesitas que revise algo. Lolly, sé que tienes buenas intenciones. Y perdón por comportarme como un niño malcriado, pero no puedo volver a hablar con tu hermana. Espero que se sienta mejor y, por supuesto, no le deseo más que lo mejor.

Salió corriendo y sufrió un pequeño ataque de pánico en el elevador. Por primera vez en meses usó el inhalador que siempre llevaba consigo. Inhaló dos veces y logró recuperar el aliento, pero no logró apaciguar su corazón, que sufría por la chica a la que amaba y que no lo amaba de vuelta.

viii

Habían pasado quince días desde la última vez que Kimmie derramó una lágrima y sentía que se merecía algo para celebrar la ocasión, así como Natalia había recibido una ficha naranja de Narcóticos Anónimos por sus treinta días y Nick, su novio, tenía un medallón rojo de noventa días que cargaba en su llavero. Desde su primera salida, una semana atrás, los tres se veían casi todos los días. Aquella primera noche, Kimmie y Natalia establecieron un vínculo durante su elegante cena italiana, después de que Nick les prohibiera ir a Raoul's, el restaurante donde trabajaba. Él dijo que le gustaba mantener las distintas partes de su vida separadas y sentía que ir al restaurante como comensal les enviaría un mensaje equivocado a sus compañeros.

Después de la cena, fiel a su palabra, Natalia pasó dos horas tiñéndole su cabello rubio de un morado eléctrico que se convertía en lavanda en las puntas. A Kimmie le encantó su nuevo color de cabello y le dijo a Natalia que también quería tatuarse. Ella dijo que conocía a un tipo que podía hacerlo, aunque legalmente necesitaba tener dieciocho años. Nick, quien estaba jugando *Fortnite* en la PC de segunda mano que tenían en su diminuto departamento de una habitación, levantó la voz para gritar un clarísimo no.

—¿Qué te importa si Kimmie se tatúa? —le preguntó Natalia a su novio.

—Es muy chica —contestó él—. Los tatuajes son para siempre. No es lo mismo que pintarse el cabello.

—Yo me hice mi primer tatuaje cuando era más chica que ella —dijo Natalia.

—Porque tu mamá era la peor y nunca te cuidó bien —replicó Nick sin quitar los ojos de la pantalla—. ¿Quieres que su mamá haga un escándalo en el programa? Esa gente ha sido muy buena contigo.

—¡Ay, por favor! —gritó Natalia—. ¡Tú no sabes! ¿Qué? ¿Tienes una maldita bola de cristal con la que ves el futuro y mierdas así?

—Confía en mí. Conozco a las de su tipo. Crecí con niñas ricas como ella.

Desde ese momento, la intensidad de la pelea no hizo más que aumentar. Kimmie pensó en intervenir, pero no se atrevió a levantar la voz y la principal razón por la que no lo hizo era que Nick tenía razón en todo lo que dijo. Si volvía a casa con un tatuaje, su madre se volvería loca. No solo porque era judía y un tatuaje impediría que la enterraran en un cementerio judío, sino porque su madre siempre dijo que los tatuajes eran vulgares y de zorra. Dos meses antes, si alguien le hubiera preguntado a Kimmie si se haría un tatuaje, se habría burlado de la pregunta. Pero eso era hacía dos meses y ahora estaba decidida a volver a casa como una persona distinta. Era como en la canción de Taylor Swift: «Lo siento, la vieja Kimmie no puede tomar la llamada. ¿Por qué? ¡Porque está muerta!».

Lo más fascinante de ver a Nick y a Natalia era la escalada y la repentina caída. En el punto

máximo, los dos estaban frente a frente gritando maldiciones como si tiraran bombas atómicas y la Guerra Fría hubiera estallado. En un momento dado, Natalia le dio un empujón poniéndole ambas manos en el pecho; Nick parecía tan molesto que habría podido golpearla. Pero no lo hizo. De hecho, parecía que el empujón fue lo que lo sacó del trance.

—Nena, perdón. Soy un imbécil. En serio te amo —fue lo que salió de inmediato de su boca.

Natalia hizo lo propio y los dos comenzaron a besarse como locos. Las cosas se pusieron bastante incómodas cuando Nick la cargó y la sentó en la barra de la cocina. Las latas de Red Bull acumuladas cayeron al piso con un estruendo. El espectáculo tenía hipnotizada a Kimmie y le entristeció que se llevaran su celebración del amor a la recámara y volvieran diez minutos después como si nada hubiera ocurrido.

Después, lo único que Natalia dijo fue que Nick quizá tenía razón y Kimmie debería esperar para tatuarse, pues ella misma tenía algunos de los que se arrepentía. Kimmie asintió, le agradeció por su nuevo cabello y le dijo que iba a tomar un Uber antes de su hora de llegada. Natalia le dio un abrazo de oso, media cajetilla de mentolados y un encendedor para que practicara su técnica. Kimmie insistió en despedirse también de Nick, pero estaba otra vez jugando sus videojuegos y apenas movió la cabeza a manera de despedida.

Mientras esperaba su Uber frente al diminuto edificio, Kimmie se recargó en el Volvo de Nick y sonrió. No pudo evitar pensar en las palabras de Nick sobre haber crecido con niñas ricas como ella. Lo dijo con tanto desprecio que en circunstancias normales Kimmie se habría ofendido, pero no esa noche en particular. Ella también odiaba al tipo de chica que era antes. Natalia y Nick le parecían geniales y reales, decían lo que querían cuando querían y con el volumen que querían. En particular, Kimmie admiraba la forma en que Natalia no permitía que Nick le dijera qué hacer o qué pensar y cómo estaba dispuesta a confrontarlo para mostrarle que no era su jefe ni su dueño. Natalia era la chica ruda por excelencia y Kimmie estaba fascinada con ella.

A partir de esa noche se volvieron inseparables. Una noche en que Nick tuvo que trabajar un turno doble en el restaurante, le dio las llaves del auto a Natalia y las chicas fueron al centro, comieron pizza y terminaron perforándose las orejas con hielo y una aguja que esterilizaron con un encendedor Bic, una técnica que Natalia aprendió de Sarah, su mejor amiga en Las Vegas. Kimmie tenía ahora tres perforaciones en la oreja derecha; Natalia, siete.

Fue esa noche cuando Kimmie al fin le confesó a Natalia lo que había ocurrido en Nueva York y la razón por la que estaba en Arizona. Natalia sabía escuchar y, tras conocer la historia, estuvo de acuerdo con que debería cumplir su plan de confrontar a Vronsky y decirle lo que pensaba. Le dijo que le encantaba ser mujer, pero que a veces sentía que todo era más fácil para los hombres. Podían acostarse con quien quisieran y sus amigos los consideraban héroes. Pero si una mujer se acostaba con varias personas o —Dios no lo quiera— disfrutaba del sexo, entonces era una puta. No era justo. La única forma de luchar contra la desigualdad de género era que ya no les importara y no se disculparan por ello.

—Si Nick me grita, yo grito más fuerte. Si me pega, le voy a pegar más fuerte.

—¡No digas eso! ¿Te ha pegado? —preguntó Kimmie—. Eso no está bien, Natalia.

Natalia juró que Nick nunca le había puesto un dedo encima, lo que lo convertía en el primer novio que había tenido que no la golpeaba.

—Nick lleva un tiempo limpio, pero los adictos son impredecibles. Quién sabe cómo será cuando vuelva a consumir. No voy a bajar la guardia. Pero algo me dice que él no es así.

—Parece que en verdad te ama —dijo Kimmie, sin importarle que su voz sonara romántica y soñadora.

Había visto la forma en que Nick miraba a Natalia, y, a pesar de que estaba haciendo un esfuerzo real por seguir adelante con su vida, había algo en esa mirada que le recordaba a cómo la veía Dustin cuando fueron por un Frozen Hot Chocolate a Serendipity 3. Parecía haber pasado mucho tiempo, pero el recuerdo era tan claro como el sonido de una campana en una tranquila mañana de domingo.

Su terapeuta le había dicho que no era bueno clasificar los recuerdos como buenos y malos, sino que debía ser capaz de verlos con una perspectiva objetiva bajo la cual algo podía ser bueno y malo al mismo tiempo. Así que, aunque había echado la noche del chocolate con Dustin al saco de los malos recuerdos a causa de Vronsky, ahora podía ver que también podía pensar en ella como algo bueno. Le habló entonces a Natalia de Dustin, maravillándose de lo ignorante que era antes en cuanto a los chicos y sabiendo que era imposible tener una segunda oportunidad.

—No te lo reproches. No sabes la cantidad de imbéciles con los que he estado. Y miles de chicos me han dicho que me aman, pero a Nick es al único al que le he creído. A veces despierto a la mitad de la noche y veo que me está mirando. Es lindo, pero también un poco enfermo. Me parece supersexy. No puedes culparme por las cosas extrañas que me parecen románticas. A algunas les gustan las flores y el chocolate, a otras les prende que su novio haga el puntaje más alto en *Ms. Pac-Man* en una pizzería de mala muerte y escriba NAN, «Nick ama a Natalia», en vez de sus iniciales.

Kimmie se rio con Natalia y se dio cuenta de lo mucho que tenía sin reírse con una amiga y de lo mucho que lo extrañaba.

ix

Se suponía que el padre de Kimmie tomaría un avión, la recogería y la llevaría a casa, pero la noche antes de cuando estaba previsto que volara, la madrastra malvada se rompió un tacón al salir de un restaurante y se fue de boca contra el piso, reventándose el colágeno de los labios y partiéndose varios dientes.

—Quisiera poder ir por ti, cariño, pero no puedo dejar que David vaya solo a ver a Guns N' Roses cuando yo le compré los boletos —le explicó su madre a Kimmie por teléfono—. Lo entiendes, ¿cierto? Te compré un boleto para el vuelo de esta noche a las once. Papi te irá a recoger en el aeropuerto. Se suponía que te ibas a quedar con él la primera semana, pero como la fulana se rompió la cara, estarás conmigo.

Kimmie estaba en la recepción de Desert Vista hablando con Danielle. No había sido dada de alta de forma oficial, así que aún no le habían devuelto su teléfono.

—Mamá, ¿no puedes rentarme una habitación de hotel y me quedo ahí hasta que papá pueda venir por mí? Odio los vuelos de medianoche.

—Todo el mundo los odia, Kimmie —respondió su madre con tono firme—. Pero te puse en

primera clase, así que creo que sobrevivirás. Escríbeme cuando estés en el aeropuerto. Te amo.

Kimmmie le devolvió el teléfono a la recepcionista y se fue a empacar. Terminó a toda prisa, dejó su única maleta en la recepción y avisó que volvería en la tarde para tomar un taxi al aeropuerto. Ya se había despedido de Nick y Natalia la noche antes, pero tenía seis horas muertas y había algo que quería hacer. Unas noches atrás, mientras caminaba con Natalia por un centro comercial de poca monta, Natalia vio una chamarra de cuero de motociclista en un aparador. Quedó tan enamorada de ella que se restregó contra la ventana y lamió el cristal, dejando marcas de lengua por todas partes.

—Si te gusta tanto, cómprala —le dijo Kimmmie.

—Ajá, como si pudiera pagar algo así —dijo Natalia—. Por favor, esa belleza debe costar doscientos, por lo menos. Más que toda mi ropa junta.

Kimmmie quiso comprarle la chamarra a su amiga en ese mismo instante. Doscientos dólares no eran nada en el mundo de Kimmmie —Lolly gastaba más en extensiones de pestañas cada mes—, pero no sabía si Natalia se ofendería. El humor y las opiniones de su amiga parecían fluctuar a cada minuto. La chamarra costaba trescientos veinte dólares; Kimmmie compró dos con la tarjeta de su papá, una para Natalia y otra para ella. No era muy del gusto de Kimmmie, pero sabía que Natalia la usaría todo el tiempo y quería algo para recordar a su amiga.

Natalia recién había conseguido un trabajo en una tienda de llantas y Kimmmie no quería molestarla en el trabajo. Sabía que Nick y ella dejaban la puerta corrediza de atrás abierta, pues Natalia siempre perdía sus llaves. El plan de Kimmmie era dejar la chamarra en su recámara con una nota y su número. No quería ser tan presuntuosa como para pensar que Nick y Natalia abandonarían sus planes para ir al aeropuerto a esperar con ella, mucho menos después de haberle hecho una cena sorpresa en su departamento la noche anterior. Nick preparó unos tacos increíbles (aunque él no comió ninguno) y Natalia hizo unos divertidos cocteles con Hawaiian Punch, Red Bull y Caribe Coolers. A Kimmmie le sorprendió el último ingrediente, ya que se suponía que no debían beber. Pero no dijo nada y ellos tampoco.

Acababa de dejar la chamarra en la cama y de meter la nota en el bolsillo cuando oyó a Nick gritando en la sala. Kimmmie entró en pánico y se metió al clóset para esconderse. Tras unos segundos, se dio cuenta de que no eran Nick y Natalia, sino Nick y alguien más, un hombre, mayor.

Las paredes eran delgadas y baratas y Kimmmie podía oír casi todo lo que decían. Tras unos segundos, logró deducir que la otra voz era la del padre de Nick. Ahora sabía por qué conducía un auto tan caro y como de papá: se lo había robado para atravesar el país. Nick no dejaba de gritarle que se lo llevara, que ya no lo necesitaba. Su papá preguntó si tenía trabajo. Sí. ¿Estaba limpio? Sí. ¿Quién era esa tal Natasha? Natalia y no había forma de que dejara al amor de su vida para volver a Nueva York, donde no había nada para él.

«¿Nueva York?», pensó Kimmmie. «Nunca mencionó que vivía ahí». El padre de Nick le dijo que lo único en lo que debía pensar en ese momento era en mantenerse limpio. Nick juró una y otra vez que no había consumido drogas, pero su padre debió haber encontrado las botellas de Caribe en la cocina, pues comenzaron a pelear por ello. Toda la escena era terrible y Kimmmie estaba desesperada por irse de ahí, pero sabía que no tenía más opción que esperar. Intentó dejar de

escuchar y pensar en otra cosa, pero no era fácil. El padre de Nick no dejaba de decir que estaba harto y que, si no volvía con él, se lavaba las manos, que podía olvidarse de volver a pedirle dinero o ayuda. Nick le dijo que se fuera a la mierda y fue entonces cuando su papá perdió la cabeza y comenzó a gritar que su última visita a rehabilitación había costado cien mil dólares que salieron del fondo para la universidad de Dustin.

—¿Y sabes por qué? —le preguntó con la voz a punto de quebrársele—. Porque tu hermano te ama, Nicholas. ¡Dustin te ama tanto que prefiere tirar su dinero intentando salvarte que ir a la universidad gratis!

La noticia no solo silenció a Nick, hizo que Kimmie jadeara tan fuerte que tuvo que taparse la boca con la mano para que no la oyeran. «¡Nick es Nicholas, el hermano de Dustin!».

Estaba tan afectada por la revelación que Kimmie supo que no podía esperar a ver qué sucedía. Tenía que irse de ahí. Salió a gatas del clóset, abrió la ventana de la habitación, pateó el mosquitero y saltó. Sus pies aterrizaron sobre el pavimento y se echó a correr. No miró atrás.

X

Cuando Anna llegó a la Carrera Benéfica de Greenwich, un evento que se celebraba cada año, y supo por Murf que Vronsky se había inscrito para ser uno de los jinetes de los establos Staugas, pensó que era una broma. Se habían visto en su manzano después de sus últimas tres lecciones, pero cuatro paseos a caballo en un pastizal plano no le daban las credenciales necesarias para competir con jinetes que tenían meses entrenando para el evento.

—Es una locura. No puede hacerlo. —Anna miró a Murf, quien, debajo de las gradas de metal, estaba haciendo su mejor esfuerzo por enderezarse su pajarita, que estaba torcida. Anna le quitó las manos y rehízo el moño de satín azul a la perfección.

—¡Lo mismo le dije yo! —dijo Murf—. Y no va a correr en la pista... No, ese blanquito loco no va a correr en la pista. Tenía que creerse una maravilla e inscribirse a la carrera de obstáculos.

La noticia golpeó a Anna como un mazo. Las carreras de obstáculos de madera eran la versión estadounidense de las carreras de vallas metálicas, un peligroso evento que exigía disciplina y que se celebraba desde hacía cien años, aunque su origen estaba en Irlanda y el Reino Unido, donde era más popular. La Maryland Hunt Cup era como el Super Bowl de este deporte y consistía en una carrera en un circuito de seis kilómetros con veintidós obstáculos de diversas alturas (casi todos vallas hechas de madera), el más grande de un metro y medio. Pero esta carrera de obstáculos era un evento mucho más pequeño que se disputaba todos los años en Greenwich para recaudar dinero para un hospital infantil. Era de solo un kilómetro y medio y constaba de siete obstáculos, de los cuales el más grande medía solo un metro. Fue diseñado pensando en jinetes adolescentes, pero parecía que todos los años alguien salía herido.

El sobreprotector padre de Anna le había prohibido participar en el evento de Greenwich; decía que cualquier idiota podía inscribirse y que la mayoría de los accidentes ocurrían no por culpa de los jinetes bien entrenados como Anna, sino por los adolescentes estúpidos que intentaban impresionar a chicas de pestañas largas. Anna estaba tan molesta con la noticia que llamó a Vronsky, algo que nunca había hecho. Hasta entonces, su única forma de comunicación había

sido *Palabras con amigos*, aunque Vronsky bromeaba con frecuencia sobre comprar teléfonos desechables.

Él no tomó la llamada y eso la molestó; a pesar de que quiso dejarle un mensaje para pedirle que no participara en la carrera porque el caballo tendría que saltar por encima de su cadáver, no lo hizo. En cambio, colgó y borró la llamada del registro. Pensó en cambiar el nombre de Vronsky en sus contactos, pero recordó a la infame «Brad» y no pudo hacerlo. Sin saber qué más hacer, abrió la app de *Palabras con amigos* y le escribió en el chat que debía llamarla de inmediato. Luego le pidió a Murf que lo buscara, pero cuando él le preguntó qué debía decirle cuando lo encontrara, Anna no supo qué responder. Todos en el evento la conocían y eso significaba que también sabían que era la novia de Alexander, lo que a su vez implicaba que no podía dejarse ver con Vronsky sin levantar sospechas.

«¿Qué voy a hacer ahora?», pensó. «Esto es lo que pasa por mentir». Sabía que estaba en medio de una aventura a las espaldas de su novio, pero se justificaba a sí misma repitiéndose que terminaría con Alexander en cuanto dejara de estar convaleciente, algo para lo que faltaba menos de un mes.

Con frecuencia se reprochaba no haberle dicho a Vronsky que debía esperar. Pero cada vez que pensaba en acabar con su infidelidad, descubría que no podía hacerlo. No era sencillo apagar la llama de su deseo, como una de esas velas de cumpleaños que vuelven a encenderse una y otra vez.

Creía con todo su corazón que la razón por la que el sexo con él era tan increíble se debía a que estaban perdidamente enamorados. Era como si la química que existía entre ellos tuviera que mezclarse y combinarse; en caso de permanecer separados, esta se volvería inerte y tóxica. Jamás se había sentido tan viva y feliz como cuando estaba en los brazos de Vronsky. Si había alguna desventaja, era que mientras más veces estaban juntos, más querían estarlo, como si fueran adictos el uno al otro. Cada mañana, cuando Anna tomaba su teléfono y abría la app, veía sus mensajes.

SUPERV

Buenos días, hermosa! Te
deseo,
te deseo, te deseo

Vronsky tenía cuidado de no mencionar nunca su pasado con otras chicas, pero le dijo a Anna con toda certeza que lo que estaba sucediendo entre ellos no se parecía en nada a lo que había vivido antes. Él no le estaba endulzando el oído, todo era cierto: su amor por ella no tenía precedentes.

Desde aquella primera vez en la casa de Anna, habían logrado verse todos los días, aunque solo fuera durante una hora en las mañanas, antes de la escuela. Vronsky se había acostumbrado a dormir en casa de Beatrice y volver a Manhattan en su motocicleta después de ver a Anna, mientras que ella le decía a su mamá que iba a la escuela más temprano para adelantar su tarea. Pasaba frente a casa de Beatrice y lo recogía al final de la larga entrada para vehículos. Ya que no

podían ser vistos en público, conducían por todo Greenwich en busca de un lugar recluso donde pudieran parar.

La primera vez se estacionaron en la parte trasera de una iglesia, cosa que no le encantó a Anna, aunque lo olvidó en el instante en que Vronsky le metió la mano debajo de los jeans. Veinticuatro horas antes lo había recogido y terminaron en un estacionamiento subterráneo; bajaron hasta el último nivel, donde ella pasó por encima de la palanca antes siquiera de que las luces del auto se hubieran apagado. Esta vez lo planeó todo mejor y se puso una falda. Le confesó que nunca había salido de casa sin ropa interior y le explicó que traía un par de calzones limpios en su mochila.

El que Anna lo deseara tanto llenaba a Vronsky de una lujuria incontenible. En circunstancias normales, le habría mortificado ser lo que sus amigos llamaban un Speedy González, pero a Anna le parecía que su incapacidad para controlarse era embriagadora. Y, a su edad, ni siquiera importaba. Ella se quedaba encima de él unos minutos y, cuando aún estaba dentro de ella, volvía a endurecerse; el segundo *round* duraba mucho más que el primero. Disfrutando al máximo la tortura exquisita de montarlo, Anna intentaba resistir lo más posible, pero solía terminar por gritar su nombre más pronto que tarde. Lo hacían tres veces y Anna llegaba tarde a Latín. «*Coitus, coitum, coitibus...*».

—Anna, deja de ver el teléfono —dijo Beatrice con una sonrisa pícaro—. Si hubiera sabido que estar enamorada y embobada e idiotizada me haría ver tan soñadora como tú, lo habría intentado hace mucho.

Estaban sentadas en las gradas que habían colocado para los espectadores de la carrera de obstáculos, que debía comenzar en cualquier momento. Anna se sonrojó con las palabras de Bea.

—Perdón —murmuró—. Es que no sé por qué no me ha respondido. ¿No crees que es una locura que participe en la carrera?

—No temas, hija mía —dijo Beatrice—. Mi primo era un gran saltador en sus épocas. Mi tía siempre cuenta que su instructor le dijo que Alexia tenía la seguridad y el talento de un jinete olímpico. Si fuera una carrera de motocicletas, sí que estaría nerviosa. Sí, es una locura, pero siempre ha sido adicto a la adrenalina. Si tenemos que preocuparnos por alguien, que sea por el cuarto de milla de mi mamá. Vronsky va a correr para ganar y montará a Frufrú con más exigencia de la que está acostumbrada a soportar. Aunque estoy segura de que tú ya sabes todo sobre eso... con V.

Anna intentó no reaccionar ante aquel comentario, que fue demasiado mordaz para su gusto. Quizá Bea ni siquiera se dio cuenta de que estaba siendo un tanto agresiva. Tal vez estaba un poco celosa de su rubor de felicidad. Vronsky le había contado en confidencia que el amorío secreto de Bea con Dahlia, la cirquera de su fiesta, había terminado de forma abrupta cuando, tras una noche en los clubes de la ciudad, la vio mostrándole sus habilidades acrobáticas a su hermanastro, Royce, en cuyo departamento habían dormido la noche anterior. Bea no lo tomó bien y echó a las calles de SoHo a Dahlia, que tuvo que ir caminando con solo un zapato a buscar refugio.

Sin revelar lo que sabía, Anna la tomó de la mano.

—Me da mucho gusto que podamos pasar el día juntas. Perdón por haber estado desaparecida, pero quiero que sepas que estoy muy agradecida por toda tu ayuda con... ya sabes.

Beatrice, feliz con esa muestra de gratitud que creía merecer, le sonrió.

—¡Ay! ¡Eres una linda! Yo haría cualquier cosa por V. Si él está feliz, yo estoy feliz. —Bea abrazó a Anna, pero cuando se separaron, su sonrisa había desaparecido y la había sustituido un ceño fruncido—. No mires, pero a nuestro día de diversión acaba de caerle un paquete doble de aguafiestas a las seis en punto —masculló.

Anna esperó un momento y luego volteó despacio para ver detrás de ella. En su corazón se oyó un sonido metálico y hueco, como el que marca las doce y da por terminada la noche mágica de Cenicienta. Eleanor, con un ridículo sombrero rosa, empujaba a Alexander en una silla de ruedas. Ya que las sillas de ruedas no están diseñadas para avanzar en el pasto, la imagen era bastante patética. Todos en la ciudad sabían del accidente de Alexander y en seguida se reunió a su alrededor una multitud ansiosa por ayudar. Unos momentos después, algunos de los asistentes más fuertes cargaban a Alexander por el campo como si fuera un rey.

Sonó una trompeta. Por un instante, Anna se preguntó si lo había imaginado, pero luego vio que era un hombre que tocaba la trompeta para indicar que la carrera comenzaría en diez minutos.

El teléfono de Anna vibró. Era un mensaje de Murf.

MURF

Anna, le dije que no querías que participara. Dijo que no te preocupes por él. Dijo: «Yo me encargo». Él quería que supieras

Anna miró a la burbuja incompleta, esperando el resto del mensaje, pero no llegó nada. Respondió.

ANNA

Que supiera qué? Qué quería que supiera?????

Aparecieron más burbujas; Anna quería sacudir el teléfono, como si eso fuera a lograr algo. Mientras esperaba, usó sus binoculares para observar la línea de salida y encontró a Vronsky montado en la yegua de la madre de Beatrice, Frufrú, intentando acomodarse en la montura. «Ay, amor», pensó. «¿Por qué? ¿Por qué haces esto?».

El teléfono vibró una vez más y vio un mensaje de Murf.

MURF

Perdón. Se me cayó el teléfono!

Quería que supieras que te
va a
dar ese trofeo!



xi

Ya que no quería dejar su lugar junto a Beatrice, Anna fingió tanto como pudo que no había visto la llegada de Alexander. Miró hacia el campo con sus binoculares esperando que la carrera empezara y pudiera lidiar con él después. Le parecía un castigo draconiano que esperaran que atendiera a su supuesto novio mientras que su verdadero amor estaba a punto de intentar saltar siete obstáculos sobre un caballo al que no conocía.

Tomó la mano de Bea y la apretó con nerviosismo.

—Respira —le susurró Bea a su amiga—. El hermano de Adaka va a competir y solo tiene once años. Vronsky va a estar bien.

Bea, siempre en calma en las situaciones más estresantes, estaba tranquila en su asiento.

Anna bajó los binoculares y vio a su hermano frente a las gradas. Quería hacerle una señal para decirle que había peligro cerca, pero antes de que pudiera hacerlo, vio que Lolly corría hacia él y le decía algo al oído. Por la expresión de Steven, Anna supo que Lolly acababa de informarle que Eleanor y Alexander estaban ahí. Su hermano alzó la mirada hacia donde estaba Anna y ella hizo un pequeño movimiento con la cabeza para hacerle saber que estaba al tanto de la situación. Steven tomó a Lolly de la mano y los dos comenzaron a avanzar hacia las gradas. Solo habían logrado subir dos escalones cuando Eleanor apareció detrás de ellos, tocándole la espalda a Lolly. La pobre de Lolly no tuvo más opción que darse vuelta y ser amable. Anna bajó los binoculares y se puso las gafas oscuras, agradecida de que fuera un día soleado y nadie pudiera hacer contacto visual con ella gracias a sus lentes de aviador de Oliver Peoples Benedict.

Lolly señaló a Anna y a Beatrice; Eleanor saludó con entusiasmo.

—¡Anna! —gritó. Su aguda voz atravesó los nervios de Anna como una flecha—. ¡Baja! ¡Alexander está aquí!

—¿Crees que pueda fingir que no la oí? —preguntó Anna con los dientes apretados, intentando hacerle un gesto a Eleanor para que subiera.

—Lo siento, cariño —respondió Bea—. Creo que vas a tener que bajar. No hay forma de que me siente junto a esa papa idiota con sombrero.

Anna sabía que Bea tenía razón. El público esperó a que tomara una decisión. Se puso de pie y comenzó a bajar. Cuando pasó junto a Lolly y a Steven, les ofreció su asiento. Steven le apretó la mano en un gesto de compasión. Alexander ya estaba de vuelta en su silla de ruedas y alguien le había llevado una paca de heno para que subiera la pierna, que estaba protegida por una bota de fibra de vidrio. Tenía puesta una gorra de Harvard y una sonrisa plácida se dibujó en su rostro, en la que Anna reconoció su gesto de opiáceos. Para cuando llegó hasta la silla, estaba furiosa, pero lo saludó con una sonrisa, pues sabía que todo el mundo la estaba mirando.

—Hola, tú —dijo Anna—. Pensé que habías decidido que esto era demasiado complicado como para hacer tu primera aparición en público.

—Fue mi idea —dijo Eleanor y su voz sonaba como si arañara un pizarrón—. Todo el mundo llama a la casa preguntando por él. Pensé: ¿por qué no hacer que la montaña venga a ellos? Además, tenemos días sin verte y Alexander extraña a su novia. Así que. Aquí. Es. Ta. Mos.

—Eleanor, fui en la mañana —dijo Anna—. Mientras estabas en clase de zumba.

—Sí, pero Alexander dijo que te quedaste cinco minutos y huiste, como has hecho toda la semana.

Antes de que Anna pudiera decir otra palabra, sonó el disparo de inicio y la carrera comenzó. Anna observó por los binoculares. Había veinticinco caballos en la carrera, separados en grupos de cinco caballos que salían con cinco segundos de diferencia. Ella sabía que cinco segundos no era mucho para un caballo veloz y pronto estuvieron todos amontonados en un solo pelotón. El corazón comenzó a latirle a la misma velocidad de las pezuñas sobre el pasto.

—¿Anna? ¿Anna? —chilló Eleanor—. Olvidé mis binoculares. ¿Puedo usar los tuyos?

—No —respondió Anna—. Debiste traer los tuyos.

La oyó alejarse a grandes zancadas para molestar a alguien más.

—¿Anna? —llamó Alexander en voz baja—. ¿Puedo usar tus binoculares? Le di los míos a Eleanor, pero supongo que los dejó en el auto.

Sin decir nada, ella le dio los binoculares, pero no quitó los ojos de la carrera. El grupo se dirigía a la primera bandera y pronto darían vuelta para pasar frente a donde estaban sentados. Por lo que Anna pudo ver, Vronsky logró hacer los primeros tres saltos con facilidad. Quizá Beatrice tenía razón y Alexia era un jinete nato. La yegua que montaba tenía experiencia saltando y sabía qué hacer.

Segundos después, los tres caballos que iban a la cabeza pasaron frente a ellos y todos superaron la valla de madera sin problemas. El público vitoreó, al igual que Anna, feliz por ver que Alexia estaba en cuarto lugar y recortaba la distancia con el jinete y el caballo que tenía delante. Anna deseó poder gritar su nombre con fuerza suficiente como para que lo oyera, pero era imposible. Alexander le había tomado la mano y la había jalado hacia él, así que ella estaba parada casi junto a la silla.

—¿Me puedes devolver los binoculares? —preguntó, a sabiendas de que no debía hacerlo—. ¿Por favor?

—Sí, claro. Perdón. Debes tener varios amigos compitiendo.

Anna estaba mirando la carrera, pero notó el disgusto en el tono de voz de Alexander.

El público se quedó sin aliento cuando uno de los caballos tiró uno de los obstáculos de madera delante de él, pero ya que era uno de los caballos que estaban en los últimos lugares, no hubo colisión y el jinete logró corregir al caballo y seguir en la carrera, para alivio de los espectadores. Anna vio que Murf corría a la pista para poner el obstáculo en su lugar. Apartó la mirada de la línea de meta solo un instante y fue entonces cuando comenzaron los gritos.

Los lentes de los binoculares amplificaron la caótica escena. Anna pudo ver que, en el último salto, el más alto de todos, al menos tres caballos habían tropezado y, al caer, formaron una desordenada pila de extremidades equinas. Ella inhaló profundo y miró a todos los caballos uno por uno, rezando porque el de Vronsky no estuviera en el tumulto. Sin poder contenerse, saltó por encima de la barrera de heno y corrió por el campo.

—¡Murf! —gritó Anna—. ¿Fue él? ¿Está bien?

Murf, quien ya estaba corriendo hacia el caos, se detuvo al oír la voz de Anna. Volteó y vio a la solitaria figura en el pasto, con el rostro afectado.

—¡Regresa, Anna! —gritó Murf—. Te aviso en cuanto sepa.

Steven, quien vio a su hermana correr hacia el campo, bajó de las gradas, saltó la barrera y estuvo con ella en cuestión de segundos. Le pasó el brazo por los hombros y la escoltó de vuelta al graderío. Anna quiso ocultar su rostro, pero era demasiado tarde: todos habían visto lo que hizo.

—Tráela aquí —ordenó Alexander con una voz más firme de la que había tenido desde su accidente.

Sin saber qué hacer, Steven pensó en llevarse a su hermana de ahí. Pero sabía que ella no se iría sin saber qué había sido de Vronsky, así que la acompañó hasta donde estaba el Don de Greenwich.

Ella se sentó en la paca de heno donde Alexander descansaba la pierna. Tomó de inmediato su teléfono y esperó alguna noticia.

El teléfono timbró y Anna vio el mensaje de Murf:

MURF

Está bien. Pero Frufrú está
podida.
Podido autocorrector!

Anna comenzó a derramar lágrimas de felicidad. Vronsky estaba bien.

—¿Qué supiste? —preguntó Alexander con dureza.

—Uno de los caballos que se cayeron está muy herido. Es terrible. Voy a ir allá.

—Por supuesto que no —respondió él—. Quiero irme en este momento y tú vendrás conmigo.

Anna volteó a verlo, impactada y boquiabierta.

—¿Soy acaso una mascota que debe obedecer las órdenes de su dueño?

—Anna —susurró Alexander—, no me siento bien. Es evidente que estás alterada y todos nos están viendo. Nos iremos a casa ahora. Steven, ¿puedes ayudarme con la silla?

Steven miró a su hermana, quien le asintió para que lo hiciera. Ella sabía que tenía que irse con Alexander. Su único consuelo, dentro de toda la conmoción y la prisa por llevar a Alexander a casa, era que habían olvidado a Eleanor y Anna sonrió al pensar en la media hermana de su novio buscándolos por todas partes con su horrendo sombrero rosado.

xii

Habían instalado una cama de hospital en una sala acristalada, pues Alexander aún no podía subir las escaleras hasta su habitación. Anna se sentó en la mecedora que estaba junto a la ventana que daba al enorme jardín trasero. El viaje en el auto fue silencioso y después de que los sirvientes ayudaran a Alexander a llegar a la cama, Steven se fue para recoger a Lolly. Antes de irse, le dio un gran abrazo a su hermana y le dijo que esperaría en la casa hasta que ella volviera.

Anna no hizo más que asentir, pues sabía que si intentaba hablar se echaría a llorar.

Alexander sabía que tenía que preguntar, pero no quería hacerlo. Quería esperar a que la pierna dejar de palparle y el Percocet hiciera efecto, pero entendía que la píldora no podría aliviar el dolor que se avecinaba. Así que se quedaron en silencio.

Eleanor tenía semanas sospechando, pero Alexander la calló cada vez que intentó hablar del comportamiento impropio de Anna. Sí, estaba drogado, pero no era tonto. Había notado todo aquello de lo que Eleanor se quejaba, pero no podía y no quería creer que fuera cierto. La chica a la que conocía y amaba, con quien planeaba casarse, había estado distante y malhumorada en sus visitas, pero él no se atrevía a preguntar el porqué. Y la razón era que le temía a la respuesta. Pero las cosas habían cambiado. Ella mostró sus cartas frente a toda la ciudad y lo único que le quedaba a él era su aflicción. La aflicción por no haberse hecho cargo de la situación antes, la aflicción por haber aceptado ir a la carrera, la aflicción por haber ido a la fiesta por ella la noche de la nevada y la aflicción por haberse ido sin ella cuando sabía que no debió hacerlo.

No podía creer que a Anna le gustara alguien como Vronsky. Le parecía imposible que un niño bonito con cabello dorado y ojos de borrego pudiera hacerlo a él tan miserable. Era incluso risible. Pero nadie se estaba riendo y mucho menos Alexander.

—¿Anna? —llamó, con voz ronca y quebrada—. ¿Quieres empezar o empiezo yo?

—Es cierto —susurró ella.

—¿Qué es cierto? —preguntó él.

—Lo que sospechas sobre Vronsky y yo. Hemos estado... —Vaciló—. Te fui infiel. Debí decirte antes. Tenía toda la intención de decirte lo que sentía por él, pero...

Anna tenía la boca seca por la vergüenza. No podía continuar. Ansiaba con desesperación que el piso se abriera bajo sus pies y se la tragara con todo y silla. «¿Por qué? ¿Por qué no terminé con él antes de todo esto? Ahora es un desastre. Y la culpa no es de nadie más que mía».

—¿Pero...? —preguntó Alexander, negándose a facilitarle las cosas a Anna.

—Pero tuviste un accidente y esperé. Aunque no pude esperar con él, así que... nos... no me hagas decirlo, por favor.

—Me debes al menos eso —respondió él con voz fría y decidida—. Anda.

—¡Me acosté con él! —gritó Anna, furiosa con Alexander por obligarla a decirlo, a pesar de que no tenía derecho a estarlo—. Te engañé mientras estabas postrado en una cama de hospital. ¿Contento? Estaba mal y lo hice de todas formas. Lo sabía y no lo pude evitar. No tuve opción.

—¿No tuviste opción? —gritó Alexander—. ¿Te ató? ¿Te amenazó? ¡Claro que tenías otra opción! Todos tenemos opción. Lo que tú tuviste fue un horrible *lapsus* mental... un... un hoyo negro moral que absorbió todo lo bueno y decente que hay en ti.

Anna necesitó de toda su fuerza de voluntad para no saltar, echarse a correr y no mirar atrás nunca. Sintió que estaba a punto de llorar, pero se negó a derramar una sola lágrima. En cambio, decidió morderse el interior del labio hasta que le dolió.

—Me equivoqué. Te mereces algo mejor que lo que hice. Pero ya es demasiado tarde. Pasó. Lo hice y lo único que puedo ofrecerte es una confesión.

—¿Sientes algo por él? —preguntó Alexander. Sabía que necesitaba saber tanto de la situación como pudiera antes de decidir cómo proceder.

—Claro que sí —respondió Anna—. ¿O esperabas que hubiera sido solo sexo? ¿Tan pobre es tu opinión de mí?

—Eso no es justo, Anna. No sabía que eras tan infeliz. ¿Es porque no fuimos a mi graduación?

—¿Qué? —Anna intentó ocultar su exasperación, pero fracasó—. ¿Crees que esto es por una graduación? Qué absurdo.

—¿Lo es? —preguntó él, con un nuevo tono de tristeza—. Porque si hubiéramos ido y hubieras bailado conmigo como... —La voz se le quebró y no pudo continuar. Había visto cómo se miraban en la pista de baile en la fiesta de Bea y eligió olvidarlo. Decidió decirse a sí mismo que no significaba nada, aunque sabía que significaba algo—. Estoy cansado. Necesito dormir —dijo—. La pierna me está matando. ¿Podemos hablar mañana?

—Alexander, creo que no hay nada más que hablar. Lamento que haya tenido que terminar así. Pero así son las cosas. Se acabó.

Ella se puso de pie, aliviada de haber dicho lo que tenía que decir y poder irse por fin. Quería llegar a casa, hacerse bolita en la cama y dormir.

—No, Anna —dijo Alexander—. No vas a tirar los últimos tres años a la basura como si no fueran nada. Teníamos planes, un futuro juntos. ¿No vas a tener la cortesía, la decencia, de hablar de esto a fondo conmigo? ¡Ayúdame a entender lo que ocurrió! Es un niño, carajo.

Anna volvió a sentarse. El dolor en el rostro de Alexander la afectó. Se veía tan indefenso en aquella cama de hospital, con la pierna fracturada, en una habitación llena de floreros horribles y flores a medio marchitar con tarjetas con buenos deseos. Las últimas palabras de Alexander la afectaron en serio y su tono le recordó a su padre y cómo le hablaba a Steven cuando estaba decepcionado. Cerró los ojos y la enormidad de la situación le cayó encima como un aguacero inesperado. Sus padres se enterarían de lo que hizo. El papá y la madrastra de Alexander también se enterarían. Anna tenía muy buena relación con los padres de su novio y el padre de Alexander siempre le dijo que la quería como a su propia hija. Sus vidas estaban entremezcladas en todos los aspectos; era lo más parecido a un matrimonio que podían tener dos adolescentes, en realidad. Fue una tonta por haber creído que podría decirle que habían terminado y salir por la puerta como en una estúpida película en la que el chico no se queda con la chica y tan solo acepta su destino.

—Okey. Tienes razón —concedió—. ¿Por qué no tomas una siesta y yo vuelvo mañana?

—No lo veas —dijo Alexander, mirándola a los ojos—. ¿Puedes hacer eso por mí? No lo veas ni hables con él hasta que tengamos tiempo de hablar mañana. Me debes al menos eso.

Anna no era mentirosa; de hecho, se había esforzado lo indecible por no mentir en las últimas semanas, aun si había hablado de manera ambigua y dicho verdades a medias sobre sus planes y paraderos. Así que, cuando le dijo a Alexander que no vería a Vronsky ni hablaría con él, lo dijo en serio. Habían pasado tres años juntos como novios y lo amaba, o eso pensaba. No fue sino hasta que se enamoró de Vronsky que entendió la diferencia entre *estar enamorada* y *amar* a alguien.

Anna cumplió su palabra y no respondió los mensajes de Vronsky ni tomó el teléfono cuando él la llamó. Tampoco respondió los mensajes y las llamadas de Beatrice, ya que no quería aprovecharse del resquicio que ella podía abrir en su honestidad convirtiéndola en mediadora.

Decidió, mejor, ir a la cama y dormir más tiempo y más profundo de lo que había hecho en semanas.

A la mañana siguiente, volvió a la casa de Alexander y hablaron durante horas, dándoles vueltas y vueltas a las mismas cosas, llorando y gritando en varios momentos de la discusión. Él le dijo que aún la amaba y quería resolver la situación. Creía que, aunque Anna decía amar a Vronsky, eso no era cierto y ella solo estaba bajo los encantos de su apariencia y su personalidad divertida. Sin embargo, Vronsky era la persona incorrecta para ella en muchísimos sentidos. Alexander aceptó algo de la culpa. Estaba demasiado enfocado en su propia vida y, por supuesto, ella merecía diversión y bailes, pero quería ser él quien se los diera. Le rogó a Anna que se tomara un tiempo, al menos algunas semanas, para pensar las cosas a fondo y considerara darle otra oportunidad. Si ella podía hacer eso por él, entonces él haría todo lo posible porque su reputación se mantuviera intacta y jamás hablaría mal de ella con nadie. Llegaría incluso a negar la verdad y le diría a la gente que Anna nunca lo engañó con Vronsky.

Convencida solo a medias, Anna aceptó tomarse unas cuantas semanas, pero le dijo que vería a Vronsky al menos una vez para explicarle sus planes, aunque nada sucedería entre ellos. Le dijo a Alexander que, en el transcurso de las siguientes dos semanas, él tampoco podría considerarla su novia. Estaba libre de cualquier obligación. Alexander aceptó los términos y le pidió que evitara pasar tiempo a solas con Vronsky, pues eso le nublaría el juicio.

Para cuando terminaron de negociar y hacer trueques con intensas divisas emocionales, afuera estaba diluviando. Pero no importaba, Anna estaba demasiado agotada como para que le molestara.

xiii

Kimmie pasó la mañana en la escuela 137, la escuela pública en la que estaba por inscribirse como nueva alumna. A Danielle no la hizo muy feliz la decisión de su hija de dejar Spence, pero tenía demasiado miedo como para discutir con ella. Su regreso, con su nuevo cabello morado, su chamarra de cuero, sus Dr. Martens y las uñas pintadas de negro, estaba poniendo a prueba su resistencia. Kimmie oyó a sus padres pelear la mañana en que su padre la recogió del aeropuerto. Ella se fue directo a su habitación y su papá se quedó en la cocina hablando con su mamá. Le había dicho a su papá de su decisión de dejar Spence y le pidió que se lo dijera a su madre. Él no quería hacerlo, pero su hija lo obligó recordándole en un tono casual que no la había visitado ni una sola vez en Arizona y no se había siquiera tomado la molestia de recogerla.

—Tengo quince años, papá. ¿De verdad quieres que te siga culpando por todo cuando tenga tu edad?

Sus padres aceptaron inscribirla en la escuela pública, pero le advirtieron que quizá tendría que repetir su segundo año. Kimmie presentaría los exámenes necesarios para saber si podría entrar a Stuyvesant o a la Bronx High School of Science el año siguiente, dos de las escuelas públicas más competitivas de la ciudad. Recordaba que Dustin había dicho cuánto disfrutó haber estado en Stuyvesant y, aunque ella no estaba segura de ser tan inteligente como él, quería intentarlo.

Pensó en Dustin sin parar durante su vuelo nocturno de vuelta a la Costa Este. No podía

sacarse de la cabeza el sonido del padre de Dustin diciéndole a Nicholas que Dustin había tirado el dinero para su colegiatura en la rehabilitación de su hermano. Dudaba que Lolly hiciera lo mismo por ella y sabía que la antigua Kimmie tampoco lo habría hecho. Querría poder volver al pasado y preguntarle a Dustin por su relación con su hermano y, ya que estaba en eso, preguntarle más cosas acerca de cómo era ser adoptado. En la superficie, parecía que él tenía una buena vida; era inteligente y estaba destinado al éxito, pues podía asistir a la universidad que eligiera. Ciertamente, sus padres estaban divorciados, pero los papás de todo el mundo estaban divorciados, aunque sí debía ser difícil ser uno de los únicos miembros de color de tu templo. Sin embargo, Kimmie sabía por qué no le había hecho ninguna de esas preguntas: había sido egoísta y solo le importaban tonterías como las fiestas y si un chico inapropiado le escribía.

No podía creer todo lo que había ocurrido durante su mes de ausencia: el accidente de Alexander, caballos muertos, corazones rotos. Pero, en vez de sentir que se había perdido de algo, se sintió feliz de no haber estado ahí, lo que fortaleció sus deseos de alejarse de todos esos ridículos dramas de niños ricos y escuelas privadas. Si la escuela pública era lo bastante buena para Natalia y Dustin, también lo sería para ella.

Al final de la junta, cuando el señor Kriesky, el director de su nueva escuela, dijo que la vería al día siguiente, Kimmie estaba sorprendida. Había creído que empezaría ese mismo día. Él le explicó que la escuela pública era un poco más relajada y que le parecía mejor que empezara fresca a la mañana siguiente. Cuando él exclamó: «¡Sal, ve por un helado de Mister Softee, que la primavera está en flor!», Kimmie sonrió y supo que había tomado la decisión correcta.

Después, su madre fue a tomar una clase de Orangetheory Fitness y le preguntó a Kimmie si quería acompañarla. Ella rechazó la invitación, pues quería ir a Central Park y disfrutar su último día de libertad antes de volver a empezar en una escuela nueva. Su madre pareció aliviada al oír su respuesta y Kimmie supo que era porque aún no estaba cómoda con la «nueva Kimmie». Estuvo a punto de echarse en cara, pero decidió dejarlo pasar. Sí, estaba más empoderada y en contacto con su ira, pero no quería convertirse en una perra insoportable. Por ruda y dura que fuera Natalia, también era de lo más considerada. Antes de que Kimmie se fuera, Natalia se robó dos pares de arracadas doradas de Walmart y le dio uno. Ahora, ella se tocó el arete de contrabando y pensó en su amiga.

A Natalia le encantó la chamarra de cuero que Kimmie le dejó y le había mandado varias fotografías de ella usándola. Se le veía mejor a ella, pero Kimmie siempre supo que sería así. Durante los primeros días tras el regreso de Kimmie, intercambiaron mensajes varias veces, pero estos comenzaron a disminuir de pronto y, tres días después, su amistad a larga distancia quedó en completo silencio. Kimmie se preguntaba si eso era una mala señal, pero decidió mantenerse positiva y eligió pensar que Natalia y Nick estaban muy ocupados planeando sus futuras carreras como *influencers* en Instagram. Durante la cena de despedida de Kimmie, Nick había revelado el nuevo plan de la pareja: Natalia estelarizaría videos sobre cómo teñir el cabello de colores geniales para cualquiera que estuviera interesado en su look de chica rockera. Nick planeaba filmar y dirigir los videos en su departamento y sabía bastante sobre cinematografía gracias a sus intensivas lecturas sobre cineastas famosos. Al parecer, la idea le vino después de ver a Natalia teñiéndole el cabello a Kimmie aquella primera noche que salieron juntos. Más tarde, en la cama,

él le había dicho que no solo tenía un carisma incalculable (lo tenía), sino que también era una comunicadora nata, cosa que notó mientras le explicaba a Kimmie su técnica, de forma detallada, precisa y paso a paso.

Lo tenía todo resuelto. Tomaría algunos turnos adicionales en el restaurante para ganar algo de dinero extra o, ¿por qué no?, conduciría un Uber para comprar equipo de iluminación de segunda mano y una buena cámara digital con la que poder capturar la sensualidad de su novia como era debido. Para él, «esas mamadas de filmar con el iPhone» no eran aceptables. A Kimmie la idea le pareció brillante y se ofreció a ser una de las modelos para el «antes y después». Dijo que, en cuanto tuvieran todo listo, volaría de vuelta a Arizona para ayudarles durante una semana, quizás en sus vacaciones de verano. Natalia y Kimmie brindaron por la maravillosa idea de Nick y él hizo esa cosa que hacen los hombres de decirles que se fueran a la mierda, a pesar de que era obvio que estaba complacido. Fue la única vez que Kimmie vio a Nick entusiasmado por algo que no fuera *Fortnite* o el trasero de Natalia. Kimmie no le estaba dorando la píldora; en verdad le parecía una gran idea.

En su cama, en su última noche en Desert Vista, pensó en lo increíble que sería tener un novio que creyera en ella como Nick creía en Natalia y escribió ese propósito en la sección de su diario «Metas de vida a largo plazo».

Era en esas metas de vida a largo plazo en las que pensaba mientras atravesaba el parque con decisión; le quedaba solo un punto por borrar de su sección «Lidiar con la mierda del pasado». Casi había abandonado su idea de confrontar a Vronsky, pensando que tal vez fuera lo mejor dejarlo todo en el pasado. Lo único en lo que quería pensar era el futuro. Entonces, Lolly le contó sobre el drama de Anna y Alexander y la furia que sentía Kimmie por el Conde Vronsky se renovó. No solo la había humillado a ella, sino que ahora también estaba llevando a Anna a la ruina.

Cuando el portero tocó y el ama de llaves respondió, Kimmie explicó que tenía la tarea de Vronsky, apostándole a que estaba en casa recuperándose del accidente ecuestre. La dejaron subir de inmediato y ella se preguntó si el ama de llaves habría anunciado su llegada. Sin embargo, cuando entró al departamento y vio a la trabajadora doméstica hablando por teléfono, supuso que debería hacerlo por sí misma.

Encontró la recámara de Vronsky y, al tocar la puerta, anunció quién era. Él gritó y dijo que necesitaba un segundo. Unos momentos después, él abrió la puerta mientras se ponía una sudadera sobre su torso vendado. Fue evidente que le sorprendió verla y Kimmie estuvo a punto de disculparse por aparecer sin avisar, pero se mordió la lengua al recordar que Natalia le había dicho que las disculpas eran el último recurso de los cobardes sin pantalones. Al menos ese día, Kimmie tenía los pantalones bien puestos.

Entró a la habitación, tenuemente iluminada, y giró la silla del escritorio para poder verlo cara a cara, pues Vronsky se había sentado sobre la cama destendida. Él le ofreció algo de beber y sugirió que hablaran en la cocina, pero Kimmie se negó. Lo que tenía que decir no tomaría mucho tiempo. Él le hizo un gesto para que comenzara y eso hizo ella.

Le contó sobre el tiempo que había pasado en Arizona y sobre sus muchas y agotadoras sesiones de terapia. Le explicó cuánto había aprendido sobre sí misma y que, cuando volvió a

Nueva York después de que se acabaran sus sueños de ser patinadora, no pudo llorar su pérdida como debía. La teoría de su terapeuta era que había padecido una depresión leve desde entonces. Después le contó que, cuando lo besó en Fin de Año, fue la primera vez que sintió algo de felicidad desde que había vuelto a Nueva York.

Procedió a decirle que no tenía mucha experiencia con los chicos y que eso solía avergonzarla, pero ya había dejado de importarle. Tenía solo quince años, era casi una bebé, y ahora entendía que fue una tontería fingir ser más mundana de lo que en realidad era. Le confesó que la había lastimado al no llamarla el día después de que tuvieron sexo por primera vez y admitió que había mentido al decir que se acostó con su entrenador, que entonces ella era virgen y que su primera vez juntos fue su «primera vez» en absoluto.

—¿Lo sabías? —preguntó Kimmie—. ¿Sabías que estaba mintiendo?

Vronsky admitió haberlo sospechado, pero había preferido ignorarlo. Él le preguntó si ella se había sentido presionada a acostarse con él. Ella respondió que, aunque no la presionó de forma física o verbal, sintió cierta presión, pues estaba desesperada por gustarle. Tenía la impresión de que la única opción era rendirse, por decirlo de alguna forma. Aquel día él le pidió que fueran a su casa e insistió en que no había nadie ahí. Era evidente que quería hacer cosas y en aquel momento ella también lo quería.

Pero él iba muy deprisa y a ella la sorprendió la velocidad con la que la desnudó y también se quitó la ropa. Vronsky parecía tan seguro de cada paso que daba, tan confiado de que ella abriría las piernas sin oponer resistencia, que eso la hizo seguirlo y suponer que así funcionaban esas cosas.

No fue un problema de consentimiento, pero a ella le gustaría haber sabido por qué él no le preguntó si estaba bien cuando gritó de dolor, por qué no le preguntó... si era su primera vez. Por el contrario, él parecía horrorizado y la hizo sentir como una idiota. Tal vez, si hubiera sido más considerado, ella habría encontrado la fuerza para confesarle la verdad y quizás habrían decidido que no era buena idea. Pero eso no fue lo que sucedió. El hecho era que lo que pasó aquella noche en ese sillón siempre sería su primera vez. Como dice el dicho: nunca olvidas tu primera vez, aunque quieras hacerlo.

Volvió a exigirle que le explicara por qué no la llamó al día siguiente y, entre balbuceos, él respondió que creía haberlo hecho. Pero Kimmie le mostró las capturas de pantalla de su teléfono, demostrando que no solo no la llamo, sino que ni siquiera se tomó la molestia de escribir. Le preguntó cómo se sentiría si alguien que en verdad le gustara se acostara con él y nunca volviera a llamarlo. Le contó que lo esperó en la pista de hielo y él nunca apareció. Le recordó que se escribieron el día de la fiesta de Jaylen y que él dijo estar emocionado por verla, algo que era una mentira evidente. Le dijo que compró un atuendo nuevo para la fiesta porque estaba tan loca como para pensar que esa noche le pediría que fuera su novia. Pero él apenas si la miró en la pista de baile, porque estaba ocupado buscando a su querida Anna.

Vronsky, con la mirada fija en el piso, comenzó a decir cuánto lo sentía, pero Kimmie le aseguró que no estaba buscando una disculpa. Ella aceptaba la parte de responsabilidad que le correspondía. No debió haber ido a su casa. Debió haber sido más explícita al hacerle saber que no estaba lista. Había elegido decirle la verdad sobre cuánto daño le había hecho y que su

comportamiento demostraba que él no era la buena persona que fingía ser. Pero, de una forma retorcida y complicada, estaba casi complacida con lo que había sucedido, pues la joven mujer que estaba frente a él era mucho más fuerte y mucho menos inocente que la niña insegura que desfloró en el sillón de cuero italiano de su mamá.

Le dijo que no tenía que preocuparse, no le contaría a nadie sobre la visita. Lo estaba haciendo por ella misma y él ya no le importaba en absoluto. No le importaba no volver a verlo, aunque, ya que era probable que sí lo hiciera, sería amable y esperaba que él tuviera la decencia suficiente como para serlo también. Le explicó que esa visita era su forma de seguir adelante, de despedirse del pasado, de quitarle la máscara de abuelita al lobo feroz y revelar quién era en realidad.

Esperaba que, a partir de ese momento, gracias a ella, tratara a las mujeres con más respeto, pues las chicas bonitas, aun si para él eran juguetes, también tenían sentimientos. Le preguntó si quería añadir algo, ahora que ella había terminado, pero lo único que él dijo fue cuánto sentía haberla lastimado. Admitió que era culpable de haber sido egoísta y que ahora era un hombre nuevo, pero no dio más explicaciones al respecto.

—Un hombre de verdad no habría tratado el sexo como un deporte. Un hombre de verdad no va por la vida robándoles la novia a otras personas.

Mientras Vronsky se ponía de pie para acompañarla a la puerta, sus fosas nasales se ensancharon, pero Kimmie lo detuvo. Ella era más que capaz de encontrar la salida sin su ayuda. Mientras bajaba en el elevador, no estaba del todo segura de sentirse mejor, pero sí se sentía orgullosa de haber hecho lo que le dictaba su nueva regla: no aceptar estupideces de nadie, mucho menos de un hombre.

xiv

Vronsky se quedó sentado en la cama en silencio, devastado por la bomba de Kimmie que acababa de estallarle en la cara. No sabía qué hacer consigo mismo, así que se recostó en la cama y miró al techo, intentando procesar todo lo que había oído, no solo en boca de Kimmie, sino también de Anna, quien había llegado veinte minutos antes que Kimmie para contarle lo ocurrido con Alexander.

Entonces, Anna salió del clóset de Vronsky y, mientras lo hacía, Alexia recordó cuando se escondió en el clóset de su hermano, momento que consideraba su despertar sexual. Pero ahora se le ocurrió que, el hecho de ver a su hermano teniendo sexo fue lo que comenzó su propia odisea sexual, y no fue tan genial como alguna vez pensó que era. Quizá fue ahí donde aprendió a tratar a las mujeres como lo hacía.

La expresión de Anna era difícil de interpretar, pero su sorpresa y su decepción eran evidentes. No tenía idea de que Vronsky se hubiera acostado con Kimmie y oírla hablar sobre su dolor le rompió el corazón e hizo que le doliera el estómago. Mientras escuchaba, sentada en el clóset, se preguntó si Alexander tendría razón y ella no conocía a Vronsky tan bien como creía. ¿Cómo pudo haber tratado así a una chica tan linda como Kimmie? ¿Qué clase de persona toma la virginidad de alguien y ni siquiera se toma la molestia de llamarla al día siguiente? Sí, sabía que no estaba en posición de juzgar después de lo que le hizo a Alexander, pero ella estaba consciente

de que su comportamiento no era el correcto y sentía remordimiento por sus acciones. Ese no parecía ser el caso con Vronsky.

Anna le dijo a Vronsky que iba a hacer lo que Alexander le pidió. Necesitaba tiempo para pensar las cosas y la intimidad entre ellos le había nublado el poco juicio que le quedaba. Estaba particularmente molesta porque, antes de la irrupción de Kimmie y a pesar de haberle dicho a Alexander que no se acostaría con Vronsky, estuvo a punto de hacerlo otra vez.

—Te dije que le hice una promesa a Alexander y quiero cumplirla —susurró en un tono de voz tan bajo que Vronsky tuvo que acercarse para oírla—. Solo teníamos que esperar dos semanas y de todos modos intentaste acostarte conmigo. ¿Qué no valgo la pena como para esperar?

Vronsky se deslizó de la cama y se arrodilló. Le rogó que no lo dejara así. Le dijo que lo sentía, que tenía que perdonarlo. Apenas si podía resistirse a ella, como ella apenas podía resistirse a él. La amaba, siempre la amaría, hasta el fin de los tiempos. Admitió haber tratado como basura a todas las chicas que vinieron antes que ella, pero ahora entendía lo equivocado que había estado. Para él, ella era lo más valioso en el mundo. Le suplicó que le diera una segunda oportunidad.

—Me conoces, Anna —dijo con un tono patético sin siquiera limpiarse las lágrimas que caían por su hermoso rostro—. Sabes que me conoces. Así como yo te conozco a ti.

—Ya no sé nada, Alexia —replicó Anna. Sin pensarlo, estiró la mano para acariciarle el rostro, pero se detuvo—. En realidad, eso no es cierto. Hay algo que sí sé: Kimmie tiene derecho a estar decepcionada y ahora sé cómo se siente. Me voy. Por favor, no me busques.

Se fue a casa a pie, confundida. Estaba fuera de sí y no sabía qué hacer al respecto. ¿Cómo era posible que la vida se hubiera vuelto tan complicada? ¿Y cómo ocurrió tan deprisa? Los últimos días habían sido una pesadilla, pero hacía meses que todo era una locura.

Oyó una tonadita conocida y, al alzar la mirada, vio un camión de Mister Softee estacionado más adelante. Con una sonrisa que debía ser la primera en varios días, aceleró el paso y fue a comprar un cono cubierto de jarabe de cereza. Cuando eran niños, Steven y ella estaban obsesionados con Mister Softee e incluso hicieron una presentación para su padre de un plan de negocios titulada «¡Por qué necesitamos un camión de helados y cómo comprarlo!».

Se sentó en una banca, tomó una fotografía de su cono a medio comer y se la envió a Steven con el mensaje:

ANNA

¡Quisiera que fuéramos
niños otra vez!
¡Las cosas eran mucho
más fáciles!

Vio que aparecían las burbujas y luego el mensaje de su hermano.

STEVEN

Dónde estás?

Ella respondió que estaba vagando sin rumbo por el parque.

STEVEN

Ven a casa

Cuando Anna entró al departamento, Steven estaba esperándola. Sin siquiera saludar, se dirigió a su hermano, se colgó de sus hombros y se echó a llorar. Él la abrazó y le dijo que todo estaría bien.

—Todo es un desastre —dijo Anna, secándose las lágrimas—. Ya no sé quién soy.

—Bienvenida a mi mundo —respondió su hermano—. Deberíamos ir a ver una película de Marvel.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—No sé, siempre hay alguna en algún cine.

Entonces la madre de Anna llegó a casa y le dijo a Steven que necesitaba hablar a solas con Anna, quien negó con la cabeza y afirmó que su hermano podía oír cualquier cosa que su mamá tuviera que decirle.

Su madre aceptó a regañadientes y comenzó a hablar; les dijo que había recibido una llamada de la escuela de Anna en la que le informaron que había estado faltando a clases y que sus calificaciones, normalmente impecables, se habían ido al suelo en las últimas semanas. Sin darle a su hija la oportunidad de responder, continuó: también había oído los rumores sobre Anna, Vronsky y Alexander. Le exigió saber qué estaba ocurriendo. Anna explicó la situación, omitiendo el sexo, y admitió estar rebasada y no saber qué hacer.

—Pues yo sí sé qué tienes que hacer —respondió su mamá con brusquedad—. Vas a dejar de perder el tiempo con el tal Vronsky y rogarle a Alexander que te perdone. De verdad, Anna, no sé bien qué fue lo que pasó y no quiero saberlo, pero estoy muy decepcionada. Alexander ha sido tan bueno contigo, se merece mucho más de lo que le has dado. Solo espero que tu padre no se entere. Lo mataría saber que su adorada hija no es quien él cree.

En shock, Anna parpadeó para contener las lágrimas. Su madre no acostumbraba a atacarla así. Decirle lo decepcionado que estaría su papá era un golpe directo y sin miramientos. Anna dejó caer la cabeza y vio dos lágrimas caer al mismo tiempo y manchar sus jeans de diseñador. Quería decir algo, pero no sabía qué.

No debió haberse preocupado por ello, porque su hermano mayor tenía bastantes municiones para contratacar.

—¿Es un puto chiste? —exclamó Steven con voz temblorosa por la rabia—. ¡Anna vale diez millones de Alexanders! ¿Rogarle a ese pedante de mierda que la perdone? Sobre mi cadáver. Lo que Anna haya hecho es asunto suyo y de nadie más.

A su madre nunca le había gustado que le rezongaran, pero aquello era otra cosa.

—Yo soy la madre aquí y le hablo a mi hija como quiera. ¿Sabes lo que es entrar al salón de belleza y encontrarte con que la gente está hablando de tu hija? ¿Que le fue infiel al hijo favorito de Greenwich mientras él estaba postrado con una pierna fracturada? Anna no es una adolescente cualquiera que pueda comportarse como una puta, como si sus acciones no

importaran. Es la hija de esta familia y tiene que entender que sus acciones nos afectan a todos, así como las tuyas nos afectaron cuando te expulsaron de todas las escuelas de la ciudad.

—¿Crees que soy una puta? —preguntó Anna, sin poder esconder el dolor en su voz—. Mamá, iba a terminar con Alexander, pero no pude porque ¿quién deja a alguien que está convaleciente? No...no... no estoy con Vronsky solo por diversión. ¡Nos amamos!

—¡Ay, Anna, por favor! Sé todo sobre ese niño. Ha estado enamorado de la mitad de las mujeres de Manhattan, así como su madre «ama» a cualquier viejo rico sobre el que pueda poner sus uñas postizas. Claro que te dice que eres especial, eso es lo que te va a decir cualquier hombre que quiera bajarte los pantalones.

Anna se llevó las rodillas al pecho y hundió la cara entre las piernas. «¿Qué está pasando? ¿Cómo puede hablarme así? ¿No se supone que las mamás deben proteger a sus hijas?».

—Dime, mamá —comenzó a decir Steven. La voz le había dejado de temblar; ahora sonaba firme, tranquila y mesurada—. ¿Eso es lo que el hombre del dragón tatuado te dice para bajarte los pantalones? —Anna levantó la cabeza y miró a su hermano. No tenía idea de qué estaba hablando—. Así es, mamá —continuó Steven—. Sé cómo pasaste San Valentín. Papá te compra un collar de diamantes de cuarenta mil dólares y tú prefieres ponerte algo mucho más barato y no en el cuello... ¿Así es como tú le demuestras tu respeto a papá?

Su madre se puso de pie, pálida por la sorpresa. Alisó las arrugas de su falda negra entubada y, sin decir una palabra, tomó su bolso Birkin de piel de cocodrilo de la mesa del vestíbulo y salió por la puerta.

Anna miró a su hermano, perpleja.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

Steven se sentó en el sofá junto a su hermana y movió la cabeza de un lado a otro. Abrió la boca, pero antes de que pudiera hablar, su teléfono comenzó a vibrar.

Lo sacó de su bolsillo y contestó.

—Dios mío —masculló—. ¿Cuándo?

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —Anna tomó a Steven del brazo—. Dime.

Aunque estaba furiosa con Vronsky en ese momento, la idea de que algo horrible pudiera ocurrirle la aterraba.

—Te llamo en un segundo. —Steven colgó y volvió a sentarse en el sofá.

—¡Me estás asustando, Steven! —aulló Anna—. ¿Qué fue lo que pasó?

—El hermano de Dustin, Nicholas... —murmuró Steven con la mirada perdida—. Sobredosis de heroína. Está muerto.

XV

Dustin no tenía un traje negro para el funeral de su hermano, así que Anna y Steven lo llevaron a Goodman's y le compraron uno. Se miró en el espejo triple, con el traje negro de Theory y la camisa gris que Steven había escogido. Por encima de su hombro, en el reflejo, vio a Anna y a Steven que, desde la puerta, le mostraban dos opciones distintas de corbatas oscuras. Al ver a los dos hermanos juntos, su nueva y fría realidad se consolidó y él comenzó a sollozar.

El funeral se llevó a cabo dos días después en el mismo templo donde Dustin y Nicholas tuvieron sus bar mitzvá. El lugar estaba repleto. Dustin no era muy aficionado a hablar en público, pero la mañana de la ceremonia les dijo a sus padres que quería decir unas palabras. Su padre le aseguró que no estaba obligado a hacerlo, pero él insistió.

Mirando al mar de dolientes vestidos de negro, Dustin se tomó un momento antes de empezar a hablar. No era por su dolor, aunque estaba lleno de él, sino porque vio a Kimmie entre el público, sentada junto a Lolly, que a su vez estaba junto a Steven y Anna. Y, a pesar de que Kimmie se veía pálida y triste y tenía un alocado cabello morado, a pesar de que su hermano había muerto de una sobredosis tres días antes, su corazón se alegró al ver a Kimmie.

—Nicholas era mi hermano y me llevaba solo tres años. Todas las personas que nos conocían comentaban lo diferentes que éramos, no solo porque yo soy negro y adoptado, sino por nuestras personalidades. Pero hoy voy a hablarles de que también éramos muy parecidos. Fue mi hermano quien me inculcó el amor por el cine y siempre se lo agradeceré. Vi mi primera película clasificación C con él, a los nueve años. Estaban pasando *Old School* en HBO y mis papás habían ido a una boda, así que estaríamos solos por el resto del día. No entendí gran parte de la película, pero reímos como locos en la parte en la que Luke Wilson se embriaga en la boda de su amigo después de descubrir que su esposa lo engaña y da un divertidísimo discurso sobre por qué el amor apesta, pero Vince Vaughn, su otro amigo, lo detiene. Nada de eso es importante; lo que sí es importante es que mi hermano y yo pasamos el resto de la tarde inventando discursos tontos que diríamos en nuestras bodas cuando fuéramos mayores.

»Nicholas me dijo que él haría público que yo solía dormir con un tenedor debajo de mi almohada porque tenía más miedo de cortarme que de los monstruos que creía que estaban debajo de mi cama. Y yo le dije que le contaría a todo el mundo de su pijama de Tigger de cuerpo completo que rompió con sus asquerosas uñas de los pies como si fuera Hulk.

»Conforme crecimos, se convirtió en algo con lo que nos amenazábamos mutuamente. Decíamos cosas como: “Con cuidado, o lo contaré en tu boda”. Sé que es absurdo que siendo tan pequeños pensáramos en nuestras bodas, pero es algo que hacíamos y quise contárselos para que sepan que mi hermano era más que un drogadicto que tuvo una sobredosis en Arizona.

»Tenía todo un discurso preparado, lo escribí la noche en que supe que había muerto. Era bastante épico, me permito decirles, pero decidí no compartirles ese discurso hoy. Estaba lleno de furia, pues estoy encolerizado con mi hermano por dejar que su adicción lo venciera. También estaba lleno de autocompasión, porque estoy mucho más triste que enojado porque mi hermano se fue. Y era demasiado pontificador sobre los peligros de las drogas. Si quieren saber más sobre la crisis de los opiáceos, lean *The New York Times*. Pero no venimos a los funerales para hablar de la tragedia de una vida, sino que venimos a los funerales para hablar sobre la belleza de esa vida.

»La otra razón por la que no voy a decir lo que tenía planeado es porque esta mañana recibí una carta que Nicholas me escribió antes de morir y se las voy a compartir...

Sacó una hoja de papel del bolsillo interior de su saco, la desdobló y comenzó a leer:

Querido hermanito, AKA Baboso:

Te escribo esta carta a la antigüita en el más elegante papel membretado del Holiday Inn con una pluma que me robé de la recepción. Sé que hoy en día ya nadie escribe cartas, gracias al correo electrónico y los mensajes de texto, pero sabes que odio toda esa mierda tecnológica, así que lo voy a hacer retro y te la enviaré por correo, aunque ni siquiera sé dónde comprar un timbre ni cuánto cuestan.

¿Por qué tengo papel membretado del Holiday Inn? Buena pregunta, sabelotodo. Siempre fuiste el genio de la familia. Pues porque estoy usando lo último que me queda del dinero que te robé (perdón por eso, bro, sabes que te pago) para celebrar mi primer mes con mi novia, Natalia. Sí, la que conocí en rehabilitación. Está en la regadera y espero que la pueda disfrutar un buen rato porque la presión del agua de nuestra casa es una bazofia.

Tengo algo muy importante que decirte. ¿Recuerdas el desayuno con hot cakes en el Bronx cuando fuiste a verme? Pues te conté sobre Natalia, aunque no sabía si iba a llamarme, así que intentaba no tomarlo tan en serio. Y tú me contaste sobre la chica que te rompió el corazón. Estabas enojado y herido y me dijiste que el amor no era la gran cosa y que era una pérdida de tiempo. Te di la razón y luego quise hacerte sentir mejor y te dije que una chica que no vea lo increíble que eres obviamente es tonta y estás mejor sin ella.

Pues escribo para decirte que estaba muy equivocado. El amor sí es la gran cosa y no es una pérdida de tiempo. Creo que todo el mundo dice eso cuando no está enamorado, no ha estado enamorado o lo estuvo y no le fue bien. ¿Por qué? Porque una vida sin amor, en mi humilde opinión, no es vida. Yo fui un hijo de mierda y papá y mamá se merecían algo mucho mejor que yo y gracias a Dios —literal, le agradezco a Dios— que llegaste con ellos, porque tú eres el hijo que cualquier papá desearía tener. Eres el hijo en las películas que es más sabio que sus papás y que todos los idiotas de sus amigos. ¡Deberíamos escribir una película juntos, bro! Tengo tantas ideas...

En fin, sé que he sido un desmadre y quería que supieras que tu dinero para la universidad no se fue a la basura por completo... Sí, papá me dijo lo que hiciste por mí, gastar tus ahorros para la universidad en pagarle la rehabilitación al imbécil de tu hermano. Significa mucho que creas en mí y te quiero mucho por tu optimismo. Lo que me lleva al siguiente punto: me voy a poner hasta la madre hoy, ya la compré. Perdón, hermano, pero necesito un último reventón antes de enderezar mi vida por completo. Verás, no podía recordar la última vez... la última vez que me drogué y me pareció raro, así que quise convertirlo en toda una ocasión. Sé que parece que lo estoy racionalizando y tal vez eso es lo que estoy haciendo. Recuerda lo que dicen: nunca confíes en un adicto. Pero este es mi macho y en él me voy a montar.

Este es el plan: voy a fiestear con mi chica en el hotel como todo un campeón, pero antes de eso le voy a decir, como te estoy diciendo a ti, que será mi última vez porque quiero casarme con ella y quiero pasar el resto de mi patética vida de lavaplatos con ella. Te caería increíble, hermano. Es sexy, graciosa y, lo mejor de todo, no me deja salirme con la mía y sabes que eso es algo que necesito. La amo. Me ha hecho creer que hay algo mejor para mí que las drogas. No puedo esperar a que la conozcas. Tenemos grandes planes, incluyendo comprar una carcacha y atravesar el país para ver a un chico... a ti. Mi hermano menor. Porque te quiero y porque, si he aprendido algo sobre la vida de las películas es que, cuando sientes algo enorme y sabes que es enorme, lo tienes que compartir con el mundo.

Tu hermano que te quiere siempre,
Nicholas

P. D.: Ah, sí. Ahora sí vas a tener que planear tu brindis de padrino. Estoy bastante seguro de que seré el primero de nosotros que lo necesite. ¡Escribe el mejor discurso del mundo!

P. P. D.: ¿Recuerdas que te dije que no me gustaba Kendrick Lamar? A Natalia le gusta, así que le estoy dando otra oportunidad. Si eso no prueba mi amor, pues no sé qué podría hacerlo.

Dustin dobló la carta y volvió a guardarla en su bolsillo. Cuando miró al público vio que había

gente llorando, pero también había gente sonriendo.

—Pues eso es lo que Nicholas tenía que decir y creo que lo resume todo bastante bien. Nicholas, fue un honor ser tu hermano y te voy a extrañar todos los días. Okey, rabina Kennison, podemos continuar...

xvi

Fiel a su palabra, Anna tenía más de una semana sin escribirle a Vronsky. Fue menos difícil de lo que pudo haber sido porque, después del funeral de Nicholas, la familia de Dustin hizo shivah durante siete días, entre los departamentos de su padre y de su madre. Anna y Steven fueron el primer día y terminaron yendo los siete. Era evidente que su amigo necesitaba su apoyo y, a decir verdad, ellos dos también necesitaban tiempo para reflexionar sobre sus propias vidas desastrosas. Por fortuna, no había espejos que les mostraran su miseria de vuelta; la costumbre judía era que los espejos estuvieran cubiertos durante la shivah. El espejo simbolizaba la aceptación de la importancia social de las apariencias y, en un periodo de duelo, esos conceptos superficiales eran mal vistos, así que se escondían todos los espejos para impedir que las personas se distrajeran con su propia importancia cuando deberían dedicar su tiempo a pensar en el ser querido que perdieron.

Dustin pasaba la mayor parte del tiempo en silencio, pero cada tanto expresaba lo que sentía, alternando entre un profundo dolor por no volver a ver a su hermano y furia.

—No tiene sentido —dijo Dustin—. Encuentras a alguien a quien amas y con quien quieres pasar el resto de tu vida y esa persona también te ama... ¿Por qué volver a usar la droga más adictiva del mundo? ¿No le pasó por la cabeza que su último reventón podía ser él último de su vida? Qué imbécil.

—No sabía —dijo Steven con suavidad—. Tal vez calculó mal la cantidad porque llevaba un tiempo limpio. Cometió un error. La gente comete errores.

—Y ahora está muerto —dijo Dustin—. Vaya error.

—¿Han sabido algo de ella? —preguntó Anna—. De la novia de Nicholas.

—No —respondió Dustin—. Conseguimos su número en el teléfono de Nicholas, pero la línea está fuera de servicio.

—¿Por qué no vino al funeral, si lo amaba? —preguntó Steven—. ¿Culpa?

—No es su culpa —dijo Anna de inmediato—. Fue un accidente. Tal vez solo tiene miedo de que la culpen.

—Mi madre la culpa —dijo Dustin—. También culpa a mi papá por no haberlo traído de regreso. También está enojada porque no le dijimos lo del dinero de la universidad para pagar la rehabilitación, ni lo del auto robado ni nada. En pocas palabras, odia a todo el mundo. Es posible que pase un buen rato en la etapa de ira de Kübler-Ross.

—Dustin, tu mamá lo entenderá —dijo Anna—. O sea, sé que tú también perdiste a tu hermano, pero se supone que no hay nada peor que perder a un hijo. Bueno, ¿yo qué sé? No sé nada de nada. —Anna bajó la mirada.

Steven le puso una mano en la espalda a su hermana e intentó reconfortarla.

—Todo es una mierda —dijo.

Steven y su madre no habían cruzado más de dos palabras en días y él ya no sabía qué hacer al respecto. Por suerte, su padre estaba en un largo viaje de negocios y no se encontraba ahí para ver que su esposa no volteaba a ver a ninguno de sus hijos. Para Steven, lo único bueno de la muerte del hermano de Dustin era que le permitía preocuparse por los problemas de alguien más, problemas mucho más grandes que los suyos.

Dos días después del funeral de Nicholas, Steven apareció en la puerta de la habitación de Anna. Le dijo que iba a recoger a Lolly para ir al departamento del papá de Dustin para el segundo día de shivah y que debería acompañarlos. Mientras estaban afuera de la casa de la mamá de Lolly, Anna se preguntó si Kimmie también iría con ellos, pero Lolly salió sola. Tenía puesto un sencillo vestido Prada negro y traía dos bultos de papel aluminio en las manos.

—Hola, chicos —los saludó al subir al asiento trasero—. Le horneé dos panes de plátano a la familia de Dustin. Uno normal y uno sin gluten.

—Qué linda, Lolls —dijo Anna—. ¿Kimmie no quiso venir?

—Dijo que irá cuando esté lista —respondió ella.

Lolly le intentó explicar a su hermana que ser una buena amiga para Dustin cuando más lo necesitaba era mucho más importante que las tonterías que habían ocurrido entre Vronsky, Anna y ella. Pero Kimmie dijo que no se trataba de eso.

Lolly se alegraba de que su hermana hubiera dejado de llorar todo el tiempo y que hubiera comenzado a verse mucho más saludable. Aunque al mismo tiempo le preocupaba que Kimmie parecía haber ido al extremo opuesto. Su mamá le había advertido que no debía juzgarla y que tenía que ofrecerle apoyo incondicional hasta que Kimmie comenzara a asentarse en la normalidad. Según su terapeuta, estaba lidiando con algunos problemas emocionales bastante complicados y su nuevo look y actitud eran parte de ese proceso.

Anna asintió, pero no dijo nada. No había dejado de pensar en el panegírico de Dustin. Le había volado la cabeza la carta de su hermano, en la que decía que el amor daba sentido a la vida y que al fin lo comprendió gracias a una chica a la que conoció en rehabilitación. Era trágico que Nicholas hubiera encontrado la pieza faltante en su vida y hubiera muerto justo después. Anna no podía evitar pensar en cómo habrían sido las cosas si Vronsky hubiera muerto en la carrera de obstáculos y fuera ella quien estuviera en duelo. «Encontré al amor de mi vida y decidí no estar con él. ¿Por qué? ¿Qué es lo que quiero probar? ¿A quién quiero probárselo? Sigo amándolo. ¿Él me seguirá amando?».

—¿Has hablado con tu mamá? —preguntó Lolly.

Steven le había confesado lo que ocurrió en San Valentín, además de la razón por la que había decidido ocultárselo. A Lolly no le encantó que no le dijera la verdad, pero entendía el porqué. Sintió alivio al saber que fue el amorío de su madre y no ella lo que lo había hecho comportarse tan raro durante un mes y medio. De una forma extraña, Lolly sentía que todo lo que ocurría con la mamá de Steven le beneficiaba, aunque jamás se lo diría a Steven. Tuvieron una larga conversación sobre lo que sentía acerca de aquella infidelidad y por qué le parecía peor que lo hiciera su madre a que lo hiciera su padre. Lolly señaló que era un hipócrita, cosa que Steven admitió y dijo que estaba esforzándose por entender la raíz de su pensamiento sexista. También

confesó que estaría devastado si se enterara de que Lolly había estado con alguien más a sus espaldas y le pidió —le rogó— que le dijera si era infeliz en su relación o con él antes de sentirse tentada a estar con alguien más. Ella no le dijo que jamás había sentido ni un asomo de deseo por nadie más desde que estaba con Steven, pero ese era el caso.

Lo que le resultó mucho más impactante que la infidelidad de la mamá de Steven fue que Anna hubiera engañado a Alexander con Vronsky. Fue esa revelación la que sacudió el mundo de Lolly. Cuando vio a Anna, desquiciada por el dolor, corriendo hacia el campo como una lunática después del accidente, con el rostro lleno de miedo ante la posibilidad de que Vronsky estuviera herido, parecía poseída. Fue como uno de esos mitos urbanos de madres llenas de adrenalina que levantan autos de dos toneladas para salvar a sus hijos. Lolly nunca había visto a Anna perder la compostura y le pareció locamente romántico. Lo que Anna hizo —serle infiel a Alexander— no estuvo bien, pero Lolly entendía su decisión de esperar a que Alexander estuviera mejor y volviera a la universidad antes de terminar con él. Sabía que, de haber estado en una posición similar, habría hecho lo mismo. ¿Lo habría hecho de verdad?

Lolly descubrió que para ella un día de shivah era suficiente. Ver durante cuatro horas a la mamá de Dustin a punto de derrumbarse fue demasiado y no podría haberlo soportado durante días, como estaban haciendo Steven y Anna. Lolly se daba cuenta de que ellos habían estado en negación sobre sus propias y complicadas vidas y le parecía muy triste que necesitaran de la muerte de alguien para poder hacer algo de introspección.

xvii

Cuando Vronsky salió de la escuela, se sorprendió al encontrar a Leonard, el chofer de su madre desde hacía varios años, sentado sobre su Ducati, que estaba estacionada en la parte trasera de la escuela.

—Linda moto —comentó Leonard mientras Vronsky se acercaba a saludarlo—. ¿Qué tan rápido va?

Leonard era el chofer de su madre desde antes de que Vronsky naciera y era como de la familia. Sin embargo, Vronsky cuidaba siempre sus palabras frente a él, porque sabía que su lealtad estaba con la persona que firmaba sus cheques (y que había pagado la educación de sus hijos).

—Según he oído, más de doscientos veinte —respondió Vronsky con una sonrisa—. Yo, en lo personal, nunca he rebasado el límite de velocidad.

Leonard rio con fuerza y pasó una pierna sobre el asiento de la motocicleta. Luego le dijo a Vronsky que su madre quería verlo y que iría al hotel Pierre para tomar el té. Con toda amabilidad, Vronsky le dijo que tenía otros planes y le pidió que le transmitiera sus disculpas.

—Lo siento, señor Vronsky —respondió Leonard—. No era pregunta.

—Está bien —dijo Vronsky en tono casual, con cuidado de no mostrar su frustración—. Voy para allá.

Dio un paso hacia la motocicleta, pero Leonard no se movió de donde estaba.

—Se supone que tienes que venir en el auto conmigo. Si tienes otro casco, yo puedo ir contigo —dijo Leonard—. No te resistas. Ya sabes cómo se pone.

Bajó de la motocicleta con cuidado. Vronsky estaba furioso y se sintió tentado a montarse en la motocicleta y salir disparado del estacionamiento, al diablo con Leonard y su madre. Pero había visto lo mucho que la vida de su hermano se complicaba cuando no la obedecía. Tras un semestre en la universidad, Kiril le dijo a su madre que iba a dejar la escuela, pues sentía que era una pérdida de tiempo. Al despertar al día siguiente descubrió que sus tarjetas de crédito estaban bloqueadas y su cuenta bancaria en ceros. Resistió dos días antes de llamar a su madre para preguntarle si debía tomar Microeconomía o Macroeconomía el siguiente semestre. Ella respondió que Macroeconomía y Kiril obtuvo diez en la materia a manera de disculpa.

En el asiento trasero del Mercedes Maybach plateado de su madre, Vronsky se mantuvo callado. Por lo general, no le habría echado en cara los abusos de su madre a Leonard, pero no estaba de humor para formalidades. Hacía semanas que esperaba a que su madre dejara caer la bomba y le sorprendía que le hubiera tomado tanto tiempo convocarlo. Desde que se obsesionó con Anna, sabía que había ignorado todas las demás áreas de su vida. En el último mes había cancelado a su madre al menos una docena de veces y cada vez que lo hacía esperaba una llamada, pero esta nunca llegó. Suponía que su madre estaba envuelta en sus propios dramas personales y consideró que tenía suerte de que estuviera preocupada con otros asuntos.

Había pasado más de una semana desde la última vez que supo de Anna y estaba al borde de la locura. Todos los días, después de clases, conducía durante cuarenta minutos hasta los establos Staugas con la esperanza de verla, pero Anna no hizo acto de presencia en toda la semana. Así que Vronsky pasaba el tiempo con Murf. Al principio, bebían cerveza y Vronsky sufría. Pero, tras dos días de quejas y lloriqueos, Murf puso a su amigo a trabajar. Acababan de construir un nuevo cobertizo de almacenamiento y Vronsky lo ayudó a organizarlo. Aún tenía la espalda lastimada por la caída en la carrera de obstáculos, pero los golpes ya eran verdes y amarillos, en vez de morados y rojos como antes. Murf le enseñó a usar un taladro eléctrico y, con mucha paciencia, le mostró cómo armar los primeros dos estantes industriales de acero de tres por tres metros que irían en las paredes de la nueva edificación. A Vronsky el trabajo monótono le parecía relajante, aunque no lograba sacar de su mente sus insistentes y dolorosos recuerdos de Anna. El trabajo le daba algo que hacer y era una buena forma de volver a estar en buenos términos con el señor Staugas después del desastre de la carrera de obstáculos.

Lo que sucedió no fue su culpa, sino del caballo que iba en segundo lugar, cuya pezuña delantera tocó el obstáculo de madera, haciendo que saliera volando. Frufrú no calculó bien el salto a causa de la tabla voladora y tropezó con la valla, derribándola por completo. La caída de Frufrú provocó una colisión con los dos caballos que iban detrás. Por fortuna, Vronsky había salido despedido del lomo de Frufrú antes de que la yegua le cayera encima y le destrozara todos los huesos del cuerpo. De no haber tenido tanta suerte, habría terminado como Frufrú, retorciéndose en el suelo con la espalda rota, aullando y relinchando, con sus fosas nasales enardecidas y los ojos negros y desorbitados. La imagen de la majestuosa bestia revolviéndose del dolor hizo que Vronsky se estremeciera. No podía quitarse de la cabeza la imagen de los últimos minutos de vida de la yegua y sospechaba que la escena lo atormentaría por siempre. Se sentía tan impotente que se negó a que los paramédicos lo revisaran hasta que no supiera cuál sería el futuro de su montura. Cuando unos segundos después el doctor Khurana, el veterinario que

asistió a la carrera, llegó al lugar del accidente, le echó un vistazo al animal en el suelo y negó con la cabeza. No se necesitaba ser un veterinario certificado para saber que Frufrú nunca volvería a ponerse de pie.

Vronsky quiso reconfortar a la criatura, pero no pudo acercarse hasta que el doctor la inyectó con un dardo tranquilizante. Los chillidos de Frufrú se detuvieron casi de inmediato, pero su respiración seguía siendo pesada y difícil y los ojos se le apagaron por el poderoso sedante. Al final, Vronsky logró acercarse a la gigantesca bestia y le acarició el hocico mientras el doctor le administraba la inyección que terminaría su vida. No se dio cuenta de que estaba sollozando hasta que Beatrice y Murf lo alejaron del cuerpo del animal muerto y lo obligaron a ir con los paramédicos. Quisieron darle una inyección para el dolor de las costillas que, sin duda, estaban rotas, pero él no lo permitió. Aceptó el dolor como castigo, pues estaba lleno del amargo sabor del arrepentimiento. En verdad había creído que ganaría la carrera y su plan era darle a Anna la copa plateada que vendría con su victoria. Murf lo buscó justo antes de la carrera y le dijo que ella creía que era demasiado peligroso. Si acaso, eso lo hizo querer hacerlo aún más. Lo impulsaba una necesidad de que ella lo siguiera mirando con la misma estima infinita con la que lo había estado haciendo. No solo estaba enamorado de ella, sino que estaba enamorado del respeto y la admiración que le hacía sentir. Le hacía creer que podía hacer cualquier cosa y, como nunca había tenido problemas en el área de la autoestima, ahora se sentía invencible. Cuando oyó el agudo crujido de la pezuña al chocar con la madera del obstáculo, reaccionó de inmediato y jaló las riendas a la izquierda. No dejaba de preguntarse por qué no dejó que fuera la experiencia de Frufrú la que los guiara y no su miedo. De haberlo hecho, ¿seguiría la yegua con vida?

Lo primero en lo que pensó cuando cayó al suelo fue en Anna, si lo estaría viendo —sabía que sí— y si lo seguiría amando después de ver las tristes consecuencias de su necedad. No fue sino hasta después de que las radiografías mostraron que no había hemorragias internas y el doctor le vendara las costillas que Murf y Beatrice le contaron lo que había ocurrido con Anna. Todo el mundo la vio salir corriendo hacia el campo en un frenesí, desesperada por saber si él estaba bien. Cuando lo escuchó, Vronsky sonrió por primera vez desde la caída, pero Beatrice le dijo entonces que Alexander y Eleanor habían aparecido minutos antes de la carrera y presenciaron todo aquel espectacular desastre.

—Anna prácticamente dejó que le vieran todo —dijo Beatrice—. Nunca había visto al imperturbable Don de Greenwich tan... pues... perturbado.

Esa noche Vronsky le escribió una y otra vez en el chat de *Palabras con amigos*, pero ella nunca respondió.

xviii

A Vronsky le encantaba el té, aunque jamás lo admitiría frente a sus amigos. Adoraba la belleza de los detalles, las bandejas plateadas de tres niveles con los exquisitos *petit-fours* en el nivel superior, los delicados sándwiches sin orillas en el nivel de en medio y la frágil calidez de los *scones* en el nivel más bajo. Amaba los diminutos ramekines con nata y mermeladas de distintos sabores, pero sobre todo amaba el ácido, dulce y agrio sabor de la crema de limón, su favorita. Se

había sentado a tomar el té con su madre en innumerables ocasiones por todo el mundo, pero su té favorito no dejaba de ser el que compartían los fines de semana después de una matiné en Broadway.

Sin embargo, este té con Geneviève de inmediato se convirtió en su menos favorito de todos. En cuanto se sentó frente a ella, su madre frunció el ceño.

—Te ves fatal, Alexia —dijo—. Necesitas un corte de cabello y algo de sol. Tu color es deplorable.

—Un gusto verte también a ti, madre —respondió él, mirando a su alrededor en busca de un rostro conocido que pudiera servirle de refugio.

Su atención volvió a su madre cuando ella azotó la mesa con la fuerza suficiente para que la vajilla de porcelana de Limoges saltara y se sacudiera.

—Te voy a quitar ese sarcasmo de una bofetada si no te comportas —siseó—. Hoy no es un buen día para probar mi paciencia. No me siento muy alegre.

—Ya somos dos —dijo Vronsky—. Así que di lo que tengas que decir.

Aunque el tobillo de Geneviève ya había sanado, había comprado en Sotheby's un bastón con pomo de oro que alguna vez le perteneció a un emperador ruso y aún no se cansaba de su belleza. Lo estaba usando para golpear las patas de la silla de su hijo. El ruido hizo que todos los comensales voltearan con la boca abierta, incluyendo a Vronsky, quien se enderezó en la silla y contuvo la respiración, lo que no le hizo ningún favor a sus dañadas costillas.

—Madre, estás haciendo una escena —susurró—. Por favor.

—Alexia —dijo su madre, alzando la voz para enfatizar lo que iba a decirle—. Eres tú quien debería avergonzarse por las escenas que hace, no yo. —Procedió a decirle a su hijo menor que había tenido bastante paciencia con sus imprudencias con las mujeres, pero ya estaba tan molesta como para intervenir por fin. Como sabía que Beatrice, su sobrina, jamás traicionaría a Alexia y no le explicaría qué ocurría, Geneviève le exigió a Kiril que investigara lo que pudiera sobre el comportamiento de su hermano—. Soy una firme creyente de que los hombres deben extender sus raíces tanto como puedan cuando son jóvenes —continuó—. Pero quedar como un tonto por una jovencita de alcurnia que no es tuya es tan inaceptable como repugnante. Tu persecución a Anna K, como si fueras un cachorro persiguiendo a su juguete, está en boca de todo Greenwich y la fábrica de los rumores ya se ha instalado también en Manhattan.

—La amo —afirmó Vronsky sin rodeos, mirando a los ojos de decepción de su madre—. Y no es mi culpa.

—¿Y de quién es, entonces? —lo interrogó ella—. ¿Es culpa del hijo favorito de Greenwich que, mientras convalecía de un terrible accidente, su otrora leal novia anduviera a escondidas contigo? ¡Te pudiste haber matado en esa carrera! Pero ¡no! ¡Mataste al caballo! —Al oír la referencia a Frufrú, Alexia bajó la mirada, avergonzado. Sabía que su madre había oído de la tragedia de la carrera de obstáculos, pues en ese momento estaba viajando con la madre de Beatrice, su cuñada. Cuando Geneviève no lo contactó, él confió en que estuviera tan aliviada porque él hubiera salido ileso que no lo castigaría—. Voy a comprarle un caballo nuevo a Penélope —le informó su madre—. Con tu dinero, por supuesto.

—Fue un accidente y me disculpé varias veces con mi tía —dijo él, incapaz de mirar a su madre

a los ojos si el tema de conversación no era su adorada Anna—. Me siento muy mal por lo de Frufrú.

—Y haces bien —soltó ella—. Pero no estás aquí para discutir eso. Estás aquí para decirme que ya terminaste de perseguir a Anna y que vas a pasar a otra cosa. ¿Por qué no visitas a Kiril en la escuela? Estoy segura de que una chica universitaria les devolvería algo de color a esas mejillas.

Vronsky movió la cabeza despacio, disgustado por la sugerencia de su madre. La idea de una mujer que no fuera Anna le resultaba absurda y así había sido desde el momento en que la conoció en la estación de trenes. Tomó un sándwich de pepino y crema y se lo metió completo a la boca.

—Olvídalo, madre. No tengo interés alguno en nadie más.

Su madre suspiró y se recargó en la silla, mirando a su hijo menor. Se veía triste y mucho más patético de lo que ella esperaba y eso le dolía. Conocía de sobra el sufrimiento de los romances fallidos, porque había engañado y sido engañada más veces de las que podía contar.

—Entiendo el atractivo, pues conocí a la muchacha —dijo con suavidad.

Geneviève no tenía problemas en seguir molesta con su hijo mayor, pero había algo en el chico, quien claramente era como ella, con su belleza física y su espíritu travieso, que le hacía imposible impartir la disciplina férrea que necesitaba. Había recibido un video de una Anna desquiciada corriendo hacia el campo tras la caída de Vronsky y, aunque no podía ver la cara de la joven, su angustia era evidente en su postura y en sus movimientos.

Geneviève siempre supo que Alexia se convertiría en un rompecorazones, pero jamás se imaginó que sería un donjuán tan prolífico a sus tiernos dieciséis años. Anna K era un gran trofeo para su vitrina y, si bien respetaba el esfuerzo que debió haberle costado conseguirla, su trabajo como madre era asegurarse de que él supiera que esa conquista debía quedar enmarcada en la cabecera de su cama y no en un rincón de su corazón.

Oír a su hijo usar la palabra *amor* para referirse a otra mujer que no fuera ella no le agradaba. Quería ser la única dueña de sus afectos más profundos y no planeaba soltarlo con facilidad. Sabía que debía enviarlo a una escuela lejana pero, al verlo ahora, al otro lado de la mesa, también sabía que él se negaría a ir. Su hermano mayor, Kiril, solo resistió dos días sin dinero, pero sabía que Alexia estaba hecho de un material más duro que su hermano y que tenía el ingenio para sobrevivir mucho más tiempo. Tenía que manejar la situación con delicadeza, usando toda la sabiduría e inteligencia que había acumulado a lo largo de su vida. Un movimiento en falso podía abrir una brecha entre ella y su hijo favorito y no era esa su intención.

—Alexia, querido, esta terrible situación se ha vuelto demasiado pública. Deja de verla un tiempo y si sigues sintiendo lo mismo en un año, seré la primera en darles mi bendición.

—Tengo nueve días sin verla, madre —dijo él, como si nueve días fueran más que nueve años.

—¡Un buen inicio! Solo quedan trescientos cincuenta y seis más...

—¡Me está matando! —continuó Vronsky, ignorando a su madre—. Y yo no lo decidí. Le prometí a Alexander que se tomaría un tiempo para decidir qué es lo que quiere.

—No hay duda de que tú eres el mejor, querido —concedió su madre—. Pero ella es una mujer joven y Alexander W podría asegurar todo su futuro. Sería un maravilloso primer esposo.

Geneviève estaba harta de la tristeza de la ocasión y hablar mucho siempre hacía que su té se

enfriara. Era momento de aligerar un poco la situación.

—¿Acaso yo no podría darle nada? —preguntó Vronsky.

La idea de que su madre pudiera estar del lado de Alexander hacía que quisiera subirse a la mesa y tirar las bandejas de plata y la vajilla de porcelana al piso para darles un jugoso chisme a los comensales que pudieran disfrutar más tarde con sus entrometidos amigos.

—Eres un niño, Alexia —dijo su madre—. ¿Por qué quieres el dolor de cabeza de una novia en este momento? Tienes al mundo entero a tus pies y hay muchas jovencitas que te harán decir «¿Anna quién?».

—¡No, madre! —la interrumpió—. Es ella a quien quiero. Para mí no hay nadie más.

—Está bien. Pero si no te escoge, no vengas a llorarme. Te doy la oportunidad de ir a la escuela que quieras en este momento, en cualquier parte del mundo. La oferta expira en cuanto terminemos el té.

—Gracias, pero no, gracias —respondió, tomando el último sorbo de su taza de oolong.

—Muy bien... —dijo Geneviève.

Vronsky esperó a que su madre terminara su té y, cuando descubrió que ya no habría más discusiones sobre su vida amorosa, se sintió aliviado. Su madre, por el contrario, procedió a contarle de todas las nuevas piezas de alta costura que había comprado en Europa, mientras Alexia escuchaba atento. Fue hasta que estaban afuera, esperando a que Leonard llevara el auto, que Geneviève le dijo a su hijo sobre Claudine, la hija de su amiga parisina, a quien, le informó a su hijo, él acompañaría a Coachella.

—Ya le dije a Beatrice sobre ella y sé que hay espacio en el avión.

—No sé si voy a ir e incluso si voy, no seré la niñera de nadie —dijo Vronsky con una rabia renovada, pues su madre volvía a inmiscuirse en su vida.

—Vas a ir y te vas a asegurar que Claudine la pase de lo lindo —dijo su madre—. Necesitas tomar el sol y la distracción te sentará bien. Confía en mí, sé muy bien cómo es esperar a que un amor decida tu destino. Es un infierno.

xix

Kimie se quedó afuera, en la oscuridad, fumando un cigarro, del otro lado de la calle del edificio de la mamá de Dustin, mientras esperaba a que Steven y Anna salieran. Lolly le había dicho que Steven y Anna iban a pasar la shivah con Dustin y su familia todos los días después de la escuela. Kimie quería acompañarlos, aunque prefería ver a Dustin a solas. Así que esperó. Puso en el suelo, junto a sus pies, la pequeña maceta de terracota con un cactus. Miró la planta espinosa que había escogido. Había planeado comprar flores, pero, cuando estuvo en la florería, ninguna de las flores brillantes y aromáticas le pareció apropiada para la ocasión. Un cactus estaba tal vez en el extremo opuesto, pero había algo en él que la inspiró y en esos días Kimie se guiaba por sus instintos.

Al fin, vio a Steven y a Anna salir. Se ocultó en las sombras, pues no quería que la vieran. Tenía puesta la chamarra que también tenía Natalia, jeans negros, botas y un gorro negro que cubría su nuevo corte de cabello. Pasó cinco horas con la estilista de su mamá después de la escuela y su

cabello había vuelto a su tono rubio normal. Insistió en mantener algo de color, así que se dejó dos mechas rosas, una a cada lado. Cuando terminaron con los tintes y colores, le dijo a Ángela que también quería un corte, algo corto, rebelde y fácil de cuidar. Le mostró a la estilista una fotografía de Molly Ringwald en *La chica de rosa*, pero Ángela insistió en enviarle un mensaje a su mamá antes de tomar una decisión tan drástica. La mamá de Kimmie respondió con un no rotundo al corte de Molly Ringwald y envió una serie de fotografías con cortes preaprobados para que ella eligiera uno. Kimmie señaló a una linda rubia con un corte informal por encima del hombro.

—¿Quién es ella? —preguntó Kimmie—. Me parece conocida, pero no sé cómo se llama.

—Ella es «la novia de América» —dijo Ángela—. Meg Ryan. ¿*Cuando Harry conoció a Sally...*? Ay, qué vieja me siento.

A Kimmie no le gustó el sonido de «la novia de América», pero sí le gustaba lo feliz que se veía esa tal Sally. «Feliz» era la nueva meta de Kimmie, quien había comenzado a entender que, si bien Natalia llevaba con aplomo su actitud de «a la mierda con el mundo», Kimmie solo parecía tener cara de «pisé caca» todo el día.

Cuando recibió el mensaje de Lolly diciéndole que Nicholas había muerto, lo primero que hizo fue llamar a Natalia, pero el número estaba sospechosa y repentinamente fuera de servicio. Revisó entonces sus cuentas de Instagram y Snapchat, pero también habían desaparecido. Era evidente que los Caribe Coolers en su cena de despedida eran una ominosa señal de los problemas que se avecinaban. Se preguntó si Natalia probó la heroína con Nicholas, preocupada porque ella también hubiera sufrido una sobredosis, pero supuso que habría oído algo si ese hubiera sido el caso. Además, Natalia le había dicho que la heroína era la droga que más le aterraba. Su madre le había dicho que, si alguna vez la descubría inyectándose, le rasuraría la cabeza como castigo. Ya que el pasatiempo favorito de Natalia era teñirse el cabello, esa era razón suficiente para que se tomara las amenazas de su madre en serio.

Kimmie apagó su cigarro en la banqueta, abrió un paquete de goma de mascar y se echó varias a la boca al mismo tiempo. Esperó en la esquina al cambio de luz y cruzó la calle, tomándose su tiempo. «¿Qué le voy a decir a la mamá de Dustin? ¿Qué le voy a decir a su papá cuando lo vea? “Hola, señor. Usted no lo sabe, pero estuvimos en el mismo departamento la última vez que usted vio a su hijo con vida. Le oí gritarle. Le oí revelar algo que su otro hijo le pidió que no dijera. Le oí decir que se lavaba las manos de la situación de su hijo y, aun si no lo dijo en serio, lo dijo y nunca tendrá la oportunidad de retractarse”. ¿Qué le voy a decir a Dustin?». Sabía que tenía que contarle que estuvo ahí, en Arizona, con Natalia y su hermano, pero no quería hacerlo. «Nada de esto habría pasado si Vronsky no me hubiera arruinado. Dios mío, ¿por qué estoy pensando en esa basura en este momento?».

Se estaba esforzando por tomar la responsabilidad de sus acciones y decisiones, pero era muy fácil caer en sus viejos hábitos infantiles de culpar a los demás por sus problemas. ¿Por qué era tan difícil ser la persona que quería ser? Se sentía mucho mejor después de haber confrontado a Vronsky aquel día. Su terapeuta estaba orgullosa de ella por decir lo que tenía que decir sin hacer demasiado drama y en verdad no había pensado en Vronsky desde entonces, lo que era un alivio, pues era la prueba de que nunca estuvo enamorada de él, como había creído. El amor verdadero

duraba más de dos meses, ¿cierto?

Respiró profundo.

Cuando sonó el timbre, Dustin estaba solo en la sala. Miró el reloj de la cocina y vio que eran más de las ocho; la shivah había terminado. Sin embargo, al caminar hacia el interfono sintió que la calma se apoderaba de él. Sabía quién estaba en la puerta.

Cuando Kimmie se anunció, Dustin sonrió mientras presionaba el botón. Estaba feliz de que hubiera cumplido su palabra y lo visitara en algún momento de la semana. Él solo le había dicho tres palabras después del funeral: «Gracias por venir». Fue lo mismo que le dijo a todo el mundo ese día. Todo el asunto lo había agotado tanto que no pudo decir nada más, ni siquiera a Kimmie.

Recordaba su cabello morado en el funeral, pero cuando abrió la puerta y ella se quitó el gorro, reveló su rubio habitual, aunque mucho más corto. Debió de quedársele mirando, pues Kimmie anunció de inmediato que recién se lo había teñido ese día y decidió en el momento hacerse el corte.

—Te pareces a Meg Ryan en mi película favorita suya —dijo Dustin—. Ella era...

—¿La novia de América? —dijo Kimmie con una sonrisa, no la que había estado practicando en el elevador, sino una de verdad. Estaba feliz de ver a Dustin y agradecida de que el encuentro no fuera tan incómodo como había temido—. Tengo que admitir que no sé quién es. Mi mamá le envió una foto a la estilista.

—¿No has visto *Cuando Harry conoció a Sally...*? —preguntó Dustin—. Mi mamá nos arrastró a Nicholas y a mí a... —Se detuvo, el rostro se le descompuso, delatando una combinación de sorpresa y tristeza tras la casual mención de su hermano. Era la primera vez desde que Nicholas había muerto que hablaba de él sin darse cuenta de que ya no estaba. Respiró profundo y continuó—: Nos hizo verla el Día de las Madres. Después de eso, Nicholas y yo la veíamos cada vez que la encontrábamos en la televisión, pero nunca admitimos que nos gustaba; decíamos que solo la veíamos por respeto a la mujer que nos dio la vida.

—Vamos a verla —intervino Kimmie—. Digo, si no estás ocupado o algo.

—¿*Cuando Harry conoció a Sally...*? —preguntó Dustin—. ¿No tienes escuela mañana?

—Sí, pero ya terminé toda mi tarea —dijo Kimmie—. La escuela pública es mucho más fácil. Mi mamá salió con su novio y Lolly está en casa comprando cosas en línea para Coachella, seguro me cubre. Pero no tenemos que verla, si no quieres.

—No, vamos a verla —dijo Dustin—. Seguro que mi mamá la tiene en Apple TV. Es una de sus favoritas. La ha visto como cien veces.

Kimmie le contó a Dustin de cómo su madre veía *Se busca novio* drogada con Ambien y su imitación de su mamá hizo reír a Dustin por primera vez desde que descubrió que ya no tenía hermano mayor. Por una fracción de segundo, se sintió culpable por disfrutar y pasarla bien mientras que Nicholas estaba muerto y no podría volver a reír jamás, pero entonces recordó el consejo que le dio su hermano en la carta: la vida se trataba del amor, y si un rudo aficionado al rap como Nicholas podía suavizarse con el amor, Dustin también debería darle otra oportunidad.

Y la única chica que hacía que eso fuera posible estaba justo frente a él. Cuando ella lo miraba, había algo en sus ojos que él no podía entender del todo. Kimmie hizo una breve pausa y respiró profundo.

—Tengo algo que decirte.

—¿Qué? —preguntó Dustin, mirando su expresión de culpa, vergüenza o algo que él no podía identificar—. Está bien, puedes decirme lo que sea.

Observó cómo reunía el valor para hacerlo. Ella vaciló. Luego, por fin habló.

—Cuando estaba en Arizona...

Eso fue lo único que tuvo que decir para que Dustin supiera de qué se trataba. Había estado considerando sacar el tema él mismo, pero había decidido no hacerlo. Hasta ese momento.

—Ya sé qué vas a decir...

—¿Sí? —preguntó Kimmie, esperanzada y asustada al mismo tiempo.

Dustin se llevó una mano al bolsillo, sacó la carta que Nicholas le escribió y la desdobló.

—Había otra posdata en la carta que no leí en el funeral —dijo y leyó las palabras finales de su hermano—: «P. D.: Conocí a tu chica, Kimmie. Este maldito mundo es un pañuelo, ¿eh? Ella no sabía que soy tu hermano y yo no se lo dije. No sé por qué, pero no lo hice. Es muy linda, está un poco perdida pero, carajo, ¿quién no? Natalia me dijo que hablaba de un chico, el que se le escapó... Claro, yo pensé que era el niño bonito que te la robó, pero no, eras tú. Dijo que eras la persona más inteligente a la que había conocido. Cuando Natalia le preguntó por qué no funcionó lo de ustedes, contestó que entonces aún no estaba lista. ¡Bro! ¡Tienes que ir por ella! Hazme caso, sé de lo que estoy hablando, porque soy tu hermano y algo de tu inteligencia se me debe de haber pegado...». —Dustin hizo una pausa y miró a Kimmie. Los dos tenían los ojos llenos de lágrimas—. Pero tú no sabías que era él, ¿o sí?

Kimmie asintió.

—Sí, pero solo al final. ¿Me odias? Por favor, no me odies...

—¿Por qué te odiaría?

—Porque tal vez pude haber hecho algo, decirle a alguien, buscar ayuda. Me pude haber quedado, pero me fui. Pero nunca lo vi usando, Dustin, te juro que estaba intentando portarse bien. Amaba a Natalia. Eran mis amigos. Me siento tan tonta. Por favor, no me odies.

Sin siquiera pensarlo, Dustin le tomó las manos y la miró a los ojos.

—Kimmie, ya intenté odiarte alguna vez. No funcionó.

Ella quitó sus manos y le tomó la cara, le puso los labios sobre la boca y le deslizó la lengua entre los labios. Ella tenía los ojos cerrados; él, bien abiertos. Quería recordar el momento para siempre, pero mientras se besaban, dejó que sus párpados se cerraran, pues entendió que el recuerdo no consistía en la imagen de Kimmie, sino en la sensación de su tacto, su sabor, su aroma. En ese momento estaba ciego.

Luego, sentados en el sofá de la sala de su madre, Kimmie y Dustin vieron *Cuando Harry conoció a Sally*... Dustin recordó que unos meses atrás su padre y él se habían sentado en el mismo sofá a llorar por Nicholas. Pero aquella vez se sentaron en extremos opuestos del sofá, de casi tres metros; ahora Kimmie y él estaban en el centro y ella apoyaba la cabeza en el hombro de él. Kimmie estaba cautivada con la película. Cuando terminó, volteó a ver a Dustin.

—Me encantó. Qué historia tan maravillosa.

—¿Ah, sí? —preguntó Dustin—. ¿Qué fue lo que más te gustó?

—Me gusta que primero fueron amigos. Y luego dejaron de serlo. Y luego él la amó. Y luego

ella lo amo. Y él la perdió, pero se dio cuenta de su error y corrió por las calles para decirle que se había equivocado. Y que terminó en Fin de Año, porque nosotros nos conocimos en Fin de Año. Aunque, claro, yo soy Harry.

—¿Qué quieres decir?

—Fui yo quien no se dio cuenta de lo que tenía enfrente. Fui yo quien se equivocó y dejó que algo bueno se le escapara. —Dustin observó a Kimmie en la sala, tenuemente iluminada. Su madre no había reemplazado la lámpara rota, aun después de tantos meses—. No sabía —susurró Kimmie—. No me conocía a mí misma y no sabía qué quería. No sabía nada.

Dustin asintió despacio.

—Okey, entonces, ¿yo soy Meg Ryan y tú eres Billy Crystal? ¿De qué estamos hablando?

Kimmie sonrió.

—Estoy diciendo que quiero que me invites a tu baile otra vez. Ahora que soy una feminista de verdad, te invitaría yo. Pero no es mi baile.

—Kimmie —dijo Dustin, deseando que existiera el cielo y que su hermano estuviera viéndolo en ese momento de su vida, propio de una comedia romántica, *Cuando Dustin conoció a Kimmie...*—. ¿Irás al baile conmigo?

—Por-su-pues-to-que-sí —respondió ella y volvió a acurrucarse sobre él, entrelazando sus dedos con los de Dustin y apretando con fuerza.

Poco tiempo después, Kimmie se fue e hicieron planes para ir a ver una película al día siguiente. Se negó a que Dustin la acompañara a la calle, insistiendo en que ahora era una persona distinta.

—No estoy diciendo que ya sepa quién soy —le explicó—. Pero estoy intentando averiguarlo.

Después de abrirle la puerta y verla subirse a un taxi desde la ventana, Dustin apoyó la cabeza en la puerta, miró al cielo y le habló en voz alta a su hermano.

—Te debo una, hermano. Una grande.

XX

Era el día anterior a que se encontraran en el aeropuerto de Greenwich para abordar el flamante Gulfstream G500 del padre de Beatrice en dirección a Coachella. Ese viaje de primavera sería una minirreunión para los invitados VIP a la cena que se celebró antes de la fiesta de disfraces de Beatrice. Verían la presentación de LiviX2 y tenían pases VIP de artistas con los que podían estar hasta el frente en todas las presentaciones y caminar por los pasajes secretos que estaban detrás de los escenarios. Todos, menos Rooster, que estaba en un viaje de reclutamiento de fútbol americano, estarían ahí.

Anna ya le había escrito a Beatrice para informarle que había decidido no ir; sin embargo, no opuso mucha resistencia cuando su hermano sugirió que un viaje al Oeste era justo lo que necesitaban.

—Tenemos que desaparecer —le dijo a su hermana—. ¿Quién sabe qué mierdas vaya a pasar con mamá y papá el fin de semana?

Tras la larga aplicación de la ley del hielo, Steven despertó para ir a la escuela y se encontró a su

madre sentada en su cama. Le dijo que había terminado su amorío con el tipo del dragón tatuado y que le confesaría sus faltas a su padre cuando este volviera de Alemania, dos días más tarde. Cuando Steven le preguntó por qué le iba a contar a su esposo de la aventura si esta ya había terminado, se sorprendió al oír el razonamiento que explicaba la decisión.

Ella le confesó que tenía mucho tiempo sabiendo de las infidelidades de su marido y había elegido hacerse de la vista gorda. Se decía a sí misma que era algo que hacían todos los hombres poderosos y que lo aceptaría, siempre y cuando eso no manchara el nombre de la familia. Pero la doble moral de los hombres infieles, que a su vez esperaban que sus mujeres les fueran fieles, comenzó a enconarse dentro de ella. Una y otra vez pensó en confrontarlo, pero nunca encontró la fuerza ni el valor. Le dijo entonces a su hijo que solo le había sido infiel a su padre con una persona y que la humillación de que la hubiera descubierto le provocaba un sinfín de vergüenza. Se lo confesaría a su esposo para poder empezar una conversación. Si él quería ser libre de tener amantes fuera del matrimonio, tenía que concederle a su esposa ese mismo derecho o sería momento de emprender caminos separados.

Steven comprendía a su madre y, aunque en circunstancias normales habría aborrecido discutir su vida sexual con la mujer que lo trajo al mundo, decidió que quizá su reciente experiencia con Lolly sería de ayuda.

—Si no fuera porque Anna convenció a Lolly de perdonarme y Lolly encontró el amor en su corazón para hacerlo, pude haberme convertido en papá. Las cosas entre Lolly y yo están mejor que nunca. Somos muy felices ahora.

—Me alegra, Steven —respondió su madre—. ¿Ves? Incluso una niña como Lolly se respeta lo suficiente a sí misma como para no tolerar esos malos comportamientos. Tengo que ser firme con un esposo que dice amarme.

Steven le aseguró que era obvio lo mucho que su padre la amaba, que no tenía dudas de que todo saldría bien. Era fácil decirlo, pero no tan fácil creerlo. Él deseaba que su madre confrontara a su esposo por sus traiciones sin que ella tuviera que revelar las propias. El orgullo del padre de Steven era extremo y la marca de su crianza coreana estaba implantada con firmeza dentro de él. En la cultura coreana, los hombres gozaban de una mayor consideración que las mujeres y lo que se esperaba de ellos era muy distinto. Steven sugirió que hicieran un viaje de fin de semana, sobre todo porque Anna y él estarían en California.

La segunda y más importante razón por la que Anna aceptó ir a Coachella era que por fin había decidido qué hacer con Alexander y Vronsky. Alexander había podido abandonar la cama e iría a Cambridge ese fin de semana con la esperanza de rescatar algunos créditos de ese semestre. Ya se había inscrito en clases de verano y habían contratado a un fisioterapeuta privado que le ayudaría hasta que su recuperación fuera completa. En las semanas que pasaron desde que él le pidió que se tomara un tiempo para pensar en su relación, Anna lo había visto solo tres veces y las visitas resultaron ser una tortura. No ayudaba que Eleanor la emboscara cada vez que estaba por irse, exigiéndole saber si ya se había decidido o no.

Eleanor tenía órdenes expresas de su hermano de comportarse bien con Anna y fingía tanto como podía, pero cada sílaba que salía de su boca rezumaba desprecio. Una de esas ocasiones, Eleanor no pudo contenerse después de despedirse.

—Él es DBPT —susurró.

Anna sabía que debía seguir su camino hacia su auto, pero cerró los puños y se dio vuelta para confrontar a su endiademado némesis.

—¿Qué dijiste, Eleanor?

—Él. Es. Demasiado. Bueno. Para. Ti —repitió Eleanor—. Siempre lo supe. El que esté dispuesto a darte una segunda oportunidad lo convierte en un santo.

Anna no se tomó la molestia de responder y sabía que eso dejaría a Eleanor hecha un nudo, preocupada porque Anna la delatara con Alexander. Pero, al subir al auto, sus manos la traicionaron al tornarse blancas por la fuerza con la que apretaban el volante. Se orilló en cuanto salió de la vista de Eleanor y se echó a llorar. Había pasado las últimas dos semanas repasando en su cabeza los tres años que había estado con Alexander. Y, si bien nunca fue el novio más emocionante, la había puesto en un pedestal y la trató como a una reina; la lista de quejas de Anna no era tan larga como le habría gustado.

De una forma un tanto extraña, fueron las palabras de Eleanor las que la ayudaron a decidirse cuando despertó la mañana siguiente. No estaba de acuerdo con que Alexander fuera demasiado buena para ella; tenía defectos, como todo el mundo. Sí, estaba de acuerdo en que Alexander sería canonizado como un santo por volver con ella y la idea de ser la novia de un santo hacía que quisiera convertirse en Virginia Woolf, llenarse los bolsillos de piedras y adentrarse en el río. Suficiente tenía con ser la novia del hijo favorito de Greenwich, ¿por qué querría ser la novia del santo de Greenwich?

Después de su último examen del trimestre, Anna fue a informarle a Alexander su decisión. Él tomó la noticia con tranquilidad y admitió que no había albergado grandes esperanzas. Ella le dijo que esperaba que algún día pudiera perdonarla por su comportamiento, pero también quería agradecerle por haber hecho que ella se tomara el tiempo para pensar a fondo cómo quería que fuera su vida.

—Voy a ver cómo es ser Anna K un rato, sin más etiquetas —dijo—. No quiero que mi nombre esté asociado al de un hombre. Estaré sola un tiempo.

Cuando dijo estas palabras, las dijo en serio. Pero también sabía que estaba lista para volver a ver a Vronsky. Lo había extrañado una enormidad. Si decidían comenzar a salir, estaría bien, pero no sería «la novia de Vronsky». Si había aprendido algo al estar sentada en un clóset mientras Kimmie estallaba y le recriminaba la forma en que la trató, fue que Vronsky aún no estaba listo para ser el novio de nadie.

Separarse de Vronsky le había hecho bien a Anna. Le aclaró la mente y el cuerpo de las abrumadoras sensaciones que sufrió durante su amorío secreto. Se puso al corriente con sus estudios y sus horas de sueño y pasó tiempo con Dustin, quien siempre la hacía sentir como la persona que quería ser. Claro, hubo millones de veces en las que quiso escribirle o llamarle, pero no lo hizo. Cada día que pasaba se hacía un poco más fácil, los síntomas de la abstinencia disminuían, aunque le era imposible dejar de pensar en él. Lo que sentía por Vronsky no había cambiado, estaba segura de que estaba enamorada de verdad por primera vez en su vida y quería saber qué ocurriría cuando al fin logran pasar un tiempo genuino juntos.

Decidió no contactar a Vronsky para decirle que Alexander y ella habían terminado; en vez de

eso, se concedería a sí misma un par de días más de vida sin dramas amorosos. Se lo diría en el avión a Coachella. Un festival del otro lado del país parecía el lugar perfecto para iniciar su nueva vida como mujer soltera que podía bailar con el hombre que ella quisiera e incluso besarlo, aunque solo había un hombre con el que querría hacer cualquiera de las dos cosas. Anna le preguntó a Steven si había convencido a Dustin de ir, pero su hermano dijo que Dustin sentía que era demasiado pronto para dejar a su mamá.

—No te preocupes. No estaré solo. Kimmie apareció el séptimo día de shivah y han estado pasando tiempo juntos.

Al escuchar la noticia, Anna sintió que una oleada de calidez le recorría el cuerpo. Quizá saldría algo bueno de entre las cenizas de la tragedia de Nicholas. La coincidencia de que Kimmie hubiera estado con Nicholas y su novia antes de su triste muerte, así como la carta que Nicholas le escribió a Dustin, habían inspirado a Anna y tuvieron un importante papel en su toma de decisiones. Ella creía que el amor era una fuerza superior a cualquier otra y quienquiera que estuviese bajo su embrujo no tenía más opción que someterse a sus volátiles y mágicos caprichos.

También tenía un interés un tanto egoísta en apoyar la unión de Kimmie y Dustin. Si ella decidía comenzar a salir con Vronsky, sería mucho menos incómodo si Kimmie y Dustin estaban juntos. Mientras terminaba de empacar para Coachella, sintió una chispa de esperanza en su interior; a final de cuentas, quizá todo saliera bien para todos.

xxi

Vronsky le pidió a Beatrice que le dijera a Anna que iría a Coachella, pero que volvería de inmediato si ella se lo pedía. Su prima hizo una mueca de hartazgo y le respondió que esa sería la última vez que se entrometía entre ellos dos. Nunca en su vida se había hartado del «drama», pero este drama en particular se estaba tornando ridículo. Su sórdida aventura y posterior separación no solo habían deprimido a Vronsky, estaban comenzando a deprimirla también a ella y eso, a decir verdad, era inaceptable.

Beatrice llegó temprano al avión porque quería asegurarse de que estuviera bien provisionado con toda la comida y bebidas que había pedido de forma expresa para sus amigos. Adoraba California y quería que todos estuvieran con el ánimo correcto para su vacación de cuatro días en Indio, codeándose con la élite de Hollywood. Beatrice estaba harta de la misma gente de siempre en la Cosa Este y se moría por escarbar jugosos chismes de La La Land acerca de la hermosa gente de la Costa Oeste.

Cuando llegaron Vronsky y Claudine, Beatrice estaba de un excelente humor y feliz de ver a su triston primo mejor de lo que estaba la última vez que estuvieron juntos. Pero estaba mucho más emocionada de conocer a su acompañante. Cuando Vronsky le presentó a Claudine, Beatrice recordó que ya se habían visto alguna vez, cuando sus familias viajaron de Viena a París en el *vs Orient Express* cuando eran niñas. Claudine era dos años menor que Beatrice y en ese momento estaba atravesando una de esas etapas nada agradables e incómodas, lo que solo hacía que la floreciente belleza de Beatrice fuera aún más evidente y a su vez hizo que a Beatrice le agradara Claudine de inmediato. Ahora, años después, la Claudine que subió al avión era casi

irreconocible. Cualquier vestigio de aquella chica torpe y desgarbada había desaparecido y sido reemplazado por unas curvas que hacían que la adolescente pareciera mayor que Beatrice. Claudine mostraba sus atributos de una forma en que solo una mujer parisina podía hacerlo, con una voluptuosidad que era tan elegante como llamativa.

Vronsky no tenía interés alguno en la carnada que su madre había puesto en sus manos. Pero ni siquiera él fue inmune a los amplios atributos de Claudine. La francesa estuvo más que feliz de ser despachada a los Estados Unidos en el avión del esposo de Geneviève para distraer a su apesadumbrado hijo, quien sufría porque alguna chica lo había abandonado en el limbo de la indecisión. Ella estaba segura de que tendría éxito, pues nunca había encontrado a un hombre que se resistiera a sus encantos. Pero Claudine también tenía otros planes para su viaje. Su mira estaba puesta en un trofeo mucho más delicioso que el chico conocido como el Conde Vronsky.

Adaka, DandyZ y Clement fueron los siguientes en llegar, lo que significaba que solo esperaban a Murf, Steven y Lolly y el grupo estaría completo. Beatrice recibió un mensaje de Steven: estaban a cinco minutos de llegar y Anna había decidido ir con ellos. A Bea no le desagradó que Anna hubiera cambiado de opinión, no tanto como le habría molestado quince minutos antes. Estaba contenta. Sintió el interés de Claudine en ella desde el momento en que la abrazó y la francesa le susurró al oído que había estado contando los días para volver a verla.

—Nunca olvidaré que me dejaste practicar mis besos con tus muñecas —dijo Claudine, sin importarle que Beatrice sí lo había olvidado.

Steven y Lolly subieron las escaleras del avión privado con Anna detrás. Beatrice le bloqueaba a Vronsky la vista de la puerta, mientras Claudine le enseñaba al chico cómo se preparaban los martinis en París. En cuanto Anna entró al avión, sonriendo ante la expectativa de ver a Vronsky, Beatrice se quitó del camino en el momento exacto para que Anna lo viera mordiendo la cereza que Claudine estaba sujetando de manera que colgara sobre su boca. Bea estaba encantada con el asiento de primera fila desde el que presenció la tormenta de celos que destelló en los ojos de Anna, e incluso creyó por un segundo que ella saldría de ahí corriendo. En cambio, Anna se dirigió a Claudine.

—¿No quieres prepararme uno de esos?

Al oír la voz de Anna, Vronsky se atragantó con la cereza. Anna vio que Claudine levantaba a Vronsky de su asiento y le hacía la maniobra Heimlich hasta que la cereza salió disparada de su boca y cayó a los pies de Anna.

—Ya, ya, mi niño. La cereza feroz ya no te puede hacer daño —susurró Claudine mientras le frotaba la espalda a Vronsky.

Anna ahogó una risotada. El momento de celos dio paso a la gratitud hacia esa voluptuosa muchacha francesa que había salvado a su amado de un final bastante vergonzoso.

—Estás aquí —logró jadear Vronsky con voz ronca.

—¿Quién es tu nueva amiga? —respondió Anna.

—Soy Claudine. Tú debes ser Anna —dijo Claudine, estrechándole la mano—. Este pobre no para de hablar de ti.

—Gusto en conocerte, Claudine.

Detrás de ellos, Murf apareció con un enorme bong en las manos que usó como micrófono

para presentar su versión de «California gurls», de Katy Perry, que él, para deleite de todos, cantaba como «California Kush».

Vronsky llevó a Anna afuera del avión y le dijo lo feliz que estaba de verla.

Anna lo miró hasta que él terminó de hablar.

—¿Viene contigo?

—Anna, ella no es nadie. Es la hija de una amiga de mi mamá de París. Mi mamá insistió en que la trajera.

—¿Tu mamá me odia ahora? —preguntó Anna con toda seriedad. Apenas pudo controlar la decepción por lo mal que estaba resultando su reencuentro con Vronsky—. Qué lástima, creí que ella entendería mejor que nadie que no se me puede juzgar por mis errores del pasado.

A Vronsky no le agradó que Anna hiciera referencia al pasado de su madre, pues le parecía que hacer algo así no era digno de ella, pero se dijo que Anna tenía todo el derecho a estar molesta por el intento de su madre por sabotearlos. Recordó lo que Anna le dijo la última vez que se vieron, el día en que Kimmie apareció y tiró gasolina y cerillos encima de la más grande inseguridad de Anna. Le dijo que quería creerle cuando le decía que era distinta a todas las chicas con las que estuvo antes de ella y él le juró de rodillas que ella era la única para él.

—Por favor —dijo Vronsky—. No verte ha sido una tortura. ¿Podemos enfocarnos en el ahora? Estás aquí ahora. Estamos juntos ahora. No quiero perder ni un segundo. Te amo, Anna. —Era la primera vez que se lo decía de frente y habría preferido hacerlo en otras circunstancias, pero ya era demasiado tarde para eso. Necesitaba que Anna entendiera lo que significaba para él, así que le dijo la verdad—. Te superamo, Anna. Te superamo una superenormidad.

Anna sonrió.

—Qué bueno, Alexia —dijo—. Porque si te vuelvo a ver examinándole el pecho a Claudine, te mataré con mis propias manos y te enterraré en una tumba poco profunda en medio de la nada.

Vronsky rio, sorprendido por el repentino cambio de actitud de Anna y dándose cuenta de que ella no había respondido a su declaración de amor. Sabía que, dada la situación, no se lo merecía, pero quería escucharlo de todas formas.

—¿Ya me perdonaste, entonces? —preguntó.

—No hay nada que perdonar. Tú mismo lo dijiste —respondió Anna y, tras pasar junto a él, se enfiló hacia el avión. Asomó la cabeza y le tendió una mano—. Tenemos que llevarte a California, te urge broncearte.

En la parte delantera del avión, Beatrice mantuvo los ojos sobre su primo y sacudió la cabeza mientras Anna y él se acurrucaban juntos en un asiento de piel italiana cosido a mano.

xxii

Para Anna y Alexia el vuelo fue una tortura. Iban tomados de la mano y se susurraban cosas al oído en su asiento al frente del avión, ignorando al resto del grupo, que jugaba una versión alcohólica de «Besar, Coger, Matar» con todas las celebridades que se suponía estarían en Coachella. Incapaz de reprimirse, Vronsky comenzó a besar a Anna y enseguida se entrelazaron en un salvaje y caluroso asunto que comenzó a sacudir sus asientos tanto, que los demás no

pudieron ignorarlo.

—¡Dios mío! —gritó Beatrice—. ¡Consíganse un cuarto!

Anna no necesitó que se lo dijeran dos veces. Se levantó primero y le tendió la mano a Alexia, quien se aferró a ella como a un bote salvavidas y juntos caminaron por el pasillo central hacia la parte trasera del avión, donde había una recámara con una cama *king size*. A Anna no le importó qué pensarán los demás (aunque evitó mirar a su hermano) y sonrió cuando todos aplaudieron en señal de aprobación. Era soltera por primera vez en su vida.

En la habitación, decorada a la perfección, Anna puso el seguro de la puerta y le ordenó a Alexia que se desvistiera. Cuando terminó, ella se quitó la ropa de a poco y se paró justo fuera del alcance de Vronsky. Cuando él comenzó a tocarse, ella le ordenó que se detuviera; le dijo que la única persona que podía tocarlo era ella. Tras subir a la cama, lo incitó hasta que Vronsky se retorció y rogó por más. Se sentía poderosa y libre. El miedo de que su reciente separación hubiera extinguido la pasión desapareció. Si acaso, estaba aún más embelesada con el hermoso chico que yacía desnudo entre sus piernas.

Anna se obligó a ir despacio, pues quería que el momento durara lo más posible y les ofrendaba el moderado dolor de su placer a los dioses que habían hecho que sus destinos se encontraran y que ellos se besaran, que se acostaran en secreto, los mismos dioses que decidieron separarlos para que así corrigieran sus caminos desviados y volvieran a unirse de la forma apropiada, como dos personas que se pertenecen sin nada que se interponga en sus caminos.

Cuando él estuvo dentro de ella, Anna se negó a dejarlo moverse, le hundió el rostro en el cuello y en susurros le dijo que ella guiaría el baile. Comenzó a mover las caderas encima de él y sintió cómo él jadeaba debajo de su cuerpo.

—Alexia, mi Alexia —murmuró mientras se restregaba sobre él. Estaba ya en el pico de su excitación y quería que cayeran juntos por la cascada—. ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! —exclamó.

—¡Dios! ¡Te amo, Anna! ¡A ti y solo a ti! —gritó Vronsky mientras terminaban juntos.

Se imaginó el avión cayendo del cielo y él estaba listo para aceptar la muerte en ese momento de dicha, mejor morir unido a la mujer que amaba que morir solo en un futuro lejano.

Pasaron la siguiente hora envueltos en los brazos del otro, regodeándose en el éxtasis de su nueva vida juntos. Anna le dijo que no sería su novia, pues necesitaba un tiempo para ser ella misma. Dijo que no tenía interés en nadie más que él y que, si él tenía algún otro interés, qué lástima. Vronsky rio y aceptó de inmediato los términos de Anna. Estaban juntos y eso era lo único que le importaba. No necesitaba etiquetas. Ella no le pertenecía. Y, si era necesario, con gusto se esforzaría cada día para ganarse su afecto una y otra vez. Volvieron a hacer el amor y se quedaron dormidos, arrullados por el zumbido de las turbinas y no despertaron hasta que el avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Palm Springs, en el desierto californiano.

Anna y Vronsky se vistieron a toda prisa y decidieron salir por la puerta fingiendo que no había pasado nada. Cuando Anna entró a la cabina principal, vio que todos estaban quietos en sus asientos y pegados a sus teléfonos. Aunque le apenaba ver a su hermano mayor después de lo ocurrido, al mirarlo a los ojos le sorprendió ver que su rostro era una máscara de rabia pura.

—¿Steven? —le preguntó, asustada—. ¿Qué pasa?

Steven se desabrochó el cinturón de seguridad y llegó al pasillo en cuestión de segundos.

Apartó a su hermana del camino y tomó a Vronsky por la camisa con la cara enrojecida por la furia.

—¡Imbécil de mierda! —gritó.

Anna intentó agarrarle el brazo a su hermano antes de que golpeará a Vronsky, pero ya era demasiado tarde. El puño de Steven se estrelló en la cara de Vronsky y lo envió tambaleándose hacia atrás, cruzó la puerta y cayó en el piso de la recámara.

—¡Basta! —gritó Anna, pero su voz se perdió en el caos.

Murf quitó a Steven de encima de Vronsky antes de que lograra conectar un segundo golpe, batallando por evitar que el hermano de Anna masacrara a Alexia.

Un silencio sepulcral se apoderó del avión mientras este se detenía por completo.

—¿Qué pasa? —exigió saber Anna.

Estaba junto al asiento de Lolly, en el pasillo, y ella le mostró su teléfono. Anna entrecerró los ojos para poder verlo. Era un video, pero había poca luz y Anna necesitó de algunos segundos para entender qué estaba viendo. «Oh, Anna», oyó que decía la voz de Vronsky entre gemidos por las bocinas del teléfono y abrió los ojos con incredulidad. En el video se vio la cara de Anna, para quien ahora todo se volvía dolorosamente claro.

El video los mostraba teniendo sexo en la habitación de Anna. La cabeza de Vronsky no aparecía en el cuadro, pero fue su espalda desnuda, empujando hacia las piernas abiertas de Anna con una lujuria desenfadada, la que le hizo retorcerse. El video había sido enviado en un correo electrónico masivo a destinatarios ocultos desde la cuenta condeV1219@gmail.com. Anna dejó caer el teléfono al piso.

No sabía a dónde mirar ni qué hacer, así que volteó hacia Vronsky, quien seguía tendido en el piso. Estaba viendo el mismo video en el teléfono de Murf. Anna desvió la mirada, pues no quería volver a verlo. ¿Quién sino él podría haber grabado sus momentos más íntimos?

Se dejó caer en el asiento vacío junto a Lolly y miró a Beatrice y Claudine, quienes estaban sentadas juntas en la parte delantera de la cabina. Claudine tuvo la decencia de mirar a otro lado, pero Beatrice la miró a los ojos y movió los labios articulando sin sonido las palabras «No tengo idea...». Y era cierto, Beatrice no tenía ni la más remota idea de quién podría haber publicado esa pornovenganza para que el mundo entero la viera. Ya había escrito a varias personas en Greenwich y descubrió que el correo había sido enviado a toda la escuela. Por el ángulo de la cámara, no era obvio que el hombre en el video fuera Vronsky, aunque todos en el avión sabían que lo era. Sin embargo, lo que sí era evidente, más allá de toda duda, era que el rostro con los ojos entrecerrados por la lujuria era el de Anna K, y ahora estaba a la vista de todos.

Beatrice tenía poder para remediar muchas crisis sociales, pero algo así estaba más allá de sus capacidades. Aun si hubiera querido ayudar —y todavía no estaba muy claro que quisiera hacerlo — no había forma de salvar a Anna K.

Anna comenzó a reír. No fue la reacción que el resto de los pasajeros del avión esperaba. Comenzó como una risita, como la de una niña en la escuela que recibió una nota graciosa de alguna de sus compañeras, pero comenzó a crecer hasta convertirse en un desquiciado ataque de carcajadas. Parecía una lunática, sentada ahí, junto a una aterrada Lolly, quien, con la mirada, le rogaba a su novio que hiciera algo. Steven le escupió a Vronsky, quien seguía en el piso con las

manos en la cabeza y se fue caminando por el pasillo.

—¡Lolly! —gritó él—. Ve por la maleta de Anna. Nos vamos de esta mierda de avión.

Cuando Steven la tomó del brazo, Anna se puso de pie y lo siguió hasta la puerta abierta del avión.

Aún riéndose como loca, al pasar tomó una botella de Grey Goose de una hielera en el bar.

—¡Creo que yo la necesito más que tú, Bea! —gritó y volvió a estallar en carcajadas—. *Peace out!* Anna ha abandonado el avión...

xxiii

Steven se sintió aliviado de haber dejado que Lolly lo convenciera, hacía unas semanas, de aceptar la invitación de una de las amigas de su madre que tenía una casa en el Club Lexington, en vez de quedarse en la casa de seis habitaciones que Beatrice había rentado para la semana y que también estaba en el club. La casa, un pequeño bungalow de dos habitaciones era, técnicamente, una casa de alberca detrás de la casa principal y estaba a una calle de donde Beatrice y el resto del grupo se alojaban. Su ira no había disminuido y quería mantener a Anna tan alejada de Vronsky como pudiera.

Anna hizo su mejor esfuerzo por embriagarse en el Uber hacia la casa, pero el conductor amenazó con dejarlos botados en la carretera si no guardaba la botella. Steven se la arrancó de las manos y se la dio a Lolly para que la guardara. Lolly puso la botella en su bolso, feliz de tener algo que hacer, pues se estaba volviendo loca con el silencio. ¡No podía creer que Anna estuviera en medio de un escándalo de un video sexual! ¡Podía ser la siguiente Paris H o Kim K! (Y lo más loco de todo era que se rumoraba que la mismísima Kim K se estaría hospedando a solo unas casas de ellos; Kanye presentaría su Servicio dominical en Pascua). Lolly miró el árido paisaje desértico por la ventana. No podía creer lo seca que tenía la piel, a pesar de llevar solo veinte minutos en el desierto. Estaba más que emocionada por haber recordado llevar sus cremas extrahidratantes de Creme de Corps.

Lolly tenía tantas preguntas que hacerle a Anna, pero decidió quedarse callada y darle algo de espacio. Nunca había visto a Steven golpear a alguien y se preguntó si en la casa habría una máquina de hielo, pues la mano seguro habría empezado a inflamársele. Lolly no podía comprender por qué Vronsky habría hecho público ese video de Anna y él. Cualquiera con dos ojos podía ver lo enamorado que estaba de ella. ¿Por qué lo echaría todo a perder publicando el video? Intentó decírselo a Steven justo cuando el avión estaba aterrizando y todos los teléfonos comenzaron a volverse locos. Lolly recibió más de cien mensajes al mismo tiempo, un nuevo récord, y en un principio creyó que alguien había muerto. En verdad parecía que a los adolescentes les importaba más un escándalo sexual que una muerte. Pero, para entonces, Steven ya no veía más que rojo.

«Pobre Anna», pensó Lolly. Resplandecía de satisfacción cuando abrió la puerta de la recámara, pero en ese instante descubrió que nadie en el avión podía mirarla a los ojos. Si había algún consuelo, aunque seguramente no lo era, era que Anna se veía increíble en el video y resultaba evidente que lo que le estaban dando alcanzaba hasta para llevar. Se preguntó cómo se vería ella

cuando tenía sexo con Steven. Quizá debían filmarse para descubrirlo. Aunque, claro, tendrían que borrar el video de inmediato.

«¿Quién podría haber hecho algo así?». Lolly se preocupó por un instante porque Kimmie pudiera estar involucrada, pues ella sin duda tenía asuntos sin resolver con Vronsky, sobre todo, respecto a Anna. La idea la puso a sudar por el pánico, pero al volver a ver el video observó que se trataba de la habitación de Anna en la casa de Greenwich y no en el departamento en Central Park West (donde Anna tenía una cama estilo trineo de caoba de más de cien años). Su cama en Greenwich era de acero forjado mate con dosel. Hasta donde Lolly sabía, desde que Kimmie volvió de Arizona no hubo ningún momento en que pudiera haber ido a Greenwich, filmarlos teniendo sexo y volver sin que Lolly o su mamá se enteraran.

En cuanto llegaron a su bungalow, Anna se puso un espectacular bikini de camuflaje de Valentino. Luego llenó un vaso con hielo y recuperó su botella de vodka para instalarse junto a la piscina con sus audífonos. Lolly estaba impresionada de que Anna no estuviera berreando sin control. Si algo así le hubiera sucedido a ella, sin duda lloraría hasta quedar seca.

—¿Qué vamos a hacer? —le susurró a Steven—. ¿Deberíamos volver a casa?

—No tienes que susurrar, Lolls —dijo Steven—. No puede oírnos por encima de Adele. No he sabido nada de mis papás, lo que significa que aún no se han enterado, pero es cuestión de tiempo. Mi papá se va a cagar para adentro. Esto lo volverá más loco que el hecho de que mi mamá le haya sido infiel. Es su Anna, su niña perfecta.

—Debe de haber algún control de daños que podamos hacer —dijo Lolly.

—El internet es eterno, Lolly —le recordó Steven—. No hay adolescente en Nueva York y Connecticut que no lo haya visto ya. Sigues revisando TMZ, ¿verdad?

Lolly asintió.

—Lo único que están cubriendo son las llegadas a Coachella. Estaba pensando que no pueden publicar el video porque Anna es menor de edad. Técnicamente, es pornografía infantil.

A Steven la noticia la cayó como del cielo. Tomó su teléfono de inmediato y respondió a todos los destinatarios ocultos del correo electrónico, advirtiendo que cualquiera que viera el video estaría incurriendo en un delito federal, dada la edad de Vronsky y Anna. No sabía si serviría de algo, pero tenía que intentarlo.

—¿Podrías ir a casa de Beatrice a medir la vibra de las cosas? —preguntó Steven—. Intentaré hablar con Anna para saber si quiere quedarse o volver a casa. Dudo que consigamos un vuelo para hoy, salvo si rentamos un avión privado. No puedo hacer un cargo así en mi AmEx sin la aprobación de papá y no hay forma de que yo sea la carne de cañón para que mate al mensajero porque su hija favorita ahora es la estrella de un video sexual.

Lolly contestó que iría en cuanto se cambiara de atuendo. Había empacado una enorme maleta llena de lindos conjuntos nuevos para Coachella y, si se iban al día siguiente, quería usar unos cuantos antes de partir. Se preguntó si Steven se molestaría si publicaba una *selfie* de Coachella. Decidió tomarse unas cuantas fotos en su habitación, pero esperaría a publicarlas hasta que las aguas volvieran a su nivel.

Veinte minutos después, Lolly entró al árido jardín de la mansión que Beatrice rentó, pues no había ido nadie a la puerta. Encontró a Beatrice y a Claudine nadando sin ropa en la gigantesca

alberca. Beatrice la llamó, animada, como si fuera un día cualquiera, informándole con absoluta alegría que estaban matando el tiempo hasta que el éxtasis que habían tomado les hiciera efecto.

—¡Entra! —gritó Beatrice—. El agua está supercaliente. Es como un enorme *jacuzzi* de agua salada.

Ninguna de las chicas desnudas mencionó la situación de Anna y Vronsky, lo que obligó a Lolly a preguntarle a Bea de la manera más incómoda posible dónde podría encontrar a su primo.

—Sigue a tu nariz, Lolly —canturreó Beatrice desde la alberca—. Sigue el humo. V y Murf están por ahí, intentando deshincharle la cara. Ese sensual novio tuyo sí que sabe tirar un puñetazo, aunque me sorprendió que no le diera un golpe de karate.

Lolly arrugó la nariz ante el comentario con tintes racistas de Bea, pero olvidó el asunto. Quizás estaba molesta por el video de Anna: si había una chica de preparatoria lista para hacerse famosa con un video sexual, era Beatrice.

—Steven no debió haberlo golpeado —respondió Lolly en voz baja—. Sé que él no envió el correo. Digo, no pudo haber sido él, ¿o sí?

—No sé y no me importa, Lolly. Los videos sexuales superpasaron de moda hace diez años —dijo con un dejo de envidia en la voz—. ¿No ves que estoy con mi nueva BBFF, Claudine? «B» por bella, «B» por bonita, «F» por donde me la voy a follar, como dirían los españoles, cuando nos pegue el «X»...

Lolly asintió y entró a la casa. «¿Podría Beatrice haber enviado el video? Acostumbra presumir que tiene un hacker en la nómina. Tal vez programó el correo para que llegara mientras estábamos volando y nadie sospechara de ella. Pero ¿por qué le haría eso a su primo?». No tenía sentido. Vronsky parecía ser la única persona en el mundo a la que Beatrice quería sin hipocresías ni cinismos y él nunca la perdonaría si perdía a Anna por lo sucedido.

Lolly vagó por la gigantesca casa, revisando todas las habitaciones, hasta que al fin encontró a Vronsky y a Murf sentados en un pequeño balcón del segundo piso. Como suponía Beatrice, los chicos compartían un enorme porro y Vronsky tenía una caja de verduras congeladas sobre la cara.

—Deberías abrir la caja, bobo —dijo Lolly, quitándose la de las manos a Vronsky. La abrió y, tras sacar la bolsa de plástico con las verduras, se la dio a Alexia. El ojo derecho había comenzado a oscurecerse, pero no parecía que tuviera la nariz fracturada, lo que habría sido una lástima, pues era una nariz perfecta. Si no estuvieran en circunstancias extraordinarias, Lolly le habría preguntado si era natural o si algún doctor había tenido que ver—. No enviaste el correo, ¿o sí? Perdón, pero tengo que preguntar.

Mientras esperaba la respuesta, Lolly tomó el porro que Murf le ofreció e inhaló con fuerza. Vronsky negó con la cabeza y Lolly le creyó a pesar de no poder verle los ojos debido a la bolsa de vegetales.

—De ninguna manera lo envié, Lolly —dijo Murf—. ¿Qué hay de Kimmie? Vronsky dice que se apareció en su casa sin avisar, como acosadora, cuando volvió a la ciudad.

Lolly no reaccionó, porque no quería que ninguno de los dos se diera cuenta de que eso era novedad para ella, aunque sí le dolió que su hermana no se hubiera tomado la molestia de contárselo.

—Lo pensé —admitió Lolly, que comenzaba a sentir los efectos de la marihuana—. Pero no pudo haber sido ella. Nunca ha ido a la casa de Greenwich. El video es de la casa de Greenwich, ¿cierto?

Vronsky se quitó la bolsa de verduras de la cara y asintió.

—Sí, esa es la habitación de Anna. Te lo juro, Lolly, yo no hice ese video. ¡Nunca le haría algo así a Anna, ni a nadie más! —Vronsky miró a Lolly para averiguar si le creía y decidió que así era. Sabía que no debía preguntar, pero tenía que saber—. ¿Cómo está?

—No muy bien, obvio. Cuando me fui, Anna estaba junto a la alberca, bebiendo vodka directo de la botella, algo que ella no hace. Steven dijo que intentaría hablar con ella mientras yo venía. Está vuelto loco. Supongo que ya te has dado cuenta.

—¿No crees que esto se pase en una o dos semanas? —preguntó Murf—. Ustedes los ricos siempre tienen un nuevo drama, ¿no? Tal vez otro video sexual aparezca y todos se olviden del de Anna. Carajo, en mi teléfono hay algunos videos que nos servirían.

Lolly negó con la cabeza.

—Esos son solo buenos deseos, Murf. Esto es enorme. Anna no es una chica normal. Es como parte de la realeza neoyorquina y caer desde tan alto no es poca cosa. El correo se envió una hora después de que despegamos y mientras atravesábamos el país, todos los chicos de escuelas privadas en Estados Unidos lo vieron.

—Ey, ¿no creen que haya sido el Don de Greenwich? O sea, lo quemaron bastante feo. Aunque hacerle pornovenganza a una chica sería una mariconería de su parte. ¿Y la Eleanor esa?

—No hay forma de que Alexander lo haya hecho. Es demasiado propio como para algo así —dijo Lolly—. Si la gente se enterara, él también quedaría arruinado. Digo, no como Anna está arruinada, porque siempre es peor para las mujeres. No arriesgaría su carrera de abogado. ¿Y Eleanor? Ni de broma, es demasiado mojigata.

—Ay —dijo Murf—. ¡Estás en modo CSI! Eres como una detective bohemia sexy. Me encanta. —Comenzó a reírse y se recostó a mirar el cielo despejado.

—No le hagas caso a Murf, está pachequísimo —dijo Vronsky—. Si me entero de que Alexander está detrás de todo esto, iré a Boston a matarlo con mis propias manos.

—¡Coartada! —gritó Murf con todas sus fuerzas, para que todo el vecindario lo oyera—. ¡Con gusto soy tu Kato Kaelin negro, hermano!

A pesar del tono serio de la discusión, los tres se partieron de risa. Lolly se estaba riendo tan fuerte que tuvo que sentarse. Sabía que era la mota la que estaba haciendo de esa terrible situación algo tan divertido, pero se sentía bien liberar la tensión. Había pasado tanto tiempo con un problema detrás de otro.

—¿Cómo se llama esta cosa? —le preguntó a Murf—. Está superfuerte.

—California Dreamin', aunque deberíamos cambiarle el «sueño» por «pesadilla» —dijo Murf—. Ey, momento. —Miró a Vronsky—. Es la primera vez en mi vida que prefiero ser yo a ser tú, sobre todo porque tienes esos tenis blancos Bertolucci que me traen muerto de celos, pero ahora sí te COGIERON... y no en el buen sentido, amigo mío, no en el buen sentido.

Vronsky dejó la bolsa de verduras, se puso los lentes de Thom Browne sobre los ojos y se recostó mientras levantaba el dedo de en medio y mandaba al diablo al mundo entero.

Al día siguiente, Anna despertó con un dolor de cabeza taladrante. Se arrastró hasta un extraño baño que no reconoció y se obligó a vomitar, cosa que no le resultó difícil. No salió mucho, solo un poco de bilis amarillenta que olía a podredumbre. Lo único que quería era arrastrarse de vuelta a la cama y dormir. Se preguntó si su hermano tenía algún somnífero o Xanax.

Lolly y Steven estaba acurrucados en la habitación más pequeña y Anna sintió una punzada de culpa por haberse adueñado de la cama *king size*, aunque no recordaba cómo había llegado a ella. Ver a su hermano abrazando a su novia en la cama la hizo pensar en la siesta que ella había tomado con Vronsky en el avión de Beatrice veinticuatro horas antes y el recuerdo hizo que quisiera volver a vomitar.

Sabía que Steven guardaba sus drogas en el fondo de un hermoso joyero de cuero naranja que ella le había regalado dos Navidades atrás. Era un lugar especial para guardar sus mancuernillas y relojes cuando viajaba. Le grabó sus iniciales en el finísimo cuero y adentro había una fotografía de los dos comiendo un Mister Softee en una banca del parque. Debajo de un fondo falso, hecho para ocultar los objetos más valiosos, encontró una colección de píldoras, unos gramos de cocaína y una tira de papel con dos hileras de estampas con *emojis*. Cuando levantó las estampas para examinarlas más de cerca, recordó que Steven le había dicho que Lolly y él iban a tomar ácido en Coachella.

Steven había probado el LSD unas cuantas veces en un campamento de tenis con un amigo suyo de Los Ángeles y le encantó, pero decía que el viaje duraba tanto que no era práctico hacerlo con frecuencia. El ácido y los hongos eran drogas que debían utilizarse solo ocasionalmente, dijo. A Anna le sorprendió que Lolly estuviera dispuesta a probar una droga psicodélica. Pero, como ella seguiría a su hermano a la luna y de regreso, tenía sentido que también lo acompañara en un viaje alucinógeno de doce horas.

A Anna doce horas le parecían una eternidad y cuando Steven le preguntó si gustaba acompañarlos, amablemente se negó. Pero ahora, en el primer día del resto de su nueva vida destruida post-video-sexual, le parecía el escape perfecto. Arrancó una estampa, haciéndole una mueca a la estúpida cara feliz amarilla y se la puso en la boca. Esperaba que tuviera algún sabor, pero no era así. Mantuvo la estampa en la lengua hasta que se disolvió, luego despertó a su hermano para contarle lo que había hecho.

Steven recibió la noticia con calma y le hizo un gesto a Anna para que le llevara la caja de cuero. Le dijo que necesitaba un guía de viaje, así que él también tomaría un ácido. Lolly despertó y cuando él le explicó lo que estaban haciendo, bostezó y sacó su linda lengua rosada. Nadie iba a quedarse atrás.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lolly.

—Hacemos lo que vinimos a hacer —respondió Steven, sentándose en la cama—. Ser los putos amos de Coachella.

Era la primera vez que Steven, Lolly y Anna iban a Coachella, aunque, como todos los adolescentes en Estados Unidos, habían visto videos y fotografías del festival durante años. Hacía

más calor y era más polvoso y lleno de gente de lo que habían creído, pero no eran los tres narradores más confiables del mundo, ya que, para cuando llegaron a la revisión de seguridad para entrar al área VIP estaban casi en otro planeta.

Mientras caminaban por el área principal de la sección VIP, decidieron ver los escenarios más pequeños y tal vez subirse a la rueda de la fortuna antes de que se llenara demasiado. En cuanto cruzaron la valla blanca que dividía el área VIP del resto del terreno, Anna se aferró al brazo de su hermano y le dijo que no le gustaba que hubiera tanta gente ahí. Steven le dijo que no estaban lejos del Jardín de Rosas VIP, donde tendrían acceso a la sombra otra vez. Steven mantuvo las manos sobre Anna y Lolly mientras el trío avanzaba con las pupilas dilatadas entre las masas de asistentes al festival, muchos de los cuales tenían puestos estrafalarios disfraces y seguro estaban tan drogados como ellos tres o más. Había treinta y seis actos distintos ese primer día y LiviX2 estaba programado para tocar al atardecer en el escenario Mojave. La prioridad de Steven era ver a Anderson Paak & The Free Nationals, mientras que Lolly y Anna morían por ver a Billie Eilish.

Steven se detuvo en un puesto y compró tres botellas de agua mientras les aconsejaba a Anna y a Lolly que se mantuvieran hidratadas. Lolly anunció que tenía que ir al baño; Steven dijo que deberían esperar hasta llegar al área VIP, pero Lolly dijo que no podía. Él les enseñó la fila para los baños portátiles y dijo que las esperaría cerca. Mientras aguardaban en la fila, Lolly y Anna no dijeron nada, pero se tomaron de la mano para no separarse por accidente. En Coachella había gente de todas las edades, algunos vestidos con el mismo estilo desértico chic californiano, un mar de shorts de mezclilla y playeras sin mangas, botas vaqueras, sombreros de paja y bandanas, mientras que otros llevaban sus atuendos al extremo: las chaparreras de cuero sin trasero más grandes del mundo con botas de motociclistas. Y estaba la chica frente a ellas, con el cabello platinado, pantalones acampanados de leopardo y una ombliguera también de leopardo. Lolly le dijo que le gustaba su atuendo y la chica anunció con orgullo que su mamá lo había confeccionado de forma expresa para Coachella.

—Es la tercera vez que vengo —dijo la chica—. Cada año es mejor, pero la fila para el baño también es más larga.

Cuando Anna le preguntó su nombre, la chica dijo que se llamaba Eleanor; Lolly le dijo que le gustaba el nombre, aunque conocían a otra chica en casa que se llamaba Eleanor y era muy distinta a ella. La chica rio y se puso un par de gafas oscuras con forma de corazón.

En cuanto se las puso, Anna sintió que la inundaba una oleada de pánico, como si un fantasma indeseado se hubiera apoderado de su cuerpo. Las gafas le parecieron distorsionadas y enormes y los corazones se extendían y parecían latir como órganos reales.

—Lolly, no puedo estar aquí —susurró—. Voy a buscar a Steven. Me siento rara.

Lolly asintió y le preguntó a la Eleanor californiana si quería quedarse con ella, pues había tomado ácido por primera vez y estaba un poco asustada. La chica sonrió y dijo que también había comido unos cuantos hongos, pero que no tenía problema en ser su niñera de drogas mientras esperaban.

Anna deambuló buscando a Steven, pero no logró localizarlo a pesar de que traía una gorra roja brillante de OYE, BRIDGET. El problema era que todos los colores habían comenzado a fundirse unos con otros, por lo que mirar a la multitud para buscar a Steven era como intentar tomar la

crayola exacta de un juego de noventa y seis colores que se derritieron en una masa multicolor tras meterla a la secadora por accidente al estar drogada. El sol brillaba demasiado y Anna comenzó a sentir que se sobrecalentaba. Un tipo disfrazado de payaso se acercó a ella y le preguntó su nombre.

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó Anna, de pronto asustada—. ¿Me conoces? —El terror hacía que hablara más alto y el payaso levantó las manos con guantes blancos y comenzó a alejarse despacio, diciéndole que la había confundido con alguien más—. ¿Quién creíste que era? —gritó Anna—. ¿Quién? ¡Dime!

—¡Julieta! Creí que eras mi Julieta —gritó el payaso en respuesta.

Esto hizo que una tristeza abrumadora se posara sobre Anna: un Romeo disfrazado de payaso había perdido a su Julieta. «¿Cómo va a encontrarla?». El suelo comenzó a transformarse e inclinarse bajo sus pies. «¡Dios mío!», pensó. «¡Un terremoto!». Vio una tienda blanca a la distancia y, recordando lo que Steven había dicho sobre la tienda VIP, corrió hacia ella mientras dejaba caer su botella de agua.

Cuando llegó a la puerta, puso su pulsera amarilla sobre el sensor y se encendió una luz verde. Anna se encontró caminando por un hermoso jardín de rosas y estuvo a punto de sentarse en una banca, pero las rosas comenzaron a mecerse en la brisa del desierto y sintió como si las flores le susurraran algo, así que siguió adelante; quería evitar cualquier conversación alucinógena. El área VIP estaba menos llena de gente y la que había era más atractiva, menos sudorosa y nadie estaba disfrazado de payaso. Anna encontró un pequeño espacio en un sofá donde una pareja estaba tomada de la mano, vapeando; se apretujó junto a ellos, mascullando una disculpa. Sintió náuseas y que el suelo se movía. «No es un terremoto, es el viaje. Estás bien».

A un costado había un área en la que la gente estaba parada junto a la valla escuchando a la banda que tocaba en el escenario más cercano. Anna quedó hipnotizada por el grupo danzante y cómo unas estelas de color se desprendían de la ropa de todos. Entonces lo vio. Alexia estaba bailando, rodeado de tres chicas con pelucas rosa fluorescente. Las chicas reían y se tomaban de las manos. Una víbora de la mar con Vronsky en el centro.

«Ya se olvidó de mí. Siguió adelante y me reemplazó con tres chicas asiáticas con cabello de algodón de azúcar». Anna odió a las chicas y a sus estúpidas pelucas de fiesta. Odió sus caras y sus largas y bronceadas piernas. Odió la chamarra de mezclilla cortada y las botas vaqueras turquesa con rojo que la más bonita de las tres tenía puestas. Quería golpear al chico rubio que bailaba. Quería arrancarle todos sus estúpidos rizos de la cabeza, pero no podía moverse. Sentía que era parte del sofá, como si estuviera sentada en un reloj derretido en una pintura de Dalí. «El tiempo se derrite. Soy una Anna derretida. El tic se convierte en toc. Pronto me habré ido». Alzó una mano: sus dedos parecían más largos de lo que debían ser. «Alexia es el flautista de Hamelín, que toca su flauta y atrae a todas las chicas bonitas a su cama, donde él también se mete y las filma, cama y video, como me hizo a mí...».

Anna volvió a mirar y vio que las tres chicas de cabello rosado se habían fundido en una sola y dejó de estar segura de que el chico rubio era Vronsky. Quiso ver más de cerca; se puso de pie, pero de inmediato perdió el equilibrio y cayó al suelo. Se mordió el labio y, cuando se tocó la cara, tenía sangre en los dedos. «La vida se me está saliendo del cuerpo». Aterrada, buscó la salida

a tropezones. Un guardia de seguridad la vio sangrando y se acercó a preguntarle si estaba bien.

—No, no lo estoy —lloró Anna.

Pasó el resto del día en una de las tiendas de atención médica, donde le confesó a la enfermera que había tomado LSD. Le dieron agua, una bolsa con hielos y un catre. Pasó las siguientes cinco horas hecha bolita, apretando los ojos, viendo remolinos de colores que se movían demasiado rápido y eran demasiado brillantes. Cuando abrió los ojos, vio a una chica japonesa junto a ella vomitando en una bacinilla.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la chica cuando dejó de volver el estómago—. Yo soy Anna.

—Soy Julieta —dijo la chica, resollando.

El esfuerzo de vomitar le había reventado un vaso en el ojo, que ahora era rojo. Anna pensó en decirle que su Romeo con cabello color arcoíris la estaba buscando, pero no lo hizo. «¿Por qué los ayudaría a encontrarse?». Romeo y Julieta terminaron muy mal. «¿Por qué dice la gente que es una historia de amor si los dos terminan muertos? No tiene sentido. ¿Por qué nada tiene sentido?».

XXV

Para entonces, ya estaba oscuro y Murf había pasado las últimas tres horas buscando a Anna, pero con más de cien mil personas alrededor y mala recepción en el celular, era una tarea casi imposible. Steven, quien estaba en su viaje, lo había encontrado y le explicó que había perdido a su hermana y no lograba encontrarla. Murf le dijo a Daler y Rowley que las vería después y le escribió a Vronsky para informarle de la situación. Vronsky, quien había decidido no asistir a las actividades del día, estaba en la casa, embriagándose junto a la alberca; cuando apareció en el festival, estaba completamente alcoholizado. Murf tuvo que amenazarlo con otro ojo morado para que se fuera y le advirtió que no tenía tiempo para ser cuidaborrachos de nadie. Vronsky asintió y emprendió el largo y solitario camino hacia la salida, no sin antes rogarle a su amigo que le escribiera cuando hubiera encontrado a Anna.

Para cuando Murf logró encontrarla en la tienda de atención médica, ella estaba temblando por el aire nocturno a pesar de tener una cobija sobre los hombros. La enfermera no quiso dejar que ella se fuera con su amigo, pues, como le explicó, tenía que hablar con sus padres. Él insistió en que era huérfana y, a pesar de que Anna casi había vuelto a la normalidad, se echó a llorar cuando escuchó la mentirilla de Murf. La enfermera dijo que no le pagaban lo suficiente como para lidiar con esas estupideces y los echó de la tienda.

Coachella en la oscuridad era un monstruo muy distinto y, si Anna no hubiera estado tan mal, le habría parecido que tenía una belleza gloriosa y mágica. Unas enormes instalaciones artísticas iluminaban el cielo nocturno, pero algunos pozos de oscuridad dificultaban la visibilidad. Murf le había puesto una mascada a Anna en la cara para protegerla del polvo, pues se había levantado el viento y se abrían paso entre la multitud hacia el área VIP más grande, donde Steven dijo que estaría. De pronto, Anna dejó de caminar y se negó a moverse.

—Vamos, ya casi llegamos —dijo Murf.

Anna señaló una pantalla cercana que brillaba con llamas rojas.

—¡Escucha! Está hablando de mí.

Murf miró a la gigantesca pantalla con Anna. No conocía a la pequeña prodigio de diecisiete años que cantaba: «*Don't say I didn't warn ya. All the good girls go to hell...*». «No digas que no te lo dije. Todas las chicas buenas van al infierno...».

—Anna, estás drogada. Es solo una canción. No vas a ir al infierno.

Anna comenzó a llorar, se sentó en el césped y se llevó las manos a la cara. Fue entonces cuando Murf no tuvo más opción que levantar a Anna con los brazos y cargarla como a una bebé.

La llevó de vuelta al búngalo y esperó a que Steven y Lolly volvieran tras la presentación de Childish Gambino, la principal de esa noche. Lolly, quien seguía en su viaje, entró bailando y declaró que Coachella era una religión y ella su más reciente apóstol. Nunca en su vida había pasado un tiempo tan mágico y salvaje.

Murf les dijo que Anna estaba empacando para irse, lo que hizo que Lolly estallara en lágrimas ante la idea de no quedarse a ver a Ariana Grande el domingo en la noche. Steven le dijo a su novia que él tenía que hacer lo que fuera mejor para su hermana. Aunque Lolly lo entendía a nivel racional, a nivel irracional no pudo evitar hacer pucheros y dar pisotones. Al oír el alboroto, Anna salió corriendo de su habitación y dijo que no podía soportar más miseria y aceptó quedarse el resto del fin de semana. Incapaz de controlar sus emociones, Lolly corrió hacia ella y la abrazó con tanta fuerza y durante tanto tiempo que Murf tuvo que quitársela de encima a Anna. Lolly, hecha un mar de lágrimas otra vez, juró que lloraba de gratitud por todas las bendiciones de las que estaba gozando. Dio una vuelta de carro en la sala y corrió a su habitación para ponerse un nuevo atuendo.

—¿Tengo que creer que lo que acabo de experimentar es un buen viaje de ácido? —dijo Anna con una sonrisa melancólica.

Steven le explicó que las drogas psicotrópicas se alimentan de la energía de tu estado emocional y, por lo tanto, el desafortunado viaje pesadillesco de Anna era casi inevitable, teniendo en cuenta todo lo que estaba ocurriendo. Le dijo a su hermana que, si aún quería irse de Coachella, sin duda iría con ella y que no debía preocuparse por Lolly.

Anna sacudió la cabeza y dijo que no tenía caso irse, pues, la verdad, ya no tenía dónde esconderse. Abrazó a su hermano y le dijo que iría a dormir y que lo vería en la mañana.

Murf siguió a Anna a su habitación e intentó hablar de Vronsky una vez más, pero en cuanto oyó su nombre, Anna se tapó los oídos y gritó «¡Lalalalalalala!» hasta que Murf dejó de hablar. Antes de irse, le dio su palabra de que estaba seguro de que Alexia no tuvo nada que ver con el video. Anna no respondió nada, solo tomó la cara de Murf entre sus manos.

—Me salvaste, Murf. Estaba perdida y me salvaste —dijo.

Mientras caminaba de vuelta a casa de Beatrice, Murf supo dos cosas: la primera, que no probaría LSD al día siguiente, como planeaba hacerlo, pues los ácidos le parecían una estupidez; la segunda, que no vería a Anna al día siguiente. En la mañana, cuando despertó en medio de Daler y Rowney, lo primero que pensó fue: «Se ha ido».

Más tarde, en Coachella, Steven confirmó las sospechas de Murf y le dijo que al despertar se encontró con una nota de su hermana donde le informaba que tenía que largarse de ahí y que se

dirigía a la playa. Como no podía dormir, decidió que no tenía caso dejar un festival en medio del desierto solo para ir al festival que le esperaba en Nueva York, si bien era un festival de los horrores muy distinto. A sabiendas de que su vida familiar nunca volvería a ser la misma después de confesarle a sus padres que era la estrella de un nuevo video sexual, decidió que podía tomarse el resto del fin de semana. Le pidió a su hermano que no se preocupara, pues no estaría sola.

La hermana menor de su papá, Jules, vivía en Los Ángeles y trabajaba en «la industria». De la nada, Anna la llamó y preguntó si podía ir con ella. No conocía muy bien a su tía Jules, pues se había alejado de la familia; cuando tuvo que elegir entre su madre y su hermana, el papá de Anna había tomado el lado de su mamá. Hasta donde Anna sabía, su papá hablaba con Jules un par de veces al año y ella solo la vio una vez, cuando era muy pequeña. Anna y Steven recibían regalos de cumpleaños de su tía, por lo general memorabilia hollywoodense superexclusiva o lentes oscuros de edición limitada, pero no tenían ningún otro contacto significativo con ella.

Cuando recibió la llamada de Anna a las cuatro de la madrugada, Jules pareció desconcertada y le envió un mensaje con su ubicación y dirección en Malibú. Cuando Anna llegó, se sorprendió al ver que su tía tenía un enorme terranova café que, cuando se paró sobre sus patas traseras para asomarse por la valla de madera que rodeaba la casa, medía casi lo mismo que Anna.

—¿Cómo es que no sabía que ella también tiene terranovas? —se preguntó Anna en voz alta—. ¿Por qué no me lo dijo papá?

Su tía le contó que había sido su papá quien le regaló su primer terranova, doce años atrás. Este era su segundo. Le dijo que su hermano le había enviado una fotografía del perro de Anna y su premio en Westminster.

—¡Te veías tan feliz!

La tía Jules le dijo que su esposo seguía dormido, así que acomodó a Anna en el cuarto de visitas, un garaje remodelado con una pesada puerta corrediza de madera. Cuando Anna subió a la cama elevada, sonrió: podía oír el mar del otro lado de la calle.

Pasó todo el día siguiente bajo una sombrilla en Broad Beach, sentada junto a su tía, quien leía un libro y no le hizo una sola pregunta sobre por qué estaba ahí, salvo para asegurarse de que su padre conocía su paradero. Anna le explicó que sus padres creían que estaba en Coachella y no esperaban que volviera a casa hasta el lunes en la noche.

—Okey. No voy a insistir —dijo la tía Jules—. Cuando estés lista para hablar, hablamos.

Anna estaba tan agradecida por la actitud relajada de su tía que los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero, antes de que pudiera derramar una sola, Kimba, el terranova café de su tía, se sentó y le lamió la cara. Anna no había nadado con un terranova nunca, pero lo hizo ese día. Le escribió a Steven y le dijo que estaba en Malibú y que los vería a Lolly y a él en LAX el lunes para volver a casa juntos. Se disculpó por huir como ladrón a la mitad de la noche, pero lo que quería —no, lo que necesitaba— era un poco de tiempo a solas. A Steven le alegró saber de ella, se disculpó por no haber sido el mejor de los guías de viaje de ácido y prometió ayudarla a superar la ira de sus padres, pues tenía bastante experiencia en el campo.

Anna pasó el día siguiente en la playa, desde el momento en que despertó hasta que oscureció. Los perros no tenían permitido estar en la playa y los patrulleros pasaban dos veces al día para multar a quienes rompían las reglas, pero, una vez que se iban, Kimba podía volver. Cuando no

hubo moros en la costa, Anna le escribió a la tía Jules y ella apareció con Kimba diez minutos después. Había algo increíble en ver a un perro gigante navegar el poderoso océano Pacífico y Anna sintió que podría mirarlo por siempre. Cuando cayó la noche, ella y su tía caminaron por la playa y Anna le contó la historia completa. Se sentía bien hablarlo con un adulto que no fuera papá o mamá y, ya que la tía Jules era guionista de cine y televisión, Anna supuso que no era el tipo de persona que la juzgaría.

Cuando Anna terminó, su tía le preguntó si quería un consejo o si solo necesitaba sacárselo del pecho. Ella nunca había escuchado esa pregunta, pero tras pensarlo, dijo que se había sentido bien hablándolo todo con apertura y honestidad y quizá necesitaba un poco más de tiempo a solas con sus pensamientos. Su tía estuvo de acuerdo en que eso parecía sensato y le explicó que su esposo y ella solían vivir en el oeste de LA, pero terminaron por mudarse a Malibú, ya que ella sentía que el océano le ayudaba a pensar las cosas, algo muy importante para una escritora.

Esa noche, el esposo de Jules, Wilson, hizo cuatro *filet mignon* y ocho elotes en el asador; comieron juntos en la terraza y Kimba pudo comer su propio trozo de carne, que devoró en una sola y divertidísima mordida. A Anna le encantó enterarse de chismes hollywoodenses que no tenían nada que ver con ella. Esa noche no pensó en sus propios problemas ni una sola vez y, cuando se fue a la cama, Kimba la acompañó. Los perros de Anna no tenían permitido dormir en la cama, pero la tía Jules dijo que ellos vivían según las reglas de la playa, lo que significaba que habría arena en todas partes de todas formas, así que al demonio con las reglas.

A la mañana siguiente, la tía Jules la llevó al aeropuerto, pero no hablaron mucho en el camino. Anna miró el océano Pacífico a su derecha y fantaseó con no volver a la Costa Este y vivir en la playa por siempre. Cuando se detuvieron en la terminal, sintió que su ansiedad subía como la marea.

—Okey. Tengo miedo. Creo que ahora sí necesito un consejo.

—Confía en tus instintos, Anna —dijo su tía—. Sé que suena muy cursi, pero según lo que me has contado, tomaste todas las decisiones correctas que pudiste en estos últimos meses. Te enamoraste, la cagaste un poco, pero todo estará bien. Baja la cabeza, sigue adelante y en algún momento saldrás de la tubería llena de mierda.

—Ajá... —respondió Anna con cautela—. ¿Y qué significa eso?

—¿En serio nunca has visto *Sueño de fuga*? Tim Robbins es un hombre acusado falsamente de haber asesinado a su esposa y, tras años de cavar y cavar la pared de su celda con un pequeño palillo de geología, al fin logra salir de la prisión y tiene que arrastrarse, en verdad arrastrarse, por una larga tubería llena de mierda. Es uno de los finales más satisfactorios en la historia del cine. A eso es a lo que vas a casa: a enfrentarte a tu propia tubería llena de mierda. Así que acéptalo y sigue adelante, centímetro a centímetro y lo superarás. ¿El video sexual? Eso es solo la mala suerte de que te haya tocado crecer en la era de los *smartphones* y de la cero privacidad. Apuesto a que no fue Vronsky. Ese video fue para joderte. Es pornovenganza.

Pornovenganza, pensó Anna, era la palabra más horrible que había escuchado.

Anna y su tía se abrazaron durante un largo rato en la banqueta, con Kimba asomando la cabeza por la ventana, jadeando.

—Vas a estar bien —dijo Jules una vez más—. Te lo prometo. Ser adolescente es asqueroso,

pero todo mejora conforme creces. De hecho, eso tampoco es cierto. Todo mejora cuando te importa un carajo lo que piensen los demás. Ah, por cierto, que no se te olvide saludarme a tu papá, ¿eh?

—¿Puedo pedirte un favor, tía Jules? —dijo Anna—. ¿Podrías llamarlo y contarle lo que pasó? No sé si yo puedo hacerlo. ¿Por favor?

—Supongo que para eso están las tías ausentes —dijo Jules—. «Hola, hermano. Sé que tenemos cinco años sin vernos, pero nada como un video sexual para unir a la familia». ¡Es broma! Échame el video y yo se lo mando... ¡Es broma! Yo le llamo. Ahora, vete, no vayas a perder tu vuelo.

Cuando Anna cruzó las puertas automáticas de LAX, se sintió tan preparada como podía estarlo para arrastrarse por el drenaje que la llevaría a la salvación.

xxvi

Ya que se acercaba el final del año y dadas las circunstancias extraordinarias, la Academia Greenwich le permitió a Anna trabajar con un tutor y terminar el semestre desde casa. Tras una minuciosa investigación de las autoridades de la escuela, no se pudo determinar el origen del video y se le entregó el caso al FBI, pues distribuir un video con menores de edad teniendo sexo era un delito federal. En todas las escuelas privadas en el área de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut, a todos los estudiantes que recibieron el video (y fueron muchos) se les revisaron sus teléfonos para localizarlo. Se borraron todas las copias del video sexual de Anna K que fueron encontradas. (Claro está, había muchas más circulando por ahí, si sabías a quién preguntarle).

Como había prometido, la tía Jules llamó al padre de Anna mientras ella volaba a casa. Le contó a su hermano mayor lo que había ocurrido, sin incluir el malviaje de ácido y terminó con el video explícito de su hija que casi todos los adolescentes de la Costa Este ya habían visto. Edward escuchó a su hermana relatar la historia de su hija contemplando el océano Atlántico desde el pórtico de la casa en Portland, Maine, que su esposa y él habían rentado para ese fin de semana.

—¿Te llamó a ti? —le preguntó Edward a Jules, con quien no había hablado desde Navidad y solo conversaron durante unos minutos en aquella ocasión—. ¿Por qué no vino a mí?

—No estás viendo lo importante, Eddie. ¡Deja tu tonto orgullo! Si tú fueras Anna y descubrieras que alguien publicó un video en el que estás teniendo sexo, ¿te lo contarías a ti? Alégrate de que Anna entendió que necesitaba ayuda y llamó a un adulto.

—¡Ah! ¿Eso es lo que eres ahora? —exclamó Edward, furioso porque ninguno de sus supuestos amigos, que sin duda ya sabían la noticia para entonces, se hubiera tomado la molestia de comunicarse con él.

—Vi el video. Es grave. ¿Sabes? Si quiere venir a LA y terminar la preparatoria aquí, es más que bienvenida.

—Primero la mandarían a Marte antes que a la ciudad de los putos y las locas.

—Dios, no has dejado de ser un imbécil. Es un milagro que hayas logrado criar a una buena hija. Mira, ella me pidió que llamara. Llamé. Ahora tengo un sándwich esperándome. Con tu permiso.

Edward no necesitó mucho tiempo para encontrar el video de su hija entrelazada con un tipo ante las puertas del éxtasis. Pausó el video en un cuadro del rostro de la chica. No había duda de que era Anna. El pixeleado *close-up* le provocó náuseas, pero la sensación quedó desplazada de inmediato por una oleada de furia.

Si hubiera sido Steven, no le habría sorprendido. Pero ¿Anna? Solo tenía diecisiete años. Gracias a su reciente fin de semana con su esposa, quien había confesado su traición, Edward ya estaba de pésimo humor. De vuelta en casa, en su estudio, el padre de Anna miró el marco de Jay Strongwater, un corazón con joyas rojas y moradas, que tenía en su escritorio. Contenía una poco usual fotografía en la que toda la familia parecía feliz de estar junta. Miró la fotografía, a su aparente familia perfecta. Atractiva, adinerada, una familia que parecía tenerlo todo. Lanzó el marco al otro lado de la habitación y lo vio estrellarse contra un antiguo jarrón coreano que tenía unos doscientos años en su familia y que pensaba darle a Anna algún día.

Cuando sus hijos llegaron a casa del aeropuerto, Edward envió a Anna a su habitación sin mirarla y exigió la presencia de Steven en su estudio. Anna corrió a su recámara entre lágrimas; Steven siguió a su padre. Edward descargó su ira en su hijo, aun cuando sabía que era injusto. Steven recibió la culpa de su padre con un estoicismo que había aprendido precisamente de él. Soportaría la furia de su padre si eso implicaba proteger a Anna. Steven esperó, pues sabía que no debía decir palabra alguna hasta que él le hiciera una pregunta directa.

—¿Debería mandarla a un internado? —preguntó su padre.

—No lo sé —respondió Steven—. Tal vez deberías preguntarle a Anna qué es lo que ella quiere.

—Es una niña —dijo su padre—. No sabe qué le conviene. No puede entender la magnitud de...

—No fue su culpa, papá. Fue algo que pasó —dijo Steven, aunque sabía que su papá estaba demasiado enojado como para entender de razones.

—Las cosas no pasan. Las cosas pasan por otras cosas. Le fallé como padre y tú le fallaste como hermano. ¿Por qué no estabas cuidándola? ¿O estabas demasiado ocupado divirtiéndote con tus amigos y gastándote mi dinero? ¿Crees que no me entero de lo que pasa?

Steven pasó saliva con fuerza y notó que su padre no incluyó a su mamá entre los culpables, aunque estaba seguro de que estaba en el primer puesto de su lista.

—Tal vez el internado no sea tan mala idea. Anna podría ir a Deerfield conmigo el año que viene.

—Si es que la aceptan, después de lo que pasó.

—Papá, no estamos en el siglo XIX. Sé que tú crees que está arruinada, pero no es así. Ella es la víctima. Alguien le hizo esto y, sí, tal vez su reputación no sea impecable, pero hay tantos chicos en la ciudad que han hecho cosas mucho peores...

—¡No me importa ningún otro chico! —gritó Edward, golpeando el escritorio con el puño—. Solo me importan los míos.

Tras dar un golpecito a la puerta, Anna asomó la cabeza con la mirada fija en el piso y voz temblorosa.

—¿Puedo hablar contigo, por favor? ¿Podemos hablar?

—No puedo siquiera verte en ese momento, mucho menos hablar... —respondió Edward,

evitando hacer contacto visual con su hija, quien bajó la cabeza y volvió al corredor.

El corazón de Steven se rompió por su hermana.

Más tarde, él le dijo a Anna que su padre había decidido que se quedaría en la ciudad, castigada por tiempo indefinido. Enviaron a recoger a sus perros y extrañaría a sus caballos, pero le alegraba vivir en la misma casa que Steven. Y, al menos, sus perros la trataban tan bien como siempre, aun si a ella no le permitían pasearlos. El día después de que volvieron, su madre llamó a Steven y a Anna a su habitación y les dijo que ella y su padre habían decidido pasar un tiempo separados. Por el momento, ella viviría en Greenwich, mientras que su padre se quedaría en la ciudad con ellos. Cuando Anna preguntó si era a causa suya, su madre le respondió que la suya no era la única vida que se estaba desmoronando. Lo único que dijo fue que lo que sucedió en Maine no había salido muy bien. Habían decidido la separación de prueba antes de enterarse de la caída en desgracia de su hija.

—Como es obvio —señaló—, tus estupideces no ayudan.

—¿Se van a divorciar? —preguntó Steven.

—No lo sé —respondió ella.

A Dustin le pagaban ahora para ser tutor tanto de Anna como de Steven, pero Lolly ya no tenía permitido ir a estudiar con ellos. No lo tomó de forma personal, pues estaba ocupada con sus ensayos después de la escuela. Todas las escuelas privadas de la ciudad fueron invitadas a escoger un número musical de la obra que hubieran montado ese año para presentarlo en un enorme concierto de Fin de Año en el Lincoln Center. Los ingresos que se recaudaran con los boletos irían a una beneficencia. Lolly fue la alumna elegida para representar a Spence, pues había hecho el papel de Eliza en la producción escolar de *Hamilton*, con solo mujeres. Pronto debutaría en el Lincoln Center frente a mil personas que habían pagado quinientos dólares por boleto para financiar la educación artística de los jóvenes poco privilegiados de la ciudad.

El mes transcurrió más rápido de lo que Anna pensaba. No sabía cuáles habían sido las repercusiones del video sexual, pues no había visto a nadie del mundo exterior con quien pudiera discutirlo. Pasaba sus días leyendo, tocando canciones tristes en el violín y aprendiendo a dibujar caballos y perros con videos de YouTube. Estaba feliz de ver a Dustin y notó cambios en él de inmediato. Había una ligereza en su persona, el brillo del amor recién descubierto, y en él reconocía la misma expresión que había visto en el espejo durante su amorío con Vronsky. Sus días de felicidad fueron demasiado pocos, pero al menos sabía que era posible sentirse así. Dustin y Kimmie ya eran una pareja y aunque Dustin era demasiado considerado como para hablar de ello frente a Anna, ella estaba feliz por él y se lo dijo. Le reconfortaba saber que al menos otras personas —Dustin y Kimmie y Lolly y su hermano— tenían la posibilidad de encontrar la felicidad juntas, aun si no había sido posible para ella.

xxvii

La noche del concierto de Lolly en el Lincoln Center, Anna ya se había arreglado y estaba en el vestíbulo cuando su papá y Steven salieron de sus habitaciones, vestidos para el evento.

—Yo también voy —dijo Anna—. ¿O sigo siendo prisionera en mi propia casa?

Antes de que su padre pudiera responder, su madre entró al departamento y oyeron sus tacones chocando con suavidad en el piso de mármol. Los padres de Anna y Steven no le habían dicho a nadie de sus problemas maritales y mantenían las apariencias en los eventos sociales, así que la mayoría de la gente suponía que sus ausencias se debían a los problemas de Anna.

Por un incómodo momento, los cuatro se quedaron parados frente a frente antes de que el padre de Anna abriera la puerta y los cuatro subieran en silencio a un auto y se dirigieran hacia el sur.

Anna no tenía idea de cómo sería su primera aparición en público en Nueva York tras la publicación del video. Sin duda, para ese momento el alboroto ya habría disminuido. Steven le había contado que todas las escuelas de Manhattan se habían unido para borrar tantos videos como fuera posible gracias a que su padre cobró unos cuantos favores en Washington y ofreció donaciones como si fueran dulces en Halloween. El asistente financiero de la madre de Vronsky también había hecho todo lo posible, pero el culpable seguía en las sombras y todos especulaban sobre quién habría derrocado a la gran Anna K. Muchos suponían que se trataba del Don de Greenwich, pues era quien tenía más motivos para cobrar venganza. Anna se enteró de los rumores gracias a Steven, pero no creía que hubiera sido obra de Alexander. Ciertamente, era sin duda uno de los sospechosos, pero no era su estilo, así que Anna aceptó el misterio de su caída como eso, un misterio. ¿Qué más daba?

Cuando la familia K llegó al Lincoln Center, se hizo el silencio entre el animado público. Sus padres recibieron amables saludos, pero Anna, ahí parada, no pudo evitar notar que nadie la miraba. Steven y ella se sentaron al frente, con el resto de los estudiantes y Anna se alegró, pues creía que sus compañeros la tratarían mejor que sus decepcionados padres, que no querían pensar que, si alguien como Anna podía quedar atrapada en un escándalo sexual, podría ocurrirle cualquier cosa a su prole.

Pero no fue mejor, ni de cerca.

Al ver a Anna, todas las chicas voltearon hacia otro lado, pero eso no fue nada en comparación con las miradas de los hombres que recibió al pasar: risitas, miradas lascivas y gestos obscenos cuando Steven les daba la espalda. Lo que más la lastimó fueron los susurros que comenzaban a oírse en cuanto pasaba delante de alguien. Mantuvo la frente en alto y se mordió la lengua para contener las lágrimas, pero cuando vio a Vronsky sentado con Beatrice y Claudine, se tambaleó. Vronsky se levantó de inmediato para saludarla, pero Anna dio un paso atrás, se miró las zapatillas Mary Jane de Louboutin y negó con la cabeza.

—Alexia, por favor —murmuró—. No.

Vronsky estaba atónito, pero respetó los deseos de Anna y volvió a sentarse, aunque no le quitó los ojos de encima mientras esta se sentaba con su hermano, dos filas más adelante.

—Pudiste saludarla —le susurró con furia a Beatrice—. Habría sido lindo. Podrías haberla ayudado. Todos se están portando como basura.

—Primo querido, esa niña está más allá de la ayuda —disparó Beatrice—. Y tú mejor que nadie sabes que yo no soy linda. Además, tengo cosas más importantes que hacer con la boca. —Sonrió a Claudine, le mandó un beso y se relamió los labios.

Paralizada, Anna se sentó junto a su hermano mientras intentaba procesar lo que había

sucedido. Nadie, además de Vronsky, la había saludado. Era como si fuera un fantasma en su propio funeral, invisible para todos y, al mismo tiempo, el tema central de conversación.

—¿Quieres irte? —preguntó Steven—. No pasa nada si quieres irte.

—No —dijo Anna—. Esta es la tubería llena de mierda por la que tengo que arrastrarme y en algún momento tengo que empezar.

—¿Eso qué significa? —preguntó Steven.

—*Sueño de fuga* —dijo Dustin, que apareció junto a ellos—. Steven, de verdad necesito que te apliques con tus estudios de historia del cine. Esto es patético.

Anna sonrió a Dustin, quien estaba acucillado en el pasillo junto a su asiento. Se puso de pie para abrazarlo y, cuando se separaron, vio a Kimmie detrás de él. Era la primera vez que Kimmie y Anna se veían desde aquella lejana noche en el club. Anna tenía miedo, pues no sabía si su frágil ego resistiría otro golpe. Sin embargo, su miedo desapareció de inmediato cuando Kimmie dio un paso al frente y le dio un cálido abrazo.

—Siempre la más hermosa del lugar —dijo—. Con razón todo el mundo te odia.

Anna pudo haber llorado o reído, pero la risa ganó, pues sabía que Kimmie estaba bromeando, aun si estaba diciendo la verdad.

—Kimmie, quería disculparme...

Ella la interrumpió.

—Por favor, no. Yo conocía los riesgos, no tenía por qué estar ahí. Si llueve, te mojas.

—Es una cita de *Heat*. La vimos el fin de semana —explicó Dustin.

Las luces parpadearon, anunciando que el espectáculo estaba por comenzar. Kimmie y Dustin corrieron a sus asientos, emocionados por la presentación de Lolly. Cuando las luces se apagaron, Anna se sintió mejor, aliviada por el breve descanso de las miradas de desprecio de todos. En los últimos días había intentado evitar los pensamientos negativos, pero no pudo contener su creciente ira ante lo injusto que era todo lo que estaba ocurriendo. Sí, apareció en un video sexual. Sucedió. ¿Y qué? Todos sabían que quien estaba ahí con ella era Vronsky, pero no parecía importar. ¿Cómo era que él podía caminar por el mundo como si nada?

La canción de Lolly fue el último número del primer acto, antes del intermedio. Salió al escenario con un hermosísimo vestido lavanda de Monique Lhuillier que había conseguido en *Rent the Runway* y que Steven le compró después, pues le pareció que nunca se había visto tan bella. Se acercó al micrófono, se presentó y dijo el nombre de la escuela a la que representaba. Luego bajó la mirada, preparándose para empezar a cantar, pero, en vez de eso, se acercó al micrófono de nuevo y habló.

—Quiero dedicarle mi canción esta noche a la novia de mi hermano y mi muy buena amiga, Anna K. Esta canción es para ti.

El público murmuró en la oscuridad, pero a Lolly no le importó. Había hablado con honestidad y quería hacer algo por Anna, pues, a su manera de entender, nadie necesitaba más la canción.

Lolly comenzó a cantar «It's quiet uptown», la canción de *Hamilton* que cuenta la historia de cuando Eliza y su esposo tienen que lidiar con las devastadoras consecuencias de la muerte de su hijo, tras un duelo innecesario y sin sentido. Hablaba de dos personas que aprenden a perdonarse los errores que habían cometido. Era también una canción de redención y perdón, sobre cómo

Eliza aprendió a dejar ir el pasado y a perdonar a su esposo por haber tenido un amorío con otra mujer. El afligido matrimonio se acercó por la muerte de su hijo y aprendieron a volverse a amar, a pesar de tener todo en contra.

We push away what we can never understand

We push away the unimaginable

Steven nunca había amado a Lolly tanto como cuando le dedicó su canción a su hermana. A Anna nunca la había conmovido tanto una chica como cuando Lolly levantó la voz con valentía para defenderla de una multitud de hipócritas. Kimmie nunca había estado tan orgullosa de su bella hermana, a quien alguna vez consideró superficial y vana y quien la sorprendió siendo todo lo contrario. Y Dustin nunca había estado tan feliz de estar en un teatro oscuro tomado de la mano con la chica a la que amaba. ¿Y Vronsky? Vronsky miraba la nuca de Anna en la oscuridad y se preguntaba si ella estaba pensando en él como él pensaba en ella. A pesar de no haberla visto en un mes, no había dejado de ser lo primero en lo que pensaba al despertar y lo último en lo que pensaba antes de dormir.

Lolly recibió una ovación de pie y, cuando las luces se encendieron, Anna y Steven vieron que sus padres se limpiaban las lágrimas de los ojos. Durante el intermedio, Lolly se acercó a Steven y a Anna, feliz de que su actuación los hubiera conmovido tanto. Anna la abrazó con todas sus fuerzas y le agradeció su bondadoso gesto.

—Lolly, espero no arruinar tu reputación.

—¡Ay, Anna, por favor! —exclamó Lolly—. Antes solo me importaba lo que pensaba la gente de mí, pero ya no. Ahora solo me importa lo que piense la gente a la que quiero. ¡Todos los demás pueden irse al diablo! Si no fuera porque tú me ayudaste a encontrar la fuerza para perdonar a Steven, no estaría aquí. Soy una mejor persona por eso y nunca voy a olvidar lo que hiciste por mí, por nosotros. Siempre estaré agradecida contigo por haberme guiado.

Las chicas volvieron a abrazarse y Steven, abrumado por las emociones, envolvió a sus dos chicas favoritas en sus brazos. Anna estaba llorando, pero eran lágrimas de felicidad. Por primera vez en mucho tiempo, estaba agradecida por la gente que la rodeaba. Había pasado por lo inimaginable y seguía arrastrándose entre la mierda, pero ahora tenía la esperanza de que, algún día, saldría del otro lado y sería libre de nuevo. Se disculpó para ir al baño y se quedó unos minutos sentada en el cubículo, secándose las lágrimas. Cuando se puso de pie, se detuvo al oír a algunas chicas conversando frente al espejo.

—¿Puedes creer que se atrevió a aparecer? Si yo fuera ella, me habría ido de la ciudad. Se merece todo lo que le pasó...

—Vestida como toda una dama, pero no deja de ser una puta infiel, como su mamá. ¿Supiste? Están separados y la mamá está viviendo sola en Greenwich.

—¿Viste? El pobre Alexander vino con Eleanor. Debe estar furioso por todos los años que desperdició con esa basura mestiza.

Antes de salir, Anna esperó a que el baño se vaciara. Se sentía fatal, pero estaba demasiado impactada como para llorar. Salió del cubículo, se lavó las manos y se miró en el espejo un buen

rato. No le gustó lo que vio y supo qué era lo que tenía que hacer. Salió del baño y fue directo a donde estaba Alexander, quien estaba recargando en la pared, esperándola.

—Hola —fue lo único que Anna, sorprendida, logró decir.

Notó que Alexander tenía los ojos vidriosos y se preguntó si se sentía bien.

—¿Estás bien? —preguntó él antes de que ella pudiera hacerlo.

Anna estuvo a punto de decir que sí, pero habría sido una mentira.

—No mucho —admitió.

—Sí, me lo imagino —respondió él—. No, de hecho, no puedo imaginármelo.

Anna esperó a que dijera algo más, pero no lo hizo. No estaba segura de qué quería de ella y tampoco de si quería saberlo.

—¿Hay algo que quieras preguntarme?

—¿Alguna vez me amaste?

Alexander se odió por ser tan patético, pero era algo que quería saber con desesperación. A pesar de que el dolor ya no era tanto, seguía tomando Percocet. Y, aunque su doctor le había advertido que era momento de que lo dejara, no había podido hacerlo. Aún sentía dolor todos los días, pero quizás no venía de su pierna; tal vez era su orgullo. No podía dejar de sentirse como un animal herido porque Anna lo hubiera dejado por otro. Vaya Don resultó ser. Repasaba la relación una y otra vez en su cabeza, arrepintiéndose de todas las cosas que pudo haber hecho de otra manera.

—Estás mejor sin mí —respondió Anna.

Había tanto que quería decirle. ¿Por qué tuvo que pasar todo esto para que pudieran hablar con esa honestidad? Por un momento, deseó poder volver al pasado, pedir una segunda oportunidad, recuperar su antigua vida, en la que todo tenía sentido. ¿Era aquella una mejor versión de sí misma? ¿Era aquella una chica que podía mirarse en el espejo sin sentir vergüenza?

—Lo siento, Alexander. Lamento haberte lastimado. Cometí muchos errores.

Tras decir eso, se dio vuelta y se alejó. Cruzó el enorme vestíbulo de la sala Alice Tully y se dirigió hacia la salida y a la oscura y lluviosa noche.

xxviii

Cuando Alexander W tomó su asiento junto a Eleanor en la parte trasera del teatro, se sentía terrible. Vio a Anna entrar con su familia y una oleada de dolor lo inundó. Cuando ella terminó las cosas, antes de que él volviera a Cambridge, se sintió enojado y herido, pero solo sintió lástima al enterarse del video. Anna había cometido errores, sí, pero de ninguna manera se merecía un destino tan terrible. Quería decir algo, pero cuando tuvo la oportunidad se dio cuenta de que no sabía qué decir. En cambio, se descubrió mirándola como si fuera la primera vez. Siempre supo que era hermosa y talentosa, pero quizá nunca se tomó el tiempo para conocerla de verdad. La amó desde el momento en que la vio, pero ¿qué significaba eso? Eleanor se movió en su asiento.

—No la vi volver. ¿Tú? Tal vez se fue. No puedo creer que tenga el descaro de aparecer en público.

—Eleanor, por favor, ya cállate —dijo Alexander—. Olvídalo.

—¿Por qué sigues defendiéndola? —siseó Eleanor—. Te hizo quedar como un tonto y al resto de la familia también. Me alegra que haya caído en desgracia. Se lo merecía y no me arrepiento de nada. «Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor».

Le tomó más tiempo del debido que las palabras de su media hermana cobraran sentido. El que Eleanor citara pasajes extraños de la Biblia no era nada nuevo, pero ¿qué era lo que estaba diciendo? Y, entonces, lo supo. A pesar de que la segunda mitad del espectáculo había comenzado, se levantó y salió del teatro. Mientras estaba solo en el lobby, intentó ordenar sus ideas, pero no sabía qué hacer. Oyó que una puerta se cerraba y, cuando alzó la vista, se encontró a Vronsky entrando de vuelta al teatro. Había salido para buscar a Anna, pues notó que no volvió después del intermedio. Vronsky vio a Alexander solo y su encuentro cara a cara fue inevitable.

—Alexander —dijo con un lacónico gesto con la cabeza.

—Vronsky —respondió Alexander.

Vronsky estaba en la puerta de la sala, a punto de entrar, cuando oyó la voz de Alexander.

—Espera. —Vronsky se dio vuelta y volvió hacia donde estaba el hombre que alguna vez fue su gran rival—. Eleanor filtró el video —dijo Alexander sin preámbulos, con la voz ahogada por la atrocidad de las acciones de su hermana—. Pensé que habías sido tú, pero me equivoqué. —Vronsky miró a Alexander sin poder decir palabra alguna. Él había pensado que el culpable era Alexander, para vengarse de Anna por dejarlo—. La vi salir. No se veía bien.

—Quizá se fue a casa —dijo Vronsky.

—Si la amas, deberías buscarla. Te necesita —dijo Alexander, sin importar lo mucho que le dolía la verdad.

Alexander vio a Vronsky correr hacia las puertas y luego hacia la penumbra de Manhattan. Decidió que él tampoco quería quedarse ahí. Sin duda no volvería para sentarse junto a Eleanor, no después de lo que había hecho. Sabía algo que Eleanor no sabía: su padre planeaba divorciarse de su madre. La noticia la devastaría, pues dejarían de compartir un hogar. Una parte de él quería entrar y darle la noticia, lastimarla como ella había lastimado tan injustamente a Anna, a quien él aún amaba. Pero Alexander tomó la decisión moral de no obedecer a su ira y, con la ayuda de su bastón, caminó cojeando por el vestíbulo y salió del edificio. Estaba lloviendo y no tenía sombrilla, pero no le importó en lo más mínimo.

En las calles de Nueva York, Anna estaba empapada, pero, cuando salió del Lincoln Center, no quiso ir a casa, así que caminó. Como en la canción que Lolly había cantado de una forma tan hermosa tan solo quince minutos antes frente a una sala llena, Anna caminó por las mismas avenidas que Alexander Hamilton había recorrido dos siglos antes, llorando por su amor, un objeto dorado que se había convertido en polvo entre sus manos como si fuera un rey Midas a la inversa.

Durante las primeras veinte cuadras zizagueó por los cruces con semáforos, pero al caminar por el tétrico vacío del distrito teatral, se dio cuenta de que solo había un lugar al que pudiera ir.

Para cuando entró a Grand Central, era un desastre medio enloquecido y empapado. Se quitó el cabello húmedo de la frente y siguió su camino con decisión. Las personas junto a las que pasaba no podían evitar mirar a aquella hermosa muchacha con el vestido rojo de seda que iba

dejando una estela de agua entintada tras ella, como si fuera el residuo de un fantasma, el rastro de un espectro.

Tomó la escalera hacia el andén veintisiete. Fue ahí donde lo conoció. La plataforma estaba vacía y caminó hacia uno de los extremos, donde Johnson, el indigente, estaba tendido en San Valentín, llorando la pérdida de sus perros.

«Al menos tuve un buen San Valentín», pensó con amargura. «¿Cómo fue que terminé aquí? ¿Qué debo hacer? ¿Qué va a ser de mí?». La cabeza le daba vueltas. No dejaba de oír las voces del baño. «Me llaman puta. Dicen que merezco todo lo que me pase. Me odian. Deshonré a mi familia. Me deshonré a mí misma. Nadie me amará nunca más. Soy propiedad dañada, el vicio propio de la alta sociedad».

Anna no sabía cuánto tiempo llevaba ahí sentada, en silencio, pero tenía frío y nunca en su vida se había sentido tan miserable. Cuando oyó su voz, pensó: «Me estoy volviendo loca. Ahora soy la chica que delira y oye voces».

—¿Anna?

Se dio vuelta y vio a Vronsky frente a ella. Él también estaba mojado, pero tenía puesto un impermeable, mismo que se quitó de inmediato y dejó caer al suelo. Se quitó el saco y se apresuró a acercarse a aquella triste mujer que estaba en la banca frente a él y se lo puso sobre los hombros.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Anna.

—Vine a buscarte —dijo él, incapaz de decir ninguna otra cosa más que lo que era cierto.

—Pues me encontraste —dijo ella—. Ahora, por favor, vete.

—No fui yo, Anna. Yo no hice ese video y yo no lo publiqué. Fue Eleanor.

Anna volteó a verlo.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Alexander —respondió Vronsky—. Él me lo dijo. Lo acaba de descubrir.

—¡Esa perra traicionera! —murmuró Anna—. ¡Debí imaginármelo!

—Lo siento mucho, Anna —dijo Vronsky—. Estaba desesperado por verte. Te he llamado todos los días, le dejé cartas a tu portero. ¿Te lo dijeron tus padres?

Anna negó con la cabeza.

—Estoy en arresto domiciliario. Nadie me dice nada. De todos modos, no importa, Alexia. ¿No te enteraste? Como dice mi padre, para esta ciudad estoy arruinada.

—No me importa nada de eso —dijo Vronsky—. ¡Te amo, Anna!

—Mi papá quiere mandarme lejos y que empiece de cero —dijo Anna, tiritando de frío—. Pero le dije que no lo haría. ¿Quieres saber por qué?

—Sí, dime...

—Porque, así como tú necesitas estar donde esté yo, yo necesito estar donde estés tú —dijo Anna, respondiendo al fin a la súplica silenciosa de los ojos azul pálido de Vronsky—. Yo también te amo. Aunque sería más fácil odiarte. Pero mi padre dice que el camino más fácil es tentador y al final el camino difícil siempre es mejor. Qué irónico que sus palabras me hayan llevado a la última decisión que él desearía que tomara.

Vronsky no podía contener la esperanza que se acumulaba dentro de él. Anna nunca le había dicho las palabras, ni una sola vez le había dicho que lo amaba. Oír cómo las pronunciaba fue

como escuchar a un coro de todos los ángeles del cielo cantándole solo a él. Se acercó a ella e intentó sentarse en la banca, a su lado, pero ella saltó para evitar el contacto.

—¡Aléjate de mí! —gritó, angustiada—. ¡Nunca funcionaría! Ya es demasiado tarde. ¡Todo es una mierda!

—No tiene por qué serlo —dijo él—. Anna, ¿a quién le importa lo que piense la gente? ¡A mí no! A la mierda todos, menos nosotros. Nos amamos.

—No, mi padre nunca lo aceptará. Y no voy a volver a esconderme y mentir. No puedo. Así es como comenzó todo, con mentiras y traiciones. ¡Estuvimos condenados desde el principio!

—¡Te equivocas! —dijo Vronsky—. No traicionamos nada. Fuimos leales, Anna, leales a nuestro amor. Y no estamos condenados, ¡mierda! No tenemos que estar condenados si no queremos. No estamos en el siglo XIX. Que se jodan todas esas estúpidas normas de conducta. Podemos elegir, podemos decidir, podemos hacer lo que nos venga en gana.

Volvió a acercarse a ella. Lo único que quería era tener a esa chica empapada entre sus brazos. Ella se dejó abrazar, pero solo por un instante, antes de comenzar a golpearle el pecho con los puños y gritar, histérica.

—¡No, no, no! ¡Es demasiado tarde, Alexia!

De pronto, él sintió que lo arrancaban de Anna. No había oído que nadie se acercara, pero un par de manos lo alejaba de su gran amor.

—¡Déjala en paz! —rugió un hombre—. ¡Ella es buena! ¡Ella es buena!

Anna lo reconoció de inmediato: era Johnson, el indigente cuyo perro habían rescatado, también empapado y con la cara llena de lodo.

—¡No! ¡Espere! ¡No entiende! —aulló Anna.

Vronsky se retorció, apesadumado por la aterradora fuerza de Johnson. Para liberarse, no tuvo más opción que darle un codazo en el estómago a aquel hombre mayor. Balboa, el perro al que habían rescatado y que había estado observándolos a la distancia, corrió hacia el alboroto, gruñendo y ladrando. El perro se abalanzó sobre Vronsky, el hombre que había golpeado a su amo. Vronsky gritó de dolor cuando los dientes del animal se hundieron en su pierna y, al revolverse, pateó al perro, que gimió, retrocedió y volvió a atacar. Esta vez se lanzó sobre la espalda del chico, que se había agachado para tomarse la pierna ensangrentada. Vronsky giró, moviéndose por el andén mientras intentaba evitar que la furibunda bestia clavara sus fauces en su cuello. Anna tomó el lomo del perro y jaló con todas sus fuerzas. Balboa voló por los aires, se deslizó por el piso y cayó a las vías del tren.

Anna gritó y corrió a la orilla del andén; Vronsky, horrorizado, la vio saltar detrás del perro.

—¡Anna! ¡Vuelve aquí! —exclamó, corriendo, mientras Anna intentaba acercarse al perro, que gruñía, pero que dejó de mostrar los dientes cuando sintió que Anna era una mano amiga.

Vronsky sintió una brisa que venía del túnel. Miró a su izquierda, a los lejanos faros de un tren que se acercaba. En un abrir y cerrar de ojos saltó a las vías y tomó a Anna por la cintura, pero ella se resistió, gritando desquiciada.

—¡Se cayó por mi culpa! ¿Cuántos animales van a morir por nuestra culpa? ¡Un perro, un venado, un caballo! ¡Ni uno más!

—¡Viene el tren! —gritó Vronsky—. Yo lo agarro. Te lo prometo.

Arrastró a Anna al costado, donde Johnson esperaba. El indigente tendió una mano y jaló a Anna para alejarla del peligro. Vronsky vio su saco, que Anna había llevado sobre los hombros, arrugado sobre las vías. Lo lanzó sobre la cara del perro y, con un rápido movimiento, se abalanzó sobre Balboa, levantó el cuerpo inquieto del perro con el saco y se lo entregó a su dueño.

El tren ya estaba cerca. El invisible conductor hizo sonar el silbato, llenando el andén de un estruendo ensordecedor. Vronsky llegó a tropezones a la orilla, pero antes de que pudiera tomar la mano extendida de Johnson, vio el brillante dije de plata que le había regalado a Anna en San Valentín, con las palabras TÚ y YO grabadas a cada lado. El corazón se le llenó de alegría al darse cuenta de que Anna se había aferrado a su corazón todo ese tiempo, durante el mes entero que él había pasado preguntándose si se habría olvidado de él. Siempre tuvo consigo el dije de plata. Anna lo amaba. Siempre lo amó. Tenía que recuperarlo.

Volvió sobre sus pasos y tomó aquel primer regalo; corrió de vuelta a la orilla, donde Johnson seguía con la mano extendida, mientras el tren salía disparado del túnel. Tomó la mano del indigente, pero cuando este lo jaló para alejarlo del peligro, la mano de Vronsky se deslizó de la mano resbalosa y empapada del hombre.

La última palabra que salió de los labios de Vronsky cuando este cayó de espaldas frente al tren fue *Anna*.

xxix

Dustin pasó al departamento para ver a Anna el día antes de que viajara con Steven, Lolly y su padre para ir al funeral. No la había visto desde la trágica muerte de Vronsky, una semana antes, aunque había hablado con Steven todos los días para saber cómo estaba. Quería darle el pésame en persona, sobre todo después de lo atenta que había sido Anna con él después de la muerte de su hermano unos meses antes. La encontró en su habitación, empacando una enorme maleta. Cuando entró, Anna le mostró una sonrisa llena de dolor, y, cuando la abrazó, ella comenzó a llorar.

—Qué bueno verte, Dustin —murmuró.

—Anna, tenía que decírtelo en persona y estoy seguro de que no quieres hablar de ello, pero quiero que sepas lo mucho que lamento tu pérdida —dijo Dustin—. Sé cuánto lo amabas.

—Gracias. Sí, lo amaba. Lo amo. Tanto —dijo Anna—. Pero, por favor, no puedo hablar de esto. Hablemos de otra cosa. ¿Cuándo es el baile?

Dustin sacudió la cabeza.

—Tal vez no vayamos. Parece una tontería comparado con todo lo demás.

Anna lo interrumpió con una fiereza que lo tomó desprevenido.

—¡No! —exclamó—. Si Kimmie y tú no van, están perpetuando el ciclo de miseria. Por favor, sean felices y bailen juntos. El amor necesita una victoria.

Dustin no supo qué decir. Las palabras de Anna transmitían una tristeza indescriptible. Tan solo asintió, respiró profundo y dijo:

—Vamos a ir. Tienes razón. El amor necesita una victoria.

—Bien. —Anna se sentó en la cama, agotada de repente por su estallido—. Por favor, mándame

una foto. Estoy segura de que Kimmie será la chica más hermosa del baile.

Dustin asintió. Mientras tanto, recordó lo tonto que había sido con su boba meta de ir al baile con una chica que estuviera en «la lista», como si algo tan frívolo hubiera significado algo en el panorama general de su vida. En ese entonces, era un niño con ideas estúpidas sobre el amor y la vida, y, aunque solo habían transcurrido cinco meses, su manera de entender el mundo era ya muy distinta. Era un hombre nuevo, un hombre que entendía qué era lo importante de la vida. No se trataba de ganar el afecto de alguna chica, sino de encontrar a alguien que te entendiera y a quien tú entendieras. No se trataba de llorar por lo perdido, sino de celebrar las vidas de aquellos a quienes perdiste y de hacerlo viviendo una buena vida.

—Entonces, ¿te vas mañana? —pregunto Dustin, señalando la maleta de Anna.

—Sí, iremos a Italia a la ceremonia —murmuró Anna—. Su madre no me iba a dejar asistir, pero cambió de opinión cuando encontró en la habitación de su hijo varios retratos que me hizo y poemas que me escribió. Decidió que él habría querido que yo estuviera, así que vino y me invitó en persona. Lloramos juntas y me dio una copia de sus poemas. —Anna dejó de hablar y se miró las manos, unas manos que nunca volverían a tocar los rizos de oro de su amado—. Aunque no voy a despedirme, no puedo. Lo amaré siempre.

Comenzó a llorar de nuevo, pero sabía que a Dustin no le molestaría, pues ella había estado a su lado varias veces mientras él lloraba la muerte de Nicholas.

Dustin la miró; el corazón se le encogía dentro del pecho por ella. Ni siquiera podía comenzar a imaginarse cómo habría sido presenciar aquello, aunque Steven le dijo que Anna no dejaba de repetir que no habría querido estar en algún otro lugar.

—Por lo menos pude decirle que lo amaba antes... antes... Solo quisiera habérselo dicho antes. Quisiera habérselo dicho todos los días.

—Lo importante —le recordó Dustin— es que lo supo.

—Fue mi culpa, Dustin —susurró Anna—. No se lo había dicho a nadie, pero te lo diré a ti. Fui yo quien insistió en salvar al maldito perro. Lo hizo por mí. Si lo hubiéramos dejado, Alexia seguiría vivo.

—No puedes pensar eso —dijo Dustin, sentándose a su lado—. Fue un accidente terrible. Ese tal Johnson lo tenía, pero no pudo jalarlo a tiempo. No fue tu culpa. ¿Cómo podrías haberlo sabido? Tú incluso bajaste, intentando salvar al perro. No te quedaste parada y le ordenaste que bajara por el perro.

—Pero murió salvándome la vida.

—Y yo con gusto moriría por salvar a Kimmie. Eso es el amor, Anna. Nos da fuerza y nos da un propósito. Vronsky no tenía más opción que salvarte. No podría haber vivido consigo mismo si algo te hubiera pasado.

—Pero ahora soy yo quien está sola. ¿Cómo se supone que siga adelante sin él?

Dustin le puso un brazo sobre los hombros y la estrechó.

—Lo hacemos. Pudiste haber sido tú quien muriera en la estación, pero Vronsky dio su vida para asegurarse de que no fuera así. Lo hizo porque te amaba, lo cual, como dijo mi hermano, es la única razón verdadera para hacer algo. Tienes que honrar su vida y tener la vida que te mereces.

Anna se mordió el labio en un esfuerzo inútil por contener las lágrimas. Quería cambiar el tema.

—Oí que pospusiste tu entrada al MIT para poder estar con Kimmie otro año —dijo.

—Sí, por eso y porque quería quedarme en la ciudad para cuidar a mi mamá. Me ayudó a encontrar trabajo en un centro de atención para jóvenes que se especializa en adicciones.

Anna miró por la ventana.

—Voy a extrañar la ciudad. Y los voy a extrañar a todos ustedes, a Steven y a Lolly...

Dustin frunció el ceño.

—Pensé que Steven y Lolly irían contigo.

—Sí. Me refería a después. ¿No te lo dijo Steven? No volveré con ellos del viaje. Mi padre cree que lo mejor es que termine la escuela en otro lado. Él va a trabajar desde su oficina en Seúl y yo iré a una escuela privada de mujeres allá.

Dustin estaba un poco perplejo.

—No entiendo. ¿Cuándo lo decidieron? ¿Qué hay de Steven y tu mamá?

—Lo decidimos esta mañana. Mi mamá se quedará aquí. Aún no han confirmado su divorcio, pero no pinta bien. Y Steven va a ir a Deerfield. Pero, ya que Nueva York está mucho más cerca de él que donde estaré yo, cuento contigo para que lo cuides, ¿sí?

—¿Estás segura de todo esto? —preguntó Dustin, mirando a Anna a los ojos, incómodo de pronto. Las manos le comenzaron a sudar.

—Mi padre cree que es lo mejor.

—Pero ¿tú qué quieres, Anna?

Ella lo miró un largo momento.

—Supongo que, en este momento, no quiero nada. —Hizo una pausa y continuó—. Bueno, eso no es verdad. Sí hay algo que quiero: que Kimmie y tú se diviertan en el baile.

Dustin y Kimmie salieron hacia el baile de graduación de Dustin cuando aún había luz del día, pues, después de tomarse fotografías en el departamento de la madre de Kimmie, tuvieron que ir a la casa de la mamá de Dustin, donde su mamá, su papá y una muy embarazada Marcy esperaban para tomar más fotografías de la feliz pareja. Por lo general, Dustin no habría accedido a tomarse esas molestias adicionales, pero su madre al fin había salido de la cama y pidió ser parte de la ocasión; él no pudo negarse. Le sorprendió oír que su papá y Marcy también estarían ahí, pero tenía sentido. La pérdida de su hijo les había permitido dejar atrás algunos de sus problemas, al menos por un tiempo. La vida repartía tragedias con la misma mano con la que repartía alegrías y Dustin y su hermosa novia dirigiéndose al baile era un momento alegre que atesorarían. Sus padres les brindaban su apoyo y ya era primavera en la ciudad, una época de renacimiento y renovación.

Mientras Dustin y ella bailaban al ritmo de «Better be good to me», de Tina Turner, en el gran salón del hotel St. Regis, Kimmie escuchó la letra con una sonrisa, pues sabía que eso era algo de lo que jamás tendría que preocuparse con Dustin. Solo esperaba que el resto de las chicas que bailaban a su alrededor aplicaran las palabras de Tina con los chicos con quienes bailaban.

—¿En qué piensas, Dustin? —le preguntó al chico de sus sueños, quien ahora sabía que era su

primer y único amor verdadero, mientras él le daba vueltas por la pista de baile.

Kimmie había dejado atrás su ira, su barniz de uñas negro y sus botas militares y había regresado al color que mejor le sentaba: rosa. Estaba bien ser femenina, siempre y cuando fuera su decisión. Había estado enseñándole a Dustin a patinar sobre hielo, cosa que no iba muy deprisa gracias a sus débiles tobillos, pero no le importaba. Tenían mucho tiempo por delante; Dustin no iría a la universidad el año siguiente.

Él miró a la hermosa chica que estaba entre sus brazos y le dijo la verdad, su verdad.

—Estoy pensando en... nosotros dos, tú y yo.

Epílogo

Jon Snow y Gemma tardaron un rato en acomodarse en el avión. Ya antes habían viajado en avión privado, a Maine, Hawaii y una vez desde Terranova, Canadá, donde nacieron. Después de que Doozy, su primer terranova, muriera, Anna estuvo convencida de que no podría tener otro perro de esa raza cuando había tenido al más perfecto de todos. Sin embargo, tras unas cuantas noches de insomnio después de la muerte de Doozy, estaba sentada en el oscuro salón del departamento en Central Park West cuando su padre volvió tarde del trabajo. Él no la vio acurrucada en el sofá, pero ella sí lo vio entrar al oscuro salón y servirse un trago. Le preocupaba asustarlo, así que se quedó muy quieta, pero había estado llorando y resolló, así que su padre la oyó.

—¿Eres tú, Anna? —preguntó.

Aunque él no podía verla, ella asintió en la oscuridad. Su padre se acercó y se sentó a su lado; ella apoyó la cabeza en su regazo, como si aún fuera una niña, lloró y le dijo a su papá que aquello no tenía sentido. Acababan de celebrar el noveno cumpleaños de Doozy. (Ella siempre le hacía una fiesta de cumpleaños a su perro, con todo y pastel con betún de crema). Dos meses después, mientras regresaban del parque, notó que Doozy cojeaba un poco; una semana más tarde, había muerto. Su padre le recordó que apenas tenía trece años, que tendría muchos otros perros y que la muerte era parte de la vida, como también lo era aprender a volver a amar. El amor no puede ser eterno; de otro modo, no sería especial.

—Eso es lo más tonto que he oído, papi —le dijo ella—. Sin ofender.

Le dijo entonces que había decidido que Doozy sería el último terranova que tendría y estaba pensando en cuál sería la raza de su siguiente perro.

—O, ya que quisiste tanto a Doozy, podrías tener uno o dos más como ella —respondió su padre—. No pienses que la estás reemplazando, sino que estás honrando todo lo bueno que te dio. Que la hayas amado tanto, así como era de babosa, te permitirá amar incluso más al siguiente terranova que tengas.

Anna se quedó dormida y su papá la llevó en brazos a su recámara, aunque ya era bastante grande como para que la cargaran como a una bebé. A la mañana siguiente, ella sintió que todo había sido un sueño, pero al voltear a ver su mesa de noche vio que su papá le había dejado una hoja de papel con los datos de un criador que vivía en Terranova y que esperaba la llegada de una camada de cachorros de campeonato. «Volaremos hacia allá en unos meses, para que escojas uno o dos. Podrían ser hermano y hermana, como Steven y tú», había escrito su padre en la parte superior de la hoja.

Jon Snow estaba acostado a sus pies, mientras que Gemma estaba en el pasillo a su izquierda, por lo que Anna estaba atrapada en su asiento, encerrada por una barrera perruna de ciento cincuenta kilos. Había tomado la decisión correcta, o más bien su padre le había ayudado a tomar la decisión correcta.

Miró a su papá, quien estaba sentado al otro lado del pasillo, leyendo el *Financial Times*. Al percibir la mirada de su hija, Edward volteó, le tendió la mano y apretó la suya sin decir nada. Tras la muerte de Vronsky, aparecieron la seguridad de la estación y policías por doquier. Un oficial le preguntó a quién quería que llamara y, aunque su padre apenas si había podido mirarla a los ojos desde el escándalo del video y solo habían intercambiado un par de palabras desde entonces, Anna contestó:

—Por favor, llame a mi papi. Él vendrá por mí.

Y así fue. Desde aquella trágica noche en Grand Central, el padre de Anna había estado haciendo lo posible por reparar la relación con su hija. Se había dado cuenta de lo mal que la trató después del escándalo del video y le parecía vergonzoso haber tenido que ver que una madre perdía a su hijo para comprender sus propios errores. Desde el día del accidente, todas las noches entraba a la habitación de su hija y le pedía perdón. Ella le contestaba que ya lo había perdonado y que debía dejar de disculparse, pues nada de eso era su culpa. Era un buen padre. Sin embargo, cuando ella le decía esto, había algo en la voz de su hija que le provocaba escalofríos. Una semana después, un día antes de partir hacia el funeral de Vronsky, Anna despertó y encontró a su padre sentado en la orilla de su cama. Él le anunció que había decidido que, después del viaje a Italia, se quedarían en el extranjero. Sentía que ambos necesitaban empezar de cero y el cambio de aires les vendría bien. Ella lo escuchó hablar de una famosa escuela para señoritas en Corea del Sur donde podría terminar la preparatoria.

—Apenas tienes diecisiete, corazón —le susurró—. Tienes toda la vida por delante y, aunque sé que es pronto para decirlo, volverás a amar.

Anna no contestó verbalmente a los planes de su papá, pero asintió, lo que para él fue suficiente. No dijo que sí porque no quería que una de las últimas palabras que le dijera a su padre fuera una mentira. Desde que perdió a Alexia en el andén veintisiete de Grand Central, Anna sabía lo que tenía que hacer. No había forma de seguir viviendo sin él, aunque eso significara dejar de ser Anna K, la niña rica del videoescándalo, para convertirse en una Julieta moderna que murió por su Romeo.

Hizo toda la pantomima de empacar para el viaje, aunque sabía que no abordaría el avión. Disimuló bien sus intenciones, aunque temía que Dustin hubiera notado algo extraño cuando pasó a despedirse unas horas antes. Cuando su mamá fue a darle las buenas noches, la abrazó y le dijo que la amaba. Anna contestó en voz baja que ella también la amaba, a pesar de que no podía recordar la última vez que se lo habían dicho la una a la otra.

A medianoche se levantó, tranquilizó a los perros para que volvieran a dormirse después de haberlos despertado, se vistió y salió a hurtadillas del departamento después de dejar cartas para Steven y su papá debajo de su almohada. Planeaba ir caminando hasta Grand Central, pero estaba muy cansada y la estación estaba demasiado lejos, así que detuvo un taxi, se subió y dijo:

—Lléveme a Grand Central, por favor. —El conductor le preguntó a dónde viajaría a esa hora,

a lo que ella respondió en voz muy baja—: Voy a encontrarme con el amor de mi vida. Se llama Alexia.

Cuando llegó al andén veintisiete quiso llorar. La plataforma era ahora el hogar de su más grande alegría y su más grande dolor. Le pareció apropiado que los dos murieran en el mismo lugar y deseó que, si había una vida después de la muerte, lo encontrara con más facilidad por haber muerto en el mismo lugar. Sin embargo, las lágrimas no llegaron, pues se sorprendió al ver a una persona sentada en la banca al final del andén. Eso no era parte del plan, tener que lidiar con un desconocido en su última noche en la Tierra. Tenía demasiado miedo como para lanzarse delante de un tren, algo que le parecía demasiado sucio y extremo. Había buscado en internet la dosis correcta de somníferos que necesitaría para lograrlo y se dio a la tarea de reunirlos en casa. Su madre tenía problemas de sueño, así que había todo tipo de medicamentos a su alrededor. Su plan era tomárselos y dormirse en la banca, como si estuviera esperando el tren de su amado.

Anna pensó en irse, volver a subir las escaleras y esperar a que aquella persona se fuera, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz de mujer le gritó:

—¡Oye, tú! ¡Sí, tú! ¿Tienes encendedor?

Anna llevaba un encendedor en el bolso, pues también tenía una vela que planeaba encender en honor a Alexia. Quería hacer un breve funeral propio, pues no asistiría al oficial y había llevado los poemas que él le había escrito para leer uno en voz alta.

Se acercó y le dio a la chica en la banca su encendedor rosa. La chica tenía el cabello oscuro y Anna creyó que era negro como el suyo, pero al acercarse notó que era de un color verde esmeralda muy profundo. Tenía varias perforaciones en ambas orejas y un rosal tatuado en el tobillo. Estaba vestida toda de negro, con una chamarra de cuero de motociclista que le pareció conocida, aunque no lograba ubicarla.

—Gracias. ¿Quieres uno? —preguntó la chica, mostrándole un cigarro a Anna.

Anna solo había fumado un puñado de cigarros en su vida, aunque una vez Alexia y ella habían compartido algunos en la cama, después del sexo, y eso la hizo sonreír, pues en aquel momento sintió como si fueran niños que jugaban a ser mayores, fumando en la cama.

—Claro, gracias —dijo mientras tomaba el Marlboro Light que le ofrecía y acercándole el encendedor rosa.

Se sentó junto a la chica y las dos fumaron en silencio un rato.

—Sé por qué estás aquí —dijo la chica. Eso desconcertó a Anna y le hizo preguntarse si ya había tomado las píldoras y estaba alucinando. O tal vez ya estaba muerta y era un fantasma atascado en el purgatorio, como en aquella película del niño que veía gente muerta y la chica era su guía—. Leíste esa jodida historia en el periódico, ¿cierto? —dijo ella, exhalando el humo por la nariz como el dragón de Khaleesi, Drogon—. Y creía que yo estaba mal. ¡La pobre chica con el novio al que mató un tren! ¡Bam! —Aplaudió para darle efecto a sus palabras; a Anna le impactó su vulgaridad, dado el tema—. O sea, debe ser una porquería enorme. Y te lo digo yo que también perdí al tipo al que amaba. Hace dos meses, en Arizona. No fue tan romántico, porque no se murió salvándome la vida, pero estaba con él cuando pasó.

—¿Qué sucedió? —preguntó Anna—. ¿Cómo murió?

—Sobredosis. La reina de las drogas. Chiva. Heroína. Él es un número más en la estadística de

la crisis de opiáceos en este país, supongo. Pero está enterrado aquí y tenía que estar cerca de él, ¿sabes?

Anna sabía que la chica se estaba haciendo la ruda, pero notaba la tristeza en su voz.

«Necesito estar donde estés tú».

Estaba hechizada por las palabras de Alexia. Las había dicho tantas veces y, al principio, ella no lo había entendido, pues creía que era algo que decía sin más. Pero cuando murió, lo entendió a la perfección. Su padre tuvo que llevarse a rastras a Ana, que gritaba y pataleaba, cuando quiso sacarla del andén aquella noche. Se negó a irse hasta que se lo llevaron, dentro de una bolsa negra encima de una camilla, pero eso no sucedió sino hasta después de horas de fotografías y entrevistas policiales. Su padre la dejó quedarse porque no tuvo opción. Le advirtió que, si la obligaba a irse, se suicidaría. Sus palabras asustaron tanto a su padre que la dejó con un policía y corrió a un baño para vomitar ante la idea.

—En fin, estoy en la ciudad, es mi primera vez en la Gran Manzana. Estaba pasando el rato en Union Square Park cuando un periódico llegó volando a mis pies. O sea, ¿quién diablos lee el periódico en estos días? Pero cuando intenté patearlo para hacerlo a un lado, vi el encabezado «Trágica historia de amor adolescente, el tren de la perdición» o una mierda así. Lo recogí porque, carajo, tengo dieciocho años y también viví una trágica historia de amor. Así que leí esta jodida historia de locura y quedé obsesionada. Y, aunque estaba toda «pobre de mí, mi novio murió de una sobredosis por idiota», me sentí muy mal por la chica del novio al que mató un tren. Por cierto, aunque digo que mi novio muerto es un idiota, lo digo con amor. Amaba al tipo. Claro, el único hombre que me trata bien, que en verdad me ama, colgó los tenis justo después de pedirme que me casara con él.

—¿Te propuso matrimonio? —preguntó Anna.

—Sí, el idiota. Le dije que éramos demasiado jóvenes para casarnos y que debíamos esperar unos años, pero dije que sí. Bastante romántico.

—Y lo amabas —supuso Anna.

—Y lo amaba —confirmó la chica—. Pero él me amaba más. Sé que es bastante odioso que lo diga, pero es verdad. Mi mamá siempre decía que es más importante que el hombre ame más a la mujer; si es al revés, siempre termina mal para ella.

—¿A qué te refieres? —preguntó Anna, en verdad interesada.

—Mira, a las mujeres siempre nos toca la parte más jodida de casi todo. Los hombres ganan más dinero. Los hombres tienen más fuerza física; ya sabes, músculos y esas mierdas. Siempre botan a las mujeres cuando envejecen, pero a ellos les dicen que se vuelven más distinguidos y celebran que envejezcan con gracia. Y es una pendejada, ¿sabes? O sea, ellos tienen los derechos y el poder siempre y las mujeres nos tenemos que conformar con las jodidas sobras. Pero mi mamá sabe de hombres, aunque sea tonta con el dinero y tenga que cuidar a sus hijos, sabe de tipos... Bueno, ella decía que el único aspecto de la vida en el que tenemos la ventaja es el amor. Lo único que puede romperle un ego gigante a un hombre grande y fuerte es si ama a una mujer, si la ama de verdad. Es el único momento en el que las mujeres podemos ganar. Por eso es mejor que el hombre ame más a la mujer; si ella lo ama más, nada bueno le toca. Sé que suena a que estoy loca. Mi mamá lo explica mejor.

—No, entiendo —dijo Anna con suavidad—. Las mujeres han sufrido a manos de los hombres a lo largo de la historia. ¿Por qué habríamos de sufrir también en el romance? Es decir, si no es necesario.

—¡Exacto! Es justo lo que dijiste, hermana. —Miró fijamente a Anna, con un destello de reconocimiento en el rostro, pero ella no se inmutó. Su fotografía no había aparecido en los periódicos y su padre se aseguró de que eso no sucediera nunca—. ¿Y tú? ¿Qué haces en el andén veintisiete a la mitad de la noche?

—Lo mismo que tú —dijo Anna—. Me enteré de la historia y me pareció triste. Quería venir y... no sé... ver el lugar donde ocurrió, intentar entenderlo.

—Es sencillo. El chico ama tanto a la chica que le salva la vida, literalmente la saca de las vías, luego salva al perro de un indigente, pero no sale a tiempo. Todo un maldito héroe romántico.

—Sí, pero ¿qué hay de la chica? —preguntó Anna—. ¿Cómo va a seguir con su vida cuando un chico la amó tanto? Él está muerto y la vida de ella está arruinada para siempre.

—Sí, esa es una forma de verlo —respondió la chica—. Mira, claro que va a estar jodida para siempre por eso. Pero piénsalo: ahora puede pasar toda su vida sabiendo que alguien la amó tanto que murió por ella. Digo, si eso no es poder, no sé qué sea. Puede ser como una superheroína con poderes mágicos del amor o algo, ¿sabes? Cuando pase la tormenta y deje de sentirse como el carajo, se va a sentir bien para siempre. Siempre va a saber que es digna de un enorme superamor. Caray, perdón, no sé qué me ha pasado estos días. Suelo ser bien pesimista sobre el amor y esas tonterías. Pero esta historia, no sé... me da esperanza... sobre el amor, ¿sabes?

—Sí, sé a lo que te refieres —contestó Anna mientras se ponía de pie y apagaba el cigarro en el suelo con el pie—. Tengo que ir a casa. Fue muy bueno hablar contigo. Lamento mucho tu pérdida. Sé que tu novio también te amaba mucho.

—¿Ah, sí? —preguntó la chica—. Ni siquiera lo conoces. ¿Cómo diablos lo sabrías?

Anna se encogió de hombros y sonrió.

—Lo sé. Uno de mis superpoderes de amor, supongo.

—Genial —dijo la chica—. Oye, deberías tener esto. Me lo iba a quedar porque lo encontré, pero debería tenerlo una superheroína del amor. Puede ser como tu «S» de Superman. —La chica le lanzó algo a Anna, algo brillante y plateado. Mientras giraba en el aire, pensó que era una moneda y estiró una mano para atraparla—. Está un poco aplastado. Creo que lo arrolló un tren, pero es más increíble si no es perfecto, porque el amor no lo es —dijo—. Pero todavía se puede leer.

Anna, maravillada, miró el objeto que tenía en la palma de la mano. Estaba doblado y raspado, pero aún se notaba un poco su forma original, un corazón.

Era el dije de planta que Alexia le dio en San Valentín, el que tenía en las manos cuando murió. Miró la palabra YO grabada en un lado; luego, le dio la vuelta y sonrió al ver la palabra TÚ.

—Gracias —dijo Anna—. Te prometo que lo guardaré por siempre.

Se despidió de la chica con la mano mientras subía la escalera, de vuelta a casa y a la cama, con el corazón en el bolsillo. Tenía que volver a casa, destruir algunas cartas y dormir, pues al día siguiente tomaría un vuelo para empezar una nueva vida, más fuerte que nunca, pues un chico al que había amado con todo el corazón la había amado más a ella. Y se lo merecía.

Nota de la autora

La primera vez que leí *Ana Karenina*, de Lev Tolstói, tenía quince años. Tenía un problema espectacular en casa por haberme escapado con mi amiga Ángela y «tomado prestado» el auto familiar para pasear por nuestro diminuto pueblo, París, Tennessee, una población de once mil habitantes, hogar del pescado frito más grande del mundo. Estuve castigada tres meses sin televisión, sin estéreo y, para colmo, mi papá llamó al dueño del McDonald's local para conseguirme un trabajo en el Auto-Mac.

Mi única fuente de placer durante el castigo fue la lectura. Mi hermana mayor, Helen, había terminado su curso de Literatura Rusa en Brown y me envió su ejemplar de *Ana Karenina* con una nota: «Todos cometemos errores. A Ana Karenina le fue *mucho* peor».

Un libro de 1864 que ocurre en Rusia era un poco intimidante, pero como no tenía nada que hacer, decidí darle una oportunidad. Decir que amé *Ana Karenina* es decir poco. Lo devoré y adoré el larguísimo elenco de personajes y todos los dramas familiares. Como buena chica adolescente, mi historia favorita, por supuesto, era la del amor condenado al fracaso entre Ana y el Conde Vronsky, y lloré cuando ella se lanzó frente al tren, pues sabía que el amor de Vronsky por Ana era verdadero, aun si ella no podía verlo. Cuando terminé de leer *Ana Karenina*, lo coroné como mi nuevo libro favorito.

Leí *Ana Karenina* por segunda vez quince años después, cuando vivía en Cambridge, Massachusetts, y estaba casada con mi primer esposo, un doctor. Como él trabajaba todo el tiempo y yo extrañaba con desesperación a mis amigos de Nueva York, donde pasé la mayor parte del tiempo entre los veinte y los treinta años, necesitaba con urgencia un escape. Durante mi segunda lectura, volví a quedar hipnotizada. Pero esta vez no solo quedé atrapada en el romance de Ana y Vronsky, también con la historia de amor de Kitty y Levin, y el matrimonio de Dolly y Stiva.

Cinco años después estaba divorciada, vivía en Los Ángeles y trabajaba como guionista de televisión. Soltera otra vez, pasé Navidad en Manhattan con mi muy estricta madre coreana, quien seguía sin estar muy feliz de que me hubiera divorciado de aquel doctor, perfecto ante sus ojos. Mi mamá también había leído *Ana Karenina* dos veces (una en coreano y otra en inglés) y fuimos juntas al Ziegfield Theater a ver la adaptación al cine con Keira Knightley. Después paseamos hasta el hotel St. Regis, donde tuvimos una muy abierta conversación sobre la novela y la película. Mi madre y yo rara vez estamos de acuerdo (y no tenemos conversaciones abiertas y honestas), pero aquella fue una de esas raras ocasiones en las que encontramos algo en común.

Mi madre nació, creció y se casó antes de mudarse, a los veintiocho años, de Corea a Estados

Unidos con mi padre. No suele hablar de su pasado, pero esa noche me explicó que las mujeres en Corea seguían sin tener el mismo estatus social que los hombres. Le pregunté si eso la hacía enojar y ella me respondió que no, pues a ella la habían educado para creer que a las mujeres se les valoraba por su papel como esposas y madres, y por eso no lograba aceptar que yo hubiera decidido abandonar mi matrimonio por algo en apariencia tan poco importante como mi carrera. Me perturbó enterarme de que la situación de las mujeres en Corea había cambiado muy poco en los ciento cincuenta años que habían pasado desde que *Ana Karenina* se publicó. Yo, a cambio, le comenté que siempre estaría agradecida por haber nacido en Estados Unidos, donde, como mujer, tenía el derecho de vivir como quisiera. Para mí eso significaba que si quería dejar mi matrimonio para dedicarme a mis ambiciones profesionales, tenía derecho a hacerlo.

Esa noche desperté a las tres de la mañana y fui al lobby con mi laptop. Sentada en silencio junto a un árbol de Navidad decorado de forma bellísima, tuve uno de esos increíbles momentos en los que el foco se prende: ¿cómo sería *Ana Karenina* si fuera una novela para jóvenes? Emocionada ante esa idea le escribí a Sally, mi agente literaria, y volví a la cama. Lo último que pensé antes de quedarme dormida fue que, en mi versión adolescente, Anna sería mitad coreana en honor a la herencia de mi madre y a los hijos mitad coreanos de mi hermano. Desperté con un correo de Sally: «¡Me encanta! ¡Escribela ya!».

Hice unos cuantos intentos, pero siempre me topaba con pared y terminaba por estar ocupada con el programa de televisión en el que estuviera trabajando en ese entonces. Luego, un par de años después, conocí a John, mi futuro segundo esposo, durante una gira de promoción de un libro en Naperville, en febrero de 2012. (Nuestro encuentro romántico, como el de Ana y Vronsky, también ocurrió en un nevado invierno). Cuando nos conocimos, yo vivía en Los Ángeles y él en Brooklyn. Creí que solo sería cosa de unos meses, pero él dice que siempre supo que era algo más. (¡Muy Vronsky de su parte!). Nos embarcamos en un romance de costa a costa y a larga distancia y, aunque alguna vez dije que nunca volvería a casarme (no me parecía que ser «esposa» fuera para mí), nos escapamos a Las Vegas al año siguiente y hemos sido muy felices desde entonces.

En Navidad, mientras conducíamos desde Los Ángeles a Nashville con nuestro cachorro terranova de sesenta kilos, discutimos ideas sobre libros que querríamos escribir durante el año siguiente. Fue entonces cuando le conté a John de mi idea de *Anna K*. Me dijo: «Deberías escribirlo ahora. Estás lista». Cuando le pregunté a qué se refería con que estaba lista, respondió: «El mejor momento para escribir una historia de amor es cuando estás enamorada». Me reí y le recordé que la historia de amor de Ana y Vronsky no terminó muy bien, aunque, mientras lo decía, comencé a preguntarme si podía haber un final distinto para mi *Anna K*. Esa misma noche comencé a leer *Ana Karenina* por tercera vez en mi Kindle en un hotel a las afueras de Oklahoma City.

Resulta que mi esposo tenía razón. El mejor momento para escribir una historia de amor *sí* es cuando estás enamorada.

Agradecimientos

Hay tanta gente que se merece un reconocimiento por su contribución a *Anna K*, mi primera novela para jóvenes. La lista es larga y no iré en orden de importancia; en vez de eso, iré por estaturas... ES BROMA. Bromeo porque tengo un miedo terrible de olvidarme de alguien por accidente. Si llegara suceder, llámame y hazme sentir culpable por siempre para que te llene de regalos y postres. (Nunca bromeo cuando se trata de postres).

Bien, ahora entienden por qué el libro es tan largo, ¿no? Tengo la lengua un poco floja y siempre he sido así. Este libro está dedicado, y con toda la razón, a John G. Kloepfer, mi esposo, porque no puedo ni empezar a decir cuántos elogios y amor se merece por todo lo que ha hecho por el libro y por mí. Es en verdad el mejor esposo y el mejor primer lector que he conocido. Él fue la primera persona en leer todas las páginas de esta novela... y sus comentarios y su inteligencia ayudaron a elevarla una barbaridad. Mi segunda lectora fue la increíble Jenna Hensel, cuyas incansables palabras de aliento y actitud positiva fueron una superayuda y a la que siempre estaré agradecida por todo su amor y apoyo hacia mi escritura. Lo único más brillante que el sol aquí, en Los Ángeles, eres tú. Eleanor Bray, tú eres la siguiente... porque —¡guau!— en verdad fuiste fabulosa a lo largo de todo este proceso. Gracias por toda tu investigación y tu disposición para sumergirte en todos los temas que propuse, ya fuera Coachella o el club al que los personajes irían en Manhattan. Intercambiamos innumerables mensajes respecto al lenguaje cool de los adolescentes y manejaste todas mis neuróticas preguntas con gracia y aplomo.

Los primeros lectores siempre son una parte importante del proceso de escritura y, con tantas páginas, no era pedir poca cosa. Agradezco el tiempo y el esfuerzo que le dedicaron todos por mí. Gracias, Hannah Kloepfer, mi maravillosa cuñada; gracias a Stephanie Staal, mi mejor amiga; gracias a Erika Kelley por leer en un avión; gracias a Diana Snyder por todo lo relacionado con Greenwich; y gracias a Dustin Morris: eres tan especial que nombré a un personaje principal en tu honor.

Y no soy nada sin mis amigos: mucho amor a Laura Clement, Tasha Blaine, Jenner Sullivan, Chrisitne Zander, David Holden y Nadine Morrow. Tomaron mis neuróticas llamadas con elegancia y su continuo e infatigable apoyo y su amor rudo y actitud de «tú puedes» estará siempre en mi corazón. Enormes abrazos y agradecimientos para mi familia: Haekyong Lee, John Lee, Susan Stonehouse Lee, Benjamin, Addison y Olivia. Mis adorables suegros y la familia de mi esposo: Deborah y George Kloepfer, Sarah y Bob McLynn, Brayton y Livingston. También tengo que mencionar a mi padre y a mi hermana mayor, ya fallecidos: a mi padre, por castigarme, y a Helen, por enviarme mi primer ejemplar de *Ana Karenina* para pasar el tiempo. Y ya que

estamos aquí, caray, pues, gracias a Lev Tolstói, porque eres el verdadero Don del mundo de la literatura.

Sally Wofford-Girand, mi agente literaria y amiga. Fuiste vital desde un principio, antes que nadie, desde que tuve la primera idea de una versión adolescente de *Ana Karenina* en 2012, después de haber visto la película en Nueva York. Gracias por tu mente brillante, que supo que esto era buena idea, y por tus correos a lo largo de los años para recordarme que tenía que seguir escribiendo. Has sido mi ancla a lo largo de todo el proceso y estoy muy agradecida no solo por tu conocimiento del mundo editorial, también por tu perspicacia sobre la trama y los personajes. Tengo mucha suerte de que seas mi agente y estoy feliz de que estemos juntas en este viaje. Un gran abrazo y mi agradecimiento a Taylor Curtin, de Union Literary... Aprecio todas nuestras conversaciones por teléfono durante este proceso. Gracias por ser tan generosa con tu entusiasmo y apoyo.

Tengo mucha gente a quien agradecerle en Flatiron Books, pero tengo que empezar por las dos mujeres que hicieron esto posible: Sarah Barley y Caroline Bleeker, mis increíbles editoras. (Es muy difícil conseguir un editor increíble; haber tenido dos fue todo un placer). Desde el primer momento sentí que las dos entendieron mi visión de inmediato, que quería que fuera telenovelesco y divertido y muy femenino y emocionante, pero también que transmitiera un importante mensaje feminista sin sacrificar nada del romance y el amor. Sus brillantes y astutas ediciones y su apoyo constante han sido excepcionales y, a decir verdad, ha sido muy divertido trabajar con ustedes. Fui muy afortunada de tener a dos mujeres tan inteligentes e increíbles con las que compartir mis sueños y esperanzas para Anna y el resto de los personajes. Un agradecimiento especial a Bob Miller y Amy Einhorn, mis editores; a Keith Hayes y Anna Gorovoy, por la increíble portada y el diseño; a Lena Shekhter y Lauren Hougen, por la producción; y a Cat Kenney y Marlena Bittner, Katherina Turro y Nancy Trypuc, por las increíbles campañas de publicidad y *marketing*. Y gracias a la modelo de la portada, Moon Choi. Me encanta la coincidencia de que tu cumpleaños y el día de publicación fueran el mismo día.

También me gustaría agradecerles a mis agentes que han logrado que *Anna K* sea conocida en el resto del mundo y a aquellos que están publicando las ediciones extranjeras: Anthea Townsend, Michael Bedo, Harriet Venn, Claudia Young, Paul Sebes y Lester Hekking, Txell Torrent, Mònica Martín, Inés Planells, Nynke de Groot y Luna Wong.

No sería una buena escritora y productora de Hollywood si no les agradeciera a todas las personas que han ayudado a que *Anna K* pase de las páginas a la pantalla. A mi increíble equipo de producción ejecutiva, quienes han sido increíbles y un gran apoyo: Scooter Braun, James Shin, Drew Comins y Scott Manson; un agradecimiento especial a Jake Eagle y Chloe Borenstein-Lawee. A Entertainment One, mi estudio: Jacqueline Sacerio, Pete Micelli, Pancho Mansfield, Mark Gordon, Kristen Barnett, Amanda Gerisch, Greg Clayman, Gary Gradinger, Sam Grodksy y Michael Kagan. A mi equipo en Paradigm: Zac Simmons, Doug Fronk, Kim Yau, Martin To, Sam Fischer, Tyler Mathews, Aja Marshall y Courtney Jackson. A mi equipo legal: Jonathan Gardner y Molly Fenton, Roxana Soroudi y Maddie Silver.

Si la comencé con mi querido esposo, terminaré esta larga lista diciéndoles que no hay mejor compañero para una escritora que un perro. Y mi perra, Gemma Bunny Kloepfer, es la mejor. Tú

y Doozy fueron la inspiración para que Anna tuviera terranovas, pues ustedes hacen que mi vida sea enorme y plena.

Acerca del autor

JENNY LEE es escritora y productora de televisión. Ha trabajado en *Boomerang* de BET, *Brockmire* de IFC, *Young & Hungry* de Freeform y en el programa infantil número uno de Disney Channel, *Shake It Up*. Jenny ha publicado cuatro colecciones de ensayos de humor y dos novelas infantiles. *Anna K* es su novela debut dirigida a los jóvenes. Vive en Los Ángeles con su marido y Gemma, una terranova de 61 kilos (y sí, no está claro quién pasea a quién todos los días).

Título original: *Anna K.: A Teenage Tragedy*

© 2020, Jenny Lee

Traducción: Ariadna Molinari

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de portada: © Shutterstock / Elena Rostunova

Fotografía de la autora: © Jackson Berlin

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2021

ISBN: 978-607-07-7228-3

Primera edición en formato epub: marzo de 2021

ISBN: 978-607-07-7226-9

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafía Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 Planeta



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE